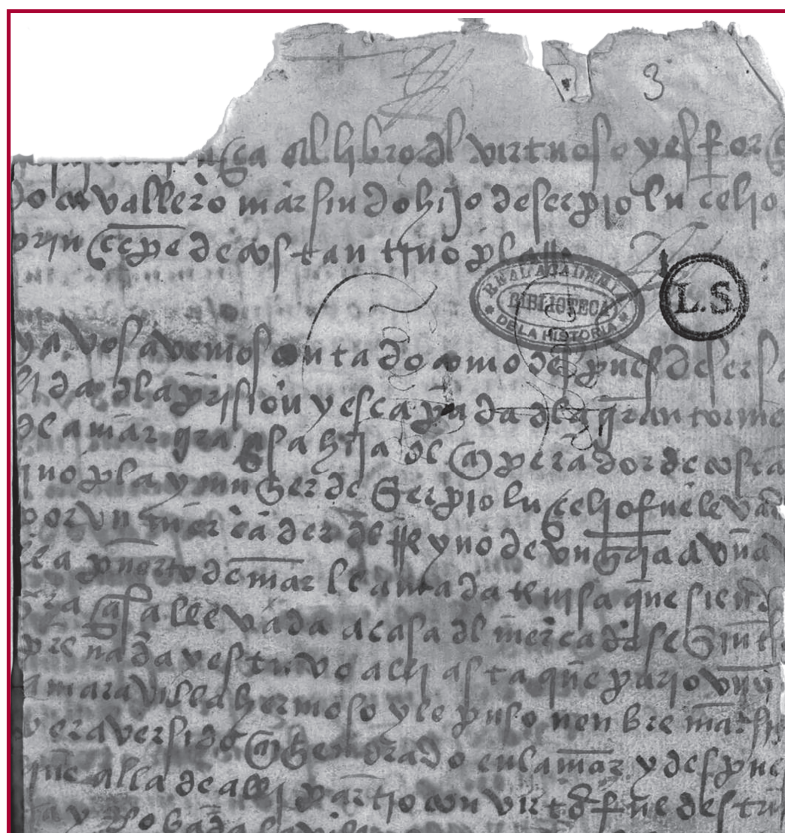


Libro del caballero Marsindo



LIBRO DEL CABALLERO
MARSINDO

LOS LIBROS DE ROCINANTE

42

Directores

CARLOS ALVAR

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

Comité Científico Internacional

ANNA BOGNOLO

(Università di Verona, Italia)

KARLA XIOMARA LUNA MARISCAL

(El Colegio de México, México)

MARÍA CARMEN MARÍN PINA

(Universidad de Zaragoza)

JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO

(Universidad de Jaén)

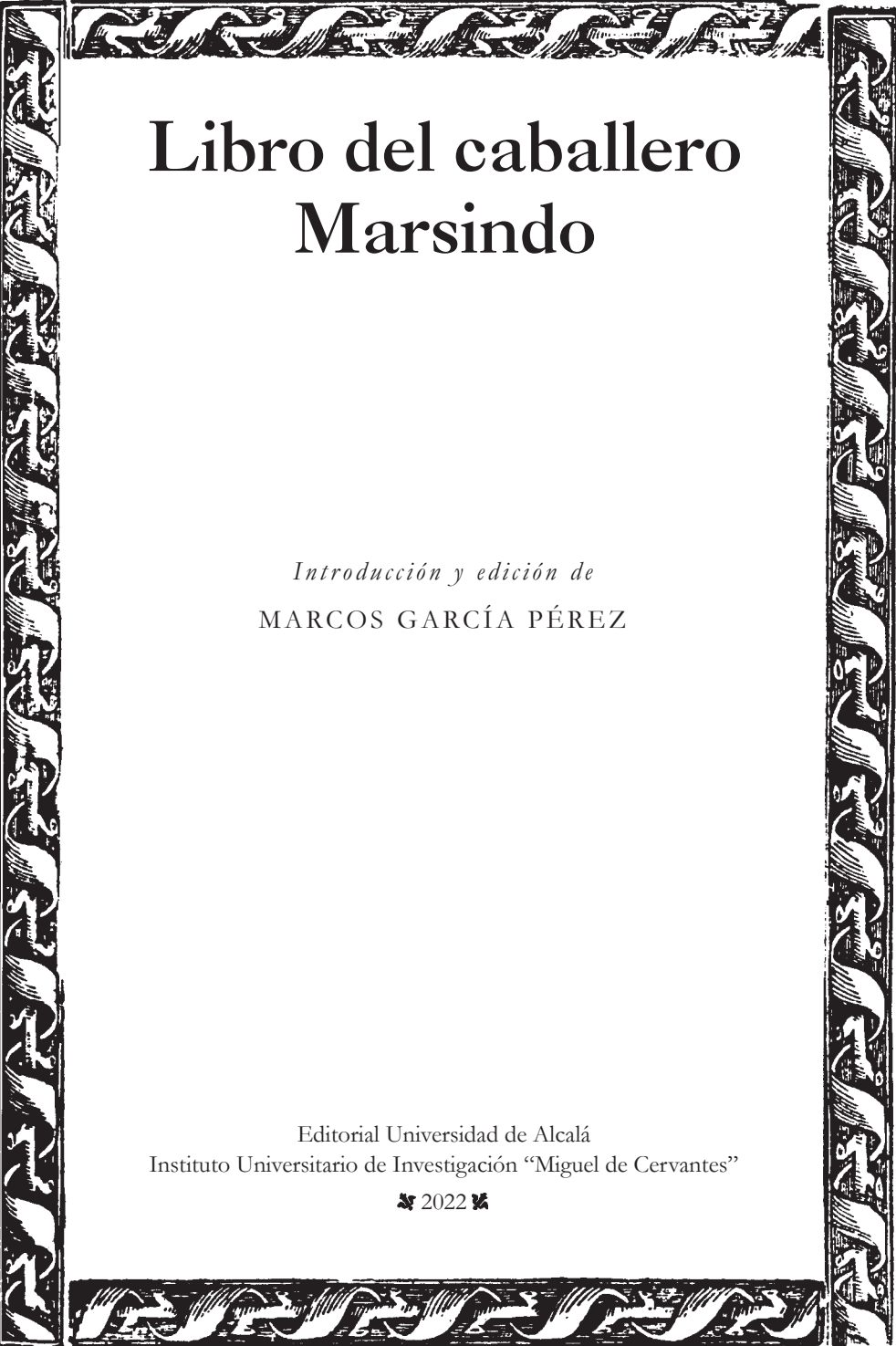
JOSÉ CARLOS RIBEIRO MIRANDA

(Universidade do Porto, Portugal)

JOSÉ RAMÓN TRUJILLO MARTÍNEZ

(Universidad Autónoma de Madrid)

La colección «Libros de Rocinante» se rige por un proceso de evaluación y revisión anónima realizada por dos especialistas de prestigio en el área (*peer-review*), uno de los cuales pertenece a su Comité Científico Internacional. Todas las ediciones críticas y los trabajos científicos publicados en la colección han superado esta revisión por pares y siguen los criterios de estilo y las normas éticas establecidas en su constitución.



Libro del caballero Marsindo

Introducción y edición de
MARCOS GARCÍA PÉREZ

Editorial Universidad de Alcalá
Instituto Universitario de Investigación “Miguel de Cervantes”

✠ 2022 ✠

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este volumen se inscribe entre las actividades del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Medievales y del Siglo de Oro “Miguel de Cervantes” y su grupo de investigación GIEMSO.

© de esta *edición*: Editorial Universidad de Alcalá, 2022.

Plaza de San Diego, s/n.º • 28801, Alcalá de Henares (España) • Página web: www.uah.es

© de la *edición* y el *estudio introductorio*: Marcos García Pérez

Cubierta: Libro del caballero Marsindo

© Real Academia de la Historia, sign. 9/804

Diseño de la colección: Elisa BORSARI y Emilio TORNÉ

I.S.B.N.:978-84-18979-45-3

Imprime: Solana e Hijos A.G., S.A.

INTRODUCCIÓN

El *Libro del virtuoso y esforçado caballero Marsindo* o *Libro del caballero Marsindo*, como lo abreviamos, es un libro de caballerías inédito de principios del siglo XVI.

Actualmente se sabe muy poco sobre el texto, que ha permanecido en el olvido casi total debido a que solo se conserva una copia manuscrita que presenta serios problemas de lectura, ocasionados principalmente por manchas, rupturas y reencuadernaciones. Los pocos autores que lo han citado (Amador de los Ríos, 1865: 383, n. 2; Revilla y Alcántara, 1884: 291-292; Beer, 1894; Menéndez y Pelayo, 1905: ccxlviii; Lucía Megías, 1996, 2001a, 2001b y 2004; Eisenberg, 1979, 1982; Eisenberg y Marín Pina, 2000; Trujillo, 2011: 436) lo recogen en sus respectivas listas o catálogos sin añadir demasiada información, pues no han podido consultar la obra al completo, dado su estado actual. Solamente Amador de los Ríos (1865) y Lucía Megías (2001b) han llegado a transcribir algunos fragmentos, con los que los investigadores posteriores han podido hacerse una idea aproximada de su contenido. La intención principal de esta edición es sortear este inconveniente, presentando por fin el texto editado del *Marsindo* para terminar ese largo periodo de cuatro siglos de incógnita. Con el objetivo de que el investigador interesado pueda conocer la metodología que ha sido utilizada para preparar esta edición, creo conveniente dar comienzo a esta introducción con una descripción del manuscrito que contiene la obra, en la que se podrán apreciar también muchos de los problemas que se han ido presentando durante su preparación.

1. El manuscrito del *Marsindo*: descripción e historia

1.1 Descripción del manuscrito

El manuscrito que contiene el *Libro del caballero Marsindo* se encuentra actualmente depositado en los fondos de la biblioteca de la Real Academia de la Historia, con la signatura 9/804, en la Colección Salazar, de la que hablaré abajo con más detenimiento.

El códice, un volumen en 4º, está encuadernado en pergamino y consta de dos hojas de guarda al principio y una al final, con 370 folios de papel escritos en su interior (excepto una hoja en blanco). Las dimensiones del manuscrito son de 280 x 170 mm. La caja de escritura en la mayor parte de los folios llena toda la página, pero en otros se reduce, según el copista, como se verá más abajo. En algunos casos llega a ser de 190 x 70 mm, dejando un margen muy pronunciado.

Los folios se han numerado en diversas ocasiones, nunca con éxito, creando así varias series que no se corresponden entre sí y que no terminan de permitir al lector seguir la linealidad de la obra. Una de estas numeraciones, a lápiz y en el margen superior de los folios, se limita a la parte

interna de la encuadernación y la primera hoja de guarda. Después sigue, puede que la misma mano, en lo que yo he denominado folio 1r (por ser donde comienza el texto) con el número 3, y continúa con el 4 en el siguiente folio, deteniéndose posteriormente. El número 4 vuelve a repetirse en el siguiente folio, que a su vez tiene un 2 de otra numeración distinta. Este sería mi folio 3r. Esta numeración sigue hasta el 42, donde se detiene, repitiendo en ocasiones dos veces los números en el margen superior derecho de cada folio recto, quizás por haberse realizado una segunda numeración para confirmar la primera. De vez en cuando aparecen números aleatorios (en la hoja numerada con un 10 hay también un 13; en la numerada con un 17 hay también un 20) que seguramente se corresponden con otros intentos de poner orden en el manuscrito. En algunas páginas se logra apreciar, bastante borrada, lo que quizás fue una primera numeración, en cifras romanas y con tinta negra. A lo largo del volumen se encuentran otros números sueltos cuya pista es imposible de seguir, pues se dan de forma excesivamente aleatoria. La numeración anteriormente mencionada desde los primeros folios hasta el 42 (que sería mi 43r, pues yo he considerado como un folio más el 2, a pesar de solo contener un fragmento de texto) se hizo seguramente cuando el códice ya estaba terminado, porque se encuentra en fragmentos de diferentes copistas. Es posible, incluso, que el responsable de la numeración intentase seguir la pista del texto basándose en los reclamos y los inicios de las páginas (un trabajo endiabladamente fatigoso dado su estado actual), pues se detiene justo en el momento en el que falta un folio que está perdido y que impide utilizar este método para seguir numerando las páginas de forma sucesiva. Tras haber transcrito el texto de la obra y haber seguido la linealidad de la historia puedo ahora confirmar que el orden de los folios es el siguiente¹.

Nº	Folio	C.
6-43	1r-19v	5/1
553-552	20r-20v	1
561-554	21r-24v	1
571-562	25r-29v	1
44-67	30r-41v	1/2
514-519	42r-44v	1/2
520-547	45r-58v	1
551-548	59r-60v	1
470-513	61r-82v	1
572-633	83r-114v	1
292-299	115r-118v	1
300-339	119r-138v	1
68-73	139r-142v	1
340-341	142r-142v	1
74-105	143r-158v	1/3

135-134	159r-159v	1
671-634	160r-178v	1
106-109	179r-180v	1
136-171	181r-198v	1
110-133	199r-210v	1
246-247	211r-211v	1
244-245	212r-212v	1
248-255	213r-216v	1
239-236	217r-218v	1
240-243	219r-220v	1
256-291	221r-238v	1
196-235	239r-258v	1
342-445	259r-310v	1/3/4/5
450-469	311r-320v	1
172-183	321r-326v	1/2
185-184	327r-327v	1/2

186-195	328r-332v	1
446-449	333r-334v	1
708-709	335r-335v	6
672-707	336r-333v	6
710-717	354r-357v	5
728-745	358r-366v	5
718-724	367r-370r	3/5/6

¹ La cifra que doy como referencia, a falta de una numeración uniforme en el manuscrito, es la que aparece en la digitalización llevada a cabo por la Real Academia de la Historia. Originalmente se tenía que consultar el texto en imágenes digitales desde los ordenadores de la sala de la RAH o consultando el códice en la biblioteca. Ahora es posible descargar el archivo PDF en la Biblioteca Digital de la RAH, donde el número de imagen corresponde al número de página del PDF. La numeración comienza en la imagen 6 porque las anteriores coinciden con la encuadernación y las hojas de guarda. Indico en la última columna el número de copista (C.), con el orden que se explicará más adelante.

Hay varios aspectos que se deben explicar en esta tabla. El folio 2 solo contiene, debido a un cambio de copista, un fragmento de texto, mientras que el verso está en blanco. Las imágenes con número 725-726 están en blanco, y la 727 contiene otro texto (que se comentará más abajo). En el cambio del folio 44v al 45r la historia continúa casi en el mismo punto en el que se corta en el folio anterior, pero al darse un cambio de copista faltan algunas palabras, ya que este comenzó su labor demasiado adelante. En el paso del folio 138v al 139r falta al menos un folio, ya que se da un pequeño salto en la historia, fácilmente reconstruible por el contexto. Después se encuentran bastantes hojas encuadernadas al revés, algunas en vertical y otras en horizontal (es decir, mostrando por fuera la parte que originalmente debería estar en el lomo), provocando que el texto se deba leer hacia atrás (lo cual explica por qué algunas de las numeraciones de la tabla son descendentes). El caso más notable es el del folio 159, que además de estar encuadernado del revés está roto, y solo se conserva la mitad del texto. Por último, los folios 87v y 88r no se encuentran en la digitalización por error, pero sí están en esta edición.

Otro asunto importante para la fijación textual es el del estado de conservación del manuscrito. Por lo general, a lo largo de la obra se puede leer relativamente bien el texto, escrito en letra cortesana de principios del siglo XVI. Sin embargo, es frecuente encontrar a lo largo del códice muchos folios manchados o dañados que dificultan, en ocasiones hasta el extremo, la lectura. Amén de pequeños rotos o manchas de humedad de menor calado, se puede destacar el folio 327, donde en la sección intermedia la tinta se ha traspasado tanto de una parte a otra que el texto es de difícil (aunque no imposible) lectura. En la parte superior del folio se aprecia una zona de mayor claridad. Sospecho que se derramó alguna sustancia sobre el papel que borró la tinta original, obligando a un copista a volver a escribir la parte del texto perdida. Algo parecido sucede con la sección inferior de los folios 217 y 218, donde la lectura del texto también ha presentado algunas complicaciones. En muchos otros lugares las manchas de humedad no han afectado de forma sustancial a la calidad de la lectura, y en otros casos, como el del folio 274, la tinta ha resaltado sobre la mancha, permitiendo así la transcripción. Por último, también se encuentran esporádicamente manchas ocasionadas por un exceso o derramamiento de tinta por descuido de los copistas. En estos casos la parte del texto dañada es ilegible, pero por suerte es siempre lo suficientemente corta como para poder restituirse sin problema atendiendo al contexto.

1.2 *La letra y los copistas del manuscrito*

Este manuscrito es una copia de otro anterior, como muestran diversos errores tales como repeticiones de fragmentos o huecos en blanco que no se han comprendido en el original que se leía.

Todos los copistas que han intervenido en su formación, y que se analizarán enseguida, comparten un mismo estilo de letra, que en el estudio de la paleografía se denomina «cortesana», pues fue utilizada en un primer momento en las cortes de los reyes desde el siglo XV. Sin entrar en un análisis profundo de cada una de las grafías que realiza cada uno de los copistas, se pueden aducir varios ejemplos que nos terminan de convencer de que se trata en todos los casos de este tipo de letra. Así, por ejemplo, se localiza en el manuscrito la *a* «de la línea», parecida a una *u* con una línea superpuesta que no llega a cerrarla, y que es «característica desde principios del siglo XV» (Millares Carlo, 1983, I: 225)². En la letra cortesana «La cedilla es unas veces corta y

²Se puede ver este tipo de escritura en la lámina 283 del volumen III del tratado de Millares Carlo (1983).

otras comienza debajo de la *c*, curvándose a la izquierda y dirigiéndose posteriormente a lo alto para rodear parte de la palabra en que se encuentra» (Millares Carlo, 1983, I: 226), rasgo que se localiza en cualquier página del *Marsindo*.

Es notable el uso de la partícula «en» con una ligadura que se curva hacia la izquierda y rodea la sílaba, «usadísima en los siglos XVI y XVII» (Millares Carlo, 1983, I: 226), pero solo «ocasionalmente a fines» del siglo XV. Es notable, digo, porque esta abreviatura solo es utilizada por algunos de los copistas, pero no por otros (no, por ejemplo, por el que he denominado «primer copista»).

Recuerdo, en fin, que la letra procesal, degeneración de la cortesana, se comenzó a dar ya en documentos particulares y oficiales a finales del siglo XV (Millares Carlo, 1983: I, 235), si bien se pueden encontrar fácilmente documentos del siglo XVI con letra cortesana tal y como la que encontramos en el *Marsindo*. Se pueden ver ejemplos de esta letra en los tratados de Alverá Delgrás (1857, cuaderno 3º, láminas 1-4; aquí se pueden ver tipos de escritura de la época de Carlos I con un estilo tendente a la procesal, o directamente procesal, mucho más cursivizada que la del *Marsindo*), Muñoz y Rivero (1880), García Villada (1923, I: 330 y 335) y Millares Carlo (1983, III).

En nuestro volumen hubo un primer copista, de letra cortesana bastante cursivizada y junta, que copió todo el texto en un códice que después, por alguna razón, perdió algunas hojas, que tuvieron que ser restituidas por manos posteriores. Este copista, cuyo estilo de letra se puede ver a partir del folio 3r (pues los primeros se debieron de perder y se reconstruyeron posteriormente), se diferencia de los otros por un estilo de letra más redondeada, utilizando con frecuencia líneas expletivas y trazos envolventes en la letra *q* y en algunas *s* y *g* iniciales de palabra. Asimismo, escribe redondeada la *ç* y en ocasiones añade un trazo envolvente a la *o* que no tiene ningún valor fonético. Tiende a realizar trazos ondulados y alargados que sobresalen por encima y por debajo de la caja de renglón en letras como la *s* alta, la *f*, la *b*, la *v*, la *p*, la *i* larga, la *y*, y en ocasiones en la *g* inicial de palabra que no es completamente rodeada por un trazo circular y en la *q* cuando es abreviatura de «qui-». Utiliza de forma constante la barra y la doble barra inclinada para separar palabras, especialmente cuando la siguiente empieza por *o*, pero sin que funcionen realmente como signos de puntuación o pausas cabales en el texto. Su letra es la de menor tamaño, llenando al máximo la página, casi sin márgenes. Este primer copista parece haber realizado en alguna ocasión la labor de recuperar alguno de sus folios originales perdidos o estropeados, como se observa en el paso del folio 35 al 36, donde el copista sigue siendo el mismo, pero la calidad de la copia mejora considerablemente, hay márgenes más anchos y los folios están menos estropeados.

En los últimos renglones del folio 39 hay un cambio de mano que se desarrolla con bastante continuidad. Sin embargo, hay ciertas características que delatan a este segundo copista, que ayudó al primero a recuperar sus folios perdidos. La letra de este amanuense es ligeramente más cursivizada y descuidada, deja más separación entre las letras y entre renglones, y tiende a exagerar más los trazos que cruzan la caja de escritura. Comparte muchos de los rasgos mencionados para el anterior copista (típicos, por otro lado, de la letra cortesana), y se delata principalmente por las consecuencias de su cursivización, una letra más rápida, con menos abuso del trazo curvo cerrado, menos líneas expletivas y más tendencia a dejar las letras abiertas (un ejemplo claro es la *p*, que siempre queda abierta por arriba). El segundo copista alterna ocasionalmente con el primero, que le ayuda a completar su tarea incluso en párrafos o conjuntos sueltos de renglones, como sucede en el folio 40r, donde solo hay 9 renglones intermedios

escritos por el primer copista, siendo los demás, inferiores y superiores, escritos por el segundo. El primer copista vuelve a tomar el relevo en el folio 41v. Ambos copistas alternan hasta el folio 44v, aumentando cada vez más los márgenes, quizás para intentar adaptar la cantidad de texto que quedaba a los folios disponibles, para poder engarzar con el texto conservado de la primera copia a partir del folio 45r. El folio 44v deja tanto margen que se aprecian las líneas que delimitan el espacio de escritura y que han permitido a otra mano posterior, aunque con el mismo estilo de letra, escribir en el margen izquierdo las siguientes palabras: «E maldito sea el traydor que tale [*sic*] cosas dezia no quebrando el coraçon del amor que le tenia aquella beldad tan fina»³. Hay otras palabras en el margen superior, escritas en el mismo sentido por la misma mano, que no llegan a formar una frase. En el otro margen la misma mano escribió unas palabras que se han borrado porque se corrió la tinta cuando aún estaba fresca. Se aprecia la fórmula «Sepan quantos esta carta vieren», pero el resto de palabras es ininteligible. Finalmente, en el margen inferior, por esta misma mano, hay una línea escrita: «dando aquella yo y a tan fin». A partir del folio 53 el primer copista ha recuperado también algunos folios perdidos, en hojas menos dañadas y con mayor margen que las que había copiado inicialmente.

La mano del tercer copista también se dedica a restaurar folios perdidos de la copia original, y la primera vez que se detecta es en el folio 149r, manteniéndose hasta el 150v. También lo encontramos en los folios 265r a 266v, y del 271r al 274v. Debió de colaborar también con el primer copista en la recuperación del texto, pues la letra del primero se interrumpe a mitad del folio 291r para dar paso a la del tercero, que se mantiene hasta el folio 292v. Este copista tiene rasgos compartidos con los dos anteriores, pero esta letra es más junta que la del segundo, con un trazo más grueso y con menos separación entre letras y entre renglones. Por el estilo de letra se puede decir que es más sentada que la del segundo copista, pero no por ello menos descuidada. También tiende a dejar las letras abiertas por arriba, como la *p*, pero se distingue fácilmente de los otros dos porque hace las *i* siempre rectas y largas, las *y* con una curva más pronunciada en el trazo derecho, y prescinde incluso más que el segundo del trazo curvo envolvente como mero elemento decorativo⁴.

Una cuarta mano copia el texto a partir del folio 292r. La hipótesis que me parece más probable es que este cuarto copista no colaborase con los otros tres y se dedicase a recuperar partes del manuscrito que se hubieran perdido tras esa primera revisión por parte de los escribas analizados hasta ahora, ya que comienza en una sección donde se corta el texto del tercer copista. El cuarto colabora, eso sí, con el quinto, que es el que ha recuperado los dos primeros folios del manuscrito. Así, el 293v es del quinto copista, el 294 completo es del cuarto, el 295

³ Se trata a todas luces de una composición lírica en octosílabos con rima asonante (traidor/corazón; decía/tenía/fina), pero no he logrado localizarla en ningún otro testimonio.

⁴ Este tercer amanuense, a pesar de presentar un folio más limpio de tachones y manchas, presta menos atención al texto que copia, y no muestra prácticamente ningún signo de haber revisado ni cotejado de nuevo su resultado. He editado el texto tratando de dar sentido a lo que conservamos, pero sospecho que en algunos lugares, como en el folio 295r, algunos de los errores y las incoherencias que se pueden leer en el manuscrito se deben en realidad a saltos de igual a igual, o simplemente saltos de renglones (sin necesidad de *homoioteleuton*) por falta de atención (algo que se puede comprobar, entre otras cosas, en el hecho de que siempre transcribe «caballo» como «caballero», pensando que se trata de una abreviatura, sin fijarse en si tiene sentido en la historia o no; la confusión también se da en sentido contrario, pues en el folio 295v la doncella, según el manuscrito, le dice a Grimonte: «Señor cavallo...»). En este mismo folio es notable un hueco en blanco bastante inexplicable, ya que no parece corresponderse con la falta de un término. Se vuelve más extraño cuando se lee que, tras el hueco en blanco, hay una *g* al final del renglón que se corresponde con la primera letra de la primera palabra del renglón siguiente («Grimonte»).

es del quinto, el 296r es del cuarto y el 296v casi por completo del quinto excepto las últimas líneas, que son del cuarto, y así sucesivamente, alternándose ambos hasta el folio 304v, donde ya alcanzan el texto conservado de la primera mano y dejan la hoja a la mitad.

El estilo de letra del cuarto copista es sin duda más sentado que el de los tres anteriores. Sus trazos son más rectos y verticales, no abusa de las curvas y tiende a respetar con relativa rigidez la caja de cada renglón, solo permitiendo que se salgan de este los trazos altos y bajos de las letras que lo requieren, pero nunca de forma exagerada. En su caso, el estilo de escritura más pausado permite que todas las letras estén completamente cerradas. El quinto copista, que colabora con el cuarto, tiene características similares. Su letra es algo menos sentada (y, por ello, ligeramente más cursivizada) que la del anterior, pero también muestra una escritura relativamente pausada, con letra pequeña y bastante regular, algo más redondeada y picuda que la del cuarto, que tiende a ser más cuadrangular. Deja algo más de separación entre las letras y en su caso sí que quedan abiertas algunas *p* y otras grafías, siendo además difícil en ocasiones distinguir letras como la *n* y la *u*, que dibuja de forma similar (algo que no ocurre con la cuarta mano, cuya letra pausada establece claramente la distinción). Estos dos copistas se diferencian del primero y el tercero (pero no del segundo), además, por un rasgo distintivo que permite discernirlos sin lugar a duda: la comentada partícula «en», ya sea preposición o sílaba de alguna palabra, siempre la escriben como una «m» rodeada por un trazo curvo que la envuelve casi por completo, y que en ocasiones se une al trazo de la siguiente letra.

Hay aún un sexto copista que se encarga de los folios 335 a 353, con letra sentada de características similares a las de la cuarta y quinta mano. Su principal diferencia, que se aprecia a simple vista, es la tendencia a colocar pequeñas líneas expletivas, tan breves que casi parecen puntos, de forma aleatoria a lo largo del texto, sobre la línea de renglón. Su letra se lee con bastante claridad, es limpia, no abusa de los trazos curvos, tiende a ser rectilínea y respeta por lo general el renglón (aunque aprovecha los márgenes para alargar ocasionalmente de forma exagerada los trazos de algunas grafías). A diferencia de los copistas cuarto y quinto, no escribe la partícula «en» con trazo curvo envolvente.

La labor del sexto copista acaba en el folio 353v (aunque también se encargará más adelante del final de la obra). Sin embargo, este folio tiene una peculiaridad. La copia ha ocupado solamente la mitad del folio. Otro amanuense, que no logro identificar con ninguno de los anteriores (es decir, estamos ante una séptima mano) ha copiado el texto hasta el final del folio. Puede que lo hiciera de forma intencionada o sin darse cuenta de que ese texto ya estaba en la parte recuperada por el quinto copista (de ahí que el sexto hubiera detenido su trabajo en ese punto), de modo que tenemos un fragmento duplicado, con una particularidad que se comentará más adelante.

Para finalizar, en las últimas páginas del manuscrito se alternan tres copistas: primero el tercero (folios 367r-368r), después el quinto (folios 368v-369v) y finalmente el sexto (folio 370r). La progresión merece comentario, porque da la sensación de que el tercer copista y el quinto han colaborado, ya que uno escribe el recto y otro el verso del folio 368, si bien el quinto podría simplemente haber continuado la labor del tercero donde este la dejó incompleta. También es notable que el último folio esté escrito por el sexto copista. Es este dato el que me inclina a creer que este fue el último, ya que me resultaría extraño que se hubieran perdido todos sus folios finales excepto este (y me parece más plausible pensar que el quinto copista realizó la obra hasta el final y que su último folio se perdió, viniendo después el sexto a completar las últimas lagunas). En todo caso, el séptimo copista tiene que ser el último en el tiempo, pues completa

una hoja que había dejado terminada el sexto (y además parece no saber que el texto que copia ya se halla en otro lugar del manuscrito). Quedaría sin embargo la posibilidad de identificar una octava mano (si bien podría tratarse de alguno de los anteriores), que con tinta negra se dedicó a rellenar los huecos en blanco que los amanuenses anteriores habían dejado, especialmente el primero.

Se debe destacar que todos los copistas han respetado, por lo general, la misma fórmula para la separación de los capítulos, es decir, varios renglones en blanco y un hueco cuadrangular para las iniciales, que en ocasiones aparecen toscamente orladas, al igual que, de vez en cuando, algunas letras sueltas, especialmente en el primer renglón⁵.

1.3. *Los otros textos del manuscrito*

Aunque este códice solamente contiene una obra, el *Marsindo*, en algunos folios se encuentran frases o palabras sueltas que han escrito manos posteriores y que no tienen que ver con el libro de caballerías. Algunas de ellas ya se han comentado.

En algunos folios, como el 290, el propio primer copista ha escrito en el margen superior «ihu xpo nazareno salva far», probando varias veces, en el folio 290v, a comenzar la misma frase. En el 312v se aprecia, en tinta negra, una mano posterior, aunque también del siglo XVI, que en el margen inferior y del revés ha escrito «Rebuelto con todos los santos / y con todos los angeles». En el folio 316v, en el espacio entre un capítulo y el siguiente, la misma mano ha escrito «philosopho», y se aprecian trazos varios que podrían ser comienzos de escritura o simples pruebas de calamo. También encontramos esta mano, con tinta negra, en el folio 163r, donde escribe «don gregorio» y otras palabras ininteligibles, tanto en el margen como entre las líneas, además de varias rayas curvas con las que debía probar una nueva pluma. Más interés tiene, sin duda, el texto del folio 322r, donde la misma mano ha escrito en el margen superior y del revés «payo cuello vezino de la villa de Valladolid». Payo Cuello, posible poseedor de este manuscrito (y posible autor de estas escrituras ocasionales). era, en efecto, escribano de Tordesillas a mediados del siglo XVI (lo cual explicaría también la fórmula «Sepan quantos esta carta vieren»), tal y como se puede encontrar registrado en diversas ocasiones⁶.

Quedan tan solo por comentar algunos aspectos. Una mano del siglo XVI, en tinta negra, ha escrito «comienza» y «acaba» en varios folios, coincidiendo siempre con los cortes que actualmente se indican en la tabla anterior, de modo que tuvo que ser alguien (¿quizás el escribano vallisoletano?) que ya se encontró el códice reencuadernado con el desorden actual.

Dos manos han escrito en el folio no perteneciente a la obra que lleva el número 360 (escrito en alguno de los varios intentos de dar una numeración coherente al volumen; se corresponde con las imágenes 726 y 727 de la digitalización, que no entran en mi cómputo de folios de la obra). En la parte inferior hay un texto en tinta negra y letras grandes que resulta ilegible, pues la tinta se ha corrido. La parte superior y central del folio está ocupada por un texto en tinta

⁵ Esta regla solo se incumple en un caso: el capítulo LXXXV aparece marcado solamente por un pequeño hueco en blanco que con tinta negra se ha decorado pobremente. Por esta razón en el resumen del argumento que realicé en la *Guía de lectura* (García Pérez, 2022) establecí una división con un capítulo menos, ya que de la separación de este nuevo capítulo (justificada además por terminar con una fórmula similar a la del final de otros capítulos) no me percaté hasta que no revisé de nuevo el texto para la preparación de esta edición.

⁶ Citaré aquí solamente, a modo de ejemplo, la «Real cédula de compulsoria a Francisco de Villalpando y Payo Cuello, escribanos de número de la villa de Tordesillas», Archivo General de Indias, INDIFERENTE,425,L.23,F.212R-212V, y un pleito conservado en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, PL CIVILES,FERNANDO ALONSO (F),CAJA 1159,1.

marrón rojiza, como la del primer copista, que separa con una línea horizontal cada dos renglones y dice lo siguiente: «I bulnerasti cor meum amica mea dilecta mea / in uno utu[?] oculorum tuorum in uno crine coli tui / heriste mi coraçon amiga mia querida mia con / una vista de tus ojos con un cabello de tu cuello / ut quid molest estis huic mulieri / por que sois enojosos a esta muger / intolerabilius nihil est quam femina stulta / no hay cosa más intolerable que la muger loca». Las dos primeras líneas latinas se pueden identificar con una versión deturpada de un versículo del *Cantar de los Cantares* (4:9). La tercera línea en latín es del Nuevo Testamento (Mateo, 26:10). Por último, la cuarta línea en latín se corresponde con un verso de las *Sátiras* de Juvenal (2, VI, 460). Son sin duda ejercicios para practicar latín que realizaría quizás el primer copista mientras descansaba entre transcripciones.

Por último, merece comentario la repetición de un fragmento⁷ por parte del séptimo copista en el folio 353v, que traslada el inicio del capítulo LXXXIII, que se repite en el folio siguiente, ya con letra diferente. En mi edición he respetado el fragmento del folio 354r porque parece ser el que primero se escribió (contiene menos errores y está realizado por el quinto amanuense; parece que este séptimo rellenó el hueco del folio sin darse cuenta de que el texto ya se hallaba en otra parte del códice). El fragmento repetido que se encuentra en el folio 353v, muy similar al que se encuentra en esta edición, es el siguiente:

Polindos anduvo por la mar con tan buen tiempo que en pocos días llegó en Roma, e cuando el enperador lo vido ovo mucho plazer e pescudole qué tal quedava Grimonte.

—Dadme, señor, albricias, e dezírvoslo he —<e> dixo Polidantes.

—Yo vos las mando —dixo él.

—Sabed, señor, que Marsindo, que así se llama Grimonte, ya que llegó a Costantinopla <e> fue muy bien rescibido del enperador, y estando con él hablando llegó un cavallero moro e fue tal que por él e por la dueña que nos libró en la berbería se sopo cómo Grimonte hera hijo del enperador e de la enperatriz, e cómo se llamava Marsindo, e fue rescibido <s> d'ellos con grandísima alegría.

Hay varios aspectos que comentar aquí. El primero tiene que ver con la división en capítulos. El folio 354r no realiza ninguna indicación de que aquí comience un capítulo, pero en el folio 353v sí se ha dejado el espacio que indica que aquí se inicia una nueva sección. Esto nos debería hacer dudar de la legitimidad de la división en capítulos, ya que es imposible determinar si es un capricho del primer copista o si ya estaba así en el original (en cuyo caso parece ser que algunos copistas lo respetaron y otros no). Se debe tener en cuenta que el texto del folio 354r comienza en la primera palabra de la primera línea, y quizás por ello el copista no consideró necesario realizar ninguna marca distintiva, a diferencia de otros amanuenses.

La segunda cuestión que llama la atención, y que más merece comentario, es la de las diferencias que se pueden encontrar entre las dos versiones del fragmento. La fidelidad entre ambos textos es notable, pues casi no ofrecen discrepancias, más allá de las puramente ortográficas. En el segundo fragmento, que es el editado, del folio 354r, no se han dado los errores que en el fragmento del folio 353v, más arriba, he puesto entre corchetes angulares, mostrando que este

⁷ Incluyo esta repetición en la sección de «otros textos», a pesar de ser en realidad un traslado del texto de la obra, por su condición de fragmento repetido, y que por lo tanto no tengo en cuenta para la edición, pues es mucho más correcto el que se encuentra en el folio siguiente. Se podía haber incluido también en la sección sobre los copistas, pues es el único texto trasladado por la séptima mano.

último copista tenía menos cuidado que el anterior. El otro error notable se da al principio del texto, donde se puede ver que el nombre de Polidantes se ha deformado por error en Polindos. Esto nos ofrece un dato muy relevante (al mismo tiempo que precario) para fechar el códice, pues en la familia de los Palmerines hay un personaje que se llama Polendos, cuyo recuerdo podía haber causado al copista la confusión con Polidantes⁸.

1.4. *La historia del códice*

Con los datos manejados hasta ahora podemos reconstruir con relativa certeza la historia de este manuscrito.

En un primer momento hay un original que contiene la historia de *Marsindo*, la cual continúa la de otro libro de caballerías anterior y hoy en día perdido, la historia de Serpio Lucelio. Este manuscrito original es copiado en fecha temprana por un amanuense, quedando esta copia en un estado deplorable, tanto que varios grupos de copistas tienen que trabajar para recuperar las partes dañadas o perdidas. Tras haber sufrido los diversos procesos de copia y la posterior desencuadernación y reencuadernación, el códice debió de pasar (no sabemos si de forma directa o indirecta) a Payo Cuello, escribano de Tordesillas, quien lo acumuló entre sus fondos y lo utilizó ocasionalmente para realizar *probationes calami* sin respetar en algunos casos el texto escrito de la obra. Payo Cuello se encontraba ya como escribano en Tordesillas al menos desde la década de 1530⁹, y siguió ostentando su puesto durante las décadas siguientes.

De Payo Cuello pasó (de nuevo, de forma directa o indirecta) a una incógnita señora María, cuyo apellido desconocemos, pues se ha borrado del lomo del volumen¹⁰. De aquí debió pasar a Luis de Salazar y Castro, quien lo acumuló entre sus papeles, que después conformarían la Colección Salazar y Castro de la Real Academia de la Historia, donde se encuentra actualmente con la signatura antigua L-75, la signatura actual 9/804 y el número de inventario 44273 (Cuartero y Huerta y Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, 1961: 87). El volumen debió de permanecer desde el principio en Valladolid, pues de ahí era oriundo Salazar y Castro¹¹. Teniendo esto en cuenta, podemos trazar una breve historia de la colección para saber dónde ha podido estar el manuscrito durante todo este tiempo.

⁸ Es inevitable elucubrar sobre este punto en varias direcciones. Por un lado, el séptimo copista podía estar pensando en Polendos, hijo de Palmerín, y por lo tanto tendría que estar copiando su fragmento en una fecha posterior a 1511 o 1512, años de publicación del *Palmerín* y del *Primaleón*, respectivamente. Por otro lado, tampoco se puede descartar que estuviese pensando en Polindo, personaje de otro libro de caballerías posterior, publicado en 1526 (recuérdese que esta misma confusión entre personajes la sufrió Gayangos, 1857: XL). El nombre de Polidantes puede ocasionar una confusión fonética en cualquiera de estas direcciones (añadiendo la *s* a Polindo o cambiando la *e* por la *i* a Polendos). Por último, tampoco se debe rechazar la posibilidad de una simple casualidad. Sea como sea, este dato solo serviría para fechar la labor de este séptimo copista, que parece estar enmendando el manuscrito sin estar en contacto con los anteriores, pues de otro modo se habría dado cuenta de la repetición que estaba cometiendo.

⁹ Véase Fernández de Béthencourt (1900: 417). Más documentos donde Payo Cuello actúa como escribano en Valladolid se pueden encontrar, entre otros, en Martí y Monsó (1898: 545 y 564), Alvar Ezquerria (1993, II: 504), y González Pujana (1993: 125-129).

¹⁰ En el lomo, en tinta negra, se halla escrito «Historia de Marsindo y es de la S^a Dña. M^a de la». La última palabra, que indicaría el apellido de la poseedora que, hemos de entender, encuadernó el volumen en pergamino, se ha borrado casi por completo. También es posible que hubiera pertenecido a esta incógnita señora antes de pasar a poder del escribano vallisoletano.

¹¹ Salazar y Castro (1694: 106) cita en su obra a Payo Cuello, si bien esto no establece ninguna relación entre ambos más allá de su lugar de nacimiento. La cita está justificada por el hecho de tratarse de una obra que explora, desde el punto de vista de la genealogía, parte de la historia de Valladolid.

Tras la muerte del erudito genealogista en 1734, y por disposición de su testamento, su colección pasó al Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, en las calles Quiñones y San Bernardo de Madrid. En 1737 el bibliotecario del monasterio, fray Diego Mecolaeta, amigo de Salazar y Castro, elaboró el primer índice que se conserva de la colección, y que se puede consultar actualmente en la biblioteca de la Real Academia de la Historia con la signatura antigua Estante 24, grada 5.^a B 134 (Cadenas y Vicent, 1983: 687) y signatura actual 9/5218¹².

Al año siguiente (1738) el bibliotecario de Fernando VI, Juan de Iriarte, elabora otro índice. Una de las copias de este pertenecía a Santiago Agustín Riol, bibliotecario del rey, y se encuentra en la RAH (*olim* 9-23-7-A-185; signatura actual 9/4918). Hay otras copias de este índice también en la RAH (*olim* 27-4-E-122; signatura actual 9/5937, fols. 51 y siguientes) y en la Biblioteca Nacional de España (MSS/13465 y MSS/20463), según indica el catálogo de la Colección Salazar y Castro. Tras haber consultado el MSS/13465 de la BNE no he logrado localizar la obra, si bien hay muchas entradas que contienen «varios» o similares, entre los que se podría encontrar el *Marsindo*.

En el manuscrito 11287 de la BNE se contiene un índice elaborado en 1754 para el sucesor de Mecolaeta. En este se indica (fol. 197r) que la letra L de la colección contiene una «Miscelánea en 4.^o del Marqués de Montealegre muy estimada de todos, y otros libros hasta 50». La configuración inicial de la colección me sigue resultando demasiado desconocida como para determinar si en esta fecha el *Marsindo* ya se encontraba allí, aunque me parece lo más probable. Como se verá más adelante, la letra L contiene hasta 78 volúmenes. La indicación «del Marqués de Montealegre» resulta ambigua. Entiendo que se indica de este modo que el Marqués de Montealegre era su original poseedor, pero no lo era de esos «otros libros hasta 50», que completarían las signaturas restantes. En todo caso, no todos los volúmenes actuales se encontraban en la colección inicial. El volumen con signatura L-70 (número de inventario 44268, signatura actual 9/799), tal y como se indica en el índice de la colección (Cuartero y Huerta y Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, 1961: 84), no pudo pertenecer a Salazar y Castro, pues está fechado en 1771. Lo mismo sucede con los volúmenes L-71 (n.º 44269, signatura 9/800), L-72 (n.º 44270, signatura 9/801) y L-73 (n.º 44271, signatura 9/802). ¿Se incluirían después todos estos volúmenes, hasta el 78? De ser así, hay un hueco sin rellenar en la historia del manuscrito, pues no sabemos en qué momento entró en la colección actual, y quizás pudo hacerlo ya en el siglo XVIII, a través del monasterio de Montserrat.

La colección salió de dicho monasterio durante la invasión napoleónica, momento en el que se trasladó a la Biblioteca Real¹³. El 26 de mayo de 1815 una Real Orden encomendó a Juan de Escoiquiz, director de la Biblioteca Real, que se trasladase de nuevo al monasterio. El Real Decreto de 25 de julio de 1835, que ordenaba la exlaustración de las Órdenes religiosas, provocó que la colección tuviera que volver de nuevo a la Biblioteca Real. Es en estos años cuando Agustín Durán, por entonces director de la Biblioteca Nacional, realiza otro índice muy abreviado conocido como *Montserrat* (BNE, RES/19/1).

El conjunto se traslada a la biblioteca de las Cortes en agosto de 1837, cuando era bibliotecario del Congreso de los Diputados Bartolomé José Gallardo. Tras haber sido trasladada de forma temporal a un garaje de la calle Toledo, finalmente la colección terminó en la biblioteca

¹² Posteriormente, pero antes de 1754, el propio Mecolaeta habría elaborado otro índice que se halla actualmente en la misma biblioteca, signatura antigua G-6, signatura actual 9/454, pero que está mutilo en algunas partes.

¹³ Para todos estos datos sobre la historia de la colección véase Vargas Zúñiga (1969) y Cadenas y Vicent (1983).

de la Real Academia de la Historia, donde se encuentra hoy en día. En 1850 Francisco de Paula Cuadrado y de Roo y Antonio de Benavides y Navarrete elaboran otro índice de forma rápida y poco precisa, que queda obsoleto con el nuevo y exhaustivo publicado entre 1949 y 1979, donde sí se puede localizar la entrada del *Marsindo* (tomo XXVIII; Cuartero y Huerta y Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa, 1961). La letra L, según explicaba el Marqués de Siete Iglesias (Cadenas y Vicent, 1983: 691), contiene 78 volúmenes de miscelánea, es decir, de todos aquellos códices que no cabían en ninguna otra clasificación, entre los que se encuentra el *Marsindo* (lo mismo sucede con las letras F y N).

2. Autoría y datación

Actualmente el autor del *Marsindo* permanece en el anonimato, y tampoco podemos asegurar mucho sobre su fecha de composición. Por el momento no se ha realizado ningún intento de atribución de autoría, pues el *Marsindo* no había sido leído y estudiado hasta ahora. Con toda la cautela posible, me gustaría en esta introducción sugerir un posible autor para la obra: el creador del *Marsindo* podría ser el mismo que escribió el *Palmerín de Olivia* y el *Primaleón*. Veámoslo.

En primer lugar, hay que destacar que algunos personajes secundarios del *Marsindo* se pueden localizar también en el *Palmerín* y en el *Primaleón*, pero no (al menos hasta donde yo sé) en otros libros de caballerías. Es el caso de Prontaleo, que podemos localizar tanto en el *Marsindo* (f. 135v) como en el *Palmerín* (Di Stefano, 2004: 211) y en el *Primaleón* (Marín Pina, 1998: 509)¹⁴. Algo similar sucede con el duque de Tintuil, que hace acto de presencia tanto en el *Marsindo* (276r) como en el *Palmerín* (113), pero no en otras obras de la época, y lo mismo pasa con el rey de Esperte, que localizamos en el *Marsindo* (122v), el *Palmerín* (237) y el *Primaleón* (105), y con los duques de Amenón y de Mensa, que están tanto en el *Marsindo* (118r y 132v) como en el *Primaleón* (6)¹⁵. Esto, no obstante, podría achacarse a que el autor del *Marsindo* se encuentre influido por el *Palmerín* y/o el *Primaleón*, o viceversa, de modo que es necesario presentar argumentos más fuertes para defender que la autoría de las tres obras recae sobre un mismo individuo.

Para ello es necesario acudir al estilo de estos libros de caballerías. En el *Marsindo* se aprecia la repetición de vocablos, el léxico exiguo, la presencia constante de anacolutos y la repetición de las expresiones y los calificativos que Stegagno Picchio y Blecua (2004: 291-292) notaban ya en el *Palmerín*¹⁶. Tan solo hace falta abrir el *Palmerín* por el principio para encontrar todo un

¹⁴ Con el fin de no sobrecargar el texto, de aquí en adelante me limitaré a indicar entre paréntesis el número de folio (caso del *Marsindo*) o de página (caso de *Palmerín* y *Primaleón*).

¹⁵ Recuerdo, en este sentido, algo que ya hice notar en la *Guía de lectura* (García Pérez, 2022: 11, n. 5): en el *Marsindo* encontramos un personaje llamado Garfín, igual que uno de los hijos del caballero Cifar, obra cuya *princeps* se imprimió en 1510. Nótese, sin embargo, que el *Cifar* es una obra compuesta mucho tiempo antes de su primera impresión, y que Garfín podía ser un nombre con cierta difusión (recupero aquí ahora un topónimo: el pueblo leonés de Garfín).

¹⁶ Se puede consultar el resto de páginas con matizaciones que son aplicables igualmente al *Marsindo*. Juan Manuel Cacho Blecua me ha hecho notar que una atribución de autoría basada en el parecido entre dos obras corre el riesgo de caer en una falacia, pues si un autor está imitando al otro es más que probable que también calque expresiones y nombres. En efecto, la sugerencia de atribución de autoría que realizo aquí no pasa de eso: de una mera hipótesis. En todo caso, me parecería poco probable que un autor esté imitando el estilo de otro sin que se cuelen en su obra sus propias expresiones y muletillas. Es el gran parecido (más bien identidad) de estilo entre ambas obras lo que me lleva a pensar que se trata del mismo autor, en contraste con otros creadores de la época, como se verá a continuación. Queda pendiente, sin embargo, un estudio estilométrico completo que arroje luz sobre este asunto.

catálogo de las expresiones, el estilo y el léxico que se puede apreciar en cualquier sección del *Marsindo*. Acudo para ello tan solo a las primeras páginas del *Palmerín*, con la finalidad de no extender este análisis.

Las expresiones del *Palmerín*, en ocasiones muy recurrentes a lo largo de toda la obra, se pueden localizar en el *Marsindo*. Tal es el caso de «fue muy noble Emperador para sus vassallos, muy cruel a sus enemigos» (7), que podemos encontrar en el *Marsindo*: «fue muy buen rey, manso a sus vasallos e muy cruel a sus enemigos» (362v). En *Palmerín* encontramos la siguiente oración: «començó de sospirar muy fieramente, tanto que la Emperatriz sintió su grande tristeza e maravillóse qué podía ser» (8), cuyos elementos hallamos repetidas veces en *Marsindo*: «començó de sospirar muy fieramente» (64v y 335r), «maravillose mucho qué podría ser» (64r), «maravillose qué conpañía podía ser» (187v).

La siguiente expresión del *Palmerín*, «no hay cosa del mundo por cara que sea que vos me demandéys que yo no lo tenga por bien» (9), la encontramos casi calcada en *Marsindo*: «no ay cosa en el mundo, por cara que sea, que yo no la haga por vós» (165v). Lo mismo sucede con «essa esperança tenía yo e tengo de vos, mi señor» (*Palmerín*, 9), que en *Marsindo* aparece varias veces con ligeras variantes: «Esa esperança tengo yo en la vuestra bondad» (283r); «Esa con fiança tenía yo de vós, mi buen señor, y tengo esperança» (112r). También «después de los días de su padre ha de eredar el reyno de Ungría» (*Palmerín*, 9) aparece en *Marsindo*: «después de los días de su padre avía de ser enperador» (97r), «eredaréis el inperio después de sus días» (281r).

El parecido entre ambas obras no se limita a sintagmas y expresiones sueltas, sino que llega a abarcar conjuntos de mayor tamaño: «hablaron mucho en Florendos e dezían que nunca tan apuesto cavallero havían visto. Mucho le plazía a Griana de oýrle dezir a sus donzellas porque pensava de casarse con él» (*Palmerín*, 10) / «mucho hablaron en la fermosura y gentileza de Grimonte [...]. Gran gloria rescibía Lidia [...] cuando oía loar aquel cavallero en quien ella avía puesto su coraçón» (*Marsindo*, 27v); «acometió a los moros tan esforçadamente que por su mal fueron allí venidos» (*Palmerín*, 12) / «los recibieron tan esforçadamente que por su mal fueron allí venidos» y «entró entre los moros con tan grande ardimiento, que por su mal d'ellos fue allí venido» (*Marsindo*, 199r y 207r); «dio tan fuerte golpe encima de la cabeça a Tarisio que lo firió muy malamente e luego cayó a sus pies» (*Palmerín*, 12-13) / «dio con la espada un tan fuerte golpe a un cavallero que cabe Grimonte estava que cayó a sus pies muerto» y «Garv[asín dio a] Carpasio tan fuerte golpe en la cabeça que [lo ferió tan] malamente que Carpasio cayó muy desacor[dado]» (*Marsindo*, 20r y 20v); «Bien creo yo que lo faréis ansí según vuestra gran bondad» (*Palmerín*, 13) / «Bien soy cierta, señora, que según vuestra medida no me culparéis», «Bien ciertos somos, señor, que según vuestra gran bondad» y «Bien creo yo, señor, que en él ay más bondad que naide puede dezir» (*Marsindo*, 166v, 203v y 90r); «mas no fue así como él pensava» (*Palmerín*, 14) / «mas no fue así como él pensó» (*Marsindo*, 291r). No hemos pasado de la página 14 del *Palmerín*, y no hemos encontrado una página con un buen número de las expresiones habituales del *Marsindo* que, a su vez, son difíciles de encontrar en otros libros de caballerías, especialmente en conjunto (es decir, todas ellas en una misma obra). La única excepción sería el *Primaleón*, dato que no hace sino afianzar la hipótesis planteada.

Podemos ver un breve muestrario de expresiones y oraciones similares entre el *Primaleón* y el *Marsindo*, también sin salir de las primeras páginas de aquel, pues el análisis se podría alargar de forma indefinida: «ruego a Dios que vos faga tal que parezcáis fijo de aquel buen caballero Frisol que en su tiempo ninguno a la su bondad se igualó» y «agora te convendrá trabajar porque parezcas en algo a aquellos de donde vienes» (*Primaleón*, 3) / «Así quiera Dios, hijo,

que vos parescáis aquellos donde venís» y «Ruego a Dios que en tal ora vós la ayáis por vuestra que fagáis tales cosas por onde seáispreciado e parescáis aquellos de donde venís» (*Marsindo*, 95v y 368r); «Y pensando en muchas cosas, acordó de salir de la corte del Emperador lo más encubierto que pudiesse y no lo fazer saber a persona del mundo y no llevar consigo sino un escudero e irse derechamente a Macedonia» (*Primaleón*, 3) / «y fuese su camino pensando en muchas cosas, y acordó en su pensamiento de ir a ver a Damasio», «de no lo dezir a persona del mundo» y «acordó que antes que aquello pasase poner en obra su partida, y pensó de irse derechamente al reino de Ungría» (*Marsindo*, 70v, 56v y 17r); «fuéronse a encontrar ambos a dos tan poderosamente, que el caballero quebró su lança en muchas pieças» (*Primaleón*, 4) / «fuéronse a encontrar tan poderosamente qu'espanto era a quien los mirava» y «encontráronse en sus fuerças tan fuertemente que Fidario quebró su lança en muchas pieças» (*Marsindo*, 104r y 156r); «maravillóse quién podía ser»¹⁷ (*Primaleón*, 5) / «maravillose quién era tan buen cavallero» (*Marsindo*, 8v); «que sea segura que cosa no me será por ella mandada que yo no la faga aunque resciba la muerte por ello» (*Primaleón*, 8) / «Mas seréis, señora, muy cierta, que cosa no me será por vós mandada que yo no la haga» y «¿Qué me podríades vós mandar que yo no hiziese aunque la muerte por ello recibiese?» (*Marsindo*, 91v y 16r).

Por último, también me parece interesante notar, dentro del parecido estilístico entre las tres obras, que los recursos utilizados para los finales de muchos de los capítulos de la obra son similares. Así sucede con los capítulos finales, en los que el autor pretende atar los cabos sueltos y dejar a todos los personajes colocados en una posición precisa, resumiendo en un par de líneas lo que les sucedería en el futuro a partir del punto en el que quedan en la historia. En el caso del *Marsindo* tenemos varios casos: «e después que Angrite morió Brimarte reinó en Macedonia e fue muy buen rey, e mantovo su reino en paz y en justicia, e ovo dos fijos muy buenos, cavalleros, en Tardanir, su muger» (353v); «Y después qu'el rey [Laureato feneció]¹⁸ Carlo reinó y fue muy buen rey, manso a sus vasallos e muy cruel a sus enemigos. Ovo en Ardina su muger un ijo y dos ijas muy hermosas, y fueron grandes señoras» (362v); «y como el rey Abranir fue llegado luego entregó para Alfarjín el reino de Tremecén e se llamó rey, e después d'él reinó su ijo Almongelí, e así uvieron tan buen galardó[n] en la criança que a Marsindo izieron» (365v); «Arquilao reinó e uvo dos fijos en su muger Lecidora, e siempre tuvo consigo a Tomedo, su ermano, e le dio gran tierra e señorío en que vivió muy onradamente» (366v). El *Palmerín* también utiliza esta técnica varias veces («E a su tiempo Agriola parió un fijo con el qual todos fueron muy ledos e fizieron grandes fiestas así en Alemaña como en Ynglatierra» [362]; «E bien pasó un año que eran casados que Polinarda se fiziesse preñada; e después fizose preñada e parió un fijo muy fermoso e pus[i]éronle nombre Primaleón, que después fue cavallero que pareció bien a su padre en el ardimiento» [363]), y lo mismo sucede con el *Primaleón* («y todos los días que él bivió la amó estrañamente y ovo en ella hijos que fueron muy buenos cavalleros» [522]; «Y mientras que Primaleón fue bivo, ninguno fue osado de acometer guerra al soldán Belagriz porqu'él le ayudava y amparava muy bien» [535]).

Mucho mejor se puede ver esta similitud estilística en los finales de aquellos capítulos que preceden a otros en los que se da un salto hacia la historia de otro personaje, y donde el narrador debe hacer esto explícito. En *Marsindo* se tiende a utilizar una fórmula similar en todos los

¹⁷ La expresión aparece tal cual en *Palmerín* (37).

¹⁸ He simplificado en «[Laureato feneció]» para evitar complicaciones innecesarias derivadas de problemas de fijación textual. El fragmento con las correcciones precisas se puede encontrar en la edición.

casos («Y dexarlos emos agora a todos y contarvos emos lo que hizieron los mandaderos que avían partido de la cibdad de Betaín» [218v]; «Y dexarlos emos agora fasta su tiempo» [255v]; «E dexarlos emos agora a todos estar y contarvos emos de la guerra de Ingalaterra» [272r]; «e dezirvos emos cómo» [333r]). Las mismas formulaciones, en ocasiones palabra por palabra, encontramos tanto en el *Palmerín* («E dexarlos hemos agora e contaros hemos de Griana» [27]; «E dezirvos hemos cómo» [373]; «E dexallos emos agora todos fasta su tiempo» [381]) como en el *Primaleón* («Palurdán tomó la ciudad de Paraz y dezirvos emos cómo» [494]; «y deziros emos cómo acaesció» [504]).

En otros libros de caballerías se encuentran también estrategias similares, pero las expresiones varían notablemente, y ninguna de ellas se asemeja tanto a las comentadas del *Marsindo* y los dos primeros Palmerines. Así, por ejemplo, en *Amadís de Gaula* («por contar dél dexaremos éstos hasta su tiempo» [Rodríguez de Montalvo, 2021: II, 1604]; «Mas agora dexa la istoria de hablar de aquellos cavalleros que ivan a ganar aquellos señoríos, y de todas las otras cosas, por contar lo que le avino a Amadís a cabo de algún tiempo que allí estuvo» [II, 1640]; «Mas agora los dexaremos muy contentos y pagados de la vitorias que ovieron, y contarvos ha la historia del rey Lisuarte, que ha gran pieça que se no fizo mención» [II, 1739]) y en las *Sergas de Esplandián* («como ya vos dije» [Gayangos, 1857: 547]; «Agora os contarémos lo que los paganos hicieron» [549]). Es notable el caso de *Lisuarte de Grecia*, obra que presenta un considerable parecido estilístico con *Marsindo* y *Palmerín*, y en la que muchos capítulos terminan de manera similar, pero con una fórmula constante que lo diferencia de nuestro texto y que señalo con cursiva: «*Dexémoslos ir su camino adelante*, e dezirvos hemos del rey» (Silva, 2002: 222); «Agora *dexémosle ir por la mar adelante*, e dezirvos hemos de lo que Gastiles fizo» (125); «Ora *dexémoslos pasar essa noche* en la afrenta que veis que estavan, e dezirvos hemos de los paganos» (66); «Agora *dexémoslos ir por su mar* [...] e dezirvos hemos lo que a Lisuarte avino» (113).

No creo conveniente alargar más la comparación estilística de estos primeros libros de caballerías. Los parecidos ocasionales o aproximados no pueden servir para establecer una propuesta de autoría, pues, al estar tratando los mismos temas y tomando como base los mismos modelos, es inevitable que parte del estilo de estas obras se traslade en ese proceso de imitación. Sin embargo, como expresé más arriba, resultaría altamente improbable que un autor, imitando a otro (*Marsindo* a *Palmerín*, o viceversa), hubiera logrado una similitud extrema, palabra por palabra en muchos casos, en una gran cantidad de pasajes (pues aquí solo se ha analizado una pequeña parte).

En caso de estar en lo cierto, por desgracia, seguimos sin saber quién sería el autor del *Marsindo*. En los versos «ad lectorem» de Joan Augur de Transmiera que cierran el *Palmerín* se indica que «Femina composuit» (386), y en el *Primaleón* encontramos también unas estrofas finales, esta vez en romance, en las que se afirma que «es de Augustobrica aquesta lavor» (538), idea que comentaría posteriormente Francisco Delicado en su edición veneciana del *Primaleón* de 1534, donde a su vez la «señora Agustobrica» sería la autora de la obra. Según Marín Pina (1990-1991), podría tratarse simplemente de una estrategia para hacer más atractivo el libro, ya que no se trata de la única posible autoría. En *Primaleón* se afirma que tanto *Palmerín* como la propia obra «fue trasladado [...] de griego en nuestro lenguaje castellano [...] por Francisco Vásquez» (538), y ambos textos quedan unidos, además de por las cuestiones de estilo revisadas más arriba, por la dedicatoria a Luis de Córdoba, donde el autor afirma en primera persona su

autoría sobre ambos textos (2)¹⁹. Por esta razón, a pesar de la propuesta de autoría que he realizado, debo dejar en blanco por el momento el nombre del autor de esta obra, que queda a la espera del descubrimiento que resuelva el misterio²⁰.

Solo queda por comentar en este apartado, si bien muy brevemente, el tema de la datación. Al igual que sucede con la autoría, no tenemos ningún dato seguro para dar una fecha a la composición de la obra. Más arriba se analizó brevemente la aparición del error de uno de los copistas, que confundía a Polidantes con Polindos, una errata que podría tener reminiscencias tanto de Polendos, hijo de Palmerín, como de *Polindo*, libro de caballerías publicado en 1526. Ni sabemos en qué estaba pensando el copista, ni sabemos cuánta distancia temporal había entre él y los demás, ni sabemos en qué fecha se compondría el original que todos los copistas están tomando como base.

La única forma que se me ocurre por el momento para datar la obra es hacerla “pivotar” sobre el *Palmerín*, es decir, tratar de determinar si el *Marsindo* se compuso antes o después. En mi opinión, como exploraré más adelante, el *Marsindo* es una obra previa al *Palmerín*, y por lo tanto uno de los primeros libros de caballerías que sigue el modelo del *Amadís* en la literatura castellana. Tanto el *Marsindo* como la historia perdida de su padre, Serpio Lucelio, se habrían compuesto en algún momento durante la primera década del siglo XVI.

3. El contenido de la obra

El argumento del *Marsindo* ya quedó resumido en la *Guía de lectura* (García Pérez, 2022: 15-60), y ahora puede ampliarlo el lector interesado consultando el texto completo de la obra que ofrezco en esta edición. Solo resta en este apartado hablar brevemente de ciertos aspectos que llaman la atención y a los que conviene dedicar unas palabras, aunque solo sea para sugerir posibles trabajos futuros que profundicen más en estas cuestiones.

3.1. Personajes y narrador

Si bien muchos de los personajes de la obra son planos y responden a un prototipo concreto, ajustándose a las funciones que vienen delimitadas por las características propias del género editorial en el que se enmarca el *Marsindo*, hay algunos nombres que claramente resaltan sobre los demás y que presentan una figura mejor dibujada por la pluma del autor.

El carácter necesariamente sumario de esta introducción me impide realizar un repaso por cada uno de los personajes (muchos de los cuales, en cualquier caso, sí responden a un prototipo determinado), de modo que me centraré solamente en uno de los más interesantes: Carlo, el hermano de Marsindo²¹.

¹⁹ Ferrario de Orduna (2000: 719-722) también ha aducido razones estilísticas para establecer la unidad de autoría de los dos primeros Palmerines, comentando algunos de los rasgos que aquí se han utilizado. En cuanto al estilo, González (1999 y 2000-2001) ha afianzado la unidad de autoría mediante el análisis de las profecías formuladas en el *Palmerín* que terminan cumpliéndose en el *Primaleón*.

²⁰ Véase Marín Pina (2004: IX-XI) para un repaso por las atribuciones de autoría que se han realizado para el *Palmerín* y el *Primaleón*.

²¹ Versinta, Clarisa, Dispina o los compañeros de Grimonte (Manfedro, Carpasio, Polidantes, Arquilao, Claudio, Franxis-te, Franquel) merecen también, quizás, un comentario, frente a otros personajes secundarios que no ofrecen ningún interés.

En un principio Carlo es presentado como un personaje neutro, incluso positivo, pues se preocupa por su hermana Lucida, quien no desea casarse con Fidario, hijo del emperador de Alemania, feo y osado. Sin embargo, en cuanto Marsindo comienza a ser conocido en Constantinopla (con su otro nombre, Grimonte, y con su pseudónimo, el Caballero de la Espina), Carlo demuestra ser sobervio, iracundo y envidioso. Repetidas veces trata de convencer a todos, su padre incluido, de que el Caballero de la Espina es osado y malvado, y llega a desarrollar diversas estrategias para terminar con él. En una inteligente jugada, Carlo insta a su tío a que luche contra el Caballero de la Espina, ya que de este modo logrará su cometido: Grimonte vence al hermano de Serpio, el emperador, quien se ve obligado a luchar con él, siendo prácticamente vencido, y haciendo que el Caballero de la Espina se gane la enemistad de la emperatriz. A pesar de esto, todo se terminará resolviendo (el emperador alaba al caballero incógnito por su gran valor, la emperatriz lo perdona cuando se entera de que podría ser su hijo), y Carlo no tiene más remedio que enfrentarse directamente con Grimonte. De este modo, cuando acude al paso del puente que es guardado por el Caballero de la Espina, el lector puede ver claramente cómo piensa Carlo: el príncipe de Constantinopla hace saber a Grimonte que él sí pasará por el puente, porque aún es un doncel y no un caballero (logrando así lo que sus tíos y su padre no podrán conseguir), y haciendo notar su procedencia imperial, para finalmente señalar al Caballero de la Espina que podría vencerlo si fuera armado caballero, todo ello camuflado entre risas y abrazos completamente falsos. El personaje se dibuja hasta en los más mínimos comentarios. Así, cuando Serpio le pregunta qué tal le había parecido el Caballero de la Espina, Carlo simplemente le «dixo que muy bien», mientras que Frisios, que lo acompaña y sirve de contrapunto, se deshace en elogios: «Cierto, señor, no le falta nada para ser acabado. Si estremado es en bondad de cavallería no menos lo es en fermosura y gentileza. Dígovos, señor, que si vós fuérades otro que crierá que era vuestro hijo, tanto os parece» (f. 132r). En cuanto Carlo se entera de que Marsindo es su hermano, sin embargo, sufre un cambio radical de actitud, y acepta sin problemas su nueva posición de segundón. Lo que Carlo parecía despreciar no era a la persona en sí, sino la falta de correlación entre la bondad del caballero y su origen aparentemente humilde, o al menos desconocido.

Además de los personajes, también tiene cierto interés el narrador de la obra. Por norma general es un narrador omnisciente en tercera persona como el que se puede encontrar en cualquier otro libro de caballerías, pero en algunas ocasiones trata de tomar cuerpo e indicar al lector, si bien de forma muy somera, cómo ha obtenido la información que narra. Sin haber establecido en ningún momento el recurso inicial del manuscrito encontrado (que quizás sí se encontraba al principio de la historia de Serpio Lucelio), en ocasiones comienza sus capítulos con la expresión «Dize el cuento» (ff. 25r, 272r y 331v), como si, en efecto, estuviera tomando su relato de una historia verídica que copia o traslada.

Por otro lado, el narrador no suele tener problemas para saber qué piensan todos los personajes en cualquier momento, pero oculta cierta información de forma intencionada (como el nombre y la identidad de Clarisa, a quien solamente conoce Arquilao por su parentesco, pero a quien desconocen tanto el protagonista como el lector hasta el final de la obra), llegando a identificar a veces el punto de vista del narrador con el del protagonista. Así queda patente, por ejemplo, cuando se especifica que la conversación entre Manfredro y Serpio es conocida posteriormente por Grimonte solamente porque Manfredro se la contó, sin que esta información sea realmente necesaria para el lector: «Según lo que después Manfredro le contó, el enperador le dixo» (f. 150v).

3.2. *Magia y sueños*

La magia es uno de los temas más interesantes de la obra, pues está presente en buena parte de las aventuras y sirve en ocasiones como motor de la historia. Por otro lado, en este libro de caballerías el protagonista tiene diversos sueños proféticos que no se pueden pasar por alto en este análisis, y que se pueden enmarcar dentro de este sub-epígrafe de lo mágico y lo sobrenatural, que conecta de forma directa con el punto siguiente.

La magia está ligada en el *Marsindo* a personajes que la practican, es decir, a magas y fadas, y muy pocas veces a sabios (esta vez en masculino) que conocen las artes mágicas.

El primer episodio mágico de la novela es el del brazo encantado que daña a Oribena. Este brazo aparece todos los días a la misma hora para atacar a la doncella sin que nadie pueda pararlo, excepto el mejor caballero del mundo. Además, el brazo mata a cualquiera que se ponga en su camino, a no ser que se trate del hijo de un rey o un emperador, a quien solamente deja inconsciente. La función literaria de este pasaje está clara: permitir que Grimonte descubra que viene de un linaje real y que es el mejor caballero del mundo, quedándose además con la espada, que tiene propiedades mágicas.

La magia también se manifiesta en el *Marsindo* a través de uno de los tópicos más reconocibles de la tradición literaria: el anillo con propiedades sobrenaturales. El primero que recibe Marsindo es el que le da Clarisa, y que será importante para la trama, pues le libra de los hechizos posteriores de Maguelia y de la fada inglesa. Maguelia, a su vez, le da un anillo mágico, pero esta vez con una propiedad diferente. Ya no se trata de un anillo de protección, sino de amor: las dos piedras que lo componen se iluminan cuando los amantes se encuentran felices y se oscurecen cuando se hallan tristes, y de igual modo las figuras que aparecen en el anillo se miran o se dan la espalda en función de la lealtad de los amantes.

He hablado antes de personajes masculinos que conocen el uso de la magia. Así sucede, en efecto, con el caballero que encierra a su hija en la Torre del Salvaje con su amante, donde Grimonte se encuentra con diversos sucesos: tanto el salvaje que guarda la torre como los negros que golpean a los amantes con porras desaparecen por arte de magia en cuanto Grimonte cruza las puertas a la fuerza. De igual modo, una imagen espera a Marsindo dentro de la torre para darle una corona y una espada, en una escena que, hemos de entender, no podía estar preparada por el caballero, que no conocía a nuestro protagonista.

Sin embargo, los personajes mágicos más importantes de la obra son sin duda mujeres. Además de Clarisa, cuya presencia será fundamental para el desarrollo de la trama, también tenemos otros ejemplos en la novela: la hermana del rey de Noruega, que es quien encanta el brazo que daña a Oribena; la reina Maguelia, cuyos hechizos de seducción no funcionan gracias al anillo y a la intervención de Clarisa; y las fadas de Inglaterra, una de las cuales también trata de usar sin éxito sus encantamientos contra Grimonte. Esteban Erlés (2008: 170, n. 197) anotaba que la aparición de fadas en el *Palmerín* constituía la primera mención de estos seres mágicos en los libros de caballerías, pues previamente se las denomina siempre «magas» o similares. En caso de que el *Marsindo* preceda en el tiempo al *Palmerín*, tendríamos que fijar aquí la primera aparición de este tipo concreto de hechicera²².

²² Véase Bueno Serrano (2008) para un análisis de las fuentes folklóricas de las fadas en el *Palmerín*. Mucho de lo analizado en este artículo debe tomarse con cautela si se aplica al *Marsindo*, pues la naturaleza y la actuación de las fadas en este caso es bien diferente. Recuerdo que en el *Marsindo* las fadas no muestran ninguna característica externa diferente a las demás hechiceras y magas.

A pesar de todo ello, y aunque la presencia de la magia es innegable en la obra, creo que una de las virtudes del relato es la renuncia por parte del autor a abusar de lo sobrenatural como recurso narrativo. En una obra en la que se acepta la magia como una realidad, pues en ningún momento se ponen en duda los encantamientos de Clarisa y de Maguelia, siempre que sale a relucir uno de los temas principales de la obra (es decir, la lucha de Marsindo contra su destino) el relato se resuelve de forma coherente, dejando lugar a dudas en todo momento sobre si lo sucedido ha sido obra divina o cuestión de azar. Así sucede, por ejemplo, todas las veces que Grimonte pretende descubrir su linaje. Al tratar de buscar respuestas en la sabiduría de la reina Maguelia esta se enamora de él (lo cual es coherente, ya que se insiste constantemente en su hermosura), y esto, unido a su fidelidad a Dispina, causa el enfrentamiento y la imposibilidad de obtener una respuesta. Cuando Grimonte busca respuestas en la sabia mujer inglesa que pretende visitar tras cumplir el mandado de la dueña, de nuevo su fortuna se tuerce por elementos no mágicos y ajenos a él: el caballero y su amante, al ver a la dueña, deciden suicidarse antes que enfrentarse a ella, y esto impide que Grimonte termine correctamente su aventura. Lo mismo sucede cuando a Grimonte se le promete encontrar respuestas en el caballero sabio pariente de la madre de Durifio: cuando están de camino, Dainor y sus parientes, enojados por la anterior derrota, alcanzan a Grimonte y a sus acompañantes matando a estos últimos, impidiendo así que Grimonte encuentre al caballero que le daría la respuesta a su pregunta.

Un caso similar podemos encontrar cuando Grimonte se enfrenta al caballero de la fada. El caballero está encantado, de modo que solo puede ser vencido por aquel que ame más lealmente. Sin embargo, no llega a quedar claro si realmente este encantamiento funciona. Todos los caballeros pierden contra el de la fada, y el propio Grimonte se encuentra en determinado momento en un apuro, pero en ese momento invoca a su amada, le pide fuerzas, y esto le permite vencer a su enemigo. ¿Ha vencido porque es el más leal amador del mundo, y esto ocasiona que pueda deshacer el encantamiento, o porque al ser el más leal amador del mundo puede obtener del recuerdo de su amada las fuerzas necesarias para vencer a su enemigo? La misma realidad contemplada desde dos puntos de vista diferentes.

En varias ocasiones se insiste en que los encantamientos de Maguelia y los de la fada no funcionan en Grimonte porque este lleva el anillo mágico que le dio Clarisa. Pero este anillo ¿realmente funciona? ¿O es que no funcionan los encantamientos de las magas? ¿Si Grimonte no hubiera llevado su anillo habría sido desleal a Dispina, accediendo a la seducción de Maguelia? ¿Habría perdido contra el caballero de la fada, a pesar de ser el mejor caballero del mundo? La única magia que parece funcionar en la obra, por mucho que el narrador confirme lo contrario, es la de los encantamientos de corte visual, donde se crean imágenes falsas en la mente de los personajes. Y hasta tal punto es así que el propio Grimonte ve cómo sus compañeros están tumbados, completamente inconscientes, mientras ellos están soñando con una realidad diferente cuando son encantados por Maguelia. Esto podría llevarnos a pensar en los debates que en la época se estarían originando sobre la existencia o no de la magia, ya que una de las soluciones que se suele ofrecer es precisamente la de que la magia no existe como tal, siendo todo en realidad reducido a meras alucinaciones. Interesante, en este sentido, es la escena de las visiones que Grimonte tiene en la Torre del Salvaje, donde hay un elemento que ataría la escena a la realidad (el caballero y la doncella que lo están observando, y que no realizan ningún comentario indicando que hayan visto nada de lo que él ha visto), y un elemento que indica que la visión ha sucedido de verdad (el hecho de que Grimonte salga de allí con la corona y la espada que la imagen le ha dado).

Esta escena nos lleva, a su vez, a otro de los aspectos que pretendía comentar, si bien someramente, en este apartado. Me refiero al de las profecías que se dan en la obra, y que, además de ser un motivo literario que ya se encuentra en el *Amadís*, también entra en el terreno de lo mágico o sobrenatural, al menos hasta cierto punto. Las profecías acompañan a Marsindo desde su juventud, pues cuando aún es un niño el embajador persa le indica a su padre adoptivo, Alfaraxín, que Marsindo será el mejor caballero del mundo, lo que se acabará cumpliendo. Clarisa también profetiza el futuro, y no podemos olvidar los sueños proféticos de Marsindo, donde se advierte lo mismo que Clarisa ya le había asegurado: que al enfrentarse con el «león» en la batalla más dura que tenga (es decir, con su padre, aunque él aún no lo sabe), no debe continuar la lucha, pues causaría un gran mal, y que la señal en forma de estrella roja que tiene en el pecho será la que servirá para reconocer a su linaje cuando llegue el momento. Como ya notaba Acebrón Ruiz (1989: 11) con respecto al *Palmerín*, el motivo del sueño profético es universal, y se encuentra en una gran cantidad de textos, desde la Biblia hasta la materia de Bretaña o el mismo *Amadís*. Desde luego, en los Palmerines tiene una gran importancia, hasta tal punto que González (1999 y 2000-2001) llega a afianzar la relación de autoría entre el *Palmerín* y el *Primaleón* analizando con minuciosidad las profecías que enlazan ambos libros.

3.3. Religión

Los sueños y las profecías nos permiten engarzar con el siguiente eslabón de la cadena: la religión. Como todos los héroes de los libros de caballerías castellanos, Marsindo es defensor de la cristiandad, hasta el punto de que se bautiza en Jerusalén y lleva una espina de la corona de Cristo consigo. Sin embargo, hay al menos dos aspectos que llaman la atención en la obra y que merecen comentario.

El primero de ellos ha sido ya señalado: las profecías. Desde que conoce a Dispina, Marsindo toma sus decisiones en muchos casos por amor, pero antes incluso de conocer a su amada ya tiene otra motivación que lo acompañará durante toda la obra, y que jugará en muchas ocasiones en su propia contra: la imposibilidad de conocer su linaje y su lucha constante contra el destino. Clarisa, la misma que profetiza su lucha contra Serpio, le advierte de forma constante que los caminos de Dios son inescrutables, y que él no debe intentar conocer aquello que no puede conocer. Las profecías fijan un futuro cierto para Marsindo, pero en una clave que el héroe, irónicamente, no será capaz de descifrar hasta que no suceda lo que está profetizado. Por otro lado, el destino y el amor corren parejos, pues en cuanto conoce a Dispina, Marsindo tiene otra motivación más para intentar conocer su linaje, ya que solo se podrá casar con ella si sus padres son reyes, como sospecha. La lucha contra el destino deja varios muertos tras Marsindo, que finalmente termina dándose por vencido y aceptando que no puede conocer lo que Dios le ha vedado. Se unen de este modo la profecía con la providencia divina, negando la posibilidad de escapar al destino, sugiriendo un debate (sobre la posibilidad de negar el libre albedrío) que durante el siglo XVI tendría consecuencias funestas.

Sin embargo, lo que más llama la atención en el plano de la religión es la oscilación entre maurofilia y maurofobia, actitudes que Bueno Serrano (2013: 82) considera «la cara y la cruz de una misma moneda: el apoyo al poder dominante, desacreditando o siendo indulgente con el enemigo por su fragilidad». En gran parte coincido con esta visión, pero en el *Marsindo* hay quizás un matiz ligeramente diferente, una tolerancia sincera con la religión musulmana que no busca engrandecer al enemigo para que la victoria sea mayor para el héroe.

Los personajes positivos de la obra son por lo general cristianos y conquistan reinos musulmanes, pero lo hacen siempre por una causa justificada para ellos, es decir, el hecho de que los musulmanes les hayan atacado previamente. No hay en la obra un espíritu activo de conquista de territorios ajenos, sino más bien de búsqueda de la paz a través de la derrota de enemigos que ya han manifestado su carácter ofensivo. Por otro lado, destaca en varias escenas de la novela la libertad de elección que se otorga a los personajes musulmanes, que se convierten solamente si así lo desean, pues el autor considera que una conversión por la fuerza no es una conversión sincera. Tanto Abranir como la hija del Miramamolín se convierten convencidos por Grimonte y Paunicio, respectivamente, pero el resto de personajes musulmanes permanecen en su fe. De hecho, en el tramo final de la obra personajes como Almongelí o Alfaraxín son respetados y honrados en una corte cristiana (también lo habían sido el rey de Arabia y el sultán de Persia durante los torneos de Constantinopla), y se hace hincapié en que Ali Harán, a pesar de ser doncel de Grimonte y ser armado caballero por él, decide no convertirse al cristianismo, en contra de todo pronóstico.

3.4. *Amor*

En el sub-epígrafe final de este apartado solo resta hablar del amor, tema que no podía quedar desterrado de esta introducción.

En primer lugar cabe señalar que en esta historia se pueden encontrar tres tipos diferentes de enamoramientos. Hay flechazos de oídas, en los que un personaje masculino se enamora de uno femenino por escuchar hablar sobre su gran belleza, como el caso de Fidario con Lucida, Carlo con Tardanir y Nastianio con Dispina. En todos estos casos el autor desautoriza la relación, y ninguno de estos casamientos termina por producirse.

En segundo lugar, también hay personajes que se enamoran a primera vista. Así sucede con Marsindo, que queda prendado de Dispina nada más verla, sin haber tenido antes de ese momento ningún tipo de sentimiento similar. Sin embargo, Dispina, por su parte, cae más bien en la tercera categoría, la del amor que se fragua con el tiempo, ya que no se enamora de Marsindo hasta más adelante, como deja bien patente el narrador.

El autor carga, además, contra el matrimonio sin amor, ya que en la obra surgen varias ocasiones en las que una doncella se ve en la obligación de casarse con alguien que no desea (Lucida con Fidario, Dispina con Nastianio primero y con el príncipe de España después), y en todos los casos se insiste en la libertad que tienen estas doncellas de escoger con quién desean casarse, aunque ellas, imbuidas por un espíritu de obediencia absoluta hacia sus respectivos padres, lo consideren como una situación insalvable. En este sentido se puede reseñar la situación de Carlo, hermano de Marsindo, quien podía haber terminado fácilmente casado con Tardanir, a quien amaba de oídas. Hubiera bastado con que Marsindo hubiese convencido a Tardanir utilizando sus artes retóricas para que ella hubiera accedido al casamiento, pero la situación discurre a la inversa: Tardanir insiste en su odio hacia Carlo, y Marsindo lo resuelve a su gusto, casándola con quien ella quiere (Brimarte) y convenciendo a Carlo para que se case con otra persona (Ardina).

En el campo del amor, y en conflicto también con el ámbito de lo religioso, encontramos en este libro de caballerías el matrimonio secreto, que se trata con suficiente naturalidad para que en muchos casos ni siquiera merezca comentario por parte del narrador. Grimonte preside el

casamiento secreto de Manfredro y Dinerpa, que solo más tarde se hace oficial, sin que ninguno de los personajes ponga a esto objeción alguna²³.

Por su parte, y más grave si cabe, Grimonte y Dispina mantienen relaciones extramatrimoniales, pues aún no se han casado, ni mediante sacramento ni a juras o a furto, cuando Dispina deja de ser doncella («fizo tanto que la tornó dueña»). De esto último, en todo caso, debemos dudar, ya que posteriormente se habla de que Marsindo y Dispina son ya esposos sin que se haya hablado en ningún momento de ninguna boda, oficial ni secreta (quizás esta boda se da por hecho, o quizás es un recurso literario según el cual los personajes hacen creer a todo el mundo que se ha oficiado la boda, aunque sea secreta, sin que esto sea verdad). Hay que tener en cuenta que en varios lugares de la obra se acepta como perfectamente normal el sexo fuera del matrimonio, como en el caso de Garfín, rey de Tesalia, que mantiene relaciones con la reina de Nápoles, causando a su vez una situación de infidelidad que parece no preocupar a nadie. En la parte final de la novela lo mismo sucede con Paunicio, el hijo de Marsindo y Dispina, héroe que ha de continuar la saga y que muestra un fuerte contraste con su padre, llegando a tener relaciones sexuales con Argimina fuera del matrimonio y casándose posteriormente con la hija del Miramamolín a cambio de que esta le ayude a vencer a su padre y se vuelva cristiana.

A todo ello se debe añadir el elemento de la sensualidad, que aflora varias veces en la obra, sin que el autor llegue a regodearse en descripciones que considera innecesarias. Para poner ante los ojos del lector escenas con un fuerte componente sensual le bastan con unas breves pinceladas, como la desnudez de la reina Maguelia, de belleza casi sobrenatural, que es usada como arma de seducción contra Grimonte, la visión de los caballeros que han sido encantados por ella (que después admiten haber imaginado que estaban con doncellas que cumplían todos sus deseos), o la descripción del encuentro carnal entre Grimonte y Dispina²⁴.

4. Estructura

Todo el contenido de la obra se articula en una estructura concreta que refuerza el sentido que el autor ha querido dar al desarrollo de su novela.

Los libros de caballerías, ya desde un inicio, compartían a grandes rasgos una estructura similar, simétrica y muchas veces trimembre, cuya pauta venía marcada por la obra fundacional, el *Amadís* (véase Curto Herrero, 1976). Desde luego, hay otras formas de abordar la estructura de estas obras. Para Rey Hazas, por ejemplo, los libros de caballerías eran sartas de historias sin una estructura cerrada (1982: 76), mientras que trabajos más recientes han realizado otras propuestas, como el análisis del viaje en el *Palmerín* como elemento estructural (Casado Gutiérrez, 2020).

En el caso del *Marsindo* creo que dividir la novela mediante una estructura simétrica o bipartita puede dar perfecta cuenta de la configuración que el autor había pensado para las hazañas de su héroe.

²³ Para el tema del matrimonio secreto en los libros de caballerías se puede consultar aún el estudio clásico de Ruiz de Conde (1948).

²⁴ Hay más temas que se podrían comentar en el epígrafe sobre el contenido, pero que he decidido obviar para no alargar esta introducción de forma indefinida. Uno de ellos sería el del humor, que también se puede encontrar varias veces a lo largo de la obra, aunque no constituya un elemento principal y el autor lo use para amenizar de vez en cuando las escenas que pueden causar más tedio al lector.

El *Marsindo* comienza como supuestamente termina la historia de Serpio, es decir, con Gracisa embrazada y perdida en una tormenta en el mar. Es ahí donde nace Marsindo, que rápidamente será raptado por los moros en Hungría, donde comenzará el conflicto principal de la obra: el desconocimiento de su linaje. Marsindo se abre paso en su mundo gracias a sus virtudes naturales, es decir, a su belleza, su inteligencia y su fuerza.

Los nombres que toma por el camino permiten seguir esta estructura simétrica con bastante facilidad. Marsindo lleva su nombre de nacimiento durante su infancia, hasta que se bautiza como cristiano en Jerusalén y adopta su segundo nombre: Grimonte. Al tomar este nombre cristiano habrá avanzado un escalón en su viaje: ha ganado honra (pues ahora ya es cristiano y es armado caballero), y se aleja metafóricamente de su destino, pues con este nombre no podrá ser reconocido por sus padres reales.

En Francia se enamora de Dispina, y, tras un enfado de su amada provocado por las mentiras de Lidia, Grimonte sale de incógnito de Francia (de igual modo que había salido de incógnito de Domas para irse a Jerusalén) y en el camino cambia de nombre otra vez, tomando ahora el del Caballero de la Espina, alejándose aún más de su destino (no lo podrá reconocer nadie, ni en la corte de Constantinopla, donde están sus padres, ni en Francia, donde está su amada). Es con este nombre con el que cruza toda Europa hasta llegar a los torneos de Constantinopla, punto central de la novela.

En estos torneos Marsindo gana la mayor honra posible, pues no solo sale vencedor, sino que también sale airoso de la guarda del paso del puente. En los treinta días marcados para que ningún caballero pase por el puente sin justar con él, Marsindo se enfrentará a caballeros cada vez más poderosos: nobles, gigantes, reyes y finalmente su propio padre, a quien se enfrentará en última instancia, a un día de terminar su guarda, y a quien no terminará de vencer, pues en este momento central se cumple la profecía de Clarisa y del sueño (en la que se le advertía que no debía continuar la lucha cuando se encontrase con la batalla más dura de su vida). Después de esto Marsindo se entera de que a quien ha vencido es a Serpio Lucelio, quien anteriormente era conocido como el mejor caballero del mundo, usurpando a su padre, sin saberlo, esta condición.

Marsindo ya ha ganado, como Caballero de la Espina, la mayor honra que puede, de modo que la novela podría terminar en este punto culminante. Sin embargo, el autor es consciente de que los dos temas principales de la obra están sin resolver, pues Marsindo aún no sabe quiénes son sus padres, y sin esta información no se puede casar con Dispina.

Es entonces cuando comienza la segunda fase de la obra, con la irrupción del mensaje del rey de Nápoles, que les obliga a abandonar la corte de Constantinopla en pleno torneo para ir a librar al rey del ataque de los moros. El Caballero de la Espina y sus amigos vuelven a la zona occidental de Europa y posteriormente llegan a África, donde conquistan una gran cantidad de tierras y terminan con sus enemigos, y donde nuestro héroe abandona poco a poco su pseudónimo para recuperar su nombre cristiano: Grimonte. Como tal vuelve a Francia y logra el amor de Dispina, pero de nuevo un ataque al rey de Inglaterra le obliga a partir, dejando a Dispina a la espera de su regreso. En Inglaterra, y tras haber librado el reino del ataque de los de Sansueña, Grimonte se pierde por intentar descubrir sus orígenes, sin conseguirlo, y regresa algún tiempo después, no sin antes aventurarse en la Torre del Salvaje y conseguir ahí la corona y la espada que anuncian ya el tan esperado final victorioso. Tras volver a Francia, Grimonte y Dispina deciden casarse sin importar qué suceda, y mientras planean su fuga y su defensa se resuelve el conflicto del origen de Marsindo, que recupera su nombre original y logra casarse con Dispina al colocarse en una posición superior a la de ella.

Constantinopla es el lugar en el que comienza y termina la novela, y también el lugar intermedio en el que Marsindo logra obtener la mayor honra posible. Francia se encuentra en medio de estos enclaves, como lugar sobre el que pivota el héroe, pues ahí se encuentra su sujeto de deseo. El resto de reinos (Bohemia, Nápoles, Inglaterra y las tierras africanas) sirven como puntos de contacto entre unas aventuras y otras, lugares donde el héroe dejará promesas pendientes que sirvan de motor a la historia y donde ganará amigos y honra, lo que le permitirá posteriormente continuar con sus hazañas.

Los tres nombres (el original, el cristiano y el caballeresco) le sirven a Marsindo para dividir su historia y para lanzar un mensaje al mundo: Marsindo es el hijo de los emperadores de Constantinopla, destinado a continuar su legado; Grimonte es el perfecto caballero y cortesano cristiano que ama a Dispina y a Dios por encima de todo, en ocasiones sin llegar a distinguir a uno de otro; finalmente, el Caballero de la Espina, que ocupa la parte central de la novela, es el mejor caballero del mundo, a quien nadie puede derrotar y quien culmina todas las hazañas que están vedadas al resto de los mortales.

5. Relación con otros libros de caballerías

Ya he sugerido más arriba que el *Marsindo* se compuso en algún momento entre 1500 y 1510 por el mismo autor que más adelante llevaría a las prensas otro ciclo de caballerías, el de los Palmerines. Considero que estos datos se pueden afianzar si se trata de enmarcar el *Marsindo* dentro del contexto de los libros de caballerías castellanos de principios del siglo XVI en base a su configuración literaria.

Si seguimos la clasificación de Curto Herrero (2004: 286-288), el *Marsindo* se localizaría entre la fase fundacional y la constituyente de los libros de caballerías, es decir, en una fecha cercana a 1510. Es ya una obra heredera del *Amadís* y de las *Sergas*, pero al mismo tiempo funciona como base, si mi hipótesis es cierta, del posterior ciclo de los Palmerines, quedando así en una etapa intermedia en la que aún se estaría fraguando el género (y que ayudaría a explicar por qué la obra no se llevó a la imprenta, ya que no habría alcanzado, para el autor, el grado necesario de calidad que sí habría conseguido con el *Palmerín*).

El *Marsindo* hubo de escribirse, a *quo*, después de la difusión del primer *Amadís* impreso, a quien sigue como modelo, y posiblemente después de las *Sergas*, pues de esa continuación pudo tomar la idea de la saga familiar (Serpio, Marsindo y Paunicio). No hay que olvidar que, si bien la primera edición conocida del *Amadís* es de 1508 y la de las *Sergas* de 1510, ambos libros tenían que haberse compuesto con anterioridad²⁵.

Sea quien sea el autor del *Palmerín*, no podemos pensar que no conocía el *Amadís*, ya que lo estaba tomando como base. Sin embargo, queda patente que en muchas ocasiones se aleja de su modelo para realizar nuevas propuestas de configuración literaria dentro del género en el que se enmarca, y creo que este proceso de alejamiento puede permitirnos situar al *Marsindo*, precisamente, en un lugar intermedio entre ambos momentos.

Parecidos entre todas estas obras hay muchos, pues el material narrativo reutilizado es abundante. En el *Marsindo* aparecen muchos de los temas literarios que encontramos, ya en el *Amadís*, ya en el *Palmerín*. Localizamos en *Marsindo* sueños proféticos con leones que representan

²⁵ Véase la introducción de Cacho Blecua en Rodríguez de Montalvo (2021: 76-81).

lo hostil y la realeza, algo que recuerda a *Palmerín*, y también hallamos un recurso literario de gran fecundidad: Esplandián nace con unas letras blancas y unas rojas en su pecho, que indican su destino; en Marsindo la marca es una estrella roja (algo más verosímil), y en Palmerín se manifiesta en forma de lunar.

Amadís, Marsindo y Palmerín se crían con padres ajenos y destacan allá a donde van, demostrando así que provienen de sangre real, y todos cuentan con un hermano o hermanastro con quien mantienen una relación más estrecha que con los demás (y que en el caso de Marsindo se trata de Almongelí, su hermano moro de leche). Continuando con el tema del linaje, los leones a los que se enfrenta Palmerín (168) no lo atacan porque saben que es de sangre real, de igual modo que la leona que custodia la cueva de Maguelia no ataca a ningún caballero que sea rey o hijo de rey²⁶.

En varios aspectos se puede apreciar una gradación desde el idealismo del *Amadís* a la pérdida del mismo en el *Palmerín*, pudiendo localizar al *Marsindo* en un estadio intermedio. Así sucede con la figura de Urganda, que en *Marsindo* se convierte en Clarisa, con una relación algo más difusa que la de Urganda con el resto de los personajes, y que en el *Palmerín* desaparece finalmente, confiando las profecías por completo a los sueños²⁷.

En las *Sergas de Esplandián* encontramos también pasajes similares a algunos del *Marsindo* que podemos achacar a una inspiración en este modelo, a un polen de ideas o a un trasfondo común, con una serie limitada de recursos literarios. Así, al igual que sucede en el *Marsindo*, en las *Sergas* encontramos una escena en la que se otorga una espada y se da una profecía (Gyan-gos, 1857: 405a), así como una fortaleza custodiada por varios niveles y referida al héroe por un anciano (408), al igual que la Torre del Salvaje en *Marsindo*; la lucha forzada del caballero contra otros a quien gana, pero contra quien no desea luchar, pues solo desea servir a Dios y pelear cuando es necesario (431b), que recuerda al paso del puente en el que Marsindo se ve obligado a justar contra varios caballeros parientes de Versinta a pesar de insistir en su falta de voluntad para ello; la lucha contra un caballero incógnito que resulta ser tío del protagonista (432a), que en el caso de Marsindo se amplía a dos reyes hermanos de Serpio y cuyo parentesco no se descubre hasta el final, así como la lucha contra el propio padre (434), donde el hijo termina venciendo; los reyes que se retiran en su vejez para dar paso al reinado de los hijos (468), del mismo modo que harán Serpio y Gracisa; e incluso escenas con un mayor parecido, como la referencia al golpe más grande que ha dado y que dará el héroe (472), como el que lanza Marsindo con su nueva espada tras salir de la Torre del Salvaje, o el ídolo con una corona y unas

²⁶ El león es utilizado muchas veces como una imagen de poder y señorío. Sin embargo, cuando el caballero se adentra en el mundo musulmán se encuentra con leones que suponen una amenaza. Para un breve análisis de los leones del *Palmerín* en relación con el mundo árabe, véase Orsanic (2013: 158). Para comprender la imagen del león manso, como la leona que custodia la cueva de Maguelia, recuérdese que también es un motivo literario muy antiguo, pues lo podemos localizar en el *Yvain* de Chrétien de Troyes o en el *Cantar de Mio Cid*. No se debe olvidar que la escena del *Palmerín* se puede asociar con facilidad con el episodio bíblico de Daniel en el foso de los leones.

²⁷ En el *Lanzarote* y en el *Amadís* las figuras de Merlín y de Urganda, respectivamente, funcionan como adivinos que predicen el futuro y siguen «con atención las cosas de la corte», en palabras de Bohigas Balaguer (1963: 223). En el caso de Clarisa disminuye esta intervención en la corte, que se reduce a dos ocasiones en las que indica a los emperadores de Constantinopla que Grimonte es en realidad su hijo Marsindo. El resto de su aparición en la obra se limita a sus encuentros con Marsindo, con alguna salvedad de menor importancia. Primero difuminando y después eliminando a este tipo de personaje el autor del *Palmerín* logra evitar el conflicto que surge entre las profecías divinas y las profecías particulares de los conocedores de las artes mágicas. Se debe recordar que la atenuación o supresión de encantadores y prodigios, como los sueños y profecías, es una tendencia general castellana que se inicia en las reescrituras artúricas y se encuentra presente en los primeros libros impresos del género editorial (1498-1515), como demostró Trujillo (2008).

palabras proféticas escritas para que el héroe las lea (488-489), como el que encuentra Marsindo en el mismo lugar mencionado.

También en otros ejemplos de literatura caballeresca anteriores al *Marsindo* encontramos elementos similares, cuyo parecido, de nuevo, puede tener un origen diverso. En el *Baladro del sabio Merlin*, por ejemplo, hay un bautismo que se da en secreto para evitar la rebelión de los súbditos paganos (*Baladro*, 1498: IIr), misma razón que lleva a Abranir a bautizarse en secreto. También encontramos a un caballero que es asesinado sin que nadie pueda ver quién lo ha matado (LXVIIr), y a un personaje mágico (Merlín) que es encerrado en un lugar del que solo puede ser librado por el que más lealmente ama del mundo (CIIv), lo mismo que le sucede a Maguelia. Por otro lado, en *Enrique fi de Oliva* hay un noble que se deleita con la vista del infante (*Enrique*, 1498: 13r), al igual que le sucede al rey de Domas con Marsindo, una romería al Santo Sepulcro (13v), como la que hace el duque Grimonte, y unos moros sabios que profetizan que el héroe es invencible (18v), como hace el embajador persa que acude a Domas.

Sin embargo, es el *Amadís* el modelo principal del *Marsindo*, pues de él toma gran parte de las escenas e ideas que reelabora, en un tránsito (según sugiero) hacia un modelo más alejado del idealismo inicial, que culminaría en los dos primeros libros del ciclo de los Palmerines. En *Amadís* encontramos también el motivo de la marca de nacimiento (II, 1004), los leones (II, 1007) y la comparación del batallador iracundo con un león bravo (II, 1014), la descripción de golpes maravillosos (II, 1048), el recuerdo nostálgico de la amada por parte del héroe (II, 1167), el anillo mágico (II, 1169), la necesidad del consentimiento de la hija para el casamiento (II, 1200), así como el conflicto de un matrimonio en contra de su voluntad y de la del héroe (II, 1220 y 1234), los sueños cargados de significado (II, 1223), la recaudación de escudos de otros caballeros (II, 1235), la confección de escudos personalizados (II, 1250), la escena de la amada tomando la mano del héroe por debajo del manto (II, 1352), las batallas navales (II, 1389) y la vuelta a la tierra por mandado del padre de un personaje (II, 1410), los ejércitos masivos que se reparten por facciones (II, 1422), las batallas contra enemigos traidores en sus propios castillos (II, 1663-1664) y los tesoros protegidos por guardianes difíciles de derrotar (II, 1697). Pero la escena que no deja lugar a dudas sobre la influencia del *Amadís* en el *Marsindo* es la de la batalla con el Endriago, que presenta muchos aspectos similares a la de la lucha con Golpides, y que después tendrá su representación en el *Palmerín*, donde el héroe lucha con una Sierpe.

El Endriago del *Amadís* tiene «el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas sobrepuestas unas sobre otras tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy gruesos y recios», y también tiene ojos «grandes y redondos, muy bermejos como brasas, así que de muy lueñe, siendo de noche, eran vistos» (II, 1132-1133). En el *Marsindo* la bestia «es a manera de sierpe su fechora salvo que tiene en el cuero conchas muy duras y no tiene más de un ojo en la frente, y aquel es muy grande y muy claro cororado como sangre» (229r-229v). El Endriago «Saltava y corría tan ligero, que no había venado que por pies se le pudiese escapar» (1133), mientras que Golpides «aunque sea muy grande es muy ligera» (229v), y cuando acometía a Grimonte «no parecía sino que bolava» (230v). También el Endriago «Olía tan mal, que no había cosa que no emponçoñasse» (1133), de igual modo que a Golpides «le salía mucha sangre de la herida de la lança que dava tan mal olor que era maravilla» (231v), facultad que se repite más adelante y que llega a envenenar a Grimonte. La lucha con el héroe es similar: ambos van acompañados de su fiel ayudante, que siente gran miedo, sus caballos se espantan al presentir el peligro, y ambos luchan con la bestia hasta derrotarla y ganar así gran

honra. La descripción de las batallas es semejante en ambos casos, e incluso en ambas novelas la descripción del ser quimérico es realizada previamente por un tercer personaje.

Hay sin embargo algunas diferencias que conviene notar. Martín Romero (2014: 428) señalaba que en la aventura de la Sierpe, Palmerín siente dudas y temor, algo que no le sucede a Amadís con el Endriago. La gradación se puede ver con claridad, pues si Amadís no siente ningún miedo, Grimonte (es decir, Marsindo) «no pudo tener tanto corazón que no uviere gran miedo» (231r), sentimiento que desaparece rápidamente, mientras que Palmerín «no tuvo tanto corazón que no huviese gran miedo pensando de no poder acabar aquella aventura» (41), llegando a tener vergüenza de su propia cobardía.

Como señala Martín Romero (2014: 431) esta humanización de Palmerín con respecto a Amadís cumple una función: el hecho de que el héroe sea consciente del peligro hace que lo podamos considerar más valiente, pues se enfrenta a la aventura a pesar de todo. Sea como sea, está claro que Marsindo tiene más miedo que Amadís, y Palmerín más miedo que Marsindo. De igual modo, en el *Amadís* se da una descripción completa y minuciosa del Endriago, contando incluso su origen; en *Marsindo* se da una descripción somera y no se da ningún origen, y en Palmerín se prescinde casi por completo de descripción y solo se indica que «en baxo de la peña, adonde es esta fuente, se crió una sierpe muy grande» (36).

Hay otros muchos aspectos que dejan a Marsindo en un lugar intermedio entre Amadís y Palmerín. Así, si Amadís es el caballero ideal que nunca miente y Palmerín no tiene reparos en mentir en tierra de infieles, Marsindo solo recurrirá a las medias verdades cuando Lecidora se enamora de él y trata de evitar que ella muera de amor, como le había sucedido a Antipena (al igual que hace Palmerín con la hija del Soldán; véase Martín Romero, 2014: 432). La mentira de Marsindo es muy velada aún (en ningún momento admite como tal que vaya a casarse con Lecidora, aunque sí le da esperanzas), mientras que la de Palmerín es deliberada, y la de Amadís inexistente.

Por otro lado, los personajes femeninos de los libros de caballerías van sufriendo un progresivo cambio ya desde las primeras continuaciones, con las *Sergas* y el *Palmerín*, desde una actitud pasiva a otra activa, ya que ofrecen a los autores una gran cantidad de posibilidades narrativas, hipertrofiando o negando alguno de los aspectos típicos adscritos a su sexo²⁸. Las mujeres en *Amadís* son personajes eminentemente planos y prototípicos, algo que cambia progresivamente, primero en el *Marsindo* (Versinta es un claro ejemplo de ello), y después en el *Palmerín*, donde cobran un papel más activo. Hay que recordar, en cualquier caso, que en el *Marsindo* se hallan escenas en las que el héroe encuentra más motivos para castigar a las mujeres que para defenderlas: así en el caso de la reina Maguelia, a quien casi ataca físicamente, en el de la doncella del castillo de Inglaterra o, también en Inglaterra, el de la mujer a la que agrede Polidantes, y a quien Marsindo reprende por su comportamiento²⁹.

Incluso en el tema del amor se puede ver una gradación entre Amadís, Marsindo y Palmerín. Mientras que el amor de Amadís por Oriana es impecable en todo momento, Marsindo presenta algunas escenas en las que el recurso de la locura de amor le permite hablar con Risena, la doncella que acompaña a Antipena, como si fuera Dispina, dirigiendo así palabras amorosas a quien no es su amada («Amiga fermosa, gran descanso es de los corazones atribulados oíros. Podéis ser cierta que á gran tiempo que mi corazón no sentió mayor alegría que agora», f. 128v),

²⁸ Para esta evolución del protagonismo femenino véase Petrucci (1999).

²⁹ Para la violencia de Palmerín contra algunos personajes femeninos véase Martín Romero (2014: 435-438).

si bien se justifica porque él piensa que está hablando con Dispina. En *Palmerín* la frontera se termina de trasgredir y el héroe llega a dudar del amor que se supone que debe sentir por Polinarda, ya que siente deseos también por Laurena («¿qué haré, que mucho me ha vencido la fermosura d'esta donzella?», 51).

No puedo extender aquí en exceso la comparación entre estas obras. El parecido de ciertas escenas del *Marsindo* con otros libros de caballerías anteriores (especialmente el *Amadís*) y la gradación que se puede apreciar desde el primer idealismo hasta la parcial pérdida del mismo en el *Palmerín* me lleva a pensar que el *Marsindo*, como advertía antes, se compuso durante la primera década del siglo XVI, y por lo tanto constituiría uno de los primeros ejemplos de libros de caballerías que conservamos. La relación con los libros de caballerías posteriores no puede ser muy acusada, pues no tenemos indicios, al menos de momento, de que la obra tuviera una gran difusión. Los dos libros con los que más puede tener relación es con el *Palmerín* y su continuación, el *Primaleón*, obras que, si mi hipótesis no es errada, comparten un mismo autor. El *Marsindo* (y la historia perdida de Serpio Lucelio) podría considerarse, de este modo, una suerte de experimento previo en el que el autor estaría aún perfeccionando su propia poética caballesca antes de lograr un producto lo suficientemente atractivo y diferente de sus antecedentes como para llevarlo a letras de molde³⁰.

6. Criterios de transcripción y edición

Se edita el texto a partir del único manuscrito existente de la obra, el que lleva la signatura 9/804 de la Colección Salazar y Castro de la biblioteca de la Real Academia de la Historia. El volumen carece de portada, dedicatoria ni colofón, y tampoco tiene una tabla de capítulos, que por lo tanto no se incluye en esta edición. Los capítulos están separados, por lo general, por un espacio en blanco, pero no están numerados, de modo que incluyo la numeración en números romanos entre corchetes.

Tratando de mantener la unidad de criterios de edición, en la medida de lo posible, que se sigue en la colección *Los libros de Rocinante*, los empleados aquí son los siguientes:

- u, v, b. La grafía *u* se utiliza para el valor vocálico (virtuoso>virtuoso; ciudad>ciudad) y la grafía *v* para el valor consonántico (cauallero>cavallero). Se mantiene la división entre *v* y *b* según aparecen en el manuscrito (libro>libro; avía>avía; bolver>bolver). Solamente corrijo un caso, siguiendo las indicaciones de CHARTA: cabsa>causa y cabsava>causava (pero çibdad>çibdad y cabtivo>cabtivo).
- i, j, y. La vocal /i/ se representa con la grafía *i*, aunque la lectura pueda ser semivocálica (hazia>hazía; ay>aí; reys>reis). La grafía *y* se utiliza para la conjunción copulativa, cuando

³⁰ Sin embargo, y a pesar de todo lo visto, se puede recuperar un dato que complica aún más la posibilidad de obtener una conclusión clara: en un fragmento del *Marsindo*, comentado más abajo en esta misma introducción, se halla tachado en dos ocasiones un texto que hace referencia a un gigante y a la «ínsula Madanela». En el fragmento este texto se ha tachado y se ha sustituido por otro, y no se vuelve a hacer referencia a dicha ínsula en toda la obra. Sin embargo, esta ínsula la encontramos, precisamente gobernada por el gigante Franarque, en el *Palmerín* (124). Surgen demasiadas preguntas y ninguna respuesta: ¿la confusión fue del autor o del copista, que podría estar teniendo en mente el *Palmerín* impreso? Toda explicación que se me ocurre presenta más problemas que soluciones, y en general este dato me hace considerar si el *Marsindo* no será en realidad posterior al *Palmerín*.

en el manuscrito se escribe con esta grafía; para la consonante mediopalatal /y/ (vaya>va-ya); y para palabras que en el castellano actual tienen esta grafía en posición final absoluta de palabra (rey>rey; doy>doy). La grafía *j* se utiliza para la consonante prepalatal, respetando la lectura del texto (salvaje>salvaje).

- f, h. Se respeta la oscilación del manuscrito entre uso y ausencia de *h* y *f* (hermoso/fermoso; avía>avía), incluso cuando se da una ultracorrección (hera>hera). He corregido el único caso en el que *h* tiene valor velar (hamás>jamás).
- j, g, x. Se respeta el reparto de sibilantes del manuscrito (linage>linage; dixese>dixese). Solo corrijo cuando la grafía *g* representa en realidad un valor velar fricativo sordo (rega>reja; arrogola>arrojola).
- m, n. Las nasales se mantienen tal y como aparecen en el manuscrito ante *p* y *b* (enperador>enperador).
- c, q. La grafía *c* (ante *a*, *o* y *u*) y la grafía *qu* (ante *e* o *i*) se utilizan para representar la velar oclusiva sorda /k/ (quien>quien; quarenta>cuarenta).
- c, ç, z. Se respeta el reparto de las grafías *c* y *z* ante *e* e *i*, y se respeta el reparto de las grafías *ç* y *z* ante *a*, *o* y *u* para el sonido dental fricativo /θ/ (Graçisa>Gracisa; braços>-braços; izo>izo; iziese>iziese). Debido al grado de cursivización de la letra cortesana del manuscrito, en muchas ocasiones una *ç* con trazo amplio parece representar en realidad el grupo *çc*, como valor dental seguido de velar /θk/. En esos casos restituí la grafía *c* entre corchetes (pareçáis>pareç[c]áis).
- s, ss; z, ç; j, g, x. Se respeta la alternancia de grafías para la representación de las sibilantes. El dígrafo -ss- se encuentra en muy pocas ocasiones, normalmente oscilando con el uso de la grafía -s- (desservicio/deservicio).
- r, rr. Utilizo la grafía simple *r* para la vibrante múltiple en posición inicial de palabra (Rrey>rey) y frente a consonante (honrra>honra). El dígrafo *rr* se utiliza en posición intervocálica (gera>g[u]erra).
- l, ll. El valor líquido lateral /l/ se representa con la grafía *l*, y el palatal lateral /ll/ se representa con el dígrafo *ll*. No corrijo uno de los pocos casos que puede presentar problemas, levada>levada (a pesar de la recomendación de CHARTA de corregir llamar>llamar), porque esta forma se registra en la época como derivada del verbo *levar* (similar al gallego actual).
- Grupos cultos. Son muy pocos los casos de grupos cultos en el manuscrito. En el folio 230r hago la única sustitución pertinente (ihu xpo>Jesucristo). Mantengo en todo caso el grupo -sc- en interior de palabra (rescibir>rescibir)³¹.
- Trueques. En general se respeta el consonantismo del manuscrito y los trueques de sibilantes (Cecilia>Cecilia; meresco>meresco), así como la confusión de líquidas (Claudio/Craudio; cruel/cruel/cluel; natural/naturar; corral/corral), producto, muy probablemente, del dialecto de los copistas. Hay casos que se pueden prestar a confusión por parte del lector (Carlo/Callo), pero he decidido mantenerlos por ser muy pocos y por ser fácilmente resueltos por

³¹ Indico esto de forma expresa porque entra en conflicto con el criterio seguido en otro volumen reciente de la colección, la edición de la *Crónica de don Mexicano de la Esperança* (Daza, 2019: XLIX), que, siguiendo a Sánchez-Prieto Borja (1998: 137 y 167), elimina este grupo y lo reduce a la grafía *c*.

el contexto. Además, también he respetado la forma de los imperativos terminados en vocal (hazé>hazé), así como la oscilación en los nombres propios (Manfedro/Manfredo/Manfledo; Alfaraxín/Alfarxín; Linbor/Alinbor), excepto cuando se trata de una errata evidente del copista, que he corregido usando los corchetes (Lucidora>L<u>[e]cidora).

Para resolver los casos de pérdida de una vocal por fonética de contacto, especialmente la *a* embebida, solo he utilizado corchetes cuando la interpretación del pasaje se podía prestar a confusión (qu[é] era/ qu'era³²; venieron [a] aquellas fiestas), pero por lo general no he restituido la vocal embebida.

Resuelvo las abreviaturas como norma general. Algunas presentan mayor problema, pues los usos de los copistas no son nada claros, con oscilaciones y errores constantes que impiden sacar una conclusión general. En el caso de la forma «qestava», es complicado determinar si se trata de una abreviatura de la partícula «que» (y, por lo tanto, «que stava», con *s* líquida, quizás restituyendo la *e* entre corchetes), o un caso de fonética de contacto («qu'estava»). He resuelto siempre como en esta segunda situación, para evitar complicaciones innecesarias. También opto por el uso del apóstrofo cuando la letra anterior no es una *e* (laspada>la'spada)³³. Otros casos más comunes los resuelvo como es habitual (dellos>d'ellos). Un especial interés tienen ciertos fenómenos que se encuentran en este manuscrito, y sobre los que ha sido necesario tomar una decisión más complicada. Se encuentra en diversas ocasiones (por ejemplo, folios 72v y 87v) la forma «namorados» y «namorose», que he corregido con corchetes: «[e]namorados» y «[e]namorose». Presentan mayor dificultad, decía, porque pueden estar revelando algún carácter dialectal de la lengua del autor, que podría tener algún tipo de influencia del gallego o del asturleonés. En el manuscrito se encuentran formas que, si bien en la época estaban extendidas, posteriormente quedarían reducidas a la zona noroccidental de la Península Ibérica (pescudar, rúas), y otras que causan aún mayor confusión: la forma «temos» ('tenemos'), se ha escrito así en un primer momento, y después el copista la ha corregido por «tenemos», que es lo que edito. ¿Se ha equivocado? ¿Está corrigiendo la lección del manuscrito del que copia? Lo desconocemos, y es muy aventurado asegurar nada al respecto. Algo similar sucede con otro término repetido varias veces, «mañá». Lo edito tal y como aparece, pues los copistas no lo han corregido, y así lo localizo también varias veces en el *Baladro del sabio Merlin*³⁴.

El signo tironiano, que en este manuscrito tiende a tomar la forma de una *z*, lo transcribo por la grafía *e*, aunque, cuando la copulativa no utiliza este signo, los copistas alternan entre *e* e *y*. Sin embargo, creo que los propios copistas (o al menos el primero) debían interpretarlo como una *e*, pues se pueden incluso localizar palabras en las que esta letra se ha sustituido con el signo tironiano (así en la palabra «ella», en el folio 334r).

³² Para el caso de «ques», que resuelvo como «qu'es» o como «qu[é] es», según el caso, se pueden ver dos soluciones diferentes en volúmenes recientes de esta colección (Vilches Fernández, 2020: XXII; López de Santa Catalina, 2021: XXXI).

³³ Esto a su vez tiene otra complicación añadida, en formas como «delespada», donde se puede interpretar como determinante, artículo femenino y sustantivo (de l'espada), o, como lo he hecho en esta edición, determinante más artículo masculino, y después el sustantivo (del espada). Dos soluciones diferentes sobre este tipo de conflictos en esta colección se pueden ver en las ediciones de *Lidamor de Escocia* (Córdoba, 2020: XXXVII) y de *Claridoro de España* (Vilches Fernández, 2020: XXII).

³⁴ Pero surge la tentación de sacar conclusiones sobre el dialecto del autor, o, por el contrario, de corregir el término, como hace Cacho Blecua en su edición del *Amadís* (2021: I, 913).

Modernizo la puntuación y la acentuación para adaptarla a las normas actuales. En muchos casos el uso de determinadas comas o puntos es decisivo para comprender el significado de un pasaje, y una configuración diferente habría arrojado otro sentido. Lo que aquí presento es una propuesta de lectura, de modo que otras puntuaciones son posibles. En otros casos, incluso con la puntuación modernizada, el texto no termina de tener sentido, pues se da un anacoluto insalvable. En algunos de estos casos he podido solucionar la agramaticalidad añadiendo alguna letra, sílaba o palabra entre corchetes, mientras que en otros, donde la enmienda era de mayor calado, he preferido seguir un criterio conservador y respetar el texto tal y como está, pues en la mayor parte de fragmentos el sentido global se puede comprender sin problema. También dentro del apartado de la puntuación se pueden incluir las comillas angulares («»), que he utilizado en aquellos casos en los que se dan diálogos dentro de un diálogo o cuando se están expresando los pensamientos internos de los personajes.

En cuanto a la acentuación, hay pocos casos conflictivos. No he acentuado en ningún caso los verbos con enclítico (envíolos, salvolos), y solamente he acentuado los monosílabos cuando se pueden prestar a confusión (vos/vós; a/á; e/é). Las formas del verbo *haber* sin *h* que no pueden ocasionar confusión no las he acentuado (as>as; ay>ay³⁵).

El uso de mayúsculas lo reservo para los nombres propios, así como para los pseudónimos que utilizan los propios personajes (como «Caballero de la Espina»), pero no para los términos «emperador», «rey» y similares, ni para los nombres de caballeros concretos que no son en realidad un pseudónimo, aunque parezcan tal («el caballero de la puente», «el caballero no visto»).

Utilizo los corchetes rectangulares ([]) para restituir una parte del manuscrito que se haya perdido por mancha o ruptura, así como para transcribir términos que no se leen correctamente, y por lo tanto de validez dudosa, y para incluir las enmiendas que practico para darle sentido al texto. Los corchetes angulares (<>) los utilizo solamente para aquellas letras, sílabas, palabras o fragmentos de texto que elimino, pues son errores del copista. En un manuscrito de estas características, con interlineados, tachados y sobreescrituras de índole variada, es imposible desarrollar un sistema que dé cuenta de todos estos procesos y de las diferentes fases de redacción sin que el resultado sea un texto inmanejable. Casi cada página de manuscrito tiene palabras tachadas, reescritas, sobrescritas e interlineadas, de modo que he preferido optar por la claridad y presentar un texto lo más limpio que ha sido posible. Solo el investigador preocupado por la fijación crítica puede interesarse por estas vicisitudes, y para ello ha de acudir al manuscrito, donde podrá comprobar cómo he resuelto cada caso en particular. En la práctica totalidad de las situaciones he aceptado la corrección de los copistas (es decir, he obviado la parte tachada, pues la mayoría de las veces la corrección es válida). Solo en alguna ocasión esporádica he revertido la decisión del copista, tachando entre corchetes angulares su texto e incluyendo entre corchetes rectangulares el texto tachado por su mano.

No sería pertinente dedicar aquí decenas de páginas al comentario de cada una de las dificultades de edición de este manuscrito, donde algunas de las lecturas que propongo son de validez dudosa, dado que el término en cuestión no se lee correctamente. Me limitaré por ello a mencionar algunas de las más relevantes, para que el lector se pueda formar una idea aproximada de la problemática que surge al tratar de fijar correctamente el texto del *Marsindo*.

³⁵ El caso de *ay* ('hay') es diferente, pues podría confundirse con la interjección, muy común en el texto. Sin embargo, he escogido no acentuarlo, pues el contexto siempre ayuda a resolver la posible ambigüedad. La forma *as* puede llegar a confundirse, debido al seseo de los copistas, con la tercera persona singular del imperativo del verbo *hacer*. De nuevo, el contexto ayuda a resolver cualquier tipo de ambigüedad.

La conjetura del folio 154v no es segura, porque una mancha impide ver la palabra completa. He supuesto que el texto indica «sobresñales de lu<ce>zeros» («lucero» con el significado de ‘estrella’, ya que con este nombre se identificaba principalmente a Venus, primera estrella de la mañana; por el momento es la única conjetura que se me ocurre, pero tengo serias dudas sobre su validez, pues no encuentro el término «lucero» con este sentido preciso y aplicado a las sobresñales de unas armas en ningún otro texto), quizás porque el copista pensó que era mejor escribir esta palabra con z y por ello tachó su primer intento. La palabra no la registro en el resto del texto, pero quizás tendría sentido dado que Fidario es quien lleva esas armas, e intenta conseguir a Lucida, hija del emperador de Constantinopla, dejando así claro su mensaje en su propia armadura.

Otro fragmento que es necesario mencionar se encuentra al final del folio 49r, ya que, además de ser una página bastante estropeada, con manchas de humedad y tinta borrada, un copista posterior, con una tinta ligeramente más oscura, se ha dedicado a tachar una parte considerable del texto original para sustituirla por otra, como se aprecia a continuación, en los fragmentos tachados que no edito en el texto, donde solo se leen los ya corregidos³⁶: «Además, especialmente que avía llegado el día antes <el gigante> el marqués de Licernia, que es en el reino de Ortania, y este marqués era primo cormano <del señor de la ínsola Madanela> [de Lisber, señor de Monfarín], <cuando> y [cuando] supo qu’este <señor de la ínsola Madanela> [Lisber señor de Monfarín] era venido a Francia, [partió de] Inglaterra por se hallar en los torneos».

El nombre de Tardanir también parece presentar problemas de lectura para el primer copista, que en el folio 96v lee «Meli» y «Melitra», lecciones que rápidamente corrige (ambas sobre la marcha, algo curioso), y tras una segunda vacilación ya escribe Tardanir (en esta segunda redacción comienza a escribir «Tar» y «Taranir», respectivamente, en cada caso, lecciones que termina tachando para escribir la correcta).

Otro fragmento tachado por el copista que conviene comentar se da en el folio 118r, donde se encuentra el siguiente texto: «aquellos qu’el enperador <llamándose Penaso> casó». El tachado es del copista. En principio el texto tiene sentido, y no queda claro si lo ha tachado porque en realidad es erróneo o porque no estaba seguro de entender bien el texto que copiaba (y pensó que tendría sentido eliminarlo, quizás considerando que era un error del original). La primera palabra tachada se lee con toda claridad, pero el nombre propio, que tiene visos de ser uno de los nombres ficticios que Serpio Lucelio habría adoptado para ocultar su verdadera identidad, no se lee correctamente, y es una conjetura.

En el folio 154v hay una mancha de tinta que dificulta la lectura de algunas palabras, entre ellas la que he editado como «mesur[a] aquella» (es decir, la palabra «mesura»). No es una lectura clara en absoluto, pero tras varias revisiones es el único término que he logrado leer. En este contexto, habría que interpretar «mesura» como ‘demostración de cortesía’ por parte de Fidario, significado que se puede atestiguar en otros textos³⁷.

³⁶ En este fragmento los corchetes angulares no representan lo que elimino del texto, sino lo que está tachado por el propio copista, excepto el «cuando» y el «partió de», que son añadidos míos (tal y como aparecen en el texto de la edición), el primero para dar sentido a la oración y el segundo como restitución del texto perdido casi en su totalidad por culpa de una mancha que ha borrado la tinta.

³⁷ Por ejemplo en el manuscrito de la *Primera y segunda parte de la antigua y moral historia del noble rey Perseforés y del esforçado Gadifer su hermano, reyes de Inglaterra y Escocia*, traducida por Fernando de Mena, y que se custodia en la Real Biblioteca

En el folio 201r hay una palabra que no logro comprender, porque la tinta se ha desgastado. En principio leo «sata», pero no localizo este término y no logro imaginar alguna palabra que se le parezca y que cuadre en este contexto. Por esta razón la sustituyo directamente por «tierra», que indico entre corchetes, pues es muy poco probable que sea la lección de la copia (aunque es el término más lógico en el contexto).

Merece comentario aparte la reconstrucción del texto perdido del folio 159, del que solo se conserva un fragmento, que además está encuadernado del revés (se debió de soltar de los demás y al encuadernarlo quedó hacia afuera la parte que originalmente quedaba cosida en el lomo). Las palabras que incluyo entre corchetes en ese fragmento son en parte reconstruidas a partir de los fragmentos de letras que aún se aprecian de los dos últimos renglones y en parte una reconstrucción hipotética del texto que debería ocupar ese espacio, basándome en la lógica del discurso. Otras hipótesis son posibles, aunque creo que no cambiarían sustancialmente el texto.

Casos similares a los ya comentados serían el del folio 182v, donde hay un renglón tachado en el margen superior («yo haré tanto que vayan los mejores cavalleros») que no se encuentra en ninguna otra parte del manuscrito, y el del folio 219v, donde he transcrito «encumbrado», si bien el término en el manuscrito es confuso. Es el único término que por el contexto tiene sentido, y además está bastante claro que es una palabra que comienza con «en» y termina en «ado», pero, al mismo tiempo, es cierto que el autor no vuelve a usar este término en toda la obra. El mismo grado de incertidumbre tiene la sugerencia de lectura que he incluido en el folio 237r: «[Que se vea tu] saña».

Quiero comentar brevemente algunos términos que se pueden localizar en la edición y que, lejos de ser errores, se pueden justificar como lecturas correctas. En el folio 329r aparece el sustantivo «enxero», cuya única definición encuentro en el *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia Española de 1791 (Madrid, Viuda de Joaquín Ibarra), donde se explica que es una voz andaluza que se refiere al «palo largo del arado que se ata al yugo». Está claro que aquí tiene otro significado, el de ‘algo malo’ («acordaron de partirse de allí porque no les viniese algún enxero») y así lo localizo, en efecto, en un texto del siglo XIV³⁸. El término «alcacer», que aparece en repetidas ocasiones, lo corrijo con corchetes por «alcáçar». La lectura «alcacer» podría justificarse atendiendo a la etimología (como sucede con el topónimo valenciano homónimo), pero este término tenía en la época, al igual que hoy en día, un significado diferente al que aparece en el texto (pues hace referencia a la cebada o al terreno en el que se siembra la misma).

Mayor problema presenta el gentilicio «grutes», que no parece una lectura errónea, pues aparece dos veces en el texto (ff. 148v y 164r), de modo que he decidido respetarlo sin enmienda. El término «alasando», por su parte, solo aparece una vez (f. 201r), pero la lectura es bastante clara. La palabra no la he localizado en otros testimonios (existe el verbo *alasar* en gallego y leonés, pero su significado no coincide con este contexto). Considero que podría ser una confusión fonética con «alexando» (la *e* cambiaría por asimilación, como en «vantaja» o «arguloso», y la *x* por confusión de sibilantes) y por eso lo mantengo. Por último, tampoco «hozma» (f. 236v) es un término que pueda localizar en otros textos³⁹, y lo más probable es que

de Palacio Real de Madrid (signaturas II/266 y II/267). El término con el significado señalado se localiza en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en el primer tomo, ff. 146v, 148r, 161r, 168v y 182v.

³⁸ «E algunos omes, queriendo buscar mal e enxero», en la *Carta de privilegio de Pedro I, confirmando a don Alfonso, obispo de Mondoñedo, el rodado de Fernando IV*, AHN, Clero, carpeta 1186, n.º 18, *apud* Díaz Martín (1997: 220).

³⁹ Según Ramírez Ortiz (2010: 180), «hozma» es un término que proviene del árabe y significa ‘brazado’, pero no parece tener sentido en este contexto.

se deba a un error de copista, que no corrijo porque no acierto a comprender el término que debía estar en el original.

Solo resta por comentar un último caso notable (de los que he seleccionado para esta introducción, pues la lista completa es de harto mayor extensión). En los folios 80r, 81v, 82r, 84v y 85v el primer copista ha escrito, sin corregirlo, el nombre de Nastanio, personaje que no aparecerá hasta mucho después en la obra. Una mano posterior (quizás la del mismo copista) ha corregido el error, tachando el nombre de Nastanio y poniendo el de Promicio (excepto en algunos casos esporádicos en los que se le ha olvidado, como el del folio 93v, que corrijo en mi edición con los corchetes angulares y cuadrados). El proceso contrario ocurre en el folio 90r, donde primero se escribió «Promicio», después se tachó, se escribió «Nastanio», se volvió a tachar y finalmente se escribió «Nastanio» de nuevo (en tres ocasiones en el mismo folio, aunque en la última el nombre de Nastanio no se tachó tras la primera corrección). Las razones se me escapan. Da la sensación de que aquí el autor ha tenido algo que ver, pero todas las explicaciones posibles presentan algún problema. Si el autor erró este nombre en su original, ¿por qué un copista posterior (o quizás incluso el propio autor actuando como revisor) decide cambiar aquí el nombre del personaje? Lo más probable, opino, es que este revisor (sea o no el autor) se haya dado cuenta de que más adelante Nastanio está vivo, y Promicio es el que es mencionado como fallecido, y haya vuelto atrás, recordando estos nombres (quizás incluso volviendo para consultar los nombres por no comprender bien la letra del manuscrito que copia) y remendando el problema que, con bastante probabilidad, ya se encontraba en el original del autor, que confundió sus propios personajes. Uno de los copistas que recuperan los folios perdidos escribe, en el folio 271v, «Promicio», que corrijo con los corchetes por «Nastanio», ya que Promicio había muerto anteriormente. Lo que no sabemos es si está copiando este error del original del autor o de los folios del primer copista que ya no se conservan (y que quizás está simplemente pasando a limpio por estar demasiado estropeados). Se me ocurre una posibilidad de explicación para este suceso: en la obra original habría un error, en el que Nastanio es asesinado en primer lugar y posteriormente aparece en la obra de nuevo pretendiendo casarse con Dispina. Alguno de los copistas se habría dado cuenta del error y habría tratado de solucionarlo poniendo a Promicio en lugar de Nastanio, aunque en algunos lugares se le olvidase cambiar el nombre (es decir, que en un primer lugar Promicio ni siquiera existiría como personaje).

Convenzan o no las explicaciones aquí aportadas, no sabremos la verdad sobre muchos de estos casos a menos que encontremos el original que estaban copiando los amanuenses que elaboraron este manuscrito, algo poco probable. Espero, al menos, que esta edición sirva para poder conocer por fin el texto del *Marsindo*, que, si bien con una difusión muy limitada, hasta donde sabemos, puede ser estudiado como uno de los primeros ejemplos de libros de caballerías en España.

MARCOS GARCÍA PÉREZ
Universidad de Alcalá

Bibliografía

- ACEBRÓN RUIZ, Julián (1989), «'E como le vino el sueño soñava...'. Experiencia onírica y aventura en *Palmerín de Oliva*», *Scriptura*, 5, pp. 7-16.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo (coord.) (1993), *Relaciones Topográficas de Felipe II*, 3 vols. Madrid: CSIC.
- ALVERÁ DELGRÁS, Antonio (1857), *Compendio de paleografía española*. Madrid: Anselmo Santa Coloma.
- AMADOR DE LOS RÍOS, José (1865), *Historia crítica de la literatura española. Tomo VII*. Madrid: Joaquín Muñoz.
- BALADRO (1498) = *El baladro del sabio Merlín con sus profecías*. Burgos: Juan de Burgos, 1498.
- BEER, Rudolph (1894), *Handschriftenschatze spaniens*. Wien: F. Tempsky/Akademie Der Wissenschaften.
- BOHIGAS BALAGUER, Pedro (1963), «Los libros de caballerías del siglo XVI», en Guillermo Díaz Plaja (ed.), *Historia general de las literaturas hispánicas*, vol. II. Barcelona: Vergara, pp. 213-225.
- BUENO SERRANO, Ana Carmen (2008), «Las tres fadas de la Montaña Artifaria a la luz del folclore (*Palmerín de Oliva*, caps. XV-XVIII)», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 74, pp. 135-157.
- BUENO SERRANO, Ana Carmen (2013), «Bases folklóricas y culturales en las relaciones amorosas entre moros y cristianos en el *Palmerín de Oliva* (libros I y II)», *Historias Fingidas*, 1, pp. 75-110.
- CADENAS Y VICENT, Vicente de (1983), «El Marqués de Siete Iglesias y la Colección Salazar y Castro», *Hidalguía*, 180, pp. 685-692.
- CASADO GUTIÉRREZ, María del Pilar (2020), «El viaje en *Palmerín de Oliva*: sentido y estructura», *Creneida*, 8, pp. 49-67.
- CÓRDOBA, Juan de (2020), *Lidamor de Escocia*, ed. Rafael Ramos Nogales. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- CUARTERO Y HUERTA, Baltasar y VARGAS-ZÚÑIGA Y MONTERO DE ESPINOSA, Antonio (1961), *Índice de la colección de don Luis de Salazar y Castro*. Tomo XXVIII. Madrid: Real Academia de la Historia.
- CURTO HERRERO, Francisco Federico (1976), *Estructura de los libros españoles de caballerías en el siglo XVI*. [Tesis Doctoral]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- CURTO HERRERO, Francisco Federico (2004), «Los libros de caballerías en el siglo XVI», en Francisco Rico (dir.) y Francisco López Estrada (coord.), *Historia y crítica de la literatura española, 2. Siglos de Oro: Renacimiento*. Barcelona: Crítica, pp. 286-290.
- DAZA, Miguel (2019), *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe*, ed. Ana Martínez Muñoz. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente (1997), *Los orígenes de la Audiencia Real Castellana*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- DI STEFANO, Giuseppe (ed.) (2004), *Palmerín de Oliva*, intr. María del Carmen Marín Pina, texto revisado por Daniela Pierucci. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- EISENBERG, Daniel (1979), *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography*. London: Grant & Cutler.
- EISENBERG, Daniel (1982), *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta.

- EISENBERG, Daniel y MARÍN PINA, María del Carmen (2000), *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Enrique (1498) = *Historia de Enrique, fi de Oliva*. Sevilla: Johann Pegnitzer, Thomas Glockner y Magnus Herbst, 1498.
- ESTEBAN ERLÉS, Patricia (2008), «Las fadas de la montaña Artifaria: construcción de un personaje mágico en el *Palmerín de Olivia*», en María Cecilia Trujillo Maza (coord.), *Lectores, ediciones y audiencia: la recepción en la literatura hispánica*. Vigo: Academia del Hispanismo, pp. 169-174.
- FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT, Francisco (1900), *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española, Casa Real y Grandes de España. Tomo segundo*. Madrid: Enrique Teodoro.
- FERRARIO DE ORDUNA, Lilia Elda (2000), «*Palmerín de Oliva* y *Primaleón*: algunas observaciones sobre su autoría», en Margarita Freixas y Silvia Iriso (coord.), *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval: Santander, 22-26 de septiembre de 1999*, vol. 1. Santander: Asociación Hispánica de Literatura Medieval, pp. 717-728.
- GARCÍA PÉREZ, Marcos (2022), *Libro del caballero Marsindo (Guía de lectura)*, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- GARCÍA VILLADA, Zacarías (1923), *Paleografía española*, 2 vols. Madrid: Revista de Filología Española.
- GAYANGOS, Pascual de (ed.) (1857), *Libros de caballerías*. Madrid: Rivadeneyra.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto (1999), «El sistema profético en la determinación del *Palmerín-Primaleón* como unidad textual (primera parte)», *Incipit*, 19, pp. 35-76.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto (2000-2001), «El sistema profético en la determinación del *Palmerín-Primaleón* con unidad textual (segunda y última parte)», *Incipit*, 20-21, pp. 81-118.
- GONZÁLEZ PUJANA, Laura (1993), *La vida y la obra del licenciado Polo de Ondegardo*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- LÓPEZ DE SANTA CATALINA, Pedro (2021), *Espejo de caballerías (Libro I)*, ed. Raúl Sánchez Espinosa. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (1996), «Libros de caballerías manuscritos», *Voz y Letra*, 7:2, pp. 61-125.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2001a), «Catálogo descriptivo de libros de caballerías hispánicos. II. Descripción de la *Crónica de Adramón* (Bibliothèque Nationale de France, Esp. 36)», en Julián Acebrón (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas pasaron (Estudios sobre la ficción caballeresca)*. Lleida: Universidad de Lleida, pp. 40-60.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2001b), *Antología de libros de caballerías castellanos*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá/Centro de Estudios Cervantinos.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2004), *De los libros de caballerías manuscritos al Quijote*. Madrid: Sial Pigmalión.
- MARÍN PINA, María del Carmen (1990-1991), «Nuevos datos sobre Francisco Vázquez y Feliciano de Silva, autores de libros de caballerías», *Journal of Hispanic Philology*, 15, pp. 117-130.
- MARÍN PINA, María del Carmen (ed.) (1998), *Primaleón*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- MARÍN PINA, María del Carmen (2004), «Introducción», en Giuseppe Di Stefano (ed.), *Palmerín de Oliva*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp. IX-XXXVII.
- MARTÍN ROMERO, José Julio (2014), «*Palmerín de Oliva* como enmienda del modelo amadisiano: El rechazo de la perfección arquetípica», *Revista de Literatura*, 76:152, pp. 425-445.

- MARTÍ Y MONSÓ, José (1898), *Estudios histórico-artísticos relativos principalmente a Valladolid basados en la investigación de diversos archivos*. Valladolid/Madrid: Leonardo Miñón.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1905), *Orígenes de la novela*. Madrid: Bailly-Bailliére.
- MILLARES CARLO, Agustín (1983), *Tratado de paleografía española*, con la colaboración de José Manuel Ruiz Asencio, 3 vols. Madrid: Espasa-Calpe.
- MUÑOZ Y RIVERO, Jesús (1880), *Manual de paleografía diplomática española de los siglos XII al XVII*. Madrid: Moreno y Rojas.
- ORSANIC, Lucía (2013), «Una zoología monstruosa: los leones del *Palmerín de Olivia*», *Letras*, 67-68, pp. 155-162.
- PETRUCELLI, María Rosa (1999), «Personajes femeninos y voluntad de protagonismo en el *Palmerín de Olivia*», en A. A. Fraboschi et al. (eds.), *Studia Hispanica Medievalia IV. Actas de las V Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval (agosto 21-23, 1996)*. Buenos Aires: Pontificia Universidad Católica Argentina de Santa María de Buenos Aires, pp. 302-313.
- RAMÍREZ ORTIZ, Tomás (2010), *Glosario de haquetía y ladino-judezmo. Sucinta explicación de dos dialectos polisémicos*. Málaga: Editorial Innovación y Cualificación.
- REY HAZAS, Antonio (1982), «Introducción a la novela del Siglo de Oro, I (Formas de narrativa idealista)», *Edad de Oro*, 1, pp. 65-105.
- REVILLA, Manuel de la y ALCÁNTARA GARCÍA, Pedro de (1884), *Principios generales de literatura e historia de la literatura española*. Madrid: Librería de Francisco Iravedra y Antonio Novo.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci (2021), *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Bleuca, 2 vols. Madrid: Cátedra.
- RUIZ DE CONDE, Justina (1948), *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*. Madrid: M. Aguilar.
- SALAZAR Y CASTRO, Luis de (1694), *Pruebas de la historia de la Casa de Lara, sacadas de los instrumentos de diversas Iglesias, y Monasterios, de los Archivos de sus mismos descendientes, de diferentes pleitos que entre sí han seguido, y de los Escritores de mayor crédito, y puntualidad*. Madrid: Mateo de Llanos y Guzmán.
- SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, Pedro (1998), *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*. Madrid: Arco/Libros.
- SILVA, Feliciano de (2002), *Lisuarte de Grecia*, ed. Emilio J. Sales Dasí. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- STEGAGNO PICCIO, Luciana y BLECUA, Alberto (2004), «Norma y desvío en la ficción caballeresca: el *Palmerín* y el *Baldo*», en Francisco Rico (dir.) y Francisco López Estrada (coord.), *Historia y crítica de la literatura española, 2. Siglos de Oro: Renacimiento*. Barcelona: Crítica, pp. 291-296.
- TRUJILLO, José Ramón (2011), «Los nietos de Arturo y los hijos de Amadís. El género editorial caballeresco en la Edad de Oro», *Edad de Oro*, 30, pp. 417-443.
- TRUJILLO, José Ramón (2008): «Magia y maravillas en la materia artúrica hispánica. Sueños, milagros y bestias en la *Demanda del Santo Grial*», en José Manuel Lucía Megías y María del Carmen Marín Pina (eds.), *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Bleuca*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pp. 789-818.
- VARGAS ZÚÑIGA, Antonio (1969), «La Colección de D. Luis de Salazar y Castro», *Hidalguía*, 95, pp. 557-562.
- VILCHES FERNÁNDEZ, Rocío (ed.) (2020), *Claridoro de España*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

3
...a al libro al virtuoso y effor
do al valleio más sin dohijo de serpio en celho
pyn cepe de costan tino pla



ya vos ademos on ta do o mo de pnes de ser
da al a pñion y esca ynda de la gran toime
de amar gra pñia de cyria dor de cost
quo pla y mñger de Serpio lu celho fuele va
por un mñer ca der de pñy no de on gñia dñia
le a pñer de mñer le amada de mñsa que sien
sa la sa lle vada a casa al mñer ca de se mñer
pñer na da vestu vo ach asta que pñer o vñer
amara villa hermoso y lo pñer non bre mñer
pñer a ver si de mñer o dñer o eul amaz y de pñer
que alla de a pñer pñer con vñer dñer de pñer
y pñer a la villa de mñsa al los mñer
que le a mñer que venia contra al
zador de costan tino pla al los mñer
que casaron y a que la villa afneca vñer
da y nestia al ama que era va amaz pñer
mñer o lo elea mñer que am a lo mñer
mñer para pñer mñer poa vñer va lea
mñer a pñer al pñer de o mñer al qual se lea
da al pñer al pñer vñer de amaz sin dñer
mñer a villa do de pñer mñer mñer

**[Aquí comien]ça el libro del virtuoso y esforçado
cavallero Marsindo, hijo de Serpio Lucelio,
príncipe de Costantinopla.**

Ya vos avemos contado cómo después de ser salida de la prisión y escapada de la gran tormenta de la mar, Gracisa, hija de enperador de Costantinopla y muger de Serpio Lucelio, fue levada por un mercader del reino de Ungría a una villa puerto de mar llamada Tenisa, que siendo Gracisa llevada a casa del mercader se sintió preñada y estuvo allí asta que parió uno a maravilla hermoso, y le puso nombre Marsindo por aver sido engendrado en la mar, y después que ella de allí partió, con virtud fue destruida y robada la villa de Tenisa de los moros de aquella gran hueste que venía contra el emperador de Costantinopla. Entre los muchos que captivaron en aquella villa fue cautivada Inestra, el ama que criaba a Marsindo. Teniéndolo ella en braços, que jamás lo quiso desamparar, fue tomada por un cavallero moro pariente del rey de Domas, el cual se llamava Alfaxín, el cual, viendo a Marsindo, fue maravillado de su gran fermosura, tanto ^{1^v} que lo preció mucho y enbiolo luego muy presto a él y a su ama a Domas, [a] su muger, que iziese criar aquel niño muy bien, pues Dios le avía fecho tan estremado de las otras criaturas, y su muger así lo izo porque ella tenía otro niño su ijo de aquella eda[d] que era Marsindo, y criávanjelo en casa, y las amas d'ellos tomáronse mucha amistad. Y acaeciose qu'este cavallero que cativó a Marsindo e a su ama adoleció en Ungría de manera que se uvo de bolver a su casa e así escapó de no ser muerto en las batallas, como murió el rey su señor y otros muchos buenos cavalleros. Y llegando Alfaxín a Domas fue

muy bien recebido de su muger y estuvo algunos días doliente. Por esta causa no pudo tornar a la g[u]erra, mas tornando, supieron la muerte del su rey e las destrucciones de todos los moros [e] hizieron grandes llantos por el rey. Y como este cavallero fuese de los más principales de toda la cibdad de Domas, juntose luego con el infante Amardín, hijo mayor del rey de Domas, y alçole por el rey y tomó la governación de todo el reino, porque Amardín no avía más de quinze años, [y] hasta que fue de edad y se casó todavía Alfaxín mandó el reino de Domas y lo tuvo en paz. Como era cavallero ^{2^r} muy sesudo, el rey lo quería mucho y no hazía más de lo qu'él le aconsejaba.

Agora sabed que en este tiempo Marsindo era tan amado y querido de Alfaxín como lo era a su ijo Almongelí. Aviendo dos años fue como l'ama que lo criava a gran diligencia y amor adoleció de tal manera que murió, porque era tan triste de verse cautiva y su marido [e] ijos perdidos, qu'este dolor fu[e] causa de le quitar la vida. Si no fuera por el mucho amor que a Marsindo tenía no pudiera tanto la vida sostener, y después d'ella muerta Alfaxín mandó al ama de Almongelí su hijo que acabase ^{2^{v-3^r}} de criar a Marsindo, y ella así lo hazía, con mucho amor los criava a ambos a dos.

Acaeció un día qu'estando Alfaxín en su palacio con su muger y todos los de su casa, que entró un cavallero moro del rey de Jerusalén que avía venido con mensaje al rey de Domas. Como Alfaxín tenía cargo de despachar al moro y dalle respuesta

de la enbaxada que le traía, vino a hablar con él. Después que se sentó miró a todas partes por el palacio y vido al ama qu'estava dando de mamar a los niños, y cuando vido a Marsindo maravillose mucho de su gran hermosura y mirolo mucho y estuvo una pieça maravillado. Y después bolvióse contra Alfaraxín y díxole:

—Cierto, Alfaraxín, tú haces muy bien y más <dell> que sabes en criar aquel donzel tan fermoso como a tu ijo, que dígotte en verdad, si supieses el bien que por él te á de venir, con mayor voluntad lo harías, porque allende de la mucha onra que por él te verná, crías el mejor cavallero que en su tiempo en todo el mundo avrá, y guardas muerte de muchos buenos cavalleros, así de tu ley como de la qu'él primero recibió. Después que fuere tiempo, en él parescerá el alto linaje de dond'él viene. Mucho devrías de guardar que no sepa de su hazienda, nada más que crea qu'es tu hijo. Y agora no te quiero dezir más. Todo lo que dicho tengo acaescerá así.

Alfaraxín, cuando esto oyó, fue muy alegre y rogó mucho al moro que le dixese más si más sabía de aquel niño, por qu'él bien sabía ^{3v} qu'el cavallero era el más sabidor que en todo el mundo se podía hallar. Mas ruego que le hiziese no le aprovechó nada, que no le quiso dezir más de lo que primero le dixo. Y después que uvo ablado con él a lo que venía, despidiose y fuese a su posada. Alfaraxín quedó muy alegre y mandó venir ante sí a Marsindo y tomolo en los braços y besolo muchas veces, y díxole:

—O, mi hijo Marsindo, buen camino hize yo cuando os cobré, pues tan bueno avéis de ser. Ruego a Dios del cielo que me dexe tanto bevir que vea algo de la vuestra bondad.

Y luego mandó a su muger y a todos los de su casa que ninguno fuese osado desde

allí adelante en ningún tiempo de dezir a Marsindo, después que creciese, que no era su hijo ni que venía de linage de cristianos. Que supiesen qu'el que gelo digese que moriría por ello. Todos conplieron su mandado, y de allí adelante muy más lo amava y preciava que de antes Alfaraxín y su muger.

Marsindo, tanto cuanto más crecía, más crecía su beldad y hermosura, y en todas buenas maneras. Y qualquiera cosa que le mostravan deprendía mejor que otro de su edad. Era muy gracioso para todos, por onde de todos era amado. Alfaraxín lo hizo enseña<l>[r] todas las cosas de su ley como a sus hijos; Marsindo así pensava que lo era. Tanto er'apuesto qu'el rey de Domas lo demandó a Alfaraxín para que lo suviese a la mesa, tanto holgava de vello. Y aviendo ya Marsindo diez y seis años, era ya tan grande de cuerpo como otro de veinte, así en fuerça como en todas las cosas que hazer quería. De la reina y de todas sus donzellas era muypreciado, tanto que otros donzeles, hijos de cavalleros que ante el rey servían, tomaron mucha envidia d'él, especialmente ^{4r} uno que era hijo de un cavallero muy prencipal, más pariente del rey que no Alfaraxín. Quexose a su padre deziendo que cómo era cosa tan desaguisada de sufrir que Marsindo, siendo como era cautivo, uviese de ser más onrado que tantos hijos de buenos como al rey servían, [que] no se devría de consentir, que le rogava que al rey lo dixese y le hiziese conoscer su yerro. El cavallero, el cual se llamava Berife, miró mucho en lo que su hijo le dixo, porque ya otras vezes avía pensado de dezir tales cosas al rey por onde pusiese enemistad entre el rey y Alfaraxín, y por no se atrever de salir con ello, lo dexava. Pensó en su corazón, pues aquel su hijo lo avía puesto en ello, que de Dios venía, y esforçose mucho por poner en obra su maldad. Y hallando un día al rey solo, que a su voluntad

le podría dezir todo lo que quisiese, llegose a él y díxole:

—Mi señor, ruégovos que me oyáis algunas cosas que vos quiero dezir que cumplen a vuestro servicio, y si me mandáis que lo diga, dezir vos lo é, como soy obligado a desengañar a mi rey natural.

El rey, cuando esto le oyó, uvo gana de saber qué cosa era y hízolo sentar cabe sí, y díxole:

—Mi buen amigo y pariente, antes vos agradeceré mucho que me desengañéis de cualquiera cosa que sepáis qu'es contra mi onra y provecho.

Berife, cuando aquello oyó al rey, alegrose mucho y sentose como el rey le mandó, y díxole:

—Mucha pena meresco, señor, porque tanto é tardado de deziros esto, que tanta pena dava a mi corazón de ver las cosas como pasavan, mas esperando que vós terriades conoscimiento d'ella, me sofrí hasta [a]ora que veo que vós no miráis lo que os cumple. Y por descargar lo que vos devo, quiero deziros mi parescer, y vós hazed en ello lo que por bien tuvierdes, que ya sabéis, señor,^{4v} cómo Alfaraxín, después que mataron a vuestro padre, s'entremetió en tener governación de vuestro reino y coger rentas d'él. Si él buena cuenta vos á dado d'ellas yo lo sé bien, que la mayor parte d'ellas tiene en <su el> su castillo de Miraforte, que allí só yo cierto que tiene él tan gran tesoro que vós no alcançáis la tercia parte de lo qu'él allí tiene. Y juntolo<s> él robando a vuestros vasallos, despechándolos, los cuales no se an osado quejar temiendo de no alcançar derecho contra él. Divriades vós de pensar que si él leal fuera no dexara a vuestro padre en la guerra como lo dexó, haziéndose malo por escusarse de no ir con él. Pluguiera [a] Dios qu'él no me dexara el cargo de la guarda de la reina por ver si yo lo dexava hasta

recibir la muerte. Como vós avéis sido tan mozo, no avéis mirado en todas estas cosas, mas antes le onrráis y preciáis más que a otro cavallero ninguno, y ansí mismo a sus hijos. Hasta un cativo qu'él traxo de sus ganancias tenéis en tanto que sirve delante de la reina muchas vezes. Sabed que aquel no vos puede ser leal, que a la fin á de tornar a donde viene, y puede ser que d'él vos venga desonra, según su apostura.

Estas cosas y otras muchas dixo Berife al rey, con que al rey hizo mucho turbar, y a la fin le dixo que le agradecía mucho su consejo y pensaría lo que devría de hazer. Y en esto vinieron cavalleros que le quitaron de su habla, mas el rey no se <le> olvidó lo que Berife le dixo, mas toda aquella noche estuvo pensando en ello, y como todos los reis son codiciosos, especialmente que aquel lo era, creyó todo lo que le dixo, y pensó de aver aquel tesoro a las manos, que bien sabía él que Alfaraxín era muy rico, y pensó de tomalle cuanto tenía por es[ta] causa. Y también estuvo pensando en Marsindo, que podía ^{5r} ser verdad que la reina, viendo su gran fermosura, lo amase de tal manera que a él le fuese desonra. Y este pensamiento le causó tan grande celo que ya le parecía que lo vía por sus ojos, y ansí como se levantó fuese a la cámara de la reina y mandole que dixese a Marsindo, si viniese a servilla, que de allí adelante no fuese osado d'entrar a dond'ella estuviese, y díxole:

—Reina, esta es mi voluntad, por eso no hagáis otra cosa, si no hallaros <es> éis mal d'ello.

La reina se maravilló por qué sería tal novedad, mas no le osó preguntar ninguna cosa. El rey se salió a su palacio, y como vino Berife apartose con él y díxole:

—Mi amigo, yo é pensado mucho en lo que me dexistes y téngome por bien aconsejado de vós, y ruégovos que me digáis qué

manera ternía para cobrar este tesoro de Alfaraxín, pue es mío.

Berife, cuando le aquello oyó, fue muy alegre, y díxole:

—Señor, mucho me plaze porque tenéis conocimiento <y> del deseo que tengo de vuestro servicio. No vos diré cosa que no fuese verdad y vuestra pro. A mí me parece que devéis de hazer vuestras cosas sesudamente, porque Alfaraxín está muy apoderado. Por algún día mostralde mucho amor como solía[s]. Mentre tanto hazé vuestras cosas, que naide no vos entienda, y prendel-do un día en vuestra cámara, apartandos con él en secreto. Tendréis aparejados cavalleros que lo prendan, y el preso no lo soltéis hasta que os entregue el castillo y todo lo que en él está. Y la ora que vuestros vasallos supieren qu'es preso, cada uno vendrá a dezir el mal que le hizo, por onde vós avréis causa de hazer justicia d'él, y así no avréis qué temer de sus parientes.

El rey díxole que muy bien le avía dicho, qu'él así lo haría. Berife ^{5v} dixo tantas cosas que puso muy grande enemistad entre el rey y Alfaraxín, mas el rey no lo dio a entender, mas antes mosava grande amor a Alfaraxín. Solamente uvo mudança en lo de Marsindo, porque la reina le mandó que no entrase a donde ella estuviese. Marsindo se maravilló mucho porque él no avía hecho cosa que fuese su desservicio, y fuese a casa de su padre, qu'él así <lo> pensava que lo era, y díxole lo que la reina le dixo, que su voluntad era de no entrar más en el palacio del rey por complir [el] mandado de la reina muy conplidamente. Alfaraxín se maravilló mucho y no pudo sofrir de no lo ir a dezir al rey, y díxole:

—Ruégovos, señor, que me digáis si Marsindo os á deservido o a la reina, porque le mandó que no entrase a dond'ella estuviese. Porque yo tengo a Marsindo por el más

mesurado donzel del mundo y creo qu'él no haría cosa de que vos pesase.

El rey le respondió con cara alegre:

—Por cierto, amigo, yo no creo qu'él á hecho cosa de que nos pese, mas es ya en edad de no servir a dueñas, y también por que estotros donzeles se quexan deziendo que no meresce de andar entr'ellos por ser cativo. A vuestros hijos mucha razón es de onrallos, y así se hará. Marsindo sírvaos a vós, pues es vuestro.

Alfaraxín no curó de dezir más al rey de que vido su voluntad. Solamente le dixo qu'él tenía a Marsindo por su hijo y que avría muy gran pesar que Marsindo supiese otra cosa sino que era su hijo. El rey no curó de más dezirle y pasaron algunos días que Alfaraxín nunca pudo conocer del rey la mala voluntad que le tenía, porqu'él siempre le avía sido leal. Mas Berife con el rey pusieron en obra sus deseos malos, y un día el rey mandó venir a su cámara diez cavalleros armados de los qu'él más se fiava, y enbió a llamar a ^{6r} Alfaraxín, el cual luego vino no sospechando nada. El rey lo tomó y metiolo en su cámara, y hizo cerrar la puerta y díxole:

—Alfaraxín, yo enbiado por vós para deziros cómo me an dado muchas quexas de vós mis vasallos, diziéndome que los avéis robado mientras tuvistes el cargo de la governación de mi reino, y que d'estos robos y de las mis rentas tenéis apañado grande tesoro en vuestro castillo de Miraforte. Y si luego me lo quisierdes dar, haréis bien e yo vos ayudaré todo lo que pudiere contr'aquellos que an quexado de vós. Y si luego no me lo quisierdes entregar sabed que os pondré en muy esquivas presiones y haré de vós aquella justicia que conviene hazer contra aquel que haze traición a su señor.

Alfaraxín, cuando esto oyó, fue muy espantado y enojado, y dixo a alta boz:

—No era este el galardón que yo esperaba de vós de los buenos servicios que y'os é hecho. Tesoro, yo no lo tengo para que os lo pueda entregar. Vós podéis hazer lo que quisierdes contra mí, mas no con derecho. Mas bien soy cierto que comprará caramente el qu'esto os aconsejó.

El rey fue muy airado y dixo:

—Mis cavalleros, prendelde, que traidor es.

Los cavalleros estavan encubiertos y salieron con las espadas sacadas, y fueron sobre él y prendiéronlo, que no se pudo valer. Y esto no se pudo tan encubierto hazer que no lo vio un donzel del rey que era sobrino de Alfaraxín, qu'estava a la puerta de la cámara. Y como oyó todas estas cosas uvo gran pesar y fuese muy apriesa al palacio de Alfaraxín, y al primero que encontró fue a Marsindo. Díxole:

—Marsindo, nuevas os traigo de vuestro pesar. Sabed que Alfaraxín, vuestro padre, es preso.

Y contole todo lo que avía oído. Marsindo, cuando lo oyó, fue muy triste, mas como era muy sesudo, aunque era de poca edad, luego conoció que algunos malos lo avían mesclado con el rey, y dixo al donzel que se callase, que no dixese a naide ninguna cosa, y fuese a la cámara a donde estava su madre y halló con ella a Gamarán, su hijo mayor, y díxole:

—Señora, en las arversidades se parecen los generosos coraçones y el gran seso quién lo tiene. Y esto dígolo porque me á<n> dicho este donzel cómo el rey prendió a Alfaraxín mi señor. Conviene que ayamos consejo sobre esto sin mostrar flaqueza, mas con esforçados coraçones lo libremos, pues todo es traición. A mí me parece que mis hermanos e yo cavalgemos muy apriesa y nos vamos al castillo de Miraforte, qu'es tan fuerte que no temeremos ninguna cosa,

y enbiaremos a llamar nuestros parientes y amigos, y de allí haremos tales cosas por onde el rey se arrepienta de lo que a hecho y le suelte aunque le pese.

La dueña, cuando lo oyó, fue toda turbada, y no sabía qué dezir ni qué hazer, y dixo:

—Por Dios, mi hijo, desde la ora qu'el rey os despidió sienpre me temí de traición. Yo tomaré vuestro consejo y esforzar me é con la verdad que mi marido no á hecho cosa por donde él deva ser preso ni castigado. Yo quiero quedar, y id vosotros así como dezís, que yo confío en Dios que vos ayudará. Por eso idvos luego, porque no vos hagan a vosotros lo que a él.

Y fue a abrazar primero que se fuesen a Marsindo llorando y díxole:

—Hijo, en vós tengo yo mucha esperanza que vos doleréis de vuestro padre.

Marsindo le besó las manos y despidiose d'ella rogándole que no recibiese enojo. Los tres hermanos se despidieron d'ella y cavalaron muy apriesa con sus cavallos y salieron fuera de la cibdad muy tristes, mas Dios los quiso guiar luego que acaeció que, como era ya tarde, qu'el infante mayor, hijo del rey, andava por el campo holgando con otros donzeles, que sería de edad de ocho años. Marsindo, que llevaba la delantera, que lo vio, pensó de llevarlo consigo y que así sería la vida de su padre más segura, y fuese derechamente para donde estava el infante y apeose muy prestamente, y tomolo en los braços y tornó a cavalgar. El infante, como lo conocía, uvo ^{7r} plazer de ir con él. Marsindo dixo al mayor donzel que allí estava:

—Id y dezid al rey que buena prenda llevo por Alfaraxín, que su vida está en la suya, que se guarde de no hazer cosa desaguisada contra él, si no caramente lo conprará.

Y fuese luego muy apriesa él y todos los otros, que mucho alegres fueron por lo que hizo. Y anduvieron tanto que llegaron

al castillo y fueron muy bien recibidos de Alarix, el alcaide, el cual era tío de Alfaraxín y avía sido el mejor cavallero que ovo en todos los asurianos. Y después que vino a ser muy viejo muriose su muger y él vínose para Alfaraxín, que era hermano de su madre, y enbiolo aquel castillo por alcaide, porque era la cosa mejor que Alfaraxín tenía. Y como este buen cavallero supo la causa de la venida de sus sobrinos fue muy triste, mas como <el> buen cavallero esforçolo mucho y loó mucho a Marsindo por lo que avía hecho en traer al infante, y luego mandó subir al castillo todas las provisiones que halló en la villa porque creyó que avían de ser cercados, y enbió a llamar todos los sus parientes y amigos, de manera que en seis días fueron allí venidos dozientos cavalleros muy escogidos, todos con gana de morir o librar a Alfaraxín. Marsindo, como vio la guerra tan aparejada, rogó a Alarix que lo hiziese cavallero, pues de otro mejor qu'él no podría recibir orden de cavallería. Alarix, cuando lo vido tan niño y de tanto corazón, las lágrimas le vinieron a los ojos, y díxole:

—Pues a vós viene en plazer, Marsindo, hijo, a mí me plaze. Quiera Dios que hagáis verdadero aquel que dixo de vós tan buenas cosas, mas yo quisiera que en tiempo de más plazer vós lo fuérades, porque se os hiziera la onra que vós merecéis. Mas la necesidad en qu'estamos lo escusa.

Cuando Almogelí, su hermano de leche, que anbos a dos se avían criado, vido que Marsindo quería ser cavallero, dixo a ^{7v} su tío qu'él tanbién lo quería ser, que le pidía por merced que a anbos juntamente les diese orden de cavallería. Alarix lo tuvo por bien, vista la voluntad de anbos a dos, y luego lo hizo de la manera que los moros lo acostumbran, y sacó de una caxa una espada a maravilla rica y buena, y diola a Marsindo y díxole:

—Mi buen hijo hermoso, a tan buen cavallero como vós avéis de ser, según lo que de vós se á dicho, conviene esta buena espada, la cual en mi tiempo me dio mucha onra y fama. Y sabed qu'esta gané yo de aquel famoso cavallero, el rey de Aravia. En un desafío que con él uve fue por mí vencido y ganado esta buena espada que vos doy.

Marsindo la tomó en las manos y paresciole muy bien y gradesciolo mucho a Alarix, y díxole:

—Mi señor tío, rogad vós a Dios que por mí no falte de ser tan bien enpleada como lo fue en vós. Con esto sería yo contento.

Y luego estos dos noveles cavalleros fueron armados y recibida la orden de cavallería. Todos dezían que nunca vieran cavalleros tan bien parescer. El infante fue mucho puesto a recabdo porque por aquel tenían esperança de cobrar a su señor.

[II]

Ansí como Alfaraxín fue tomado de los cavalleros y preso, lleváronlo a una torre muy fuerte qu'estava en el palacio del rey y allí le echaron muy gruesas cadenas. Como se supo por el palacio, mucho se maravillaron del rey por qué lo prendía. Como salió el rey al palacio vinieron los donzeles que vos diximos que andavan con el infante su hijo y dixerón al rey llorando cómo Marsindo avía llevado al infante y lo que le avía mandado dezir. El rey cuando lo oyó fue muy enojado y ^{8r} airado, y dixo:

—O, Alá del cielo, ¿qu[él] es esto, qu'el cativo de Marsindo avía de tener tanto atrevimiento que en mi hijo pusiese las manos? No seré alegre hasta que le dé cruel muerte.

Berife le dixo (qu'estava muy ledo por lo qu'el rey avía hecho):

—Señor, mandad a vuestros cavalleros que se armen luego y vayan tras él. Si por

ventura fueren ya entrados en el castillo luego se cerque de todas partes y de allí no se partan hasta tomar el castillo y matar a todos los que en él están.

El rey mandó a los cavalleros qu'estavan armados que saliesen luego tras Marsindo y sus hermanos, y a todos los otros de la cibdad que luego se armasen y cavalgasen y hiziesen lo mismo. Los cavalleros que avían prendido a Alfaraxín fueron los primeros que salieron, y tras ellos otros muchos cavalleros. Mas ninguna cosa les aprovechó, que antes qu'ellos llegasen entraron en el castillo Marsindo con el infante. Los cavalleros, cuando lo supieron, hizieronlo saber al rey, el cual, muy enojado, hizo llamamiento de mucha gente, así cavalleros como peones, y antes de ocho días cercaron el castillo a la redonda que no podía<n> entralle ninguna persona. Mas antes, como os tenemos dicho, aunque pesó a todos los del real, entraron más de dozientos cavalleros parientes de Alfaraxín. El rey hizo caudillo de toda aquella gente a Berife y a un hijo suyo mayor que era muy buen cavallero, los cuales, con mucha deligencia, hizieron hazer muy grandes cavas y poner gran recabdo en el real. Mas, como los de dentro eran todos buenos cavalleros, no estuvieron mucho que no los saliesen a ver.

Por una puerta pequeña del castillo salieron cincuenta cavalleros muy bien armados, entre los cuales salió Marsindo y su hermano Almogelí, y dieron en una parte del real donde avía muy buenos cavalleros. Como llegaron de sobresalto hizieron gran daño en ellos. La buelta fue grande. Como los del castillo eran todos buenos cometiéronlos tan duramente que no avía ninguno d'ellos que no derrocasse a sus pies un cavallero. Marsindo, con la su buena espada en la mano, entró entre todos, y al primero que halló delante de sí fue un cavallero muy bueno que

era caudillo de aquella compañía, y alzó la espada y diole tan gran golpe por encima del yelmo que gelo hendió y la cabeça le hizo dos partes, que luego cayó el moro muerto en tierra. Todos los que vieron aquel golpe que Marsindo dio fueron maravillados por ser el primero, mas Marsindo no curava más d'él. Fue adelante matando y feriendo cuantos delante de sí hallaba. Tanto hizo que no se vos podría contar. Las bozes y el ruido era grande de los del real, que todos fueron puestos en espanto. Maraín, el hijo de Berife, cuando lo oyó tomó cien cavalleros consigo y fue aquella parte donde la buelta era, y cuando vido huir a los suyos delante de Marsindo y de sus compañeros maravillóse quién era tan buen cavallero, qu'él no savía que Marsindo fuese cavallero. Y pasó delante de todos y fue derechamente contra Marsindo, y díxole:

—Vós, don cavallero, que mejor os podéis llamar diablo, agora pagaréis el daño que avéis hecho en la gente del rey como traidor que sois en ser contra él.

Marsindo, que bien lo conoció en las armas que traía, díxole:

—Maraín, no soy diablo, mas soy Marsindo, y te haré comprar caramente a ti y a tu padre las traiciones en que avéis andado, que bien conocido está que lo á fecho.

Diziendo esto alzó la espada y diole tan fuerte golpe por encima del yelmo que le hizo hincar una rodilla en el suelo, mas como Maraín ^{9r} era de gran fuerça levantose muy bivo y dio a Marsindo tan fuerte golpe en el braço con que tenía el escudo que apenas lo pudo tener. Marsindo, desde que sintió tan mal, crecióle la ira y dio a Maraín tan fuerte golpe en el braço que gelo cortó, de manera qu'el espada le cayó de la mano con el dolor. Marsindo, que así lo vio, diole otro golpe encima del yelmo, que las enlazaduras le hizo quebrar, y quedó desarmada

la cabeça. Por mucha fuerça que uvo en los cavalleros que venían con Maraín no le pudieron quitar que Marsindo no matase a Maraín. Allí fue la buelta grande, mas Almogelí se puso cabe Marsindo y ayudávale muy esforzadamente. Aquel día hizo muy buenas cosas, mas Marsindo hizo tanto que se delibró de los que tanto le aquexavan con gran daño d'ellos, y desque vieron que la gente cargava, retraxéronse hazia el castillo y tomaron la cuesta. Marsindo no era de los que ivan delante, mas el postrero de todos, haziendo tanto daño en los enemigos que no se osavan a él llegar. Como la noche venía, partiéronse los unos de los otros. Marsindo con sus compañeros se metieron en el castillo y fueron muy bien recibidos de Alarix, que muchas veces abraçó a Marsindo, que bien avía visto lo que avía hecho. Y de todos los cincuenta cavalleros que salieron a pelear no murieron más de cinco. Los otros fueron curados de sus llagas, puesta gran guarda en el castillo.

Berife, cuando vido la destrucción de los del real y le dixerón la muerte de su hijo, fue sobr'él y hizo muy dolorosos llantos <y> jurando qu'él perdería la vida o lo vengaría, y hízolo soterrar muy onradamente, y luego lo enbió a dezir al rey, que mandase venir más gente. Y cuando supo que Marsindo le avía muerto a su hijo mucho se maravilló. Y otro día los ^{9v} de Berife dezían muchos denuestos a los del castillo, llamándoles traidores, y dezían:

—Marsindo, quién fuera aquel que te hizo cavallero siendo tú esclavo y avenedizo de linage de los cristianos perros.

Y otras cosas muy feas dezían. Marsindo, qu'estaba sobre las almenas, qu'esto oyó, fue maravillado y no supo qué pensar, y turbóse mucho. Alarix, que así lo vio, pesole mucho, y fue abraçallo y díxole:

—Amado sobrino, no se ensañe vuestro

bravo coraçón, que aquellas cosas y otras peores suelen dezir los cercadores a los cercados. Por eso no vos maravilléis.

Marsindo, que era de bravo coraçón, dixo:

—No me tendría por cavallero si antes de poco tiempo yo no hago abaxar la sobervia de Berife y sus hijos.

Y acordó luego que otro día al alva saliesen cien cavalleros a dar en el real, y así fue hecho. Sabed que los que tenían cercado el castillo no podían hazer otro mal más de quitar que ninguno pudiese entrar ni salir, y no se podía tomar sino por hambre. Y con esto, los del real no podían hazer daño más de tiralles saetas y piedras, con que poco daño los del castillo recibían. Marsindo, como estava enojado, no durmió toda la noche pensando en aquellas palabras que avía oído dezir, y levantose una ora antes del día y armose, y así todos los cien cavalleros que avían de ir con él. Y en esclareciendo, salieron por la puerta pequeña [por la] que la otra vez avían salido. Las guardas, como estaban muy avisadas, dieron bozes cuando los vieron venir. Los del real se levantaron apriesa y pusieron en la defensión, mas antes recibieron gran daño, que Marsindo iba tan raviado que se metía entre sus enemigos sin peligro temer. Tanto hizo, y tales golpes daba, que ^{10r} ninguno le osava esperar, mas antes le hazían camino por onde quería<n> ir. Un cavallero de Berife, que así lo vio, fue a dezir a Berife:

—Señor, ¿qué hazéis? Que todos los del real son muertos por la mano de Marsindo, que haze cosas estrañas, y sus hermanos con él.

Berife, que ya estava armado encima de un gran caballo, dixo a dos hijos suyos qu'estaban con él:

—Hijos, seguidme y no os apartéis de mí hasta que vengemos la muerte de vuestro hermano.

Y puso las espuelas al cavallo y fue muy a priesa, y sus hijos con él a pie, y otros muchos cavalleros. Llegando a donde era la pelea todos le hizieron lugar. Berife iba bravo como un león, y como vido a Marsindo que acabava de derrocar un cavallero, Berife le arrojó la lança que traía. Marsindo, cuando la vido venir, como era ligero guardose del golpe. La lança fue hincada en el suelo. Marsindo la fue a tomar en las mano y arrojola a Berife, que bien lo conoció, y dio al cavallo por una espalda, que le metió el hierro hasta las tripas. El cavallo, que se sintió tan malherido, alzó las manos y echó de sí a Berife por las ancas, que ambos a dos cayeron en el suelo, el cavallo muerto y Berife mal quebrantado de la caída. Marsindo, que iba sobre él, paráronse sus hijos delante y d'ambos a dos frieron a Marsindo de tan esquivos golpes que no uvo ninguno d'ellos que no le hiziese una llaga, mas Marsindo herió al uno d'ellos tan fuertemente que no uvo menester maestro, cayó muerto a sus pies. Gamarán, hermano mayor de Marsindo, qu'estava muy cerca, cuando vido a Marsindo que los dos hermanos le ferían, vino contra ellos y alzó la espada y començose a combatir con uno d'ellos, y uvo entre ellos una muy cruel batalla, mas a la fin el hijo de Berife fue muerto. Marsindo, como mató al otro, fue con grande ardimiento contra ^{10v} Berife, que apenas se avía podido levantar, y díxole:

—O, mal viejo, ¿piensas que Dios no te avía de dar la pena que as merecido por aver mesclado a quien no te lo merecía? Agora avrás la paga de tu merecido.

Y alzó la espada y diole muy fuerte golpe por encima de la cabeça, que lo hizo todo aturdir. Mas Berife era de gran corazón y dio a Marsindo un golpe encima del yelmo que la cabeça le hizo enclinar, mas no tardó que no levase Berife el galardón. Marsindo era esforçado y ligero, y diole tantos golpes

y tan pesados que Berife no se pudo tener en sus pies y cayó desacordado. Los suyos cuando lo vieron acometieron a Marsindo por todas partes feriéndolo de muchos golpes, mas Marsindo se sabía tan bien defender que miraglo era a los que los miravan, y viérase en grande peligro si sus hermanos no se juntaran con él feriendo a los unos y a los otros de tal manera que hizieron arredrar los enemigos. Cuando Marsindo vido que así le ayudavan cobró más corazón y començó a hazer maravillas, mas la [muer]te cargó mucho allí, de manera que [a] los del castillo les co[n]vino de retraerse buelta la cara contra sus enemigos, haziéndoles gran daño, y así entraron por la puerta del castillo, porque <de> los moros tiravan saetas y dardos que por fuerça los del real se uvieron de retraer, mas no sin gran daño.

Así como entraron en el castillo fueron todos desarmados y curados de sus llagas, y hallaron que avían perdido veinte cavalleros, mas la alegría era entre ellos mucha por la muerte de Berife y sus hijos, y loavan mucho a Marsindo por las maravillosas cosas que le avían visto hazer, y todos creían que avían de ser verdaderas las cosas que d'él avían dicho.

[III] ^{11r}

Después que los del castillo s'encontraron, los del real anduvieron a buscar los muertos y hallaron a Berife, que entonces acabava d'expirar él y sus maldades, que no solamente las feridas lo mataron, mas ahogamiento de los cavalleros que allí fueron muertos. Y así ninguno hallaron a sus hijos y a otros buenos cavalleros, por los cuales fueron hechos grandes llantos, especialmente por Berife, que era muy amado de los suyos. Maldecían a Marsindo y a Alfara-xín, que aquella tierra lo avía traído, y luego

hizieron mensagero al rey haziéndole saber lo que avía pasado, que enbiase otro caudillo, que los del real estavan todos con gran miedo, y a Berife y a sus hijos lleváronlos a Domas para los enterrar muy onradamente. Y quando el mensagero llegó [y] dixo al rey las nuevas fue muy triste y espantado, y con saña mandó prender a la muger de Alfaraxín, que fasta allí no lo avía hecho. Y fue a dond'estava Alfaraxín preso y díxole:

—Alfaraxín, tú serás muerto si no enbías a mandar qu'el castillo de Miraforte me sea entregado y me den a mi hijo qu'el traidor de Marsindo me levó y lo tiene allí metido, y sobre todo me á muerto mis vasallos y parientes, que a Berife y a tres hijos suyos á muerto teniendo el castillo cercado. Y este tan gran daño tú solo lo as de pagar en hazerte dar muy cruda muerte.

Alfaraxín, que nada de aquellas cosas sabía, alegróse mucho y dixo:

—Rey, tú puedes hazer eso que dizes, mas no con justicia. Jamás por mí tal mandamiento será dado, qu'el castillo es mío y nunca fize traición porque lo deva ^{11v} perder. Y si Berife y sus hijos son muertos, morieron como malos, que bien soy cierto que ellos me mesclaron con vós, según lo vía andar en consejos con vós. Y si Marsindo vos llevó a vuestro hijo sería con pensamiento de aver a mí por él, y si vós me matardes bien creo que no será su vida segura, y ellos sabrán bien defender su derecho.

El rey, desdeque vido la respuesta de Alfaraxín, saliose muy sañado y mandole echar mayores presiones, y mandó ir mensageros a muchas partes a llamar mucha gente. Y venida, él mesmo partió de Domas y hizo asentar real sobr'el castillo, más cerca, esforçando a los suyos que no temiesen de allí adelante. Y hizo llevar muchos tiros que cada día tiravan al castillo, mas por eso Marsindo y sus hermanos no dexavan de salir

cadaldía a hazer gran daño en el real, de manera qu'el rey se vía muy afrentado y pensó de enbiar a dezir Alarix que l'entregase el castillo secretamente y a su hijo, y que le daría muy grandes riquezas. Y para esto enbió a demandar tregua por ocho días, por tener lugar de andar en su trato, las cuales fueron firmadas de la una parte y de la otra. Y el rey habló con un cavallero de quien se fiava y enbiolo a hablar con Alarix con achaque que iva a ver al infante. Y entrado en el castillo rogó a Alarix que le dexase ver al infante, el cual le mostraron en una torre muy ataviada como a él convenía. Y después que uvo visto el infante apartose con Alarix y díxole:

—Alarix, el rey mi señor te tiene por muy buen cavallero y leal. Enbíate a decir por mí que si tú le quieres entregar este castillo y a su hijo, que te hará el más onrado de su reino y mandará toda su casa como él mesmo. Porque te haze saber que le an certificado que Alfaraxín ^{12r} tiene aquí muy gran tesoro que avía avido de sus vasallos en el tiempo que tuvo el cargo de governar el reino, y otras cosas qu'él te dirá por onde no le pondrás culpa por lo que á hecho contra Alfaraxín tu sobrino.

Quando Alarix esto oyó fue encendido en ira y dixo:

—Maravillado só yo del rey si él me tiene por tal como tú dizes, que me acometa que yo haga traición. Por cierto, si yo é pasado mis días haziendo cosas por onde onra y fama é ganado, mal fundaría si yo hiziese lo que él me enbía a dezir y tú me aconsejas. Nunca Dios quiera que mis días fenescan, pues tan pocos son, con nombre de traidor, que tanto lo sería yo como aquel que le á hecho entender que Alfaraxín mi sobrino tiene tesoro que a sus vasallos robó. Yo creo bien que quien esto le hizo entender que era que ya á recibido la pena que merescía. Partíos

luego de aquí, no me digáis más d'esas cosas, que mucho me hazen enojado.

El cavallero quando lo oyó y le vido tan airado fuese luego, y él, que quería salir por la puerta, encontró a Marsindo. Alarix le dixo:

—Sobrino Marsindo, ved si sois en acuerdo que demos al rey el tesoro que aquí tiene vuestro padre, que robó a los vasallos del rey, que dize que así gelo an hecho entender.

Marsindo, muy enojado, dixo:

—Cierto, mal se le podría dar lo que aquí no tenemos. Si esta es la causa porqu'él tiene preso a Alfaraxín, él faze mal. Dezilde que digo yo, si él es rey justiciero, qu'él se pondrá en juizio con nosotros en dezirnos quién fue aquel que tal cosa le hizo entender. Quien quiera que sea yo le haré conoscer que á dicho falsedad. Y si esto no heziere, él mismo es el que lo á levantado. Asegurándome él que no recibiré daño, yo saldré a combatirme con dos cavalleros cualesquiera qu'él quisiese sobr'esta razón.

El cavallero se fue al rey y contole todo lo que Alarix le respondió y lo que Marsindo l'enbiava a dezir. Al rey ^{12v} le pesó mucho porque Alarix no venía en lo qu'él quería, que bien creyó que pasaría mucho tiempo antes qu'él el castillo pudiese tomar, y fue muy enojado de lo que Marsindo le enbiava a dezir. Y mandó al cavallero que le tornase a dezir qu'él no le podía dar campo ni ninguno de sus cavalleros no querría desafiar-se con él, porqu'él era villano y no sabían cuyo hijo fuese, que siendo cativo no podía él igualarse con ningún cavallero, que mal uviera el que le avía dado orden de cavallería sin saber que [no la] merecía. El cavallero se fue al castillo y dixo a Marsindo lo qu'él rey le enbiava a dezir. Marsindo quando lo oyó fue muy turbado y no supo qué responder, y díxole:

—Si yo soy tal como tú dizes, no lo sé, mas mi coraçón me dize y me esfuerça que yo no soy villano como él dize. Si él no sabe quién es mi padre, mal sabrá si soy villano si hidalgo, mas el cabtiverio qu'él dize yo no lo é sentido, que Alfaraxín me á criado por su hijo. Si yo no lo soy, por eso le soy más en cargo. Y dezid al rey que de aquí adelante haga poner recabdo en su real, que más paz con él no se avrá, mas si yo puedo no pasará mucho tiempo que yo no tome vengança tal que mi coraçón fuelgue.

El cavallero se partió y dixo al rey lo que Marsindo l'enbiava a dezir. El rey puso recabdo en su real. Marsindo quedó muy turbado. Alarix, que lo vio, y sus hermanos, dixéronle que todo a[quello] qu'él rey l'enbiava a dezir era falsa mentira, que no creyese tal cosa. Mas Marsindo asentó en su coraçón que no sin causa se [lo] decía, y pensó qu'él sabría la verdad de todo, y desimuló con todos, y aquella noche salieron a dar en el real y hizieron gran daño como Marsindo iva enojado. Y después que se vinieron al castillo, echado Marsindo en su cama, comenzó a pensar muchas cosas, cómo él podría hazer que aquel real de allí se levantase y Alfaraxín fuese suelto.

Pensando muchas cosas halló una que puso en obra, y otro día, desque se levantó, habló a Alarix y díxole qu'él se quería armar de otras armas ^{13r} porque no fuese conocido. Y vinida la noche saldrían a dar en los del real y él quería quedar entr'ellos por hazer una cosa que tenía pensado, que mandase estar aparejado para quando él viniese que le abriesen la puerta. Alarix le dixo que rogava a Dios que lo guardase, que así se haría. Y venida la noche, Marsindo se armó de unas armas negras y tomó consigo cuarenta cavalleros, y salieron por la puerta que os avemos dicho. [Dixo] a sus hermanos que así como hiziesen algún daño en los

enemigos que se tornasen y no mirasen por él, porqu'él quería quedar en el real, y así fue hecho. Como s'enbolvieron los unos con los otros, Marsindo se metió entre los del real. Los otros cavalleros, que lo sentieron, tornáronse al castillo sin hazer mucho daño, y como la noche era oscura, los del real no conocieron a Marsindo si era de los suyos o no, y desde que fue todo sosegado pusieron sus guardas como solían. Marsindo andúvose así por el real. Como la gente era mucha no pararon mientes en él. Marsindo fuese cabe la tienda del rey y estuvo esperando qu'el rey se acostase, y desde que todos [fueron] dormidos, que era ya pasada más de la media noche, entrose a la tienda del rey sin que de persona fuese sentido, que todos dormían, y fuese a la cama del rey y tomó luego la espada del rey, qu'estaba a la cabecera, y sacola y púsola encima de la cabeça del rey, y díxole muy paso:

—Rey, despierta, que la muerte tienes muy cerca.

El rey abrió los ojos, y cuando vido la espada desnuda sobre su cabeça fue todo espantado. Marsindo le dixo:

—Rey, tu vida no está sino en que tú des bozes, que la primera que des serás muerto por mí, y si callas y me oyes podrá ser que bivas.

El rey cuando aquello oyó dixo:

—Pues di lo que quisieres, que yo te oiré. Y ruégote que antes de todas las cosas me digas quién eres, que tanto atrevimiento as tenido en ponerme en tan gran espanto.

Marsindo le dixo:

—Sábetete, rey, que yo soy Marsindo, que te pudiera matar sin peligro ninguno mío, mas acordándome qu'estuve en tu casa y fui tuyo no lo quise hazer, el cual conoscimiento no tienen los villanos y malos, como tú dizes. Que yo soy la prime^{13v}ra cosa que de ti quiero saber, que me digas cómo sabes tú

que yo no soy hijo de Alfaraxín.

El rey le respondió:

—Pues tanta gana tienes de sabello, quiero que sepas que tú no eres su hijo, mas antes eres de linaje de cristianos del reino de Ungría. Y ido Alfaraxín con mi padre a la guerra, cuando la gran hueste de los moros pasó en Constantinopla contra el enperador, fueste tomado en una cibdad que los moros tomaron. Y Alfaraxín, viéndote tan apuesto, enbiote a su casa a su muger con un ama o tu madre que te criaba, y por un sabio moro que le dixo que avías de ser maravillosamente buen cavallero te á tenido por hijo, porqu'el sabio le dixo que guardase que no sup<u>ieses tú que venías de linaje de cristianos. Por eso él mandó que no fuese ninguno osado de te dezir la verdad de tu fazienda. Agora te é dixo la verdad de lo que me as pescudado.

Marsindo le dixo:

—Cierto, señor, alegre me avéis hecho en me lo dezir, y cierto yo bien creo que vengo de buen lugar, pues mi coraçón me esfuerça a bien hazer. Y por esto só yo obligado a servir y morir por Alfaraxín, pues él tanto bien me á hecho. Y ruégote, señor, que tú quieras soltallo por amor de mí, y no quieras creer lo que te an dicho, que yo te juro por la fe que a Dios devo, así Dios me muese mi linaje, qu'es agora la cosa que yo más deseo, que tal cosa como te an dicho no es verdad. Y si tú fiarte quieres en mi fe, que detenido no serás en el castillo contra tu voluntad, que yo te muestre cuanto en él está porque veas la verdad. Y si él a alguno uviera robado, como te an dicho, después que [lo] prendiste vinieran a quejar d'él, mas mira cómo ninguno lo á hecho. Y los que te dixerón esta falsedad an pasado por la muerte, que bien sabemos quién fue. Y si tú esto quisieres hazer, yo todos los días de mi vida te serviré, y escusarás muertes de

tus vasallos. Y si no lo quisieres hazer, yo te prometo de serte mortal enemigo y hazer tanto que no me puedas escapar de no morir a mis manos, ^{14r} que aunque agora te dexe por te hallar solo, acuérdate cómo los reis que son buenos no an de ser codiciosos y an de dar cuanto tienen por la vida de sus vasallos. Pues como quieres tú, por aver lo que no puedes, que mueran tantos, acuérdate cuánto servicio te á hecho Alfaraxín, cómo á defendido tu reino, que ninguno de tus vezinos te á hecho sobra. Pues no será mucho que antes de mucho tiempo se levanten contra tí, pues tú te levantas contra tus vasallos y no te podrás valer, de manera que pierdas lo que tienes pacífico.

Marsindo supo dezir al rey tantas cosas con tanto seso y gracia que hizo mudar al rey de su propósito y arrepentirse de lo que avía hecho, y díxole:

—Marsindo, tu as usado conmigo de tanta nobleza que, pudiéndome matar, me as aco[n]sejado tan bien que yo soy contento de tus palabras. Yo te prometo como rey que mañana en aquel día te entregue a tu señor y más le haga enmienda como tú lo quisieres. De aquí adelante tenerte en grado de hermano haziéndote las mercedes que tú mereces.

Marsindo alçó la espada, que hasta allí todavía la tenía encima del rey, y hincó las rodillas delante la cama y besó las manos al rey por fuerça. El rey rogó a Marsindo que quitase el yelmo porque le viese la cara a la lumbre de una antorcha qu'estava en la tienda. Marsindo lo quitó. El rey conoció que era él, que en duda estava si él fuese, y díxole:

—Marsindo, agora te conosco y veo que serás tal que harás verdaderas las cosas que dixerón de ti.

Marsindo se despidió d'él de que vido que era tiempo de irse. El rey sacó un anillo

de su sello y díxole:

—Marsindo, lleva ese en señal que será verdad lo que te tengo prometido.

Marsindo lo tomó y dixo:

—Sin esto tenía yo por muy cierto que cumplirías lo que me prometiste, pues eres rey.

Y saliose de la tienda sin que fuese sentido y fuese para las guardas y díxoles qu'el rey les mandava qu'estuviesen avisados porque le avían dicho que avían de salir aquella mañana los del castillo, y con estas razones ^{14v} pudo pasar, y fuese a la puerta donde lo estavan esperando sus hermanos con gran temor y recelo que d'él tenían. Y como lo conocieron fueron todos muy alegres, y abriéronle muy apriesa y fuéronlo a abraçar como si de gran peligro le viesén salido, y él ansí mesmo iba alegre por aver acabado lo que deseava. Alarix le pescudó qué avía hecho que tanto se avía detenido. Marsindo le dixo:

—Agora, señor, no vos quiero dezir nada hasta mañana que veamos qué á aprovechado mi salida.

Y hízose desarmar y echose en su lecho pensando muy fieramente en lo qu'el rey le avía dicho, diziendo entre sí mismo: «Marsindo, si tú de linaje de cristianos vienes, conviénete de no bevir en la ley de los moros, mas buscar tu linaje y seguir la ley de aquellos de donde tú vienes». Mas pensó de no dezir a naide que sabía cosa de su fazienda, mas saber muy por entero todo su hecho del ama que lo avía criado. Con este pensamiento se dormió hasta el día.

[IV]

El rey, desque Marsindo se despidió d'él, quedó tan espantado que por una pieça no pudo hablar pensando en muchas cosas, especialmente en la muerte de Berife

y sus hijos, cómo avían pagado el mal que avían hecho. Y pensó también qu'el rey de Jerusalén, que era su enemigo porque no quiso casar con una hija suya, que sabido la descordia que tenía con sus cavalleros que vendría sobr'él y podría ser causa de perderse su reino. Con este pensamiento afirmó en su corazón de poner en obra lo que a Marsindo prometió, y desqu'esto uvo pensado llamó a los suyos y reprendiolos muy malamente de la mala guarda que avían hecho, que si no fuera por amor de Marsindo, que ya lo tenía por amigo, que a todos hiziera morir mala muerte. Todos ^{15r} se maravillaron de oírle dezir tales cosas y pescudávanse unos a otros qué podía ser aquello.

El rey, otro día de mañana, como se levantó, mandó tocar sus trompetas y añafles, que todos alçasen real y se fuesen para sus tierras. Todos fueron muy alegres con aquellas nuevas y prestamente fue hecho, y el rey mandó a dos de sus cavalleros que fuesen a la cibdad de Domas y que sacasen a Alfaraxín de la presión y que gelo traxesen sin ninguna presión allí luego. Los cavalleros eran algo parientes de Alfaraxín y fueron con mucha alegría a la cibdad y hizieron lo qu'el rey les mandó, que quitaron las presiones a Alfaraxín y [le] hizieron cavalgar en un cavallo y a su muger en un palafrén y fuéronse con ellos para el rey. Y no sabiendo qué avía sido la causa de su deliberación, como el rey supo que venían saliolos a recebir y fue a abraçar a Alfaraxín diziéndole:

—Padre mío, Alfaraxín, bien soy cierto, según la vuestra grande bondad, que me perdonaréis el mal que os é hecho sin aver causa, porque, pues yo conocí mi hierro, ruégovos qu'esto toméis por enmienda.

Alfaraxín le besó las manos y dixo:

—Señor, muchas esperanças tenía yo en Alá del cielo que os avía de dar este conocimiento, y el perdón muy seguro estad que

lo avéis alcançado. Jamás se me acordará el mal que me hezistes.

El rey lo abraçó muchas vezes y así mismo a su muger, y fuese derechamente para el castillo con ellos y mandó a todos los suyos que se quedasen, qu'él quería ir solo con ellos. Los del castillo, que maravillados estavan de lo que avían visto, cuando vieron venir al rey y a su señor Alfaraxín más se maravillaron. Marsindo díxoles que les abriesen, que el rey avía cumplido lo que le prometió. Las puertas del castillo fueron abia<a>[e]rtas con grande gozo de todos. El rey descavalgó y dixo que quería ser su uésped aquella noche. Marsindo vino a besar las manos al ^{15v} rey y el rey lo abraçó y tomólo por la mano y levolo a Alfaraxín y díxole:

—Alfaraxín, veis aquí a Marsindo, que á sido muy bien enpleada la criança que en él avéis hecho, porque él fue aquel que con su es<p>[f]orçado corazón vos sacó de la presión. Y agora vos quiero contar cómo lo supo hazer.

Entonces le dixo todo cuanto con él pasó, que todos se maravillaron de oírlo. Alfaraxín no se pudo tener que no fuese a abraçar a Marsindo y besole muchas vezes en la cara, y así mismo su muger de Alfaraxín hizo otro tanto, que con plazer no le podía hablar. Y esto todo pasado, las mesas fueron puestas y el rey se sentó a cenar. Marsindo trajo al infante y entregolo al rey, y el anillo qu'el rey le dio de su sello, y díxole qu'él estava bien contento, pues con él tan bien avía conplido lo que le prometió. El rey dormió aquella noche en el castillo y otro día de mañana dixo que se quería ir para Domas, qu'ellos quedasen si quisiesen porque reposasen de los trabajos que avían pasado. Y antes que se partiesen mandó traer sus armas, qu'eran a maravillas ricas, qu'el valor d'ellas no se podría dezir, y diolas a Marsindo y díxole:

—Marsindo, estas quiero yo que trayas por amor de mí y sepan todos que y'os la di por el mejor y el más leal cavallero del mundo. Y quiero que de aquí adelante vos podáis desafiar, si fuere menester, con cualquiera cavallero, aunque sea infante hijo de rey. Y esto hago porque yo vos negué que no merescíades entrar en campo con cavallero hijodalgo. De agora adelante no sea ninguno osado de más en esto hablar.

Marsindo besó las manos al rey por la merced que le hazía, especialmente por las armas, qu'él mucho preciό por ser tan buenas, que d'estar en aquella tierra pensado tenía de no estar en ella mucho tienpo, y como el rey esto hizo partiose para Domas. De la reina fue muy bien recebido, que muy alegre estava por lo qu'el rey ^{16r} avía hecho. Alfaraxín quedó en su castillo con sus hijos y con todos sus parientes, que muy bien le avían ayudado. Todos estavan muy alegres a maravilla y loavan a Marsindo del grande coraçón que t<e>[u]vo d'entrar en la tienda del rey. Alfaraxín le hazía más onra y le mostrava más amor que a ninguno de sus hijos, y mucho era triste por lo qu'el rey le avía dicho, y como vía qu'él se callava no le osava dezir ninguna cosa, mas todavía le llamava hijo. Marsindo no se le olvidava lo que avía pensado y apartó un día el ama que lo acabó de criar y díxole que le rogava mucho que le dixese una cosa que d'ella quería saber, que le prometía y dava su fe de jamás a persona lo dezir. El ama le dixo:

—Señor mío, ¿qué podría yo saber que no vos lo dixese? ¿Qué me podríades vós mandar que yo no hiziese aunque la muerte por ello recibiese?

Marsindo gelo agradeció y díxole:

—O, ama mía, ruégovos que me digáis si supistes si era mi madre aquella que conmi-go vino quando Alfaraxín nos envió cativos desd'el reino de Ungría y cómo se llamava

ella y la cibdad donde bevía.

El ama quando lo oyó fue maravillada y díxole:

—Marsindo, ¿quién vos hizo a vos saber todas esas cosas? Ciertó, si Alfaraxín lo supiese, mandarle ía matar.

Marsindo le respondió:

—Ama, quien a mí me lo dixo Alfaraxín no le puede hazer mal porque es el rey, a quien él á de servir.

El ama dixo:

—Pues ya, señor, vós lo sabéis, quiero deziros lo que d'ello sé. Ruégovos por Dios que no lo digáis a persona del mundo porque no recebería sino la muerte en galardón de la leche que os di.

Marsindo la aseguró que jamás no lo de-ría. El ama le dixo:

—Sabed, hijo, que a vuestra ama llamavan Inestra y era naturar de una villa de Ungría que se llamava Tenisa, y no bevió más de dos años después que vino a esta tierra, por onde yo vos uve de acabar de criar. Y algunas vezes le vi llorar muy fuertemente teniéndovos en los braços, y decía: «O, buen hijo, cómo fue desastrada la ora que vuestra madre de vos e de mí se partió, que no pensava yo de aver tan mal galardón de vuestra criança según ^{16v} las promesas qu'ella me hazía del galardón de vuestra criança». Quando yo esto le oí roguale que me dixese cúyo hijo érades. Respondiome qu'ella no me lo sabría dezir «porque el padre y madre d'este donzel no eran naturales del reino de Ungría, mas yo esperava gran bien por la su criança, mas la mi fortuna no consintió». Otra cosa yo no vos la sabría dezir más d'esto que vos tengo dicho.

Marsindo muy bien tomó en su coraçón las cosas qu'el ama le dixo, y pasados algunos días qu'estuvieron allí fuéronse a la cibdad de Domas y fueron del rey muy bien recibidos con más amor y onra que de antes.

El rey preciava mucho a Marsindo desque lo vio de tan gran corazón y esfuerço, y pensó de casalle con una donzella muy hermosa, sobrina de la reina, y díxolo a Alfaraxín, que deseava mucho casallo con aquella donzella porque no se fuese de aquella tierra, y contó el rey a Alfaraxín todo lo que con él pasó sobre el hecho de su linage. Alfaraxín le pesó y dixo al rey:

—Por cierto, señor, mucho me pesa por lo que le dexistes, y buen remedio es el que queréis dar. Y pídovos por merced que luego lo pongáis en obra porque en esto conoceremos su voluntad, porque tan sesudo es que no me á dicho ninguna cosa d'esto.

El rey se maravilló, y aquel día mesmo el rey llamó a Marsindo y díxole delante de Alfaraxín:

—Marsindo, porque conoscáis el amor que os tengo por ser vós tanpreciado entre todos los otros cavalleros, vos quiero dar por muger a Pergenja, sobrina de la reina, qu'es tan fermosa como vós veis y hija de tan onrado cavallero como es su padre. Allende de lo que Alfaraxín vos dará, yo os daré tanto en dote con ella que seréis muy rico y onrado como vós merecéis.

Marsindo, cuando oyó al rey lo que le dezía, hincó las rodillas y besole las manos, y díxole:

—Pésa[me] mucho, señor, por n'os aver servido tanto que meresciese tan gran galar-dón, que más espero en Dios de serviroslo.

El rey le dixo:

—Marsindo, esa confiança tengo yo de vós, y quiero que se haga ^{17r} mañana, por eso aparejadvos.

Alfaraxín besó también las manos al rey y fue el más alegre que dezir se podría pensando que Marsindo no tenía en nada las cosas que le avían dicho, y despidióse del rey y fuese a su casa, y hízolo saber a su muger porque todo aparejasen lo que fuese

menester para la fiesta de los desposorios de Marsindo. Y hizo cortar muy ricas ropas así para Marsindo como para sus hermanos, y tenía en voluntad de dalle gran parte de su hazienda.

[V]

Mas sabed que, aunque Marsindo dio al rey esta respuesta, que no tenía en voluntad de hazer aquel casamiento ni de estar en aquella tierra, que como vos diximos, desde la ora qu'él supo que venía de linage de cristianos luego pensó de irse sin que naide lo supiese y tornarse cristiano, porque su corazón no pudo negar aquella sangre escogida de dond'él venía. Desde antes le parecía a él muy bien las cosas que de los cristianos oía dezir. Cuando algún cativo cristiano de los que avía en Domas vía que les hazían mal pesávale de corazón y dolíase d'ellos, y después que supo la verdad asentó en su corazón de morir cristiano. Y como vido qu'él rey lo quería casar, acordó que antes que aquello pasase poner en obra su partida, y pensó de irse derechamente al reino de Ungría y allí saber, si pudiese, nuevas de su linaje. Y acordó, desque todos [fueron] dormidos, de levantarse y armarse y irse su camino. Y aquel día mostró a todos grande alegría por encubrir su fazienda, y en la tarde dixo a un escudero qu'él tenía que le tuviese aparejado su cavallo, que a él le convenía de ir a una parte y venir antes que fuese de día, por eso qu'él tuviese sus armas y su cavallo aparejadas y que hiziese por tal manera que persona no lo viese. El escudero hizo lo que su señor le mandava. Marsindo, desque vio tiempo, levantose ^{17v} de cabe su hermano Almogelí, que anbos a dos dormían porque se amavan mucho, y tomó todas las más joyas preciadadas de oro qu'él tenía y fuese a donde su

escudero lo esperaba, y armose de las muy ricas armas qu'el rey le avía dado y cavalgó en su cavallo y dixo al escudero que muy presto tornaría. Y salido de la cibdad fuese por el camino derecho a la cibdad de Antioqu[í]a pensando desde allí irse al reino de Ungría. E ya que amanecía, aviendo andado cuatro o cinco leguas pensando en muchas cosas, paresciole que haría mejor de ir primeramente a Jerusalén y allí se informar de la ley de los cristianos y vesitar el Santo Sepulcro en quien los cristianos tanta devoción tenía[n], y de allí irse por mar a donde la ventura lo levase. Y esto pensado, bolvió las riendas al cavallo y tomó su camino azia Jerusalén el más desviado qu'él pudo, porque bien sabía que lo avían de buscar tanto que lo hallasen <menos>. Y así fue que, como Alfaraxín se levantó queriendo ir al palacio del rey, pescudó por Marsindo. Naide le supo dezir ónd'estava. Andándolo a buscar por todas partes del palacio encontró a su escudero. Pescudádole qu[é] era de Marsindo, el escudero le respondió que no sabía más de cuando aquella noche se avía armado, «y díxome que iva a un lugar que luego avía de venir, mas veo que ya es tarde y él no viene». Alfaraxín, cuando esto oyó, fue muy turbado y dixo:

—O, Alá del cielo, cómo soy engañado por él, qu'él es ido sin duda para no tornar.

Y mandó luego cavalgar a sus hijos y a otros muchos cavalleros que lo fuesen a buscar por todas partes, y cuando el rey lo supo mandó a muchos de sus cavalleros que también fuesen a buscallo. Mas su afán fue perdido, que jamás d'él pudieron saber nuevas. Y tornados todos, demasadamente fue trizte Alfaraxín y sus hijos, especialmente Almogelí, que lo amava de co-
raçón. Y dexallos emos estar agora hasta su tiempo.

[VI] ^{18r}

Después que Marsindo tomó el camino de Jerusalén anduvo tanto por sus jornadas que llegó a Jerusalén sin le acaescer ninguna cosa, porque todos lo tenían por moro. Y llegado allí posó en una posada a donde posavan los peligrinos, y cuando el uésped vido a Marsindo fue espantado de ver cavallero tan apuesto y pescudole si era cristiano. Marsindo le respondió que sí, más que se avía criado en aquella tierra. El uésped le hizo mucha onra porque vio que la merescía, y desque Marsindo se desarmó fuese al Santo Sepulcro y allí vido muchos peligrinos que con gran devoción conprían su romería, entre los cuales vido al duque Grimonte de Brogonia, qu'era el mejor cavallero que se podía hallar, que con gran devoción partió de Brogonia y entró en una nao con cincuenta cavalleros y un hijo suyo, el cual se llamava Carpasio, y venía por se armar cavallero en el Santo Sepulcro. Y acació qu'el mismo día que Marsindo llegó avía el duque llegado. Como Marsindo lo vido tan acompañado luego conoció qu'era algún alto onbre de los cristianos, y estuvo mirando cómo ellos rezavan hasta qu'el duque y los suyos se fueron a sus posadas, y Marsindo se fue a la suya muy contento de la manera que los cristianos tenían. Y otro día luego de mañana se vino allí y vido cómo el duque se confesava y los suyos recibían el sacramento con gran devoción. Marsindo estuvo muy atento mirando todo, y después que se el duque fue, Marsindo se llegó a un flaire que servía en el Santo Sepulcro que sabía la lengua morisca y díxole:

—Señor, yo querría hablar con vós algunas cosas. Ruégovos que me oyáis.

El fraile, que le paresció tan bien, sentose con él a una parte y díxole: ^{18v}

—Agora me dezid todo lo que vos plazará.

Marsindo le contó toda su vida, de qué manera avía sido traído aquella tierra, cómo avía bebido hasta allí en la ley de los moros, y agora que sabía la verdad, [que] venía de linage de cristianos, que quería tornarse a la ley en que avía nacido, pues aquella era la verdadera, que le rogava que lo enseñase en todo lo que avía de hazer porque su voluntad era de irse de aquella tierra.

El buen flaire, cuando estas cosas oyó, fue muy alegre, y loó a Dios y a Santa María porque criatura tan hermosa no dexó perecer, mas traella a conoscimiento de la verdad. Después abraçó a Marsindo y díxole:

—Amado hijo, así como Dios Nuestro Señor os estremó en fermosura, así n'os quiso olvidar, mas que nosciédeses la verdad de su santa ley.

Y entonces le dixo muchas cosas, cómo Cristo avía venido a encarnar en la Virgen María, cómo nació quedando ella virgen, cómo pedricó en aquella santa tierra y cómo fue traí[ciona]do por los judíos y recibió muerte y pasión por los pecadores, cómo allí fue sepultado, cómo reçucitó al tercero día, cómo a los cuarenta días subió a los cielos viéndolo sus apóstoles y cómo los mandó pedricar el Evangelio. Y así le dixo todas las otras cosas que convenían para recibir el bautismo. Marsindo lo oyó todo y lo deprendió muy bien como aquel que era de gran seso. El flaire le dixo:

—Mirad, hijo, cómo vos ama Nuestro Señor, que aquí es ora venido en romería el duque de Brogonia, qu'es muy gran señor en el reino de Francia. Con él os podéis ir, qu'él os levará de buena voluntad según Dios lo hizo bueno. Yo gelo diré, y agora vos id y tornad a las bísperas, que yo hablaré con el duque que sea vuestro padrón y vos onre como es razón.

Marsindo gelo agradesció y despidiose del flaire, y fuese a su posada y vínose

a las vísperas como quedava concertado. El flaire, así como vido al duque, apartolo y díxole:

—Mi señor, parésceme que Nuestro Se^{19r}ñor os traxo aquí para salvación de vuestra alma y de otro. Y esto digo yo por un cavallero que aquí es venido que me paresce aparejado para hazer todo bien, y según me á contado, él fue traído a estas tierras muy niño y a bebido hasta agora en la ley de los moros. Dios, que no olvida a los suyos, por un caso maravilloso él á sabido cómo viene de linage de cristianos [y] quiere tomar nuestra santa ley. Pidos por merced, señor, [que] vós seáis su padrino y tornémoslo a reconcillar con Dios, y bautizallo emos si por ventura no fue bautizado. Y después d'esto hecho, cuando os partierdes, llevarlo éis con vós porque no quede en esta tierra, que y'os digo en verdad que mis ojos no an visto criatura umana tan ferosa como él. E yo creo qu'él venga de alto linage.

—¡Santa María, val! —dixo el duque—. Por cierto, yo é visto aquí ese que me dizís y mucho soy maravillado d'él y de su apostura, y como no le vía hazer lo que nosotros hazemos, no sabía si era moro si cristiano. Muy alegre soy de lo que me avéis dicho. Si él conmigo quiere ir, yo lo llevaré y le haré tanta onra como si fuese mi pariente.

El flaire gelo loó mucho, y estando ellos y ablando vino Marsindo. El flaire lo llamó y díxole en su lengua:

—Mi buen fijo, veis aquí el duque que vos toma en lugar de hijo por el buen conocimiento que avéis tenido y quiere llevaros consigo. Por eso dad gracias a Dios por daros tan buen aparejo a vuestro deseo.

Marsindo hincó las rodillas por besar las manos al duque, mas el duque no gelas dio, mas abraçolo y besolo en el rostro, tanto fue contento de su vista. Y luego el flaire y el duque pusieron en obra de lo bautizar y

ansí fue hecho, y el duque dixo que quería que se llamase como él, Grimonte, que del todo avría de ser renovado. El flaire lo dixo a Marsindo y él respondió que era muy contento, y luego fue bautizado y puesto nombre Grimonte. Y después se llamó Grimonte de Asur porque fue criado en l'Asuria, y desde fue bautizado el duque lo tomó por la mano y diolo a su hijo Carpasio, y díxole:

—Carpasio, este vos dó yo por hermano y con^{19v} pañero, pues ambos a dos sois de una edad.

Y los dos se recibieron muy bien y en tal ora que jamás se olvidaron el grande amor que se tomaron; por muchos tiempos turó su compañía. El duque lo levó consigo a cenar y recibían gran pena porque no s'entendían. Carpasio le començó a mosar la lengua francesa, la cual él muy bien deprendió. El duque le hizo traer sus armas y todo lo que tenía a su posada, y desqu'estuvieron allí nueve días el duque armó cavallero a Carpasio su hijo. Grimonte pidió por merced al duque que a él también de su mano le diese orden de cavallería como diera a Carpasio, que no estava su corazón contento porque la avía recibido de mano de cavallero moro; pues era nuevamente cavallero de Jesucristo, que así le convenía de recibir la orden en su casa. El duque lo tuvo por bien y Grimonte se armó de sus ricas armas, y el duque le dio la orden de cavallería a la costumbre de los cristianos. Y después qu'el duque cumplió su romería dio muy grandes ofrendas al Santo Sepulcro y tornose al puerto de Jafa, y Grimonte con él, y entraron en la nao muy alegres a maravilla, y Grimonte más que todos por aver salido de aquella tierra sin embaraço ninguno. Y alçadas las áncoras, tendieron las velas, y con buen viento que Nuestro Señor les dio navegaron por el alta mar tanto que llegaron muy cerca de Flandes.

Y acaeció que, yendo por su mar, vieron dos naos de armada que andavan por la mar, y así como aquellas naos vieron la nao del duque bolvieron derechamente para ella, la una por una parte y la otra por la otra para tomalla en medio. Como el duque esto vio, conosció que le querían hazer daño, y mandó armar a los suyos, que todos los cincuenta cavalleros qu'el duque llevaba llevaban sus armas, y cuando oyeron el mandado del duque armáronse todos muy prestamente, y Grimonte no fue el postrero, mas primero que todos llegó al borde de la nao y con él Carpasio. Los de las naos llegaron muy furiosamente tirando tiros, deziendo «¡Muera el duque y todos los que con él vienen, que agora no podrán escapar!».

Sabed que ^{20r} en estas naos venía el duque de Ostre, hermano del enperador de Alemaña, que era mortal enemigo del duque de Brogonia, que dos vezes lo venció en canpo, y cuando supo que era salido de su tierra e ido aquel viaje pensó de tomar vengança d'él de la injurias que le avía hecho. Y tomó dozientos cavalleros consigo y a su hijo el mayor, que era uno de los buenos cavalleros y bravos que en el mundo se podían hallar, el cual se llamava Garvasín. Y el duque venía en una nao y el hijo en otra, y cada uno traía cien cavalleros escogidos. Como fueron juntas las naos echaron luego grandes garfios para juntallas, y cuando Grimonte lo vido dixo a Carpasio:

—Id vós, señor, a resecistir por esotra parte. Dexad a mí con estos.

Carpasio así lo hizo, y el duque su padre juntó con él, que ya se avía armado. De la parte que Grimonte se halló venía el duque [de] Ostre, qu'esforçava a los su[yos que en] trasen sin pavor. Mas no les fue así ligero de [hazer porque] hallaron quien gelo quitó, que era Grimonte el asu[riano] c[on] su espada en la mano, que no ovo cavallero que

[se le enfre]ntase que no lo hiziese morir, que quien lo vía lo tenía [por mar]avilla, así andava bravo. Los cavalleros del duque [se esforç]avan tanto que a poca de ora mataron más de [***] cavalleros de los alemanes. El duque dava muy grandes bozes llamando a sus cavalleros cativos, que así se le dexavan vencer, y púsose delante de todos y dio con la espada un tan fuerte golpe a un cavallero que cabe Grimonte estava que cayó a sus pies muerto. Grimonte, que lo vio, fue encendido en ira, tanto que sin ningún temor saltó en la nave del duque. Como estaban muy juntas púdolo hazer, aunque pesó a sus enemigos, <aun> que muchos golpes d'espadas y de hachas le dieron, mas él como un fiero león entró entr'ellos y de dos golpes que dio derrocó a dos cavalleros muertos que mucho le aquexavan. El duque quando lo vido hazer tantas estrañezas fue a él y diole tres o cuatro golpes muy esquivos de que Grimonte mal se sentió, mas no tardó mucho que no se vengase a su voluntad, que alçó el espada y dio al duque de Ostre tan fuerte golpe encima del yelmo que le cortó gran parte de la cabeça y ^{20v} cayó fuera de todo su sentido. Los suyos quando lo vieron fueron muy desmayados. Grimonte, quando así los vio, acometiolos muy esforçadamente porque vido casi más de quinze cavalleros de los suyos que maravillosamente le ayudavan, y el uno d'ellos conosció al duque y tomolo por los braços y dio con él en la mar. Grimonte hizo tanto que en poca de ora todos los de la mar fueron vencidos, los unos muertos y los otros saltavan con miedo en la mar, y algunos que quedaron demandaron merced y dieron las armas a Grimonte. Grimonte mandó algunos de aquellos cavalleros suyos que los tomasen y los metiesen en una cámara y que allí los tuviesen presos porque él quería ir a ayudar al duque, que vido gran buelta en la nao y vido cómo los enemigos

estavan dentro. Y así era, que Garvasín acometió tan duramente de su parte como era tan buen cavallero que Carpasio ni el duque de Brogonia pudieron estorvar que no entrase con ellos ma[tando y fi] riendo tantos cuantos hallava. Carpasio [y Garvasín] combatiéronse muy bravamente, mas Garv[asín dio a] Carpasio tan fuerte golpe en la cabeça que [lo ferió tan] malamente que Carpasio cayó muy desacor[dado]. El du[que pensó que era muerto y fue contra Garv[asín muy es]forçadamente, y diole tantos golpes y tan pesados que Garvasín fue muy mal espantado, mas como era bravo de coraçón, aunque'estava herido acometió así al duque que le hizo perder la espada de las manos y juntó con él tan rezio que le hizo caer de manos, y fue sobr'él y quitávale el yelmo para cortalle la cabeça. A esta ora llegó Grimonte, que ya dexava la nao del duque ganada como vos avemos dicho, y como vido al duque en tal estado fue muy triste y airado, y dixo a Garvasín:

—Cavallero malo, quita[d]vos afuera. Si no, muerto sois.

Garvasín, quando lo miró y vido su espada tan tinta de sangre, bien conosció que no avía estado de balde, y dixo:

—Por cierto, por vós no dexaré de hazer lo que é començado.

Entonces dio al duque un fuerte golpe encima del yelmo, que todo gelo abolló. Grimonte alçó su espada y dio dos golpes a ^{21r} Garvasín tan duros y pesados que cada uno d'ellos le hizo una gran llaga de que Garvasín fue muy espantado, y dexó al duque y començose a combatir con Grimonte, mas la batalla turó poco, que Grimonte aquejó tan fuertemente a Garvasín que no lo pudiendo sufrir metíase entre los suyos. Grimonte, que así lo vio, llegose a él y tirole tan fuerte del escudo que gelo sacó de las manos y hízolo caer en el suelo, y cortole

las enlazaduras del yelmo y quitógelo de la cabeça. Y Grimonte, que alçava la espada para cortalle la cabeça, vido cómo Garvasín le pedía merced que no lo matase. Grimonte detuvo el espada y dixo a los cavalleros qu'estavan cab'él que lo guardasen, que no lo dexasen matar, y él fue ayudar a los suyos porque no podían resestir a los enemigos [que no] entrasen todos en la nao cuando vieron a Gar[vasín ta]n mal parado. Y aunque andava malherido, [arredr]olos con tanto ardimiento, dando golpes a unas [partes y a o]tras, que los enemigos fueron tan espanta[dos que començaron a h]uir delante d'él. Tornavan a su nao y [***] otros. Era la priesa tanta que muchos [fueron] caídos en la mar, a donde fueron ahogados, a manera que en poco espacio fue librada la nao de los enemigos. Y Grimonte, no contento con lo hecho, quería entrar con ellos a bueltas, mas los cavalleros que quedaron bivos mandaron a los marineros que muy apriesa desaferrasen la nao de la otra, y así lo hizieron, que muy prestamente quitaron los garfios de yerro. Así se alexaron de la nao y pudieron escapar hasta veinte cavalleros. Todos los otros fueron muertos y presos. Grimonte, cuando lo vio, aunqu'estava muy cansado, fue para dond'estava el duque tan mal llagado que dezir no se os podría, mas ya estava levantado, y ansimismo Carpasio. Grimonte pescudó al duque qué tal se sentía, que uvese plazer, pues sus enemigos eran vencidos, que no tenía de quién temer. El duque dio muchas gracias a Nuestro Señor y dixo:

—Mi buen hijo ^{21v} Grimonte, buena fue la ora que y'os conocí. Si algún servicio a Nuestro Señor é hecho, bien me lo á galar-donado en que me vos dio. Cierta, después d'él por vós soy librado de la muerte y de recibir la mayor desonra que nunca cavallero recibió.

Grimonte, que quiso responder al duque, vido tres cavalleros qu'estavan feriendo a Garvasín, que lo querían matar desde lo conocieron. Grimonte fue a ellos muy airado deziendo:

—No es eso hazer de cavalleros, que a quien se á dado por vencido ayáis de matar. No pongáis mano en él.

Los cavalleros se quitaron. Grimonte tomó a Garvasín por la mano y levolo a una cámara de la nao y hízolo desarmar y tomar la sangre de las llagas, qu'estava muy malherido. Y mandó a un cavallero que no se partiese y que lo guardase. Y Grimonte fue a ver a Carpasio y hízolo desarmar. Y un clérigo qu'el duque traía consigo sabía [mucho] de curar llagas. Curó al duque y a su hijo y hízolo[s echar en los] lechos, y Grimonte hizo que tanbién curasen a [Garvasín, y a] sí a todos los otros que le eran menester. Y [el último] que se curó fue él, porque anduvo ponien[do recau]do, haziendo echar los muertos en la mar [***], que fueron más de treinta, como los enemigos [***]. Como el] duque de Brogonia supo cómo el duque de Ostre era muerto y su hijo mayor era preso, nunca fue en corazón de cavallero tan grande alegría, y aún no pensava que era escapado de sus manos según la vantaj[e] [a] que le tenía en armas y en cavalleros. Y así el duque de Ostre avía salido acometer por tal manera, y dezía que otro cavallero como Grimonte no lo avía en el mundo y abraçávalo muchas vezes con las lágrimas en los ojos.

Los marineros desaferraron la nave de la otra y alçaron sus velas con tal viento que en dos días fueron llegados a un puerto de mar que era del duque, y cuando sus vasallos supieron la venida del duque hizieron grandes alegrías. El duque salió en tierra con todos los suyos, y ansimismo hizo sacar a Garvasín con todos los presioneros,

y cuando los de la villa ^{22r} supieron lo que al duque avía acontecido mucho fueron espantados. El duque dezía a todos cuantos a verlo venían que Grimonte de Asur lo avía librado después de Dios de no ser muerto. De todos era muy loado ypreciado porque el duque estava así herido. Enbió por la duquesa y por su hijo el mayor, el cual se llamava Franxiste, que era muy buen cavallero y a maravilla mesurado, los cuales, sabiendo la venida del duque, pusiéronse al camino a gran priesa. La duquesa traía consigo una su hija, donzella de gran hermosura, y como llegaron a la villa apeáronse en los palacios y fueron muy bien recebidos del duque. La duquesa, cuando así lo vido, començó de llorar muy fieramente, y dixo:

—¡Ay, mi señor! Cómo aquel malvado duque me quería quitar toda mi alegría. ¿Qu[é] es de aquel buen cavallero que Dios os dio por remedio de mi vida?

Grimonte estava con Franxiste, que luego lo fue a hablar y Franxiste lo avía recibido muy bien, y cuando vio que la duquesa pescudava por él fuele a besar las manos. La duquesa lo abraçó muchas vezes deziéndole:

—Buen cavallero, la vuestra buena vista da testimonio de vuestras obras, que cosa de tanta fermosura no puede sino ser en todo acabado. Quiera Dios qu'el duque mi señor vos pague el gran cargo en que vos es.

Grimonte, muy vergonçoso de oírse loar, dixo:

—No podría yo, señora, tanto hazer en su servicio que más no aya sido la onra y merced que me hizo.

Todos estavan maravillados de ver a Grimonte y dezían que tal cavallero no se podría hallar en el mundo. Franxiste onrava mucho a Grimonte, y fueron [a] ver anbos a dos a Carpasio, que gran plazer ovo de ver a su hermano. Y después que hablaron muchas cosas Franxiste fue a ver a Garvasín,

qu'estava en una cámara con grande guarda, y cuando Franxiste lo vido díxole:

—Cierto, Garvasín, la vuestra alta proeza y loor de cavallería es agora muy abaxada con razón, pues salistes vós y vuestro padre como ladrones a saltar a los que venían seguros. Si yo fuese creído, a vos os darían la pena que merescéis. Si no fuese por este cavallero que a merced os tomó, no pasaría mucho tienpo que no se hiziese ^{22v} lo que digo.

Garvasín, cuando esto le oyó, mirolo y bien conoció que devría de ser Franxiste, el hijo mayor del duque, en verlo con tanta sobervia hablar, y díxole:

—Franxiste, si yo é menoscabado mi onra por lo que hize, tú no acrecientas la tuya al hablar tan desmesurado a quien está en tu poder. Sábete que quienquiera deve trabajar de vengarse de sus enemigos de cualquiera manera que pueda, mas si la fortuna al duque tu padre tan favorable le es, yo le quiero contentar con ser preso por tan buen cavallero como es Grimonte, en quien toda medida se halla.

Franxiste conosció que avía sido desmesurado en lo que avía dicho, y díxole:

—Garvasín, sed cierto que por amor d'él recibiréis vós onra si os la hiziere.

Y saliose de la cámara abraçando a Grimonte, que no se hartava de verlo, tan bien le parescía, y levolo a la cámara de Genisa su hermana, la cual recibió muy bien a Grimonte gradeciéndole lo que por su padre avía hecho. Y Grimonte, así como la vio, pensó en su corazón de trabajar de casalla con Garvasín, que si esto se hiziese, que podría poner en paz a aquellos señores a donde tan grande guerra s'esperava, porque ya el duque avía dicho que quería enbiar [a] llamar por toda su tierra para ir a tomar la tierra de Garvasín. Y pasados algunos días qu'el duque esta[va] bueno y se quería partir

de allí, Grimonte n'olvidó lo que avía pensado. Cadaldía iba a ver y a consolar a Garvasín, y estando un día con él solo díxole:

—Mi señor, yo tengo mucho cuidado de vós porque fuestes puesto en mi guarda porque vuestros hechos se hiziesen a vuestra onra. Y esto digo porqu'el duque junta sus gentes para irse a destruir la tierra que a vós os viene de derecho, pues [a] vuestro padre mató su sobervia, y el enperador y vuestros vasallos se aparejan para defenderse y vengar la muerte del duque si pudieren. D'esto no puede venir sino mucho mal y destrucción, y a la fin vuestra persona puesta en gran pe²³ligro. Si vós tomáis mi consejo todo esto podréis escusar. El duque tiene una hija tan hermosa que vuestro corazón será alegre de miralla, e yo trabaxaré tanto con el duque que vos la dé por muger, por donde vuestro estado será seguro y vuestra onra mucho acrecentada en aver por muger una donzella de tan gran hermosura y valor como aquella, que es sobrina de la reina de Francia.

Garvasín, que oyó lo que Grimonte le dixo, estuvo una gran pieça pensando, y a la fin le dixo:

—Grimonte, vós sois tan bueno que mucho erraría quien no hiziese vuestra voluntad, y más esto, que a mí me conviene de hazello por librar a mí y a los míos. Yo lo dexo todo en vuestras manos, que no saldré de lo que me mandades.

Grimonte gelo gradesció y despidiose d'él y fuese para el duque, y desque vido tiempo, apartose con él y díxole:

—Antes que ninguna cosa, mi señor, os diga, qui[ero pe]diros perdón por el atrevimiento que é tomado en hablar [en tan] gran hecho como es el de vos y de el duque de Ostre, mas el mucho deseo que tengo de servirlos me á dado osadía de deziros lo que mi corazón desea, y es que con Garvasín se

tomase tal medio que las guerras y descorridas [que] hasta aquí con su padre tovistes, las venideras por él remedie, tomándolo vos por hijo y él rescibiendos por señor, de manera qu'él se case con vuestra hija Genisa, y escusarse an muchas muertes de cavalleros y destrucción de gente. Y esto no lo digo por me escusar de no tomar la muerte por serviros y ser yo el primero que las armas tomase. Solo me á movido demandarme Garvasín merced y ponerse en mi poder. Vuestra hija será onradamente casada con él, y él se halla bienaventurado por averla, que primero quise saber su voluntad que nada vos dixese, y él lo á puesto todo en mis manos. Por eso pidos por merced que no me neguéis de hazello vos tanbién.

El duque, cuando oyó todas estas cosas, maravillo^{23v}se del seso de Grimonte, y las lágrimas le vinieron a los oyes de verlo tan bueno, y fuelo abraçar y díxole:

—Grimonte, hijo, cuánta merced me hizo Dios, que me dio a conoceros. Por cierto, mal lo miraría yo si no tomase vuestro consejo, pues tan bueno es, no como de cavallero mancebo, como vós lo sois, mas como de persona de grande valor. Y digo que si Garvasín quiere venir en esto que me dezís yo soy contento por amor de vós, por escusarme de muchos.

Grimonte le besó las manos y tan bien supo hazer este negocio que antes de tres días pasados lo concertó todo. Y luego Grimonte hizo sacar a Garvasín de la presión y a todos los suyos, y enbiaron dos cavalleros de los que salieron de la presión a hazer saber al enperador y a los vasallos del duque lo qu'estava concertado. Y estos cavalleros anduvieron tanto que llegaron a dond'estava el enperador de Alemaña muy triste por la muerte de su hermano y por la presión de G[arvasín], y cuando los cavalleros le contaron el conc[ierto] consolose algún tanto por

la deliberación de su sobrino. Ansimismo hizieron sus vasallos del duque, que los más principales cavalleros se aparejaron luego para ir a ver a su señor y estar a su s[ervicio], que se avían de hazer muy grandes fiestas. El duque de Brogonia dio muy ricos atavíos a Garvasín y a los suyos, y luego fue desposado Garvasín con Genisa con grande fiesta y alegría de todos y grande loor de Grimonte, que así avía sabido traer a buen fin todas las cosas. Y el duque partió de allí y fuese a Brogonia para que mejor y más conplidamente se hiziesen las fiestas. Garvasín fue tan enamorado de su esposa que todas las cosas olvidó, y se hallava muy bienaventurado en averla cobrado y agradecía mucho a Grimonte lo que por él avía hecho, y amávalo como si fuera su hermano. Pues Carpasio qué vos di^{24r}remos d'él, que amava tanto a Grimonte que una ora sola no se apartava d'él, y él era tal que de todos parecía señor. El duque dio a Grimonte muy ricas joyas y todo lo que avía menester para las fiestas, así ni más ni menos como lo dio a sus hijos, y más conplidamente, y todos se aparejavan para los torneos y justas que avían de hazer. Grimonte hizo hazer unas armas muy ricas verdes porque hasta allí él no avía traído escudo a su voluntad. Hizo hazer uno muy bueno y muy rico, y hízole hazer el campo colorado y una espina verde que salía de una mata, tan bien hecha y obrada que era maravilla de ver. Y a la redonda por orladura la corona d'espinas del Señor, y esto mandó él hazer porqu'él flaire que vos diximos que lo avía tornado cristiano le dio una espina de la corona de Jesucristo en grande reliquia, y él tomó tanta fe y esperança en aquella reliquia que pensava que por ella avía de ser librado de todo peligro, y por esto no quiso tomar otras armas sino aquellas. Mas enpero, tienpo vino que por otra causa las traxo a bueltas d'esta, y se halló el más

bienaventurado de los cavalleros por aver tomado aquellas armas, y en muchas partes que Grimonte se halló fue llamado el Cavallero de la Espina.

A todos pareció muy bien aquellas armas, y vinidos los alemanes, que fueron del duque Garvasín muy bien recibidos, y otros muchos buenos cavalleros que a las bodas vinieron, entre los cuales vino Galartio, hermano del duque de Brogonia, aquel que vos diximos en la estoria de Serpio que fue a Inglaterra y fue vencido de Serpio Lucelio, enperador de Costantinopla, y traía consigo un hijo a maravilla buen cavallero que ovo en la su amada Florinda, porque en él hizo cosas estrañas en armas. Y llegado el día de la boda fueron llevados los novios a la iglesia con gran solenidad, y aquel día no justaron, mas antes lo pasaron ^{24v} en gran fiesta de danças y otros juegos de grande plazer. Allí vinieron muchas señoras de alta guisa y donzellas de grande beldad, y de todas ellas era Grimonte de Asur muy mirado y loado, mas él, que hasta allí jamás avía puesto amor con dueña ni donzella, no las mirava a todas sino con voluntad de servillas y onrallas. Y pasado aquel día, el siguiente justaron todos los cavalleros de gran valor y dióse la onra más que a todos a Grimonte, porqu'él fue el mejor cavallero de todos. Y ansimismo hizieron en los torneos, que por maravilla tenían todos los que lo vieron las cosas estrañas que en armas hizo.

Y pasadas aquellas fiestas, que turaron bien un mes, vino al duque de Brogonia un cavallero del rey Felipo de Francia en que rogava al duque que luego se viniese para él a París y que llevase consigo a su muger la duquesa y a sus hijos, porque quería que fuese padrino de su hijo el príncipe, que casava con la infanta Gramelina, hija del rey de Nápoles, que era la más bella donzella que en gran parte se podía hallar. Y el rey hizo

apregonar por toda Francia que todos los cavalleros que quisiesen venir a las fiestas del príncipe Donís su hijo que viniesen seguramente, y no solamente en Francia, mas por otras muchas partes. Y esto dixo el cavallero francés al duque y a sus hijos porque fuesen aparejados para las justas y torneos que se avían de hazer. El duque, oído el mandado del rey, luego se començó aparejar para ir, y rogó a su yerno el duque de Ostre que quisiese ir con él porque viese a la reina de Francia su hermana, que mucho plazer avría con él. Garvasín lo tuvo por bien y despidió los cavalleros que no le fueron menester para ir con él, que se fuesen a sus tierras, y los más preciados dexó consigo. Todos se aparejavan para ir aquellas fiestas cuanto más podían.

[VII] ^{25r}

Dize el cuento que, después qu'el duque fue aparejado de todas las cosas que le eran menester, partió de Brogonia aconpañado de muchos buenos cavalleros, y las dos duquesas madre y hija aconpañadas de muchas dueñas y donzellas. Y anduvieron por sus jornadas a mucho vicio y plazer, que llegaron a una jornada de París a donde el rey estava. El día que uvieron d'entrar en la cibdad ataviáronse todos muy ricamente, y Grimonte llevaba a la duquesa de Brogonia de rienda. Iva tan loçano que a todos hazía maravillar la su hermosura. Franxiste llevaba a su hermana y así ivan ordenados. El rey de Francia, cuando supo qu'el duque venía, saliolo a recibir con infenitos cavalleros que con él ya estavan, y ansimismo salió el príncipe Donís y su hermano Manfredro, que era a maravilla buen cavallero. Y como fueron todos juntos, el duque se quería apear y besar las manos al rey, mas el rey juntó tan presto con él qu'el duque no lo pudo hazer,

porqu'el rey no gelo consintió, mas antes lo abraçó mucho muy alegre gradesciéndole su venida. Y luego fue a la duquesa y recibiola muy bien, y ansimismo a su hija. El príncipe hizo lo mismo, y cuando vino a recibir la duquesa Grimonte se tiró afuera y dio la rienda al príncipe. Manfredro, qu'estava con Carpasio, pescudole si era aquel que traía la duquesa de rienda el cavallero que avía librado al duque, que ya todo se sabía en la corte. Carpasio le dixo que sí, que aquel era el mejor cavallero del mundo. Manfredro fue a él y abraçolo muy alegremente, y díxole:

—Grimonte, muy alegre soy de vuestra venida porque é visto el mejor cavallero del mundo según las cosas que de vuestra bondad he oído.

Grimonte se le omilló y díxole:

—Mi señor, tal cual yo sea vos serviré de voluntad.

Manfredro lo tomó cabe sí y a Carpasio de la otra parte. El rey, qu'esto vio, pescudó al duque que iva cab'él si era ^{25v} aquel Grimonte el asuriano de quien tantas cosas avía oído dezir. El duque le dixo:

—Aquel es, por cierto, que a duro podría onbre dezir su grande proeza y bondad. Y cuando, señor, lo ovierdes visto, lo creeréis, que yo no vos podría contar cuanto en él ay, <se> que me libró de la muerte a mí y a los míos.

El rey se detovo y dixo a su hijo:

—Manfredro, danos parte d'ese cavallero, que mucho lo deseávamos ver.

Grimonte fue al rey y apeose muy prestamente y besole las manos. El rey lo abraçó, y desde aquella ora lo amó mucho, y después que Grimonte tornó a cavalgar fuese para Manfredro y todos juntos fueron así hasta que llegaron a los palacios del rey, que allí avía de posar el duque, y como fueron apeados subieron al gran palacio. La reina salió a recibillos hasta la puerta, y cuando vido

al duque su hermano abraçolo con grande gozo, y así recibió a la duquesa y a su hija. La infanta Dispina, hija del rey, recibió a su tía la duquesa con grande medida, como aquella que en todo el mundo otra más mesurada ni hermosa <en el mundo> se podía hallar. La duquesa fue espantada de verla y díxole:

—Por cierto, mi señora, gran descanso es para mí el trabaxo que é recibido en el camino por ver a vós, que Dios vos á hecho de tanta fermosura y beldad.

Dispina, cuando se oyó loar, uvo vergüença, y vínole una color al rostro que la hizo tan hermosa que todos cuantos la miravan se maravillavan. Con esta vergüença recibió [a] la duquesa de Ostre, su prima, y con esta infanta se criava otra hija del duque muy hermosa, la cual se llamava Felicia, la cual estava con mucho plazer por la venida del duque su padre, y besó las manos a su madre y a su hermana Genisa, que era mayor. La reina tomó por la mano a la duquesa y fuese con ella a sentar en el estrado, y el rey con el duque y con todos los otros cavalleros. Después que todos fueron sosegados Grimonte miró la casa del rey de Francia y su grande estado de tantos buenos ^{26r} cavalleros y grandes señores, y la reina tan aconpañada de dueñas y donzellas de alta guisa y tan ricamente guarnidas. Holgó su corazón como aquel que era generoso y venía de tan ecelente sangre, y todas las cosas que avía visto le parecían nada con aquello, y pensó que biviendo allí sería muy alegre. Franxiste y Carpasio, qu'estavan hablando con su hermana Felicia, y ella muy alegre entr'ellos, vido a Grimonte y pescudole[s] si era aquel el buen cavallero a quien ellos todos eran en tanto cargo. Carpasio dixo que sí.

—¡Ay, Santa María —dixo Felicia—, cómo é sido desmesurada en no le hablar!

Llamaldo, por Dios, y vello é bien.

Carpasio llamó a Grimonte. Él fue a dond'ellos estavan. Felicia lo abraçó y lo hizo sentar cab'ella, y díxole:

—Ruégovos, mi señor, que me perdonéis, que mucho é tardado de no hablaros, pues tanta razón tengo de onra[r]los y serviros.

Grimonte se le omilló y díxole:

—Señora, yo soy aquel que os tengo de servir todos los días de mi vida con más razón.

Y así estuvieron hablando todos con mucho plazer. Grimonte era muy mirado de todos los cavalleros de Francia, y maravillávanse d'él siendo tan moço ser de tan grande ardimiento y fuerças, porque ya sabían qu'él avía sido el mejor cavallero en los torneos y justas que se hizieron en Brogonia. Grimonte <q> estava hablando con Felicia, que muy cerca de Dispina estava, la cual mirava a Felicia cómo estava tan alegre con sus hermanos. Esta infanta la amava mucho, como se avían criado anbas, y sentía el plazer qu'ella tenía, y algunas vezes ponía los ojos en Grimonte porque lo avía oído loar mucho. Grimonte puso los ojos en ella de tal manera que su corazón fue tan preso que jamás en días de su vida fue libertado, y tanto poder tuvieron los muy hermosos ojos de Dispina que aquel que hasta allí libre avía sido y jamás avía sentido qué cosa era fuerça de amor fue de tal manera herido que le parecía que su corazón se le avía encendido en una ardiente llama de fuego. Y así como su padre Serpio fue cativado por oídas del amor de la muy hermosa Gracisa, así el hijo que en ^{26v} gendrado fue en demasiado y verdadero amor no menos que él fue cativo de la vista de aquella hermosa infanta que apenas llegava a catorze años. Y como Grimonte tal se sentió, maravillábase de sí mismo, y fue tan turbado que apenas

entendía lo que Felicia le decía. Y así como a Grimonte le avino, así él cativó a Lidia, hija del duque de Saboya, que era compañera de Felicia, y la vista de Grimonte la encendió de tan cruel amor que le hizo sufrir muy grandes penas y mortales deseos. Y aquella noche que muchos libres hasta allí avían bevado fueron sogetos a amor, que Franxiste fue ansimesmo preso de la vista de Brosia, hija del duque de Urliéns, de aquel que vos contamos que fue a Costantinopla a ver a Rastín, hermano del rey Felipo de Francia. Mas a este Franxiste le vino bien porque Brosia no menos qu'él lo comenzó a amar. Y como alguna pieça el duque de Brogonia estuvo con el rey vido el rey que era razón qu'él duque fuese a reposar. Levantose y díxole:

—Duque, tienpo es que vais a vuestra posada, que venís cansado.

El duque se despidió d'él, y la duquesa de la reina, y como todas fueron en pie Dispina se llegó a Felicia y díxole:

—Mucho avéis estado, Felicia, contenta, que no avéis querido dar parte de vuestro plazer a nadie. Yo a este cavallero estrangero quiero hablar porque me dizen que á servido mucho a vuestro padre, y es razón de querello bien.

Grimonte, que se vido tan cerca de aquella que su corazón avía tomado por señora, hallose muy alegre y hincó las rodillas en el suelo para besarle las manos, y Dispina no las pudo tan presto quitar afuera que Grimonte más presto no le tomase una y la besó, la cual era tal que de un marfil muy blanco no pudieran hazer otra tal. Dispina uvo vergüença de lo que le aconteció y no pudo dezir ninguna cosa más. Ellos se despidieron de aquellas señoras y fueron con la duquesa a su aposentamiento, en el cual tenían aparejado todas las cosas que eran menester. Y después que uvieron cenado

fuese Franxiste ^{27r} con sus hermanos, que a todos tres dieron una posada en la cibdad. Como fueron echados en sus lechos, Grimonte comenzó de pensar muy fieramente en la hermosura de Dispina y este pensamiento le traxo bivas lágrimas a los ojos, y comenzó a dezir:

—¡O, corazón cativo! ¿En qué te atreviste en el alto linage donde vienes, como si fueras hijo del enperador de Costantinopla, aquel que par en el mundo no tiene? Si tú tal fueras uvieras de dudar en poner tan ferviente amor en esta donzella, que en fermosura y en valor pasa a todas las del mundo como aquella que es hija de tan alto rey. Mas tú, Grimonte, sin linaje, sin saber cuyo hijo eres, así te as cativado y as tenido osadía de pensar tal cosa. ¿Qué cosas estrañas en armas as hecho? ¿Qué nonbradía tienes en el mundo para que te diese esfuerço de alcançar solamente de llamarte suyo? Todas las cosas te faltan sino ser el más sin ventura cavallero de los del mundo y morir la más cruer muerte que nunca otro murió. Mas ¿de qué me quexo? Que, por cierto, al contrario lo devo tener y llamarme el más bienaventurado de los que nacieron, pues la fortuna en tan alto comienzo quiso poner mi corazón. Y moriendo por ella es bevir vida gloriosa. Pasando mortales deseos es plazer sin comparación. Grande esperança devo tomar en que vengo de algún buen linaje, pues mi corazón tan arguloso se halla que hasta oy no á sido sujugado de amor sino d'esta que su hermosura es sin par. Por cierto, yo no me devo quexar de mí mismo, mas antes seguir lo que la ventura me aparejare y jamás mudarme por cosa que venirme pueda.

Y así afirmó Grimonte esto que dixo, que jamás hizo al contrario, mas antes pasó muy grandes penas y mortales deseos por esta señora. Y desde mucho ovo consigo hablado, vínole muy grande ardimiento al

coraçón y dixo qu'él haría tales cosas por onde su señora por suyo lo rescibie[se].

[VIII] ^{27v}

Dispina, desde se fue a su cámara con sus donzellas, mucho hablaron en la fermosura y gentileza de Grimonte, y dezían que si era tan buen cavallero como era hermoso, que en todo lo avía hecho Dios acabado. Gran gloria rescibía Lidia, hija del duque de Saboya, cuando oía loar aquel cavallero en quien ella avía puesto su coraçón. Pensava qu'ella era sin culpa, pues no se avía engañado por él, mas antes con mucha razón lo devría amar, y dezía en su coraçón, pues ella era de tan alto linaje, que Grimonte se tendría por contento de amarla. Mas mal pensado lo tenía, que aquel que venía de tan alto lugar no pudo poner su coraçón sino en donzella que fuese su igual, aunqu'él no lo sabía. Y esta Lidia no era donzella muy hermosa, mas era de gran seso y muy preciada de coraçón, y era mayor que ninguna de las otras donzellas de Dispina, y tenía ella como por aya. Y estas tres donzellas, hijas de estos tres duques, estaban con Dispina que jamás d'ella se apartavan, mas a quien ella más quería era a Felicia su prima, hija del duque de Brogonia.

[IX]

Otro día el rey se levantó y mandó aparejar para qu'el duque viniese a comer con él y todos los cavalleros que avían venido con él, porque lo quería mucho onrar por amor de la reina, que era su hermana. Y el duque vino con él a oír misa y el duque Garvasín, su yerno, muy ricamente guarnidos. Franxiste y Carpasio y Grimonte todos tres vinieron vestidos de una manera [con] mantos de carmisí forrados en armiños. Mas

Grimonte parecía que fuese señor d'ellos, tanto qu'él estava espantado de verlo. La reina salió también a oír misa y la hermosa Dispina con ella, y venía tan hermosa como el rayo del sol muy luziente, que fue causa de acrecentar la pasión de Grimonte de tal manera que poco en[tendió] ^{28r} de la misa que se dezía. Y acabada, estuvieron a gran plazer el rey y todos sus altos onbres, y después que comieron todos fueron servidos de diversos manjares, y vinieron los menestres y començaron de dançar los cavalleros con las donzellas. El rey, que mucho amava a Dispina su hija, levantose y tomola por la mano y dançó con ella. Grimonte en miralla estava fuera de su sentido y dezía entre sí: «Ay, Dios, si vendrá algún tienpo en que yo pueda servir a esta señora tanto qu'ella me dé aquellas sus muy hermosas manos a besar, recibíendome por su vasallo! Mas jay de mí!, que fuera d'esta esperança estoy». Ansí quedó tan triste y fuera de su sentido que Manfredro, qu'estava junto cab'él, lo sentió, y tomolo por la mano y díxole:

—Grimonte, amigo, ¿sentís algún mal, que así os avéis mudado?

Grimonte uvo vergüença y díxole:

—Cierto, señor, después que vine en esta cibdad siento un dolor que jamás lo é sentido, mas luego se me quita y torno muy alegre.

El rey y la infanta dançaron muy fermosamente y tornáronse a sentar, besándole el rey en los ojos. Manfredro tomó a Grimonte por la mano y dançó con él, lo cual él sabía hazer muy bien. Y bien quisiera Lidia ser en el lugar de Manfredro, porque tanto cuanto más mirava a Grimonte, más era encendida en su amor. Y después que todos dançaron, estando sosegados, entró un mensajero por el palacio y hizo saber al rey cómo la infanta Gramelina venía muy cerca, que no stava sino cuatro jornadas de allí. El rey y todos

se alegraron mucho, y el rey dixo al príncipe Donís:

—Hijo, razón es que salgáis vós con todos los cavalleros de vuestra edad a recibir <o>[a], y sea luego, no os detengáis.

El príncipe fue muy alegre con aquellas nuevas y luego se aparejaron todos para ir con él, y cavalgaron muy ricamente guarnidos y fueron a recibir a la infanta. Grimonte fue con él, aunque grave le fue de apartarse de ver a Dispina. Y otro día en la noche llegaron a una villa pequeña a donde la infanta estava aposentada. Damasio, príncipe de Nápoles, hermano d'esta señora, venía ^{28v} con ella. Y queremos que sepáis qu'este Damasio, príncipe de Nápoles, era hijo de Garfín, rey de Tesalia, hermano del enperador Serpio, y úvolo en la reina cuando se venía a casar y Garfín la socorrió en la mar y mató al príncipe de Chiple que tomarla quería. Y fue con ella hasta entregalla al rey de Nápoles, e yendo con ella por la mar se enamoró tanto d'ella, y ella d'él, que antes que llegasen a Nápoles Garfín la hizo dueña y engendró este Damasio, que a maravilla era buen cavallero y apuesto, y algo se parescían él y Grimonte como aquellos que eran primos cormanos. Y este Damasio, cuando supo que Donís venía con tantos cavalleros, saliolo a recibir, y cuando se vieron habláronse muy cortésmente, y después recibiéronse todos los cavalleros unos a otros, porque con Damasio venían muchos buenos cavalleros, así de Nápoles como de Roma, a donde él se avía criado en casa del enperador. Y era muy amado de todos los cavalleros del enperador de Roma, y venían muchos altos onbres con él por onrally y ser en las justas y torneos que avían de hazer. Y el príncipe Donís se fue [a] aposentar a otra parte y no a dond'estava la infanta, y después que todos fueron sosegados, Donís, no pudiendo sufrir el deseo que tenía de

ver a Gramelina, enbió a pedir por merced a Damasio que tuviese por bien qu'él fuese a ver a su esposa. Damasio lo tuvo por bien y enbiole a dezir que viniese. Donís tomó consigo a los hijos del duque y a Grimonte y fuese con ellos a la posada de Damasio. Gramelina estava en un palacio con muchas dueñas y donzellas que con ella venían, y estava a maravilla hermosa, que Donís cuando la vio mucho fue pagado. Ella lo rescibió <muy> muy mesuradamente, y el príncipe así mismo con grande acatamiento la recibió, y sentáronse en el estrado a hablar muy alegres anbos a dos. Mentre tanto, Damasio pescudó a Franxiste por Grimonte quién era, porque lo vio tan apuesto. Franxiste gelo dixo loándolo mucho y diziéndole que era el mejor cavallero del mundo. Damasio le dixo:

—Pues así es, sin ra^{29r}zón sería de no le onrar mucho.

Damasio se levantó y tomó a Grimonte por la mano, y díxole:

—Buen cavallero, la falta que hasta aquí é hecho de no hablaros y onra[r]los vós me perdonad, que lo vinidero yo lo enmendaré en teneros tanto amor como a verdadero hermano.

Grimonte se le omilló y díxole:

—Yo, señor, jamás faltaré de serviros en todas las cosas que mandarme quisierdes, como es razón de hazello.

Mucho fueron pagados el uno del otro, de tal manera que se tuvieron muy grande amor desde allí adelante y verdadera amistad, como adelante vos contaremos. El príncipe Donís estuvo con su esposa gran pieça, y, despidido d'ella, fuese a su posada, y a otro día todos se pusieron al camino haziendo los cavalleros grandes alegrías y siendo servidos muy abastadamente de todas las cosas que avían menester donde quiera que llegavan. Y así se avía hecho desde que la

infanta entró en el reino de Francia, que no avía querido venir por mar por el peligro d'ella. Y aquel día llegaron a dos leguas de París, y la infanta y su hermano quedaron allí, y el príncipe Donís se fue a París antes que amaneciese.

El recibimiento de la infanta estava aparejado muy solenemente. Todos los oficiales salieron con juegos d'extrañas maneras. Las riquezas qu'estavan por las calles no se vos podrían contar, tantas eran. El rey salió a recibir la nuera con todos sus altos onbres. La reina con todas sus dueñas y donzellas ricamente guarnidas. Dispina salió tan fermosa y ricamente ataviada que era maravilla miralla, y no llevaba otra cosa sobre los sus muy ruvios cavellos sino un partidor con que los atava de muy finas piedras engastadas en oro, e iba en un palafrén de guarniciones tan ricas que más no podían ser. Al tienpo que ca<l>valgaron Grimonte se llegó muy cerca porque su corazón holgase en la vista de aquella, que después que la vio, una ora no fue apartado de muy cruer pasión y tormento, y por ir muy cerca ^{29v} d'ella iba a tomar de rienda a Felicia. Mas Lidia, que mucho lo amava, juntó cab'él y díxole:

—Grimonte, a vós quiero yo que me aconpañéis en esta jornada.

Grimonte, que ya sabía quién era y la vía más cerca de Dispina que otra ninguna, tomola luego con mucho plazer. A Dispina llevaba de rienda el duque de Uriéns, que otro día avía llegado a la corte, y un hijo suyo que era muy buen cavallero, el cual amava a Felicia mucho y ella a él, que muy alegres fueron de verse juntos. Y así movieron todos de la cibdad. Grimonte iba tan tollido de ver a su señora tan cerca de sí que no podía hablar. Aunque Lidia lo ponía en muchas razones, él como desatinado respondía. Dispina, que junto cab'él iba, púsole la mano en el onbro y díxole:

—Grimonte, si de justar avéis en estas fiestas, no tratéis tan mal a los nuestros franceses como hezistes con los alemanes en Brogonia. Mucho querría conoscer aquella que tanto ardimiento vos da, que yo no creo que tal cavallero como vós esté sin querer alguna donzella.

Grimonte, cuando vido la mano de su señora tan fermosa en su onbro y lo que le dezía, el corazón se le estremeció y apenas pudo tomar la boz para respondelle, mas así como pudo dixo:

—Mi señora, yo é hecho tan poco después que soy cavallero que los franceses pueden estar seguros de mí, aunque creo que aquella qu'es señora de mi corazón de aquí adelante me dará tanto esfuerço que será causa de ponerme en grande alteza, que yo por mí poco valgo, mas con la esperança de su ayuda entiendo d'entrar en los torneos y justas.

El duque de Uriéns, qu'esto oyó, pescudó a Dispina quién era aquel cavallero. Ella gelo dixo, y así fueron todos hablando hasta que llegaron a la infanta, que venía, la cual, cuando vido al rey, se le omilló y besole las manos, y el rey la besó en el rostro. Después habló a Damasio su hermano, que de rienda la tra^{30r}ía, y después a todos los otros cavalleros de gran cuento. La infanta entre tanto besó las manos a la reina y después a Dispina, que muy alegremente y con gran cortesía la recibió, y juntáronse anbas a dos para entrar en la cibdad, y así perdió Grimonte parte de la gloria que avía levado en ir tan cerca de su señora, y así movieron todos contra la cibdad. Contaros por estenso el recibimiento [y] la fiesta que allí se hizo sería nunca acabar. Llegados al palacio fueron desposados Donís y Gramelina con grande fiesta, y toda aquella noche hasta que quería amanescer turó. Gramelina fue aposentada con Dispina hasta que casase. Damasio fue

aposentado en la cibdad, y otro día el rey conbidó a él y a todos los cavalleros que con él venían, y fue hecha gran fiesta. Damasio vino a oír misa con el rey muy ricamente guarnido. Ansimismo todos los cavalleros romanos que con él venían, y los hijos del duque y Grimonte fueron por él con otros muchos cavalleros. Damasio, quando vido a Grimonte tan estremado en fermosura y ricamente guarnido, fuelo abraçar y díxole:

—Verdaderamente, Grimonte, todos los del mundo vos devían de preciar, pues Dios tan acabado os hizo. Yo os prometo de no ser contra vós en los torneos y justas, mas antes seré con vós en todo tiempo.

Grimonte se le omilló y díxole:

—Mi señor, aunque yo no meresca tanto amor y onra como me hazéis, espero en Nuestro Señor que me dexé serviros tanto que lo pague.

Y como estos dos tanto cercano deudo se tuviesen, la naturaleza les hizo amarse tanto, e idos al palacio fueron muy bien recibidos del rey y de la reina, qu'estava ya en el palacio con la princesa y con Dispina su hija. Mucho fue maravillado Damasio de la hermosura de Dispina, y si él tan demasiado amor ^{30v} no tuviera con Dionora, hija del enperador de Roma, que desde su niñez la amava como a sí mismo, y por ella avía hecho muy estrañas cosas en armas y entendía de hazer en aquellos torneos y justas, mucho trabajara por se casar con Dispina, tanto bien le paresció. Mas Dionora le hazía olvidar[r] todas las otras cosas, y dixo a Grimonte, qu'estava cab'él:

—Grimonte, ¿qué os parece de la hermosura de Dispina? Yo [no] pensava que en [el] mundo avía tal donzella que con mi señora se igualase en fermosura, y veo que Dispina es igual d'ella. Bien puedo dezir que a vos de cavallero y ella de donzella nunca vi otros dos tales.

Grimonte, que aquello oyó, qu'en otra cosa no pensava sino en la hermosura de su señora, de descordado suspiró tan fieramente que todos los qu'estavan en el palacio lo miraron, y él quando lo sintió se avergonçó y dixo muy paso a Damasio:

—¡Ay, señor, por Dios, no abréis tal cosa de igualarme con aquella que en el mundo no tiene par! Yo jamás vi cosa que a ella se paresciese.

Damasio, que era muy sesudo, bien conoscíó el mal de Grimonte, y callose y no le dixo por entonces otra cosa. Y después que uvieron comido como en casa de tal rey convenía començose la fiesta muy grande. Y acaesció, <q> estando todos así como os tenemos dicho, una estrañ'aventura, que entró por el palacio un cavallero viejo muy onrado según su parescer, y traía por la mano una donzella muy ricamente guarnida, y si no viniera amarilla y flaca fuera de gran hermosura. Y venían con ella otros diez cavalleros y dueñas y donzellas, y así como vieron al rey omilláronsele, y fueron el cavallero y la donzella a besalle las manos, y el cavallero dixo al rey:

—Señor, en la corte de los reis poderosos como vós lo sois vienen a buscar remedio aquellos que lo an menester, ^{31r} como esta donzella sin ventura, que más le variera no nascer, porqu'ella no pued'estar mucho sin recibir gran tormento. Si vós, ecelente rey, me dais licencia que vos diga su fazienda, deziros la é muy prestamente, qu'ella no pasará mucho tiempo que no le venga su grave tormento.

El rey, que así lo vido hablar y vido la donzella que parescía que algún grave mal sofía, díxole:

—Cavallero, dezid todo lo que vos plugiere, que contentos somos de oírlo, y si algún remedio a vuestra demanda se uvie-re menester, hazerse á todo lo que a nos

posible sea.

El cavallero viejo le tornó a besar las manos y díxole:

—Sabed, muy onrado rey, qu'esta donzella que aquí veis es natural del reino de Nuruega, hija del marqués de Ruaste, el cual otra no tiene sino esta sola. Y acaeció, por su desastrada vintura, cuando el príncipe de Nuruega hizo bodas con la hija del rey Galiuse de Irlanda, todas las dueñas y donzellas del reino de Nuruega de alta guisa fueron a las bodas, entre las cuales fue esta donzella, que no deviera. Y era en aquel tienpo la más fermosa que hallar se podía, y fue tal su ventura qu'el novio, mal contento con la muger que Dios le avía dado, fue tan enamorado d'ella que parecía onbre fuera de seso, y hizo tanto por la aver a su voluntad que más no podía ser. La donzella se guardó muy bien d'él diziéndole que nunca Dios quisiese, pues él era casado, que tal cosa hiziese, que ella no avía de amar sino aquel que fuese su marido. Y viéndose muy aquexada d'él díxolo a su padre el marqués. Él se partió luego con ella de la corte y llevola a un castillo suyo y puso muy buenas guardas. Userno, que así se llamava el príncipe, cuando lo supo pensó de morir con pesar, y dixo tantas co^{31v}sas al rey del marqués qu'el rey fue muy sañudo contra el marqués porque se avía partido de su corte, y mandó a Userno que fuese a destruir al marqués y gelo traxese preso. Userno no se tardó mucho y juntó mucha gente y fue a cercar el castillo a dond'estava esta donzella. El marqués su padre estava en otro castillo suyo, y salió d'él y fuese para el rey y púsose en su poder quexándose muy malamente de Userno, cómo le avía querido desonrar y quería a su hija, y contole todo lo que avía pasado. El rey conosció qu'el marqués dezía verdad y partiose muy apriesa a dond'estava Userno su hijo, y cuando al real llegó mandó a toda la gente que se fuese a

sus tierras y reprendió muy duramente a su hijo, cómo quería desonrar aquella donzella que era de tan gran valor. Userno, cuando vido que no tenía remedio para alcançar lo qu'él tanto deseava, recibió tanta pasión e ira que fue fuera de todo sentido y dixo con gran dolor: «Pues vos, padre, me quitáis de alcançar lo que por mí tanto es deseado sin yo poder forçar a mí mismo d'este deseo, vós recibiréis parte del dolor que yo siento». Y sacó una espada que tenía ceñida, la más rica y mejor que ay en el mundo, y puso la mançana en el suelo y la punta al derecho del corazón y echose sobr'ella. Antes que le pudiesen valer murió. El rey fue tan triste y cuitado cuando así vido morir a su hijo delante de sus ojos que cayó amortecido sobr'él, y todos pensaron que era muerto. Y después que tornó en sí hizo muy grandes llantos sobr'él y hízolo enterrar en muy rica sepultura, y hasta oy jamás se á podido consolar, aunque la nuera quedó preñada y parió un hijo. Este rey de Nuruega tenía una hermana, dueña de grande saber en las artes de nigromancia, y ^{32r} cuando supo la muerte de Userno su sobrino fue muy triste y dixo: «Oribena», que así se llama esta donzella, «tú fueste cruel a aquel que tanto te amava. Yo haré tanto que lo vengue, y no por tu muerte, mas haré tanto que cadaldía sientas con grave tormento dos vezes la muerte». Y ansí como lo dixo, ansí lo hizo, y obró de sus encantamientos de tal manera qu'estando esta donzella en su cámara vido venir contra sí un braço de un cavallero armado, y traía la espada muy preciada con que Userno se mató, y fue a ella y dióle con ella por meitad del corazón un muy fuerte golpe de punta, que la donzella sentió tanto dolor como si el alma se le apartara de la carne, y luego desapareció el braço y la espada. La donzella quedó con este dolor hasta que fue ora de nona, y sería ora de tercia cuando le dio la

primera vez. Todos cuantos supieron d'esto fueron muy maravillados, porque las donzellas qu'estavan con ella dixerón de la manera que avía pasado, y desde ora de nona hasta las completas estuvo la donzella buena, aunque muy espantada de lo que le avía acontecido. Y estando el marqués mi sobrino con ella y muchos otros cavalleros, vieron venir el braço y el espada, y dióle otro golpe muy fuerte. La donzella se quexó muy dolorosamente y estuvo amortecida hasta la media noche, que despertó gimiendo muy fieramente. Desde aquel día le acontece a estas oras mismas lo mismo, como veréis por vuestros ojos si verlo queréis. Cuando su padre vido tanto mal a su hija quiso provar si la podría defender al tienpo qu'el braço venía a herilla, y armore de sus armas y esperó la ora que solía venir. Púsose delante de su hija con la espada sacada, y como el braço vino dio al marqués tales tres golpes por encima de la cabeça que dio con él muerto en tierra, por onde vino gran mal ^{32v} y pérdida para todos sus vasallos, y después otros muchos cavalleros recibieron la muerte por librilla. Yo, con gran dolor que ove de la muerte de su padre y de la apasionada vida qu'esta donzella tiene, trabajeme de saber qué cosa esto fuese, y jamás pude hallar quien me dixese cosa alguna sino en el reino de Inglaterra, en la isla de las dos fadas, que son dueñas de gran saber. Y dixéronme que supiese qu'esta donzella no avía de ser librada sino por mano del mejor cavallero que uviese en el mundo, y que supiesen todos los cavalleros que no fuese rey o hijo de rey que quisiese librilla que todos morerían salvo rey o hijo de rey, y qu'estos, aunque quisiesen ponerse a defendella, que no morerían, mas si tales no fuesen que meresciesen delibralla, quedarían muy maltrechos de la batalla que avrían con el cavallero que a la donzella hiere. Y cuando d'esto fue certificado fue muy triste, porque

bien pensé que tarde esta donzella podría ser libre en esta cuita. Mas, con todo, me atreví a llevalla al rey Laureato de Inglaterra, qu'es hermano de aquel famoso enperador de Costantinopla. Y él, doliéndose d'ella, se puso a la defender y uvo grande batalla con el cavallero, mas a la fin cayó en el suelo así como muerto y la donzella fue herida del cavallero, y estuvo el rey media ora que no tornó en sí, mas desde que se levantó no sentió mal ninguno. De allí me partí y fue a Escocia, al buen rey Frasledo, y otro tanto avino con él y con un su hijo mayor qu'es muy buen cavallero, y dos cavalleros d'Escocia, no queriendo creerme, se pusieron a provar la aventura y fueron muertos. Cuando aquello vi partime con grande tristeza, y soy venido aquí con esperança de hallar remedio, porque los reis de Francia sienpre fueron estremados ^{33r} en bondad entre todos los otros reis. Y si tal <no> fuere mi ventura que aquí no halle remedio, por fuerça me será de pasar en Costantinopla a ver aquel enperador que todas las venturas de su tienpo acabó. Y sabed, mi señor, que me dixerón aquellas dos hermanas qu'el cavallero que a la donzella librare á de ser señor de la rica espada con qu'ella es herida, la cual tiene muchas virtudes porque fue hecha por gran maestría por mano de aquella dueña que vos é contado. Y entre las otras cosas que tiene, cualquiera cavallero que sea traidor o villano que en las manos la tome para se defender, luego se le cae. Y otra más rica qu'ella en el mundo no se puede hallar. Agora vos é contado toda la verdad de su hazienda d'esta donzella. Quiera Dios que de aquí vaya más consolada que de las otras cortes.

El rey y cuantos estavan allí se maravillaron de oír tan estraña cosa, y el rey dixo:

—Por cierto, yo no dexaré de poner mi persona en peligro por librilla si pudiere. Y si no, aí están mis hijos que me vengarán.

El cavallero y la donzella le besaron las manos y ansimismo la donzella fue a besar las manos a la reina y a Dispina, que mucho se dolían d'ella. Damasio, príncipe de Nápoles, pidió por merced al rey que aquella ventura le dexase provar primero porqu'él no fuese puesto en peligro. El rey gela otorgó y luego se fue a armar porque ya se hazía ora de completas. Todos estavan esperando de ver aquella maravilla, y como Damasio fue armado vínose cabe la donzella, qu'en meita<y>[d] del palacio estava porque mejor la pudiesen ver todos. Y venida la ora vieron entrar por la puerta del palacio aquel braço armado de muy ricas armas con la espada que vos diximos, y vino contra la donzella, mas Damasio se puso delante muy esforçadamente con su escudo y espada en la mano. Mas el cavallero que no se vía le co^{33v}mençó de dar muy fuertes golpes, mas Damasio los recebía en el escudo y con su espada no hazía sino herir a todas partes, y sonavan los golpes que en el cavallero davan. Y así turó la batalla gran pieça, que cosa estraña era de ver, mas a la fin Damasio cayó en el suelo como muerto y el cavallero dio a la donzella como solía. La donzella dio una boz muy dolorosa que [a] todos puso en espanto y quedó amortescida. El rey la hizo llevar a una cámara y a Damasio hizo desarmar, mas no le hallaron llaga ninguna, sino solamente la carne magullada de los golpes. Y estuvo más de ora y media que no tornó en sí, y todos pensavan que era muerto y maldezían la donzella que allí avía vinido. Y en este peligro fue puesto por no ser ligitimo hijo de rey, mas a la fin tornó a su sentido y hallose muy atormentado toda aquella noche, y en otra cosa no hablaban sino en aquella aventura.

Otro día Donís pidió por merced al rey, pues no avía peligro de muerte, que lo dexase conbatir con el cavallero. El rey contra su

voluntad lo hizo, mas diole licencia y Donís se fue a armar, y traxeron la donzella al gran palacio estando todos allí a miralla. Y a ora de tertia vieron entrar al cavallero, mas Donís lo salió a recibir y uvieron su batalla muy cruda, mas a la fin Donís fue vencido y cayó en el suelo, y la donzella fue herida y quedó tan cuitada y con tantos dolores que no avía quien la viese que gran manzilla no uviese. Mas el rey la hizo llevar d'allí y todas las dueñas y donzellas quedaron llorando, y Dispina más que todas de manzilla, y dixo:

—¡Ay, Santa María! ¿Cuándo será aquella donzella librada de tal cuita?

Grimonte, que la vio ansí llorar, doliose mucho y creciole el coraçón, y dixo:

—¿Cómo puedo yo sufrirme de ver a mi señora aver piadad de aquella don^{34r}zella y no la socorrer?

Donís estuvo media ora amortecido y luego se levantó tan sano como si no uviera avido batalla, con que todos fueron alegres. En la corte del rey de Francia avía un cavallero muy argullosos, hijo del bursier, aunqu'él se tenía por hijo del rey Virise, padre del rey Felipo y de Rastín, rey de Tracia, que por la gran fermosura de la muger del bursier se enamoró d'ella y hizo tanto que la uvo a su voluntad, y en aquel tiempo s'enpreñó de aquel cavallero que vos dezimos, el cual se llamava Elbanís. La madre hizo entender a este cavallero que era hijo del rey de Francia y ella ansí lo pensava, mas no era ansí, sino hijo de su marido. Elbanís, con este pensamiento, era muy argullosos, y pensó de provarse en esta aventura porque todos supiesen cierto qu'él era hijo del rey. Y hincó las rodillas delante del rey y pidiole por merced que le dexase provar aquella ventura. El rey le dixo:

—Maravillado soy de vos, Elbanís, sabiendo el gran peligro que en ella tenéis, querer de grado recibir la muerte.

Elbanís dixo al rey:

—Pidós por merced, señor, que no me neguéis lo que os demando, que yo me tengo por tan hidalgo que no pienso de morir, mas antes ganar onra.

El rey, que algo sabía de su fecho y vido su voluntad, otorgole la prueva, y él muy ufano se fue a armar y esperó la ora qu'el cavallero avía de venir, y todos gelo tuvieron a gran locura, mas él con gran coraçón estava esperando. Cuando vido venir el cavallero salió contra él, mas la batalla turó poco, que a los tres golpes qu'el cavallero no visto le dio cayó muerto en el suelo y la donzella fue herida muy gravemente. El rey y todos los cavalleros fueron a desarmar a Elbanís y halláronlo muerto. Todos uvieron muy gran pesar y el rey lo hizo soterrar muy onradamente con grandes llantos de su madre y de sus parientes, maldeziendo a la donzella que ^{34v} allí avía venido.

Mucho fue turbada la corte con la muerte d'este cavallero, mas el rey dixo que no dexaría por cosa del mundo de provarse con el cavallero. Mas Manfredro le pidió por merced que otro día de mañana lo dexase a él combatir primero con el cavallero no visto. El rey gelo otorgó y dixo qu'él quería ser el postrero de todos.

[X]

Aquella noche estuvo Grimonte en grandes pensamientos si provaría de combatir con el cavallero no visto, y no sabía qué consejo tomar, porque si él se combatía con él y no era hijo de rey morería a sus manos, y moriendo perdería de servir a su señora, y si no se combatiese con él, que quedaría por cobarde y por menoscabado de no ser de linaje de reis, por onde su señora le tendría en poco. Y dezía:

—¡O, Grimonte! ¿Qué dudas? ¿Por qué

temes la muerte? Más cruel es la que tú caldía padeces en pensar en la fermosura de tu señora. Si murieres, fenescerán tus cuidados y mortales deseos. Si por ventura tan dichoso fueses qu'esta onra alcançases, mucha gloria sería para ti porque tu señora pensase, cuando yo le dixese mi deseo, que venía de sangre real, mucha osadía sería para mí y tomaría atrevimiento de dezirle que por su cavallero me rescibiese.

Y esto le hizo asentar en su coraçón que, después que todos oviesen provado, qu'él se combatiese con el cavallero, porque se le acordó de lo que Alarix su tío le dixera, que avía dicho el enbaxador moro qu'él avía de ser el mejor cavallero del mundo. Con este pensamiento se levantó muy alegre. Manfredro se combatió a la ora de la tercia con el cavallero no visto ^{35r} y acaeciole lo que a su hermano, que quedó por más de media ora amortecido, y la donzella con grandes dolores y cuitas. E ya no quedava sino el rey. A la tarde se avía de combatir con el cavallero, y acaeció que, como el rey tenía grandes negocios en el aparejo de las bodas del hijo, no pudo tan presto armarse como era menester, y estando la donzella hablando con Dispina, que mucha piadad d'ella tenía, entró el cavallero no visto por el palacio y el rey no era aún acabado de armar. Dispina, que tan cerca estava de la donzella, uvo gran miedo [y] casi se amorteció. Grimonte, que así la vio, creciole tanto ardimiento y enojo que no se le acordó de cosa del mundo, mas echó un manto que tenía cobijado d'escarlata bordado de oro en el braço y sacó el espada muy prestamente y púsose delante de la donzella. Cuando Franxiste y Carpasio así lo vieron dieron muy grandes bozes que se quitase afuera, que no quisiese así morir, mas Grimonte no curó de cosa que le dicesen. El cavallero no visto, como llegó a él, començole a dar muy grandes golpes. Grimonte los

recibía en el manto y con su espada hería al cavallero a su parecer. El cavallero no visto deshizo el manto de Grimonte en poco espacio, que casi no le quedava con qué se cobijar, y quando así se vido puso su hecho en aventura y sofrió dos o tres golpes qu'el cavallero le dio, y muy ligeramente llegó con el braço que la espada tenía y travole tan recio por el braço y con tanta fuerça que no se le pudo soltar. Grimonte echó su espada de la mano y puso todas sus fuerças en sacar al cavallero la suya de la mano, mas no lo pudo hazer tan ligeramente, que grande fuerça era la del cavallero. Mas no le aprovechó nada, que Grimonte lo cansó de tal manera y hizo tanto que gela ^{35v} sacó de la mano. Y así como Grimonte tomó la espada en sus manos, el braço del cavallero desapareció y hizo un ruido tan grande que no parecía sino que todo el palacio se sumía, y salió un humo tan negro y de tan mal olor que todos los qu'estavan en el palacio pensaron de ser muertos, y oyeron en el aire bozes que dezían: «Marsindo, vencístenos por ser el mejor cavallero del mundo, así como tu padre lo fue en su tiempo». Grimonte quedó espantado de lo que le acaesció, y estando así espantado vido a sus pies la vaina y las correas del espada, que eran tan ricas que más no podían ser. Quando el humo fue quitado del palacio los cavalleros se vieron unos a otros y corrieron todos a Grimonte, a verlo y abraçallo con grande alegría, diziéndole:

—Grimonte, bien avéis oy dado a mostrar vuestro gran valor, que sin armas avéis vencido aquel que a todos vencía.

Oribena, la donzella, quando así se vido librada de tanto tormento, la alegría suya no se vos podría contar, y fue corriendo a echarse a los pies de Grimonte llorando muy fieramente de plazer y començógelos de besar, y el cavallero viejo que venía con ella otro tanto. Grimonte los alçó por

las manos diziéndoles que diesen gracias a Dios. El rey vino muy alegre, que le fueron a dezir aquellas nuevas, y fue abraçar a Grimonte diziéndole:

—Cierto, Grimonte bien libró la donzella en mi tardada, que si yo viniera, tan poco pudiera hazer como hizieron mis hijos. Gradedescovos mucho porque tan conplidamente conplistes en lo que yo avía de hazer. Dado nos avéis a conoscer ser vós el mejor cavallero del mundo y que vinís de alto lugar, por [lo] que yo soy muy alegre.

Grimonte le quería besar las manos y el rey no quiso. Todos començaron de mirar la espada y no podían pensar de qué fuese hecha. Las guarniciones d'ella eran tan claras como el ^{36r} sol, de diversas colores. El rey la miró mucho e dixo:

—Grimonte, para tan buen cavallero e fermoso como vós conviene tan buen espada como esta, qu'es estremada entre las otras, e más que la avéis ganado con tanto peligro e avéis dado a conoscer ser vós el mejor cavallero del mundo. Razón es que ayáis onra entre todos los cavalleros de gran valor.

No vos podría onbre dezir el gran plazer qu'el duque de Brogoña e sus fijos tenían porque Grimonte acabó aquella aventura e porque no fue muerto como otros muchos cavalleros que por provalla murieron. E sabed que de allí adelante todos onravan e preciavan más a Grimonte que fasta allí. Dispina, que muy espantada avía sido del cavallero no visto, dixo al rey:

—¡Ay, señor! Mucho devéis de agradecer a Grimonte el peligro en que se puso por defenderme de la muerte, que cierto muriera de espanto si el cavallero que fería a la donzella llegara cerca de mí. Mas él, en quien ay todo esfuerço, quitó a vós de cuidado e a mí dio la vida. Mucho le soy en cargo.

El rey la abraçó porque aún la vio muy

turbada e díxole:

—Fija, así vos mando yo que le améis e onréis mucho como él lo meresce.

Grande fue el alegría que Grimonte sentió de oír lo que su señora dezía. Oribena, que se vido libre de tan grave tormento, dixo al rey e a la reina hincadas las rodillas delante d'ellos:

—Mis señores, yo soy quita en vuestra casa de la mayor cuita que nunca donzella sofrió. No quiera Dios que yo de aquí me vaya, pues tanto bien aquí recibí. Pídvos por merced a vós, ^{36v}reina, que me recibáis por vuestra y no queráis que yo sea de vós apartada porque yo pueda mejor galardonar al cavallero que tanto bien me hizo, que mi tío gobernará mi tierra en tanto que Dios dispone de mí aquello que fuere su voluntad, que yo no entiendo de tornar a la tierra donde tanto mal recibí.

La reina le dixo:

—Donzella, pues que esa es vuestra voluntad, yo vos recibo por mía e a mi hija Dispina rogaré que vos tome en su compañía e vos onre <co> como vós merescéis.

Oribena le besó las manos y llamó a su tío, y rogole que luego se partiese a poner recabdo en su tierra y a ella que la dexase. El cavallero viejo, que conosció que quedava donde tanta onra le hazían, partiose luego e dexó muy grandes riquezas, e todas aquellas quería ella para dar a Grimonte. E sabed que aquel cavallero que venía a herir a esta donzella era un espíritu malo que la dueña, como diximos, traía conjurado y encantado de tal manera que venía aquellas oras a herilla y a hazelle el mal que avéis oído, y a ora que le fue tomada la espada de la mano por fuerça el encantamiento se deshizo. Y avía bien seis años que la donzella era así como vos dezimos atormentada, y la dueña qu'este mal le hizo era ya muerta, e por esto quedó ella libre del todo.

[XI]

Estas cosas pasadas, el rey adereçava las cosas que eran menester para las bodas del príncipe su hijo, e venidos todos ^{37r}los cavalleros de alta guisa del reino de Francia, el infante Manfedro, hijo del rey, que era mantenedor, hizo declalar a un rey de armas las condiciones de las justas e torneos, el cual dixo que por onra de la princesa Gramelina no querían dar otra pena a los que fuesen derrocados o vencidos en las justas e torneos sino tan solamente se fuesen a poner en la merced de la princesa, y que en su mano fuese de tenellos presos o soltallos, que la primera vez que fuesen derrocados por amor d'ella fuesen perdonados, e si otra vez les acaeciese ser vencidos que se fuesen a su merced, que no pudiese[n] justar ni tornear sin qu'ella gelo mandase. Y aquel cavallero que fuese tan bienaventurado que fuese vencedor e mejor sobre todos los cavalleros la princesa le diese una joya e la infanta Dispina otra porque más onra recibiese. Todos lo otorgaron e començábase de adereçar cada uno lo mejor que podía. Grimonte, como en su corazón amava a Dispina de tan ferviente amor, pensava qué sacaría en aquellas fiestas por amor de su señora, e vio [que] las armas qu'él avía tomado hazían mucho a su caso, que no podía sacar cosa que mejor le fuese que aquello, por qu'ella se llamava Dispina, y la espina qu'él traía por armas la podría traer por amor d'ella. Cuando vino en este conocimiento, que sus armas eran conformes al nonbre de su señora, jamás en su corazón mayor alegría sintió, e prometió qu'en todos los días de su vida aquellas armas no muda^{37v}ría. E luego mandó fazer para el día de las justas unos paramentos labrados de verde senbrados todos d'espinas cercados de argentería menuda, que eran tan

ricos e bien fechos que mejores no podían ser. E las ropas que ansimismo para aquel día fizo todas avía en ellas espinas entre las otras bordaduras de oro e piedras preciosas. Y venido el día de las bodas, el rey con los novios fueron a oír misa a la iglesia mayor de París con tantos cavalleros ricamente guarnidos que era cosa maravillosa de ver, y fueron velados con gran solinidad por mano de un cardenal legado del Papa que allí era venido. Y acabada la misa tornáronse al palacio e las mesas fueron puestas, y el rey tenía conbidados a todos los cavalleros de alta guisa. Solo el duque e la duquesa de Brogoña, que eran padrinos, se sentaron a la mesa del rey con los novios. El duque de Ostre con todos los otros grandes señores a otra, e después todos los otros cavalleros según quien eran fueron servidos como en tan gran fiesta convenía. Franxiste e Grimonte servían a la mesa del rey, mas Grimonte más servía a la mesa de Dispina, qu'estava asentada con la duquesa de Ostre e de Urliéns e con otras grandes señoras. Él andava vestido de una ropa corta india cercada de muchas piedras de gran valor e un vastón de oro en las manos, que parecía tan bien que alegrava a los que lo miravan. Dispina se pagava mucho de cómo lo vía andar, mas no porque su corazón fuera otorgado de amalle de la manera que le amava a ella, [sino] solamente porqu'era tan bueno lo preciava mucho. E, las mesas alçadas, ^{38r} començose la fiesta muy grande que todo el día turó, dançando los cavalleros cada uno con aquella que más [am]ava. Era la alegría tanta que para todos era suelto aquel día. Grimonte se llegó muy cerca de Felicia porque allí tenía él todo descanso por estar muy cerca de su señora, y <a> a su voluntad la mirava e oía hablar, que en otra cosa él no parava mientes de cuanto en el palacio se dezía ni hazía. E como todos tenían mientes en los

grandes juegos que se hazían, Dispina dixo a Grimonte:

—Bien soy cierta, señor Grimonte, que mañá no dexaréis de justar con los otros cavalleros según Dios vos fizo bueno, y bien creo que aquella qu'es señora de vuestro corazón no'stará aquí según lo poco <que a> que aquí estáis para qu'ella vos dé joya con que a los torneos e justas salgáis por su servicio. Yo quiero tomar este cargo por ella y darvos la joya que por amor de mí fagáis tanto que los cavalleros estrangeros conoscan la vuestra grande bondad. Yo vos amos tanto porque me librades de aquel tan gran peligro que querría que Dios vos diese onra sobre todos los cavalleros del mundo, e ruégovos que por amor de mí no vos vais d'esta tierra, mas que vos quedéis con el rey mi padre. Y él es tal que vos sabrá dar el galardón de los servicios que le hizierdes.

Grimonte cuando oyó a su señora estas cosas fue tan tollido de plazer que apenas pudo responder y díxole:

—Cierto, mi señora, yo me puedo llamar el más bienaventurado de los cavalleros que por vuestro mandado quede a servir al rey. Yo vos prometo de su servicio y del vuestro jamás me partir hasta que vós el contrario me mandéis, porque de vuestro mandado yo no tengo de salir por mal ni por bien que me venga. Y quiero, señora, ^{38v} que sepáis y seáis cierta que hasta el día que en la cibdad de París entré, que mi corazón era libre e sienpre lo fue hasta aquella ora que en ella entré, que cuando de mi tierra partí no dexé en ella cosa que deseo me diese de [vol]ver, mas todo entero vine sin dexar parte allá, lo que agora no me acaecería si de aquí me partiese. Lo demás que podría dezir quíerolo dexar de dezir porque mi corazón no tiene esfuerço ni licencia para más.

Dispina no entendió lo que Grimonte le dezía porque estava muy fuera de aquel

pensamiento. Lidia, hija del duque de Saboya, que de corazón amava a Grimonte, quítolos de aquella habla porque mucho sentió aquellas razones. Como la hora de cenar fue venida, las mesas fueron puestas y cenaron de la manera que avían comido, muy abundantemente de cuanto era menester. Y desde fue ora, la duquesa de Brogonia llevó a los novios a su cámara y todos los otros cavalleros se fueron a sus posadas. Grimonte iba el más alegre que él jamás estuvo por lo que su señora le mandó, que entrase en los torneos por amor d'ella y que quedase con el rey, y pensava de hazer tales cosas que le diesen osadía, con hallarse que era de linage real, de dezir a su señora los grandes tormentos e mortales deseos que a su causa sentía, y hízose tan loçano de corazón y tanto esfuerço sentía que todos los cavalleros del mundo pensava traer ^{39r} a su voluntad. Andava tan ledo que Frangiste y Carpasio se maravillavan, y otro día que se avía de hazer la primera justa todos los cavalleros que en ella avían de ser no pensavan en otra cosa sino de adereçar lo que les era menester. Dispina, como se levantó, llamó a Oribena y díxole:

—Amiga, vós, que tenéis mucha licencia de hablar con Grimonte, dalde esta cinta y dezilde que yo se la enbío, pues es mi cavallero y por mí á de entrar en la justa.

Oribena le besó las manos por Grimonte, que bien conoció que sería muy alegre con aquella joya siendo de tan ecelente donzella. Como Grimonte vino al palacio del rey, Oribena lo apartó y díxole:

—Mi señor, la mi buena dicha que después que os conocí Dios me á dado fue causa que yo tragese agora este don que vuestro corazón hará alegre por venir de mano de la más hermosa e mejor donzella que ay en el mundo. Mi señora Dispina os enbía esta cinta y que la trayáis encima de las armas por amor d'ella.

Grimonte la tomó, la cual era muy rica, que en ella avía muchas piedras preciosas.

—¡Ay, amiga! —dixo él—, ¿cuándo os serviré yo este bien que me avéis hecho en traerme tan gran don de parte de aquella señora que del mundo por merecimiento avía de ser señora? Ruegos, mi amiga, que le beséis las manos muchas vezes por mí, e dezilde que aunque yo sea el más flaco cavallero que ay en el mundo, sus fuerças me darán tanto ardimiento que faré conocer a los cavalleros la gran merced que ella me á hecho.

Y despidiose de Oribena muy alegre y fuese para Frangiste, que lo estava esperando, que avía de ser mantenedor con Manfredo, y todos juntos avían de salir contra los estrangeros.

^{39v} Sabed que el rey avía mandado poner en una gran plaça la tela para justar y a una parte d'ella mandó hazer un castillo muy grande para <en> que estuviesen los novios. Estava ataviado de paños de oro y de seda, y allí se vinieron después que ovieron comido el rey e la reina y la princesa con todas las otras dueñas e donzellas. Y subidos a los miradores, luego venieron muchos cavalleros estangeros a la tela y estuvieron a una parte esperando los cortesanos. Manfredo, después que fue armado de muy ricas armas, subió encima de un cavallo ruano con paramentos de raso morado senbrados todos de cardos de oro hechos por gran sutileza, y estos sacó él por amor de Cardisa, señora de Fuy, que él la amava como a sí mesmo por su grande fermosura. Su marido d'ella lo sintió y partiose de la corte a esta causa, mas secretamente venieron [a] aquellas fiestas. Manfredo fue d'esto sabidor e<l> iba aconpañado de muchos cavalleros, y en saliendo del palacio juntose con él Frangiste, hijo del duque, y Carpasio su hermano e Grimonte de Asur, que parecía tan bien con sus ricas y frescas armas que

todos se maravillavan.

Todos juntos venieron a la tela con infinitos estrumentos. Manfredo fizo la medida al rey. Muy apuestamente pasó la carrera Frangiste tras él, y luego Grimonte, que fizo fincar las rodillas a su cavallo en el suelo y pasó muy fermosamente la carrera. Pusiéronse todos a otra parte. Damasio, príncipe de Nápoles, vino con muchos cavalleros para justar, y el primero que salió de la parte de los cortesanos ^{40r} fue Marfides, hijo del duque de Orlienes, y de la otra parte un cavallero romano que se llamava Rubeno, y estos cavalleros eran muy argullosos. Encontráronse tan poderosamente que las lanças fueron quebradas en pieças. El encuentro de Marfides fue de tanta fuerça que Rubeno fue fuera de la silla y fue malamente ferido, mas luego fue levantado. Damasio salió delante de todos por vengallo y de la otra parte salió un cavallero, sobrino del rey de Aragón, el cual se llamava Procio y era a maravilla buen cavallero. Encontráronse con tanta fuerça anbos a dos que la lança de Procio fue quebrada, mas él fue a tierra del encuentro de Damasio. El conde Berto de Ruisellón, que era de los mejores cavalleros que en toda Francia avía, era su compañero. Cuando lo vio en tierra fue tan sañudo que se puso delante de todos tan bravo como un fiero león. De la otra parte salió Carpasio, e encontráronse con tanto ardimiento que fue maravilla de vellos, mas Carpasio muy ligeramente fue en tierra y quedó tan maltrecho que por media ora no tornó en sí. Grimonte, cuando lo vido, no pudo sofrirse y salió delante de todos, y el conde de Ruisellón tornó a tomar otra lança y vino contra Grimonte, y encontráronse en sus fuerças tan poderosamente qu'el conde quebró su lança, mas Grimonte le encontró tan duramente que lo sacó de la silla por las ancas del cavallo. El conde fue muy atormentado

de la caída, mas como era de gran coraçón, levantose muy ligero y tornó a cavalgar. Grimonte tomó otra lança y encontrose ^{40v} con un sobrino del conde que era tanbién buen cavallero, y tanbién lo derrocó, y tras él a otros dos cavalleros. El conde se pensó de vengar d'él y tomó una lança e púsose delante. Grimonte no le rehusó, mas antes, a pesar de Frangiste, que con él quería justar, se puso delante. Y el conde iba muy bravo por lo que le avía acontecido e iba fuera de su sentido, y faltó el su golpe, mas Grimonte l'encontró con tanta fuerça que lo sacó otra vez de la silla, y el conde, por se tener, llevó las riendas en las manos e hizo al cavallo levantar las manos, tanto que lo echó de sí, de manera qu'el conde fue tan maltrecho que se le quebraron dos costillas, e todos fueron maravillados d'esto porque tenían al conde por muy buen cavallero. Manfredo salió delante e díxole:

—Grimonte, del<a>[u]diros un poco, no queráis toda la onra para vós.

De la otra parte salió Liciaco, hijo mayor del duque de Milán, y encontráronse muy poderosamente e quebraron sus lanças, e ninguno d'ellos fue movido de la silla, y pasaron por sí muy apuestamente. E como ambos a dos eran argullosos cavalleros no se contentaron con esto, mas tornaron a tomar sendas lanças y encontráronse muy poderosamente, e acaecioles lo mismo, que quebraron sus lanças, mas el golpe de Liciaco fue con tanta fuerça que si Manfredo no se abraçara al cuello del cavallo cayera. Y d'esto fue él muy sañudo, e con gran vergüença tornó a tomar otra lança e encontrose con otro cavallero tan poderosamente que lo echó a tierra, y tras este derrocó a otros ^{41r} <a> dos. Franxiste e un hermano del duque de Saboya justaron e avínoles tanbién que ambos a dos fueron a tierra, mas muy prestamente fueron levantados como

eran ambos a dos buenos cavalleros. Grimonte, que vido a Liciaco, hijo del duque de Milán, que quería justar, tomó una lança muy gruesa e justaron ambos a dos, e Liciaco fue a tierra sin poderse tener en la silla, muy desacordado, y tras este derrocó al conde de Lima, cavallero francés<es> de grande ardimiento, que en pe[n]sar que su señora estava delante andava tan ardid y esforçado que no le parava cavallero en silla. No vos podríamos contar las grandes cosas que allí fueron fechas de los buenos cavalleros que a la justa salieron. Y estando ya todos cansados, sobrevin[er]on a la tela de la parte de los estrangeros tres cavalleros ingleses e todos hermanos, y el mayor d'ellos se llamava Lisber y era señor del castillo de Monfarín, y era uno de los preciados cavalleros que avía en Inglaterra e vino aquellas fiestas por se provar con los franceses, porque avía diez años que era cavallero que en este tienpo no falló cavallero ni gigante que le sobrase, y esto le fazía a él ser arguloso e soberbio. E como todos tres llegaron a la tela pusiéronse por fuerça delante de todos, e Lisber, señor de Monfarín, fue el primero que justó e pasó seis carreras que en cada una d'ellas derrocó el cavallero con quien s'encontrava muy ligeramente. Y a la fin justó con Manfredro tan duramente [que] Manfredro ^{41v} dio tan grande caída que todos pensaron que era muerto. El rey fue muy turbado, e los otros dos hermanos de Lisber, señor de Monfarín, fizieron tales cosas que pocos cavalleros quedaron de los cortesanos que no fuesen a tierra. Grimonte, que avía estado descansando e vido todos sus amigos tan maltrechos, ovo muy gran pesar e dixo entre sí: «Yo no devría de traer armas, pues tanto me é sufrido delante de mi señora», e tomó una lança e púsose delante y encontrose con uno de los ingleses, e como iba muy sañado, muy ligeramente dio con él en tierra, e tras él el

otro su hermano. Lisber fue muy sañado cuando lo vido e dixo en alta boz:

—Si aquel cavallero me osa esperar, en mal punto vido los ingleses.

Grimonte, que de aquello no se espantó, vino contra él con grande ardimiento y encontráronse tan duramente que Grimonte perdió las estriberas, e si no se abraçara al cuello del cavallo cayera en tierra, mas el encuentro de Grimonte fue con tanta fuerça que Lisber, señor de Monfarín, cayó del cavallo, e como era pesado no se pudo levantar sin ayuda. Grande fue el plazer qu'el rey e todos los cavalleros uvieron. El rey dixo al duque de Brogoña, qu'estava cab'él:

—¿Qué vos paresce, duque, del vuestro Grimonte? Cierito, él gana con derecho la espada. Las espinas qu'él por armas trae parecenme ^{42r} que hieren. Ruégovos que me digáis por qué razón tomó aquellas armas.

El duque gelo dixo.

—Por cierto, él á fecho como bueno e sesudo —dixo el rey—. Maravilla es de ver sus grandes fechos. La bondad suya ninguno lo podría creer si no lo vee por los ojos.

Di[xo] el duque:

—Yo lo amo tanto por su valor como a Frangiste mi hijo.

El rey mandó que por aquel día no justasen más, que hera ya tarde. Los ingleses se fueron muy sañudos por lo que les avía acontecido. Lisber iba muy maltrecho de la caída. Todos ivan con intención de morir o vengarse. El príncipe Donís con todos los otros cavallos venieron por Grimonte [y] por aquellos que avían hecho grandes cosas en la justa y leváronlos al palacio del rey con grande triunfo, que avían de ser conbidados del príncipe, el cual avía hecho hazer un gran palacio [y] muchas sillas ricas, y pusiéronlas a la redonda de la mesa. La suya y la de la princesa estavan a la cabecera de la mesa. A la mano derecha estava una silla muy rica

para el cavallero que oviese ventura de ser mejor que todos, y luego estavan otras mucha[s] que cercavan la mesa, y como fuese la bondad del cavallero así se avía de sentar. Desde que los cavalleros fueron desarmados cobrieron muy ricos mantos. La cena estava aparejada. El príncipe y la princesa se sentaron. Fizieron sentar a Grimonte en la primera silla, que bien lo merecía, y cab'él ^{42v} a un cavallero romano que se llamava Quincio Parnelio [que] aquel día avía seído muy buen cavallero, y así mesmo se asentó cab'él Damasio, príncipe de Nápoles. Solos estos tres cavalleros ovieron las sillas, que todos los otros fueron derrocados, los cavalleros ingleses los más d'ellos dos vezes, por onde se uvieron de venir a la prisión de la princesa, y ella les avía hecho dar de cenar en otro palacio e luego les dio libertad, mas Grimonte e sus conpañeros fueron servidos de muchas dueñas e donzellas. Grimonte e sus conpañeros estavan al mayor vicio e alegría que se vos podría contar, e como uvieron cenado, el rey e la reina y todos los otros cavalleros se vinieron al palacio, e todos se recibieron con grande alegría e estuvieron gran parte de la noche en gran fiesta. Mucho fue loado del rey e de todos los cavalleros Grimonte, e todos le fazían grande onra, e después que fue tiempo el rey se fue a su cámara e todos los cavalleros a sus posadas.

Otro día, después que fue ora de se armar, los cavalleros que avían de justar fueron puestos en punto, e Manfredro fue el primero e con él Grimonte e Franxiste. Y aquel día Marfides e Carpasio hizieron tanto por enmendar su desonra que fueron tenidos por muy buenos cavalleros, que hizieron olvidar lo pasado. El conde ^{43r} de Ruisellón jamás quiso justar con otro cavallero sino con Grimonte, pensando de vencello, mas no fue ansí, que dos vezes <que dos vezes> que porfió a justar con él Grimonte lo

derrocó, por onde el conde uvo de tornar a la presión de la infanta, y esto mesmo acaeció a Lisber, señor de Monfarín, que también porfió de justar con Grimonte, por onde ellos recibieron mucha desonra e Grimonte mucho loor e fama. Manfredro derrocó al otro cavallero inglés, por onde aquel día fue muy loado, e Damasio así mismo hizo aquel día maravillas en armas, e porque sería larga escritura, no vos queremos contar por estenso todas las cosas que cada uno hizo. Baste que sepáis que aquel día fue el segundo día de las justas y estuvo la mesa conplida a la redonda, mas Grimonte no perdió la suya, porque aquel día derrocó quinze cavalleros, e luego cab'él fue sentado Damasio, su primo, e luego Manfredro el mantenedor y tras él Quincio Parne^{43v}lio, el cavallero romano, y tras él Carpasio y Franxiste su hermano, e luego Liciaco, hijo del duque de Milán, e Marfides e Procio, sobrino del rey de Aragón, e Rondín, hijo de Galartio, hermano del duque de Brogoña. Nenguno d'estos cavalleros fue derrocado en la justa, mas antes estos derrocaron a otros muchos. No vos podríamos dezir la gran fiesta que aquellos cavalleros se hizieron en su cena, porque las donzellas que los servían andavan muy alegres por tener allí aquellos que le davan la alegría con su vista, e venido el rey a donde ellos estavan començose la fiesta muy más crecida fasta que fue ora de ir a dormir. Aquel día muchos vinieron de los estrangeros a la presión de la princesa, a los cuales ella fizo mucha onra, que fue algún remedio para consolarlos.

Otro día salieron a justar, y ansí lo hizieron todos aquellos ocho días arreo en que uvo muchos buenos cavalleros de la una parte e de la otra, mas ninguno uvo tal que la silla primera hizie^{44r}se perder a Grimonte, que cadaldía de los ocho justó que hizo maravillosas cosas que aquí no vos contamos,

por onde su loor sobía hasta el cielo. E ningún cavallero de cuantos allí estavan era tan onrado del rey e de las dueñas e donzellas como él, por onde él era muy alegre por ver la parte que su señora de sí le dava, que le hazía crecer en su grande ardimiento. E las justas acabadas, todos los cavalleros se aparejavan para los torneos, e cada uno pensava de hazer tales cosas en armas por onde alcançase loor e fama. El rey e la reina e la princesa e la hermosa Dispina el día del primer torneo salieron fuera de la cibdad a un gran canpo a donde avía muchos miradores, e allí se subieron, e como el rey fue venido, los cavalleros estrangeros fueron los primeros [en salir], en que avían bien dos mil cavalleros. Manfredro con los cortesanos vinieron luego e començose el torneo, que en poca de ora viérades muchos cavalleros por tierra, e de cada parte avía muchos buenos cavalle^{44v}[ros. El] duque de Normandía, que era cavallero mancebo e muy esforçado, vino aquellas fiestas muy encubierto e no llegó a tienpo de justar. Este duque traía consigo un primo suyo, señor de Terrabona, que era el más arguloso cavallero que avía en todo el mundo, e así mesmo vino con él el governador de Cerdeña, que era tenido por muy buen cavallero. Y estos tres cavalleros estavan de la parte de los estrangeros e avía juntado con ellos Lisber, señor de Monfarín, qu'estava ya bueno, que avía jurado, si no se vengava de Grimonte, de nunca jamás traer armas. Como Grimonte <Grimonte> avía levado toda la onra de las justas, todos estos buenos cavalleros deseavan de provarse con él, e con este deseo entraron en el torneo feriendo e derribando cuantos delante de sí hallavan, y tanto fizieron que los cortesanos no los pudieran sufrir sino por la gran bondad de Grimonte, que antes que quebrase su lança echó a tierra ocho cavalleros, e puso mano a su espada, qu'él avía

ganado por ser el mejor cavallero del mundo y él no la avía provado, mas bien pareció en ella que era tan buena como fermosa, especialmente andando en la mano de ^{45r}[aquel]. [***] pesar, y fueron juntamente anbos a dos a ferir a Grimonte, mas él los recibió esforçadamente. Carpasio llegó allí y ferió al uno d'ellos tan rezio que le hizo dexar a Grimonte y defenderse de <Carpasio> [él], mas Carpasio lo acometió tan esforçadamente y le dio tantos golpes qu'el inglés desacordado cayó en tierra cabe su hermano, que Grimonte avía derrocado. El conde de Ruisellón llegó allí por se combatir con Grimonte, mas Damasio lo recibió y diéronse de muy duros golpes. Turó entr'ellos una pieça una dura batalla, mas a la fin el conde fue vencido. Como estos cavalleros en esto que avéis oído se avían detenido, el governador de Cerdeña avía hecho cosas tan estrañas que arrancava los cortesanos del canpo, mas como estos cavalleros se desenbaraçaron, fueron aquella parte y hizieron tanto que tornaron a cobrar lo perdido. Quincio Parnelio se halló con el governador y uvieron su batalla muy esquivada de las espadas, y no se pudiendo vencer, traváronse a braços. Anbos a dos cayeron en tierra, mas como eran ligeros levantáronse luego. Como venía la buelta de los cavalleros estrangeros, que huían delante de Grimonte y Manfredro que los seguían, uviéronse de apartar. Cada uno tornó a cavalgar en su cavallo, y el governador, muy sañudo, començó d'esforçar a los suyos. Y llegó aquella sazón el conde Munsier de Picardía al torneo, y ayudó tan esforçadamente a los estrangeros, porque era además buen cavallero, que los cortesanos se vieron en gran peligro, mas Damasio se encontró con él con tanto ardimiento, que entonces avía tomad<a>[o] una lança, que gela metió por el pecho y fue malamente herido. Grimonte, que era esfuerço

de todos los de su parte, [como] vido que si el governador fuese vencido que todos los otros no le tendrían canpo, fue a él con la espada ^{45v} en la mano. El governador lo rescibió sin pavor y diéronse muy fuertes golpes encima de los yelmos, que la lumbre hazían salir d'ellos, y cada uno punava por hazer conoscer al otro su bondad, mas a la fin el governador no pudo durar ni sofrir los fuertes golpes de Grimonte, y desacordado bolvió las espaldas y metiose entre los suyos. Grimonte los aquexó, y todos los otros cavalleros, de tal manera que los estrangeros, no pudiendo resistir, se vencieron. Aunqu'el duque de Normandía los esforçava mucho, Grimonte fue tras ellos hasta que los sacó fuera del canpo. Mucho fue el rey alegre, y decendió luego de los miradores y fue a recibir a los cavalleros. Cuando vido a Grimonte echole los braços encima del cuello y díxole:

—Grimonte, cómo es de buena ventura aquel que os tiene por amigo. Yo por mí digo que cosa más alegre no me haze que averos conocido.

Grimonte le besó las manos y díxole:

—Si yo por bienaventurado me tengo no es por otra cosa sino por venir a serviros y ser vuestro, que de aquí me viene toda la onra.

El príncipe y el duque llegaron a hablarle con demasiada alegría. Todos le onravan mucho y lleváronlo así con grande triunfo a él y a todos los otros cavalleros al palacio acostumbrado. Y sabed que aquel día no uvo otro ninguno sentado en la mesa de los novios sino Grimonte, porque ninguno de los otros cavalleros no pasó sin ser derrocado. Aquella noche hizo muy gran fiesta Dispina con todas las otras donzellas a Grimonte, por onde su corazón fue muy alegre y contento, y otro día salieron todos los cavalleros al torneo. Grimonte se halló aquella

noche mal dispuesto, porqu'estuvo tanto pensando en la fermosura de su señora y en las dulces pa^{46r}labras que le dezía, perdiendo toda esperança de alcançar aquello que por él tanto era deseado y por no tener atrevimiento de manifestar a Dispina la demasida pasión de su corazón por el mucho valor de Dispina. Vínole en tan gran flaqueza el corazón qu'estuvo una grande pieça amortecido sin que persona lo viese y después despertó dando muy grandes gemidos. Carpasio, qu'estava acostado cab'él, lo sentió y abraçose con él pescudándole qué avía. Él no le pudo responder y hallolo todo bañado en lágrimas. Carpasio, muy espantado, se levantó y traxo una vela qu'estava encendida por amor de Franxiste, qu'estava herido, y cuando vido a Grimonte tan desmayado fue muy maravillado. Llamando a dos donzeles diéronle tantas cosas a beber que Grimonte tornó en su sentido, mas quedó todo aquel día tan maltrecho de aquel accidente que no pudo por aquel día salir al torneo, y quedaron él y Franxiste cada uno en su lecho, mas Manfredro y Damasio con otros muy buenos cavalleros salieron al torneo. Y el rey y la reina y Dispina con todas las donzellas sobidos a los miradores, començose el torneo de muchos buenos cavalleros que avía de una parte y de la otra, por onde se hizieron maravillas en armas. Manfredro fue aquel día tan bueno, y Damasio así mismo, que mucho fueron loados, qu'ellos eran la defensión de los de su parte y cobravan gran corazón porque Grimonte no'stava allí, por ganar ellos la onra, y ferían con grande ardimiento a todas partes. Carpasio no menos que ellos hazía cosas estrañas por su parte, y aquel famoso cavallero Quincio Parnelio, mas los estrangeros se defendían con gran fortaleza porqu'el duque de Normandía y el señor de Terrabona, su primo, como avían recibido desonra el día antes, andavan tan

furiosos que no le[s] escapava cavallero que no derrocasse[n] en tierra.

Y estando el torneo mesclado, ^{46v} no aviendo mejoría de una parte a la otra, entraron tres cavalleros españoles en el torneo de la parte de los estrangeros. El uno era Orsilón, sobrino del rey de España, hijo de la condesa de Portugal, su hermana. Los otros dos, el uno era hijo del señor de las Asturias y el otro era governador de León. Estos tres cavalleros eran a maravilla buenos y de grande ardimiento, especialmente Orsilón, y así como entraron en el torneo començaron a ferir tan bravamente por todas partes que en poca de ora derrocaron más de treinta cavalleros. Orsilón s'encontró con Quincio Parnelio. Cada uno traía una lança en la mano. De los encuentros fue[ron echas] pieças. Orsilón el español encontró a Quincio [tan duramente] por el cuerpo que se juntó con él y Quincio fue a tierra, y tras él derrocó a Marfides, hijo del duque de Urléens, de un golpe d'espada, y después encontró con Manfredro y derrocolo también a tierra, y después a otros muchos buenos cavalleros. Y como el señor de Terrabona vido hazer tales maravillas a Orsilón cobró tanto ardimiento que por su parte hizo tales cosas que los cortesanos no lo pudieron sufrir y començaron a perder el canpo. Damasio, que lo vio, púsose a regestir muy bravamente, tanto que detuvo una gran pieça a los de su parte que no perdiesen más canpo. Orsilón, que lo vido, fue a él con la espada en la mano y diole muy fuerte golpe por encima de la cabeça que le hizo atordir, mas Damasio, como era de gran coraçón, tornó sobr'él y diole dos golpes muy esquivos de que mal se sentió. Orsilón lo tornó a ferir con tanta fuerça que Damasio perdió los sentidos y cayó en tierra, y como esto hizo començó de ferir a unas partes y a otras tan bravamente que los franceses, no lo pudiendo resestir,

fueron arrancados del canpo, y todos los estrangeros tras ellos feriéndolos muy malamente hasta que ^{47r} los encerraron dentro en la cibdad de París. Mucho fue el rey enojado y levantose en pie diziendo:

—Vamos de aquí, que bien paresce que Grimonte <el> [de] Asur no salió oy contra los estrangeros, pues tan malamente nos an deshonorado. Mas vós, hijo, Donís, no dexéis de hazer onra a los buenos cavalleros como es derecho.

Y fuese luego con la reina a su palacio. Dispina estava muy triste por el vencimiento de los sus franceses por el mal de Grimonte, y fuese a su cámara y dixo que se sentía mala, y mandó a sus donzellas que fuesen a servir a los cavalleros que avían vencido el torneo. El príncipe y la princesa se fueron al palacio donde avían de recibir los cavalleros, y aunqu'estava enojado mostroles buen co[n]tinente y luego fueron sentados a la mesa. Orsilón fue sentado en la primera silla a donde Grimonte se solía sentar y luego cab'él fue el señor de Terrabona, y luego los otros cavalleros españoles y luego el duque de Normandía, y tras él el governador de Cerdeña. Aquel día fueron las sillas llenas de los cavalleros estrangeros y fueron muy servidos por las donzellas de cuanto le fue menester, y acabada la cena vino el rey a hazelles fiesta. Orsilón no se quiso dar a conocer al rey hasta que pasasen las fiestas y estuvieron gran parte de la noche dançando con las donzellas. Dispina no quiso salir allí y mandó a Oribena, la donzella d'Escocia, que otro día de mañana que fuese a ver a Grimonte y le dixese de su parte qu'estava maravillada d'él enflaquecer al mejor tiempo que avía de ganar la onra y llevar la corona de vencedor, que le hazía saber que por no ver a otro cavallero ninguno sentado en su silla no avía querido ir a la fiesta, que le rogava que s'esforçase, pues aquel era el postrimero

torneo, que hiziese conocer su bondad a todos, que no perdiese la gran onra que hasta allí ^{47v}avía ganado. Y dióle una ropa corta de un raso verde hecha de puntas de diamantes de oro muy bien asentadas en ella, y mandó que le dixese que aquella llevase encima de las armas porque hiziese tanto que los sus franceses fuesen vengados. Oribena besó las manos a Dispina y aquella noche estuvo con mucho cuidado porque amaneciese para llevar aquellas nuevas a Grimonte, qu'ella lo amava más que a sí misma por el gran bien que d'él avía recibido, y así como fue claro el día luego se levantó y fuese con dos donzellas suyas a donde estava Grimonte. Como los escuderos la conocían dexáronla entrar en la cámara. Grimonte dormía muy asosegadamente, que toda la noche no avía dormido con muchos pensamientos. Oribena se llegó a la cama y díxole muy paso:

—Mi señor Grimonte, ¿cómo dormís tan sin cuidado? ¿No os acordáis de los que an menester vuestra ayuda? Mal parece a los cavalleros enflaquecer al tienpo que mucha onra an de ganar. ¿Qué mal á sido este vuestro que tanto mal á causado? Que solo el enojo que mi señora Dispina á recibido d'él no gelo serviádes todos los días de vuestra vida.

Grimonte, que oyó hablar en su señora, estremeciósese el corazón y dixo:

—¡Ay, mi buena señora y amiga, cómo soy alegre de vuestra venida! Ruégovos que me digáis qué enojo es ese que Dispina a recebido, que mucho me pesa d'ello.

Oribena le dixo:

—Sabad, mi señor, que si vós bien supiésedes el grande pesar que ella á avido de vuestro mal y del vencimiento que los franceses uvieron por no'star vós en los torneos de su parte, que por mucho mal que tuviésedes os levantaríades por hazella alegre.

Entonces le contó todo lo que le enbiava

a dezir y dióle una ropa que le enbiava. Grimonte recibió tanta alegría con aquellas nuevas qu'estuvo una pieça que no pudo hablar derramando infenitas lágrimas. Después sacó los braços y abrazó a Oribena muchas vezes, y díxole:

—¡O, mi amiga, ^{48r}cuánto bien me á venido de vos, que avéis sido remedio de mi vida en traerme mandado de aquella que en su mano está mi salud o mi muerte! Yo conpliré su mandado tanto quanto la vida pudiere sostener. Si ella supiese mi mal no me culparía, mas muy encubierto es a ella mi deseo. Yo soy muy contento y alegre de sofrirlo. Ruégovos, mi amiga, que os acordéis de mí cuando estuvierdes delante d'ella. Pues vós sois tan sesuda, no conviene de deziros más de mi mal, que yo no sería osado de dezir más a vós ni aquella que lo causa. Y dezid a mi señora que ningún servicio que yo pudiese hazer bastaría para pagar la menor merced de las qu'ella me á hecho, que aunque mi mal sea muy grande yo me levantaré luego confiando en las fuerças qu'ella me dará d'entrar en el [torneo, pues] ella me lo manda. Y besalde las manos muchas vezes] por mí.

Y no pudo dezir más y quedose así [fuera de su sen]tido. Oribena lo tomó por las manos y comenzóxelas de besar, y díxole:

—¡O, Grimonte, señor mío! Estas manos que a los muy esforçados cavalleros vencen y sobran, y a la braveza de vuestro corazón ninguno por fuerte que sea puede sojugar, ¿cómo se á así enflaquecido que no puede resecirse ni esforçarse? Pues le conviene de hazerllo aviendo puesto su pensamiento en tan alto lugar. Ya, mi señor, no conviene que os encubráis de mí ni a mí digáis más para que yo tome cargo de vuestro remedio. Tened por cierto que, aunque yo reciba la muerte por ello, yo haré saber a Dispina el demasiado amor que le tenéis.

Por eso esforçaos y servilda, que yo soy cierta qu'ella vos ama mucho. Y con esto me quiero ir.

Y despidiose y fuese a Dispina, que la recibió muy bien y pescudole delante de Lidia y de Felicia, qu'estavan con ella, si venía de ver el su Grimonte. Ella le dixo que sí, que quedava muy bueno ya y que entraría aquel día en los torneos, y no le dixo más por entonces^{48v}. Mas Lidia, que como vos tenemos dicho amava a Grimonte, conoció, según parava mientes en todas las cosas que tocavan a Grimonte, que Dispina avía enbiado a ver a Grimonte, y pesole mucho y tomó estraños celos d'ella, mas callose por entonces hasta que más <d>[v]iese o sentiese. Dispina salió aquel día maravillosamente ricamente ataviada porque era ya <a>[e] l postrimer torneo y cabo de las fiestas, y ansimismo todas las otras grandes señoras.

[XII]

Grimonte, después que Oribena se partió, quedó muy alegre y contento de lo que ella le prometió y dixo entre sí mismo: «¡O, Grimonte!, ¿de qué te queexas? Que mayor bien ni gloria cavallero en el mundo recibió que yo, ni mayor merced sin averlo servido, pues según la gran bondad de mi señora yo soy cierto qu'ella no me dexará morir, y si muere, mi muerte será bien enpleada». Y diziendo esto levantose y vistiose muy ricamente y fue a oír misa con el rey. Cuando el rey lo vido fue muy alegre y levantose a él y echole los braços al cuello, y díxole:

—¡O, Grimonte, mi verdadero amigo! Muy alegre me avéis hecho con vuestra vista, más que os veo en despusición que entraréis oy en el torneo y nos vengaréis de aquellos que tan maltrechos pararon a los nuestros.

Grimonte le besó las manos y díxole:

—Señor, no es maravilla que los buenos cavalleros a la vez reciban desonra, que todos aquellos que armas traen están aparejados tan bien al mal como al bien. Si ayer los vuestros por desdicha fueron vencidos, ellos serán tales que tornarán a cobrar lo que perdieron. Por mí digo que haré lo que pudiere.

Todos loaron la medida de Grimonte^{49r} y se alegraron mucho en saber que Grimonte avía de ir a los torneos [y] cobraron grande corazón. Y sabed que aquel día avía de salir al torneo el duque Garvasín de Ostre, que hasta allí no avía tomado armas porque se sentía algún tanto malo, y este duque era a maravilla buen cavallero. [A] todos los cavalleros les plazía porque avía de ir al torneo. La reina salió a oír misa con el rey y Dispina con ella, que venía tan hermosa que a todos hazía espantar. Grimonte, cuando así la vio, fue tal parado que no se podía tener en sus pies, y Dispina lo miró muy amorosamente, y en su catamiento pareció que le agradecía lo que avía hecho [al] conplir su mandado. Aquel mirar de Dispina tan amoroso traspasó el corazón de Grimonte con muy mayor atormentado deseo que hasta allí, y mientras que la misa se dixo estuvo así como onbre fuera de su sentido con infinitos pensamientos que lo aquexavan, y en este pensamiento pensó de hazer aquel día tales cosas por onde a su señora contentase o dar fin a sus días. Mas Dispina, como os tenemos dicho, hasta allí no lo quería bien por parte de amores, mas por la gran bondad que en él vía holgava de onrallo mucho, porqu'él tanto lo merecía. Después qu'el rey comió fuese a los miradores y todos los cavalleros que avían de tornear fueron puestos en punto. De la parte de Manfredro salieron muchos buenos cavalleros e ivan todos con gran corazón de se vengar de lo pasado, mas no les fue así ligero de

hazer, porque de la parte de los estrangeros avía muy buenos cavalleros. Además, especialmente que avía llegado el día antes el marqués de Licernia, que es en el reino de Ortania, y este marqués era primo cormano de Lisber, señor de Monfarín, y [cuando] supo qu'este Lisber, señor de Monfarín, era venido a Francia, [partió de] Inglaterra por se hallar en los torneos, y no [pudo venir al] tienpo qu'él deseava por estorvos que uvo en el camino. Cuando llegó a la cibdad de París supo cómo su primo era muerto. Uvo de morir de pesar porque se amavan ambos a dos mucho, qu'erán ^{49v} ambos a dos muy preciados cavalleros, tanto que no los avía más en el reino de Inglaterra, especialmente este marqués que vos dezimos, que era tan alto de cuerpo como un gigante, era muy menbrudo y de grandes fuerças, y traía consigo veinte cavalleros muy buenos. El primero que salió al torneo fue él con sus cavalleros con pensamiento de matar a Grimonte si a él saliese y de hazer cruda vengança en los franceses por la muerte de su primo, y así como fueron en el canpo començaron el torneo muy bravamente, y el marqués començó a hazer estrañas cosas como aquel que era muy cruel cavallero, y desque quebró su lança puso mano a su espada y començó de herir a diestro y a siniestro. Derrocava cavalleros [y] cortava braços, tanto que ninguno le osava esperar su golpe, mas huían delante d'él, y no uvo tan buen cavallero de los cortesanos que osase resistir su braveza. Y a esta sazón entró en el torneo Grimonte y el duque de Ostre. Ambos a dos se juntaron. Como vieron ir de vencida a los de su parte maravilláronse qué era la causa, y con grande ardimiento pusieron las espuelas a los cavallos y entraron muy bravamente en el torneo, y antes que quebrasen las lanças muchos cavalleros fueron a tierra. Grimonte iva muy señalado por llevar encima de las

armas la ropa que vos diximos que Dispina l'enbió, y como puso la mano a su buena espada ferió tan poderosamente en los contrarios que bien conocieron su venida, y el duque no menos hazía maravillas. Por el grande esfuerço de ambos tornaron a cobrar el campo que avían perdido, y como los cavalleros ivan huyendo, Orsilón, sobrino del rey d'España, se puso delante d'ellos maravillándose por qué huían. Y [con él] estava el conde Munsier de Picardía, y como vieron a Grimonte y al duque Garvasín bien conocieron que la fuerça de aquellos hazía ^{50r} vencer a los suyos, y movieron contra ellos. Orsilón el español adereçó contra Grimonte y el conde Munsier contra Garvasín. Grimonte, que vido a Orsilón con tan ricas armas, según las señas que le avían dado del día antes conosciolo, que era aquel el que en su silla se avía sentado, y vino contra él muy bravo con la espada alçada y diole un muy fuerte golpe encima del yelmo, que el español s'espantó, mas no mostró cobardía y dio a Grimonte otro golpe por encima de un onbro tan pesado que si la loriga no fuera tan buena le heziera muy malamente, y Grimonte le tornó a dar otro golpe con tanta fuerça que le hizo una gran llaga en el braço del escudo. Orsilón perdió la fuerça, que no pudo enlaçar el escudo. Grimonte juntó tan rezio con él que lo tomó por las enlazaduras del yelmo y sacógelo de la cabeza, y diole con él muy fuerte golpe que lo hizo atordir y cayó en el suelo malamente herido. Grimonte, que lo vido caer, dixo:

—Ya oy no estaréis ofano por sentaros en la silla que no era vuestra de derecho.

Deziendo esto començó de herir a todas partes. El duque se combatió con el conde picardo, y como era Garvasín de tan gran fuerça el conde no lo pudo durar y cayó en el suelo muy malherido. Manfredro, que vido las cosas qu'estos dos hazían, esforçose

mucho y conbatiose con el conde de Ruise-llón, que andava muy bravo en el torneo. El conde fue a tierra de un fuerte golpe que Manfredro le dio, y Carpasio se conbatío con el governador de Cerdeña y hizo tanto que lo venció. Con esto y con las maravillas que Grimonte en armas hazía los estrangeros perdían el canpo. El marqués de Licernia, que lo vio, començó de dar bozes diziendo:

—¡O, cativos cavalleros!, ¿cómo os dexáis vencer?

Y fue tan bravo que encontró a [un] hermano del duque de Saboya tan fuertemente con una lança por meitad del pecho que gela pasó a la otra parte ^{50v} y dio con él muerto en tierra, y luego derrocó a Marfides de un golpe d'espada que le dio encima del yelmo, que lo firió muy malamente. Qué vos diremos, que andava tan bravo que en poca de ora derrocó ocho cavalleros, todos feridos de muerte, que no parecía que andava en torneo, mas en cruda batalla, y dezía en alta boz:

—Ansí se venga la muerte de aquel noble cavallero inglés que fue muerto por estos cativos franceses. No sé a dónde se me á escondido aquel que lo mató. Si yo le viese, holgaría mi corazón.

Grimonte, que al ruido que los cavalleros aquella parte hazían avía sobrevenido, oyó lo qu'el marqués dixo. Creciole la ira muy demasidamente porque dezía que se avía escondido, y tomó una lança gruesa a un donzel y fue para el marqués, y díxole:

—Bestia mala, que andas haziendo tantas cruezas, veis aquí el que mató a tu primo porque era sobervioso como tú. Véngalo si pudieres.

En diziendo esto fuele a encontrar con la lança con tanta fuerça que gela metió por el cuerpo y lo sacó de la silla. El marqués dio muy gran caída, mas antes, al pasar, que Grimonte juntó con él, el marqués le quiso

ferir y acertó al cavallo de Grimonte en las ancas que lo partió por medio. Grimonte, como era muy ligero, salió d'él muy prestamente y luego fue socorrido con otro que le dio un donzel del rey, y cavalgó muy apriesa. El marqués, cuando se vido herido y derrocado en el suelo, pensó de morir de pesar, y como era de gran corazón, tornó a cavalgar en su cavallo echando llamas de fuego por los ojos. Con ira començó de dar golpes a unas partes y a otras, y no avía quien lo viera que no se maravillase. Iva todo tinto de sangre [de la mucha que le] salía de la llaga que Grimonte le hizo. [Yendo así] allose otra vez con Grimonte, que muy sin pavor vino contra él y dióle el marqués tan fuerte golpe encima de la cabeça que ^{51r} todo el yelmo le abolló. Si no se le bolviera la espada, como iva desatinado, la cabeça le hendiera, mas hizo perder las estriberas y abraçar al cuello del cavallo. Mas como Grimonte era de gran fuerça y ligero tornó a sentar en la silla y enbraçó su escudo muy bien con el que recibió otro muy fuerte golpe qu'el marqués le dio. Grimonte alçó la espada y dio al marqués un tan pesado golpe en el brazo derecho que gelo cortó todo, que la espada con el medio brazo cayó luego en el suelo. El marqués dio una boz tan espantosa que a todos hizo asonbrar, y dexó el escudo y iva con el otro brazo a travar de Grimonte para derrocallo en el suelo, mas Grimonte se desvió y dióle otro golpe en la mano que casi gela partió. El marqués cayó en el suelo todo tollido y fuera de todo su sentido. Los veinte cavalleros que con él avían venido, cuando vieron a su señor tal parado, cercaron a Grimonte y feríanlo por todas partes, mas él se defendía d'ellos con grande ardimiento dando golpes a los unos y a los otros que los hazía escarmentar que no se llegasen a él, mas no se pudiera mucho defender si no viniera el duque de Ostre y el buen príncipe Damasio,

que aquel día avía hecho muy estrañas cosas, y ferieron tan sin pavor a los cavalleros que los hizieron apartar. Y allí fue una gran buelta en que murieron más de ocho cavalleros y fueron otros muchos heridos, porque también vino allí a socorrer Manfredo y Carpasio. Hizieron todos tanto que los ingleses y los españoles que les ayudavan no les pudieron durar, y fuéronse a meter entre los de su parte. Allí viérades hazer maravillas a Grimonte, aunque andava herido, que por sus fuerças y esfu^{51v}erço los estrangeros fueron vencidos y arrancados del canpo muy gran trecho. El rey cuando lo vido fue tan alegre que dezir no se vos podría. Todos los cavalleros que con él estavan dezían que mejor cavallero que Grimonte no lo avía en el mundo. Dispina mostró grande alegría y gozo por el vencimiento de Grimonte. Oribena, qu'estava cab'ella, le dixo:

—¿Paréceos, señora, que Grimonte a conplido el vuestro mandado, si ay cavallero en el mundo que en bondad le pase?

Dispina le dixo:

—Ya muy conocido y sabido tengo yo lo que me dezís. Mucha razón es de amar y preciar tal cavallero.

Mucho fue alegre Oribena de oír dezir esto a Dispina. El rey decendió luego de los miradores y fue a rescibir a Damasio, que venía con Grimonte y con todos los otros cavalleros, y abraçó a Grimonte con grande alegría y díxole:

—Grimonte, mucha razón ay para que se os dé la corona del vencimiento, que vós sois oy onra de los vuestros franceses.

Grimonte le besó las manos. El duque de Brogonia llegó a él con las lágrimas en los ojos de plazer. Como traía el yelmo quitado besole en la cara muchas vezes sin le poder hablar. Todos los cavalleros lo recibieron muy alegremente y fueron con grande roido d'esturmentos hasta el palacio del

rey. Grimonte iva entre el rey y el duque de Brogonia. Los loores que d'él se dezían no se vos podrían contar, y como fueron apeados, Grimonte y todos los otros cavalleros fueron llevados al gran palacio de las sillas y fueron desarmados, y a Grimonte le apretaron las llagas y a los otros cavalleros que les fue menester, y lavaron sus [rostros] del sudor. Y Oribena tenía hecha a Grimonte una ropa de un carmesí muy fino senbrada toda de rosas de oro y cercada de piedras^{52r} preciosas de gran valor, y hízogela vestir, que le parecía muy bien. Lidia, cuando así lo vido, fue encendida toda en deseo d'él como aquella que lo amava demasiadamente, y no pudo sofrirse de no se llegar a él y tomole las manos y començógelas de besar como muger fuera de sentido, llorando muy fieramente, y dixo:

—¡Ay, Grimonte, espejo de los cavalleros!, ¿cómo no se os haze más onra? Que vós bien la merescéis. Estas manos muy preciadas me vengaron de aquel que mató [a] mi tío. Malaventurada seré yo si n'os diere el galardón.

Grimonte quitó las manos afuera y díxole:

—Señora, por bienaventurado me tengo por averos hecho servicio. Ruégovos que no recibáis enojo, qu'estas cosas no se pueden hazer sin alguno no rescibir daño.

Mucho fue alegre Lidia con lo que Grimonte le dixo, y luego vino la princesa Gramelina y Dispina, que la fermosura de su cara no se vos podría dezir, porque la alegría que tenía se le hazía acrecentar, y tomó a Grimonte por la mano y díxole:

—Venid, buen cavallero, con nosotras, que muy alegres nos avéis hecho por la onra que avéis hecho ganar a los nuestros franceses.

Grimonte, que su mano vido tomar de la de su señora, estremeciósese el coraçón

con plazer y no tuvo tanto poder que nada le pudiese responder, mas los ojos puestos en ella se fue a sentar en la silla que primero ganó, que todas las cosas estavan aparejadas para la cena. Y luego vino Manfredro y el duque Garvasín y los otros cavalleros que se avían de sentar con ellos muy ricamente guarnidos, y cabe Grimonte se sentó el duque Garvasín y luego Damasio, príncipe de Nápoles, y no faltaron sino dos sillas en que no se sentase cavallero. Y fueron servidos con grande triunfo d'esturmentos, la cena muy conplida de diversos manjares, mas a Grimonte todo le era nada sino la vista de su señora. Y después que uvieron cenado todos vino el rey con ^{52v} todos los cavalleros y la reina con todas las altas dueñas con ella, y venido el rey començose la fiesta muy grande. El rey tomó cabe sí a Grimonte y luego vinieron tres reis de armas y començaron a dezir:

—Oí[d], cavalleros, y sabed, pues lo avéis visto, qu'el muy poderoso rey nuestro señor don Felipo y el duque Grimonte de Brogonia y el elustre duque de Uriéns, juezes puestos por el infante Manfredro y por Franxiste, mantenedores de las justas y torneos, dan por sentencia que la rica corona que la princesa Gramelina puso por joya en los torneos y el manto que la infanta Dispina puso por las justas sea dada y entregada a Grimonte de Asur, porque fue mejor que todos los cavalleros que en las justas y torneos entraron.

Y así como esto dixerón fueron tocadas muchas tronpetas y clar<o>[i]nes, y después que todo cesó vinieron seis donzellas muy ricamente guarnidas. Felicia traía el manto de Dispina y otra donzella, hija del marqués de Rosamund, que avía venido con la princesa Gramelina, traía la corona, y fuéronla a dar al rey. El rey tomó la corona en las manos y dixo:

—Grimonte, tomad esta corona, pues sois corona de los cavalleros y estremado en el mundo. Por bueno vós tomastes por armas aquella que al Señor poderoso pusieron por escarnio en su cabeça, por esto vos quiso él dar esta onra. Según vuestra bondad, no será mucho que vos dé tierra y señorío para que mejor que agora la podáis poner en vuestra cabeça.

Grimonte se alzó en pie y tomó la corona [al] rey de las manos con grande acatamiento y con mucha vergüença porque así se oía loar, y diola a un donzel suyo que la guardase. Ansimismo el manto, que era muy rico de brocado [de jaspes] cercado de muchas piedras. Y lue^{53r}go el rey mandó traer a un camarero suyo muchas joyas ricas e diolas a los cavalleros que avían sido en el torneo, especialmente a Damasio y a Quincio. Grimonte recibió aquel día la mayor onra que nunca cavallero recibió en Francia. La princesa Gramelina dio a todos los cavalleros que vinieron a la su merced muy ricas joyas y a todos dio libertad, que no quiso que ninguno d'ella fuese descontento, mas todos fueron muy <muy> pagados. Toda aquella noche estuvieron todos en gran fiesta e alegría. Otro día el rey mandó enterrar a los que murieron en el torneo muy onradamente, especialmente al hermano del duque de Saboya. Todos los cavalleros que avían venido al torneo se despidieron, e muchos ivan maldiziendo a Grimonte y a la tierra donde avía nacido, especialmente el marqués de Licernia por aver perdido su braço, y sobre todos los ingleses, que levaron el cuerpo de Li[s]ber, señor de Monfarín, e de sus hermanos, que no quisieron dexarlos en Francia. El rey supo cómo Orsilón, sobrino del rey d'España, estava allí, que no se pudo encobrir, e mandó a Manfredro que fuese a verlo, que lo fuese a ver a su posada e lo trajese consigo, e que allí lo curarían de la

llaga que Grimonte le hizo. Manfredro hizo tanto que lo trajo consigo. El rey lo recibió muy bien y la reina vieja, madre del rey Felipe, que era d'España y era tía de Orsilón, y uvo mucho plazer con él e hízolo curar muy bien. Y este Orsilón fue después ^{53v} muy amigo de Grimonte, como adelante se vos dirá, y por su ruego de Grimonte quedó con el rey de Francia.

[XIII]

Después de las fiestas acabadas, Damasio, príncipe de Nápoles, se partió porque su coraçón no recibía nengún descanso estando tan lexos de Dionora, su señora, e tanbién qu'el rey su [padre] l'enbió a rogar que no se detuviese, e despedido del rey e de la reina y de la princesa Gramelina, su hermana, Manfredro e Grimonte fueron con él dos jornadas por le hazer mucha onra, e cuando se uvieron de despidir los unos de los otros mostraron gran sentimiento. Damasio abraçó a Grimonte e díxole:

—¡Ay, mi verdadero amigo! Ruégovos por Dios que vos acordéis de mí, que muy gran pena siento de apartarme de vós.

Grimonte se le omilló e díxole:

—Tened vós, señor, por cierto, que jamás yo veré vuestro mandado que yo no dexe todas las cosas por conplirlllo.

Y esto que Grimonte dixo muy presto vino tienpo que Damasio ovo menester y él gela hizo muy conplidamente. Y así se partieron los unos de los otros. Damasio anduvo tanto que llegó a Roma e fue muy bien recibido del enperador e mejor de su señora. ^{54r} Manfredro e Grimonte se tornaron a la cibdad de París e hallaron al duque de Brogoña de partida. Mucho fue Grimonte triste porque pensava qu'el duque no avía de consentir qu'él quedase con el rey, y que si así pas<e>[a]se, no le sería a él sino la

muerte, e rogó a Carpasio que anbos a dos quedasen con el rey por algunos días. Él lo tuvo por bien, mas otra cosa avino por onde Grimonte ovo de quedar en la corte, y el rey tenía en pensamiento de rogar al duque que con él lo dejase, y estando el rey, antes qu'el duque se partiese con todos sus cavalleros en el palacio, vino una donzella ant'él vestida de negro, la cara muy triste, e venía bien aconpañada, e fincó las rodillas delante del rey llorando muy fieramente e dixo:

—¡Ay tú, rey, que a todos guardas justicia e mantienes derecho, no me falte agora la vuestra merced! Yo soy venida ante ti con gran cuita e pesar. Pídote por merced que me quieras oír.

—Donzella —dixo el rey—, dezid todo lo que vos plazerá, e sabida vuestra demanda, remediarse á con justicia.

La donzella le besó las manos e díxole:

—Sabed, rey, que yo soy hermana de la muger del dulfín, la cual él tiene presa e quiere matalla no aviéndogelo merescido. E la causa d'esto fue qu'el dulfín caso con una su hermana con el conde Borchán de Gasuña, qu'es uno de los más bravos e esquivos cavalleros que oy ay en el mundo, e de los más desmesurados e feos que dezir se vos podrá, e cuando se hizieron las bodas este conde trajo una su hermana muy fermosa a maravilla, mas desmesurada como él. Cuando el dulfín la vido pagose tanto ^{54v} d'ella, y ella así mismo d'él, y abraron el uno con el otro en sus amores malvados, y la donzella le dixo que no le otorgaría su amor si no se casava con ella, y él le prometió de hazello, e para conplillo buscó maneras como con razón pudiese matar a su muger. Y engañó a un donzel suyo diziéndole que entrase en la cámara de su señora e se escondiese, que persona del mundo no lo viese, qu'estuviese allí escondido hasta ver si vería entrar un cavallero de quien él tenía sospecha.

El paje conplió su mandado e metiose de mañá en la cámara, e estuvo allí hasta que mi hermana se echó a dormir, e como el dulfín tenía pensada su traición, que sentió que mi hermana dormía, entró en la cámara muy airado e fue luego derechamente a donde sabía qu'estava el donzel escondido, e tomolo por los cabellos e cortole la cabeça dando bozes, llamándolo traidor. Y a estas bozes acudió un hermano mío, muy buen cavallero, que bien sospechava la traición del dulfín, por lo cual estava de continuo muy sospechos<e>[o], y entró muy corriendo en la cámara y abraçose con el dulfín antes que a su muger pudiese herir. Ella se levantó muy espantada e fuese huyendo a una capilla. Mientras tanto, el dulfín e mi hermano anduvieron enbultos, y a las bozes que dieron vinieron muchos cavalleros que los despartieron, mas el dulfín herió a mi hermano muy malamente como estava desarmado. E como todos los cavalleros del dulfín sabían el grande amor qu'el dulfín tenía a la hermana del conde no le consintieron que matase a mi hermana e defendiéronla d'él porque todos la tenían por muy buena e conocían qu'el dulfín avía gana de matalla. Y él dezía a todos que avía hallado aquel donzel echado con ella. El conde lo afirmava e dezía qu'el dulfín no avía de dezir sino verdad, que él <lo> conbatería a cualquiera cavallero que lo contrario dixese. Tanto hizieron los ^{55r} cavalleros <y>, sus vasallos del dulfín, como sabían que la reina estava sin culpa, que acabaron con el dulfín que prendiese a mi hermana y que no la matase sin ser sentenciada, si algún cavallero la quisiese defender por batalla que le fuese dado plazer para que lo podiesen buscar. E yo, como la vi meter en la cárcel, partime a gran priesa a hazérslo saber, porque vos pido por merced que vos doláis d'ella y enbiéis a llamar al dulfín que la traya consigo, porque delante de vós

le será mejor guardada su justicia. Y si todavía aquel malvado conde porfiare de defender la mentira del dulfín por batalla, que vós, señor, mandéis a algún cavallero de los vuestros que tome la batalla por ella, que en aquella tierra no ay ninguno que lo ose fazer temiendo la braveza del conde.

El rey se maravilló mucho de oír lo que la donzella le dezía y díxole:

—Por cierto, el dulfín lo á hecho como mal cavallero. Si es verdad lo que vós dezís yo enbiaré luego un rey de armas mío a mandar al dulfín que luego se'aquí en mi corte y que traiga a su muger consigo, que yo quiero determinar quién tiene derecho, y quien lo tuviere que le sea guardado. Mas cavallero, dároslo yo para que se conbata con el conde no lo puedo hazer, que no sería derecho ni yo puedo forçar a naide que lo haga. Aquí están muchos buenos cavalleros. Si alguno lo quisiere hazer por su bondad, gradecérgelo é yo.

La donzella besó las manos al rey por la merced que le hazía, y Grimonte, que todo esto oyó, pensó en su coraçón que si él aquella batalla quisiese hazer, que avría causa para se quedar en la corte y que haría lo que era obligado a hazer cualquiera cavallero bueno, y levántose y hincó las rodillas delante del rey, y pidiole por merced que le otorgase aquella batalla en defensión de la dueña. El rey gelo tuvo a gran bien y díxole:

—Grimonte otorgos la batalla porque soy ^{55v} cierto qu'el derecho de la dueña será bien guardado, y ella es bienaventurada de averos en su ayuda.

La donzella, que tan feroso y mosço vido a Grimonte, dixo al rey:

—¡Ay, por Dios, señor, mirad<ad> lo que avéis otorgado, qu'el conde es a maravilla buen cavallero y pasa de braveza a todos los del mundo! Pues ¿cómo se conbatirá con él este cavallero tan moço? Por cierto,

aunque mi hermana sé yo muy cierto que está sin culpa, mal la defenderá este cavallero contra el diablo, que tal es el conde, salvo si s'espanta d'él pensando qu'es ángel. Mucho agradezco yo al cavallero su buena voluntad, mas no lo querría ver en tal peligro.

Mucho rio el rey y todos los cavalleros de lo que la donzella dixo, mas el rey le respondió:

—Donzella, alegraos por la merced que Dios os á hecho en tener este cavallero en vuestra ayuda. Cuando le vierdes en la batalla lo juzgaréis por ángel, como dezís, que las fuerças que tiene el señor Dios gelas á dado.

La donzella le dixo:

—Bien só yo, señor, cierta, que vós no me diréis sino toda verdad, como rey tan bueno como vós deve dezir. El señor del mundo agradezca al buen cavallero lo que haze.

Y luego se levantó Carpasio y pidió por merced al rey que, si uviesen de ser dos cavalleros, qu'él entrase con Grimonte en la batalla. El rey gelo otorgó, y Marfides hizo otro tanto si uviesen de ser tres, y luego el rey mandó un rey de armas que fuese al dulfín a lo que vos tenemos dicho. El rey de armas se partió luego y fue derechamente a dond'estava el dulfín, y <e>[a] duque de Brogonia le pesó mucho por la batalla que Grimonte avía de hazer, y díxole:

—Hijo, Grimonte, parésceme que por fuerça os avréis de quedar hasta que la batalla que tomastes pase. Mucho me pesa, que quisiera yo levaros conmigo, mas pues así es, ruégovos que luego vos vais.

Grimonte le respondió:

—Pidós por merced, señor, que no vos pese porque me quedo, porque así an de ganar los ^{56r} cavalleros onra, que a donde quiera que yo'sté soy vuestro y os tengo de servir como a mi señor. Yo iré lo más presto que yo pudiere.

El duque se partió otro día. El rey salió con él y con la duquesa una legua. Grimonte y Carpasio fueron con él tres jornadas y allí se despidieron con mucho pesar del duque, porque quedava con mucha alegría de Grimonte.

[XIV]

Oribena, que no se le olvidava lo que Grimonte l'encargó, nunca hasta allí avía tenido tienpo de hablar con Dispina a su voluntad. Hallose un día sola con ella y díxole:

—Mi señora, ¿parésceos si Grimonte a complido bien vuestro mandado en dexar al duque y quedarse con vuestro padre para serviros? Yo creo que antes él recibiría la muerte que dexar de hazer lo que por vós le fuese manda<a>do.

Dispina dixo:

—Oribena, cierto, muy creído tengo yo que no ay en el mundo quien se iguale en bondad y mesura a Grimonte. Quiera Dios que yo le pueda galardonar los servicios qu'él a mi padre y a mí á hecho y hará.

Oribena le dixo:

—Señora, ¿no se devría de tener por bienaventura[da] la donzella que fuese señora de Grimonte y su coraçón fuese atorgado de amalla sobre todas las cosas? Por cierto, aunque fuese hija del más alto príncipe del mundo devría de ser alegre, porqu'él pasa de bondad a todos los del mundo. Pues en fermosura y en todas buenas maneras quién le iguala yo no lo sé.

—¡Ay, Santa María! —dixo Dispina—. Grimonte me avía de dezir quién era aquella <aquella> por quien su coraçón se mandava, y nunca é tenido tienpo de pescudáxlolo, más el me lo á de dezir.

Oribena le dixo:

—Si vós, señora, me dais licencia para

dezirlo y me prometéis de no lo dezir a persona del mundo, yo vos lo diré, porque lo sé bien.

Dispina, que no pensava qu'ella ^{56v} era, echó los braços al cuello de Oribena y rogole que gelo dixese, que le prometía de no lo dezir a persona del mundo. Oribena, que vido a Dispina con tanto deseo de saberlo, tuvo atrevimiento de dezírgelo, y díxole:

—Sabel, señora, que la donzella qu'es señora de Grimonte y su corazón en mortales deseos le haze bevir, y aquella que de libre le hizo cativo, aquella qu'es descanso y alegría de su vista y sin ella Grimonte no bevirá un día, sois vós, qu'é<s>[l] desde la ora que os vio es tan vuestro que ninguna parte para <a> sí dexó, y en vuestra mano está su muerte o su vida, y no quiere otro galardón de vós en pago de las crueles penas que su corazón sufre sino que lo rescibáis por vuestro y que sepáis esto que os tengo dicho. Si por dezíroslo meresco pena, dádmela, que yo soy contenta de recibirla. Mas si con razón quisierdes mirar su gran valor, por muy bienaventurada vos devéis de tener, pues él es tal que no vos demandará cosa que descontenta os haga, y vós podréis bevir muy alegre siendo amada de aquel que par no tiene. Pues Dios os hizo estremados en el mundo, razón es que vos améis el uno al otro. Mirad, señora, que aunque Grimonte no se sepa cuyo hijo es, cierto está qu'es hijo de<l> rey y viene de alta sangre, que de otra manera no me pudiera él a mí librar de tan gran cuita como padescía.

Dispina fue muy turbada cuando oyó dezir a Oribena tales cosas y estuvo una gran pieça que no pudo hablal pensando en muchas cosas. Y como ella amava a Grimonte y vía que era tanpreciado cavallero sojuszola a amor y razón, y aunque quisiera responder a Oribena con mucha saña, no pudo, mas puso los ojos en el suelo. Con

vergüença respondió a Oribena y díxole:

—Si algún bien avéis recibido de Grimonte, bien gelo avéis querido pagar en poner os en peligro de muerte por el ^{57r} atrevimiento que avéis tenido en dezirme tales cosas. Maravillada soy yo de Grimonte, siendo tan sesudo, poner tan demasiado amor con quien no lo á de tener con él ni gelo gradescerá. Mal seso sería el mío si yo uviese de amar a quien no puedo aver por marido.

Oribena le dixo:

—Señora, el amor nunca es seguido por razón ni guiado por seso. Grimonte, aunque mucho saber tenga, para esto no le bastó. Si Dios a vós n'os hiziera tan fermosa él no se engañara ni sosjuzgar<i>a como lo hizo, mas vuestra beldad es tanta que no pudo resestir a sus fuerças por más bravo corazón que tenga. Y soy maravillada de vós, conociéndolo a él y viendo su mucho merecer, cómo lo mismo no avéis hecho, pues no avría donzella en el mundo, por buena que fuese, que la bondad y fermosura de Grimonte no la venciese. Por eso, señor[a], dexaos de ponerme miedos, que yo jamás dexaré de dezir la verdad. Dexad a mí, que yo sabré responder a Grimonte de manera qu'él sea contento y vuestra onra guardada.

Dispina, acordándosele de la fermosura de Grimonte, fue sojuzgada y presa de tal manera que no pudo defenderse a las razones de Oribena, y díxole:

—Mi amiga, ruégovos que ansí como lo dezís lo hagáis. Yo pongo este hecho en vuestras manos. Sabeldo hazer sesudamente. Y ruégovos que me deis licencia para que lo diga a Felicia, qu'es mi corazón y ama a Grimonte tanto como vós.

Oribena le besó las manos y díxole que lo dixese si ella lo tenía por bien. Dispina la llamó y díxole todo lo que Oribena le avía dicho. Como Felicia amava mucho a Grimonte díxole:

—Señora, Oribena os dize verdad, que no ay donzella en el mundo de tan alto lugar que no se tuviese por dichosa de tener a Grimonte por amigo, porqu'él será tal que guardará vuestra onra.

Y estando ellas en esta habla, entró Manfredro y Grimonte y Carpasio en la cáma[ra] de Dispina, que venían a traelle encomiendas de las duquesas, madre ^{57v} e hija, y de Franxiste, que muy triste iva por se partir de la corte, porque allí dexava su coraçón, mas iva con pensamiento de muy presto bolver. Dispina los recibió muy alegremente y sentose con ellos en un estrado, y no osava alçar los ojos a mirar a Grimonte. De vergüença estava toda encendida en color, que acrecentava su hermosura. Manfredro le dixo:

—Señora, ¿no'stáis muy alegre porque Grimonte se quedó con el rey? Jamás de aquí adelante lo dexaremos partir de aquí aunqu'él quiera.

Dispina lo merió con ojos amorosos y dixo:

—Hermano Manfredro, yo por mi parte gelo agradezco mucho su quedada si es con pensamiento de no se partir de aquí tan presto, porque todas las dueñas y donzellas hallen en él ayuda cuando aquí la vinieren a demandar.

Grimonte le dixo:

—Señora, n'os podría yo servir lo que dezís y la buena voluntad que me tenéis. Sed cierta qu'es tanto el deseo que tengo de servir a vuestro padre que jamás por mi voluntad de aquí seré partido.

Todos holgaron mucho de oír lo que Grimonte dixo y allí estuvieron gran pieça hablando, aunque a Grimonte se le hizo muy poco. Dispina lo mirava con otros ojos y pensamiento que hasta allí, y encendíase toda en amor suyo, tan bien le parecía. Manfredro se despidió y fuéronse a dond'estava el rey, y Dispina quedó tan turbada de

hallar nueva novedad en su coraçón que de enojada se echó encima de unas almohadas y allí estuvo pensando en muchas cosas, mas no pudo vencer a sí misma que no fuese bueno de dexar de querer a Grimonte, y después llamó a sus donzellas y púsose en razones con ellas de Grimonte y de los otros cavalleros, mas todas no acabavan de dezir loores de Grimonte por onde le hazía[n] más a ella ^{58r} encender en su amor.

Sabed que Manfredro traxo a Grimonte y a Carpasio al palacio del rey en su aposentamiento porque quería mucho a Grimonte, y ansimismo el príncipe lo quería y lo onrava demasiadamente. Oribena se fue otro día para Grimonte y apartose con él, y díxole:

—Es tanto, mi señor, el deseo que tengo de serviros, que una ora no tengo reposo sino cuando lo pongo en obra. Y esto digo por lo que m'encomendastes que uviese de dezir a Dispina, vuestra señora y mía. Sabed que vuestro amor me hizo perder la vergüença y vuestro cuidado m'esforçó tanto que tuve osadía de dezir a Dispina vuestro deseo, cómo érades todo suyo y cómo ella era señora de vuestro coraçón, y por ella era el mandado. Dios sabe la afrenta en que me vi con ella y la manera que tuve para amansalla. Las razones que pasamos no vos las podría contar, mas a la fin, como es tan sesuda, conosció [que] las cosas que yo le dezía <que> eran verdad, y vuestro gran merescimiento la sojuzgó a la razón, y en fin me respondió, pues yo tanto la certeficava tenerle vós tan demasiado amor, qu'ella quería en galardón rescibiros por suyo, como hasta aquí os tenía por suyo y de todas las donzellas, que agora ella sola quería gozar de vuestra bondad, que os tengáis por su cavallero y que todas las cosas que hizierdes sean por ella.

Cuando Grimonte esto oyó perdió todos los sentidos de plazer y dixo:

—¡O, mi señora Dispina, cuán sin merecimiento es este vuestro Grimonte para que uviere de alcançar tan gran bien y merced de vos! Esto cáusalo la vuestra grande medida. ¡O, corazón atribulado, descansa tus mortales congojas con tales nuevas, pues jamás cavallero de tan poco valor como yo lo soy para con donzella tan estremada en todo nunca otras tales oyó!

Oribena uvo mucha piedad d'él y díxole:

58v

—Por cierto, si yo supiera que de tan poco corazón érades que yo n'os viniera con estas nuevas. Si esto avéis de hazer delante de mí, yo me dexaré d'entender en vuestras cosas.

—¡Ay, señora, —dixo Grimonte—, no puedo menos hazer! Perdonadme, por Dios, no me digáis que me avéis de olvidar, que luego será muerto este vuestro Grimonte, que tan cierto tenéis para serviros la respuesta, dalda vós a mi señora por mí, que yo no tengo saber.

Oribena se despidió d'él y fuese para Dispina, que aún no era levantada, y en la cama le dixo todo lo que con Grimonte avía pasado y cómo solamente en mentalla perdía todas las fuerças, y díxole:

—Yo creo, señora, si algún cavallero que con Grimonte se combatiese sopiese tanto que le dixese tres vezes «Dispina», qu'él perdiese tanto las fuerças que muy ligeramente lo podría vencer.

Dispina rio <rio> mucho de aquello, mas lágrimas bivas mescló con ella de amorosa piedad que d'él uvo, y como ellas estavan enbevidas en sus razones no se guardaron de Lidia, que todo cuanto dezían oyó, mas callose, que no les dixo nada, mas andava muy ravisosa y llena de amor y de celos. Grimonte quedó el más alegre onbre del mundo y algunos días pasó con aquella gloria, y Oribena de parte de su señora le

llevava nuevas y él l'enbiava a dezir lo que avía gana, mas nunca pudo tener lugar de dezirle ninguna cosa él mismo, porque no la podía ver sin que Manfredro estoviesse delante. Mas con aquello era él muy contento. Pasava su tiempo en ca<s>ças con el príncipe y con Manfredro. El rey holgava mucho con él y mostrávale mucho amor, y de todos los cavalleros era muypreciado. Orsilón, de que fue sano, tomó con él mucha amistad por conocer su bondad.

[XV] 59r

El rey de armas, que fue con mando al Edolfín, anduvo por sus jornadas tanto que llegó a donde esta[va] el dolfín, y aquel día avía sentenciado a su muger que la quemasen con falsos testigos que juraron que la avían visto con aquel donzel muchas vezes, y el dolfín no sabía de la ida de la cuñada a la corte del rey, y él quería una por una quemar a la muger, y que después bien se defendería de quien gelo quisiese demandar. Y como vido al rey de armas del rey fue espantado y detúvose en la sentencia, y uvo su consejo de lo que haría. El conde Borchán le aconsejaba que no fuese al mandado del rey y que hiziese lo que tenía comenzado, que él le ayudaría contra él, que no temiese ninguna cosa, mas el dolfín sabía cómo el rey era tan poderoso, y que a su poder él no se podría defender. Acordó de ir, qu'el conde fuese con él, y que después llevasen a su muger muy aconpañada, y él partiose luego y el conde con él con dozientos cavalleros. La muger partió luego con un sobrino del dolfín que la llevaba en guarda, y llegando a París el dolfín fue a besar las manos al rey y el rey lo rescibió muy bien, y después prendiolo muy duramente de lo que avía hecho. El dolfín se desculpava certeficando al rey que era verdad lo que dezía. El rey dixo

que a la prueba estaban, y mandolo aposentar hasta que viniese su muger, y, venida, luego la llevaron delante del rey, y como se vido delante del rey y de la reina començó de llorar muy fieramente y díxoles que les pedía por Dios que se doliesen d'ella y no la dexasen matar tan sin por qué. El dolfín y el conde vinieron luego allí ^{59v} y acusávanla, certificándole que avía hecho maldad. La dueña dixo al rey:

—Señor, yo no tengo testimonio de mi linpieça sino solo a Dios y su madre, que saben la verdad. Aquellos m'encomiendo yo que me ayuden a salvarme, y si yo a mi marido é herrado ruégoles que me condenen, que no den lugar a que me pueda salvar.

Y esto dezía ella llorando. La reina y Dispina uvieron mucha piadad d'ella. Dispina miró a Grimonte y a él le pareció que le dezía que se doliese d'ella, y levantose en pie y fue delante del rey, y díxole:

—Señor, aquí no á menester muchas razones a las cosas que no se pueden provar. Dad vuestra sentencia que sea visto por batalla, pues el conde Borchán quiere mantener el derecho del dolfín. Ya sabéis cómo yo tengo de hazer la batalla por la dueña. Quiérola luego hazer, que yo'stoy bien sa<s>ti[s] fecho qu'ella no hizo maldad a su marido porque deva ser quemada. Si el conde dixere lo contrario yo gelo haré conoscer por fuerça de armas.

Y el conde, cuando lo oyó, fue muy sañudo y hincose tanto que parecía que quería reventar, y encendiósele la cara como de fuego y dixo a una boz alta:

—¿Quién es este cativo cavallero que así quiere morir de su grado por lo que poco leva? Si tú me uvieses conocido no fueras tan atrevido, mas en poca de ora yo te haré conoscer tu locura si osares salir conmigo al canpo.

Grimonte, muy sosegadamente, le

respondió:

—Escusado me fuera a mí, Borchán, de desafiarte delante de tan poderoso rey como est<o>[e] si no osara contigo salir al canpo. Las tus sobervias queden para allá, que te serán bien menester, que yo ya avía oído dezir mucho d'ellas, mas no me an espantado, antes me dan esfuerço porque los ^{60r} malos no pueden mucho durar.

El conde quería responder, mas el rey no lo consentió y dio sentencia que fuese vista la verdad por batalla, y si el conde venciese que la dueña fuese quemada, y si el conde fuese vencido qu'ella fuese libre y que hiziese de sí lo que quisiese. Luego Grimonte tendió la punta del manto al rey y el conde le dio un guante y quedó la batalla para otro día. La reina avía dicho a la muger del dulfín cómo Grimonte era tan buen cavallero, que no temiese nada, que la donzella su hermana luego se avía partido por miedo del dulfín. La dueña se echó a los pies de Grimonte y gradesciole lo que por ella hazía.

Otro día Grimonte se levantó y oyó misa y encomendose a Nuestro Señor que le ayudase. El príncipe y Manfredro lo armaron y salieron con él hasta el canpo. Carpasio le llevaba la lança e Marfides el escudo. Grimonte entró primero en el canpo y enlazó su yelmo y tomó su lança, y púsose a una parte, y luego vino el conde y el dulfín con él y otros muchos cavalleros. El conde venía en un cavallo alazano muy grande y muy poderoso, parecía un gigante. El rey y la reina estaban a las ventanas del palacio y Dispina muy turbada porque avía visto la braveza del conde. Como el conde fue en el canpo los juezes los pusieron en el lugar que avían d'estar y saliéronse afuera. Grimonte le dixo:

—Conde, conosce la traición que tú y el dulfín ordenastes contra la dueña y darte é por quito, y no quieras perder tu alma y tu cuerpo, qu'es para bien fazer si quisieres.

El conde, muy sañudo, le respondió:

—Si agora te ^{60v}arrepientes no te perdonaré por cosa que avenga.

Grimonte se arredró afuera y enbraçó su escudo y puso su lança, y el conde hizo otro tanto, y movió el uno contra el otro al más correr de sus cavallos, y encontráronse tan duramente que fue espanto mirallos. Grimonte quebró su lança en el conde y heriolo malamente con ella. El conde perdió las estriberas y túvose tan bien que no cayó. El conde quebró ansimismo su lança y ferió a Grimonte, mas no tan peligroso como él estava. Grimonte puso mano a la espada con grande ardimiento y començó de ferir al conde por todas partes, y el conde a él, y como eran tan buenos cavalleros hazían salir fuego de sus yelmos, tan fuertes eran los golpes que se davan, y anduvieron una ora que no parecía mejoría <mejoría> entr'ellos. El conde andava muy cansado y muy malherido de la buena espada de Grimonte [y] quisiera holgar. Grimonte, que lo conosció, andava más ligero. Començó de aquexarlo con tan pesados golpes qu'el conde no hazía ya sino cobrirse de su escudo y no podía herir a Grimonte. Grimonte juntó con él tan rezio que lo sacó de sentido, y al topar de los cuerpo el conde cayó en tierra ahogado del trabajo [y] desfallecido de la sangre. Grimonte se apeó y quitole el yelmo y diole con él grandes golpes, y desque vio que no se meneava cortole la cabeça y echola por el canpo, y pescudó a los juezes si avía más de hazer. Los juezes le dixon que no. El príncipe Donís fue por Grimonte y trájolo a la posada de Manfredro, y luego fue desarmado y curado de sus llagas y echado en un rico lecho. El rey lo vino luego a ver y todos los cavalleros, qu'estavan muy ^{61r}alegres porque Dios avía guardado de muerte a Grimonte y librado a la dueña. El dulfín hizo sacar el cuerpo del conde del canpo

haziendo por él muy dolorosos llantos y luego se partió con él para su tierra, que no quiso más allí estar. El rey hizo quitar de presión a la muger del dulfín y que fuese libre y quita para ir a donde quisiese, mas ella no se quiso partir de la reina y dixo que jamás a su marido tornaría, pues le avía levantado tan gran traición. Y como era dueña de tan alta guisa la reina lo tuvo por bien que quedase con ella para que fuese aya de Dispina y de contino estuviese con ella. Ella le besó las manos y al rey ansimismo, y fue a ver a Grimonte y púsose de rodillas delante de la cama, y queríale besar las manos llorando, mas Grimonte no lo consentió. La dueña le hizo enfenitas gracias porque l<o>[a] avía librado de muerte y de tan grande infamia, y mientras Grimonte estuvo en el lecho ella lo servió y curó muy bien. La reina y la princesa y Dispina lo fueron a ver, que fue causa la vista de su señora de darle muy presto salud con las nuevas que Oribena cadaldía le llevava d'ella.

Y acació que un día Lidia se fue con Blandena, la muger del dulfín, a ver a Grimonte, porqu'el coraçón d'esta donzella era muy encendido en su amor, como vos tenemos dicho. Y como ella sentía las cosas de Dispina y de Grimonte, andava muy apenad<o>[a], y pensó de dezir a Grimonte el amor que le tenía y hazer tanto que se casase con ella. Y fueron a la cámara de Grimonte a tienpo que no stava ninguna persona con él sino un donzel y un escudero suyo. Mientra que Brandena hazía de comer a Grimonte Lidia tuvo <vo> tienpo de hablar con él a su voluntad, y sentose delante del lecho y començole a dezir:

—¡O, Grimonte, cuán bienaventurado os hizo Nuestro Señor en hazeros vencedor de todos los que os conocen! Si a los cavalle^{61v}ros vencéis con vuestro ardimiento y fortaleza, a las donzellas con vuestra mesura

y beldad. Y una de las que digo só yo, qu'el grande linage donde yo vengo y la vergüença que de razón devría de tener no é podido tanto que más no pudo el amor demasiado que os tengo, que me á hecho deziros el deseo que tengo, que sepáis que yo sería la más bienaventurada que nunca donzella lo fue si vós me quisiédeses otorgar vuestro amor. Yo haría tanto qu'el rey y mi padre el duque tuviesen por bien de dármeos por marido con tal dote con que vós fuédeses onrado, que yo tengo por loco aquel que desea y procura lo que no puede alcançar.

Quando esto dixo baxó los ojos llenos de lágrimas con vergüença. Grimonte fue muy turbado en oír dezir a Lidia aquellas razones como aquel que a ella ni a otra no tenía en nada a comparación de ver un solo día a su señora, y respondiole:

—Señora Lidia, no quiero negar que no soy obligado a servir[os] y amar[os] por la buena voluntad y amor que dezís que me tenéis, mas mi deseo ni mi voluntad no es de casarme por agora hasta que Dios quiera que me dé a conoscer mi linaje. Y quiero que sepáis que seso no basta para regestir las fuerças del corazón sojulgado. Y no quiero más deziros d'esto, que basta para que no me culpéis si no cunpliere vuestro deseo.

Y diziendo esto bolvióse muy rezio haziendo la pared. Lidia quedó muy envergonçada y levantose de dond'estava sentada sin poder responder ninguna cosa, y fuese para la cámara de Dispina muy triste. Mas como era donzella muy sesuda encobrió lo mejor que pudo su vergüença y enojo con pensamiento d'estorvar a Dispina que no hablase a Grimonte^{62r}, que bien creía, si Grimonte se viese desechado de Dispina, que la amaría a ella. Mas mal pensado lo tenía, que Grimonte amava a Dispina de tan verdadero amor que cosa del mundo que venir le pudiese no le haría mudar.

Grimonte sanó muy presto de sus llagas con la grande cura que se le hizo y con las nuevas que cadaldía Oribena le llevaba de su señora. El primer día que Grimonte se levantó vistiose muy ricamente y cobriose un muy rico manto qu'él avía hecho de las espigas, que hasta allí no lo avía cobijado, y vino a oír misa con el rey. De todos era muy mirado por la su gran beldad y bondad. El rey uvo mucho plazer de verlo y onrávalo tanto como si fuera su hijo, y mandole que fuese a ver a la reina. Grimonte y Carpasio se fueron a la cámara de la reina y hallaron con ella a Dispina, que muy alegre fue en ver a Grimonte. La reina lo rescibió muy bien y hízolo sentar, y estúvole pescudando muchas cosas de Jerusalén, y demandole de las reliquias que de allá avía traído. Grimonte se las prometió. Mentre tanto Dispina mirava a Grimonte, y paresciole tan bien que le hizo perder los sentidos, tanto amor acrescentó la vista de Grimonte en aquel día en el corazón de Dispina. Estava con ella hablando Lidia, y Dispina a ninguna cosa que ella le dixese entendía. Lidia, que en otra cosa no pensava, bien lo conoció, y estando así todos el rey entró en la cámara y uviéronse de levantar todos mentre qu'el rey hablava a la reina. Dispina, que muy acerca estava de Grimonte, sacó un anillo que tenía en el dedo de una muy fina es^{62v}meralda. Por enbaxo del manto tomó la mano a Grimonte y diole la sortija. Grimonte, que lo sentió, fue tan alegre que jamás tan grande plazer su corazón sentió. Como Carpasio estava tan acerca no osó dezir ninguna cosa, mas hizo senblante que se le omillava, y como estuvieron allí algún tanto el rey se fue a comer y Grimonte se fue a su cámara y tomó el anillo que su señora le dio, y besolo muchas vezes y derramó muchas lágrimas de plazer diziendo:

—¡O, señor Dios!, ¿cuándo serviré yo a

mi señora las grandes mercedes que me á hecho? Por cierto, no podría yo tanto hazer que le meresciese la menor cosa que ella por mí á hecho. ¿Cuándo será aquel día que yo le pueda dezir el deseo de mi corazón? Yo'spero en la su gran bondad que ella lo hará, pues quiso darme tan gran don como este, el cual jamás de mí será apartado en cuanto yo biva.

Mucho estuvo alegre Grimonte todo aquel día esforçándose ansimismo para dezir a su señora, la primera vez que la viese, cuánto era suyo, y del grave tormento que a su causa sofía. Dispina ansimismo estava muy contenta y alegre por aver visto a Grimonte con pensamiento de jamás mudar el grande amor que le tenía. Mas la mudable fortuna, que las cosas no dexa en un ser, cabsó qu'estos dos que tanto se amavan y tanto valían sofriesen demasiadas penas y angustias en sus corazones. Y deziros emos, como ya vos avemos contado, de Lidia, hija del duque de Saboya, cómo amava tanto a Grimonte que le hizo olvidar toda onestidad que donzella devía tener, y le dixo su deseo, y Grimonte le respondió no conforme a lo qu'ella quería. Esta donzella era tan cuitada que jamás en otra cosa pensava sino cómo conpliría su deseo, ^{63r} y pensava que jamás podría aver a Grimonte por marido si Dispina lo amase. Y como vido lo qu'ellos pasaron cuando le dio el anillo fue toda encendida en ira y en celos, y estuvo todo aquel día pensando en muchas cosas, y a la fin delibró de reprehender a Dispina muy gravemente por lo que avía hecho y dezille otras cosas por onde aborresciese a Grimonte. Y después que Dispina se acostó aquella noche en su lecho, las donzellas todas dormidas, levántose Lidia y fuese para Dispina, que muy cerca d'ella dormía, y díxole:

—Señora Dispina, si dormís despertad y oíme algunas cosas que os quiero dezir

que cunplen a vuestra onra y servicio, y agradecerme que no os las é dicho delante de vuestras dueñas y donzellas. Ya sabéis cómo el rey vuestro padre me mandó que vos serviese cuando me traxeron a su casa y que parase mientes por vuestra onra, e yo así lo hecho no tanto como diviera, porque antes de agora uviera yo de deziros lo que é visto y sentido, mas esperando que vós, señora, mirádes al alto linaje donde venís, que no hiziéades cosas que desonra vos fuera. Mas paréceme que todo lo avéis olvidado por un cavallero extranjero que no se sabe de quién es, y agora está aquí sirviendo a vuestro padre, y cuando se le antojare se irá por otras partes y loarse á de vós de las onras que le hazéis, y preciarse á del amor que le mostráis. En mal punto vós fuestes hija del rey Felipo de Francia para abaxar y amenguar así vuestro linaje por un cavallero que no sabemos si es moro si cristiano. Torna, señora, a vós, y de aquí adelante no sepa yo ni conosca que andáis en estas cosas. Si no, haré al rey que eche desonradamente a Oríbena, qu'es la mensajera de su casa. Porque veáis qu'estos cavalleros <que> no andan sino a desonrar y a provar el seso de las donzellas, sabed qu'el otro día, ^{63v} cuando yo fue con Blandena, la muger del dulfín, a ver a Grimonte, allegueme a él por endereçalle un coxín y echome los braços al cuello y apretó tan rezio que no pude librarne d'él sin que ricibiese desonra, que me besó tres o quatro vezes diziéndome palabras muy amorosas, que me amava como a<n> sí mismo, y rogándome que no uviese enojo por lo que avía hecho, que me pediría al rey y a mi padre en casamiento. Y desd'entonces acá mi corazón á sido triste porque no me é podido vengar d'él a mi voluntad por conocer los grandes engaños de los onbres.

Otras cosas muchas dixo Lidia a Dispina por onde le hizo ser muy airada contra

Grimonte, y llorando muy fieramente le respondió:

—¡O, mi amiga, bien parece el verdadero amor que me tenéis, pues así os avéis dolido de mi onra! Ruégovos, por amor de Dios, que no digáis a persona del mundo mi gran locura y mal seso. Yo me enmendaré tan bien que vós seáis content<o>[a], y si yo puedo y'os vengaré de Grimonte, pues tan desmesurado fue contra vós.

Lidia le dixo:

—Pidos por merced, señora, que lo que hizierdes sea con gran seso porqu'este hecho no se sepa y no venga mal de lo que onbre podría pensar. Harto basta que vós esquivéis a Grimonte de tal manera que no tenga pensamiento que lo queréis bien, que lo que avéis hecho era por amor del duque y sus hijos.

Dispina le dixo que así lo haría, y Lidia se fue a su lecho muy alegre, y Dispina quedó muy triste y muy airada contra Grimonte por lo que Lidia le dixo que avía hecho, que las otras cosas no las tenía en nada, y comenzó de llorar muy fieramente, y decía:

—¡Ay, Grimonte!, ¿cómo soy engañada por ti? Yo pensava que no avía en el mundo cavallero más mesurado ni leal que tú. Por esto te ama^{64r}va más que a mí. Agora veo que ay en ti toda traición y engaño. ¡Ay, Oribena, cómo con tus falsas razones me hazías creer que Grimonte jamás a otra donzella sino a mí nunca amó! Mas no es así, a cualquiera engaña y dize estas razones.

Así estuvo toda la noche quejándose de sí misma, que en toda ella no dormió. A la mañana, cuando vino Oribena a dalle de vestir, díxole muy sañuda que la dexase. Oribena la dexó y maravillose mucho qué podría ser su enojo. Dispina se levantó [con] los ojos hinchados del llorar que avía hecho como estava tan fuera de su seso del grande enojo que tenía. No pudo sofrirse d'estar en

su cámara y fuese a la cámara de la princesa por dar holgança a su coraçón, y estando hablando con la princesa entró en la cámara Donís, el príncipe, y traía por la mano a Grimonte. La princesa lo rescibió muy bien y sentáronse ellas en el estrado y comenzaron de hablar en muchas cosas, y Dispina estava <tan> tenblando con amor y ira de Grimonte, y Donís hablava con la princesa en secreto. Grimonte se vino tan cerca de Dispina como jamás se avía puesto, y [uvo] tienpo para le dezir su deseo y besalle las manos por las mercedes que le avía hecho. Los ojos baxos, sin osalla mirar, la boz muy baxa, le dixo:

—¡O, mi señora!, ¿cómo podría yo tener lengua para gradesceros las mercedes que de vós é recibido sin merescellas ni averlas servido? Yo me tengo por el más bienaventurado cavallero de los que en el mundo nacieron, pues que vós señora me quisistes recibir por vuestro cavallero.

Dispina, que muy airada estava, no le consentió ni esperó a Grimonte que más dixese. Con acatamiento muy sañudo le dixo:

—Grimonte, no avéis menester de agradecer lo que yo por vós é hecho, pues no lo hize por vós, que fuera mal empleado, mas por ^{64v} la onra del duque. De una cosa sola soy alegre, que de poco podré ser engañada por vós. De aquí adelante no seáis tan osado que m'enbiéis a dezir ninguna cosa ni vós me la digáis, que no la oiré, ni parescáis delante de mí. Si lo hizierdes mucho seré enojada y comprallo éis caramente, y así se castigarán los desleales cavalleros como vós lo sois, porque ninguno tenga atrevimiento de pensar locura contra donzella de alta guisa.

Grimonte fue tan tollido en oír a su señora razones tan crueles que se le quitó la habla y no pudo responder. Dispina se levantó para irse a su cámara, que ya su coraçón iba

descansado por lo que avía dicho a Grimonte. El príncipe se fue con ella. Grimonte dixo que se sentía malo y fuese a su cámara, y echose sobre su lecho y dixo que quería dormir. Desde que los donzeles lo dexaron y se vido solo fue tanta la cuita que sentió qu'estuvo una ora amortecido. Desque tornó en sí començó de sospirar muy fieramente, que parecía qu'el corazón se le ronpía y no podía dezir ninguna cosa, y si no viniera Carpasio y Manfredro que lo quitaron de su pensamiento él muriera allí. Mas como ellos le vieron [tan] mal no se partieron d'él todo aquel día, y otros muchos cavalleros que hablaban cosas de plazer, mas poco les entendía, y acordó en su pensar de irse aquella noche sin que persona del mundo lo viese, que jamás [se] supiese, y para hazer esto forçose cuanto pudo de hazer buen continente porque lo dexasen, y después que cenaron Manfredro y él estuvieron alguna pieça de la noche. Manfredro se echó en su lecho y Carpasio con él, porque Grimonte estava malo, y desque se vido desenbaraçado mandó un donzel suyo que le ensillase un cavallo y no lo dixese a persona del mundo, y el donzel así lo hizo. Grimonte se levantó y armose muy paso lo ^{65r} mejor que pudo muy encubiertamente, y cavalgó encima de su cavallo y dixo al donzel que no dix<i>[e]>se nada de su ida, y salió fuera de la cibdad. E iba tal que no sabía de sí parte, y no tomó otro camino sino aquel qu'el cavallo quiso tomar, y anduvo tanto aquella noche que muy gran parte de París se alongó.

[XVI]

Todo aquel día estuvo Dispina tan enojada que ninguna de sus donzellas le osó pescudar cosa del mundo, ni aun Lidia, que aquel enojo le avía causado. Y en la noche, cuando se acostaron, llegaron a ella

Felicia y díxole:

—Mi señora, pidos por merced que me digáis de qué avéis estado oy tan turbada y enojada, que después que os conosco nunca tal os vi.

Dispina le respondió:

—¡Ay, Felicia!, no me lo pescudéis, que no sé cómo os lo diga, pues yo tengo la culpa de todo mi mal en aver sido de tan mal seso de poner amor con quien no deviera y darle causa para que él tomase atrevimiento de pensar que yo le tenía amor, y holgava qu'él me lo tuviese. En mal punto vino a esta tierra Grimonte, pues por él avía yo de ser engañada.

Diziendo esto començó de llorar. Felicia se maravilló mucho de aquello y tomó a Dispina por las manos y besógelas muy amorosamente, y díxole:

—Pidos por merced que me digáis muy claro la quexa de vuestro corazón y qué á hecho Grimonte porque tanto d'él os quexáis, porque yo no puedo creer qu'él hiziese cosa que vuestro deservicio fuese. Pues no lo haze contra menor donzella del mundo, ¿cómo lo haría contra aquella que ama ^{65v} más que a sí mismo?

—¡Ay, calla, por Dios! —dixo Dispina—, que si así fuese él no me trocaría tan ligeramente por otra, mas lo qu'él hizo bien lo sé, y él perderá a mí y a ella y la mucha onra en que yo le pusiera. Suyo será el mayor daño y mío el provecho y la onra.

Entonces le contó todo lo que Lidia le avía dicho, y díxole:

—Mas, aunque Lidia me dezía verdad y me castigava con razón, no lo tuviera en nada, y poca cuita hiziera de mi onra y de sus palabras según el verdadero amor que le tenía si no supiera su maldad.

Felicia le dixo muchas cosas, que no creyese de ligero aquello, que podía ser que viesese engaño en aquellas razones, qu'ella lo

vería y conocería su fin, mas cosa qu'ella le dixese no aprovechó nada, que no la pudo amansar. Y otro día, como Carpasio se levantó, fue a ver a Grimonte y no lo halló en el lecho. Maravillóse mucho y anduvo pescudando por él y ninguno no le supo dar nuevas salvo el donzel que le dixo cómo se avía ido armado, que no sabía a dónde. Carpasio se maravilló y fue a dezir a Manfredro, que mucho le pesó de oírlo, y dixo:

—¡O, Santa María, valme!, ¿dónde podría ir Grimonte que no nos lo hiziese saber, especialmente que va malo? Miedo [he] que no torne tan presto, que alguna causa le movió [a] irse así. Cavalgemos y vamos a saber algunas nuevas d'él, si podremos saber por onde va.

Carpasio fue tan triste que dezir no se vos podría, y dezía:

—No pensava yo que vós, Grimonte, fuérades a ninguna parte sin llevarme con vós y me hazer saber de vuestra hazienda, como yo lo hiziera a vós. Mas parésceme que era engañado en el vuestro amor.

Y luego fue a cabalgar sin esperar a otro cavallero y anduvo todo aquel día sin comer, y no ^{66r} pudo aver nuevas de Grimonte, que su cavallo lo llevaba fuera de camino. Y otro día anduvo ansimismo buscando, y desde que no alló nuevas tornose muy triste para la cibdad pensando de hallarlo allí. Manfredro hizo otro tanto, y muchos cavalleros fueron con él, y no supieron más que Carpasio. El rey y todos los de la corte fueron muy tristes por la ida de Grimonte, especialmente por no saber a dónde se avía ido o por qué causa se avía partido d'ellos de tal manera. Cuando Dispina supo estas nuevas no pudo ser tanto el enojo ni ira que d'él tenía, especialmente desde que vido llorar a Blandena, muger del dulfín, y a Oribena, que dezían cosas muy triste[s], la muger del dulfín especialmente, llamándose cabtiva porqu'ella no

avía sabido de su ida, y dezía:

—¡O, Grimonte, el mejor de los cavalleros!, ¿qué cuita fue la vuestra o qué causa os hizo partir de vuestros amigos sin que gelo hiziédeses saber? Qué daño y qué perdida es tan grande la vuestra partida así tan escondidamente, que no lo quisistes dezir a persona para que fueran con vós y vos servieran.

Dispina, que oía la causa de su ida, mucho sentía aquellas razones, mas callávase, que no dezía nada. Lidia pensó de morir con pesar cuando lo supo, que bien creyó que ella avía sido la causa de su destierro, y aquella noche, como se echó en su lecho, estuvo pensando en el mal que avía hecho en dezir a Dispina lo que Grimonte no avía hecho. Como ya ella no vería jamás a Grimonte de sus ojos fue tan cuitada que perdió los sentidos y estuvo gran pieça amortecida, y tornada en su sentido començó a dezir, tan alto que Dispina, que no dormía pensando también en Grimonte cómo se avía ido, así lo oyó:

—¡Ay, cativa de ti, Lidia, donzella de mala ventura, que quesiste ser causa de tu muerte en dezir tales cosas ^{66v} por onde pusiste tanto enojo en Dispina y saña que se quitó delante de tus ojos aquel en quien tu corazón holgava en la su vista! Agora ¿qué harás? Que jamás lo verás ya, pues ¿cómo podrás tú bevir sin ver aquel que en valor y mesura no ay en el mundo quien con él se pueda igualar? ¡O, malaventurada de mí, que me deviera yo de contentar de solo verlo y esperar la ventura! Mas agora ningún remedio me queda sino morir. ¡O, Grimonte!, ¿dónde te fueste? En todo me quisiste ser cruel y enemigo. No bastó despreciarme como me despreciaste, sino irte para me dar cruel muerte. Será bien enpleada en mí, pues te levanté lo que tú no heziste ni pensaste.

Y diziendo estas cosas y otras muchas tornose amortecida, y toda la noche estuvo

así, que fue maravilla no morir. Dispina, que todas estas cosas le oyó, conoció bien que Lidia por el mucho amor que tenía a Grimonte le dixo lo que él no avía hecho ni pensado. Fue muy espantada y dixo entre sí misma:

—¡Ay, Santa María val, cómo tan sin culpa e condenado a Grimonte por la falsedad de Lidia! ¿Qué haré? ¿Cómo remediaré tan gran mal? Que ya Grimonte me tendrá por enemiga por le aver dado tan sañosa respuesta. ¡Ay, catival, que agora conosco yo el verdadero amor qu'él me tenía, pues así conplió mi mandado en dexar tan prestamente a sus amigos y irse desterrado por el mundo. No me conviene sino de morir con deseo suyo, que agora, conociendo su lealtad, lo amaré como a mí misma y converná sufrir mortales deseos por él si Dios no me acorre, y la mesura de Grimonte que perdone mi hierro si él es bivo, y si él muere yo no beviré una ora. ¡Ay, Lidia, cómo fuese causa de apartar de mí la mi alegría y descanso de mis ojos, que era ver a Grimonte,^{67r} qu'es la flor de los cavalleros!

Como esto estava pensando oyó a Felicia qu'estava hablando con Lidia, que despertó con sus ravisos sospiros, y como Felicia entendió qu'ella avía sido la causa de la ida de Grimonte començola de reprender muy malamente lo que avía hecho. Dezíale:

—Por cierto, Lidia, en poco cargo os es el linage del duque mi padre, pues con tan gran traición hezistes ir de aquí a Grimonte, que tan bueno era. ¿Qué mal os hizo o a vuestro linage, que coraçón tan cruel tuviste de poner en él culpa que no tenía sobre ser el más leal cavallero que nunca nació? Gran pena merescíais. No será mucho que Dios os la dé. Maldito sea el amor que vós le teníades y tenéis, pues tan dañoso avía de ser.

Dispina no se pudo sufrir, según la grande ravia que tenía en su coraçón, de no se

levantar, y fuese para donde ellas estavan, que era en su cámara misma, y solas aquellas dos donzellas dormían allí, y dixo a Lidia:

—¡Ay, Lidia, cómo de todo el mundo avíais de ser denostada, pues en vós avía tanto daño, y así sopistes <a> sin razón con vuestra culpa condenar a quien no lo merescía! Vós érades aquella que castigáades, <d>[qu]e aquello que por vós era deseado no se castiga, sino que yo devría publicar vuestra traición a la que fuese mi desonra porque todo el mundo supiera vuestra maldad, mas yo'spero en Dios qu'él os dará vuestro merescido, aunque no será sastifación aunque vós fuédes muerta y desonrada a la menor cuita que Grimonte pasara, qu'es el mejor del mundo. Y de aquí adelante yo vos conoceré por tal cual sois.

Lidia començó de llorar muy fieramente y dixo:

—¡Ay, señora, no dexéis sin pena a esta mal^{67v}aventurada, que bien la meresce! Yo confieso que muy sin razón conde[né] a Grimonte, y hízomelo hazer fuerça de amor. Y vós, señora, remediad la pérdida de aquel cavallero si pudierdes, que yo me daré la pena de mi merescido. Y sed cierta que yo esos atribulados días que biviere no serán aquí, mas irme é a donde los fenescan muy prestamente con vuestra soledad y la suya.

Diziendo esto se amorteció y estuvo así tanto que pensaron que era muerta. Dispina, aunque grande enojo tenía d'ella, úvole piadad, y así estuvieron toda la noche todas tres muy cuitadas, que Dispina no sabía qué hazerse. Y venido el día Dispina contó a Oribena cuanto avían pasado, cómo ella avía hecho ir a Grimonte con las palabras tan airadas que le dixo. Oribena se maravilló mucho. Como era sesuda y vido a Dispina con tanta pasión consolola mucho diziéndole, pues que ya el mal recabdo era hecho, que buscasen el remedio, qu'ella esperaba

que vendría muy presto una donzella su parienta que venía a verla [que] era donzella de grande entendimiento, qu'ella la enbía-ría a buscar con una carta que le escriviese, qu'ella confiava en la medida de Grimonte que luego vendría viendo su mandado, y tanto le dixo que la'sforçó mucho y tuvo por buen consejo aquel que Oribena y Felicia le davan. Y mientre qu'esto se puso en obra grandes pasiones sufrió Dispina, que tanta cuanta fue la ira y saña que de Grimonte uvo se convirtió en amor desque supo que no era verdad lo que Lidia le dixo, mas que antes era al contrario y que la avía despreciado. Lidia, de aquel pensamiento y tristeza, se le causó una ^{68r} grave enfermedad, y a esta causa se fue a casa de su padre, el duque de Saboya, y a la fin se metió en un monesterio, que no quiso más bevir en el mundo. Carpasio, como estuvo ocho días en la corte y no supo nuevas de Grimonte, despidiose del rey y de Dispina, la cual le rogó mucho que si supiese nuevas de Grimonte o lo hallase en casa de su padre que gelo enbiase a dezir. Él gelo prometió y partiose, y fuese derechamente a Brogonia, y quando no halló nuevas fue muy triste, y así lo hizo el duque y Franxiste su hijo. Carpasio estuvo allí algunos días y no pudo sufrir de no ir a buscar a Grimonte, como adelante os contaremos, y otro tanto hizo Manfredro, el hijo del rey de Francia.

[XVII]

Partido Grimonte con tan grande cuita y pesar como vos avemos contado por la airada respuesta que su señora le dio, [que] le mandó que se fuese y no paresciese más delante d'ella, anduvo dos días que no comió ni bebió andando fuera de camino, que no sabía por ónde iba más de quanto el cavallo lo lleva[va] por onde quería.

Y anduvieron tanto qu'el cavallo <l>[d]e cansa<va>[ncio], y él de flaco, cayeron en el suelo. El cavallo comenzó de pacer de la yerva verde que halló. Grimonte metiose entre unos árboles y echose cabe una fuente que allí estava, y quitado su yelmo lloró tanto que desvanecido y flaco se dormió, y estando así oyó que le llamavan:

—Grimonte, ¿duermes ^{68v} o qué hazes?

Grimonte despertó a la boz, y como abrió los ojos <y> vido una vieja muy lasa y arrugada encima de un rocín muy flaco. La vieja le dixo:

—¡O, feroso cavallero! Ruégote que me digas la causa de tu grande tristeza, que yo trabaxaré por quitártela si pudiere.

Grimonte estava tal que apenas podía hablar, y díxole:

—¡O, buena dueña! Ruégovos que no me pescudéis por qué me é desesperado, que mi mal no tiene remedio. Por eso no lo quiera[s] saber.

La vieja le respondió:

—Si tú me quisieres creer no morirás, y dexarte as de tan gran locura como es la que tu corazón te puso [en] amar y querer lo que no puedes alcançar. Vete comigo y llevarte [he] a las más sabrosas moradas que ay en el mundo, que yo tengo, y allí te tendré tan vicioso y abastado de todas las cosas que uvieres menester, tanto como el enperador las tiene, y vivirás comigo gloriosa vida aunque yo no sea tan moça ni tan hermosa como la que tú amas. Á manzilla de tu hermosura y moçedad y bive vida con plazer, que tú eres dino de ser amado, que tu vista me á causado grave pena. Ruégote que no me deseches. Recibe los mis ruegos si me quieres ser piadoso. Decendiré y tomarte é en los mis braços, y mi corazón será descansado y tú tornado en tus fuerças. Dexa para la mala ventura aquella cruel enemiga que así te desechó.

Grimonte fue tan airado de oír la vieja que cobró fuerça y levantose en pie, y sacó su espada y dixo:

—Mala vieja, agora serán fenecidos tus días como tú merescas, que más vale morir por aquella que en el mundo no tiene par que bevir por ti ni por otra ninguna.

La vieja, que tan airado lo vido, dio con un açote al rocín y alejose mucho d'él. Grimonte tornó a meter la espada y tornose a sentar cabe la fuente, y a poco rato tornó la ^{69r} vieja en un palafrén muy ricamente guardado, y ella no parecía tan vieja como de antes, y parose delante de Grimonte y díxole:

—Marsindo, ¿estás ya más desenojado de mí que denantes, que me querías matar? Óyeme lo que te quiero dezir y recibe mi consejo agora que quiero hablar contigo de verdad, que lo que te dixere era por ver si te podría quitar tu cuidado, que la mi edad no requiere tanta fermosura y niñez como tú tienes. Quiero que sepas que yo te amo tanto que la manzilla que uve de tu cuita me hizo venir de lueña tierra a consolarte. Si tú supieses cuánto yo sé de tu fazienda no te enojaras contra mí como te enojaste, y dígo de cierto que a aquellas cosas que Dios tiene ordenadas no se pueden escusar que no sean. Por esto no te diré tanto de tu fazienda como lo sé, y los generosos coraçones y esforçados en esto se muestran no ser iguales de los otros cavalleros baxos en sufrir las cosas fuertes y graves, porque a las vezes lo que parece ser malo y grave aquello haze aver buenos fines. Dígo te verdaderamente que la tu partida á sido causa de grave dolor en el coraçón de tu señora, y ella te ama agora con doblado deseo que de antes, y daría a todo el mundo que suyo fuese por saber de ti y ser cierta que la perdon< o>[a]ses. Por eso esfuérçate y no quieras perder el alma y el cuerpo y morir desesperado, y el buen comienço que as hecho no dexes de hazer tales

cosas por onde los fines sean buenos, que yo te certefico que tú vienes de tal linage de anbas a dos partes que te conviene de hazer grandes cosas para parescer aquel que te enxendró. No pasarán muchos tienpos que conoscerás ser verdad lo que te digo. Y en aquel tienpo la tu Dispina, que tanto amas, se tendrá por bienaventurada de te aver por marido. Y sábette que muy presto avrá[s] su mandado, ^{69v} y en la ora que llegare a ti aquella qu'el mandado de tu señora te llevará serás tú puesto en el mayor peligro que nunca fuese en batalla que por ti fuese fecha ni será, porque lo as de aver con tal cavallero que nunca fue vencido ni sobrado de otro ningún cavallero por bravo ni poderoso que fuese. Y cuando aquella que te digo vieres acuérdate de mí, que te digo esto, y amansa la braveza de tu esforçado coraçón y no quieras llevar a fin la batalla que te digo que avrás con aquel buen cavallero, porque si lo hizieres serías causa de gran pérdida en el mundo, que no se podría cobrar, y convenría que anbos a dos feneciédeses vuestros días. Y toda la onra que aquel cavallero que te digo hizieres será tuya y tu gran provecho. Toma este anillo y mét< o>[e]llo en tu dedo y jamás de ti lo partas, qu'es de gran virtud y consolarse á tu coraçón. Y si me mandas que decienda de mi palafrén hazello é, que mucho soy alegre con la tu vista.

Grimonte estava espantado de oír aquella dueña lo que le dezía y saber así todas sus cosas, y con deseo de saber más levantose y fue a la dueña, y con grande omildad díxole:

—Mi señora, ruégovos que me perdonéis si fue desmesurado contra vós, que yo soy aquel que recibo gran merced en que queráis decender y estar aquí conmigo y dezirme por onde yo no muera tan cruel muerte, pues veo que todas mis cosas sabéis.

Y tomola en los braços y decendiola del

palafrén y fuéronse a sentar cabe la fuente. La dueña rogó a Grimonte que lavase sus manos y que comiese algún poco de lo qu'ella le daría. Grimonte por su ruego lo hizo. La dueña le dio un letuario que mucho lo consoló. Después hízole comer una enpanada que traía y diole la sortija, y Grimonte ^{70r} la metió en el dedo y vio la otra que su señora le dio la noche antes que d'ella se partiese, y no pudo estar que las lágrimas no le viniesen a los ojos, y sospiró muy fieramente y dixo:

—¡Ay, Dios, si será verdad que yo torne a cobrar la gracia de mi señora! ¡O, anillo, cuánta alegría distes a mi corazón y tan presuntamente me la quita<da>[ste]!

La dueña se rio y díxole:

—Mi buen hijo, sabed que las tales dulçuras y glorias traen amargos jaspes. Si vós quisiéades contentar a la donzella que vos requirió de su amor no viniéades en tanto peligro, que ella vos causó todo este mal, mas a la fin la lealtad nunca se pierde. Así lo hazé siempre, que no vos puede venir sino todo bien.

—¡Ay, mi señora y amiga! Ruégovos por la fe que a Dios devéis que me digáis si es verdad que mi señora se á arrepentido del mandamiento que me hizo que no pareciese delante d'ella.

—Sí, en verdad —dixo la dueña—, y tanto que si supiédeses su cuita no podríades sufrir de no ir a quitalle d'ella.

—Guárdeme Dios de hazer tal cosa —respondió Grimonte—, que yo jamás pasaré <se> su mandado aunque supiese morir. Mas con la esperança que me avéis dado sostendré la vida como pudiere hasta que vea si soy tan bienaventurado como me dezís qu'ella me enbíe a llamar, y pues tanto de mi fazienda, señora, sabéis, ruégovos que me digáis quién es mi padre o dónde lo hallaría, porque yo lo pudiese servir.

La dueña le dixo:

—Señor mío, ya os dixe en el comienço que ninguna persona d'esta vida puede estorvar que no sea aquello que Dios tiene ordenado y á de acaecer. Si yo os lo dixese iría contra la voluntad del muy alto Señor. Básteos que os digo que no pasará mucho tiempo que no lo sepáis, y aún os prometo de ir a veros en aquel tiempo ^{70v} si el Señor la vida me da, y allí os agradeceré un socorro que haréis a un cavallero que yo mucho amo.

—Plega a Dios —dixo Grimonte— que me dexe hazer cosa con que vós seáis servida y onrada porque os pague el gran cargo en que os soy de averme dado la vida sin merescéroslo.

Muchas cosas estuvieron hablando la dueña y Grimonte todo aquel día hasta la noche, mas la dueña nunca le quiso más dezir de lo qu'él deseava de saber, y pasada la una parte de la noche la dueña dixo que quería dormir y echose entre los árboles y Grimonte quedó cabe la fuente, y como estava ya más sosegado dormiose hasta la mañana, y cuando miró a todas partes no vio a la dueña ni al palafrén y halló cabe su yelmo un paño atado con mil pieças de oro, qu'él no avía traído un dinero, y halló una lança de un hierro muy claro y muy linpio y un escudo de un fuerte azero muy bien hecho y muy más fuerte qu'el suyo, y tenía en medio la espina que Grimonte traía por armas, salvo qu'estava atravesada en un corazón y la corona d'espinas por orladura, hecho así como el suyo, qu'él avía olvidado de traer. Mucho fue espantado Grimonte de ver aquello y santigose <muy> muchas vezes y dixo:

—¡Santa María, vall, ¿qué cosa puede ser esta? Si es persona umana aquella dueña, grande es el su saber. Mucho tengo que agradecerle socorrerme tan bien.

Y luego enlazó su yelmo y tomó su escudo y su lança, y cavalgó encima de su cavallo, y fuese su camino pensando en muchas cosas, y acordó en su pensamiento de ir a ver a Damasio, príncipe de Nápoles, el su tanto amigo, y de allí a donde la ventu^{71r}a lo guiasse. Y anduvo cuatro días por el camino que va para Roma que no le aconteció ninguna cosa más, y iba acompañado de grandes cuidados porque dudava de no ser verdad lo que la dueña le avía dicho, y también por ganar onra, porque si la ventura le ayudase de conocer a su linaje que sin vergüença podiese parecer delante de su padre, pues todos le dezían ser de alto fecho de armas. Y así con este pensamiento iba un día tan fuera de su sentido que ninguna cosa oía ni vía, y llegó a un castillo muy fuerte y muy bien hecho qu'estava cabe un río y tenía una puente muy alta, y estaban ante de la puente unos prados muy verdes y frescos, y estaban asentadas tiendas en la verde yerba. D'esto Grimonte no vio nada, aun[que] muchos cavalleros armados y donzellas en ellas estaban, y fue hasta juntar a la puente, qu'estaban diez escuderos con hachas en las manos que fueron a trallave de las riendas del cavallo y dixéronle:

—Cavallero, teneos afuera, que no podéis pasar por la puente sin que primero justéis con un cavallero de alta bondad de armas. Y si tal fuere vuestra ventura que le derroquéis, ganaréis su cavallo, mas avéis de justar con otro, y así hasta ocho cavalleros que guardan este paso por amor de sus señoras que consigo tienen. Si vós fuéredes derrocado avréis de dexar vuestro cavallo y iros a pie, y así hiziérades a vuestra señora si con vós viniera, qu'el cavallero que vos derrocara la diera por servidora a su amiga. Mas, pues no la tr[an]smitís, guardada será d'ese peligro.

Grimonte s'ensañó y dixo:

—Ciertó, aunqu'ella aquí viniera no le

hiziera Dios tanto mal, y a mí con ella, que ví^{71v}niera en tal poder. Ciertó, argullosos son los cavalleros que en tal demanda se ponen en no dexar pasar los que van su camino, porque yo no avía voluntad de justar ni de me combatir con ninguno que azás la ventura me tiene vencido.

Los escuderos se rieron y dixéronle:

—Sabed qu'el río es alto y [no] tenéis por ónde pasar sino por aquí, o vos tornad por onde venistes a buscar quien mande esa vuestra fermosa espada y rica[s] armas, que vós poco las usáis, según me parece.

Como ellos estavan en estas razones llegó un cavallero todo armado salvo de yelmo y traía una fermosa donzella por la mano, y dixo a los escuderos:

—¿Qué hazéis con ese cavallero en razones? Si no tiene coraçón para justar tórnan<o>[e]se por el camino por onde vino, que me parece más que a [su] coraçón lo tiene más que justar por servicio de su señora, que si ella hermosa fuese como esta que yo tengo delante de mí darle ía coraçón y osadía de acometer cualquiera aventura que venir le pudiese.

Grimonte, que oyó estas tales razones, crecióle gran saña y dixo:

—Ciertó, cavallero, vuestra amiga es más fermosa que vós mesurado, y aunqu'ella muy fermosa sea, si yo me uviese de combatir con vós por razón de la fermosura de mi señora prestamente os podría yo vencer y ganar a ella. A mí me falta lo que a vós sobra, qu'es su gracia y querer, lo que a vós os haze ser sobervioso. Mas vós querido d'esa que amáis, <que> [y yo] olvidado y aborrecido de aquella que por señora tengo, quiero ver si me será favorable la fortuna en su ausencia como me fue esquivia en su presencia. Poné vuestro yelmo luego y tomá vuestra lança, que mu^{72r}cho me tardo aquí.

El cavallero demandó apriesa su cavallo

y su escudo y luego le fue traído, y enlazose el yelmo y cavalgó, y tomó su lança y dixo:

—Agora veremos, don cavallero desechado, qué sabéis hazer, que tan es vuestra amiga.

Y apartose el uno del otro y vinieron al más correr de sus cavallos, y encontráronse muy poderosamente, qu'el cavallero de la puente era muy bueno y quebró su lança en Grimonte, mas aquel que le pasava de bondad iba sañado. Lo sacó de la silla muy ligeramente y dio con él por las ancas del cavallo muy grande caída, y dixo:

—Parésceme, cavallero bienaventura[do], que la fermosura de vuestra señora no os valió ni su favor ni ayuda.

Y púsose a una parte, que la lança no la quebró, y dixo a los escuderos que le guardasen el cavallo de su señor. Otro cavallero muy arguloso, que era el segundo de los ocho, cavalgó apriesa y vino contra Grimonte, que no lo dudó, y viniéronse a encontrar con tanto ardimiento qu'el cavallero frió a Grimonte un poco con la cochilla de la lança, mas él l'encontró tan poderosamente que le metió la lança por el cuerpo, tanto que dio con él en tierra muerto, y miró su lança y vido qu'estaba buena. Y luego vino el tercero y ansimismo l'encontró tan poderosamente que lo derrocó en tierra, y estuvo dos oras que no se pudo mover. Qué os diremos, que todos ocho cavalleros que guardavan la puen[te] derrocó en tierra, todos muy maltrechos, y su lança no se le quebró, y cuando las donzellas qu'estaban en las tiendas vieron esto maravilláronse y vinieron allí llorando, y dezían:

—Cavallero, malandante seáis, que venistes acá a hazer tanto mal.

Él miró a todas aquellas donzellas y entre todas vido una de edad de ^{72v} quinze años muy fermosa y mesurada, y paresciole mejor que todas las otras, y llegose a ella y díxole:

—Donzella, porque me paresce, según vuestra edad, que no tenéis aquí amigo, quírovos dar estos cavallos que gané a estos cavalleros [e]namorados, que tan mal le ayudaron sus amigas a defenderlos.

La donzella, que muy pagada de Grimonte estava por lo que le vido hazer, se le omilló y díxole:

—Si en vós, cavallero, ay bondad de armas, bien creo que no os falta medida. Y'os tengo en merced el don que me dais. Plega a Dios que con servicios que y'os haga lo pague. Vós, señor, ganastes los cavallos con derecho y son vuestros. Recíbolos de vós como de aquel qu'es el mejor cavallero que yo nunca vi, y querría sienpre que os diese Dios buena ventura, pues la merescéis.

Grimonte se partió de allí. Pasando la puente fue su derecho camino. Todos quedaron espantados d'él y alçaron las tiendas y fuéronse al castillo todos muy tristes salvo Versinta, que no pensava en otra cosa sino en el cavallero que le avía dado los cavallos, y dezía:

—¡O, qué bien aventurada sería yo si tal cavallero como aquel pudiese servir todos los días que yo bebiese! Cierito, no querría mayor bien. Quiero ir a buscallo, y veré si es tan fermoso como bueno, que medida yo creo que no le falta.

Y tanto estuvo pensando en estas cosas que sin ningún detenimiento acordó de irse tras él, y llamó a un hermano suyo qu'ella amava mucho y él a ella, y rogole muy afincadamente que fuese con ella. Y esta donzella era hija del señor ^{73r} del castillo, que era muy viejo, y aquel cavallero que Grimonte primero derrocó era su hermano, y todos los otros eran sus parientes. Y como Olinor, que así se llamava su hermano, le prometió de irse con ella, adereçó muy prestamente lo que le era menester, y Olinor ensilló un palafren para la donzella y un cavallo para él,

y como todos andavan rebueltos sin pararmiente en ellos <y> salieron fuera del castillo y cavalgaron, y fueron por su camino y anduvieron tanto que al alva del día llegaron a un[a] floresta a donde Grimonte avía dormido, que mucha pena le era d'entrar en posada ninguna, por eso dormía en el canpo, y avía ya tomado sus armas y cavalgado en su cavallo, y veníase al camino. Cuando Versinta lo vido demasiadamente fue alegre y dixo a su hermano:

—Agora me tengo por bienaventurada por aver hallado el cavallero, e ya no me temo de cosa que venirme pueda.

Entonces se llegaron a Grimonte. La donzella lo salvó y él a ella. Versinta dixo a Grimonte:

—Señor cavallero, ¿conoscéisme? Que poco á que me vistes.

Grimonte, que no tenía aquel cuidado, no la conosció, y díxole:

—Señora donzella, si y'os vi no se me acuerda, mas si algo me avéis menester hazello é.

Versinta le respondió:

—Señor cavallero, mercedes a vós por lo que me prometéis, que de tales como vós no se á de tomar sino por muy cierta la palabra que dize, aunque se diga livianamente. Si vós, señor, me prometéis de hazer aquello que yo vos rogare, dezírvoslo é con esperança que lo conpliréis.

Grimonte le dixo:

—Donzella, si es cosa que yo pueda hazer, dezid ^{73v} todo lo que quisierdes.

La donzella se <lla se> omilló y dixo:

—Señor, pues que esa palabra tengo de vós, vamos adelante, que yo vos lo diré cuando menester me sea.

—En el nonbre de Dios —dixo Grimonte, y fueron hablando por el camino hasta ora de medio día, que entrava la calor del sol y uviéronse de apaar al pie de una

sierra de donde salían muchas fuentes claras.

Grimonte quitó el yelmo y lavose el rostro y las manos, y quando Versinta lo vido fue espantada y dixo:

—Bien salí verdadera en mi pensamiento, qu'este cavallero lo hizo Dios estremado entre los otros. Agora no me pesa por lo que hecho de venir a servillo y dexar mi padre y a todos mis parientes por él. Cuando otra cosa no ganase, bastarme ía de ver sus grandes cosas.

Y eso que Grimonte estava muy desemejado con la gran pasión y cuita que avía sofrido y sofría. Versinta dezía que nunca cavallero avía visto que aquel se paresciese. Versinta traía qué comiesen, que no se le avía olvidado quando se partió. Pidió por merced a Grimonte que comiese y él por su ruego lo hizo, y aunque hasta allí la soledad le era descanso, <con> la buena gracia de aquella donzella le hazía alegrarse algún tanto. Y después que uvieron comido Grimonte rogó a la donzella que le dixese el don que le avía de demandar, porqu'él estava aparejado de conplillo. La donzella le quiso besar las manos, mas él las quitó afuera. Versinta le dixo:

—Mi señor, pues vos plaze de sabello, quiérovoslo dezir. Sabed que yo soy la donzella a quien vós, señor, distes los ocho cavallos que ga^{74r}nastes de los cavalleros que guardavan la puente, e yo, por serviros la gran merced que me hezistes sin conocerme, dexé a mi padre y a mis hermanos y quise venir a conosceros, porque creo que mejor cavallero que vós no lo ay en el mundo <que vos> quando vi que tan ligeramente vencistes aquellos cavalleros que en esta tierra eran tenidos por los mejores d'ella. Y avía un mes que allí estaban que ninguno d'ellos avía tomado armas sino el primero que vencistes, y aunqu'ellos todos eran mis hermanos y parientes, por eso no dexé yo

de conoscer la vuestra bondad y pensé que otra mayor gloria ni bienaventurança no podía ser para mí que serviros y ver vuestros grandes hechos en armas. Y esto pensado, rogué a este mi hermano, qu'es muy buen escudero, que se viniese conmigo, pues que vós ívades solo, que anbos a dos vos servié<n>semos de todo cuanto menester os sea. Y el mayor servicio que y'os puedo hazer es curar vuestras llagas cuando vós las <las> tuvierdes, que azás deprendí d'este menester. Y el don que me prometistes es este, que a este mi hermano y a mí nos recibáis por vuestros, que a donde quiera que vós vais <e> yo vaya si quisiere.

Grimonte, qu'esto oyó a la donzella, maravillose mucho y díxole:

—Donzella, [en] grande cargo o[s] soy. ¿Por tan pequeño don queréis tomar por mí tanto trabajo? Yo nos vos <lo> aconsejaría que así lo hiziédeses porque yo tengo de andar por muchas tierra por onde vós recibiríais mucho afán de andar conmigo. Yo vos gradescos mucho vuestra buena voluntad, y a donde quiera que yo'stuviere y vós uvierdes menester vendré a vuestro mandado.

La donzella le respondió:

—Mi señor, bien ^{74v} tengo yo conocido que haríais eso que me prometéis, mas ya no es tiempo, e yo no osaría quedar en toda esta tierra temiendo la braveza de mi padre y hermanos, que cuando d'ellos me partí olvidé cualquier trabajo y afán que yo podría recibir en andar con vós, que por grande que sea, será para mí gran gloria, y acaso por eso no curéis, buen cavallero, de dezirme más, que yo jamás os faltaré el don que me prometistes.

Mucho le pesó a Grimonte de lo que oyó dezir a Versinta. Pensó llevalla consigo hasta Nápoles y allí dexalla a la reina, y hizo buen senbrante contra la donzella, gradesciéndole lo que por él hazía, y díxole, pues qu'ella

era contenta, que a él le plazía de tomallos por suyos anbos a dos. La donzella fue muy alegre, y después qu'estuvieron allí reposando cavalgaron, y Olinor el escudero tomó el escudo y la lança de Grimonte para llevalla, y así anduvieron dos días. Los dos hermanos servían mucho y con grande ligencia a Grimonte, especialmente Versinta, que d'él iba muy pagada, mas mucho era maravillada de ver a Grimonte tan triste y cuidadoso, y no osava pescudalle, hasta que mucho lo conociese, qué era la causa d'ell<a>[o]. Y caminando así Grimonte con tan buenos servidores acaesciole al tercer día una aventura peligrosa, que llegando a un castillo a ora de medio día vido en unos grandes prados que delante d'él estaban mucha gente. Llegándose más cerca vio un cavallero que tenía una donzella por los cabellos, que eran más ruvios que oro y ella muy fermosa a maravilla, y el cavallero tenía rodeados los cabellos en las manos y tirávale muy fuerte ^{75r} por ellos. La donzella dava muy grandes bozes y gritos, y dezía:

—¡O, Santa María, valedme, que no muera así tan mala muerte!

Y estava una dueña que tirava d'ella llorando muy piadosamente y rogava al cavallero que uviese piedad de anbas a dos, mas él poco se curava, y vido un cavallero mancebo muy apuesto desnudo del todo y una gruesa cadena a la garganta y a las manos, y un gran villano que fuertemente lo açotava, y a otra donzella qu'estava presa con él, y vio otros villanos que hazían apriesa una hoguera, y <d> ellos tenían hachas y porras en las manos. Y como Grimonte vido llorar tan fuertemente aquellos presos, especialmente la donzella hermosa que dezía «¡O, padre!, ¿cómo sois tan cruel a la hija que engendrastes?», uvo piedad, y llegó primero al villano que açotava la donzella y el cavallero, y díxole:

—Villano cruel, ¿por qué eres tan despiadado? ¿Quién te manda hazer tanto mal?

El villano respondió:

—Lo qu'ellos ganarán por la piedad que d'ellos avéis será muy más crueles feridas.

Y alçó el açote y ferió tan rezio al cavallero que le hizo amortecer con dolor. Grimonte fue todo lleno de ira y dixo:

—Nunca Dios quiera que yo dexe pasar tanta crueldad delante de mí.

Y tomó la lança y dio con ella al gran villano tal ferida que luego cayó muerto. El cavallero que tenía la donzella por los cavellos, que lo vido, fue muy enojado, y començó de dar bozes a los otros villanos que matasen aquel cavallero, y vinieron luego seis d'ellos con hachas en las manos, y el primero que llegó a Grimonte antes qu'él le feriese le ferió Grimonte con la lança por mietad del cuerpo, que gela pasó a la otra parte y dio con él ^{75v} muerto en tierra. Y mientras él esto hizo otro villano frió al cavallo de Grimonte con una hacha en la cabeça tan fuertemente qu'el cavallo cayó luego muerto. Grimonte, como era ligero, salió muy prestamente d'él y sacó la espada, y fue contra los otros villanos que malamente lo ferían, y al primero que alcançó diole por encima de la cabeça tan pesado golpe que lo hendió hasta los onbros, y así hizo a otro. Como los otros vieron su muerte tan aparejada, según el cavallero andava bravo y ligero, echaron a hoír, mas ya el cavallero viejo avía enlazado su yelmo y cavalgó en un cavallo que allí le tenía un donzel y tomó su lança, y vino muy bravo contra Grimonte diziendo a grandes bozes:

—En mal punto matastes mis onbros, don cavallero malo, que moriréis por ello.

Grimonte, qu'estava a pie, no s'espantó por eso, mas antes esperó al cavallero. Como venía con grande ira, la lança baxa contra él, Grimonte se desvió y el cavallero pasó rezio

por él. Grimonte lo ferió en una pierna con la espada al pasar y hízole una gran llaga. El cavallero viejo era de gran coraçón y bolvió contra Grimonte, la espada sacada, y llegose a él y diole un gran golpe encima del yelmo que le hizo hincar una rodilla en el suelo, y levantose muy presto y ferió al cavallero con una maça que tomó de las que dexaron los villanos, que le hizo abraçar a la'servizes del cavallo. Y tras este diole otro que le hizo perder los sentidos y perder la rienda, y el cavallo s'espantó y dio con él en el suelo. Grimonte fue sobr'él y cortole las enlazaduras del yelmo y cortole la cabeça, y tomole por los cabellos y echola hazia la donzella qu'él tenía por los ca^{76r}bellos, y díxole:

—Señora donzella, ya no temeréis d'este que tan mal tratava los vuestros hermosos cabellos.

La dueña qu'estava cab'ella, qu'esto vido, cayó amortecida. Todos s'espantaron los qu'esto vieron. Grimonte tomó el cavallo del cavallero muerto, que ya Olinor gelo tenía por las riendas, y cavalgó <Grimonte> muy quebrantado del grande afán que avía llevado, y esto hizo él porque vido salir del castillo cuatro cavalleros armados, y el uno d'ellos venía delante y traía muy ricas armas, y venía bien encavalgante, y como llegó a Grimonte díxole:

—Cavallero malo, en mal punto hezistes tanto mal, que matastes el mejor cavallero del mundo. Poca vengança será en la vuestra muerte con la suya.

Y deziendo esto encontró a Grimonte tan poderosamente que le falsó el escudo y la loriga, y hízole una llaga en el lado esquierdo de que Grimonte mal se sentió, y sacó la espada y fue contra el cavallero, y diole tan esquivo golpe por encima de la cabeça que le cortó el yelmo en dos partes, que luego de la cabeça se le cayó. Y cuando el cavallero vido su cabeça desarmada no

se tuvo por seguro, mas esforçose con los otros tres cavalleros que llegaron y ferieron a Grimonte todos juntos. Grimonte, cuando esto vido, esforçose. Con grande ardimiento se defendía d'ellos, que a pesar de todos tornó a juntar otra vez con el cavallero qu'estava sin yelmo y diole tal golpe por encima de la cabeça que lo hendió hasta los dientes y luego cayó muerto en tierra, mas los otros tres cavalleros aquexavan a Grimonte muy malamente y feríanlo por todas partes. Mas él, qu'era de gran coraçón y ardimiento, delibrose d'ellos maravillosamente, y dio al uno tal golpe en e<n>[l] braço que gelo cortó y cayó tollido de dolor del ca^{76v}vallo a tierra. Y luego acometió al otro con tanto ardimiento que no pudo sufrir sus pesados golpes, y muy malferido de muerte bolvió las riendas al cavallo y fuese huyendo. El tercero porfió de vengar a su señor, mas costole muy caro. Grimonte andava muy encendido en ira porque se sentía malherido, y dio al cavallero tantos golpes y tan pesados qu'el cavallero no se pudo tener en la silla y dende a poco murió. Y desde que Grimonte vido que no avía de quién temer, que todos los villanos se avían ido de miedo y dexaron la donzella y el cavallero presos solos, <y> mandó a Olinor su escudero que sacase de las cadenas al cavallero y a la donzella. Olinor lo hizo y dio al cavallero un manto con que cubriese, y el cavallero se vino para Grimonte y hincó las rodillas en el suelo, y besole los pies y la loriga, qu'estava tinta de sangre, y díxole:

—¡O, buen cavallero, qu'el Señor del mundo que tan estremado en bondad de armas os hizo <e>[o]s dé el galardón de tanto bien como oy avéis hecho! Por malaventurado me tendría si no vos lo serviese.

Grimonte le dixo:

—Amigo, dexadvos d'eso y dezidme si á más menester de hazer para libra[r]os a vós y a esa donzella, y si avéis de quedar aquí o

ir a otra parte que ayáis menester mi ayuda.

—Mi señor —dixo el cavallero—, a mí me conviene de ir de aquí luego hasta un castillo mío qu'está de aquí una jornada, que no osaría quedar entre mis enemigos así desarmado y desnudo como me veis. Pidos por merced que no me desanparéis hasta allí, y vós, señor, seréis curado de vuestras llagas.

Grimonte le dixo que le plazía, que cavalgase en un cavallo de aquellos y que levase la donzella a las ancas, y el cavalle^{77r}ro fue muy prestamente a desarmar al cavallero de las ricas armas y armose con ellas lo mejor que pudo, y Olinor le ayudava, y dixo:

—¡Ay, Guelisán, cómo vino sobre ti el mal que pensaste de hazerme! ¡Cómo Dios fue tan justo que a mí me socorrió, qu'estava sin culpa, y a ti dio la pena que mereciste por rebolver tanto mal!

Mientras que Polidantes, que así avía nonbre el cavallero preso, se armava, Grimonte llegó a la donzella hermosa que tenía la dueña abraçada. D'anbas a dos lloravan muy fieramente, y díxole:

—Señora, el dolor de veros tan crudamente feri<r>da, qu'el cavallero qu'es muerto por su soberbia me causó ponerme en el peligro que vistes y pondré si es necesario para libraros de aquí. Ruégovos que me digáis si queréis quedar o ir con aquel cavallero qu'estava preso y con la otra donzella. Como vós lo quisierdes yo así lo haré.

La donzella, que muy triste estava, le respondió:

—Mi señor, vós me libristes de muerte por vuestra gran bondad y mesura, mas cierto yo más quisiera morir que ver a mi padre muerto a mi causa, que aquel que tan cruel se mostrava contra mí m'engendró. Él es muerto por su pecado. Yo sienpre seré triste por ser la causa de su muerte. A mí me conviene de quedar con esta dueña que me parió, que ya no tengo que temer. Ruego

a Dios que os faga el más bienaventurado cavallero de los del mundo, que vós hezistes como todos los buenos cavalleros lo hazen en socorrer a las donzellas atribuladas como yo lo era.

La dueña començó de dezir:

—¡Ay, cavallero, no sé qué deziros! Si un bien me hezistes, mayor mal y pérdida recibí de vós, que me matastes mi marido. Ruégovos que vos vais de aquí, no vos vea yo más, que gran cuita y pesar recibo en veros.

Grimonte le dixo:

—Dueña, eso^{77v} yo lo haré como lo dezís, mas sabed que Dios no consiente que los malos y crueles mucho bivan en el mundo. Por eso morió vuestro marido, que tal debía de ser según lo que le vi hazer.

Y despediose d'ellas, y ya Polidantes era armado, y tomó la donzella a las ancas del cavallo y partieron de allí. Mucho era alegre Versinta por ver las mar<i>avillas en armas de Grimonte, y dezía entre sí que nunca donzella avía sido más bienaventurada qu'ella en aver tal señor, y llegose a él y díxole:

—Mi señor, parésceme que ís herido. Bien sería de curar vuestras llagas.

Grimonte le dixo que hasta que llegasen algún lugar que pudiesen reposar que no se quería desarmar, y ansí anduvieron todo aquel día hasta que llegaron a un lugar muy verde y fresco, y apeáronse entre unos árvoles cabe una fuente, y luego Versinta desarmó a Grimonte y catole las llagas, y vido que la del encuentro de la lança era la peor de todas y remediole aquella noche lo mejor que pudo. Y cenaron de lo que traían, y como venían todos cansados dormieron hasta la mañana, que se armaron y fueron su camino.

Polidantes fue contando a Grimonte cómo avía sido preso por causa de Gelisán, el cavallero que avía salido del castillo delante de los otros, que era hermano del señor

del castillo, y díxole:

—Verdad es, señor, que yo amava aquella donzella que querían quemar más que a mí mismo, y ella a mí de leal amor, deseándola yo aver por muger y ella a mí por marido. Y su padre era tan sobervio y follón que no me la quiso dar por muger por muchas vezes que yo gela enbié a demandar. Y pasaron algunos días. Yo rogué a esta donzella que aquí traemos, qu'es mi hermana, que fuese a una romería qu'es muy cerca de aquel castillo, que si por ^{78r}ventura allí fuese la donzella que se hiziese muy amiga con ella y se fuese al castillo con ella, y le hiziese saber que yo deseava casarme con ella. Pues su padre no quería consentir en ello, qu'ella lo hiziese, y después yo haría tanto que su padre lo uviese por bien. Mi hermana lo hizo por amor de mí y hizo tanto con ella que dio <o> lugar que yo fuese a hablar con ella por una uerta qu'está cab'el castillo, e yo llegué allí a la media noche y ellas m'esperavan en la uerta, e yo arrendé mi cavallo a unos árvoles <a> [e] sobí por una parte de la uerta qu'estava más baja, y cuando me vi delante de aquella que yo tanto amava jamás mi coraçón fue más alegre. Mas poco me turó esta alegría, que aquel su tío, que era muy malecioso, pensó lo que las donzellas avían de hazer y traxo tales acechos que me vido entrar, y luego fue a su hermano y díxole cómo yo'stava allí, y armáronse muy bien todos los del castillo y fueron a donde nosotros estávamos muy sin cuidado y prendiéronnos. Y luego a otro día sin más tardar a la ora que vistes nos sacavan a quemar si por Dios y por vós no fuera que nos libró sabiendo mi buen deseo.

Grimonte se le acordó de su señora cuando oyó dezir al cavallero el grande amor que a la donzella tenía, y dezía: «¡Ay, Grimonte, ningún amor ni afición no se iguala con el que tú a tu señora tenías! ¿Cómo te

dio tan mal galardón en mandarte apartar de no ver la su gran fermosura? No fuera yo tan bienaventurado qu'ella me mandara ir a verla, que ningún peligro temiera sino solo la su ira y saña. Dios solo tiene el poder de remediar mi gran cuita». Y este pensamiento le hizo tan triste que de allí adelante ninguna cosa el cavallero dezía qu'él la entendiese, hasta ora de tertia, que llegaron al castillo de Polidantes y fueron bien re^{78v}cibidos de la madre de Polidantes, mas muy mejor recibió y sirvió a Grimonte después que supo cómo avía librado a sus hijos, que mil veces lo besava en la cara. Y luego le fue hecho un muy rico lecho, y acostado en él Versinta le cató las llagas y hallógelas muy malas, y esto causó la gran pasión que recibió de acordársele de su señora. Versinta dixo a Grimonte que avía menester de holgar más de ocho días y así fue hecho. <Grimonte> Estuvieron en gran vicio diez días, que todos no pensavan en otra cosa sino en servillo. Versinta, que mucho sabía de curar llagas, conoció que la gran pasión que Grimonte sofía le causava no sanar de sus llagas más presto, y díxole:

—Mi señor, ruégovos que ayáis compasión de vós mismo y no vos deis tanto cuidado, que sabed qu'es gran daño para vuestra salud. No queráis fenescer vuestros días tan prestamente, pues Nuestro Señor tan bueno os hizo, y dezidme parte de vuestro cuidado, que cuando los coraçones dizen su pasión descansan, y bien creo yo que tal cavallero como vós por señalada cosa en el mundo sufre tanta cuita. Y esto no lo tengo yo a buen seso, que muy prestamente buelve la fortuna su rueda y torna las grandes cuitas en grande alegría y placer. Por eso, sobre todas las cosas conservá vuestra vida, pues con ella alcançaréis lo que por vós es deseado. Pluguiese a Dios que yo fuese tan dichos<o>[a] que lo pudiese remediar, que

no lo dexaría por trabaxo ni afán que recibiese. No sé quién es aquella que a vós, señor, haze sufrir tal pasión, que aunque fuese la más alta donzella que ay en el mundo no se devría de tener por contenta de teneros por suyo, mas deve ser cruel [más] que todas las que en el mundo nascieron, pues con vós no es piadosa, que meres^{79r}céis ser amad<a>[o].

Grimonte no pudo estar, cuando oyó a Versinta lo que dezía, que las lágrimas no le viniesen a los ojos, y díxole:

—¡Ay, mi amiga verdadera, ruégovos que no queráis saber mi gran mal! Dexá a mí padecer, que soy merescedor de sufrirlo, y no quiero negaros que mi coraçón no ame demasiadamente en tal parte que no le fuera menester, y es ya tan sojuzgado que mis fuerças no bastan para resestir su deseo. Yo pensava que en ninguna manera era galardonado y la fortuna me fue tan enemiga que prestamente me quitó todo mi placer. Yo creo que ya fuera muerto si vós no uviéades venido conmigo, que me quitáis parte de mi cuidado. Por agora no queráis más saber de mí hasta que Dios traya tienpo que vós veáis aquella que es mi señora, y veréis si tengo razón amarla sobre todas las cosas.

Versinta besó las manos a Grimonte por lo que le dezía y fue muy alegre por saberlo para consolarlo y dezirle tales cosas que perdiese parte de su cuidado, y así lo hazía. Gran remedio fue aquella donzella para Grimonte, que era muy sesuda y graciosa a maravilla, y Grimonte holgava de oír lo que le dezía. Y pasados diez días que estuvieron en el castillo de Polidantes, Grimonte se halló bueno de sus llagas y delibró de partirse. Polidantes, que lo supo, pidió por merced a Grimonte que lo llevase consigo porqu'él era mancebo y deseava ver cosas estrañas por el mundo; pues qu'él iba a N<o>[á] p<e>[o]lles, que le quería hazer compañía y

servillo. Grimonte no pudo escusar de no hazer su ruego, y un lunes de mañana partieron de allí Grimonte y Polidantes y Versinta con ellos. Y aquel día que partieron de allí ya en la tarde, yendo por su camino, ^{79v} encontraron un donzel que venía a la mayor priesa del mundo en un palafrén, y como llegó a ellos dixo:

—Señores, ruégovos que me digáis si es este el camino para ir a la cibdad de París, porque creo que voy herrado según me an dicho.

Grimonte, que oyó nonbrar la cibdad de París, donde su señora estava, estremecióssele el coraçón y dixo:

—Amigo, bien podéis ir por aquí allá, aunque no sea derecho camino. Ruégovos que me digáis a qué vais allá.

El donzel lo miró cuando esto le oyó dezir y vídole las armas en el escudo del espina, y espantose y dixo:

—¡Santa Maríal, ¿qu'es esto que veo? Si es este el Cavallero de la Espina que yo voy a buscar. Ruégovos, cavallero, por la fe que devéis a la cosa del mundo que vós más amáis, que me digáis vuestro nonbre, que creo que no será menester de yo ir más adelante.

Grimonte dixo:

—Amigo, tanto me conjurastes que vos diré verdad. Sabed que a mí me llaman Grimonte de Asur. Ved vós si buscáis a mí.

—A Dios merced —dixo el donzel—, que vós sois aquel que yo voy a buscar. Ruégovos, mi señor, que me oyáis aparte lo que vos quiero dezir.

Grimonte se apartó con él y el donzel le dixo:

—Sabed, señor Grimonte, que yo soy de aquel vuestro amigo Quincio Parnelio, que os haze saber cómo Damasio, príncipe de Nápoles, está preso por mandado del enperador de Roma por una grande traición

que le levantó Cardacio, príncipe de Chiple, que grandes tienpos á que son enemigos, porque Garfin, rey de Tesalia, hermano del enperador de Costantinopla, mató a su tío en la mar por librar a la reina de Nápoles, que la quería tomar y casarse con ella. Y desde ^{80r} entonces estos dos reis se tienen grande enemistad. Y la traición que le levantó es que mató a Promicio, hijo del enperador, que lo hallaron muerto una noche a la puerta de la posada de Damasio. Y Cardacio, príncipe de Chiple, dixo que Damasio lo mandó matar y fue sabidor de su mal, y hizo a Peledo el Salvaje que le acusase muy fuertemente de manera qu'el enperador lo hizo prender, y si no fuera porqu'el enperador quiere mucho a Damasio y no puede creer qu'él tal cosa hiziese, ya fuera muerto, mas ase detenido hasta saber la verdad. La reina de Nápoles, su madre, vino a Roma en sabiendo este fecho, y trabaxa mucho por lo librar, mas Peledo el Salvaje paresce cadaldía delante del enperador y afirma que Damasio mató a Promicio su hijo, y que cualquiera que dixere que no es verdad lo qu'él dize qu'él gelo hará conoscer en el canpo por fuerça de armas. Y esto haze él atreviéndose en sus grandes fuerças, qu'es el más bravo cavallero que ay en toda la Italia, y es todo belloso de manera de salvaje, por eso lo llaman ansí. Tiene la cara redonda y ancha y encendida como brasas. Tiene la acatadura tan fiera que paresce león, y es tan menbrudo y grande que quien quiera que lo vea lo jusgará por fiera gigante. Á hecho cosas en armas estrañas. Es naturar de la isla de Chiple, señor de la villa de Orbeta, y vino con Cardacio, príncipe de Chiple, a Roma, a unos torneos que allí se hizieron, de los cuales Peledo fue vencedor. Y por[que] Cardacio sabe que ningún cavallero de toda esta tierra se osará poner en canpo con él hizo que acusase a Damasio, porqu'este hecho

toca al enperador, y no ay ninguno que ose hablar contra Peledo. Y Damasio está muy mal dolien^{80v}te en la presión del grande enojo que á avido de levantalle tan gran traición. Quincio Palnelio, su amigo, á recibido tanto pesar de su presión que no podría deziroslo, y enbiome a mí secretamente a fazérsolo saber fiando en vuestra gran bondad y mesura, que vos acordaréis del amor que Damasio os tiene, que otro ninguno no le podrá mejor librar que vós. Ved, señor, qué me respondéis, porque yo vaya con recabdo aquel que a vós me enbía.

Grimonte fue muy triste cuando aquellas nuevas oyó, y díxole:

—Amigo, mal conplería yo la fe que le di si no hiziese todo aquello que soy obligado. Dezidme cómo iré a hablar con Quincio para enformarme d'él de lo que tengo de hazer, si el querrá que lo sepan o si iré luego encobiertamente hasta que hable con él.

El donzel le dixo:

—Señor, veníos vós vuestro paso e yo iré lo más presto que pudiere, y hazelle é saber cómo venís, y tornaré a vós con su mandado, y deziros é lo que avéis de hazer.

Grimonte le dixo que así lo hiziese.

[XVIII]

El doncel de Quincio se partió de Grimonte y anduvo tanto que a los seis días llegó a Roma, y cuando Quincio lo vio fue espantado y pescudole cómo bolví tan aína. El donzel le dixo:

—Sabad, señor, que encontré seis jornadas de aquí al buen cavallero, y él será aquí mañá, y enbíavos a dezir qu'él querría hablar con vós antes qu'el enperador lo viese. Mirá qué mandáis que le vaya a dezir.

Quincio abraçó al donzel muchas vezes y díxole: ^{81r}

—Amigo, nuevas me traes las mejores

que yo nunca oí. Ruégote que tornes a él y déxale media legua de aquí, e yo iré de noche a hablar con él y le diré lo que á de hazer.

El donzel así lo hizo y halló a Grimonte cinco leguas de Roma porque no se avía detenido en el camino. Cuando el donzel lo vio fue muy alegre y díxole lo que Quincio l'enbiava a dezir, y anduvieron aquel día tanto que a una ora de la noche llegaron al lugar a donde Grimonte avía de quedar. El donzel fue a dezirlo a su señor. Quincio cavalgó desarmado y fue a donde estava Grimonte, y cuando se vieron abraçáronse llorando. Quincio dixo:

—¡Ay, mi señor Grimonte, cómo fuera alegre Damasio con la vuestra venida según el grande amor qu'él os tiene! Mas plazerá a Nuestro Señor que lo que agora no se haze se hará después de vós ser vencedor y él libre de la traición que le an levantado.

Grimonte le dixo:

—Por cierto, yo tengo tanto dolor por su presión que lo que yo haré por delibrallo dará testimonio d'ello.

Quincio dixo:

—Señor Grimonte, yo no tengo duda en la vuestra bondad y en la su lealtad, que con ayuda de Dios lo libraréis. Para esto parésce-me que vós entraréis en el palacio del enperador a la ora de tercia, que en aquella ora haze Peledo la acusación, y vós responderéis por Damasio y afirmaréis qu'él no á hecho tal traición y que vós gelo haréis conocer. Y yo sé bien cierto qu'el enperador consentirá que entréis en el canpo y así lo libraréis.

Grimonte dixo que así lo haría. Quincio estuvo con él hablando en muchas cosas de lo que avían de hazer, y cómo él no se ^{81v}osava mostrar en ayuda de Damasio por amor del enperador y por ser el caso tan feo, mas qu'él bien certif<a>[i]cado era que Damasio no haría tal traición, pues no avía por qué. Y desque fue tienpo despidióse de

Grimonte y tornose para la cibdad, y Grimonte dormió allí con su conpañía cabe unas uertas. Y desde fue de día armose y dio el yelmo a Olinor, su escudero, que no quiso llevar la cabeça armada, y fuéronse para la cibdad, y antes que entrasen oyeron misa en un monesterio por ir a la ora que Quincio le dixo, y desde fue tienpo Grimonte se fue a los palacios del enperador y con él Polidantes, que iba tanbién armado, y apeados sobieron en el gran palacio a dond'estava el enperador aconpañado de muchos altos onbres. Todos estavan vestidos de negro por la muerte de <Nastanio> [Promicio]. La reina de Nápoles estava delante del enperador diziéndole que le pidía por merced que le guardase justicia, pues no avía persona del mundo que uiese visto matar a Promicio Damasio ni a ninguno de los suyos, mas antes avía muchos cavalleros en Roma que aquella noch'estuvieron con Damasio y dormieron en su posada, el cual el uno era Quincio Parnelio y otros dos sus conpañeros, y que el príncipe de Chiple bien conocida estava la enemistad por onde él devía y afirmaría que Damasio avía muerto a Promicio. A estas palabras respondió Peledo el Salvaje y dixo:

—Reina, poco aprovecha lo que dezís, pues no dais cavallero que se conbata conmigo, que yo haré conoscer por fuerça de armas a quienquiera que sea qu'es verdad lo que yo digo, que falsamente ^{82r} Damasio mató el infante Promicio.

Y a esta ora que Peledo decía esto que vos tenemos dicho entró Grimonte y bien entendió en lo que decía, y no quiso por estonces responder, y pasó adelante y llegó hasta el estrado del enperador, y hincó las rodillas delante d'él y díxole:

—Muy poderoso señor, yo soy un cavallero estrangero que vos deseo servir aunque no me conoscéis. Pidos por merced que me

deís vuestras manos y besallas é, y después deziros é a lo que soy venido a vuestra corte con esperança que Dios os hizo tal que por ninguna cosa no dexaréis de guardar justicia al que la tuviere.

El enperador, que lo vido tan fermoso y armado de tan ricas armas y tan mesurado, paresciole muy bien, y díxole:

—Cavallero, vós seáis el bienvenido a nuestra corte, y podéis dezir seguramente todo lo que quisierdes, que guardárseos á toda justicia.

Grimonte besó las manos al enperador y díxole:

—Señor, por eso vine yo aquí con esperança de la vuestra gran bondad; pues que vós me seguráis que no recibiré mal ni daño sino solamente de aquel a quien vengo a demandar, quiero deziros a lo que soy venido. Sabed, muy poderoso señor, que yo é sabido que vós tenéis preso a Damasio, príncipe de Nápoles, por una gran traición y falsedad que l'es levantada, y qu'esto afirma ser verdad Peledo el Salvaje, y dize qu'él provará ser verdad que Damasio mató a vuestro hijo por armas, y entrará en campo con aquel que dixere qu'es mentira. Porque yo soy cierto que Damasio no haría tal cosa, pues no avía razón por qué, <y> digo que Peledo dize mentira, que Damasio nunca tal hizo ni pensó. Y si Peledo se afirma en lo que á dicho yo le haré conoscer por fuerça de armas qu'es falso y con gran fal^{82v}sedad levantó esta mentira.

El príncipe Cardacio estava junto cabe Peledo el Salvaje y otro cavallero romano que se llama Purcio Noverlo, que era pariente de Peledo y era el mejor cavallero que avía en toda Roma, salvo que era sobervio, así como Peledo. Y estos tres se levantaron en pie y Peledo dixo en alta boz:

—Vós, don cavallero sobervio, mucho venís ufano, que así os atreváis a hablar. Si

vós tanto coraçón tenéis como lengua y osardes hazer lo que yo digo, yo prometo a Dios [que] la primera cosa que haga cortandos la cabeça será sacárosla y dalla a comer a los perros, porque otro cavallero vil como vós no ose dezir a ningún buen cavallero lo que tú as dicho. No me pesa sino por ençuciar mis manos en tomar lança contra tan despreciada cosa, que las fuerças no'stán en hermosura, qu'esta te haze a ti ser arguloso.

Grimonte se encendió en ira y quísole responder malamente, y miró qu'estava delante del enperador y asosegose ya cuanto, y díxole:

—Cierto, Peledo, mas cierto es la fealdad que los onbres tienen, como tú lo eres, hazerlos sobervios como aquellos que parecen al diablo, en quien la sobervia uvo comienzo, porque las r<o>[a]zones feas no se deven de dezir delante de tan alto príncipe como es el enperador. Y te quiero responder hasta allí adonde te sea más menester defenderte que dezir palabras viles y soberbias, y yo te digo que yo sabré guardar mi lengua de ti porque no hagas en ella la crueza que tú dizes.

Mucho fue pagado el enperador de la ^{83r} respuesta de Grimonte y dixo:

—Peledo, a mí me parece qu'el cavallero es mesurado. Vós no devéis de dezir palabras enjuriosas a quien no conoscéis. Mirá si os afirmáis en lo que avéis dicho y dexaros de dezir cosas que poco aprovechan.

Peledo fue enojado de lo qu'el enperador le dixo y respondió:

—Señor, yo pensava que mucho tiempo avía que me teníades conocido, y agora olvidaislo por un cavallero estrangero. Yo jamás dixé cosa que no haga verdadera, y más esta que todas, porque toca a vuestra onra. Y digo que si el cavallero quiere luego la batalla que por mí no quedará, que luego me irá a armar.

Grimonte tendió la falda de la loriga y diola al enperador. Peledo le dio un guante que tenía en las manos por gaje. El enperador dixo que se quedase la batalla para otro día, que ya era tarde, y así se afirmó. Grimonte dixo al enperador:

—Señor, yo hago esta batalla por amor de Damasio. Quiero que me digáis si venciendo a Peledo si Damasio quedará libre, pues en las armas se parece la verdad.

El enperador le dixo:

—Cavallero, cuando eso vós uvierdes hecho yo haré aquello que fuere justicia y en mi consejo se acordare.

Purcio Noverlo, qu'el coraçón le fervía en saña de ver a Grimonte tan sosegado, no pudo sufrir que no le dixese:

—Cierto, cavallero estrangero, vós no devéis de aver oído quién es Peledo, pues lo cuidáis vencer. Harta mala ventura vendría a él y a su linaje cuando diez tales como vós lo pudiesen sobrar ni vencer. Maravillado soy de vós querer vuestra muerte así endonada. Ruégovos que me digáis vuestro nonbre, porque en mucho tengo de veros con tanto coraçón.

Grimon^{83v} te le dixo:

—Vós, cavallero, pariente devéis de ser de Peledo, que bien lo parescéis en la desmesura. Si saber queréis mi nonbre no lo encobriré. Sabed que a mí me llaman el Cavallero de la Espina.

Y esto dixo Grimonte porque cuando el donzel de Quincio lo encontró en el camino le dixo si era él el Cavallero de la Espina. Pareciole muy bien aquel nonbre por amor de su señora y propuso en su voluntad de llamarse así en los lugares do no lo conociesen. Purcio le dixo:

—Por eso me pares[ce] que vuestras armas son espinas. A tiempo sois que avéis menester de guardar que no sean quebrantadas.

Grimonte le dixo:

—Aunque ese consejo sea d'enemigo yo l<a>[o] haré así como lo dezís. Y si tanto amáis a Peledo tendrá en vós buen pariente que vengue su muerte, que yo confío en Dios que así será, pues él quiere mantener tuerto.

El enperador mandó que no hablase más en aquel fecho hasta otro día que los cavalleros fuesen en el canpo, y así se hizo. La reina de Nápoles, que vido a Grimonte con tan gran coraçón, [que] quería hazer la batalla por amor de Damasio su hijo, fue a él llorando y echole los braços al cuello, y díxole:

—¡O, buen cavallero, Dios os agradezca el amor que avéis mostrado a mi hijo Damasio! Yo confío en Nuestro Señor que vos dará la vitoria, pues él está sin culpa. Ruégovos que vengáis conmigo a mi posada y holgaréis oy, y mañana haréis lo que avéis de hazer.

Grimonte se le omilló y dixo que haría su mandado. La reina se despidió del enperador y levó a Grimonte consigo, y saliendo por la puerta encontraron un cavallero que avía ido a los torneos de Francia que conoció a Grimonte, y fue muy alegre abraça^{84l}lo y dixo:

—¡O, señor Grimonte!, ¿quién os traxo a esta tierra? Tan bienaventurada avía de ser Roma que vós viniédeses a ella, que sois el mejor cavallero del mundo.

Mucho fue alegre la reina cuando esto oyó dezir. Grimonte le respondió al cavallero:

—Sabad, mi señor, que yo vine a librar a Damasio si pudiere, que bien soy cierto qu'es falsedad lo que le ponen.

El cavallero romano dixo a la reina:

—¡Ay, señora, cómo avéis sido bienaventurada en aver en vuestra ayuda el mejor cavallero del mundo! Sabed qu'este es el que venció los torneos en Francia. Este es aquel que su bondad no tiene par. Alegrad[v]os,

que Dios os á socorrido.

La reina alçó las manos al cielo y diole gracias, y fuéronse a su posada y ella misma desarmó a Grimonte y diole un manto que cubriese y otro a Polidantes, qu'estava muy alegre por lo que avía oído dezir de Grimonte, y ansimismo Versinta y Olinor su hermano por servir tan buen cavallero. Y la reina no se hartava de mirar a Grimonte, que por amor d'él se acordó de Garfín, que en alguna cosa le parecía, aunque Grimonte era muy más hermoso, y pensava la reina si por ventura fuese su pariente, y dezía entre sí: «¿Cómo Dios quiso hazer este cavallero tan acabado en todo!». Y aquel día estuvo la reina <todo> hablando con Grimonte en muchas cosas, y estando así entró un donzel y dixo:

—¿Quién es aquí el cavallero que á de hazer la batalla con Peledo?

La reina gelo amostró. El donzel dixo que le quería dezir un poco aparte. Grimonte se apartó con él. El donzel sacó una caja de oro con piedras preciosas pequeña y dixo a Grimonte:

—Señor cavallero, estas reliquias os enbía Dionara, mi señora, que las llevéis con vós mañana ^{84v} en la batalla, que son de grande virtud, porque vos ayude Dios contra aquel mal cavallero. Y mándasevos mucho encomendar, qu'ella hablará con vós después que Dios os hiziere vencedor. Y esto haz'ella porque sabe muy cierto que Damasio no mató a su hermano.

Grimonte las tomó y díxole:

—Mi amigo, besad las manos a Dionora por mí y dezilde que yo soy suyo para servilla, e que yo'spero en Nuestro Señor que sus oraciones me harán vencedor. En quererme ella hablar y ver recibo yo gran merced.

El donzel se despidió y Grimonte guardó las reliquias y mucho las preciò. El enperador quedó hablando en Grimonte, y dezía

que era tan buen cavallero como fermoso, que Dios le avía hecho estremado, y estando en esto hablando entró un cavallero que conoció a Grimonte y dixo al enperador:

—Sabed, señor, qu'el cavallero que dezís es tan preciado que en el mundo no ay otro mejor, qu'este es el buen cavallero Grimonte de Asur, el que venció los torneos en París en las fiestas del príncipe Donís.

—¡Santa María! —dixo el enperador—, ¿este es aquel que tan loado fue en aquellas fiestas? Mucho me plaze de conoscello.

—Sí, sin falla —dixo el cavallero.

Quincio Parnelio, que entonces avía venido, hízose maravillado como que no sabía nada de su venida de Grimonte, y dixo al enperador:

—Cierto, señor, si aquel es Grimonte bien podéis dezir que avéis visto el mejor cavallero que nunca traxo armas y más mesurado.

Cardacio, príncipe de Chiple, dixo:

—Ya, Quincio, no nos espantaréis por más que digáis. Si a vós os uviera pesado de la muerte de Promicio no dixérades lo que dezís, mas pocos leales servidores tiene el enperador.

Quincio fue sañudo y respondió:

—Cierto, ^{85r} Cardacio, si yo fuese cierto que Damasio mandó matar al hijo del enperador no tendría mayor enemigo que a mí<n>, mas las cosas que onbre no vee no las puede juzgar, y si vós no fuésedes tan enemigo de Damasio creería onbre lo que dezís y por ser verdadero vasallo del enperador lo hazéis, mas a la fin se parescerá la verdad, que cierto el cavallero que á de hazer la batalla otros más sobervios cavalleros que Peledo á él hecho abaxar su argullo.

El enperador, que vido levantarse muchos cavalleros de la una parte y de la otra, tendió un bastón y mandó que todos callasen y estuviesen quedos, y mandó a Peledo que

se fuese a su posada y él así lo hizo. Cardacio se fue con él y otros muchos cavalleros.

[XIX]

Otro día, muy de mañana, Grimonte se levantó y hizo a un capellán de la reina que dixese misa, y él la oyó con gran devoción y rogó a Dios que lo guardase porque no muriese en aquel tiempo, qu'él estava en tal cuita que no lo podía servir. La reina ansimismo con muchas lágrimas rogava a Dios que guardase a Grimonte porque Damasio no fuese muerto tan desonradamente, que en aquel tiempo no se acordase de sus pecados, qu'ella temía que por ellos avía Dios puesto en tanto peligro a Damasio su hijo. Y oída la misa Grimonte se armó y cavalgó en un muy fuerte y rezio cavallo que la reina le dio, y fueron con él cuarenta cavalleros que la reina allí tenía y un sobrino del rey de Nápoles qu'el yelmo le llevó, ^{85v} y Grimonte se fue a un canpo cercado qu'el enperador avía mandado hazer aquella noche junto cab'el palacio, e ya estavan allí tres mil cavalleros con la justicia mayor del enperador para guardar el campo porque a todos fuese guardada justicia. Y estavan puestos por juezes dos cavalleros muy principales de la casa del enperador, y tomaron a Grimonte y metiéronlo en el campo. Luego vino Peledo aconpañado d'enfenitos cavalleros y traía gran roido de tronpas y añafiles, y venía en un cavallo alazán muy grande y fuerte, y venía armado de unas armas muy linpias, y la loriga de fuerte malla y una lança en las manos qu'él blandía tan rezio que parescía que la hazía pedaços, y el escudo era muy grande de un fuerte y linpio azero, y en medio avía una fegura de donzella muy fermosa. Y quando Dionora lo vido venir tan fiero el coraçón l'estremeció con pavor que Grimonte fuese vencido de aquel, porqu'ella

amava a Damasio como a sí misma, y dixo:

—¡Ay, Dios, qué fuerte traidor! Si Dios no socorre al cavallero muerto acordaos, Señor, de Damasio, qu'es tan bueno, y de mi gran desventura, no le haga morir.

Esto mismo dezía la reina. Los juezes metieron en el canpo a Peledo y partieron el sol y pusieron a cada uno en el lugar a donde avían d'estar, y saliéronse fuera. Todos miravan aquella batalla por ser aquellos dos cavalleros tan buenos. Grimonte dixo a Peledo:

—Cavallero, ¿afirmaste todavía en tu traición? Sin saber la verdad ni verlo dizes que Damasio mató a Promicio. Conosce tu traición y no quieras morir.

Peledo dixo en alta boz:

—Guárdate, cavallero covarde, y no digas tal locura que uviese de vencerme de tu miedo.

Y deziendo esto abaxó ^{86r} la lança y dio de las espuelas al cavallo, y salió tan rezio como un rayo. Grimonte no se dormió, que muy presto puso su lança y movió contra Peledo, y encontráronse tan fuerte y tan poderosamente que fue espanto vellos. Peledo encontró a Grimonte en el escudo que gelo falsó, y la loriga, y hízole una llaga pequeña en el brazo izquierdo, y quebrantó la lança en pieças, y si Grimonte no se abraçara al cuello del cavallo cayera, mas túvose, como era ligero. Grimonte encontró a Peledo con tanta fuerça por meitad del escudo que por fuerte que era gelo falsó, y metiole la lança por el cuerpo, tanto que le quedó metida y no se quebró. Peledo perdió las estriberas anbas a dos y fue gran maravilla no caer, que como era de gran corazón sacó la lança que tenía metida en el escudo y en el cuerpo y tomola a sobremano, y arrojala a Grimonte y dio al cavallo por meitad de la fuente, que luego cayó el cavallo de Grimonte muerto en el suelo. Grimonte salió muy ligeramente d'él y puso mano a la su muy fermosa y

buena espada, y vino contra Peledo y díxole:

—Cavallero, decended. Si no, mataros é vuestro cavallo como vós hezistes [con] el mío.

Peledo no respondió ninguna cosa, mas dio a Grimonte un tan fuerte golpe por encima del yelmo que si no fuera tan bueno la cabeça le uviera hendido, mas abollóselo todo y hizo rebover en la cabeça. Grimonte se tiró afuera y endereçolo lo mejor que pudo. Peledo venía a darle otro golpe, mas Grimonte lo rescibió en el escudo, que lo alçó y cobriose muy bien d'él, y alçó su espada y dio tal golpe a Peledo en el brazo que armadura que traxese no le prestó, y hízole una gran llaga y decendió el golpe a la espalda del cavallo y cortole gran parte de la carne. El cavallo arredrose afuera saltando ^{86v} por el canpo. A Peledo le fue forçado apearse, y Grimonte fue luego con él. Peledo, quando quiso enbraçar su escudo, no alló fuerça en el brazo por la llaga que Grimonte le avía hecho. Mucho temió su muerte entonces, mas no mostró punto de cobardía y recibió a su enemigo con gran ardimiento, y començáronse a ferir de muy fuertes y esquivos golpes, que fuego hazían salir de los yelmos y escudos. Todos eran maravillados de ver la crueza de tal batalla, y anduvieron así una gran pieça, mas a Grimonte le iva mejor porque Peledo no se podía encobrir bien de su escudo. Grimonte feríalo en descubierto de tan fuertes golpes con la su buena espada que le hazía mallar la loriga y llegar a la carne. Heríalo por muchas partes, y como Grimonte era ligero guardávase de los fuertes golpes de Peledo, de manera qu'él enflaquecía mucho de la sangre que le salía por muchas partes, y bien quisiera holgar si Grimonte le dexase, mas él, que lo conocíó, no lo dexava, más aquexávalo muy rezio. Grimonte vido cómo Peledo se enbraçava mal con su escudo. Conosció que tenía poca fuerça en el

braço y llegose cerca d'él y recibió en el escudo dos golpes muy fuertes, y juntó con él y trivole tan rezio del escudo que gelo sacó del braço, y hízole arrodillar con la gran fuerça. Grimonte lo echó a rodar por el canpo muy lexos, y antes que Peledo se levantase, como andava pesado y flaco, dióle Grimonte tal golpe por cima de una espalda que lo hendió hasta la cinta. Peledo cayó estendido en el suelo. Grimonte fue sobr'él y cortole las enlazaduras del yelmo, y sin más tardar cortole la cabeça y dixo:

—De oy más mi lengua será segura, que tú no la darás a comer a los canes, y la tuya no po^{87r}drá dezir villanías ni levantar traiciones ni maldades.

Y luego linpió su espada y metiola en la vaina, y los juezes vinieron a sacallo del canpo y fuese con los cavalleros de la reina y con Quincio Parnelio, que lo vino a abraçar como si no lo uviera visto, y fueron a la posada de la reina, que luego cavalgó muy alegre a maravilla a irlo a rescibir y abraçolo muchas vezes llorando, y díxole:

—Ya no me puede cosa venir que triste me haga, pues é visto morir aquel mal cavallero.

Y luego fue desarmado y curado de las llagas que traía, que no eran tales que por ellas estuviese en el lecho. Versinta, que era gran maestra, con gran diligencia lo<s> servía. Cardacio hizo sacar el cuerpo de Peledo del canpo con grandes llantos, retrayendo sus grandes proezas y deziendo cómo Dios avía consentido que tal cavallero fuese muerto y vencido por un cavallero solo, y partiose luego y llevó el cuerpo consigo, y Purcio Noverlo fue con él una legua prometiéndole que si no le vengase que jamás tomaría armas. El enperador fue espantado de ver así muerto a Peledo, que pensava él que no avía mejor cavallero en el mundo, y no sabía qué dixese. Todos los romanos

hablavan en la gran bondad de Grimonte y de su grande ardidez. La alegría de Dionora no se vos podría contar, y dava gracias a Nuestro Señor porqu'esperava que Damasio sería librado.

D'esto todo no sabía ninguna cosa Damasio porqu'el enperador defendió que no gelo dixesen. Otro día la reina de Nápoles y Grimonte fueron al palacio del enperador. Grimonte iva vestido de una ropa de seda negra y no quiso vestir otra cosa porque ninguna alegría su corazón recibía con cosa que viese, pues no vía ^{87v} aquella que la alegría le daba y como llegaron delante del emperador hincaron las rodillas en el suelo y pidiéronle por merced que les diesen a Damasio, pues Dios avía mostrado la verdad. Al emperador le vinieron las lágrimas a los ojos y dixo:

—Amigos, yo é perdido mi hijo tan cerca de la posada de Damasio, no sé quién me lo mató. Yo querría, antes que soltase a Damasio, saber la verdad más por entero, que la muerte de Peledo a mi gran pesar no satisfaze. Verlo é primero por mi corte y haré aquello que jurgaren los que más saben en este hecho.

Grimonte dixo:

—Señor emperador, por ser hallado muerto vuestro hijo a la puerta de Damasio no se entiende que por fuerça él lo avía de matar. Quizá si él lo hiziera lo mandara llevar de allí lexos. Otra persona no ay que diga que lo mató sino aquel que pagó por su falsedad. Si bien queréis, señor, jurgar derecho, Damasio deve ser suelto, pues tan clara nuestro Señor mostró la verdad.

Purcio, que presente estaba, salió delante y dixo al emperador que no devría de soltar a Damasio hasta que más se supiese la verdad, pues él no avía quedado d'entregallo ni soltallo si Peledo muriese, que bien podía ser que Dios por otros pecados [hiciese] que así muriese Peledo, mas no porqu'él dezía

mentira. Grimonte conosció que aquel era el caballero que con él avía avido palabras y díxole:

—Vos, cavallero, deseoso estáis de vengar la muerte de Peledo. Hazed con el emperador tanto que si y'os venciere entregue luego a Damasio a la reina y si vós venciédes vengaréis a Peledo y Damasio se[a] condenado a muerte. Y esto dígolo porque más claro paresca la mala voluntad con que acusáis a Damasio. ^{88r}

Purcio hincó las rodillas delante del emperador y pidiole por merced que lo otorgase. El emperador no quería, mas a la fin tanto le aquejó Purcio que el emperador lo uvo de atorgar. La reina no lo quería consentir y decía que no pondría a su hijo en tanto peligro, mas Grimonte se lo pidió tanto por merced que lo uvo de hazer. Purcio tenía tanta gana de verse en el campo con Grimonte que dixo que luego fuese la batalla. Como el campo estava hecho los cavalleros se fueron a armar, y vinidos al campo los juezes los metieron dentro y pusieronlos a cada uno en el lugar que avían de estar y salieronse fuera, que toda Roma estava mirando aquella batalla. Los cavalleros, que se vieron solos, baxaron sus lanças y viniéronse a encontrar con grande ardimiento. Pursio encontró a Grimonte en el escudo, que quebró su lança, mas no lo movió de la silla. Grimonte l'encontró tan poderosamente que lo sacó de la silla por las ancas del caballo y dio con él tan grande caída que todos pensaron que era muerto. Grimonte estuvo esperando si se levantava, y desque vio que tardava apeose y fue para él. Purcio, que ya estava acordado, quando lo vido venir levantose como pudo y enbraçó su escudo. Grimonte llevo a él y diole tan fuerte golpe por encima del yelmo que le hizo hincar una rodilla en el suelo, que aún no'stava bien acordado, mas levantó, que era de gran

coraçón, y començó a ferir a Grimonte de toda su fuerça, y traía buena espada y hizo a Grimonte muchas llagas, y si la loriga no fuera buena, en que se detenía la espada, mucho mal hiziera. Grimonte alzó los ojos y vido a la enperatriz y a Dionora, su hija, cab'ella, y acordósele de su señora y dixo entre sí: «¿Como me tardo tanto ^{88v} en vencer este cavallero? Bien paresce que mi señora no me ayuda, pues yo sienpre tengo la su fermosura delante de mis ojos».

Deziendo esto creciole tanto ardimiento que se tornó como un bravo león y dio tales dos golpes a Purcio que como ya andava herido lo sacó de toda su fuerça, y juntó con él tan rezio que le hizo dar con las manos en el suelo, y fue sobr'él y diole un golpe por encima del yelmo que le quebrantó las enlazaduras d'él y cayó en el suelo estendido, que no vollía pie ni mano. Grimonte le puso la punta de la espada al rostro y començó a dezir que se diese por vencido y que confesase que Peledo avía acusado a Damasio falsamente; si no, que fuese cierto que lo mataría. El enperador començó de dar bozes a Grimonte que no lo matase, qu'él otorgava todo lo qu'él quería. Grimonte alçó el espada de sobr'él y pescudó a los juezes si aquello bastava para que Damasio fuese libre. Ellos dixeron que sí.

Y sabed que mientra estos cavalleros uvieron su batalla vino una dueña al enperador y pidiole por merced que la oyese aparte. El enperador lo hizo, y la dueña le dixo:

—Sabad, señor, qu'estas batallas qu'estos cavalleros hazen las hazen a gran tuerto, porque yo sé la verdad d'este fecho y quién mató a vuestro hijo, y más quiero yo ser desonrada que no que padescan tanto buen cavallero. La verdad es que á dos años que mi marido se fue d'esta tierra y me dexó sola, y como yo quedé moça por mi mala ventura [e]namorose de mí un cavallero

d'esta cibdad y hizo tanto que ganó mi voluntad, e yo lo amo demasiadamente. Como a las solas todos se atreven, fue mi ventura que Bertacio, que vós bien conoscéis, qu'es cavallero de vuestra mesnada, <se> pagose mucho de mí, ^{89r} y á bien dos años que no me dexa. Como él de noche y de día anda por mi puerta entendió que yo amava a otro, y la noche que vuestro hijo fue muerto salió de mi casa aquel que yo amo. Bertacio, que andava por la calle con su hermano, vídolo salir y uvo tanto pesar que fue tras él corriendo, y mi amigo, que lo sentió, metiose debaxo de un tablero, y Bertacio pasó adelante, y llegando a la posada de Damasio encontró a vuestro hijo, que venía de folgar con una donzella. Bertacio, como iba fuera de sentido, pensó que era mi amigo, y diole tal golpe por encima de la cabeça que gela hendió como vistes. Y esto fue tan presto hecho que persona no lo vio. Bertacio, pensando que dexava muerto a mi amigo, fuese a mi puerta y llamó tanto que yo uve de pararme a una finiestra, y él cuando me vido díxome: «Dueña, id a llorar a vuestro amigo, que muerto queda cabe la posada de Damasio. Si bien lo quisistes en la vida, onraldo en la muerte, qu'él buen galardón llevó del bien que os quiso». Yo cuando lo oí quiteme muy rezio y pensé que era así, y lloré toda aquella noche, y más otro día cuando supe que era vuestro hijo, porque a mi causa murió. Yo vos é dicho la verdad. Vós fazé de mí lo que quisierdes, que más quiero morir y ser desonrada que más mal venga a quien no lo merescé.

El enperador s'espantó y mandó luego guardar la dueña y ir a prender a Bertacio y a su hermano. Por esto defendió a Grimonte que no matase al cavallero. Grimonte fue sacado del canpo con mucha onra y grandes loores de todos los romanos, y no se quiso desarmar sino la cabeça, y vínose para el

palacio del enperador, ^{89v} el cual lo recibió muy bien y díxole:

—Buen cavallero, sofríos un poco, que presto sabremos la verdad, que bien parece que vós la teníades.

En esto traían preso a Bertacio, que viendo al enperador confesó luego la verdad, y sin más tardar lo llevaron a la plaça y lo hizieron cuartos a él y a su hermano y tragéronlos arrastrando por toda Roma cada cuarto sobre sí. Después los quemaron y diéronlos por traidores a ellos y a todo su linage. El enperador quedó muy descansado por saber la verdad y mandó soltar a la dueña, que no le quiso hazer ningún mal, y vínose para dond'estava Grimonte acompañado de muchos cavalleros, que por su gran bondad lo onravan todos y más su amigo Quincio Parnelio. El enperador lo abraçó y díxole:

—Grimonte, si yo hasta aquí no vos onr<a>[é] como vuestro valor lo merescé no me culpéis, que la turbación de la muerte de mi hijo me lo causava, que no sé si vos tuviese por amigo ni si por enemigo. Mas agora que sé la verdad mucho soy alegre de vuestra venida.

Grimonte le besó las manos y pidiole por merced que le dexase ver a Damasio. El enperador mandó luego que lo fuesen a sacar de la presión, y aunqu'estava flaco, que lo trugesen allí, qu'el emperador mucho lo amava, y luego fue hecho. Damasio, que no sabía por qué lo sacavan de la presión, si era para su bien si para su mal, venía muy turbado, y cuando el enperador lo vido tan amarillo y flaco uvo manzilla d'él y las lágrimas le vinieron a los ojos. El enperador tomó a Grimonte por la mano y díxole:

—Damasio, hijo, ¿conoscéis a este cavallero, que mucho vos ama?

Cuando él miró a Grimonte y lo conoció ^{90r} fue tan ledo que apenas se pudo tener,

y fue abraçallo llorando y dixo:

—¡O, el mejor de los cavalleros!, ¿quién os traxo a esta tierra?

—Vuestro deseo —dixo Grimonte.

El enperador le dixo:

—Damasio, dad gracias a Nuestro Señor, que vós sois libre, y amad a Grimonte, que dos vezes á puesto la vida por vós en peligro, como lo veréis en esas sus armas, qu'están tintas de sangre.

Damasio dixo:

—Bien creo yo, señor, que en él ay más bondad que naide puede dezir, y esperança tenía yo en aquel poderoso Señor que avía de descubrir la verdad.

Luego vino la reina y echó los braços al cuello de Damasio y él le besó las manos muchas vezes, y estava la reina tan alegre que no podía hablar, y porque Grimonte se desarmase despidiéronse del enperador y fuéronse a su posada. Todas las rúas eran llenas de gentes que los salían a mirar, y dueñas y donzellas por las ventanas que bendezían a Grimonte, y apeándose fue desarmado, y Versinta lo curó de sus llagas, y estuvo tres días que no se levantó, y con él acostado Damasio, que se contaron el uno al otro todas las cosas que avían pasado desde no se vieron. Grimonte dixo a Damasio de las reliquias que Dionora le avía enbiado. Damasio fue muy alegre y gradesció a su señora el dolor que por él tenía. La reina los tenía muy viciosos a ambos a dos, y desde se sentieron buenos levantáronse y vistiéronse sus ropas negras, como vos tenemos dicho, y fueron al palacio del enperador, que los rescibió muy bien. Y a la ora entró Nastanio, hijo mayor del enperador, el cual se avía ido a un castillo de pesar de la presión de Damasio, que lo amava él mucho y se avían criado ambos a dos, y como supo la nueva de todo lo ^{90v} que avía pasado vínose apriesa, y como entró besó las manos al enperador. El enperador

fue muy alegre con su venida. Damasio le quiso besar las manos, mas él no gelas quiso dar y abraçolo muchas vezes, y dixo:

—Bien creído tenía yo que en vos no avía de aver traición ni maldad. Mucho soy alegre de veros librado y de ver a este buen cavallero que de vós era tan amado con razón.

Grimonte le quiso besar las manos. Nastanio las quitó afuera y díxole:

—Con más razón deven ser besadas las vuestras por la mucha fortaleza que Dios en ellas puso.

Grimonte uvo vergüença de que así se vido loar y díxole:

—Señor, deid cosa que lieve razón. No sé qué responder a tan demasiada onra como me dais.

Desde algún tanto descansó, Nastanio fue a ver a la emperatriz y los dos cavalleros con él. Dionora estava con ella esperando de ver aquellos dos qu'ella tanto amava. La enperatriz los recibió muy alegrement. Ellos le besaron las manos y los sentó cab<0>[e] sí, y estuvo pescudando a Grimonte por la reina de Francia y por su hija Dispina, si era tan fermosa como dezían. Grimonte, cuando aquello le oyó, fue tan tollido que por una pieça no le pudo responder, y díxole:

—Señora, pidos por merced que me perdonéis porque tan presto no vos respondí, que muchas vezes me da un dolor en el coraçón que me quita el sentido, y agora me aconteció delante de la vuestra grandeza. Digos en verdad, señora, que Dispina, hija del rey de Francia, es tan hermosa que a duro se podría hallar otra que le pareciese. Es tan sesuda y mesurada que no vos lo podría yo dezir.

—Ansí me lo an dicho —dixo la enperatriz.

Mientra qu'ellos ha^{91r}blavan Damasio

estuvo con Dionora su señora hablando y con Craudio su hermano. Y este Craudio aún no era cavallero porque no avía más edad de diez y seis años, y queríanse él y Dionor<i>a</i> demasiadamente, tanto que sabía el secreto de Damasio. Y todos tres estaban hablando en las cosas pasadas, y Dionora estava demasiadamente alegre de ver delante de sí aquel que en tanto peligro fue puesto. Grimonte la mirava y parescio-le muy fermosa, que después de su señora nunca él vio donzella que tan bien le paresciese, y vio a Damasio cómo estava tan contento de verse con aquella que tanto amava, y grave dolor sentió en su corazón en pensar qu'él, que era aquel que más verdaderamente amava, avía sido desechado tan cruelmente de su señor[a], que no era cierto si tornaría a cobrar la su merced. Hallose muy malaventurado cavallero, mas a la fin consolose con dezir a sí mismo qu'el valor y merescimiento y fermosura era tanta de su señora que todo afán y mortales deseos que por ella pasase era bien <en> enpleado, y esto le hizo tornar de alegre continente. Y después que alguna pieça Grimonte estuvo hablando con la enperatriz entró el príncipe de Calabria, que era hermano de la enperatriz, y era ya muy viejo y no tenía hijo ninguno, y quería todo cuanto él tenía para Craudio su sobrino, y como entró todos se levantaron. El príncipe de Calabria se sentó cabe la enperatriz a dezirle cosas que le cunplían. Grimonte fue a hablar a Dionora, que muy alegremente lo rescibió. Él le quiso besar las manos y ella no gelas dio, mas hízolo sentar en el estrado junto cab'ella, y díxole:

—Señor Grimonte, aunqu'el peligro^{91v} en que Damasio se vido me dio mucho cuidado y tristeza, por ser yo muy cierto qu'es él tan bueno que a sabiendas no avía de hazer cosa tan fea, por bien enpleado lo tengo, porque a esta causa uvistes de venir a

esta tierra. Yo tenía mucho deseo de veros y conoceros por vuestra grande bondad y por las grandes cosas que Damasio de vós me avía dicho. Ciertó, él no dixo tanto cuanto yo é visto la gran bondad que en vós ay. Con mucha razón Damasio vos quiere tanto. Bien le avéis dado a conocer que no es engañado. Todos los que mucho le queremos por la gran criança que en esta casa tiene somos obligados a mucho quere[r]los, y por mí digo que no sería tan cara la cosa que yo por vós pudiese hazer que no la hiziese. No vos tengo menos amor que a mi hermano Claudio, y en ese lugar mismo os tomo.

Grimonte se le omilló y díxole:

—Mi señora, para un cavallero tal cual yo soy es tan grande la merced que me hazéis en recibirme por vuestro para serviros que grandes avían de ser los servicios para serviros tanta onra como me hazé<ze>is. Mas seréis, señora, muy cierta, que cosa no me será por vós mandada que yo no la haga con ta[nta] voluntad como lo haría Damasio, que no lo puedo más encarecer.

Mucho estuvieron hablando todos de muchas cosas en que tomavan gran sabor. El infante Claudio tomó tan grande amistad y amor con Grimonte que una ora no quisiera ser apartado d'él de verlo tan gracioso y sesudo, y no menos hizo Dionora, y despidiose de la enperatriz. Damasio se fue con Grimonte a su posada. De todos los cavalleros romanos era Grimonte muypreciado y más de Quincio, que jamás d'él se partía. Y aquella noche estuvo Grimonte pensando en mu^{92r}chas cosas de su fazienda, y la soledad de su señora le causó tanta pasión que los ravisos sospiros fueron convertidos en bivas lágrimas, y lloró tanto que le parescía su corazón ser desfecho, y desvanescido se adormesció, y en sueños le parescía que se hallava todo armado en una gran floresta d'espesos árboles, y salían d'entre las matas

muchos leones bravos, y arremetían a él unos por una parte y otros por otra que lo querían matar. A él parecíale que sacava la espada y començava con ellos una fuerte batalla, mas a la fin parecíale que a todos los vencía y huían delante d'él, unos cansados y otros heridos, y parecíale que cuando él se vía libre de todos ellos que quedava muy alegre y no sentía el trabajo que avía pasado, mas no tardava mucho que vía venir contra sí un muy fuerte y bravo león coronado, y venía tan ligero que alçava las manos y con las sus muy agudas uñas le ronpía todas sus armas, mas él se defendía lo mejor que podía con su espada en la mano. Mas ardimiento y fuerças qu'él tuviese no le bastava para defenderse de la gran braveza del león, y parecíale que era aquella batalla tan esquivada que jamás se viera en tanto peligro, y ya de muy cansados se quitavan afuera, y estando folgando parecíale que oía una voz en el aire que le decía: «Grimonte, ¿qué fases? ¿No ves que enojas al alto Señor? Y sánate, que si más porfías que perderás el cuerpo y el ánima». Cuando oía tales cosas parecíale que era muy espantado y echava la espada y el escudo en el suelo con voluntad de no se combatir más con el fuerte león. El le^eón, cuando lo vía, tornava contra él muy manso. Falagando la cola llegábase a él y estando maravillado de lo que vía parecíale que Dispina su señora se llegava a él muy triste y deziále: «¡O, mi verdadero amigo Grimonte!, ¿por qué me hazéis pasar graves penas con vuestro deseo?». Y to^{92v}mávalo por las manos y sentávase con él en la verde yerva, y cuando él se vía tan cerca de su señora era tan alegre que todo el afán pasado olvidava, y besávale las manos muchas vezes. Ella lo abraçava sintiendo grande dulçura, y parecíale que vía el fuerte león <de> [con] dos coronas en las manos, y una ponía en la cabeça de Grimonte y la otra en la de Dispina,

y luego vía una dueña a maravilla hermosa con otra corona muy más rica que aquellas en la cabeça, y llegábase a él y parecíale que le dizía: «Grimonte, hijo, muéstrame tu corazón y darte é el mío». Y con las sus hermosas manos parecíale a Grimonte que la dueña le quitava las agujetas de oro con que andava abrochado y decía a grandes bozes: «Esta es la señal que yo aquí puse», y parecíale a Grimonte que la dueña le tomava en sus braços y lo apretava consigo muy fuertemente, y estando así despertó y fue muy espantad<a> [o] de todo lo que avía soñado, y estuvo pensando en ell[o] toda la noche, y algo le parecíale que conformava con las cosas que la dueña vieja le dixo. Y encomendose a Nuestro Señor y rogole que le dexase hazer tales cosas qu'él fuese servido y tornase a ganar la gracia de su señora, que sin esta él no podría bevir, y algún tanto se alegró más que solía. Y otro día, como se levantó, miró la estrella bermeja que tenía sobre el corazón y dixo:

—¡Ay, Dios, si era esta la señal qu'esta noche aquella ferosa dueña me demandava! A Dios plega que antes que yo muera me dexe ver y conocer a mi padre y madre porque los pueda servir.

Y luego mandó pintar en las sobreesenales de sus armas siete estrellas coloradas como la qu'él tenía ^{93r} encima de su corazón, y puso siete estrellas por siete letras del nonbre de su señora, y esto hecho mandó a Versinta su donzella que llevase las reliquias a Dionora y le besase las manos por él. Ella lo hizo luego y vistiose muy ricamente, y fue al palacio del enperador y entró en la cama de Dionora, y cuando supo que aquella donzella era de Grimonte recibíola muy bien. Versinta le besó las manos y díxole:

—Señora, Grimonte, mi señor, os enbía estas reliquias que l'enbiastes el día de la batalla y dize que la virtud d'ellas le hizieron

vencedor. Él, señora, os besa las manos como aquel que vos á de servir en todo lo que le mandardes.

Dionora le respondió:

—¡Santa María, valme! ¿Tan poco me quiere a mí Grimonte que no quiere tener cosa que mía fuese? Mi buena amiga, tórngelas y dezi<r>[d]le que yo no gelas enbié para tornallas a tomar, pues para él son mejores que para otra persona según se vee de contino en grandes peligros.

Y tomó de un arca una cinta muy rica de oro guarnida de piedras preciosas y diógela tanbién que la llevase a Grimonte, que para amor d'ella la traxese, y estuvo hablando con Versinta pescudándole si avía mucho que servía a Grimonte. La donzella le contó todo, que no faltó nada, cómo con deseo de ver los grandes hechos de Grimonte avía dexado su tierra por venir a servillo, que jamás d'él se apartaría por trabajo y afán que llevase. Dionora le dixo:

—Cierito, mi buena amiga, vós fuestes sesuda en tomar tal señor. Podréis llamar bienaventurada en andar en tal compañía y ver las estrañas cosas que por él serán fechas si Dios lo guarda de mal. Muchas vos avrán grande enbidia.

Y dio Dionora tanbién a Versinta muy ricas joyas para ella. Versinta le besó las manos ^{93v} y despidiose d'ella, y fuese a Grimonte y díxole todo lo que Dionora le dixo, y dióle la rica cinta que le enbiava. Él gelo agradesció y mosola a Damasio, que mucho plazer uvo porque Dionora onrava tanto a Grimonte. Quince días estuvo la reina de Nápoles en Roma después que soltaron a Damasio. El rey de Nápoles enbió a dezir a la reina que luego se fuese y llevase consigo a Damasio y al cavallero que avía hecho la batalla por él, que lo deseava mucho ver. La reina rogó mucho a Grimonte que fuese con ella. Él gelo prometió, y aunque a Damasio

se le hizo grave de partirse de ver a su señora, úvolo de hazer. Grimonte era ya muy conocido del enperador y de todos los cavalleros romanos que mucho lo amavan por la su gran mesura, sobre todos Claudio, el hijo menor del enperador, que nunca d'él se partía, y cuando supo que quería ir a N<o>[á] poles dixo que quería ir con él, porque andando en su compañía no le podría venir sino todo bien. Mentre tanto olvidarse ía la muerte de <Nastanio> [Promicio] su hermano y a la buelta que tornasen harían grandes fiestas y él tomaría orden de cavallería y deprendería d'él, aunqu'él no fuese de tanto ardimiento, que viendo sus grandes cosas le pondría grande esfuerço. Grimonte se le omilló y díxole:

—Señor Claudio, aunque yo no meresca tanta onra como me dais, tal cual yo sea vos serviré aquí y donde quiera que vós quisierdes ir.

Claudio lo abraçó riendo y díxole:

—No tengo yo menos esperança en la vuestra grande bondad.

Claudio demandó licencia al enperador para ir con Grimonte, y porque lo traxese consigo dióle licencia que fuese con él. La reina vino a despedirse de la enperatriz y de Dionora y ansimismo del ^{94r} enperador. Damasio se despidió de Dionora, que mucha pasión anbos a dos sentieron, con esperança de verse muy presto, [y] aunque así no fue, los consoló. Muchos cavalleros salieron con la reina por hazer onra a Grimonte y por amor de Claudio, que iva con él, y salieron bien dos leguas. Quincio con todos los otros cavalleros se tornaron. La reina con su buena conpañia anduvo tanto que llegó a la gran cibdad de Nápoles. El rey los salió a rescibir con muchos cavalleros, y ansí como rescibió a la reina pescudó por Grimonte. El buen cavallero Claudio, que a la reina llevaba de rienda, gelo mostró, que venía con Damasio.

El rey tendió los brazos y con las lágrimas en los ojos de plazer fuelo a abraçar. Grimonte se le omilló y quísole besar las manos, mas el rey las quitó afuera y tomolo consigo y entraron en la cibdad, que todos hazían grandes alegrías por la venida de su príncipe. Por verlo librado de tanto peligro loavan mucho a Grimonte y dezían qu'él fuese el bienvenido, y con grande fiesta llegaron a los palacios. Como se apearon desarmáronse y cobrieron muy ricos mantos y fuéronse al gran palacio del rey. Todos miravan a Grimonte y eran maravillados de su gran fermosura, que tanta parte Dios d'ella le avía dado con sobrado ardimiento, más que otro cavallero, y muy mayor onra fazía el rey a Grimonte que a Craudio, hijo del enperador, y aquel día y otros muchos le hizieron gran fiesta y los tenían a gran vicio. Pasavan tiempo en caças de monte y ribera, qu'el rey tenía grandes aparejos porque de voluntad era caçador. Y dexaremos agora a Grimonte en tal vicio. Aunqu'el coraçón era lleno de mucho cuidado y mortales deseos de su señora, esforçábase lo ^{94v} mejor que podía como era de gran coraçón. Y queremos que sepáis cómo el enperador de Costantinopla, Serpio Lucelio, hizo apregonar unas grandes fiestas por amor de su [hijo], Carlo Lucelio, al tiempo que avía de rescibir orden de cavallería.

[XX]

Ya vos contamos en la estoria del enperador Serpio cómo después de aver pa[sa]do muchos trabajos y cuidados faziendo grandes maravillas en armas, cual otro ninguno en su tiempo hazerlas pudo, quiso Nuestro Señor dalle vida descansada con aquella que tanto amava, y casado con Gracisa, princesa eredera del inperio griego, uvieron un hijo que fue llamado Carlo y una hija a maravilla hermosa que se llamava

Lucida. Estos hijos hizo el enperador criar como a tan grande príncipe como él convenía. Con Carlo se criavan muchos hijos de reis y de altos onbres. Eran enseñados todos a buenas costunbres y vida virtuosa, y passa<ndo>[ban] el tiempo de su niñés en prender tales cosas porque después fuesen buenos. Y llegado ya Carlo a edad de diez y siete años era tan fermoso y grande de cuerpo que parecía de más de veinte años. Pidió por merced ^{95r} al enperador su padre que lo armase cavallero a él y a otros donzeles hijos de grandes señores que con él se criaron, que adelante vos contaremos quién eran. Y díxole más, cómo por la gran bondad de Dios y por su muy grand'esfuerço y alta proeza de cavallería toda la Grecia, después qu'él avía sido enperador, avía estado en tanta paz y sosiego que ya los cavalleros no sabían tomar armas, que le pedía por merced, porqu'esto así no pa[sa]se sin las armas ser exercitadas y él y los otros que entonces venían supiesen qué cosa era el trabajo y afán que los cavalleros pasados uvieron, por onde tanta gloria y fama alcançaron, que le diese licencia para apregonar unas fiestas porque todos los cavalleros viniesen a ellas, porque los noveles deprendan de los viejos y quando les sea menester sepan defenderse de sus enemigos, y los que nascieron para las armas usar no estén tan holgados [y] quando les viniere tiempo de las usar las sepan sufrir. El enperador uvo mucho plazer de lo que Carlo le dezía y pensó que sería para todo bien fazer, y alegrose mucho y respondió:

—Mi buen hijo, mucho me avéis contentado y alegrado con lo que me avéis pedido. Espero en Nuestro Señor que en vós será bien enpleada orden de cavallería, pues tan gran deseo tenéis. Digo que os doy licencia para que hagáis todo lo que tuvierdes por bien y enbiaré a llamar a todos los altos onbres de Grecia porque vuestras fiestas

sean más onradas, y luego se fará porque se cunpla vuestro deseo y mi alegría.

Carlo le besó las manos y díxole:

—Mi señor, de valde sería yo vuestro hijo si de contino uviere de tener vida holgada. Quiero saber si en alguna cosa vos podré parescer, que por malaventurado me tendría ser hijo de tan buen padre y no lo ^{95v} diese a conocer.

El enperado[r] le dixo:

—Así quiera Dios, hijo, que vos parecáis aquellos donde venís, que muchos buenos cavalleros á avido en vuestro linaje.

Carlo mandó luego apregonar dos torneos para el día de Santiago, qu'él se avía de armar cavallero, y otro día se començasen. Porque uviere lugar de venir muchos cavalleros y de muchas partes lo alargó tanto que avía cinco meses del día que se apregonaron los torneos al día de Santiago, y fueron apregonados con grande solenidad de muchos estrumentos de diversas maneras y pregonaron que todos los que a ellos viniesen fuese<s>[n] seguros por cosa que les acaesciese, y fuesen flancos y libres, que ningún cavallero fuese obligado, aunque fuese vencido, de ninguna pena, que Callo Lucelio no se la quería dar más de la que los vencidos recibirían en su desonra. Y luego el enperador enbió a llamar a todos los reyes y duques y grandes señores de Grecia, y ansimismo a todos sus amigos que no le devían señorío. Y sabed qu'estos torneos y fiestas hizo Carlo por amor de Tardanir, hija de Angrite, rey de Macedonia, y de la muy hermosa Orxenía, hija del soldán de Babilonia, porqu'él avía oído dezir de la su gran fermosura d'esta Tardanir y amávala en su corazón. Mucho deseávala ver porque él sabía que Angrite y Orxenía vendrían a estas fiestas y pensó de hazer aquesto que os tenemos dicho por ver si era tanta su fermosura como dezían, y si tal fuese casarse

con ella. Y este pensamiento le hazía loçano y arguloso, y andava con grande ligencia aparejando todas las cosas que avían menester. Pues de Lucida, su hermana, qué vos diremos, que en gran manera era estremada<o>[a] en fermosura y en bondad como le avía criado a sus costumbres Gracisa la enperatriz, su madre, y criávanse con ella ^{96r} muchas infantas fermosas. A quien ella más quería <y> era Usebia, hija del rey Petreo y de la muy sesuda Flasia, que bien parecía a su madre en toda lealtad.

Pues aviendo cinco días que los torneos eran apregonados llegaron al puerto de Constantinopla dos naos grandes, y como echaron las áncoras tiraron muchos tiros en señal de alegría. De la una d'ellas echaron un batel y salió un cavallero ricamente guarnido con seis escuderos, y salieron en tierra y fueron a los palacios del enperador, y después qu'el cavallero le besó las manos hízoles saber cómo en las naos venía el duque Garvasín de Ostre, yerno del duque de Brogonia, que venía con enbajada del enperador de Alemaña que le diese licencia que saliese en tierra. El enperador, como era tal que a todos sabía onrar, dio la licencia y mandolo aposentar en la cibdad muy onradamente, y mando a Carlo que con todos los cavalleros fuese a recibillo, porqu'el enperador sabía qu'el duque de Ostre era muy buen cavallero y que era casado con sobrina de la reina de Francia. Carlo, el príncipe, recibió muy bien al duque y fue con él hasta su posada y allí lo dexó. Y otro día el enperador lo enbió [a] conbidar para que viniese a comer con él antes que diese la enbaxada. El duque gelo tuvo en merced. El enperador mandó aderesçar todos sus palacios y a la enperatriz que saliese con su fija a hazer onra al duque, y así fue todo hecho, y cuando el duque de Ostre vino a los palacios fue maravillado de la gran riqueza que allí vido y de los muchos cavalleros, mas más lo

fue de ver a Gracisa la enperatriz y a su hija con todas sus dueñas y donzellas. El enperador lo recibió muy bien y el duque le quiso besar las manos, mas ^{96v} el enperador no quiso, ni menos la enperatriz. El enperador lo hizo sentar muy cerca d'él. Cuando el duque miró a Lucida mucho fue espantado de su hermosura, que después de Dispina nunca él vio donzella que más lo fuese qu'ella. El enperador le estuvo pescudando por el rey de Francia y por sus hijos y por las grandes fiestas que avían hecho en las bodas del príncipe. El duque le contó todo como pasó y díxole cómo un cavallero estranero avía ganado toda la onra porque pasava en bondad de armas a todos cuantos en el mundo avía. El enperador, como él preciava tanto los buenos cavalleros, díxole:

—Ruégovos, duque, que me digáis qué cavallero es ese, cómo se llama.

El duque le respondió:

—Señor, yo no <lo> sabré dezir de qué linaje es, que no se sabe si es de moro si de cristiano. Llámase Grimonte de Asur porque fue criado en l'Asuria y el duque mi suegro lo trajo consigo por mi mal. Y cierto, aunque me mató a mi padre, es tan bueno que lo tengo por hermano y lo tomé en lugar de hermano.

Y contó todo cuanto le avino con él y dixo:

—No podría onbre dezir las cosas de Grimonte, qu'estremadas son entre todos los otros cavalleros, así en ferosura y apostura como en todas las otras buenas maneras que cavallero deve aver. El rey de Francia <que> mucho lo quiere y lo onra como a su hijo, el príncipe Donís. No podría onbre contar la grande onra y fama que ganó entre tantos buenos cavalleros.

Mucho fue maravillado el enperador de oír lo que el duque le dezía y dixo:

—Mucha razón es qu'el rey de Francia

onre y quiera mucho a tal cavallero como él es. Yo así lo haría si él en mi casa estoviese.

Mucha fiesta hizo aquel día el enperador al duque Garvasín, y otro día delante de todos los altos onbres del con^{97r}sejo del enperador el duque dio su enbaxada, y era qu'el emperador de Alemaña enbiava a demandar a Lucida en casamiento para el príncipe Fidario y a Carlo para su hermana Dinerpa, y fuese un[o] dote por otro, de manera que Lucida fuese enperatriz de Alemaña y Dinerpa de Costantinopla. El enperador respondió al duque qu'él avría su consejo y le daría la respuesta que determinase con sus hijos, porqu'él no los quería casar contra su voluntad. El duque se fue a su posada y el enperador quedó en su consejo, y toda la mayor parte determinaron que era bueno aquellos cavalleros y algunos uvo de los cavalleros que lo contradixerón, porque Fidario era cavallero muy sobervio y muy feo a maravilla, y los que lo conocían se maravillavan de su disforme figura. El enperador dixo qu'él <el> no casaría a Lucida su hija contra su voluntad, que más quería que fuese reina contenta que enperatriz con vida penada, que hasta que hablasen con ellos que no quería dezir nada. Y así lo hizo, y primero habló con la enperatriz su muger, diziéndole que en tal casamiento no hablase, que Lucida su hija aún era niña y jamás la casaría sino con quien ella fuese contenta, porque por sí misma jugava. El enperador le dixo qu'él así lo quería, que todavía estoviese con su hija a ver qué diría, qu'él hablaría con Carlo. La enperatriz habló con Lucida y díxole que supiese que su padre la quería casar con Fidario, hijo mayor del enperador de Alemaña, que le rogava que lo uviese por bien, pues tan onrado cavallero era, que después de los días de su padre avía de ser enperador. Lucida, que por muchas veces avía oído hablar d'él y de su grande

fealdad, no pudo responder a su madre, mas cayó amortecida de pesar. ^{97v} La enperatriz la tomó en sus braços diziendo:

—¡Ay, hija mía, que no lo dezía yo por tanto! Nunca a Dios le plega que y'os case contra vuestra voluntad, que no vos dixe esto sino por saber qué fariades en ello.

Lucida, cuando oyó a su madre lo que le dezía, tornó muy alegre y díxole:

—Ruégovos, mi señora, que en ninguna manera me habléis de tal cosa salvo si mi muerte deseáis.

La enperatriz le prometió de no gelo dezir ni jamás consentir en tal cosa. Lucida le besó las manos. El enperador habló con Callo y díxole la enbajada del duque, que le parecía muy bien aquellos casamientos porque su hermana Lucida fuese enperatriz y él sería casado con donzella tan fermosa y de tan alta guisa como era Dinerpa. Carlo fue muy turbado con aquellas nuevas y dixo al enperador:

—Señor, podéis hazer de mí todo lo que por bien tuvierdes, mas este casamiento no será por mí otorgado, que nunca Dios quiera que yo sea causa que mi hermana Lucida sea casada contra su voluntad, que según las nuevas que de Fidario ella á oído bien creo que antes querría ser muerta que casar con él.

Y callose, que no dixo más, mas mostró muy triste senbrante. El enperador conosció que mucho le pesava y no quiso más dezir, y como supo la respuesta que Lucida dio a su madre luego determinó con los de su consejo que más en aquell<a>[o] no se hablase, que al duque le demandase cosas tan graves que no las quisiese atorgar y se tornase sin concierto, y así fue hecho, qu'el duque conosció qu'el enperador no avía gana de aquellos casamientos y despidiose d'él diziendo qu'el no traía poder del enperador su tío para otorgar lo qu'él le demandava. El enperador le hizo mucha onra y le dio muy

ricas joyas para amor del rey de Francia. El duque de Ostre entró en sus naos y alçadas las áncoras ^{98r} fue por su mar con próspero viento, que en poco tienpo fue en la su cibdad de Ostre, y de allí se partió para el enperador y díxole todo lo que avía recabado de lo qu'el enperador fue muy enojado, mas más lo fue Fidario su hijo porqu'él avía oído dezir cómo Lucida era en extremo hermosa, y habló con el duque y pescudole si avía visto a Lucida, si era tan fermosa como dezían. El duque le dixo la verdad, loógela mucho. Fidario uvo tanto deseo de verla que delibró de ir a las fiestas que se avían de hazer con pensamiento de hazer tales cosas que Lucida fuese contenta de casarse con él, y pidió por merced al enperador que le diese licencia para ir a Costantinopla, qu'él entendía de acabar aquellos hechos mejor qu'el duque. El enperador lo tuvo por bien, y vista la voluntad de su hijo començó de aparejar todas las cosas nesceçarias a su viaje, él y todos los cavalleros que avían de ir con él.

[XXI]

Estas fiestas que Callo Lucelio mandó apregonar fueron sabidas por muchas partes en breve tiempo, y estando Grimonte con el rey de Nápoles y con su hijo Damasio supieron estas nuevas, que unos mercaderes que venían de Costantinopla le dixerón cómo avían de ser allí en Costantinopla juntos muchos buenos cavalleros y cómo aparejava el enperador grandes cosas. Oído esto por Grimonte estuvo pensando mucho en estas nuevas, y como él sabía que en aquellas partes era su linaje según el ama que lo ayudó a criar le dixo, tomole mucho deseo de ir allá confiando en las palabras que la dueña vieja le dixo cuando ^{98v} lo socorrió en la fuente, y pensó que en aquella ida él no podía ganar sino mucha onra en se provar

con los buenos cavalleros de Grecia, que vería al enper<e>[a]dor Serpio, que tanto su fama por el mundo d'él corría. Pensando en muchas cosas delibró de ir allá y dezirlo a Claudio y a Damasio si por ventura alguno d'ellos quisiese ir allá, y tomolos anbos a dos aparte y díxoles:

—Mis buenos señores, en todo el mundo no ay dos personas a quien yo tanto ame y desee servir ni a quien dixese toda mi fazienda ni descubriese mi corazón si no es a vosotros anbos, porque sé cierto que verdaderamente me amáis, y soy desengañado del amor que os tengo. Ya sabéis, señores, cómo los que no tienen tierra ni señorío en alguna manera Dios les á dado parte de algún bien [y] an menester de guardar y conservar onra y fama, [y] si alguna an alcançado, trabajar por la acrecentar. Y esto dígolo por mí, pues a Nuestro Señor le á plazido d'esconder mi linaje que yo no l<a>[o] pu[e]da conocer, y de otra parte me á hecho mayor bien que yo le é servido ni le meresco <ni le e servido>. Conviéneme de no tener vida holgada, mas trabajando gane amigos y onra. Sabed que yo é determinado de ir a Costantinopla a ver el enperador Serpio y a tantos famosos cavalleros como allí serán juntos. Ruégovos que me perdonéis porque no puedo estar más aquí, aunque mucho grave me es dexar la vuestra compañía, con la cual yo recibía gran descanso y podía sostener la vida atribulada que me causa mi gran desventura. No quise partirme sin fazéroslo saber porque grande yerro fuera, y plazera a Nuestro Señor que cuando ^{99r} tornare o de mí supierdes que mi corazón será más asosegado que agora, y os podré servir las grandes onras que de vosotros é recibido, que adonde quiera que yo vaya iré por vuestro.

Cuando esto dixo las lágrimas le vinieron a los ojos con soledad d'ellos. Claudio, que era de bivo corazón, abraçose con

Grimonte y díxole:

—No plega a Dios, mi verdadero amigo, que vós ese camino hagáis sin mí, que no salí de casa del enperador mi padre con vós para dexaros sin más. Iré a donde vós fuerdes, y quiero antes que de aquí parta recibir orden de cavallería de vuestra mano, que lo quiero más o tanto como serlo de mano del enpe[rador] de Costantinopla, aquel que tan gloriosa fama en el mundo tiene. Esto hágolo porque si por ventura fuere de alguno conosciendo vaya como cavallero.

Grimonte se le omilló mucho y díxole:

—Bien pasesce, mi señor, el verdadero amor que me tenéis, pues me queréis dar tanta onra y poner os en tanto trabajo y peligro por amor de mí. A Dios plega que yo lo pueda pagar, mas yo consejáros ía que no fuédeses sin licencia de vuestro padre.

—Esa no quiero yo demandarle —dixo Claudio—, que no es menester, pues él no me la dará.

—No penséis de ir sin mí —dixo Damasio—, que yo no quedaré, pues vosotros vais, que a mala ventura lo ternía.

Todos tres concertaron su ida con mucha alegría y acordaron de no se dar a conocer a persona del mundo ni dezir sus nonbres por su grado, y así lo juraron. Y con este concierto se fueron para el rey y dixéronle todo lo que acordado tenían. El rey gelo estorvó mucho, mas nunca con ellos pudo acabar que dexasen su ida, y cuando esto el rey vio mostró que le plazía y hizo hazer unas armas muy ricas para Claudio, blancas, que no llevaban sino un león en meitad del escudo, y dióle una espada muy ^{99v} buena y muy rica y de muy ricos guarnimientos. Como todo tuvieron aparejado Claudio veló las armas en la capilla del rey, que no consintió que le hiziesen fiesta ninguna, y otro día dixo la misa un obispo con gran solenidad. Grimonte quisiera qu'el rey armara cavallero

a Claudio, mas Claudio no consi[n]tió sino que Grimonte le diese orden de cavallería. Grimonte to<d>[m]ó el espada de sobre el altar después que dixerón la misa y armolo cavallero, y él mismo se la ciñó rogando a Dios que lo hiziese tan bueno como tenía él merescimiento. Y sabed qu'este Claudio era muy fermoso y apuesto y de muy buenas maneras, y parescía muy bien armado y fue muy buen cavallero, como adelante vos diremos. Y después d'esto fecho pusieron en obra su partida y acordaron de ir por tierra, pues que tenían mucho tienpo para ir a las fiestas, y esto hizieron ellos por ver las estrañas cosas que por el mundo avía. Cuando Grimonte se quería partir rogó a Versinta su donzella que se quedase con la reina hasta qu'él viniese. Ella començó de llorar y díxole:

—¡Ay, señor, no pensé yo que tan mal agradescido avía de ser de vós mis servicios que jamás faltariades cosa que prometiédes! Yo por mi voluntad no quedaré, que bien soy cierta que me avréis menester más agora que nunca, según a[[] lugar a donde vais.

Grimonte uvo piedad d'ella y díxole:

—Mi amiga, pues así lo queréis, id conmigo, que yo n'os dexava sino por el gran trabaxo que recibiréis en el camino.

—N'os pene eso —dixo la donzella—, que para mí descanso será.

La reina, cuando supo que avían de ir a Costantinopla, acordósele del buen tienpo qu'ella avía pasado con Garfín, rey de Tesalia, y dixo a su fijo:

—Damasio, hijo, mucho quisiera, pues vais a Costantinopla, que habláredes a Garfín,^{100r} rey de Tesalia, y que de mi parte le leváredes una joya que yo vos diera porque vos conociera que érades mi hijo, que gran plazer con vos uviera en saber mis nuevas, que a maravilla es buen cavallero. Por esto

quisiera que lo conosciéades.

Damasio le dixo que por entonces no podía ser, porque no se avían de dar a conocer a él ni a otro. La reina se sufrió de más dezirle por entonces, desque vido su voluntad.

[XXII]

Grimonte tenía mucho deseo de ir a Grecia y dio la más priesa que pudo en su partida, y un lunes de mañana, desque oyeron misa, despidiéronse del rey y de la reina y de otros muchos cavalleros. Todos cuatro conpañeros se posieron al camino, Claudio y Grimonte y Damasio y el bueno de Polidentes, que nunca quiso apartarse de servir a Grimonte, y Versinta, que iba muy alegre e iba en un palafrén blanco con guarniciones muy ricas que la reina le dio, y ansimismo muy ricos atavíos para ella, que parescía donzella de alto lugar. Cada uno d'estos cuatro cavalleros no llevaban consigo sino un escudero solo que le llevaba sus armas. Ansí caminaron derechamente al reino de Bohemia, porque querían ir por aquel reino y después pasar a Romanía y de allí a la Grecia, y anduvieron doze días sin les acaecer ninguna cosa. Y pasando un día cerca de una villa que se llamava Tivaina,^{100v} yendo por el camino, venían de contra la villa diez cavalleros armados en muy buenos cavallos; especialmente el uno, que muy ricas armas traía, parescía señor de los otros. Y como llegaron cerca los uno de los otros el cavallero de las ricas armas se adelantó de los otros y llegó hasta Versinta, que juntó cabe Claudio venía, y dixo en alta boz:

—Cavalleros, malaventura vos dé Dios. ¿Traes esta donzella forçada, o cómo viene así con vosotros?

Claudio, que de gran coraçón era, le respondió:

—Con más razón vos dará Dios a vós la mala ventura, pues la buscáis en tener cuidado de lo qu'escusado tenéis <que a nosotros>, que agora no sabréis cómo la traemos ni por qué, porque levéis esa pena con vós.

El cavallero, que sobervio era, cuando así lo oyó responder dixo:

—Agora, don cavalleros, lo diréis que queráis que no, y con vosotros más no irá por amor de la soberviosa respuesta que disteis.

Diziendo esto puso la lança debajo del braço y asentose en la silla. Claudio no fue perezoso, aunque aquella era la primera vez que lança tomava para ferir, y vino contra el cavallero con grande ardimiento y encontráronse muy poderosamente en sus fuerças. El cavallero de la villa encontró a Claudio en el escudo que quebró su lança, mas Claudio encontró al cavallero con tanta fuerça que armadura que traxese no le prestó, y metiole el fierro de la lança por el pecho y dio con él por las ancas del cavallo muy grande caída que no se pudo más menear. Cuando los otros nueve aquello vieron ivan todos juntamente sobr'él, mas hallaron estorvo que Grimonte y Damasio y Polidantes, qu'estaban ya apercebidos, como los vieron venir salieron a ellos, y no uvo ninguno d'ellos que no derrocasse a los [cavalleros] con quien s'en^{101r}contraron. Grimonte firió al suyo tan mal que no uvo menester maestro, según la saña [que] tenía, y puso mano a la espada y fue a socorrer a Claudio, que muy mal lo aquexavan los otros, mas él se defendía muy bravamente. Y como Grimonte llegó hízolos arredrar afuera, que no pudieron sufrir sus pesados golpes, y en poca de ora los pararon tales que no uvo registencia en ellos, unos muertos y otros malheridos. Claudio apeose y fue sobre el cavallero con quien primero se avía conbatido, que lo vido menear, y cortole las enlazaduras del yelmo

y púsole la punta del espada sobre el rostro, y díxole:

—Agora, don cavallero, avéis perdido el deseo de la donzella que tan bien os paresció. Muerto sois si no juráis d'en vuestra vida no queráis saber hazienda de otro que n'os la quiera dezir y de jamás ser contra dueña ni donzella.

El cavallero uvo gran miedo y dixo:

—Yo lo otorgo, pues tan mal me fue en este camino.

Entonces Claudio dexó al cavallero y díxole:

—Resfriaos un poco mientras que viene quien vos lleve a la villa, que de vuestros compañeros mal ayuda tenéis.

Y tornó a cavalgar. Grimonte tomó su lança, que aquella era la que la dueña vieja le dio, que por estraños encuentros que con ella avía hecho no se avía quebrado, de que Grimonte lo tenía a gran maravilla y preciávala mucho. Y como se vieron desenbaraçados de aquellos cavalleros fueron su camino y no quisieron entrar en la villa porque no les acaeciese alguna cosa, y desviaron el camino. Mucho iba alegre Grimonte de que vido a Claudio tan buen cavallero y díxole:

—Señor Claudio, no seré yo aquel que os enojara la donzella que en vuestra guarda fuere según me paresce que la sabéis defender.

Claudio le dixo:

—Si yo, mi señor, algo é de valer, de vós me á de venir el bien.

Y así fueron su camino con mucho plazer ^{101v} hasta que llegaron al reino de Bohemia, y allí hallaron nuevas cómo el rey Dalanco de Bohemia tenía guerra muy cruda con su [so]brino el duque Paulín, hijo de la señora de Pavina y de Paulín, el que murió en los torneos de Costantinopla por mano del gigante Bolastro, que después Serpio el enperador mató, como vos contamos en su

estoria. Este duque Paulín era señor de la mayor parte de Romanía, que por fuerça de armas avía sojulgado, allende de lo que le venía de derecho por su padre Paulín y por su madre, y como se vido tan gran señor y poderoso en armas enbió a dezir a su tío el rey que le hiziese jurar por príncipe, pues de derecho le venía por parte de su padre, si no qu'él le tomaría el reino por fuerça. El rey Dalanco tenía una hija muy hermosa, y aunqu'era de poca edad era muy sesuda a maravilla y muy bien enseñada en todas las cosas. El rey le amava como a sí mismo, y por cosa del mundo no la deseredaría, y enbió a dezir a Paulín que si él no fuera casado que lo casara con su hija, y uviera él plazer qu'él eredara su reino, mas esto no podía ya, que supiese que antes morería que dexar a su hija deseredada. El duque Paulín no'speró más y apañó muchas gentes y fuertes cavalleros y gigantes de las ínsolas de Romanía, y entró por el reino haziendo gran daño y tomando villas y castillos que no se le podían anparar, y el rey enbió contra él sus gentes, e iva por capitán d'ellas el conde Gersafo, hermano de la reina, el cual fue muerto, él y todos los más que con él ivan. Y después cercó una cibdad muy fuerte que se llamava Pasacar, en la cual estaban muy buenos cavalleros que la defendían, y enbiaron a dezir al rey que lo[s] socorriese, si no que se darían a Paulín. El rey apañó muchas gentes, así de sus amigos como de su reino, y él mesmo en persona iva a socorrer. ^{102r} Todas estas nuevas supo Grimonte y sus compañeros. Como oyeron dezir tantos bienes de la infanta L<u>[e]cidora, <que a> Grimonte <le> tomó mucha piadad d'ella porque aquel sobervio duque la quería deseredar, y dixo a Claudio y a Damasio:

—Parésceme, señores, que Dios nos á querido guiar a este reino de Bohemia porqu'esta infanta no reciba tuerto. Todos los

que supiesen que pasamos por aquí en este tiempo y no hizimos nuestro poder por ayudar al rey y a esta virtuosa princesa nos lo reprehenderían. A mí paresce, si vosotros sois contentos, que devríamos de ir ayudar al rey y ser en esta batalla, que Dios nos ayudará con el derecho, y no temamos los fuertes gigantes, que su sobervia los abajará.

Claudio y Damasio dixerón que era bien hecho, que así se hiziese, y luego movieron contra una villa donde la reina y la princesa estaban. El rey de allí se avía partido con toda su gente y llevaba por capitán a un gigante, hijo de Bolastro, el que mató a Paulín, padre del duque, y vino a servir al rey porque aún tenía enemistad con el duque y con su madre porque fue causa de la muerte de Bolastro, su padre. Y este gigante Marceón era toda la esperança del rey, que era muy bravo y esquivo. <Y como> Grimonte y sus compañeros llegaron a Refrisia, que era la más fuerte villa que en todo el reino de Bohemia avía, y quedavan mil cavalleros para la guarda de la infanta, que mucho se temía el rey de perdella, y contino andavan cien cavalleros armados fuera de la cibdad por guarda d'ella. Y estos, como vieron a Grimonte y a los otros, fueron a ellos y dixéronles que fuesen presos, si no que los matarían. Grimonte les dixo:

—¿Quién es el que nos manda prender o a que presión avemos de ir? Porque tal puede ser que vamos de grado, y tal que antes moriremos que ir a ella.

Un cavallero que pareció ^{102v} el más onrado de todos les dixo:

—Sabad que la infanta Lecidora está en esta villa y nos manda prender a todos los cavalleros estrangeros y llevarlos delante d'ella.

Grimonte respondió:

—Razón es de ir a mandado de tal señora. Vamos delante d'ella cuando mandardes.

Y luego quitó Grimonte el yelmo y el escudo y diolos a Olinor, su escudero, y los otros fizieron otro tanto. El cavallero que habló con Grimonte fue con ellos y otros cuarenta cavalleros, y entrando por la villa todos se maravillavan quién eran aquellos cuatro cavalleros tan apuestos. Muchos ivan tras ellos por saber quién eran, y llegados al alcázar el cavallero hizo saber a L<u>[e]cidora cómo traían cuatro cavalleros estrangeros presos que dezían que la venían a servir y pareścían cavalleros para fazer todo bien, y venía una donzella con ellos muy ricamente guarnida. Lecidora mandó qu'entrasen, y ella y la reina con muchas dueñas y donzellas salieron al gran palacio. Aunque Lecidora no'estava ricamente guarnida, mas antes estava trizte como la razón lo requerría, todavía parescía en ella mucha fermosura. El cavallero hizo entrar en el alcáç<e>[a]r a Grimonte y a los otros tres cavalleros, y ape[á]ronse en el correr. El cavallero fue con ellos delante de la infanta. Cuando ella los vido pareścíeronle muy bien. Grimonte quería que pasase delante Claudio y Damasio, mas ellos no quisieron, que en todo le querían onrar. Grimonte fue a la reina y quísole besar las manos. Ella no gelas quiso dar, ni menos Lecidora. Grimonte, de que estuvo un poco callado y vido a la reina y su hija que no dezían nada, díxoles él:

—Señora princesa, la fama de vuestra grande mesura y bondad es tanta por el mundo que ya los que n'os conocen avéis hecho vuestros. Y esto dígolo porqu'estos cavalleros que aquí están, y ^{103r}yo con ellos, pasando por este vuestro reino oímos dezir cómo el duque Paulín, vuestro primo, con gran sobervia vos quiere deseredar y es entrado con gran poder a hazer grande daño y a tomar por fuerça todo el reino. Pareścíonos que vós, mi buena señora, recibía<a>-des tuerto para endereçallo. Si pudiéremos

somos venidos a vos servir y queremos ir por vuestros cavalleros ayudar al rey con esperança que Dios Nuestro Señor nos ayudará, y haremos tanto que la sobervia del duque sea abajada, que los malos no pueden mucho durar. Mándanos, señora, guiar a donde el rey está, que nosotros no quisimos ir sin vuestra licencia.

Lecidora, que era muy sesuda, le vinieron las lágrimas a los ojos [y] respondió muy sosegadamente:

—A Dios plega, mis buenos señores, que yo vos pueda agradecer vuestro buen deseo, que según lo que en vosotros parece no puede ser que la obra no sea buena. Y la ayuda que me queréis hazer recibo yo. Plega al señor del mundo que vos guarde y antes yo muera que sea causa de la muerte de tantos buenos cavalleros, que moriendo yo sería quitada del mundo una desventurada donzella, y moriendo tantos buenos cavalleros harán mucha falta.

Mucha piadad uvieron Grimonte y sus compañeros de Lecidora, que muy bien le pareścían. Grimonte respondió:

—Señora, no vos fatiguéis ni digáis tales cosas, que son para dezir a las bajas donzellas, y si algunos cavalleros murieren tiene la culpa y el cargo aquel sobervio duque que la guerra començó y quiere deseredar a quien no devría. Tened, señora, esperança en aquel muy alto Señor, qu'él vos ayudará, y el duque no podrá escapar de muerto <a>[o] preso.

La reina y la infanta alçaron las manos al cielo y rogaron a Dios que así fuese y alegráronse algún tanto. Lecidora dixo: ^{103v}

—Buenos cavalleros, pues que la vuestra mesura á sido tanta que queréis ayudar al rey mi señor y a mí sin aver razón por qué sino la vuestra grande bondad, menester es que no vos detengáis, porque yo é sabido nuevas que no pasarán cuatro días que todos no

sean juntos, porqu'el duque viene contra el rey con toda su gente.

Grimonte le dixo que luego se querían partir y así lo hizieron, y despidiéronse de la reina y de la princesa, la cual mandó a un cavallero que fuese con ellos y mandoles dar a cada uno un cavallo muy bueno, que llevasen a sus escuderos si les hiziesen menester, y así salieron de la villa todos. Todos dezían que parecían muy buenos cavalleros, y anduvieron tanto que al tercer día llegaron a cuatro leguas dond'estava el rey y supieron cómo el duque estava muy cerca, que otro día se avía de dar la batalla. Como vinieron cansados los cavallos acordaron de dormir aquella noche allí por reposar y que levantasen tanto de mañana que en amanesciendo llegasen al real del rey, mas como venían cansados del camino y dormían en unos muy verdes y frescos prados no despertaron hasta que quería amanecer y cavalgaron muy apriesa, mas tanto no pudieron andar que la batalla no fuese comenzada antes que ellos llegasen, porqu'el duque Paulín tenía tanto deseo de prender al rey que no se dava a vagar, y como el día antes los reales estaban a media legua los unos de los otros el duque hizo armar a los suyos antes que fuesen dos oras del día. Cuando el alva pareció estaban a vista los unos de los otros. El rey, como tenía gran miedo del duque y de sus gentes, de contino hazía estar a todos los suyos apercebidos, por eso el duque los halló en punto para defenderse y dar la batalla, los cuales estaban todos en unos grandes llanos ^{104r} que se hazían cabe una sierra, y como todos se vieron tan cerca y eran mortales enemigos juntáronse muy presto. Y en la delantera de la gente del rey iba por capitán un conde de Alemaña que era muy buen cavallero, que se llamava Gersión, y venía en la delantera de la gente del duque un cavallero su pariente que era ansimismo muy buen

cavallero. Estos salieron delante de la gente y vínose el uno contra el otro al más correr de sus cavallos, y encontráronse con grande ardimiento y quebraron sus lanças, y el cavallero del duque fue a tierra, y el conde puso mano a su espada y comenzó de ferir en la gente del duque. Y como vieron su capitán en el suelo derrocharon por el canpo, y así hizieron los del conde alemán. Juntáronse los unos con los otros, que muy prestamente cavlgaron muchos cavalleros por el canpo de una parte y de la otra. El conde esforçava a los suyos, que era muy buen cavallero a maravilla, y fería a todas partes, tanto que la gente del duque no lo podían sufrir si no sobreviniera en su ayuda el gigante Talaño con quinientos cavalleros, que en su llegada fueran todos los del rey muertos si no los socorriera el gigante Marceón, que era capitán mayor de la gente del rey, y entró muy poderosamente en la batalla con mil cavalleros. Allí viérades hazer maravillas en armas a los unos y a los otros, especialmente a los dos capitanes gigantes, que no davan golpe a derecho que no matasen cavallero o cayese en el suelo malferido. Y haziendo tan destrucción de cavalleros de la una parte y de la otra <y> juntáronse anbos a dos los gigantes. Cada uno d'ellos tomó una lança cuando se vieron y fuéronse a encontrar tan poderosamente qu'espanto era a quien los mirava, y en<trados>[contráronse] en sus fuerças ^{104v} de tal manera que los escudos fueron falsados y las fuertes mallas de las lorigas rotas, y cada uno uvo una llaga grande de las lanças, mas como eran de bravos coraçones no las sintieron, y pusieron mano a las espadas y comenzaron de ferir por todas partes, que cosa temerosa parecían sus fuertes golpes. El gigante Marceón dio a Talaño un tan fuerte golpe en el escudo que gelo fendió y cortole la mano con la meitad del braço en que lo tenía enbraçado. Talaño fue todo

tollido y con la punta del espada dio al caballo de Marceón, que gela metió por un ojo, y puxó tan rezio qu'el cavallo se alzó en los pies, tanto que echó a Marceón de sí, y como llevaba las riendas en la mano cayó el cavallo sobre él y quebró una pierna, que no se pudo mover. Talaño cayó también en el suelo. Allí fue una batalla muy cruda por defender y vengar cada uno lo suyo, y en esto entró en la batalla de parte del duque otro gigante, señor de la ínsola Cerv<i>antia, y traía mil cavalleros consigo, y de la parte del rey el duque de Antiponia, que era muy buen cavallero. Mescrose la batalla tan brava que no se vos podría contar, mas de la parte del duque, como venía por caudillo aquel bravo gigante, que las gentes d'él no lo podían sufrir, <y> perdían el canpo <cuanto podían>. Aunqu'el rey con tres mil cavalleros que tenía en su haz lo socorrió no valía ninguna cosa, porqu'el duque Paulín con otro gigante que nunca d'él se partía entraron en la batalla, y a la ora que todos fueron mezclados y juntos llegó Grimonte y sus compañeros, que mucho fueron tristes porque llegaron tan tarde, y cavalgaron en los cavallos que los escuderos les traían de rienda porque venían más holga^{105r}dos y eran muy buenos. Grimonte les dixo:

—Ea, mis buenos señores, paresca la vuestra bondad y mirá cuánto el rey á menester nuestra ayuda, que mucho me parece que los suyos pierden el canpo. Vós, mi señor Claudio, ruégovos que no vos apartéis de mí porque me socorráis cuando me fuere menester y yo a vós.

Y esto dezía él porque le avía miedo, según era de poca edad, que no se perdiese, [y] por traerlo junto consigo le dixo esto, y luego movieron y entraron en la batalla todos cuatro juntos y a los primeros cavalleros que encontraron fueron por suelo. Grimonte iba adelante y entró tan bravo entre los

cavalleros del duque que antes que perdiese la lança derrocó diez cavalleros, y al pos-trero se la metió por el cuerpo tanto que la uvo de perder, y puso manos a su espada y començó a ferir por todas partes tan bravamente que hazía lugar por onde quiera que podía ir. Claudio iba tras él haziendo tales cosas que mucho fue loado para siempre. Pues Damasio no se dava a vagar, por parescer a Grimonte hizo cosas estrañas en armas. Aquel día hizieron tanto todos cuatro que sus enemigos sentieron bien su venida y los del rey cobraron esfuerço en ver las maravillas que hazían aquellos estrange-ros, especialmente Grimonte, que cavallero no <lo> osava esperar sus pesados golpes como andava ligero. A unas partes y a otras vido cómo muchos cavalleros venían huyendo delante del gigante de la ínsola Cervantia. Como vido tan grande diablo, que así matava los cavalleros, tomó su lança, que [le dio] un onbre que se avía llegado con ellos en el camino [que] tanto amor <an> [hubo a] Grimonte que dixo que no se partería d'él en aquella batalla, y andava junto cab'él a pie. Grimonte le <avía> mandó, si la su lança, qu'el tan^{105v}to preciava, no se le quebrase, que la tomase de cualquier cavallero que en él quedase. Dalvides, que así se llamava el onbre, <que> la sacó del cavallero muerto y traía la para cuando Grimonte la uviese menester, y él gela demandó, y asentose bien en su silla y fue contra el gigante que venía matando y feriendo a cuantos delante de sí fallava. Grimonte se puso delante d'él y díxole:

—Bestia mala, dessemejada, ¿qué fazes? Defiéndete si pudieres.

Y diziendo esto encontro lo tan poderosamente por un costado con la lança que gela metió fasta las tripas, que sus muy fuertes armas no le prestaron, y fue con tanta fuerça qu'el gigante no se pudo tener en la

silla y perdió una estribera, y el otro pie le quedó metido en el estribo, que no pudo sacar, y quebrantose por meitad del cuerpo, y su cavallo le ferió muy malamente en la cabeça con los pies. Y como esto hizo fue muy alegre y començó de ferir con su espada a todas partes, y andando por la batalla oyó a una parte gran ruido y bozes de cavalleros que dezían: «¡Corred al rey, que lo llevan preso!». Grimonte tomó la lança que Dalvides le traía y fue aquella parte con él Claudio y Damasio, que no vos podríamos contar las grandes cosas que hazían y los fuertes cavalleros con quienes se combatían. Como llegaron a la priesa ferieron tan bravamente en los unos y en los otros que por fuerça los hizieron arredrar. Grimonte vido al rey cómo estava a pie y le tenían entre sí veinte cavalleros, y lo llevaban preso y <a>sacado d'entre los suyos, y el duque Paulín y otros cavalleros peleavan muy bravamente con los del rey. Grimonte y Damasio acometieron a los cavalleros que llevaban al rey preso tan bravamente que los ^{106r} hizieron partir en dos partes. Allí viérades dar golpes estraños a Grimonte, que en poca de ora mató<to> a seis cavalleros. Damasio ansimismo dava golpes a unas partes y a otras, tanto que los cavalleros no le osavan esperar, y Grimonte llegó a dond'estava el rey, que le tenían cuatro onbres a pie, y ferió al uno por meitad de la cabeça que lo hendió hasta los onbros, y dixo:

—Villanos, quitá las manos del rey, no seáis osados de llegarvos a él.

Los otros, cuando vieron tales golpes, dexaron al rey. Un cavallero venía alçada la espada por ferir al rey. Grimonte se puso delante y feríolo con toda su fuerça encima de un onbro que lo fendió fasta la cinta. El cavallero cayó muerto a los pies del rey. Grimonte dixo al rey:

—Señor, cavalgad en ese cavallo, que yo vos defenderé mientra cavalgáis.

El rey, que muy maravillado estava de quién era aquel cavallero que así lo avía socorrido, tomó muy prestamente la espada y el escudo del cavallero muerto y sobió en el cavallo a grande afán, qu'estava herido y cansado. El duque Paulín, que vido cómo el rey era librado, vino muy sañudo, y al primero que halló [fue] a Claudio, que acabava de matar un cavallero y traía la espada levantada, y dio a Claudio tan fuerte golpe encima de la cabeça qu'el yelmo le hendió y la espada llegó a la carne, y a <cuando> [cambio] Claudio dio otro golpe al duque tan fuerte que si no alçara el escudo oviéralo muerto, mas hízole una llaga, y el duque tornó sobr'él y dióle tan grande golpe otra vez encima de la cabeça que si no se bolviera la espada, que dio de llano, Claudio moriera, y fue muy desacordado y cayó en el suelo. Grimonte lo vido y pensó que era muerto. Fue muy encendido en ira, y alçó la espada y dio tan pesado golpe al duque por encima del yelmo que le quebró las en^{106v}lazaduras d'él y cayole sobre los onbros, y Grimonte alçó otra vez el espada y fendíole la cabeça. El duque cayó en el suelo muerto. El rey, que muy cerca de Grimonte estava, que no osava d'él apa[r]tarse, dixo a altas bozes:

—¡O, buen cavallero, agora avéis fenecido la guerra, qu'ese era el traidor duque que me la hazía!

Grimonte fue muy alegre por ello, especialmente desque vido a Claudio que ya se levantava, y llegose a él y hízolo cavalgar a pesar de todo<s>. El rey començó de nonbrar su apellido y d'esforçar a sus gentes diziendo que ya el duque era muerto, y oyéndolo todos esforçáronse mucho, y los del duque enflaquecieron tanto que ivan arrancados del canpo si no sobreviniera el otro gigante que vos deximos que quedava con el duque, que se avía apartado d'él a una parte de la batalla y avía hecho gran daño.

Y cuando oyó dezir qu'el duque era muerto començó a dar golpes a unas partes y a otras que en poca de ora mató más de veinte cavalleros, y como vía que los del duque huían él mismo los hería diziéndoles que tornasen a vengar la muerte de su señor, de manera qu'él por una parte y los que venían tras ellos por otra, fueron muertos muchos, tanto qu'el gigante tuvo [vo]luntad de salir adelante y començó a ferir muy sin piedad en cuantos hallava, y encontróse con el duque de Antiponia. Como lo vido con ta[le]s ricas armas pensó que era aquel que mató al duque, y alçó el espada y dióle tan fuerte golpe por encima de la cabeça que no le prestó armadura que trugese, y dio con él muerto en tierra. Todos huían delante d'él. Grimonte, que avía estado un poco reposando pescudando a Claudio cómo le iba, vido aquel que tanto daño hazía y pensó que si aquel fuese muerto que todos los ^{107r} otros serían vencidos, y dixo en su coraçón: «¡O, mi señora Dispina, agora quiero yo ver si soy tornado en la vuestra gracia y os pesa del mal que me hezistes! Si vós me ayudáis a vencer este diablo terné esperança que os doléis de mí». Él, que [se] estava adereçando, [vio] el gigante que venía y no pudo tomar la lança, sino solamente el escudo para recibir el golpe del fuerte gigante, y fue tan pesado que aunqu'el escudo era de azero muy fuerte lo hendió hasta la meitad y decendió el espada al cuello del cavallo que casi gelo cortó. El cavallo se arredró y cayó en el suelo. Grimonte era ligero y salió muy prestamente d'él, y púsose con gran coraçón contra el gigante, que vino contra [él] y quísole dar otro golpe, mas Grimonte se arredró y dio el gigante en vazío, y abaxose mucho. Grimonte alçó el espada y dio tan fuerte golpe al gigante en [el] braço que tenía el espada que le cortó la loriga y hízole una muy gran llaga. El gigante, cuando quiso alçar el espada, no tuvo

fuerça, y cuando se vido tan malherido arre-metió el cavallo par'atropellar a Grimonte, mas él, que era de gran fuerça y coraçón, dio al cavallo tal golpe en la cabeça que gela hendió en dos partes y cayó muerto. Como el gigante era pesado no pudo tan aína salir, y estava enbaraçado con él. Grimonte llegó y dióle tan fuerte golpe encima de la cabeça que le bolvió el yelmo en ella, y luego le dio otro en la espalda esquierda que lo abrió por las espaldas. El gigante tomó su espada y arrojola a Grimonte, y dióle con ella en un muslo y hízole una gran llaga. Grimonte tornó sobr'él y dióle tal golpe que le cortó la cabeça, y el gigante s'esten^{107v}dió con la ravia de la muerte.

Mientra Grimonte esta batalla ovo Claudio y Damasio y Polidantes no'stuvieron de vagar, y en gran fuerça registían a los que querían ferir a Grimonte, que venían en ayuda del gigante. El rey hizo traer otro cavallo muy bueno a Grimonte, que mucho lo preciava, y como os tenemos dicho no se partía d'él porque no se le fuese sin él conoscello, y ansí como Grimonte cavalgó los cavalleros del rey vieron al gigante muerto. Esforçáronse mucho y fi[r]ier<e>[o]n sin temor en los del duque, y como ellos estaban sin capitanes no tuvieron coraçón para se defender, mas pusiéronse en fuida. El rey y los suyos [fueron] matando y feriendo tras ellos hasta que llegaron al real del duque, y era ya tarde, y [como] estaban todos cansados y feridos convínoles de reposar. El rey tomó por las riendas del cavallo a Grimonte y díjole:

—Mi verdadero amigo, vós avéis oy hecho tanto que avéis menester de holgar. Id conmigo vós y vuestros compañeros y seréis curados de vuestras llagas.

Grimonte lo hizo, y el rey se apeó en la tienda del duque, que era muy rica, y hizo apeaar a Grimonte, y luego vinieron muchos

escuderos que los desarmaron y lavaron sus rostros y manos del polvo y de la sangre. El rey, desde que se desarmó, aunqu'estava herido vino a dond'estavan los cavalleros, y començolos abraçar y díxoles:

—Mis amigos, ¿cuál de vosotros es aquel que mató aquel tanto mi enemigo? Que a todos soy mucho en cargo, mas más aquel.

Polidantes le mostró a Grimonte. El rey lo besó en la cara y dixo:

—Por cierto, tal cavallero como vós no puede ser sino venido del cielo. A Dios plega que me dexé pagaros tanto afán y trabajo como por mí avéis oy pasado.

Grimon^{108r}te le dixo:

—Mi señor, todos los cavalleros que quieren guardar lealtad somos obligados ayudar aquellos que tuerto reciben. El duque vino contra vós con gran soberbia y deslealtad. Por fuerça Nuestro Señor le avía de dar la pena de su merescido. Pues que a Nuestro Señor le á plazido de hazeros vencedor de vuestros enemigos, id, señor, a descansar y a curar de vuestras llagas, que lo avéis menester.

El rey le tomó por la mano y levolo consigo, y allí hizo venir a maestros que los curasen. Versinta, como era sesuda, estava con los cavalleros que los avían traído allí. Dixo que quería ir a buscar a su señor, y uno d'ellos fue con ella y el otro partiose a gran priesa a llevar aquellas nuevas a la reina y a su hija. Versinta y los escuderos se fueron al real y pescudaron a dónd'estavan aposentados los cavalleros estrangeros, y mostráronle a dónde y apeáronse, y entraron en la tienda. Mucho fue alegre Grimonte cuando vido a su donzella, y ella le besó las manos, y ya'tava curado de los maestros del rey y cenaron con mucho plazer. El rey hizo hazer allí cuatro lechos para los cavalleros y el de Grimonte cab'el suyo. El cavallero que fue con ellos contó al rey cómo su hija le avía

enbiado aquellos cavalleros, cómo por amor d'ella le avían venido ayudar. El rey dixo:

—Cierto, ellos nos hizieron buena ayuda, que si por ellos no fuera yo fuera muerto y ella quedara sin reino y sin bien. Mucho deve de agradecer a Nuestro Señor d'enbiarle tal socorro.

El rey, desde que puso sus guardas en su real, dormieron aquella noche muy sosegadamente del trabajo que avían pasado.

[XXIII]

Otro día, como vino la mañana, ^{108v} el rey se levantó aunque le hazía menester de holgar, y hizo alçar de allí todo el real del duque, que fueron halladas muchas riquezas, y fuese a su real y consigo llevó a Grimonte y a sus conpañeros haziéndole mucha onra. Y pasando por onde fue la batalla hizo tomar a todos los cavalleros que avían muerto en su servicio y hízolos llevar a un monesterio qu'estava cerca de allí y hízoles hazer grandes osequias y sepolturas tan onradas, y a los otros enterráronlos en el canpo, y ansimismo al duque Paulín y a todos los suyos, porque eran cristianos. Hizo consagrar aquel canpo a un obispo, y venido a su real fue a ver al gigante Marceón, qu'estava malherido, el cual deseava mucho ver a Grimonte y a sus conpañeros por las estrañas cosas que d'ellos le dezían, especialmente de Grimonte. El rey se fue a una villa suya muy buena y viciosa que cerca de allí estava porque todos reposasen y la reina y su hija viniesen allí. Cuando él estuvo asosegado quiso saber de Grimonte quién era y cómo se llamava. Grimonte le pidió por merced que no quisiese más saber de su fazienda de lo que ellos le querían dezir, que supiese que ellos ivan a las fiestas del enperador de Costantinopla y que querían ellos así ir encobiertos que persona no los

conociese, qu'él se llamava el Cavallero de la Espina, que más no le pescudase. El rey, que mucho temía de enojallo, no le quiso más dezir, y así estavan a gran vicio hasta que fuesen sanos de sus llagas. El cavallero que se partió de Versinta, la donzella de Grimonte, anduvo tanto por llevar aquellas nuevas a la reina y a la ^{109r} princesa que antes que ningún mensagero llegase llegó él. Como las guardas que andavan por el campo le vieron venir con tanta priesa fueron maravillados, y a[u]nque le pescudaron qué era no lo quiso dezir y fuese derechamente al alcáç<e>[a]r, y entrando dentro <y> muchos <que> ivan tras él por saber nuevas, y cuando vido a la reina y a la princesa hincó las rodillas y díxoles:

—Mi señora, nuevas vos traigo de grande alegría y plazer. Sabed que los vuestros cavalleros, que en buena ora fueron venidos a esta tierra, que por su causa el rey a vencido y muerto al duque, el cual mató por su mano el cavallero que traía en el escudo la'spina, y ansimismo soltó al rey, que lo llevavan preso, y mató a los dos famosos gigantes que con el duque venían, y de toda la gente del duque no quedó ninguna, que toda es muerta y presa.

—¡Santa María, valme! —dixo Lecidora—, ¿y es verdad lo que me dezís?

—Verdad es —dixo el cavallero—, por la fe que a Dios devo y a vós, que yo vi hazer tales maravillas al Cavallero de la Espina que a duro lo podrían creer los que lo vieron. Sabed qu'él es el mejor cavallero que nunca trajo armas y vos á dado vuestro reino después de Dios.

La reina y la princesa llorando de plazer incaron las rodillas y dieron muchas gracias a Nuestro Señor, y luego fueron hechas grandes alegrías y muy más se hizieron después que llegó el mensajero del rey, que no tardó una ora. La reina dio grandes dones al

cavallero y a todos los que venían con aquellas nuevas, y como la reina uvo mandado del rey que se fuesen para dond'él estava luego se pusieron en obra. L<u>[e]cidora no vía la ora que vería al Cavallero de la Espina y a sus conpañeros, y aparejó muy ricas cosas para llevarles y cavalgaron con toda su conpañía y los mil cavalleros que ivan con ellas, y anduvieron tanto que llega^{109v}ron a dond'el rey estava, y como lo él supo salió a recibillas con los cuatro cavalleros estrangeros cobijados con muy ricos mantos qu'el rey les avía mandado dar. Aunque ivan todos heridos parecían muy bien. El rey iba entr'ellos muy alegre, que no se vieron los unos a los otros, y recibieronse con mucho plazer. La infanta besó las manos al rey y él la besó en la cara con las lágrimas en los ojos anbos a dos. El rey tomó al Cavallero del Espina por la mano y dixo:

—Cavallero bienaventurado, entregos esta donzella, pues le distes a ganar todo el reino de Bohemia, que después de mis días á de eredad. Vós, mi hija, amalde y onra<r>[d]le, que de mucho es merescedor.

El Cavallero de la Espina se le omilló y tomó a la infanta por la rienda, y Damasio a la reina, que con mucho amor y gradescimiento avía recibido [a] los cavalleros. Lecidora, desque algún tanto estuvo s<e>[o] segada, dixo al Cavallero del Espina:

—Cierto, cavallero, yo no podría daros tantas gracias cuantas vós merecéis, ni galar-dón. Solo Dios es aquel que lo puede hazer según vuestra gran bondad y mesura. Solo quedo que no será cosa tan cara que yo por vós pueda hazer que no lo haga. Pluguiése a Dios qu'él me hiziese tan bienaventurado<o>[a] que vós y estos vuestros conpañeros quisiédes quedad con mi padre, que yo haría tanto que gran parte de su reino vos diese a vós por pagar algo de la deuda que vos devemos.

Grimonte le dixo:

—Mi señora, bien só yo cierto, según la vuestra gran bondad, que haríades todo lo que dezís según vuestro gran agradescimiento y de vuestro padre, por onde yo, señora, os devo servir. Mas la estada por agora en esta tierra no puede ser hasta que cunplamos una ^{110r} promesa que avemos hecho por onde por fuerça nos conviene de llegar a Constantinopla y estar en aquellas fiestas que son apregonadas. Y a donde quiera que yo, señora, esté, no puede ser tan lexos que vós me ayáis menester que yo no venga a serviros, pues agora, loores a Dios, vuestro reino queda pacífico y muerto vuestro enemigo mayor. Quedaréis segura, que no será ninguno osado de levantarse contra vuestro padre ni contra vós.

—Mi verdadero amigo y señor —dixo Lecidora—, el día que y'os conocí me hizo Dios de toda buena ventura. Bien creo yo, y soy cierta, que la vuestra grande medida es tanta que nunca me faltarà, pues sin conocerme hizistes tanto por mí que hará agora que mi padre y yo haremos tanto por vós cuanto vós lo quisierdes.

Y así fueron hablando en estas cosas y en otras muchas hasta que llegaron a la villa. Mucho iba maravillada y contenta la princesa del Cavallero de la Espina, y decía que otro tal cavallero como él ella no lo avía visto. Todos los de la villa hazían <gran> grandes alegrías con Lecidora su señora, y apeados subieron al gran palacio, qu'estava muy guarnicido de paños de seda y de oro, y allí estuvieron todos en grande fiesta y plazer. Y desde que fue tienpo el rey se fue con la reina a su cámara y los cavalleros estrangeros a su aposentamiento. Claudio, que mucho vido hablar a Grimonte con la princesa, díxole aquella noche:

—¡O, mi señor Grimonte, Dios os hizo tan señalado en el mundo que mucho

merescéis esto! Dígolo porque creo que poco avría que hazer en acabar qu'esta hermosa donzella a quien tanto avéis ayudado os tomase por marido. Mucho lo querría, porque de más sois merescé^{110v} dor.

Grimonte lo abraçó riendo y díxole:

—Bien creo yo, mi señor Claudio, que vós me deseáis todo bien y esto os hizo dezir lo que me avéis dicho. Mas escusado es hablar en ello, porque ni ella me querrà a mí ni yo tengo en voluntad de procurallo, porque no tengo deseo de casarme tan presto.

Y diziendo esto acordósele de su señora y de su gran hermosura, y quedó tal como muerto, y así perdió los sentidos que Claudio se maravilló y esforçolo mucho, y no pudo pensar qué cosa aquella fuese, y así pasaron aquella noche. Lecidora la princesa llevó consigo a Versinta, la donzella de Grimonte, y estuvo hablando con ella gran parte de la noche pescudándole por los cavalleros, mas nunca pudo saber d'ella quién eran ni cómo se llamaban, mas díxole muy grandes cosas de su señor<a> y de la alta proeza de cavallería, por onde hizo a Lecidora amar muy demasadamente al Cavallero de la Espina. Y otro día dio a la donzella unos muy ricos paños y otras joyas de gran valor para ella, y enbió al Cavallero de la Espina y a sus compañeros muy ricas ropas y mantos que se cobijasen y todas las otras cosas que eran menester para sus atavíos, y enbió al Cavallero de la Espina un muy rico collar de piedras de gran valor, el cual no quisiera él recibir ni ninguna cosa más. Versinta y otras dos donzellas de la princesa le hizieron recibillas y vestirse, aunqu'él no lo avía gana. Todos cuatro ataviados muy ricamente vinieron a oír misa con el rey, que muy bien los recibió, y la reina salió al palacio con su hija a maravilla ricamente ataviada. Allí vinieron todos los cavalleros por hazer onra a los

extrangeros y vino el gigante Marceón, que ya estava mejorado de sus llagas y vino ^{111r} por ver al Cavallero de la Espina, que mucho maravillado d'él estava por aver muerto por su mano aquellos dos bravos jayanes y al duque Paulín, que era tan buen cavallero, y como vino al palacio abraçó al Cavallero del Espina y díxole:

—Buen cavallero, todos aquellos que cavalleros son y armas traen vos devrían de servir y onrar, porque en vós es oy toda la proeza de las armas según avéis mostrado. Yo por mí digo que jamás dexaré de ser vuestro, y todos los días de mi vida os serviré por lo que merecéis.

El Cavallero de la Espina se le omilló y agradesció lo que le dezía, y desde allí quedaron muy amigos y prometió Marceón al Cavallero de la Espina ir para amor d'él a los torneos de Costantinopla. Cuando Lecidora oyó loar al Cavallero de la Espina y vido su tan extrema hermosura mucho fue pagada d'él y encendida en su amor, y tanto cuanto más lo mirava mejor le parecía, y todo aquel día estuvieron en gran fiesta y alegría. El rey onrava mucho a los cavalleros extrangeros, especialmente al Cavallero de la Espina, y comían a su mesa y dioles muy ricos dones.

[XXIV]

La princesa Lecidora era toda encendida en amor del Cavallero de la Espina. Tanto cuanto más lo mirava y con él hablava más crecía el amor, y perdía los sentidos en pensar sus cosas, y maravillábase d'él mucho porque lo vía tan sosegado, que aunqu'ella le dava a conocer el amor que le tenía por eso ^{111v} él no se movía a dezirle ninguna cosa. Pensava ella en su cama muchas cosas y dezía:

—¡Ay, Santa Maríal, ¿quién puede ser

este cavallero qu'él en tan poco me tenga, siendo tan moço, conociendo de mí que yo haría por él toda cosa, no me dezir ninguna cosa? Querría yo qu'él lo començase por que no pareciese en mí gran desvergüença. Yo creo qu'él deve de amar afincadamente a otra donzella, pues de mí no cura. Gran locura es la mía de pensar tal cosa y poner en él tan estremado amor. Mas ¿qué digo? Que no puedo yo por él tanto hazer qu'él no hizo más por mí en poner su vida por mi defensión. ¿Qué me podría él demandar que yo no le diese? Ninguna vergüença me será dezirle el amor que le tengo y el deseo de mi coraçón, que más agradescimiento me deve de ser contado que a desonestidad.

Y estando esta donzella en grandes pensamientos acordó, pues aquellos cavalleros se querían partir tan presto para Costantinopla, de no le dezir ninguna cosa por entonces, mas que le pediría al Cavallero del Espina dos dones si él los hiziese por ella, que entonces ella ternía lugar de dezirle su deseo. Y el uno de los dones era que tuviese un paso de una puente qu'estava cinco leguas de Costantinopla por ella a todos los cavalleros que por allí pasasen, [que] por fuerça justasen con él, y que después de derrocado el cavallero, si quisiese defender por la espada, fuese el Cavallero del Espina obligado a hazer batalla con el cavallero que la demandase. Y el otro don era que viniese por allí o por donde ella estuviese. Y pensó esta donzella que, según era buen cavallero el Cavallero del Espina, que allí ganaría tanta onra que sin vergüença ella se podría casar con él y dezillo a su padre, que gelo diese por marido, que no se podría encobrir ^{112r} que no supiesen quién era. Otro día levantose con este pensamiento y vistiose muy ricamente y saliose con la reina al palacio dond'estava el rey con los cuatro cavalleros extrangeros y otros muchos de su reino, y

desque besó las manos al rey tomó al Cavallero del Espina por la mano y hízolo asentar cabe sí, y después que hablaron cosas de mucho plazer Lecidora le dixo paso:

—Cavallero del Espina, vuestra partida es muy cerca. Dios sabe cuánta tristeza siento mi coraçón por dos cosas. La una, que sentiré gran soledad sin veros. La otra, que no vos é galardonado el bien y ayuda que de vós recibí. Y esto causáis vós, que no queréis parte de lo que mi padre vos daría. Yo hasta agora nunca demandé don a cavallero, ni entiendo de demandarlo a otro sino a vós, porque pasáis de bondad y mesura a todos los del mundo. Y estos dones que vos quiero demandar <y> y'os hago cierto que no'storvarán vuestra partida ni menos será cosa que vós no podáis conplir. Ved si me los otorgáis.

El Cavallero de la Espina le dixo:

—Señora, yo é recibido tanta onra de vós y de vuestro padre que muy poco servicio le hize para tanta merced. Y'os tengo a vós por tal que no me demandaréis cosa que yo no pueda hazer. Por eso dezid, señora, lo que queréis, que hasta la muerte yo lo conpliré.

La princesa se alegró mucho y dixo:

—Esa confiança tenía yo de vós, mi buen señor, y tengo esperança en Nuestro Señor que vós os quitaréis a grande onra vuestra d'estos dones que vos quiero demandar. Ya sabéis, buen cavallero, cómo en esta vida todos y todas deseamos alcançar onra y fama, y que todas las mugeres somos locas y queremos ser loadas y que nos conoscan por todas partes. Yo soy muy cierta que en estas ^{112v} fiestas de Costantinopla an de ser juntas muchas dueñas y donzellas de alta guisa a onde por sus fermosuras muchos cavalleros de alto fecho de armas an de hazer grandes cosas por servicio d'ellas, por onde se acrecentará su loor y fama. Porque yo no puedo

ser <ni yo> [en] aquellas tan grandes fiestas, quiero que de mí allá alguna memoria sea. Quiero que vós, mi señor, por mi mandado estéis treinta días cabe una puente qu'está cinco leguas de Costantinopla y por allí no pueda pasar cavallero sin que juste con vós, y si fuere por vós derrocado y no pudiere más defenderse que dé su escudo en señal de vuestra vitoria y sea puesto en una tienda muy rica que yo allí mandaré llevar. Y si el cavallero quisiere defender su escudo por batalla d'espada que vós seáis obligado a combatiros con él hasta que por fuerça le ganéis el escudo y lo enbiéis a mi tienda, y yo enbiaré a demandar licencia al enperador con dos donzellas mías que irán con vós para que podáis tener este paso por mi mandado, que otorgue las condiciones que y'os mando que tengáis, y quiero enbiallye a dezir que vós no seáis obligado a combatiros en un día más de con seis cavalleros cuando más, y si de allí adelante más vinieren, si quisieren combatir-se con vós que no seáis obligado de hazello si no quisierdes, y si estotros tres cavalleros que andan con vós quisieren guardar el paso que lo pueden hazer después que vós a los seis cavalleros vencierdes, y si por ventura aí tal cavallero viniere antes que se cunplan los treinta días y os venciere a vós que no seáis obligado más d'estar allí. Y quiero que todos los escudos que allí ganardes me los trayan a mí y yo pueda ha^{113r}zer d'ellos lo que quisiere. Y este es uno de los dones que me avéis de dar. Y el otro es que os vengáis por aquí después que Nuestro Señor os diere la vitoria, que bien cierta soy que vendréis de Costantinopla con mucha onra. Lo que agora yo no é podido hazer podrá ser qu'estonces se conplirá mi deseo y será sa<s>ti[s] fecho mi coraçón. Y para conplir mucho las cosas que allá os serán menester yo enbiaré tales con vós que n'os faltará ninguna cosa de las que menester os sean. Y ruégovos que

me perdonéis por ponerlos en tanto peligro.

El Cavallero de la Espina, que oyó lo que la princesa le dixo, alegróse mucho porque se podría provar a su voluntad con los cavalleros grecianos, que en aquel tienpo tan loados eran, y respondiolo con alegre cara y díxole:

—Mi señora, si vós me quisiédes dar esas vuestras muy hermosas manos besárolas ía porque me avéis querido mandar cosa que vós seáis servida y yo gane onra y fama, que la vuestra buena ventura me la otorgará. Yo soy muy alegre de conplir lo que é prometido por [vós]. Vós hazed de manera que antes de tres días partamos de aquí y vós, señora, sabréis lo que yo haré porque vuestra hermosura sea entre todas las dueñas y donzellas de Grecia loada, mas a mí me parece que la condición de los seis cavalleros no se deve poner, porque quien á de tener paso de todos los cavalleros que vinieren lo á de guardar sin condición alguna. Por eso yo no consentiré que en tal se hable más. Quiero esperar la ventura que Dios me querrá dar, y todo lo otro se haga como vós lo tuvierdes por bien. Y si a estos cavalleros mis compañeros le fuere demandada justa o batalla d'espada no á de ser <á de ser> en la condición del paso que yo é de tener, aunque yo creo qu'ellos son tales que sabrán bien defenderse.

Demasiadamente fue alegre ^{113v} y loçana la princesa Lecidora con la re[s]puesta que el Cavallero de la Espina le dio, y díxole qu'ella aparejaría muy presto todas las cosas que fuesen menester para su partida, qu'ella quería qu'estuviesen allí en el paso muy onradamente como merescían tan buenos cavalleros como ellos eran. Y en la noche, cuando el rey se fue a su cámara, hizo saber al rey lo que el Cavallero del Espina le avía prometido, que le pedía por merced qu'él lo tuviese por bien. El rey, como la amava mucho, le

respondió que, pues ella era contenta, qu'él lo tenía por bien. Lecidora le besó las manos y otro día començó de aparejar lo que era menester y hizo guarnecer seis tiendas muy ricamente, especialmente las dos d'ellas, la una para el Cavallero de la Espina y la otra para en qu'estuviesen los escudos qu'él ganase y allí estuviesen sus donzellas en lugar d'ella, y hizo hazer para los cuatro cavalleros unas armas muy ricas, verdes todas de una manera, y otras bermejas muy más ricas, y aquellas les dava con que entrasen en los torneos después del paso qu'él Cavallero de la Espina avía de tener, y hizo hazer muy ricos atavíos para dos donzellas suyas que avían de ir con los cavalleros [y] todas las otras cosas que eran menester para su estada allá. Y acordaron de ir por mar desde allí a Costantinopla por ir más sin enbaraço, y no pudo tan aína aparejarse que no se detuviese diez días, y en todo este tienpo la princesa holgava mucho de hablar y ver al Cavallero de la Espina de manera qu'él conoscía muy claro el amor qu'ella le tenía y ansimismo sus compañeros. Todos holgavan mucho cre^{114r}yendo que se casaría con él, y desde que todo fue aparejado los cavalleros se despidieron del rey para ir al puerto de la mar donde avían d'enbarcar, que era de allí dos jornadas. El rey quiso salir con ellos por hazelle grande onra y el Cavallero del Espina se despidió de la reina, y cuando quiso besar las manos a Lecidora ella recibió tanta pasión que no se pudo tener en sus pies si el Cavallero de la Espina no la sostuviera en sus braços, y ella turbad<o>[a] le tomó las manos y apretolas consigo, y no le pudo hablar. El Cavallero de la Espina sintió su alteración y despidiose muy presto, y sus compañeros se despidieron también, y Claudio bien sintió la pasión de la princesa y díxole:

—Señora, yo'spero en Dios que muy presto tornaremos aquí todos, que la

vuestra buena dicha nos hará a nosotros de buena ventura por onde vengamos a vuestro servicio.

Lecidora, con la boz baxa, dixo:

—Ansí lo mande Dios, porque la tristeza que agora sentimos en vuestra partida se torne en doblada alegría.

Y quando Lecidora despidió a las dos donzellas suyas encomendoles que serviesen mucho a los cavalleros, que todas las cosas mirasen cómo pasavan porque gelas supiesen contar, y quando Versinta le besó las manos a Lecidora le vinieron las lágrimas a los ojos, y tomola en sus manos y besola en el rostro, y díxole:

—Ruégovos, mi amiga, que vos acordéis de mí, que yo bien creo que sois tan sesuda que conoceréis la gran pena y soledad en que quedo.

Y dióle mucho aver que levase para su señor y mandó a ocho escuderos suyos que fuesen con las donzellas y a seis cavalleros suyos que guardasen su ^{114v} tienda, y enbió otros servidores con ellos. El Cavallero de la Espina cavalgó con sus compañeros y el rey fue con ellos más de tres leguas, que mucho los preciava a todos, y despidiose d'ellos rogando a Nuestro Señor que los guardase y los traxese con mucha onra. Ellos le besaron las manos y fueron su camino con su compañía. Y sabed que iba con el Cavallero de la Espina Dalvides, el que se puso con él quando fue la batalla y le dava la lança cada vez que se le perdía, y este Dalvides le fue muy leal servidor, como adelante vos contaremos. El segundo día que partieron del rey llegaron al puerto a donde avían d'enbarcar, y la nao estava aparejada y los marineros tanbién, y el tienpo era endereçado para su viaje, y luego entraron todos a la nao y recogidos alçaron vela y fueron por su alta mar.

[XXV]

Partidos del puerto con próspero viento en poco tienpo fueron en el puerto de la cibdad de Costantinopla a donde muchas naos avía de los cavalleros que venían a las fiestas, y como fueron allí llegados acordaron de no salir en tierra hasta que las donzellas de Lecidora fuesen a demandar licencia al enperador y diese seguro para ir a guardar el paso. Las donzellas fueron ataviadas muy ricamente y los ocho escuderos con ellas, y sacaron de la nao sus palafrenes ^{115r} con ricos guarnimientos. Fuéronse a la cibdad derechamente para los palacios del enperador, y allí se apearon y pescudaron a un donzel a dónde hallarían al enperador. El donzel <que> era muy mesurado, el cual era hijo de Vítor, rey de Ungria, y que avía bien ocho años que era muerto, y todos sus hijos salvo el mayor se criavan en casa del enperador Serpio. Y como este donzel vido aquellas tan ricamente guarnidas pensó que con algún mandado venían al emperador, y díxoles:

—Mis buenas señoras, venid conmigo, que y'os llevaré a donde él está.

Las donzellas se le omillaron y fueron con él hasta el gran palacio dond'estava el enperador acompañado de muchos altos onbres y de muchos buenos cavalleros que cadaldía venían a las fiestas, y allí estava con él Carlo Lucelio, su hijo, y como las donzellas vieron al enperador qu'estava sentado en una muy rica silla omilláronsele y fueron derechamente a él, y hincaron las rodillas y quisiéronle besar las manos, mas él no gelas dio porque no sabía quién era[n]. La una d'ellas, que era muy sesuda, dixo a el enperador:

—Muy poderoso señor, el más onrado y mejor de todos los príncipes del mundo. Lecidora, hija del rey de Bohemia, te manda

por mí besar las manos y enbíate a dezir qu'ella te desea servir como aquel qu'es el mejor cavallero del mundo, y quisiera po[der ver] a la enperatriz y servirla y venir a estas fiestas qu'el príncipe Carlo tu hijo á de hazer, mas que no pudo por la mucha nescedidad en que su reino se á visto por la cruel guerra qu'el duque Paulín ^{115v} le hazía por desheredarla. Y si Dios no le acorriera así fuera, mas vino en su ayuda. Cuatro cavalleros estrangeros, sin saber ella quién fuesen, quisieron ayudar al rey por amor de mi señora Lecidora, los cuales son de tanta bondad de armas que a duro se podrían hallar otros mejores, especialmente uno d'ellos que se llama el Cavallero de la Espina, qu'este mató en la batalla por su manos a los dos muy fuertes gigantes que ayudavan al duque, y ansimismo a él, y venció la batalla, que muy pocos de los del duque escaparon que no fuesen muertos, de manera qu'el rey cobró todo lo que el duque le tenía tomado y la princesa mi señora queda segura que no avrá quien deseredarla quiera. Porque la bondad d'este Cavallero de la Espina sea conocida entre todos los cavalleros de la Grecia mi señora Lecidora le mandó guardar la puente del río Dicerio, qu'está a cinco leguas d'esta cibdad, y allí á d'estar por su mandado trein<a>ta días guardando la puente de todos los cavalleros que por allí pasaren, que ninguno no pueda pasar por ella sin que primero no juste con el Cavallero de la Espina, y si fuere derrocado d'él ale de dar su escudo en señal de la vitoria del Cavallero de la Espina, y si el cavallero fuere tal que su escudo quiera defender por batalla d'espada el Cavallero del Espina será obligado a darle la batalla hasta qu'el cavallero le dé por fuerça su escudo, porque todos los escudos qu'el Cavallero de la Espina ganare an de ser llevados a mi señora, la cual os enbí a pedir por merced que por amor d'ella le queráis otorgar qu'el

Cavallero del Espina pueda tener este paso con seguridad, que por mal ni por bien que a los cavalle^{116r}ros avengan él sea seguro que no recibirá desonra y daño salvo de aquellos que uno a uno se quisieren provar con él. Y esto á hecho mi señora porque en estas tan onradas fiestas <se> aya memoria d'ella y sea conocida la bondad de su cavallero, y si algún cavallero fuere tan bueno que al Cavallero de la Espina venciere ganará todos los escudos qu'él uviere ganado y dexará luego el paso, que no'stará más allí; y si algunos cavalleros se quisieren provar con los otros tres sus compañeros ellos le mantendrán justa o batalla sin condición alguna sino solamente la onra qu'el vencedor ganará. Dadme, muy poderoso señor, la respuesta, tal como de la vuestra alta bondad s'espera.

El emperador, cuando oyó lo que la donzella le dixo, respondióle:

—Donzella, mucho agradezco a vuestra señora Lecidora el deseo que tiene de servir a la enperatriz y a mí. Gran plazer é recibido en saber qu'el rey su padre á sido vencedor de sus enemigos, de lo cual no s'esperava menos según la soberbia del duque. Digo que por amor d'ella, qu'es donzella de tanto valor, el cavallero que dezís pueda guardar el paso sobre mi seguro, que no le será fecho ningún desonor ni daño sino de aquellos que con él se querrán provar, como es costumbre de cavalleros, y el que fuere vaya a su ventura. Quien quiera que sea y muriere aí al cavallero no le sería demandado, e yo lo mandaré así apregonar.

La donzella besó las manos al enperador y díxole:

—Bien cierta era mi señora que avía de hallar en vós toda mesura, como sienpre lo acostumbastes con todas las donzellas y dueñas que merced os pidiesen.

Carlo, ^{116v} que cerca del enperador estaba, dixo:

—Donzellas, ese cavallero qu'el paso á de tener no se deve preciar poco. Deve de ser de grande argullo, pues tal cosa quiere mantener, que muchos buenos cavalleros serán aquí que se querrán ir a provar con él, y vuestra señora le dio peligroso galardón de la onra y servicio que le hizo en mandalle venir a guardar aquella puente por onde tantos cavalleros an de pasar.

El enperador pesole de lo que su hijo dixo y respondiolo:

—Hijo, Carlo, no habléis en eso más, que los secretos de los coraçones no los saben todos. Alguna cosa causó a la infanta enbiar aquel cavallero allí y él á hecho bien como bueno de querer provar las cosas que otros no osan acometer, que ansí an de hazer <a> los que quieren ganar onra y fama. Y aunque no lo conosco, yo lo precio tanto que si él a mi corte viene le será hecha grande onra.

Las donzellas dixerón al enperador:

—Cierito, señor, el cavallero es tal que deve de serpreciado y onrado de todos los príncipes del mundo, que si Dios quisiere no pasarán muchos días qu'él no haga conocer su bondad a los griegos. Sabed, señor, que no desea él más servir a persona del mundo que a vós. Con esto nos queremos ir con la vuestra merced, pues avemos recabdao a lo que venimos.

Y besaron las manos al enperador y tornáronse a su nao. El enperador y todos los cavalleros quedaron hablando en el cavallero y en la donzella que allí l'enbiava, y muchos d'ellos pusieron en sus voluntades de irse a provar con el Cavallero de la ^{117r}Espina. Las donzellas de L<i>[e]cidora contaron a los cavalleros el recabdo que traían, que cuando quisiesen podrían salir de la nao. El Cavallero del Espina fue muy alegre con aquellas nuevas. Las donzellas loavan mucho al enperador y la buena respuesta que en él avían hallado, y dezían que en el mundo avía

tal príncipe, que con razón era loado por todo el mundo, y dixo la una d'ellas:

—Por Dios, señor Cavallero de la Espina, yo'stuve mucho mirando al enperador y nunca vi dos que tanto se pareciesen como él y vós, que en todo vos quiso Nuestro Señor a anbos a dos hazer estremados.

—No habléis en tal cosa —dixo el Cavallero de la Espina—, igualarme con aquel que en el mundo no tiene par en grandeza ni en bondad. Pluguiese a Dios que yo en algo le pudiese servir.

—Yo vos digo —dixo la donzella— qu'él me dixo que os haría mucha onra si a su corte fuésedes.

Y contole lo que Carlo avía dicho y lo qu'el enperador le respondió. Todos loaron la respuesta del enperador y luego se armaron para salir de la nao, y armados el Cavallero del Espina y sus compañeros salieron en tierra, y todos los que venían con ellos pasaron por la cibdad de Costantinopla. Mucho se maravilla[ro]n de la grandeza d'ella y de su nobleza, y fuéronse derechamente a la puente a ond'el Cavallero de la Espina avía de tener el paso y hallaron que era lugar muy fresco de yerva verde y de muchas arvoledas que en el río Dicerio avía, y luego los servidores que llevaban asentaron las tiendas y hizieron en cada una d'ellas un lecho muy rico, espe^{117v}cialmente en la tienda del Cavallero <del cavallero> del Espina. Sabed que Lecidora enbió muy conplidamente todas las cosas que eran menester y enbió un mayordomo para que <que> les diese allí todas las cosas que eran menester, y enbiaron por muchas lanças a la cibdad de Costantinopla, mas el Cavallero del Espina nunca avía perdido hasta allí la lança que la dueña vieja le dio. Todos lo<s> tenían a gran maravilla, y el día que allí llegaron no entendieron en otra cosa sino en aposentarse, y aunque pasavan algunos cavalleros no

curaron d'ellos, y otro día avía de començar a guardar el paso, y avía cuarenta días de aquel día al día de Santiago que se avían de començar las fiestas.

[XXVI]

Otro día, después qu'el Cavallero de l'Espina llegó a la puente onde avía d'estar treinta días, luego de mañana oyeron misa en la tienda de Lecidora, y el Cavallero del Espina la oyó con mucha devoción y rogó a Nuestro Señor que le ayudase y no consintiese qu'él allí recibiese desonra. Y oída luego se armó y hizo ensillar su cavallo, y así lo hizieron Claudio y Damasio, y mandaron a cuatro escuderos qu'estuviesen guardando de la otra parte de la puente y qu'en viendo venir algún cavallero luego el uno d'ellos lo viniese a dezir, y otros dos guardavan de la parte donde las tiendas estaban. No pasó mucho que los dos escuderos vieron venir seis cavalleros, y venían armados salvo de yelmos y escudos, y luego el uno d'ellos lo hizo saber al Cavallero de la Espina, el cual ^{118r} salió de la tienda <tienda> y enlazó su yelmo y cavalgó encima de su cavallo, y tomó su lança y púsose en punto. Cuando los cavalleros llegaron los escuderos les dix[er]on:

—Cavalleros, teneos afuera, no seáis osados de pasar por aquí sin que nos deis vuestros escudos.

Los cavalleros se rieron y dixeron:

—¿Por qué los avemos de dar tan ligeramente?

Los escuderos les dixeron:

—Porque aquel cavallero que allí veis defiende este paso, y si no queréis aver justa o batalla con él aveislos de dar o él vos los tomará por fuerça, que para eso es aquí venido por mandado de la princesa Lecidora, que a ella los á d'enviar.

—Ya nunca Dios me ayude —dixo el uno d'ellos— si nunca él mi escudo l'enbía, o yo moriré por ello.

Y sabed qu'este cavallero era hijo de Ursino, duque de Amenón, y de su muger Rosma, aquellos qu'el enperador casó, y este era el mayor de sus hijos, y avía bien seis años que era cavallero, el cual se llamava Torresano y era muy buen cavallero, y avíase deteni-do, que no vino con su padre, que ya estava en Costantinopla. Y como otro cavallero su primo vido qu'él aquello dezía demandó apriesa su yelmo y dixo:

—Esperad, señor, que y'os desenbaraçaré la puente que paséis sin embargo.

Y el Cavallero de la Espina llegose junto a ellos y díxoles:

—Señores cavalleros, no sea ninguno de vosotros osado de pasar por esta puente mientre que yo me desenbaraço d'este que quiere ser el primero. Si no, sabed que moriréis por ello.

Torresano le respondió con sobervia:

—Hazé lo que avéis de hazer, defendeos d'ese cavallero, que no haréis poco, que no ay aquí naide que por vuestro miedo dexe de hazer lo que bien l'estuviere.

Y a esta ^{118v} ora los cavalleros estaban aparejados, y movió el uno contra el otro al más correr de sus cavallos, y encontráronse tan poderosamente en sus fuerças qu'el cavallero que quería pasar la puente quebró su lança, mas al Cavallero de la Espina encontró con tanta fuerça que sacó al cavallero de la silla por las ancas del cavallo y dio tan gran caída que por medi<o>[a] ora no pudo tornar a sí. El Cavallero de la Espina tomó la lança a sobre mano y fue sobre el cavallero, y díxole:

—Cavallero, muerto sois si no me dais vuestro escudo.

El cavallero estava tal que no pudo responder. El Cavallero del Espina mandó a

Dalvides que gelo tomase y lo llevase a las donzellas de Lecidora, qu'estavan en la tienda. Ellas lo tomaron con grande plazer y pusieronlo en un estrado alto qu'estava hecho en la tienda cobierto con un paño de oro que para poner los escudos qu'el Cavallero del Espina ganase estava aparejado. Cuando Torresano vio a su primo tal uvo muy grande enojo y enlazó muy prestamente su yelmo, mas antes se pudo ajustar otro cavallero [el] suyo, el cual de los primeros encuentros dio su escudo, qu'el Cavallero del Espina le dio tan grande caída que le quebró las costillas. Luego le fue tomado el escudo y levado a las donzellas. Muy más encendido en ira fue Torresano, y luego enbraçó su escudo y fue contra el Cavallero del Espina, que lo recibió con grande ardimiento, y encontráronse muy poderosamente, tanto que Torresano quebró su lança y hizo una llaga pequeña al Cavallero de la Espina, mas él l'encontró tan poderosamente que le falsó el escudo y la loriga y hízole una gran llaga con la cuchilla de la lança. Torresano perdió las estriberas, mas abraçose al cuello del cavallo. Como era de gran coraçón es^{119r}forçose lo mejor [que pudo]. [***] fuera por su mandado porque del todo fuera él gozoso y recibiera gran gloria de la vitoria que Dios allí le diera, y por no ser por ella paresciale que hazía traición.

[XXVII]

Otro día muy de mañana el Cavallero del Espina, en oyendo misa, se armó, y estuvo esperando si pasaría algún cavallero, y de la parte de Costantinopla los escuderos vieron venir un cavallero encima de un gran cavallo alazán, y el cavallero era de gran cuerpo y traía unas armas muy ricas, y en el escudo un león figurado. Venía muy apuesto. Venía solo, salvo un donzel que le traía la

lança. Y sabed qu'este era el conde de Redón, que era maravillosamente buen cavallero como su padre, y aun mejor, y queríalo el enperador mucho y eran muy amigos el duque Florencio y él. Y como él supo qu'el duque se avía venido a provar con el Cavallero del Espina luego salió de Costantinopla a buscallo, y aquella noche supo en el lugar lo que le avía acontecido, y de enojado no le quiso ver. Y madrugó tanto que saliendo el sol fue a la puente, e ya el Cavallero del Espina estava puesto en punto, y como lo vido venir salió a él y díxole:

—Cavallero, no podéis por aquí pasar sin dexar vuestro escudo o os aparejé a defenderlo.

El <duque> [conde], que era sobervio, respondió con gran ira:

—Vós, don cavallero, muy loco estáis por aver vencido a otro mejor cavallero que vós. Mi escudo os costará a vós tan caro que perderéis la vida o me diréis quién sois ^{119v} porque sepa si merecéis ponerlos contra tanto buen cavallero como ay en Grecia.

—Si Dios quisiere ya por vós no será sabido quién yo soy —dixo el Cavallero del Espina—. Defendeos si pudierdes y dexaos de dezir palabras villanas.

Y abajó la lança el Cavallero del Espina y el conde hizo otro tanto, y viniéronse a encontrar tan poderosamente que los que miravan s'espantaron de la fuerça de tales dos cavalleros. El conde quebró su lança en pieças y el Cavallero del Espina lo herió del alça, mas el conde no fue movido de la silla. Cuando el Cavallero del Espina así lo vido díxole:

—Cavallero, ved si queréis tornar a justar. Darvos an otra lança.

El conde dixo que sí y diérongela luego, y tornaron a encontrarse en sus fuerças tan poderosamente qu'el conde fue sacado de la silla, y por no caer llevaba las riendas en

la mano y el cavallo se alçó con la fuerça qu'el conde ponía por tornar a cobrar la silla, y quedole un pie metido en el estribo de manera qu'el cavallo le quebró la pierna. Y el encuentro del conde fue tal que si el Cavallero del Espina no se abraçara al cuello del cavallo cayera, y como vido al conde de tal manera apeose y fue a él con la espada sacada y díxole:

—Vós pasaréis por la ley que posistes. Si no me dais vuestro escudo por vuestra mano y no me dezís quién sois y quién es el cavallero que vencí que era mejor que yo, muerto sois.

Y púsole la espada sobre la cabeça y cortole las enlazaduras del yelmo. El conde estava tal con el dolor de la pierna que no se podía valer, y cuando se vido en tanto peligro tomó su escudo y echolo a rodar por el canpo y dixo:

—Pues la ventura tan f<o>[a]vorable vos es, cavallero, sabed que avéis vencido al conde de Redón, que só yo, que no deviera nascer, y el que ^{120r}ayer vencistes, de que a mí pesó, es el duque Florencio. Agora vos é dicho lo que queríades saber. H<e>[a]zed a esos vuestros escuderos que me ayuden a cavalgar, que yo no quiero estar aquí más.

El Cavallero del Espina mando que le ayudasen a cavalgar y así fue hecho, y el conde se tornó muy triste y con gran dolor de la pierna que apenas se podía tener en el cavallo, y no paró hasta Costantinopla, que se fue a la posada del duque Florencio, que se maravilló cuando así lo vido venir, y más el enperador. Cuando lo supo dixo:

—Cierto, el Cavallero del Espina es de gran bondad de armas, pues así tan ligero á vencido tales tres cavalleros. Quiera Dios que no aya venido acá por desonra de los nuestros.

Todos hablaban en él. Tomedo, hijo de Pirio, hermano del enperador, <que> era

muy buen cavallero a maravilla, y este Tomedo ovo Pirio en una donzella muy hermosa de Crarisa, su madre, aquella que vos contamos que era muy sabia dueña. Cuando Crarisa enbió a Inglaterra a Pirio, su hijo, dexó preñada aquella donzella y parió dos hijos de un vientre, y anbos a dos los crió Clarisa y eran muy buenos cavalleros, y el otro se llamava Arquilao y tenía lo Clarisa consigo, que lo amava mucho, del cual se vos contará adelante. Tomedo avía cuatro años qu'el enperador le avía dado orden de cavallería y de continuo estava con él. Como oyó estas cosas del cavallero de la puente delibró de irse a combatir con él otro día.

El Cavallero del Espina quedó muy alegre porque avía vencido al conde de Redón, que le avía dicho palabras tan feas, y hizo poner su escudo con el del duque Florencio aparte de los otros. Y a ora de nona vinieron a pasar por la puente una donzella muy hermosa ^{120v} y ricamente guarnida, y venían con ella una dueña y una donzella y cuatro cavalleros y diez escuderos, y uno de los cavalleros venía armado de muy ricas armas y traía la donzella por la rienda, y venía muy loçano porque era la donzella su amiga y llevávala a Costantinopla para que viese las fiestas, qu'él se tenía por buen cavallero y así lo era, y llamávase Goronico. Y como el Cavallero del Espina los vido venir salió a ellos y díxoles:

—Cavalleros, deteneos, que no podéis por aquí pasar, que así lo manda Lecidora, princesa de Bohemia.

Cuando Goronico lo oyó fue muy airado y díxole:

—¿Qué os paresce, mi señora, que a tan mal estado me á traído mi ventura qu'este cavallero lixoso delante de vós ose mentar otra donzella y tenernos el paso que no pasemos por la puente? Mas si él locura á dicho él la conprará caramente, que yo lo

h<e>[a]ré besar a vuestro palafrén en el lugar vergonçoso.

Y demandó apriesa su yelmo y su lança. Todos los que oían las sobervias del cavallero se r[e]í<y>an, mas el Cavallero del Espina fue encendido en ira y tomó su lança y fuéronse a encontrar muy poderosamente. Goronico quebró su lança, mas no movió <solamente> al Cavallero de la Es<pi>pina de la silla. Mas él, como estava tan enojado, l'encontró con tanto ardimiento que le metió la lança por el pecho y le pasó a la otra parte, y dio con él muerto en tierra, y dixo:

—Tales fines an los cavalleros soberviosos.

Y hízole tomar el escudo y llevar a las donzellas. Y los otros cavalleros, ^{121r} que vieron muerto a Goronico, uvieron grande pesar, especialmente un su hermano, que como onbre desatinado se fue a encontrar con el Cavallero de la Espina, que de los primeros encuentros se delibró d'él y le fue tomado su escudo. Y los otros no osaron justar con el Cavallero del Espina, mas antes decendieron a tomar a Goronico y hazían por él gran duelo, mas sobre todos la donzella, que se dexó caer de su palafrén amortecida y después dezía cosas de gran dolor retrayendo las bondades de Goronico, y maldezíase a sí porque allí avía venido, por ser causa de tanto mal, y maldezía al cavallero que guardava la puente, que tan bien sabía ferir. El Cavallero del Espina le dixo:

—Señora hermosa, no vos pese por la muerte de tan sobervio cavallero, que según vuestra hermosura no faltará otro que mejor os meresca.

—¡Ay, cavallero malo —dixo la donzella—, maldita sea la ora que vós venistes a esta tierra y la donzella que acá os enbió, que de tanto mal es causa!

Los cavalleros y escuderos tomaron el cuerpo de Goronico y pusieronlo encima de

un cavallo y tornáronse por onde avían venido y la donzella con ellos. El Cavallero de la Espina justó aquel día con otros tres cavalleros, los cuales venció y tomó sus escudos, y desde fue noche desarmose y cenaron con gran plazer, que las donzellas lo servían mucho. Y otro día muy de mañana el Cavallero del Espina se armó y no tardó mucho que vido venir dos cavalleros hazia Costantino-pla, y venían armados de muy ricas armas. Y el uno d'ellos era Tomedo, el buen cavallero que vos diximos que era hijo de Pirio, rey de Argís, y el otro era Querpinte, hermano del duque de Ofada, hijos ^{121v} del duque Pate-lo de Ofada, que era muy buen cavallero. Y como Querpinte vido venir a Tomedo rogole que lo esperase y armose muy prestamente, y viniéronse amos, y como el Cavallero del Espina los vido venir salió a ellos y díxoles:

—Señores cavalleros, no podéis por aquí pasar sin que justéis o me deis vuestros escudos, que así me es mandado.

Querpinte, que avía demandado la primera justa a Tomedo, respondióle:

—Cavallero, antes provaremos si los podemos defender que dároslos endonados, pues no los echamos al cuello para eso. Guardaos de mí.

Y diziendo esto abaxó su lança y el Cavallero del Espina ansimismo, y viniéronse a encontrar muy poderosamente. Querpinte quebró su lança y el Cavallero de la Espina l'encontró con tanta fuerça que lo sacó de la silla y dio con él en el suelo, mas era de gran coraçón y ligero, y levantose luego y sacó su espada, y el Cavallero de la Espina le dixo:

—Cavallero, si no queréis tornar a cavalgar dezímelo y apeareme, que no quiero teneros ventaja.

Querpinte tornó a cavalgar y començáronse a ferir muy bravamente. Tomedo estava maravillado de ver al Cavallero del Espina y los pesados golpes que a su

compañero dava. Bien conosció que Querpinte no podía mucho durar que no fuese vencido, y así fue, qu'el Cavallero del Espina lo aquejó de tal manera que cayó del cavallo perdidos todos los sentidos, y luego le fue tomado el escudo, de que Tomedo uvo muy gran pesar, y dixo en su coraçón: «Este diablo no á venido aquí sino por desonra de todos los cavalleros de Grecia». Y como esto dixo enbraçó su escudo y aparejose para la batalla. El Cavallero de la Espina tomó su lança y fue contra él, y encontráronse de tal manera que Tomedo herió al Cavallero del Espina en el lado derecho, mas fue el golpe ^{122r} en soslayo, que fue la ferida pequeña. El Cavallero de la Espina hizo perder las estriberas a Tomedo, mas era de gran fuerça y abraçose al cuello del cavallo, y tornándose a sentar en la silla sacó su espada y fue contra el Cavallero del Espina, que lo recibió sin ningún pavor, y diéronse muy fuertes golpes por encima de los yelmos, que lumbre d'ellos hazían salir. Y como Tomedo era fuerte y ligero y estava holgado hazía sentir sus golpes al Cavallero de la Espina, tanto que se hallava aquejado, y cre<ci>ciole el ardimiento de que tanto aquel cavallero le turava, y dióle tan fuerte golpe por encima de la cabeça que le hizo perder los sentidos. Como así lo vido juntose muy rezio con él y travole del escudo y tomógelo por fuerça, y hízole caer del cavallo, y el Cavallero del Espina quedó muy cansado, y miró y vido venir un cavallero por la puente riendo que no lo avían podido detener, y dezía:

—Yo pasaré aunque os pese a todos.

Dalvides dio la lança muy presto al Cavallero de la Espina, que de contino estava junto cab'él. El Cavallero del Espina la tomó y fue muy presto al cavallero que ya quería salir de la puente y díxole:

—Cavallero, teneos, no paséis sin justar conmigo. Si no, muerto sois.

El cavallero no se curó de nada, mas iv'adelante. El Cavallero del Espina l'encontró con tanta ira que dio con él del cavallo abajo, y como el cavallo s'espantó dio con él de la puente abaxo en el río, y si no uviera ramas en que se travar muriera, mas a grande afán se pudo salvar. Los escuderos le fueron a tomar el escudo y él lo quitó del cuello y dio con él grande golpe en el suelo, y dixo:

—Allá irás con él, diablo, que por ti no me veré oy en más peligro.

Querpinte, qu'estava ya levantado, se maravilló de la gran fuerça y esfuerço del Ca^{122v}vallero del Espina, cómo no cansava, y dezía que mejor cavallero qu'él no se podría hallar. Y como Tomedo se levantó cavalgaron en sus cavallos a grande afán, qu'estaban malheridos, y fuéronse a la cibdad. Luego fue sabido de todos los cavalleros, y muchos que tenían voluntad de se ir a provar con el cavallero de la puente lo dudaron y dezían que no querían ir a recibir desonra.

Qué vos diremos. Diez días pasaron que ninguno faltó de seis o siete o ocho cavalleros qu'el Cavallero de la Espina no venciese, así de los que venían a la cibdad de Costantinopla como de los que venían d'ella a provarse con él. Al enperador y a todos hazía maravillar. Y a los onze días qu'el Cavallero de la Espina guarda[va] el paso vinieron nuevas al enperador cómo venía Garfín su hermano, rey de Tesalia, y Pirio, rey de Argís, y traían sus mugeres y hijos consigo, y ansimismo Rastín, rey de Tracia, y Crionte, rey d'Esperte. Con estas nuevas fue el enperador muy alegre, y cinco días estuvieron los cavalleros que no vino ninguno a provarse con el cavallero de la puente, porque entendían en los recibimientos d'estos reis. Los dos hermanos vinieron juntos, que así se concertaron, y Rastín y Crionte ansimismo. El enperador les hizo gran recibimiento y la enperatriz a las reinas sus mugeres como

aquella que lo sabía muy bien fazer. La infanta Lucida tomó consigo a Orinta, hija de Garfín, y a Diricena, hija de Rastín, y esta era princesa que no tenía <hijo> [hermano] ninguno. Y como fueron todos aposentados hablando en muchas cosas el enperador contó a sus hermanos del Cavallero del Espina que guardava la puente y díxoles cómo avía ya diez y seis días que allí estava que ningún cavalle^{123r}ro de cuantos con él se avían combatido no le avían podido vencer, aunque avían sido hartos y buenos.

—D’estraño cavallero me dezís —dixo Garfín—. Mucho es de preciar. Pues acá somos venidos, conviene que nos provemos con él por ver si avremos mejor dicha que los noveles.

Ducio, hijo de Garfín y de la hermosa Solia, que era marqués de Monsalia y señor de la ínsola Primena, qu’esto oyó a su padre, delibró de otro día de mañana irse a provar con el cavallero.

[XXVIII]

Ducio se levantó una ora antes que amanesciese y no quiso llevar sino un escudero consigo, y anduvo tanto que a ora de tercia llegó a la puente e ya el Cavallero del Espina avía vencido aquel día cuatro cavalleros que ivan a los torneos, y encontros Ducio que mal se ivan quejando. Mas como él era buen cavallero a maravilla no s’espantó, mas antes, pensando de vencer, le recibió con gran gloria, porque toda aquella onra ganaría él. Y como llegó a la puente vido al Cavallero del Espina y paresciole muy bien armado, y dixo:

—Con razón es loado el cavallero.

El que guardava la puente se llegó a él y díxole:

—Señor cavallero, bien cierto soy que según vuestro parescer no me querréis dar

ese vuestro rico escudo sin que lo gane por fuerça de armas. Pues ansí á de ser, guardavos de mí, que vos desafío.

Ducio le dixo:

—No salí<o> de Costantinopla sino con deseo de ganar ese vuestro que hasta aquí tan bien lo avéis guar^{123v}dado, mas de aquí adelante véolo en peligro, porque los cavalleros que suelen abajar la soberbia de los ofanos son venidos a Costantinopla.

—No penséis d’espantarme por eso —dixo el Cavallero del Espina—. Guardaos vós de mí, que de los otros yo haré todo mi poder para d’ellos defenderme.

Anbos a dos abajaron las lanças y encontráronse en sus fuerças, y como anbos a dos eran de grande ardimiento Ducio quebró su lança, y juntáronse al pasar de los cuerpos tan bravamente que Ducio cayó del cavallo porque uvo una espalda quebrada <suy>. Ducio se levantó muy ligero y enbraçó su escudo y sacó su espada. El Cavallero del Espina quedó un poco atordido del topar de los cuerpos, y como vido a Ducio con tanto ardimiento sacó su espada y fue contra él, mas Ducio le dixo que se apease, si no que le mataría el cavallo. Él lo hizo luego y acometiéronse el uno al otro y diéronse muy fuertes golpes, y anduvieron una ora que no parescía mejoría del uno al otro. Damasio y Claudio y Polidantes se maravillavan de ver tan cruda batalla, mas como el Cavallero del Espina traía tan buena espada y era de mayor fuerça, manteníase mejor, de manera que Ducio començó a enflaquecer de la mucha sangre que le salía, y el Cavallero del Espina se juntó tan rezio con él que le hizo dar de manos en el suelo, y diole tal golpe con la espada por encima de la cabeça que Ducio cayó estendido. El Cavallero del Espina quiso saber quién era y cortole las enlazaduras del yelmo, y púsole la espada sobre la cabeça y díxole:

—Cavallero, ^{124r} si no me dezís quien soís, muerto soís, porque sepa quién era el que tanto mi'scudo deseava.

Ducio no respondió ninguna cosa porqu'él estava tal que con la muerte fuera contento por aver perdido su'scudo. El Cavallero de la Espina le fería con la mançana del espada en la cabeça deziéndole:

—Vós, cavallero, morir queréis desesperado. Dezime lo que vos pescudo y dexaros é.

Ducio, más por lo que conplía a su ánima que por temer la muerte, le respondió:

—¿Qué queréis saber de mí? Que aquellos que yo tanto loo son hermanos del enperador, que tan preciados en armas fueron y son, y yo soy hijo de Garfín, rey de Tesalia, y llámome el marqués Ducio de Monsalia.

Y callose, que no dixo más con gran pesar. El Cavallero del Espina le dixo:

—Señor cavallero, ruégovos que me perdonéis, que lo que yo aquí hago esme mandado y téngolo de conplir por fuerça. Al enperador y a sus hermanos deseo yo servir, y no querría que nengún enojo de mí recibiese, y el que vós de mí avéis recibido me p<a>[e]sa por ser hijo de tan onrado rey como es vuestro padre. No lo puedo enmendar con otra cosa sino con rogaros que vos vais a mi tienda y allí seréis curado de vuestras llagas de una donzella mía que mucho sabe. Y esto dígolo porque me paresce qu'estáis malherido y no querría que rescibiésedes daño.

—Vuestra bondad es tanta —dixo el marqués— que herraría onbre de no hazer vuestra voluntad. Quiero que sea así como me dezís.

El Cavallero del Espina lo mandó llevar a su tienda y mandó a Versinta que lo curase como a él mismo, y ella así lo hizo. Claudio y Damasio le hazían conpañía y él estava muy contento de ver a <l>[d]os cavalleros

tan buenos. Aquel día pasó mucho afán el Cavallero del Espina porque vino por allí el príncipe de Argos, sobrino de la enperatriz, y traía consigo a quinze cavalleros muy buenos y otros muchos servi^{124v}dores con el príncipe y con los otros quinze cavalleros que con él venían, y quísole Dios tan bien que a todos ellos venció y ganó sus escudos, y fueron de allí todos muy maltrechos y espantados, y cuando fue noche no se podía tener en sus pies, tan cansado estava. Versinta lo echó en su cama y curó de algunas llagas que tenía y le puso tales melezinas con que fue curado del dolor que tenía de los fuertes golpes que avía recibido. Mucho estava espantado Ducio de verlo y de lo que aquel día avía hecho, y dixo que allí quería estar algún día por ver las grandes estrañezas qu'el Cavallero del Espina en armas hazía. Mucho era pagado de todos aquellos cavalleros y creía que todos eran de alta guisa según lo que en ellos parecía.

Y otro día el Cavallero del Espina se levantó, y desque oyó misa púsose en su guarda, y avínole tan bien que aquel día no vinieron por allí sino tres caballeros, dos de Costantinopla y otro que pasó de la otra parte, los cuales muy ligeramente el Cavallero de la Espina venció. Como aquel día llegó a Costantinopla el príncipe de los argos, el enperador y Carlo supieron lo que le avía acontecido. Mucho les pesó. Carlo se quería morir de pesar y d'enbidia de lo que oía dezir del Cavallero de la Espina, y pesávale porque no era cavallero para se ir a combatir con él, y dixo a Garfín, rey de Tesalia:

—¿Qué os paresce, tío, cómo á venido este cavallero a desonrar a todos los preciados cavalleros del inperio griego? Nunca seré alegre porque no é rescibido orden de cavallería, que yo muriera o vengara a todos los que a desonrado. Grande enojo tengo porque no veo aquí al marqués vuestro hijo.

Creo que se á ido a provar con él. Quiera Dios que no aya recibido algún daño.

—Verdá dezís, señor —dixo el rey—. Menester es de saber d'él.

Y luego pensó de ^{125r}irse a combatir con el cavallero de la puente. Con solo Pirio su hermano, rey de Argís, habló lo que tenía pensado, y díxole:

—Hermano, gran vergüença nos será de sufrir tanto este cavallero de la puente que tanto á desonrado a los cavalleros que por allí pasan. Yo tengo delibrado de me ir a combatir con él y hazer todo mi poder para de allí quitarlo, que mi coraçón me dize que Ducio mi hijo á recibido algún daño d'él. Ruégovos que m'escuséis del enperador porque voy allá sin hazérgelo saber, que yo madrugaré tanto que persona no me vea ir, y dezilde que soy ido a una cosa que me conplía a mí y a él, que luego vendré.

—No iréis vós sin mí —dixo Pirio— si Dios quisiere, que mal enojado estoy d'él por amor de Tomedo, mi hijo. Quiera Dios que los podamos vengar.

El rey de Tesalia, de que vido la voluntad de su hermano, no quiso estorvalle la ida, y antes que amanesciese tres oras se levantaron y armáronse y fueron su camino sin levar persona ninguna consigo, y allegaron a la puente bien de mañana. El Cavallero del Espina justava aquella ora con un cavallero de la otra parte de la puente, mas presto se desenbaraçó d'él. Mentre tanto los escuderos llegáronse a los dos reis y dixéronle[s] que se detuviesen, no pasasen si no querían morir. Pirio le dixo:

—Ya por ese miedo no le dexaríamos de hazer, que bien sabemos defender nuestras vidas, mas queremos esperar aquí al cavallero que guarda la puente porqu'est<a>[él] bueno aquí para justar.

Garfín, que mucho deseava saber de Ducio, dixo:

—Escuderos, sí ayáis buena ventura, ¿á venido aquí un cavallero que trae un escudo verde con una banda de oro y cinco cruces pequeñas?

El uno d'ellos respondió:

—Ese escudo ya'stá en poder de las donzellas de Lecidora, princesa de Bohemia. El cavallero esta allí en la tienda del Cavallero de la Espina, mal^{125v}herido, mas no morirá, que es muy bien curado de una donzella qu'el Cavallero del Espina trae consigo.

—¡Santa María, val! —dixo Pirio—, ¿tan buen cavallero es vencido? No sé qué dezirme.

Mucho fueron airados con estas nuevas. A Garfín le pesó porque avía otorgado la primera justa a Pirio, que luego se quisiera vengar. El Cavallero de la Espina pasó la puente y traía ya su lança en la mano, y dixo:

—Señores cavalleros, bien soy cierto que querréis justar, pues me avéis esperado.

—A eso somos venidos —dixo Pirio, y bajó su lança.

El Cavallero del Espina, aunque muy bien le parecieron los cavalleros, no lo<s> dudó, mas fuese a encontrar con Pirio al más correr de sus cavallos. Los encuentros fueron con gran fuerça, tanto qu'el rey de Argís fue sacado de la silla y cayó grande caída, mas herió al Cavallero del Espina con la lança, y levantose atordido y sacó su espada, y fue como onbre fuera de seso con la vergüença que ovo de su hermano y dio al cavallo del Cavallero del Espina tan fuerte golpe que la cabeça le cortó. El cavallo cayó luego muerto, y el cavallero de la puente salió muy ligero d'él, y enbraçó su escudo y dio al rey tan fuerte golpe por encima de la cabeça que se la hizo enclinar, mas no pasó mucho que no llevase el galardón, que Pirio le dio tan fuerte golpe por encima del yelmo que le hizo al Cavallero de la Espina hincar una rodilla en el suelo, mas crecióle grande

ardimiento de enojo y alçó la espada, y dio a Pirio tal golpe en el braço del escudo que gelo hizo soltar. Como la llaga fue grande no pudo tornar a enbraçarlo. El Cavallero de la Espina lo hería a voluntad. Pirio quiso poner su hecho en ventura y juntose con el Cavallero del Espina para derrocarlo en el suelo, atreviéndose en su grande fuerça, mas el otro muy más qu'él la tenía, que era más moço y braçolo tan fuerte que dio con él en tierra y él encima, mas ^{126r} prestamente se levantó y tomole el escudo del cuello, y díxole:

—Agradéceme, cavallero, que no vos mato, que bien lo hiziera si quisiera.

Quién vos podría dezir la saña y la ira que Garfín tenía. El Cavallero de la Espina cavalgó en otro cavallo que sus escuderos aparejado le tenían. Garfín dixo en alta boz:

—Maldita sea la donzella que acá vos enbió, que por vós reciben desonra los mejores cavalleros del mundo. Ya yo no quería bevir, pues Dios lo consiente.

Deziendo esto abajó su lança y vino contra el Cavallero del Espina, el cual lo recibió con grande ardimiento. Garfín faltó de su golpe con la grande ira que traía, y el Cavallero del Espina le encontró en el escudo tan fuerte que gelo falsó y hízole una llaga. Garfín echó la lança en el suelo y sacó su espada, y començó de ferir al Cavallero del Espina de muy esquivos y fuertes golpes, tanto que nunca jamás él tales los avía recibido, mas no mostrava punto de co<r>ba[r] día, mas antes había sentir a Garfín su buena espada, que muchas vezes le llegava a la carne, que la fuerte loriga no le podía defender. Y así anduvieron una gran pieça haziendo salir de sus yelmos llamas de fuego, mas a la fin el rey de Tesalia iva enflaqueciendo, que no podía sufrir la ligereza del Cavallero del Espina. Cada vez le parecía que crecía en sus fuerças, de manera que aquejó tanto a Garfín que no pudiendo sofrirse más cayó

del cavallo desacordado. El Cavallero del Espina se apeó y le tomó el escudo y diolo a Dalvides que lo llevase a las donzellas. Mucho fueron alegres Claudio y Damasio cuando vieron al Cavallero del Espina librado de aquellos dos cavalleros que tan fuertes parecían, y así lo eran, y a su parecer no se avía combatido con otros que más su batalla temiesen ^{126v} que de aquellos cavalleros. El Cavallero del Espina, que maravillosamente preciava aquellos que avía vencido, díxoles:

—Ruégovos, mis señores, que queráis tener conpañía a un cavallero de la casa del enperador que allí está herido, y curaros an de vuestras llagas, que mucho lo avéis menester.

—Dexavos d'eso <d'eso> —dixo Pirio—, no queráis untarnos la cabeça, pues nos quebrastes el caxco, qu'ese plazer no se vos dará.

Y fue a levantar a Garfín y cavalgaron en sus cavallos lo mejor que pudieron. Apretaron sus llagas y fueron su camino, y jamás se hablaron el uno al otro de enojados. El enperador, como aquel día se levantó y no vido a sus hermanos, luego pensó lo que era, y mucho le pesó porque se fueron sin él lo saber, y cavalgó aquella tarde hazia aquella parte por encontrallos o saber d'ellos. E ya que se quería venir vídolos venir tales como vos avemos dicho, y conosciolos luego y fue a recebillos, y cuando los vido sin escudos y sus armas tintas de sangre no les pudo hablar, y santigose muchas vezes y dixo entre sí: «Por cierto, yo no sé qué me diga d'este cavallero, que tan bueno es. Yo sabré quién es aunque me cueste la vida. Pues él venció a estos dos, ninguno otro le puede sobrar ni vencer». Y tomó a Garfín entre sus braços y díxole:

—No sé, hermano, por qué vos escondistes de mí, que si yo lo supiera no vos consintiera que fuérades a tomaros con el

diablo, que tal deve de ser aquel cavallero que guarda la puente.

Garfín respondió:

—Las cosas que an de ser no pueden los onbres huir, y <lo> [si] locos fuemos recibim<in>os la paga de nuestra locura.

Y así se fueron a la cibdad y fueron curados de grandes maestros, y todos eran espantados cuantos lo oían, y de allí adelante fue máspreciado y temido el cavallero de la puente.

Cuando Carlo supo que Ducio estava en la tienda del ^{127r} Cavallero del Espina pensó de ir a ver a Ducio por ver el Cavallero del Espina, que tal era que mucho lo deseava conoscer, pues que tan buen cavallero era.

[XXIX]

Mientras el Cavallero de la Espina se combatió con los dos reyes y a la fin los venció llegó de la otra parte de la puente una dueña hermosa a maravilla, y venía muy ricamente guarnida y aconpañada de muchas donzellas hermosas y cavalleros y escuderos que la servían, y como los escuderos los vieron venir fuéronles a dezir qu'estuviesen quedos, que no pasasen por la puente. La dueña hermosa les dixo:

—Amigos, sabed que no queremos pasar, que no venimos a eso, mas a teneros compañía.

Y hízose luego apearse y mandó a los suyos que armasen las tiendas, qu'ella quería ir a ver la batalla de los cavalleros. Y esta dueña que vos dezimos era de alta guisa, señora de la villa de Almenia, y avía cuatro años que enbiudara de un cavallero muy noble con quien era casada, y avía seis días que oyó dezir del cavallero que guardava la puente las grandes maravillas en armas que allí hazía, y como lo oyó contar a un primo suyo uvo tanto deseo de verlo que delibró

de luego partirse y estar allí hasta que acabase el paso, y tomó la compañía que avéis oído dezir y vino allí, y trajo cuantas cosas le eran menester muy conplidamente.

^{127v} Y llamábase esta dueña Antipena, y traía consigo dos sus sobrinas, donzellas de gran fermosura, que cantavan y tañían mejor que ninguna donzella en toda Grecia, y como esta dueña Antipena vio la batalla qu'el Cavallero de la Espina con los dos reis uvo fue muy espantada, y creyó por la vista lo que d'él avía oído dezir. Así como el Cavallero de la Espina pasó la puente fue ella a tomar por la rienda y díxole:

—Buen cavallero, tiempo es que holguéis, que gran afán avéis pasado cual otro no lo pudiera sufrir. Con mucha razón sois loado. Mucho soy alegre de aver pasado el trabajo que pasé por venir a veros.

El Cavallero del Espina se maravilló de quién era, y como vido las tiendas asentadas creyó que suyas eran, y díxole:

—Señora, Dios vos agradezca el trabajo que vós avéis levado por mí si yo no vos lo serviere. Dezidme si son vuestros aquellos cavalleros.

—Sí —dixo la dueña—, que yo y ellos venimos para serviros.

El Cavallero del Espina se le omilló y díxole:

—Señora, perdonadme, que yo quiero ir a holgar un poco. Después os veré.

La dueña se fue a sus tiendas y el cavallero de la puente a la suya, y desarmose la cabeça y las manos, que mucho le hazía menester de holgar, y comió allí un poco y fue a ver a Ducio, y pescudole si sabía quién eran aquellos dos cavalleros que allí avían venido, que pescudavan por él. El marqués dixo que le trajesen allí los escudos por ver si los conoscería, y así fue hecho, y cuando él los vido y los conoció quedó fuera de su sentido y dixo:

—Por cierto, Cavallero de la Espina, vós os podéis oy alabar y tener por el mejor cavallero que ay en el mundo, pues tales dos vencistes en un día.

Y ^{128r} deziendo esto sospiró muy fieramente y dixo:

—¡Ay, Garfín, rey de Tesalia! ¡Vos, rey de Argís! ¿Cómo os fue agora tan contraria la ventura? ¡Vosotros, que sienpre fuestes vencedores, agora ser vencidos! La fortuna buelve su rueda cuando tal vemos.

Mucho fue alegre el Cavallero del Espina en saber que aquellos qu'él venció eran de tan alta guisa y tan estremados en armas, y dio muchas gracias en su corazón a Nuestro Señor, mas estuvo todo aquel día que no uvo otra batalla nenguna. Y a la tarde vino la dueña muy acompañada a pedir de merced al Cavallero del Espina y a sus compañeros que fuesen aquella noche a cenar con ella, y aunque al Cavallero del Espina le penó úvolo de hazer por su ruego, y como se desarmó Versinta le curó las llagas que tenía y lavó sus manos, y cubriose un rico manto, y así hizieron sus compañeros. Y rogaron mucho al marqués que como pudiese fuese con ellos, y él lo hizo por su ruego, porque Damasio y él avían tomado grande amistad, así como la naturaleza lo quería, que eran hermanos de padre, y Ducio le avía prometido d'estar allí hasta el paso acabado. Y como fueron en la tienda de la dueña sentáronse en estrados de seda qu'estavan aparejados. La lumbre de las antorchas era muy grande, y luego las mesas fueron puestas, y la dueña se asentó y hizo sentar los cavalleros, y al de la espina muy cerca d'ella, que más maravillada estava de su fermosura que de las grandes cosas que d'él avía oído dezir. Y fueron servidos de diversos manjares como si estuvieran dentro en Costantinopla en casa del enperador. Y después que uvieron cenado las donzellas tañeron y cantaron

muy dulcemente, y el Cavallero del Espina uvo mucho plazer porque su ^{128v} corazón era atormentado en deseo de su señora. Lo que más le hizo contentar [fue] que una donzella<s> de aquellas dos, que se llamava Risená, parecía mucho a Dispina en la habla, y después que de Francia partió el Cavallero del Espina no sentió mayor plazer que en ver aquella donzella, y de otra parte le acrescentó mucho su deseo, y jamás los ojos de la donzella partía. Y como estuvieron gran pieça allí a tanto vicio despidiéronse de la dueña, y el Cavallero del Espina fue a tomar a Risená por las manos y díxole:

—Amiga fermosa, gran descanso es de los corações atribulados oíros. Podéis ser cierta que á gran tienpo que mi corazón no sentió mayor alegría que agora. Quiera Dios de hazeros tan bienaventurada como vós los merecéis.

La donzella uvo vergüença y no respondió ninguna cosa, y omillóse al cavallero, y ellos se fueron a su tienda a dormir y la dueña quedó mal contenta de lo que oyó dezir al Cavallero del Espina. Y otro día de mañana, desque todos oyeron misa, púsose en su guarda como solía el cavallero que la puente guardava, y [a] ora de tercia vinieron tres cavalleros muy bien armados encima de muy buenos cavallos, y como el Cavallero del Espina les dixo que no podían por allí pasar el uno d'ellos, sin cosa responder, abajó la lança y fuele a encontrar tan poderosamente que si no fuera de tan gran fuerça le derrocará del cavallo, mas túvose muy bien. Así como el cavallero l'encontró puso las espuelas al cavallo y fuese tras sus compañeros, que ivan ya por la puente, mas Damasio y Claudio, que los vieron venir, cavalgaron apriesa para tomalle la delantera y hazerlos bolver. El Cavallero del Espina, que así ^{129r} los vio ir, tomó la lança sobre mano y fue tras ellos al más correr de su cavallo, y

antes que pasase la puente alcançó al que le avía encontrado, y no quiso herirlo por las espaldas, mas heriole el cavallo, de manera que cayó con él en el suelo. El Cavallero del Espina pasó adelante a los otros dándoles bozes que tornasen, si no, que muertos eran, y dixo también a Damasio y a Claudio qu'estuviesen quedos, que no pusiesen mano en los cavalleros. Como los que avían pasado la puente lo vieron tan cerca de sí bolvieron a él, y el Cavallero del Espina encontró tan duramente al uno d'ellos que no uvo menester maestro, y dio con él muerto en tierra, y la lança le quedó metida en el cuerpo, y sacó su espada y fue para el otro, qu'estava con gran miedo de lo que le avía visto hazer, mas aparejose para se defender. Mas poco le aprovechó, qu'el Cavallero del Espina andava muy bravo porque a su despesar avía pasado la puente, y dióle tantos golpes y tan pesados que cayó en el suelo esmorecido, muy mal herido. Y desqu'esto uvo hecho tornó al otro cavallero, que de miedo d'él se hincó de rodillas y dióle el escudo. El Cavallero del Espina no quiso poner más mano en él, y estos tres cavalleros que así venció eran de la guarda del enperador, y concertáronse todos tres que a pesar del cavallero que guardava la puente pasasen, mas no les avino así. El cavallero que dio el escudo a el cavallero de la puente cavalgó en el cavallo del muerto y tomolo delante sí, y fuese con él muy triste. Y aquel día justó el Cavallero del Espina con otros cuatro cavalleros, de los cuales ganó sus escudos.

Y ya en la tarde vino por allí el gigante Afresión, ^{129v} hijo del gigante Talaño, qu'el Cavallero del Espina mató en la batalla del rey de Bohemia, y como este Afresión supo qu'el Cavallero del Espina iva a Costantino-pla partió luego de su tierra por lo matar en los torneos y vengar a su padre, y acaeció venir por allí sin él saber que allí estoviese el

Cavallero del Espina. Y venía aconpañado de muchos servidores, y no traía sino cuatro cavalleros consigo, y él venía armado salvo de yelmo y d'escudo, que se lo traían sus escuderos. Era más bravo que su padre, y avía tres años que era cavallero, y como el Cavallero de la Espina lo vido aparejose para defender el paso, y todos los que vieron al gigante les pesó porque temieron el peligro del Cavallero de la Espina. La dueña Antipena fuele a travar de las riendas del cavallo y díxole:

—¡Ay, por Dios, señor, dexad pasar este diablo, no vos toméis con él, no queráis hazer triste a los que bien os quieren!

El Cavallero del Espina la uviera de tomar entre los pies del cavallo, tan airado fue, y llegose al gigante y díxole:

—Señor cavallero, no podéis pasar por aquí, que yo defiende esta puente a todos los cavalleros que por aquí vienen, y no pueden pasar sin justar conmigo o darme su escudo, que así lo manda Lecidora, princesa de Bohemia.

El gigante, cuando lo oyó, dio una boz tan grande que a todos espantó, y dixo:

—A Dios, si sois vós el cavallero que fue en la batalla contra el duque Paulín y lo matasteis a él y a otros buenos cavalleros.

—Yo me hallé en esa batalla por hazer cobrar su derecho a Lecidora. Si maté al duque no lo sé.

—¿Y llamáisvos vós el Cavallero del Espina? —dixo Afresión.

—Sí —dixo el cavallero ^{130r} de la puente—, yo soy, mas ¿por qué lo pescudáis?

—¡O, santo Dios —dixo el gigante—, cuánta merced me as oy hecho en hallar tan aparejado aquel que tanto enojo me á hecho! Vós, don mal cavallero, moriréis a mis manos. No me pesa sino porque es poca vengança por la muerte de tan buen cavallero como era mi padre Talaño.

—Déxate d'eso, cosa desasemejada — dixo el cavallero de la puente—, que todo á de ser como el Señor poderoso quisiere.

Afresión tomó muy apriesa su escudo, que era muy grande y muy pesado, y enlázaronle el yelmo y tomó su lança, y estava tal que parecía que fuego le salía por los ojos y por la boca, y movieron los dos cavalleros el uno contra el otro al más correr de sus cavallos. El gigante, con la gran voluntad que llevaba de herir al cavallero su enemigo, <que> faltó el golpe. El Cavallero del Espina l'encontró con tanta fuerça que la loriga de muy fuerte malla qu'el gigante traía no le prestó, y feríolo muy malamente por meitad del cuerpo. Como el gigante así se vio sacó su espada y fue contra el cavallero con grande ira, y dióle tan fuerte golpe por encima del yelmo que gelo hizo abollar y bolver en la cabeça. El Cavallero de la Espina se tiró afuera y endereçó su yelmo lo mejor que pudo, y pensó que si muchos de aquellos golpes recibiese que no podía escapar de no ser muerto, y como era ligero de allí adelante no hazía sino guardarse de los golpes del gigante, de manera que todos los más le hazía perder, y no se osava mucho llegar a él. Y anduvieron así una pieça, que maravilla ^{130v} era de mirallos, especialmente al Cavallero del Espina, cómo se sabía tan bien a[m]parar de un gigante. El Cavallero de la Espina le creció grande ardimiento pensando que le convenía delibrarse de aquel que tan fuerte era, y alçó el espada y llegose a él y dióle tan fuerte golpe en la pierna derecha que le cortó gran parte d'ella. El gigante lo ferió a él con toda su fuerça. El Cavallero del Espina alçó el escudo y rescibió el golpe en él, y aunqu'el escudo era muy fuerte la espada entró tanto por él qu'el gigante no la pudo sacar. El Cavallero del Espina tiró tan rezio que gela sacó de las manos. Todos uvieron gran plazer cuando esto vieron. El Cavallero

del Espina se tiró afuera y sacó el espada del gigante de su escudo a grande afán. El gigante se llegava a él para echalle los braços encima, mas él alçó el espada y dióle tal golpe en el brazo que le cortó la mano. El gigante dio un bramido espantoso del dolor y con la mucha sangre que le salía de la herida de la lança perdió las fuerças. El cavallero de la puente se llegó a él y dióle otro golpe en un onbro que le hizo una gran llaga, de manera qu'el gigante, cuando así se vido, tomó su escudo con ambas a dos manos y arrojolo al Cavallero del Espina y acertó a su cavallo tan fuerte golpe que le hendió la cabeça. El Cavallero del Espina salió muy presto d'él y enbraçó su escudo, y fue contra el gigante y dio tan gran golpe al cavallo en el cuello que gela cortó, y el cavallo cayó muerto encima del gigante y le ^{131r} quebró la otra pierna. El Cavallero del Espina, cuando así lo vido, dio muchas gracias a Nuestro Señor por escapar con tan pocas heridas de las manos de aquel, y hizo tomar el escudo del gigante y diolo a Dalvides que lo llevase a las donzellas, y los cavalleros del gigante fueron a tomar a su señor y leváronlo de allí lo mejor que pudieron haziendo grandes llantos, que muy presto murió.

Esta batalla que vos avemos contado vido desd'el comienço Carlo, hijo del enperador, y Frisios, hijo de Crionte, rey d'Esperte, natural d'España, y otros muchos donzeles que se avían criado con Carlo y avían de rescibir orden de cavallería el día de Santiago con él, y avían salido a caça y venían a ver a Ducio por ver también al cavallero de la puente, y mucho se maravillaron de la bondad d'él. Carlo se llegó al Cavallero de la Espina y díxole:

—Cavallero, nosotros, que somos donzeles, bien osaremos pasar la puente. Asaz avéis mostrado de vuestra vondad de armas desdeque venistes aquí, e yo por lo que é visto

de vós os precio mucho. Bien tenéis que agradecer a Nuestro Señor en poner os en tan grande alteza. Yo vengo a ver al marqués Ducio, y é holgado de ver vuestra bondad y por conosceros.

El Cavallero del Espina, que lo vido tan ricamente guarnido, conoció que devía de ser de alta guisa, y díxole:

—Cierito, señor, tal cual yo sea vos serviré, porque mejor lo pueda hazer. Pidos por merced que me digáis quién sois porque no hierre e<l>[n] algo contra vós.

—Yo soy Carlo, hijo del enperador, que no quiero encobrirme de vós. Vamos a ver al marqués si mandardes, que ya no es ora de<s> que por aquí vengan cavalleros.

El Cavallero del Espina ^{131v} se le omilló y díxole:

—Mucho soy alegre, señor, de veros, para hazer vuestro mandado. Mas, pues así lo queréis, vamos a ver el cavallero.

Y a esta ora era noche, y mientras que Carlo estava con el marqués, que mucho plazer recibió en su vinida, el Cavallero del Espina se desarmó y lavó su cara y cobriose de un muy rico manto, y vínose para los cavalleros y quiso besar las manos a Carlo, mas él lo abraçó y díxole:

—Parésceme, buen cavallero, que no menos sois para entre dueñas y donzellas que para defenderos de los cavalleros. Mucho tenéis que agradecer a Nuestro Señor.

Frisios y todos los otros donzeles miravan mucho al Cavallero del Espina y espantábanse de su hermosura, y dezían que tal cavallero a duro se podría hallar. Gran pieça estuvo allí Carlo hablando con los cavalleros, y por muchos ruegos qu'el marqués le hizo no quiso quedar allí aquella noche, mas antes que se fuese la dueña Antipena le hizo traer muchas frutas que comiese tan abastadamente qu'ellos se maravillaron, y después cantaron sus donzellas y hizieronle

gran fiesta. Mucho fue pagado Carlo d'ellas y rogó a Antipena que fuese a ver a la enperatriz y que llevase allá aquellas donzellas. Ella gelo prometió. Carlo dixo al Cavallero del Espina:

—Parésceme que en este canpo a dond'estáis n'os falta nada. Sois tan vicioso en tener aquí ta<n>[l] recibimiento y descanso del trabajo que de día lleváis.

Y ya que se querían despedir para irse abraçó al Cavallero del Espina riendo y díxole:

—No quiero negar que no me ^{132r} pesa porqu'este paso no fue después del día de Santiago, porque los noveles os vini<a>[é] ramos a ver. Con esto me quiero ir.

El Cavallero del Espina bien entendió por qué lo dezía, y pensó en su coraçón de verse con él en los torneos. Y aquella noche, antes que amanesciese, llegó Carlo a Costantinopla, y cuando el enperador lo vio pescudole dónde avía estado. Él no le negó la verdad y díxole cómo avía ido a ver a Ducio por ver al Cavallero de la Espina. El enperador le pescudó qué tal le avía parescido. Él dixo que muy bien. Frisios dixo al enperador:

—Cierito, señor, no le falta nada para ser acabado. Si estremado es en bondad de cavallería no menos lo es en fermosura y gentileza. Dígovos, señor, que si vós fuérades otro que criera que era vuestro hijo, tanto os parece.

Allí le contaron la batalla que avía avido con el gigante y cuán mesurado era en sus palabras y cuán aconpañado allí estava. El enperador se maravilló y mucho deseó de saber quién era, que bien conoció que aquel no era su derecho nonbre, y estando en esto llegaron al puerto muchas naos con gran ruido de tiros y alaridos. El enperador mandó saber quién era. Un cavallero que lo fue a saber le dixo cómo venían en aquellas

naos Maraxén, hijo de Alidín, soldán de Babilonia y señor de Egipto, que venía a ver a su tía Orxenía, reina de Macedonia, y asimismo al enperador, que mucho lo amava Aledín, y venían con él muchos buenos cavalleros y de alta guisa, y al enperador le plugo mucho y mandó luego aposentallos en muy buenas posadas, y él salió a recibillo con Carlo su hijo y con otros muchos cavalleros. Maraxén ^{132v} salió de sus naos vestido maravillosamente él y todos los cavalleros que con él venían. Las grande<l>[s] riquezas de sus cavallos no se vos podría dezir, los guarnimientos tan ricos y tan maravillosos como los traían. Allí venía un hermano del rey Petreo que eredó gran parte de su reino, y este era tan buen cavallero que en toda Exito ni en el señorío del soldán no lo avía mejor, y llamávase Lizaher. Y venía allí el rey de Renoica, hermano de Crinesta, muger de Nardín, duque de Mensa, y venía un hijo del rey Aliastro, rey de Oliferna, que era a maravilla buen cavallero, el cual se llamava Benarín. El enperador, cuando [vio] a Maraxén, hízole mucha onra, y el infante a él, y después recibió el enperador [a] to[dos] los otros buenos cavalleros, y fuese con ellos a la cibdad y dexó al infante en su posada, y Carlo quedó con él por le hazer onra y porque era primo de aquella qu'él tanto amava y deseava ver, y él le dixo qu'esperase allí, que antes de doze días avían de ser en Costantinopla Orxenía y Angrite su marido. Al infante plugo mucho d'estas nuevas. Y otro día fue Maraxén con todos sus cavalleros a ver a la enperatriz y a Lucida su hija, las cuales hallaron con el enperador aconpañadas de muchas dueñas y donzellas de alta guisa y de infantas fermosas. La enperatriz lo recibió muy bien y lo hizo sentar muy cerca d'ella, y él cuando vido a Lucida mucho fu'espantado de su hermosura y ansí hizieron todos los otros que la miravan, y estuvieron allí gran pieça

hablando en muchas cosas, y el ^{133r} enperador le pescudó por el soldán, su padre, mucho, y por todas las cosas de aquella tierra como aquel que sabía todas las cosas d'ella. Mucho estava alegre Crinista con su hermano el rey. El enperador onrava mucho al hermano del rey Petreo y díxole cómo avía de ser muy presto allí. El infante se despidió del enperador y se fue a su posada y enbió al enperador cosas muy ricas qu'el soldán l'enbiava, y ansimismo para la enperatriz, y como Carlo no se partía de Maraxén uvieron de venir de hablar en el cavallero que guardava la puente y cómo avía hecho allí grandes cosas en armas. Lizaher, que lo oyó, dixo qu'él prometía al[í] al[v]a de otro día ir a verse con él, y un almirante de Exito, que era ansimismo estremado en bondad de armas, prometió de ir con él. Y mientra qu'el enperador estava en estos recibimientos el Cavallero del Espina no'tava de balde, que mucho era aquejado de cavalleros que pasavan como ya se llegavan las fiestas. Y si por estenso uviésemos de contar todos los cavalleros qu'él allí venció y las dueñas y donzellas que de allí se tornaron triste[s] sería nunca acabar.

Otro día los moros no pusieron en olvido lo que avían prometido y partieron de Costantinopla con un escudero cristiano que los guiava. Llegaron a la puente dond'estava el Cavallero del Espina. El almirante se adelantó de Lizaher y demandole la primera justa, y díxole en alta boz en su lenguaje:

—¿Qué hazes, cabtivo cavallero? Qu'estás muy ufano por aver vencido estos despreciados cristianos. Agora te apareja, que lo as de aver con moros.

El cavallero ^{133v} de la puente, que bien entendió lo qu'el moro le dixo, [le dixo] en la misma lengua:

—Agora te tengo en menos que cuando te vi, cavallero moro, porque eres sobervio

y enemigo de nuestra fe. Agora parescerá la mejoría que ay de tu ley a la mía, que muy presto el mi Dios abaxará tu locura.

Y deziendo esto bajó la lança y encontró al almirante con toda su fuerça y metiole el hierro de la lança por el cuerpo, tanto que dio con él en tierra muerto, mas el almirante le ferió con su lança. No fue grande la herida, y luego le hizo tomar su escudo. Lizaher se maravilló. Cuando vido aquel que era tan buen cavallero tan presto muerto y vencido más lo temió que de antes, mas por esto no dexó de ponerse en punto para justar con el cavallero, y acaeciole al Cavallero del Espina lo que con otro cavallero después que allí estava no le avino como con aquel, que tres lanças quebró en el escudo del Cavallero del Espina antes que lo sacase de la silla, y a la postrera el Cavallero del Espina fue tan airado de sí <se> mismo que lo ferió tan bravamente que lo sacó de la silla por las ancas del cavallo y dio tan fuerte caída qu'estuvo una ora que no pudo tornar en sí. El Cavallero del Espina le hizo tomar el escudo, y cuando el moro cobró su sentido quedó tan maltrecho que no se podía mover, y a gran afán calvalgó encima de su cavallo sin ninguna cosa dezir y fuese a la cibdad. Cuando Maraxén lo supo fue muy espantado y mandó ir por el cuerpo del almirante para lo soterrar onradamente, y el rey de Renoica dixo que que^{134r}ía ir por el almirante, y Benarín dixo que quería ir con él y otros tres cavalleros muy buenos. Y el Cavallero del Espina avía mandado soterrar en el canpo al almirante porque era cavallero, y como los escuderos moros llegaron a la puente pescudaron por el cuerpo del almirante y fueles mostrado a dónd'estava enterrado, y ellos lo sacaron y lo llevaron con muchos llantos. El rey de Renoica vido al cavallero que guardava la puente y díxole:

—¡O, lobo carnicero!, ¿cómo no'stás harto de desonrar cavalleros? Si no fuese

por el seguro qu'el enperador te tiene dado tú comprarías caramente lo que as hecho. Malditas sean tus fuerças, que para hazer tanto mal las oviste. Si yo pudiese vengar a mis conpañeros sería el más b<u>[i]enaventurad<a>[o] de los que nascieron.

—Bien harás de provallo y dexarte de tanto hablar —dixo el cavallero de la puente—, que tus maldeciones me aprovecharan a mí para te más prestamente vencer si me osas acometer.

—¿Quién te amosó a hablar nuestra lengua tan perfetamente? Ruégote que me lo digas.

—Eso ni otra cosa no sabréis de mí —dixo el Cavallero de la Espina.

Y el rey abajó su lança y ansimismo el Cavallero del Espina, y encontráronse con tanto ardimiento qu'el rey fue a tierra y uvo un braço quebrado. Luego le fue tomado el escudo. Benarín, qu'esto vido, ovo vergüença de no hazer su poder para vengallo, y llegose al cavallero de la puente y con el espada sacada y enbraçado su escudo, que no quiso justar con él, le dio muy fuerte golpe por encima del yelmo, mas no ^{134v} tardó mucho que no llevo el galardón. Y queremos que sepáis qu'esta gracia singular tuvo este buen cavallero Marsindo, que jamás moro pudo durar contra <a> él que a dos o tres golpes no lo matase o feriese muy malamente, como adelante vos contaremos. Y así acaeció a este Benarín, que del primer golpe qu'el Cavallero del Espina le dio sobre la cabeça le hendió el yelmo y entró el espada tanto por la cabeça que Benarín cayó en el suelo muy malamente herido, y luego le fue tomado su escudo.

Cuando los otros tres cavalleros moros, aunque eran muy preciados, vieron tales dos golpes, no fueron osados de acometer al Cavallero del Espina, y dixerón qu'ellos no querían pasar la puente, mas que justarían

con otros cavalleros si allí los avía, y esto hizieron ellos porque supieron qu'el cavallero de la puente tenía allí tres conpañeros que avían de justar con quien quiera que justa o batalla le demandase. Dalvides lo fue a dezir a los cavalleros, los cuales estavan armados como sienpre lo ivan, y quando lo oyeron enlazaron sus yelmos y tomaron sus escudos, y muy alegres vinieron por hazer alguna cosa que onra ganasen. Claudio fue el primero que se combatió con uno de los cavalleros moros, y encontráronse de las lanças tan poderosamente qu'el moro falsó el escudo a Claudio, mas él lo encontró tan fuertemente que sacó al moro de la silla y dio con él grande caída en el suelo, que por una pieça no se pudo mover. Y luego Damasio s'encontró con el otro y quebraron sus lanças en pieças, mas no cayó ningun^{135r} no d'ellos. Damasio fue muy airado y sacó su espada e iva a ferir el moro, y el moro le dixo que se detuviese, que no quería aver batalla d'espadas, mas que tomasen otras lanças y tornasen a justar. Damasio lo hizo y tornáronse a encontrar con tanto ardimiento qu'el moro cayó por las ancas del cavallo muy malherido, que por una pieça no se pudo levantar. Polidantes justó con el otro y anbos a dos fueron en el suelo. Polidantes se levantó muy ligero y el moro ansimismo, y pusieron mano a las espadas y uvo entr'ellos una cruel batalla, mas a la fin el moro fue vencido, de manera que todos cinco cavalleros moros fueron maltrechos y vencidos, y cavalgaron lo mejor que pudieron con ayuda de sus escuderos y fuéronse a la cibdad con grande vergüença.

El hijo del soldán recibió muy grande enojo quando así los vido venir. El enperador cada día se maravillava más del Cavallero del Espina, quién podría ser que tan estremado era en fecho de armas. Y aquel día vino el rey de Ungría, hijo del buen

cavallero Vítor, y con él Berinto, duque de Arsania. Y este rey de Ungría aún no era casado. Era muy virtuoso rey, como lo era su padre. El enperador uvo mucho plazer con él y recibíolo muy bien, y cadaldía venían muchos altos onbres aquellas fiestas por onde el Cavallero del Espina recibía mucho afán en justar con los cavalleros que pasavan por la puente. No le valía otra cosa sino el gran vicio que tenía a las noches, que todos y todas no entendían en otra cosa sino en servillo, especialmente la dueña que vos deximos, que en otra cosa no ^{135v} pensava sino en servillo porque demasiadamente lo amava. Mucho temían los cavalleros de la corte del enperador de venirse a combatir con el Cavallero de la Espina porque después qu'el venció a Garfín y a Pirio, hermanos del enperador, todos perdieron la esperança de ganar onra d'él, y algunos vinieron a combatirse a justar con Damasio y Claudio, a dond'ellos ganaron mucha onra, especialmente Claudio, que a maravilla eran buen cavallero, que venció al rey de Ungría y a Prontaleo, hijo mayor de Garfín, rey de Tesalia, que vinieron a los veinte y ocho días qu'el Cavallero del Espina guardava el paso a justar con ellos. Y Berinto quiso pasar la puente, mas el Cavallero del Espina gelo defendió y uvieron su batalla, y fue tal parado Berinto, duque de Arsania, que nenguna eperança tuvo el enperador y todos los que lo vieron de su vista, mas uvo grandes maestros que curaron d'él. Muy gran pesar uvo el enperador quando tal lo vio, y maldezía al Cavallero del Espina porque avía venido a Grecia a desonrar tanto buen cavallero.

[XXX]

A los treinta días qu'el Cavallero del Espina guardava el paso a donde ganó tanta onra como jamás ganó cavallero

después del enperador Serpio Lucelio, aviendo vencido tantos buenos cavalleros, aquel día se conplía el plazo ^{136r} que allí avía d'estar. Levantose muy de mañana, oyó misa y rogó a Nuestro Señor que aquel día le guardase, pues hasta allí le avía hecho tanta merced de hazelle vencedor contra todos los cavalleros por allí avían venido, que así le pluguiese le dar buen fin porqu'él no perdiere la onra que allí avía ganado. Y oída la misa armore para guardar como solía. Ducio, el marqués, lo fue a abraçar, que ya se levantava, y díxole:

—Cavallero del Espina, si vós oy sois tal como los días pasados vós os podéis llamar el más bienaventurado de los cavalleros en aver ganado tanta onra. Yo soy buen testigo, que no sin causa é estado aquí, y si alguno dixere que vuestros compañeros guardaron por vós algún día yo diré la verdad, que vós sois aquel en quien la prez de las armas oy es.

—Bien creo yo —dixo el Cavallero de la Espina— que de vós no me puede venir sino toda onra. Y con esto me quiero ir antes que alguno pase.

Y fuese el Cavallero del Espina para la puente como solía, y no se tardó mucho que vido venir un cavallero contra Costantino-pla, y no venía con él sino un escudero. El Cavallero del Espina pasó la puente y fuelo a esperar, y como se acercó paresciole muy bien, tanto que nunca él vio cavallero que tan bien armado le paresciese, y traía unas muy ricas armas y el cavallo era maravillosamente bueno. El Cavallero del Espina se allego a él y díxole:

—Señor cavallero, no podéis por aquí pasar.

—¿Y por qué lo dexaré? —dixo el cavallero.

—Por amor de mí —dixo el cavallero de la puente—, que os lo defenderé por fuerça

^{136v} de armas, o me dais ese vuestro escudo si no queréis justar conmigo.

—Antes haré eso que dezís —dixo el cavallero—, que primero lo conpraréis caramente y el argullo con que aquí sois venido que de mí lo ayáis.

Y deziendo esto tomó la lança que le traía el escudero, y el Cavallero del Espina hizo otro tanto, y viniéronse a encontrar con grande ardimiento, y el Cavallero del Espina l'encontró en el escudo <y> con la su buena lança, la cual ligeramente se quebró en muchas pieças, y el cavallero encontró tan poderosamente al Cavallero de la Espina que lo sacó de la silla y dio con él en el suelo grande caída. Mucho fue maravillado el Cavallero del Espina de tal aventura, y levantose muy ligero y enflamado en grande ira por la vergüença que uvo de los que lo miravan, y enbraçó su escudo y sacó su espada, y dixo:

—Vós, don cavallero, apeaos. Si no, mataros é el cavallo y hazerme ís ser desmesurado.

El cavallero, que era de gran coraçón, apeose muy presto y vino contra el Cavallero de la Espina, y diole muy fuerte golpe por encima del yelmo que la lumbré le hizo salir, mas avíalo con tal que presto se vengó, que le dio el Cavallero del Espina tales dos golpes de que muy mal se sentió. Y anduvieron gran pieça dándose tan esquivos y tan pesados golpes que todos los que los miravan dezían que jamás avían visto batalla de dos cavalleros tan brava. Qué vos diremos de que las fuertes lorigas que traían no le prestavan, que todas eran desmalladas y rotas por muchos lugares. Como anbos a dos traían muy buenas espadas hazíanlas llegar a la carne y andavan heridos por muchos lugares, y la espada del cavallero era tan estremada en bondad ^{137r} qu'el cavallero de la puente andava muy malherido,

mas como era de gran coraçón andava muy ligero y hazía perder muchas vezes los golpes al cavallero, y esto le valía. Tanto anduvieron así feríéndose mortalmente que los escudos, que eran de muy fuerte azero, <y> andavan ya tales que los cavalleros no se podían cobrir con ellos. El Cavallero del Espina pensó que era llegada su muerte, porque después qu'él recibió orden de cavallería nunca en tal peligro se vio ni con tal cavallero se conbatío, y acordósele cómo, si allí moría, jamás a su señora avía de ver. Este pensamiento le hizo cobrar tanto ardimiento que acometió al cavallero muy esforçadamente y dióle tal golpe por encima de la cabeça que le hizo hincar una rodilla, mas como era tan estremado en bondad levantose muy presto y defendíase como aquel en que nunca faltó coraçón, mas iba enflaqueciendo algún tanto porque andava muy cansado. Y esto no parecía en el Cavallero del Espina, que antes andava muy bivo. El cavallero, como sentió tanta bondad en aquel con quien se conbatía, pensó de folgar algún poco porque le convenía hazerlo y arredrose afuera. El Cavallero del Espina, como era mesurado, porque [a] el tanbién le era menester de folgar, estuvo quedo, y estando así vido su lança hecha en pedaços y vínole a la memoria cómo hasta allí, después que la dueña vieja gela dio, nunca se le avía quebrado como entonces tan ligeramente se hizo pieças, y maravillose y acordósele de lo que aquella dueña le avía dicho, cuando se viese en la más fuerte batalla que él nunca se viera se acordase d'ella y dexase la batalla y no la llevase a fin, pues que mayor peligro que más bravo cavallero puede ser en el mundo qu'este, y vínole a la memoria el sueño que avía soñado ^{137v} y de la boz que le dezía qu'estuviese quedo, que no quisiese ofender al muy alto que lo avía criado. Y estando en este pensamiento alçó los oyos y

vido una donzella en un palafrén y con ella dos escuderos, y estava vestida a la manera de Francia, y quando él la vido fue todo turbado, qu'el cuerpo todo le tremía, y dixo:

—¡Ay, Dios!, y ¿qu'es aquesto que veo? ¡Cómo se cunple agora todo mi sueño! Por cierto, aquella donzella de Francia es y deve ser donzella de mi señora. ¡O, dueña sabidora, cómo an salido verdaderas tus palabras!

Y no supo el Cavallero del Espina qué hazer, porque si dexase la batalla sería gran vergüença, y dixo al cavallero que delante d'él estava:

—Ruégovos, cavallero, por la fe que a Dios devéis y por la cosa del mundo que más amáis, vós me digáis quién sois, que tal podréis ser que dexe la batalla por vuestra onra. Y esto hago por la gran bondad que en vós é visto.

El cavallero, que muy temeroso estava del fin de aquella batalla porque no podía ser que a su desonra o mucho daño de allí no se partiese, según el Cavallero del Espina era esforçado, respondióle:

—Si vós me prometéis de dezirme quién sois deziros é lo que me pescudáis por amor de la jura con que me conjurastes, porque mucho deseo saber cómo vos llamáis o de qué tierra sois, que mucho vos precio por la alta cavallería que en vós ay.

El Cavallero del Espina, que mucho deseava saber quién era el cavallero, pensando si por ventura d'él sabría de su linaje, díxole:

—Aunque yo tenía jurado de no dezir mi nombre en Grecia, dezirlo é a vós por saber quién sois.

El cavallero le dixo:

—Cierto, en tiempo me pudiéades vós tomar que por cosa del mundo no vos dexara así, mas agora los días hazen abajar el argullo. ^{138r} Sabed que yo soy Serpio Lucelio, enperador de Costantinopla, que quise venir a vengar a mis parientes y amigos si pudiere,

que muchos enojos me avéis hecho.

—¡Santa María, valme! —dixo el Cavallero del Espina—. Vós sois aquel que en el mundo no tiene par. Mucho me pesa por aver sido contra vós.

Y tomó su espada por la punta y hincose de rodillas delante del enperador y díxole:

—La vuestra merced y mesura, que nunca faltó a persona, no falte a mí en perdonarme tan gran yerro como é hecho por desconocencia. Nunca Dios quiera que yo tome armas contra vós, que os deseo servir. Vós, señor, avéis avido la onra de la batalla. Yo sofrirme é aunque pierda cuanta aquí é ganado en estos treinta días que aquí estado.

El enperador se maravilló de la mesura del cavallero, y como la naturaleza obró allí parescioletan bien las cosas qu'el Cavallero del Espina le dixo que lo fue a abraçar y díxole:

—Amigo, no quiero que perdáis por mí la onra que con tanto afán y trabajo avéis ganado. Manifiesto está a todos que si viniéramos al fin de nuestra batalla yo llevara lo peor, y yo así lo digo y lo confieso, y no quiero perder lo que me prometistes. Ruégovos que me digáis cómo os llamáis, quién sois, que con esto me contentaré.

El Cavallero del Espina le dixo:

—Pues que todavía lo queréis saber, a mí llaman Grimonte de Asur. Soy cavallero del rey de Francia, y de aquí adelante no vos sabré más dezir, que no conosco a mi linage más de cuanto me an certificado y á parescido por esperencia yo ser hijo de rey y venir de alta guisa, y tal cual yo sea vos serviré porque no tengo mayor deseo qu'este.

—Ya oí mucho de vós hablar ^{138v} al duque de Ostre, y dixo tales cosas de vós que yo tenía mucho deseo de conosceros y veros para hazeros aquella onra que vós merecéis, mas no quiso Dios qu'este conoscimiento fuese sin daño mío y de mis parientes y

amigos. Mas, pues Dios os quiso fazer tan estremado en el mundo, razón es que de todos seáis onrado. E yo por mí digo que si vós quisiédes estar en mi corte mucho sería alegre, y ruégovos, si lo podéis hazer, que lo fagáis, que yo sabré conoscer vuestro gran valor.

El Cavallero del Espina le quiso besar las manos, mas el enperador no gelas dio, y díxole:

—Cierto, mi señor, no ay príncipe en el mundo a quien yo tanto desee servir como a vós, y este deseo y obra deven tener todos los cavalleros que armas traen, que vós fuestes y sois aquel qu'el mundo esclarecistes en bondad y ardimiento sobre todos los que armas traen. Mas por agora yo no pudiere conplir vuestro mandado como lo querría. Pidos por merced que me perdonéis, porque no es en mi mano más hazer, qu'es mandado por otra, y agora no sé lo que me [pe]d<a>[i]rá que haga. Pidos yo por merced que agora me perdonéis, que y'os prometo para la fe que a Dios devo que yo busque tiempo, si Dios me lo quesiere dar con más descanso que agora, para que os pueda venir a servir.

Y como todos los qu'estavan mirando la batalla vieron estas pazes sin nenguno quedar vencido, salvo que conoscían qu'el Cavallero del Espina levó lo mejor si la batalla viniera a fin, que andava muy ligero, llegaronse todos a ellos, y Ducio, que al enperador hasta allí no avía conocido por las armas, que traía mudadas, quando se llegó a él y lo vido dixo:

—¡O, Santa María!, ¿y vós, señor, érades? Agora no me quiero yo quejar de mi ventura, ^{139r} pues vós fuestes puesto en tanto peligro con este cavallero. Por Dios, quitad, señor, el yelmo, y no partáis de aquí sin que vuestras llagas sean curadas, que gran daño podría venir a todo el mundo según estáis malherido.

El enperador dixo que así se hiziese. Claudio y Damasio le ayudaron a desarmar, que muy maravillados estavan en saber que aquel era el enperador, y hizieron luego venir a Versinta que lo curase porqu'el enperador no quiso pasar la puente, y trageron allí una tienda y armáronla muy prestamente, y Versinta lo curó muy bien. El enperador fue muy contento d'ella y rogole que fuese a ver a la enperatriz. Versinta le respondió que si el Cavallero del Espina gelo mandase, que era su señor, que ella lo haría, que supiese qu'ella quería más hazer su voluntad que de todos los del mundo, aunque fuese él, que no se podría más [ha]cer. El enperador le dixo:

—Amiga, vós hazéis gran derecho en serville, mas él lo terná por bien.

El marqués Ducio gelo rogó mucho, porqu'él quería galardonar la gran cura que <a> en él avía hecho, y loola mucho al enperador. Mucho fueron alegres todos cuando Versinta dixo que no tenía el enperador llaga peligrosa. Mientra curaron al enperador el Cavallero del Espina quitó el yelmo porque le diese aire, que mucho estava ahogado del gran cansancio que avía sufrido en la batalla, y aunqu'estava malherido no se quiso desarmar, mas no tenía otro cuidado sino de mirar a la donzella francesa, la cual se hizo apear del palafrén y vínose para donde él ^{139v}estava. El Cavallero de la Espina la recibió muy bien, mas así le tremía todo el cuerpo que no la pudo hablar. La donzella era sesuda, y desdeque vido tienpo díxole:

—Mi señor, ruégovos que me oyáis lo que vos quiero dezir.

El Cavallero del Espina se apartó con ella. La donzella le dixo:

—Señor cavallero, muchas tierras me avéis hecho andar y é recibido grande afán en buscaros. Ruégovos que me digáis cómo vos llaman porque sea más certificada si sois

vós aquel a quien yo vengo a buscar.

—Donzella, aunque a todos encubro mi nombre a vós no lo negaré porque me parecéis de aquella tierra a donde mi corazón es otorgado. Sabed que a mí me llaman Grimonte de Asur y soy cavallero del rey de Francia.

—A Dios merced —dixo la donzella—, agora tengo por bien empleado el trabajo que é levado, pues vos hallé. Vuestra amiga Oribena, marquesa de Ruaste, se os enbía a saludar como aquella [que] su deseo es de serviros, y envíaos esta carta, y liéndola sabréis lo que os enbía a dezir. Y aquella que en el mundo par de fermosura no tiene, que es la infanta Dispina, me mandó que si vos hallase vos abraçase por ella, que mucho está maravillada por veniros así tan encubiertamente.

Cuando el Cavallero del Espina estas nuevas oyó no vos podría naides dezir el su gran plazer como aquel que tornava de la muerte a la vida, y tomó la carta y abriola, y halló otra dentro de su señora, que con omildes razones le rogava la perdon<o>[a] s<a>[e] de la gran ira que le avía ^{140r}mostrado y la sañosa respuesta que le dio sin él merescello, que si era verdadero el amor que le dezía que le tenía qu'él la perdonaría y se vendría luego para ella, que si así no lo hiziese que supiese qu'él sería causa qu'ella muriese muy prestamente; pues que a todos no faltava la su mesura, que no faltase a ella. Y otras cosas l'enbiava a dezir con que el Cavallero del Espina derramó enfenitas lágrimas de plazer allí después que solo se halló. Oribena l'enbiava a dezir que luego, como aquellas cartas viese, se viniese, que ya Dispina uviera fenecido sus días del gran pesar que avía recibido de su ida si no fuera por ella, que mucho la consolava y le dava esperança de su venida. El Cavallero del Espina fue tan alegre que todo el cuerpo

se le encendió tanto que fue gran daño a las llagas que tenía de la grande alteración que sentió. Le dixo a la donzella:

—Mi amiga, yo soy tan alegre [de vuestra] venida por saber nuevas de vuestra señora [que dezir] no vos lo podría. Y luego se pondrá en obra lo qu'ella manda. Ruégovos que folguéis hasta que yo sea san<a>[o], que no iréis sin mí.

—Mucho soy alegre d'eso —dixo la donzella—. Yo esperaré tanto cuanto mandades.

—Pues id vós par'aquella dueña mientras yo voy a ver al enperador.

La donzella lo hizo y el Cavallero del Espina se fue a dond'estava el enperador. La alegría de su coraçón hazía salir una color muy biva a su rostro. El enperador fue espantado de ver la hermosura de su cara y paresciole en los ojos a Gracisa la enperatriz, su mu^{140v}ger, y en la gracia del rostro, y estando mirándolo le vino un amor demasiado contra él, tanto que se levantó a abraçallo, y púsole las manos en los onbros y díxole:

—Cavallero del Espina, muy sois en cargo aquel poderoso Señor que vos crió, que tanta parte de bien os quiso dar. Yo creo que no ay oy en el mundo quien vos pueda pasar en todas las cosas. Mucho alegre me hiziérades, aunque en esto yerre contra el rey de Francia, que quedárades conmigo.

El Cavallero del Espina le tomó por fuerça las manos y gelas besó, y díxole:

—Ya, señor, vos tengo dicho lo que yo puedo hazer por agora, que soy mandado. Lo que os prometo lo cumpliré.

—Ruégovos, mi amigo, que así lo hagáis —dixo el enperador.

Y luego qu'esto dixo demandó su cavallo para irse. Ducio se armó y cavalgó para irse con él, y despidiéronse de todos con mucho amor y fueron por su camino, y no

hablaron en otra cosa sino en la gran bondad del Cavallero del Espina, y quando llegaron a la [cibdad] era una ora de la noche, y muchos hallaron en el camino que lo ivan a buscar. La enperatriz estava muy cuitada de que no sabía del enperador, tanto que Carlo no se osava apartar d'ella, y quando supo que venía salió al palacio fuera de su sentido, y más quando vido que venía malherido, y començó a dezir:

—¡Ay, Santa María!, ¿cómo consentistes qu'este cavallero viniese acá para tanto nuestro pesar? Si no fuese por el seguro que vós le tenéis dado, yo le haría que conprase caramente el mal que á hecho.

El enperador la fue a abraçar y díxole:

—No habléis ^{141r} en tal cosa, mi señora, qu'el cavallero es bueno y no tiene culpa por desear de alcançar onra, como todos lo deven hazer. Pluguiese a Dios qu'él quisiese venirse a nuestra corte, que yo le onraría como él meresce.

Y luego se fue a echar en su lecho, y los maestros vinieron por curalle y vieron que no traía llagas peligrosas. Todos fueron alegres, mas mucho eran maravillados porqu'el enperador no pudo vencer al cavallero.

[XXXI]

Como el enperador se partió de la puente el Cavallero del Espina se fue a su tienda porque muy mal se sentía de sus llagas, y desarmose para que lo curasen con pensamiento de no guardar más la puente, pues el enperador avía así sobrado, que bien conocido estava que lo venciera, y echose en su lecho y Versinta lo curó, que mucho fue triste quando le vido las llagas tan malas, y púsole las melezinazas que vido que eran menester y diole de comer, y rogó a todos que le dexasen dormir, que lo avía menester. El Cavallero del Espina encomendó a

Versinta la donzella que le avía traído las cartas y él quedose solo y tornó otra vez a leerlas, y alçó las manos al cielo llorando y dixo:

—¡O, Señor Todopoderoso, Padre, gracias infinitas te hago, que quisiste ayudar a este pecador indino, tu siervo, y hazelle tan grandes mercedes, que en el postrer día que me dis^{141v}te a ganar tanta onra cual otro cavallero no á ganado quisiste traerme nuevas con que mi coraçón tan alegre fuese de aquella qu'es señora d'él! Ruégote, Señor, que me perdones si yo en esto te dessirvo, mas mi pensamiento y mi deseo no es sino para servirte si tú tan gran bien me quisieses hazer, pues en tu mano es.

Y después que a Nuestro Señor dio muchas gracias tornó a hablar con Dispina su señora como si delante la tuviera, y dixo:

—¡O, mi señora Dispina, claridad de toda hermosura, dadme esas vuestras muy hermosas manos y besaros é por la piedad que tuvistes d'este vuestro siervo, que bien ninguno no meresce, mas la vuestra mesura es tanta que quisistes acorrer a este atribulado coraçón! A vuestra causa una ora de descanso no tiene, y es muy contento por sufrir por vós mortales deseos. ¿Cuándo os serviré yo la merced que me avéis hecho? ¿Cuándo será aquel día que mis ojos descansan en mirar vuestra beldad, la cual á sido causa de ponerme en tan grande alteza y fama? Que yo por mí no lo pudiera alcançar, mas vuestra memoria me á dado esfuerço para sufrir los duros golpes de los fuertes cavalleros. Malaventurado seré yo si no supiere conocer las grandes mercedes que de vós é recibido. ¡Ay, mi amiga y buena señora, pluguiese a Dios que y'os pudiese ver, como me lo dexistes al tienpo que yo tan desconsolado estava! ¡Cómo an salido verdaderas vuestras palabras! No quería sino conocer yo a aquel que me engendró, pues pensar

qu'es el enperador escusado es, que no sería yo merescedor de tanto bien.

Y esto dezía él por la dueña vieja que lo consoló a la puente. Y así estuvo en gran pensamiento alegre has^{142r}ta qu'el sueño lo venció y dormió asosegadamente, y no despertó hasta gran pieça de la noche, y llamó a Versinta y díxole:

—Mi [ami]lga, onradme mucho a esa donzella y alegraos conmigo, que ya soy tornado de triste alegre. Ya de aquí adelante fuera van mis cuidados, que sabed que esa donzella es de mi señora, aquella por quien mi coraçón á sufrido tan crueles penas como avéis visto. Si plaze a Nuestro Señor presto la veréis y conoceréis si tengo razón.

Versinta le besó las manos por lo que le dezía y alegrose mucho. El Cavallero del Espina hizo venir allí a Lantina, que así avía nombre la donzella, y hízole contar todo lo que avía pasado por el camino por onde avía venido, la cual le dixo:

—Sabed, mi señor, que tres días después que vós os partistes de París llegué yo a la corte, que me venía para Oribena mi señora, y hallé mucha turbación y tristeza en todos, así en el rey como en sus hijos, especialmente en Manfredro, que mucho le pesó de vuestra venida, mas sobre todos Oribena, que pensó de morir.

Y contole la traición de Lidia, hija del duque de Saboya, y lo que Dispina con ella avía pasado, y cómo después que Dispina lo supo pensó de morir con pesar. Y que si no fuera por Oribena, que le consejó que <os> [le] enviase a buscar, no tuviera de quién más se fiar sino de <mí> [ella].

—Mi señora me mandó que luego me partiese, y Dispina con muchas lágrimas piadosas me lo rogó, y tomando su carta me partí y anduve por muchas partes, que nunca supe de vós hasta que vine a Roma, y allí supe de vuestros ^{142v}grandes hechos y

cómo érades partido para Nápoles, y cuando llegué digéronme que no estávades, ende mucho fue triste, y partime luego sin saber a dó me fuese. Y andando buscandos supe de un cavallero cómo con el rey de Bohemia estaban cuatro cavalleros muy fermosos, especialmente uno que se llamava el Cavallero del Espina, y como mi señora me avía dicho que traíades por armas una espina pensé que érades vós. Y llegando a la corte del rey digéronme que avía cuatro días que de allí aviades partido, y fue al puerto donde embarcaste y aviades ya alçado velas, y dixéronme que veníades a esta tierra. Y metime en una nao de un mercader y vine a desembarcar ocho jornadas de aquí, en una villa donde era el mercader, y viniendo por el camino, que luego me partí, pasé por un castillo que no diviera, de adonde es señor un cavallero, el más bravo y desmesurado que ay en el mundo, el cual se llama Alinbor, el cual todos los cavalleros que por allí pasan se combate con ellos y desque los vence mételos en presión y allí los tiene. Las donzellas que por allí pasan desónralas y házeles otro tanto, y así hizo a mí, que caramente é comprado veniros a buscar, que aquel cavallero me hizo apear a sus onbros y meter en un palacio y allí me forçó, y mandávame llevar a la presión. E yo fui tan cuitada cuando me vi desonrada, que no podía conplir el mandado de tan alta señora, que me torné como una leona y comencé de decir cosas estrañas al cavallero, y díxele: «¡Ay, falso, si pluguiese a Dios qu'el cavallero que yo voy buscando supiese la desonra que me heziste y los males que ha^{143r}zes tú lo conpraras caramente!». «¿Y quién es ese cavallero que tanto alabas?», dixo Linbor. «Aquel que no tiene par en el mundo de bondades así como tú de maldades, aquel que quebranta los tuertos y aze cobrar su derecho a los que a él s'encomiendan». «Si tú me prometes,

donzella», me dixo Linbor, «de traerme acá ese cavallero que dezís, yo te soltaré porque veas que no tengo en nada a ti ni a él». Yo gelo prometí y él me soltó, y víneme derechamente a Constantinopla y aí supe cómo estávades en este paso y las grandes cosas que aquí avéis hecho. Pues os é hallado, no tengo en nada mi desonra, que bien soy cierta que seré vengada.

—¡Santa María, valme! —dixo el Cavallero del Espina—, ¿y así á pasado? Y'os prometo, mi amiga, que yo moriré o os vengaré a vuestra voluntad. Y ruégovos que os consoléis, que si yo no muero yo vos daré tal marido que olvidéis la desonra que aquel vos fizo, y a vuestra señora y a vós gradesco yo mucho lo que por mí avéis hecho. No esperaba yo menos de su gran bondad. Quanto yo'sté sano y veamos alguna parte de las fiestas por amor d'estos cavalleros qu'están conmigo luego nos partiremos, y antes que entremos en la mar iremos aquel castillo de aquel falso cavallero.

La donzella le besó las manos. Y venida la mañana vino Claudio y Damasio a le ver y halláronle demasiadamente alegre. Claudio lo abraçó y díxole:

—Mirad cuán bienaventurado os hizo Nuestro Señor, que después qu'el enperador se fue nunca por aquí pasó cavallero. Y esto hizo la vuestra buena ventura, porque del todo os podáis gloriarse. Por el grande amor que y'os tengo estoy tan alegre que dezir no se podría, porque gran gloria á sido para vós aver batalla con aquel que tan famoso en el mundo es. Aunque la batalla no vino a fin ^{143v} conocida está la ventaja que le teníades en la batalla de las espadas. Pues que Nuestro Señor tanta onra vos á querido dar, esforçaos y sanad prestamente porque en los torneos le hagamos conocer que ay otros cavalleros en el mundo sin los griegos.

El Cavallero del Espina uvo muy gran

plazer con lo que Claudio dezía y díxole:

—Bien creo yo, mi señor, que por vós no se perderá nada, según vuestro grande ardimiento.

Y luego vino Antipena, la dueña que vos diximos que avía venido allí por amor del Cavallero del Espina, y díxole:

—Mi señor, yo é visto tanta de vuestra bondad que no me fuera menester de ir a ver los torneos de Costantinopla. De aquí fuera razón de despedirme. Mas para amor de vós iré allá, porque asta aquí no é podido hablar con vós ni veros a mi voluntad por las grandes cosas que avéis tenido que hazer. Mas de aquí adelante tendréis más descanso, y dallo éis a los vuestros.

—Señora, en vuestra mano es —dixo el Cavallero del Espina— ir o quedar, porque quiero que sepáis que mi estada no puede ser mucha, que luego me tengo de partir, que me an enbiado a llamar y no me puedo detener más de cuanto sea sano. Ruego a Dios que traya tienpo en que pueda serviros la mucha onra que de vós é recibido.

Mucho fue triste la dueña con estas nuevas, mas quería tanto al Cavallero del Espina que todavía quiso ir con él hasta verlo partir. Tres días estuvieron allí a gran vicio porque Antipena servía mucho a los cavalleros, y a los cuatro días partieron de allí para Costantinopla. El Cavallero del Espina hizo llevar todos los escudos de noche por que naide no los viese a la ^{144r} nao, que eran bien dozientos y veinte y seis escudos, todos los más de cavalleros muy preciados. El Cavallero del Espina y toda su conpañía se aposentaron cerca de la cibdad en un lugar muy vicioso y apartado, y allí pusieron sus tiendas, así las que Lecidora avía hecho traer como las de Antipena. Y sabed que todos los canpos estaban llenos de tiendas y de choças de muchos cavalleros que a los torneos venían, y allí estaban los cuatro

conpañeros muy alegres y el Cavallero del Espina estava tan contento con las nuevas de su señora que a todos hazía pagar de sí y no parecía el que solía, y todo su plazer era estar con la donzella y su señora aunque las otras mucho lo servían.

[XXXII]

Mucho se avían turbado las fiestas con el mal del enperador, mas él era de tan gran corazón que hazía entender que su mal no era nada, que para el día de Santiago él se levantaría y estaría bueno. Mucho triste estava Carlo por esto, mas vino un mensagero de Angrite, rey de Macedonia, cómo venía él y Orxenía, su muger, y su hija la princesa Tardanir, y jamás oyó Carlo nuevas que más alegre lo hiziesen, y olvidó todas las cosas y aparejose para el recibimiento de los que otro día le avían d'entrar, y fueron aposentados en el palacio del enperador, a donde posavan cuando casaron. Mil años ^{144v} se le hizo aquella noche, y levantose mucho de mañana y fuese a la cámara de Lucida, su hermana, y començola de abraçar y díxole:

—¿Qué hazéis, mi señora hermana? Ruégovos que os levantéis y os ataviéis muy ricamente para ir a recibir a Orxenía y a Tardanir su hija, y ruégovos que no la dexéis por ninguna cosa, mas traedla con vós a posar porque yo tenga más lugar de verla y hablalla, que en vuestra mano es todo mi bien, que ya sabéis cuánto tienpo á que mi corazón es atormentado.

Lucida, que de buena voluntad era, dixo que así lo haría. Carlo se partió d'ella y fuese a la enperatriz su madre y díxole que era mucha razón que saliese a recibir a Orxenía y a su hija, que de tan gran valor eran, pues el enperador no podía. La enperatriz dixo que por amor d'él lo haría, y así lo dezía Carlo

a todos los cavalleros, que andava tan fuera de su seso que a todos conbidava que fuesen a recibir al rey de Macedonia. Y después de comer la enperatriz se vistió muy ricamente como aquella que pasava de beldad a todas las que delante d'ella se ponían, aunque allí avía muchas dueñas y donzellas de grande fermosura, y tomó consigo a las reinas de Tesalia y de Argos, sus hermanas, y Lucida en estraña manera ricamente guarnida con todas las otras dueñas y donzellas. Y ya Garfín y Pirio estaban buenos y se levantavan, y fueron con la enperatriz. Carlo salió tan ricamente guarnido que no vos lo podríamos contar, y tomó todos los cavalleros mancebos y subió primero que todos fuera de la cibdad ^{145r} y anduvo tanto que encontró a Angrite a una legua de la cibdad. Cuando el rey vido a Carlo quísose apepar para lo recibir, mas él llegó tan presto que no lo pudo hazer y recibiéronse muy bien, y luego Carlo fue a hablar a Orxenía con grande acatamiento y cortesía el uno al otro. Carlo no era su pensamiento sino en Tardanir, y cuando la vio tan hermosa y loçana fue maravillado, y aunque mucho avía oído dezir de su fermosura por onde él tanto suyo era le pareció nada con la vista, y fue tan tollido de miralla que apenas la pudo hablar, mas llegose a ella con grande mesura y quisiérale tomar una mano para besárgela, más ella la quitó afuera muy presto. Un cavallero que de rienda la traía gela dio. Carlo fue muy alegre por ello, y el rey de Ungria tomó a Orxenía por la rienda y movieron contra la cibdad. Carlo, que muy contento iba con aquella que tanto amava, le dixo:

—Mi señora, ¿por qué me quitastes que no besase esas vuestras hermosas manos? Qu'el señor al siervo la puede dar, y como yo sea todo vuestro pésame porque me quitastes tan gran merced. No podría yo deziros cuánta alegría siente mi corazón de

veros, porque muchos días á qu'es atormentado con vuestro deseo, que las nuevas de vuestra gran fermosura an hecho tanto que del todo robaron mi libertad. Y una de las causas principales que me movieron a hazer estas fiestas fuestes vós, por veros y servirlos y hazeros señora de mí y de todo cuanto yo tengo. Por eso de oy en delante quiero que sepáis que os podéis llamar princesa de Constantinopla, y de todo el mundo que mío fuera os hiziera señora.

Tardanir, que ^{145v} muy sesuda era, respondió a Carlo:

—Mi señor Carlo, para donzella de tan poco valor como yo soy ay grande duda que fuese verdad lo que me dezís, mas de cualquiera manera que sea es razón de tener en mucho vuestras promesas y el amor que sin conoscerme tenéis. Mucho sería yo de mal agradescimiento si no lo pagase, cuanto más que mi venida acá no es sino para serviros por besar las manos a la enperatriz, que tanta razón ay para ello por el grande amor que a mi padre e a mi madre tuvo el enperador vuestro padre. No menos creo yo que haréis vós siendo hijo de aquellos en quien tanta bondad ay.

Mucho fue triste Tardanir cuando estas razones oyó dezir a Carlo porqu'ella amava demasiadamente al duque Danasín de Borbeña porque era el más estremado en fermosura que se podría hallar, y más mesurado y a maravilla buen cavallero, y era muy gran señor de tierras. Desde su niñez se avían amado, y esta princesa le avía prometido de casarse con él por el grande amor que le tenía, y a esta causa le pesó porque Carlo en tal cosa le hablava, porque bien sabía que su padre tendría a gran dicha de dárgele por muger, lo cual ella no quisiera aunque Carlo fuera señor de todo el mundo. Más contenta era con el duque por sus buenas maneras. Ella sabía que avía de venir aquellas fiestas

y por cosa del mundo ella no faltaría lo que avía prometido, y por eso respondía a Carlo de manera qu'él conosciere que ella no tenía en nada lo que le dezía. Y así fueron hablando en muchas cosas hasta que llegaron a donde la enperatriz venía acompañada de muchos altos omes.

Angrite, rey de Macedo^{146r}nia, le quiso besar las manos, mas ella no gelas quiso dar, ni menos a Orxenía, mas abraçolos con grande amor. Mientre tanto Tardanir y Lucida se recibieron como aquellas que eran de grande mesura. Tardanir llegó a besar las manos a la enperatriz. La enperatriz la besó, que muy bien le pareció, y así movieron juntos contra la cibdad. La enperatriz y Orxenía ivan juntas, y Lucida y Tardanir. Todos quantos las miravan eran maravillados de su fermosura, y como se apearon luego fueron a ver al enperador, que con grande amor los recibió y uvo mucho plazer de verlos, y allí cenaron aquella noche delante d'él y estuvieron en grande fiesta. Carlo no era su pensamiento sino en Tardanir, y estava con ella y con su hermana que no podía apartarse de miralla, y quando se fueron el rey y la reina a su aposentamiento Lucida demandó a la reina a Tardanir. Ella gela dio muy de grado, y Carlo fue con ellas hasta su cámara. Todas estas cosas eran muy graves a Tardanir, y no quisiera ser allí venida, y si Carlo fue encendido en el amor de Tardanir muy más lo fue Claudio, hijo del enperador de Roma, de Lucida, quando la vido en el recibimiento de Orxenía, que fue desconocido a mirar él y Damasio. Y así como vido a Lucida fue tan preso de su amor como jamás lo fue cavallero de vista de donzella, y fue tan cuidado que se tornó a su tienda y echose encima de su lecho perdidos todos los sentidos, tanto qu'el Cavallero del Espina le vino a ver y pescudole qué avía. Él respondiolo:

—¡Ay, Ca^{146v}vallero del Espina, mi

verdadero amigo, en fuerte punto vine a Costantinopla! Si Dios por su merced no me acorre no será mucho que prestamente no sea el fin de mis días. Vengo herido de la más cruel llaga que jamás cavallero lo fue en tan poco tiempo.

—Ruégovos, mi señor —dixo el Cavallero del Espina—, que me digáis qué mal es el vuestro, si yo lo puedo remediar, pues yo más que otra persona lo haré.

Claudio, que muy aquejado estava, le dixo:

—A vós, mi amigo, no encubriría yo cosa de mi corazón. Sabed que la fermosura de Lucida, que con mucha razón se puede llamar el nonbre que tiene, me á causado este mal que tengo, que la vista de sus muy claros ojos ferieron mi corazón de tal manera que jamás pienso de guarescer.

Y quando esto dixo sospiró muy fieramente. El Cavallero del Espina, que sabía muy bien qué mal tan peligroso era aquel, doliose d'él, ma[s] fuelo abraçar riendo y díxole:

—Agora vos tengo yo por tal cual vós sois, pues vuestro corazón generoso se cavtó de donzella de tan alta guisa y de tan gran dolor. Digo que devéis de ser muy contento en ser suyo, y aunque sufráis grave tormento esperad en Nuestro Señor, qu'él puede hazer tanto que la ayáis por muger. Esforçaos a servilla y no vos desmayéis así, que si verdaderamente avéis de amar muchas cosas avéis de pasar y sufrir grandes tormentos.

Claudio se consoló mucho por las razones del Cavallero del Espina y díxole:

—En todo vos hizo Dios acabado. Si Dios a mí me diera tanta parte de fermosura y bondad como a vós no tuviera duda de alcançar a Lucida por señora, porque veo que donzellas^{147r} y dueñas vos aman en estrema manera, y vós no curáis d'ellas.

—No vos maravilléis d'eso —dixo el Cavallero del Espina—, que yo no quiera engañar a ninguna, porque mi coraçón está tan sujusgado y preso en otro poder, tanto que yo no puedo mandallo, pues no tengo señorío sobr'él. Y no queráis más, mi señor, saber de mí, sino que soy buen maestro para saberos dezir que tal es vuestro mal.

Mucho estuvieron hablando estos dos cavalleros en sus amores, el uno que avía días que sofría penas desiguales y el otro que entonces las començava a sentir, y comença<d>[t]o[n] aparejar las cosas que le eran menester para los torneos y sacar por sus señoras devisas en aquellas fiestas. Carlo Lucelio andava muy alegre recibiendo todos los cavalleros de alta guisa que cadaldía venían, y la bíspera de Santiago de mañana llegó al puerto de Costantinopla Fidario, hijo del enperador de Alemaña, y venía con él Manfredro, hijo del rey de Francia, que como vos diximos partió de la corte de su padre a buscar a Grimonte y anduvo por muchas partes. No hallando nuevas d'él fue a Alemaña, y él quisiéras'encobrir que no lo conociesen quién era, mas no lo pudo hazer por amor del duque Garvasín de Ostre, que lo conoció y lo dixo al enperador y a Fidario su hijo, los cuales le hizieron mucha onra. Y Manfredro fue muy pagado de Dinerpa, hija del enperador, y amola tan demasiadamente que le dio a conocer cuanto era suyo. Dinerpa, sabiendo que era tan buen cavallero, fue contenta de otor^{147v}galle su amor. Manfredro se tuvo por bienaventurado y a su causa quiso ir con Fidario su hermano, porque supo que avían de ser allí juntos tantos buenos cavalleros, si por ventura hallase allí a Grimonte. Cuando el enperador supo que Fidario era en su puerto venido mandó a Carlo que lo saliese a recibir con todos los otros reyes, que también era venido allí el rey Petreo y su muger Flasia, con quien

la enperatriz uvo mucho plazer. Carlo, así acompañado y ricamente guarnido, salió hasta la mar, y ya Fidario estava en tierra, y el duque de Ostre y Manfredro y otros muchos buenos cavalleros con él, y reciviéronse anbos a dos con grande acatamiento. Rastín, rey de Tracia, cuando supo que allí venía Manfredro su sobrino fue muy alegre, demasiadamente, y rescibiolo con grande amor viniéndole las lágrimas a los ojos de plazer porque mucho avía que no avía visto pariente suyo, y ansimismo Crionte, rey d'Esperte, su primo, uvo mucho plazer con él, y anbos a dos reis lo tomaron entre sí y movieron contra la cibdad. Fidario, por mostrar más amor al enperador, luego quiso ir a verlo, el cual se levantava ya y estava en su palacio aconpañado de muchos altos onbres, y rescibiolo muy bien y hízolo sentar junto cabe sí y agradesciole mucho su venida. Fidario le dixo:

—Señor enperador, como yo no desee servir más a persona del mundo que a vós, y verlo y conoscerlo, me puse en este trabajo por ver si alcançaré yo por mí mismo lo que por el duque ^{148r}mi primo se me negó.

El enperador le habló en otra cosa porque aquello Fidario no lo podía alcançar. Rastín dixo al enperador que habrase a Manfredro, hijo del rey de Francia. El enperador se levantó a él y hízole <tan y> grande onra, y también al duque de Ostre, y estuvieron allí alguna pieça. Fidario se despidió del enperador para ir a su posada. Manfredro posó con su tío Rastín, rey de Tracia. Todos quedavan espantados de la fealdad de Fidario. Carlo tomó por la mano a Mar<e>[a]xén, hijo del soldán de Babilonia, y fuéronse a ver a Orxenía, reina de Macedonia, porqu'estava con ella Lucida y Tardanir, su hija. Lucida estava muy mal espantada de la venida de Fidario. Carlo la abraçó y díxole:

—Mi señora hermana, no temáis

ninguna cosa, qu'el enperador no enojará a vós ni a mí. Bien podéis mirar sin temor la figura del diablo qu'es Fidario, que si yo puedo no vos llevará, que nunca Dios querrá que esa vuestra fermosura sea tan mal enpleada.

Ella fue muy alegre con estas nuevas, y ella y Tardanir le prometieron de irse a la capilla <pa> [con] él a velar las armas aquella noche. Él fue muy contento porque no vía mayor plazer que cuando estava con Tardanir, aunqu'ella no le mostrava la cara alegre, y después qu'el enperador cenó Carlo se fue a la capilla y con él todos los que avían de recibir orden de cavallería, que eran treinta y cinco, todos hijos de reis y de duques y grandes señores. Y el primero era el segundo hijo de Garfin, el cual se llamava Dalirpe, y el hijo mayor de Pirio, que se llamava Viando, y otro hijo de La^{148v}urelio, rey de los grutes, el cual se llamava Andandil, y dos hijos de Vítor, el buen rey de Ungría, y otro hijo de Nardín, duque Mensa, y de Crinesta, <hija> [hermana] del rey de Renoica, el cual se llamava Lupidio, y Frisios, hijo de Crionte, rey d'Esperte, y otros hijos de grandes señores que fueron todos muy buenos cavalleros. Callo fue armado por las manos de los dos reis sus tíos y los otros de otros grandes señores. Todos fueron armados de armas blancas a maravilla ricas, especialmente las de Carlo. El enperador le dio la'spada Sin Pavor, qu'él tanto preciava, que ganó al rey Neboaxe en batalla, y desque fueron todos armados incaron las rodillas y estuvieron gran pieça en oración. Y luego vinieron Lucida y Tardanir y otras muchas dueñas y donzellas aconpañar a Carlo, el cual habló aquella noche mucho con Tardanir diziéndole muy abiertamente su voluntad, cómo jamás otra muger tomaría, que todo lo qu'él hiziese en aquellas fiestas era por amor d'ella y qu'en aquellas quería él

desposarse con ella porque todos los altos onbres de Grecia que allí estavan juntos la recibiesen por señora. Ella fue todo turbada y no sabía qué responder porque conocía que le venía grande onra, y de otra parte el amor del duque y lo que le tenía prometido le hazía olvidar de no ser contenta y tenerse por bienaventurada de aver tal marido, y respondiolo:

—Mi señor Carlo, no sé yo por qué vós me queréis por muger, que yo no soy mercedora de tanto bien. Por esto antes de ^{149r} agora yo prometí a otro cavallero de casarme con él por mandado de mi madre, y no puedo ya aver otro marido sino a él. Y esto vos é dicho porque no biváis engañado conmigo, que yo amo como a mí mesma aquel que os tengo dicho. Y esto hizo Dios porque yo no gozase el tanto bien como era averos por señor, mas las cosas hechas no tienen remedio.

Mucho fue airado Carlo cuando esto oyó dezir a Tardanir y respondiolo:

—Pluguiese a Dios que yo pudiese acabar conmigo en no amaros, mas esa vuesa hermosura me tiene tanto preso y sojuzgado que aunque fuera razón de jamás veros por la respuesta que me avéis dado no lo puedo hazer. Si Orxenía vuestra madre hizo ese casamiento yo haré con vuestro padre que no lo consienta. Quienquiera que sea yo le haré morir porque mi deseo sea conplido a vuestro pesar.

Y levantose, que no quiso con ella más hablar, que estava mal enojado, y Luzida se tornó a su cámara, y con ella Tardanir, que muchas lágrimas derramó por ser allí venida. Y como vino el día el enperador, aunque estava flaco, se levantó y vistiose como en tal día era menester, y cuando salió al gran palacio esta^{149v}van sus hermanos y otros muchos altos onbres ricamente guarnidos que lo esperavan. Todos se fueron a la capilla a

donde estava Carlo y fue dicha la misa con gran solenidad por un arçobispo, y después que la acabaron el enperador armó cavallero a su hijo Carlo y dióle la espada Sin Pavor, y díxole:

—Hijo, Carlo, ruego a Dios que os haga tan buen cavallero que pareç[c]áis aquellos de donde venís. Vós avéis recibido orden de cavallería día de[ll] apóstol Santiago, que fue verdadero cavallero de Jesú, y pora él plega de hazeros tal que seáis defensor de su santa ley <y> después de mis días. Vuestros señoríos están cercados de tantos enemigos de nuestra santa fe católica. Él quiera daros esfuerço y seso con que rijáis tanto señorío como Nuestro Señor os dio.

Y besole en el rostro, y luego Carlo armó cavalleros a todos los otros, y recibida orden de cavallería salieron todos de la capilla. El enperador se fue al gran palacio a onde estava la enperatriz con su hija con las reinas y grandes señoras. Cosa maravillosa era de ver la gran fermosura y atavíos d'ellas. Carlo cavalgó con todos los ^{150r} noveles y otros muchos cavalleros mancebos entre los cuales iva Maraxén, hijo del soldán de Babilonia, con todos los otros cavalleros moros que venieron con él, y salieron al canpo a donde avían de ser los torneos y allí estuvieron una gran pieça corriendo de los cavallos, y hizieron un juego de armas muy estraño de ver. Los moros andavan más amaestrados en él que los cristianos. Maraxén hizo allí cosas estrañas, que era muy buen cavallero, y desde que acabaron tornáronse a la cibdad, y apeados desarmáronse y cubriéronse todos muy ricos mantos, especialmente Carlo, que no podríamos dezir la gran riqueza de sus ropas, y viniéronse al gran palacio a donde estava el enperador, que los recibió muy bien, y luego se sentaron a las mesas, el enperador con los reis y Carlo con todos los noveles cavalleros a otra mesa, y fueron servidos de

diversos manjares. Y desde que alçaron las mesas vinieron juglares de muchas maneras y así estuvieron en gran fiesta hasta la noche, mas Carlo no estava nada contento por lo que Tardanir le avía dixo, mas cada vez que ponía los ojos en ella viendo su fermosura se encendía más en su amor. Y a esta ora entró el duque Danasín de Borbeña por el palacio muy ricamente guarnido, y muchos cavalleros con él, ca esa ora avían llegado. El rey de Macedonia se levantó a él y recibiólo muy bien y levolos a que besase[n] las manos al enperador. Él, sabiendo quién era, hízole mucha onra, y ansimesmo Carlo. El rey Angrite lo sentó cabe sí. Todos se maravillavan de ver su gran apostura. Carlo miró a Tardanir y vidola ^{150v} toda encendida su rostro como una rosa. Luego conoció que aquel era el que ella le avía dicho. Cobró tanta ira contra él que luego quisiera matarlo, mas afirmó en su coraçón, si él a los torneos salía, de azer que no durase mucho tiempo, y desde que fue noche el Cavallero del Espina y sus conpañeros se desconocieron lo mejor que pudieron y vinieron a ver sus fiestas, y fueron maravillados de tantos altos onbres como allí vinieron, y el enperador aconpañado de tantos reyes, y pensó el Cavallero del Espina que otro mayor príncipe no lo avía en el mundo que era el enperador y con tan gran triunfo mantuviese cavallería, y miró a Gracisa, la enperatriz, y pensó en su coraçón que con mucha razón el enperador avía dexado su tierra por venir a servirla, aunque pasó grandes afrentas y trabajos, que todo era bien enpleado, que en estraña manera le parecía hermosa. Y su vista de la enperatriz le causó grande amor, que mucho deseava el Cavallero del Espina servir a la enperatriz y ansimesmo a Lucida su hija, y dixo muy paso a Claudio:

—Por cierto, Claudio, con mucha razón vuestro coraçón se cautivó de la hermosura

de Lucida, que después de otra donzella que yo é visto nunca vi otra más hermosa.

Mucho loaron a Tardanir, y estando mirando a los cavalleros y donzellas que dançavan vio el Cavallero del Espina a Manfredro, hijo del rey de Francia. Mucho fue alegre y maravillado de verlo, y ansimesmo Damasio lo conoció. El Cavallero del Espina creyó que venía a buscarlo según la donzella le avía dicho, y mucho gelo agradesció en su corazón, y estando mirándol<a>[o] vieron al enperador que llamava a Manfredro e hizolo sentar cabe sí. Según lo que después Manfredro le contó, el enperador le dixo:

—Bien veo, Manfredro, que si yo vos diese nuevas de un cavallero, el mejor que ay en el mundo, que avríades plazer, y si vós me prometéis de lo hazer venir a nuestra corte deziros é quién es, que según su bondad bien soy cierto que holgaréis de saber d'él.

Manfredro le dixo:

—Pidos ^{151r} por merced, señor, que me lo digáis, que si es aquel que yo ando a buscar yo seré el más alegre del mundo y trabaxaré con todas mis fuerças que haga vuestro mandado, que según su mesura lo hará de grado.

El enperador le dixo:

—Sabed, mi amigo, que un cavallero de casa de vuestro padre está en esta tierra, el cual á hecho tantas maravillas en armas que otro cavallero en esta tierra no las á hecho.

Y contole cómo avía guardado la puente treinta días y los cavalleros que allí avía vencido, cómo el p<r>ost[r]jmer día él se avía ido a combatir con él y cuán bravo y fuerte lo avía hallado, y cómo anbos a dos murieran allí si el cavallero de la puente no le rogara que le dixese quién era, y cómo el gelo avía dicho con condición que le dixese quién él era, y cuando supo que era el enperador cuánta mesura en él avía hallado, cómo no se quisiera él más combatir y que le dixera

que se llamava Grimonte de Asur, que era cavallero de la casa del rey de Francia, que traía otros tres compañeros consigo muy buenos cavalleros.

—¡Santa María, valme! —dixo Manfredro—. Aquí es Grimonte, el mejor de los cavalleros, a quien yo ando a buscar. Pidos por merced, mi señor, que me digáis dónde lo fallaré, que yo no pudiera oír nuevas que más alegre me hizieran. Y no me podéis vós dezir, señor, tanto que más yo no sé de su grande bondad. Sabed, señor, qu'él es oy el mejor cavallero que armas trae. Si yo lo hallo yo haré tanto con él que vos venga a servir. Quiera Dios que no sea ^{151v} ido.

El enperador le dixo:

—Sed cierto qu'él no será partido, porque cuando yo me partí d'él quedava malferrido, de manera que avía menester de folgar. Y tanbién creo que querrá venir a los torneos, que tan buenos cavalleros como ellos no lo querrán dexar de hazer. Como yo é tenido que hazer muchas cosas no é sabido d'él. Ruégovos que mañá lo busquéis, y si sus compañeros son tales que se quieran encobrir me digáis quién son, porque si vienen a mí les haga la onra que merecen.

Manfredro gelo prometió, y según la grande alegría qu'el Cavallero del Espina vio en Manfredro bien conosció qu'el enperador le avía dicho algo d'él, y si no fuera porque'estavan así desconocidos luego le hablara, porque demasiadamente lo amava por ser hermano de su señora, y por estonces sufriose, y estuvieron allí mirando toda[s] las fiestas y desque fue ora fuéronse a sus tiendas. Claudio fue con mayor cuidado que de antes tenía por ver a Lucida, porque vido a Fidario, hijo del enperador de Alemaña, que dezían que avía de casar con ella, y dezía:

—¡Ay, Dios, no consintáis vós que tanta fermosura sea juntada con aquel que par de fealdad no tiene! Ruégovos, mi señor Dios,

que me deis tanta fuerça que yo pueda estorvar tan desaguisado casamiento, que yo no puedo hazer mayor servicio a mi señora ^{152r} que quitar del mundo aquella tan fea bestia.

Y an sí lo afirmó en su coraçón, que si Fidario entrase en los torneos, de hazer tanto que no tornase Alemaña.

El Cavallero del Espina estava muy alegre porque sus cosas las hazía Dios tan bien que sin vergüença podría tornar a Francia yendo con Manfredro, y esto le causava aver más presto sanidad. Manfredro, desqu'el enperador le dixo lo que avéis oído, hazía-sele tarde qu'el día viniese para ir a buscar a Grimonte, y como aquella noche <cada uno>, después de aver pasado la gran fiesta de aquella noche, cada uno se fue a su posada, <y> Manfredro no quiso dezir al duque Garvasín de Ostre ninguna cosa más. Levantose muy de mañá y cavalgó y salió fuera de la cibdad, y fue por entre todas las tiendas por saber nuevas de Grimonte, y como aquel día avía de ser el primer torneo todos los cavalleros se adereçavan para ser en él. Manfredro iva mirando y pescudando por el cavallero del paso, y acació que fue aquella parte a donde él posava y vido a Damasio qu'estava a la puerta de la tienda mirando los cavalleros que se adereçavan para el torneo, y como lo vio alegrase mucho y apeose muy prestamente, y fue con los braços tendidos abraçar a Dama<ma>sio, el cual lo rescibió con grande alegría, y entráronse en la tienda y Manfredro le dixo:

—Mi señor Damasio, ¿a dónde está Grimonte, que tanto afán me á hecho llevar en buscallo? ^{152v} Mostrámelo, por Dios.

Damasio lo llevó a la tienda a donde estava, que aún no era levantado porque aún no'stava bien sano de sus llagas. Cuando Manfredro lo vido fue el más alegre que dezir se vos podría, y ansimismo el Cavallero de

la Espina, y estuvieron gran pieça abraçados con las lágrimas en los ojos de plazer. Manfredro dixo:

—¡Ay, Cavallero del Espina, que así me dizen que os llamáis, cuánto trabajo é pasado por hallaros! Pues que Dios me cumplió este deseo y vos veo, por bien empleado lo tengo. Especialmente soy muy alegre por la mucha onra que Nuestro Señor vos á dado en esta tierra. Razón es de perder toda queja de vós, aunque os venistes sin hazérmelo saber, que no viniérades vós sin mí.

—¡O, mi señor Manfredro! —dixo el Cavallero del Espina—, ¿cuándo vos serviré yo tanto amor como me avéis mostrado en venir a buscarme? Por cierto, nunca cavallero recibió tanta onra como yo de vós. A Dios plegare que me dexe pagároslo, aunque sería enposible, <y> y no quiero descolparme de la culpa que tengo en ser causa de vós recibir tanto afán por me buscar. Mas si vós, señor, supiésedes la verdad, no me culpáriades. Mi venida fue por caso tan extraño que no fue en mi mano dezirlo a nadie. Lo pasado vos ruego que me perdonéis, que de aquí adelante jamás caeré en tal yerro, pues conocido tengo el verdadero amor que me tenéis.

—Es tanto el plazer que tengo de veros —dixo Manfredro— que más que uviéades herrado ^{153r} vos perdonara. Y dexemos las cosas pasadas y dezidme qué tal estáis y cómo os fue en aquella batalla tan peligrosa que con el enperador uvistes. Bien le distes a conocer en ella, según él me á dicho, que sois el mejor cavallero del mundo, pues que vencistes aquel que jamás fue vencido.

El Cavallero del Espina le respondió:

—No sé, señor, qué os diga, sino que jamás en mayor peligro me vi, que nunca temí a cavallero que viese delante de mí si a él no, que sus duros golpes me ponían todo pavor. Lo mejor de la batalla no sé quién lo llevó.

Estos señores que lo vieron lo pueden dezir.

Y así estuvieron hablando con grande alegría todos gran pieça, y Manfredro pescudó quién era Claudio, y cuando supo que era hijo del enperador de Roma onrolo mucho y pescudoles si avían de salir aquel día al torneo. El Cavallero del Espina le dixo que no, que le avían rogado aquellos cavalleros que no saliese allá hasta qu'él estuviese tal que pudiese ir con ellos. Manfredro dixo que era bien, qu'él así lo entendía de hazer, que todos cinco saliesen juntos. El Cavallero del Espina gelo agradesció. Manfredro le contó todo lo que avía pasado con el enperador y rogole que fuese a vello, pues tanto deseava conoscerle y tenerlo consigo. El Cavallero del Espina le respondió que por servirlo él ería un día a besalle las manos, que detenerse allí no podía porque avía prometido a Lecidora de ser con ella a tienpo cierto. Y esto dezía él porque no se quería detener allí mucho por conplir el mandado de su seño^{153v}ra Dispina y por ir a verla, qu'era la cosa del mundo qu'él más deseava y preciava, y dixo [que] cuanto se hallase bueno quería besar las manos al enperador. Manfredro gelo agradesció y estuvo mirando cuán aconpañado estava de dueñas y donzellas que lo servían, y de tiendas tan ricas en qu'estava aposentado. Pensó cuánto era el valor de Grimonte y díxole:

—Parésceme, señor Grimonte, que no quiero que vuestro nonbre s'encubra de aquí adelante, pues no ay por qué, que aunqu'estáis en tierras estrañas no vos falta lo que avéis menester. Y no me maravillo, según vuestro valor.

Y desqu'estuvo gran pieça con Grimonte despidiose d'ellos y fuese a los palacios del enperador, y halló a Carlo con todos los noveles, qu'estavan ya armados para salir al torneo.

[XXXIII]

El enperador y la enperatriz y Lucida su hija con todas las otras dueñas y donzellas salieron al canpo y pusiéronse en los miradores qu'estavan aparejados para ellas, que no parecía sino una gran cibdad los muchos miradores, que allí estavan las dueñas y donzellas que avían venido a ver aquellas fiestas. Y como el enperador salió de la cibdad luego Carlo cavalgó con sus noveles^{154r} y otros muchos cavalleros de gran cuento con él, y Carlo llevaba sus armas blancas y sobreseñales negras, y estas mandó él hazer después que Tardanir le dio la respuesta que avéis oído, a dar a entender la trizteza de su coraçón hasta que hiziese aquello que por él era deseado. Todos los noveles ivan de aquella manera qu'él. El rey de Ungría, que era mancebo muy fermoso, salió con unas armas muy ricas verdes a dar a entender la esperança que tenía de casar con Lucida, hija del enperador, y estas mesmas armas y esperança sacó Prontaleo, príncipe de Tesalia, hijo mayor de Garfín, [que] aunque eran primos tenía esperança de casarse con Lucida.

No vos podríamos contar las invenciones que todos los más de aquellos preciados cavalleros sacaron por amor de sus señoras, que d'ellas avían recibido joyas cuando por sus cavalleros los recibieron. Dalirpe, hijo de Garfín, amava como a sí mesmo a Eusebia, hija del rey Petreo, y Ducio el marqués, su hermano, a Oliría, hija del duque Crispiniano de Beria, que era una de las más fermosas donzellas que avía en casa del enperador y no tenía su padre otro hijo ni hija sino a ella. Frisios, hijo del rey d'Esperte, amava a una hija del rey de Ungría, la cual era donzella de gran fermosura. Y así todos los otros eran sus coraçones loçanos para hazer tales cosas en aquellos torneos que

fuesen preciados y queridos de sus señoras. El duque Florencio salió muy [apu]esto. Todos juntos con gran ^{154v} ruido de tronpas y de muchos estrumentos <y> salieron al canpo y el enperador uvo gran plazer de ver a su hijo con tantos buenos cavalleros, y miró por todas partes y vido muchos escudos nuevos, y pensó que todos aquellos que los traían avía vencido el Cavallero del Espina, y dixo entre sí mismo que no avía cavallero en el mundo que a él se igualase, y no pudo estar que no lo dixese al rey de Tesalia su hermano, que cab'él estava asentado. Y luego vino al canpo Fidario, hijo del enperador de Alemaña, y con él dozientos cavalleros muy guarnidos y él sobre todos. Traía unas muy ricas armas bermejas y senbradas las sobreseñales de lu<ce>zeros muy bien hechos. Y como llegó al canpo era tan grande de cuerpo que entre todos era conocido y hizo grande mesur[a] aquella parte donde estava Lucida, la cual quando lo vio bolvió muy prestamente el rostro toda encendida en color de saña que su coraçón tomó del mal talante que avía a Fidario, y que después qu'él a la corte vino nunca su coraçón fue alegre. Muchos miraron en lo que Lucida hizo, y sobre todos Claudio, qu'estava con Grimonte y con Damasio mirando el torneo, y mucho fue alegre de lo que le vido hazer.

Maraxén vino con todos los cavalleros moros que con él avían venido. Todos parecían buenos cavalleros, y juntose con Carlo, que no quería ser contra, y bien serían cinco mil cavalleros ^{155r} buenos de la parte de Carlo, y de los estrangeros pasavan d'ellos de mil. Avía muchos grandes señores que no vos avemos cont<o>[a]do porque <d>ellos avían venido encubiertos, entre los cuales vino el duque de Galace, que era muy buen cavallero y quería mal al enperador porque ganó el castillo del rico tesoro que

era en su tierra. Desde allí le hazían mucho [mal] y le tenían sojugado. Y vino también encubiertamente Albornín, hijo de Olid el Blanco, soldán de Persia, y todos los que lo conoscían dezían que era tan buen cavallero como Aduraxe su tío, y traxo consigo dozientos cavalleros, todos de gran cuento y muy buenos, y estos no vinieron todos con él, mas pocos a pocos por no ser conocidos. Y vinieron porque Albornín venía con pensamiento de hazer mucho mal en los cristianos y vengar a su tío si pudiese, y él y todos los suyos salieron aquel día al torneo con armas negras que parecieron a todos muy bien. Y desde todos fueron juntos en el canpo los primeros que ferieron fue el duque Florencio y el duque de Galace, y encontráronse muy poderosamente y quebraron sus lanças, y pasaron muy apuestamente el uno por el otro, y mesclose el torneo.

Aquella ora veríades encontrarse los unos con los otros con grande ardimiento, y muchos cavalleros fueron derrocados por el suelo de una parte y de la otra. Todos lo fazían tan bien que maravilla era de los ver. Tomedo, hijo de Pirio, fue aquel día allí muy buen cavallero, que antes que quebrase ^{155v} la lança derrocó bien seis cavalleros, y a la fin encontrose con él Albornín tan duramente que lo sacó de la silla. Ducio, marqués de Monsalia, que lo vido, tomó una lança y fue a encontrar Albornín muy esforçadamente, mas él l'encontró con tanta fuerça que dio con él grande caída, y desqu'esto hizo sacó su espada y començó de dar golpes muy esquivos por una parte y por otra, y los suyos que lo seguían hazían cosas estrañas en armas, tanto qu'el enperador y sus hermanos dezían que los de las armas negras eran maravillosamente buenos cavalleros. Tanto hizieron que los del enperador no lo pudieran sofrir si Carlo no sobreviviera con los noveles, el cual encontró a un infante moro tan

duramente que le metió la lança por el cuerpo y dio con él del cavallo a tierra muy malherido, y puso mano a su espada Sin Pavor, qu'el enperador le avía dado, que en poca de ora hizo tanto que se hizo conoscer, que no avía cavallero que le osase esperar su golpe que no diese con él en tierra malherido. Mucho era alegre el enperador de verlo con tanto ardimiento; pues los noveles, como eran todos de tan alta guisa, hizieron cosas aquel día que grande fama ganaron.

Fidario andava tan esforçado en el torneo que a todos ponía en espanto, que antes que quebrase la lança derrocó más de diez cavalleros. Así era el torneo tan ferido de anbas partes. Qué podríamos deziros [de] las grandes cosas que allí se fizieron. Albornín es^{156v}forçava los de su parte tanto y hazía tan estrañas cosas que movían del canpo a Carlo y a los de su parte. Hizo tanto qu'el enperador pensava que era el Cavallero del Espina. Fidario, que vido las grandes cavallerías que hazía, tomó una lança y fue contra él. Él lo rescibió con grande ardimiento y encontráronse en sus fuerças tan fuertemente que Fidario quebró su lança en muchas pieças en el escudo de Albornín y hízolo abraçar a [la] servis del cavallo, mas Fidario no se pudo tener en la silla y dio en el suelo grande caída. Albornín no curó más d'él, mas dava muy esquivos golpes a quantos cavalleros delante de sí hallava. Carlo, de que vido a los suyos perder la plaça, fue muy enojado y tomó una lança a un su donzel y fue a encontrar al conde de Beraín, que era maravillosamente buen cavallero, y como iba sañado diole tan poderoso golpe que dio con él y con el cavallo en tierra. El conde fue muy mal quebrantado. Y este conde era pariente del duque de Galace, y como lo vio tan maltrecho fue contra Carlo con una lança en la mano, y como Carlo no avía aún quebrantado la suya, aunque avía derrocado

otro cavallero sin el conde, recibió al duque esforçadamente y encontráronse tan bivamente qu'el duque fue a tierra y Carlo uvo una llaga pequeña, y pasose adelante haziendo cosas estrañas porque los estrangeros se venciesen, y todos los noveles con él acometieron con tanto ardimiento que no los podían sufrir los estrangeros.

Allí ^{156v}viérades hazer maravillas a Albornín y a los suyos. Como Carlo vido que en él estava toda la defensión de los estrangeros tomó una lança a Dal<a>[i]rpe, hijo menor de Garfín, que aquel día avía hecho cosas estrañas en armas, que grande alegría ponía en el coraçón de su padre que lo vía, y díxole Carlo:

—Dal<a>[i]rpe, seguidme. Veré si podré vencer aquel diablo que tales cosas á oy hecho.

Y dio de las espuelas al cavallo y fuese a juntar con Albornín, que quando lo vido no se espantó y tomó otra lança a un su cavallero, y viniéronse a encontrar tan duramente que anbos a dos fueron fuera de las sillas y dieron grandes caídas en tierra, mas como eran de grandes coraçones levantáronse muy prestamente y enbraçaron sus escudos y viniéronse a ferir de muy fuertes golpes de las espadas, y fue entre ellos una fuerte y esquiva batalla. Y si mucho turara gran daño recibieran, mas como los de Carlo eran todos buenos cavalleros aquejaron tanto a los estrangeros que por fuerça les hizieron huir. Como venía gran tropel de cavalleros hizieron dexar de hazer la batalla a Carlo y Albornín, y arredráronse afuera y cada uno d'ellos cobró su cavallo. Albornín, de que vido que no avía remedio de hazer bolver a los de su parte, fuese a meter entr'ellos, y Carlo los seguía después que cavalgó. Feriendo en ellos los arredraron gran pieça del canpo. El enperador hizo sonar las tronpas y luego Carlo y todos los suyos se bolvieron

muy alegres. El enpe^{157r}ador y todos los reis qu'estavan con él lo fueron a rescibir. Todos juntamente se fueron al palacio con grande alegría. El rey Petreo dixo a Carlo:

—Parésceme, señor, que la espada Sin Pavor no se puede quejar de venir a vuestras manos. Bien sabéis ferir con ella tan bien como aquel que la ganó, mas por eso os hizo Dios su hijo, para que le parescáis.

—No habléis en eso, rey Petreo —dixo Carlo—, que enposible sería parescelle yo, aunque só su hijo, ni otro ninguno que sea en el mundo.

Llegados al palacio Carlo fue desarmado y curado de algunas llagas que traía y cobriose un rico manto, y salió al palacio y fue muy bien recibido de la enperatriz y de su hermana Lucida, que lo sentó cabe sí. Muy ace<ri>[d]a estava Tardanir [con su] vista, de la cual era él muy alegre aunque le mostrava la cara sañuda, y díxole muy paso:

—Parésceme, señora, qu'el vuestro cavallero no salió oy al torneo, que bien sé quién es. Mucho lo quisiera por ver qué hazía por vuestro servicio.

Y así era verdá, que no avía salido el duque de Borbeña al torneo, que Tardanir le avía enbiado a mandar con un donzel suyo que no saliese aquel día ni otro al torneo hasta qu'ella gelo mandase, y respondió a Carlo:

—Mi señor, bien entiendo por quién lo dizes, mas es muy cierto que mal pudiera salir <de>[a]l torneo aquel cavallero que dezís, pues no'stá en esta tierra, mas antes muy lejos de aquí. Por eso no penséis que lo avéis visto ^{157v} ni lo conocéis. ¡Ay, señor, por Dios, quitad estos pensamientos de vós, no me queráis dezir más, que por muy mala-venturada me tengo en no poder conplir vuestra voluntad, pues yo más que otra donzella fuera dichosa, mas la fortuna no me quiso dar tanto bien! Por fuerça tengo de pasar así.

Carlo le dixo:

—Y'os prometo, Tardanir, que en esto n'os fable más hasta su tiempo.

Y levántose de allí y mostró a todos grande alegría, aunque no la tenía, y començose la fiesta muy grande y cenaron todos los más de los cavalleros que avían ido al torneo con Carlo. Todos hablaban en el cavallero de las armas negras cómo era bueno. El enperador llamó a Manfredro y d[íxole] si avía sabido nuevas del Cavallero [de la Espina], que le rogava que le dixese la [verdad] de todo, que pensava que era aquel de las armas negras. Manfredro le respondió:

—Sabed, señor, que yo anduve oy a buscallo y quísome Dios tanto bien que lo hallé y a sus conpañeros, y sed cierto qu'él no desea tanto servir a persona como a vós, mas por agora no puede aquí detenerse porque prometió a Lecidora de ser con ella a tiempo. Ciertamente, no es razón que falte a lo que prometió, mas tanto qu'él pueda venir a serviros, y agora cuanto esté bueno vendrá a besaros las manos, que ya se levanta. Yo le rogué que no encubriese su nonbre y él lo tuvo por bien, mas sus con^{158r}pañeros parésceme que se quieren encobrir.

—Ruégovos, Manfredro —dixo el enperador—, que me digáis quién son si los conocéis, que yo lo guardaré como vós mesmo.

—Sabed, señor, qu'el uno d'ellos es Claudio, hijo del enperador de Roma, y el otro es Damasio, príncipe de Nápoles, y el otro es un cavallero francés muy bueno que Grimonte libró de la muerte y vínose con él por servillo. No tengáis crédito que ninguno d'ellos no salió a los torneos.

El enperador holgó mucho de saberlo y rogó a Manfredro que fuese al Cavallero del Espina que veniese a comer con él y que traxese a sus conpañeros.

—Y dezilde —dixo el enperador— que

no sea mañá, qu'es día de torneos, mas para esotro día, que por [amo]r d'él mandaré que no aya torneo aquel [día].

Manfedro dixo que lo haría como él lo man[da]va y otro día de mañá tomó consigo al duque de Ostre, que muy alegre fue con Grimonte, y fuéronse a sus tiendas y alláronlos ya levantados, y Grimonte recibió muy bien al duque Garvasín y él a él. Manfedro le dixo todo lo qu'el enperador l'enbiava a dezir y él respondió que le besava las manos y que haría su mandado. Claudio fue muy alegre por poder ver a su voluntad a Lucida y porque era día de torneos. No se detuvo allí el duque ni Manfedro porqu'el duque avía de salir con Fidario, y sabed que aquel día hizo muy estrañas cosas en armas el duque de Ostre y Fidario ansimesmo, mas sobre todos dieron el prez a Carlo a todos los noveles, especialmente ^{158v} a Frisios, hijo de Crionte, rey d'Esperte, natural de España. Por mucho que los estrangeros fueron muy buenos cavalleros a la fin uviéronse de vencer de Carlo y de los suyos.

El enperador era muy alegre de ver el grande ardimiento de Carlo y aquella noche mandó el enperador que otro día no torneasen más, que holgasen y descansasen porque mejor pudiesen vencer a sus contrarios, y así fue hecho. El enperador conbidó a todos los altos onbres por onrar más a Grimonte, y otro día Manfedro y el duque se fueron a las tiendas de Grimonte, el cual estava ya bien sano que pudiera tomar armas si quisiera, y halláronle muy ricamente guarnido de un manto borlado de piedras de gran valor y senbrado d'espinas como él lo acostunbrava, y Claudio asimismo estava maravillo[s]amente guarnido de un manto de seda [ver] de senbrado todo de eles de oro que mara[vi]llosamente parecía apuesto y de gran valor, y Damasio no menos qu'ellos se atavió. Todos cavallaron en sus cavallos y

entraron por la cibdad. Todos los que los vían eran maravillados de ver la fermosura de Grimonte y dezían: «Ese es el buen cavallero que guardó la puente y hizo tan estrañas cosas en armas allí». Y como llegaron al palacio apeáronse y salieron al gran palacio dond'estava el enperador y la enperatriz, y como ninguno no sabía nada sino el enperador maravillávanse de ver los cuatro cavalleros. Carlo luego lo conoció, y el enperador cuando los vio levanto^{159r} se a ellos por hazelles grande onra. Grimonte quería poner delante a Claudio. Él no lo consentió, y ansimismo Damasio. Grimonte hincó las rodillas en el suelo y demandó al enperador la mano para besárgela. El enperador la quitó afuera y abraçolo, y díxole:

—Grimonte, a tan buen cavallero como vós no es razón de dar la mano, que mucha onra merescéis por vuestro valor.

Grimonte se las tomó por fuerça y gelas besó, y luego llegó Claudio y Damasio y el enperador los rescibió muy bien y no les quiso dar la mano. Grimonte fue a besar las manos a la enperatriz, y como ella estava enojada d'él por lo que avía pasado con el enperador no lo rescibió tan bien como ella solía hazer a los buenos cavalleros. Lucida se maravilló de ver a Grimonte y todas las dueñas y donzellas que allí estavan. Carlo tomó consigo a Grimonte y todos los re[yes] que allí estavan lo onravan mucho por[***] [darle hizo] [***]. [El emperador dixo a Grimonte:

—Más alegre] ^{159v} soy agora de veros que no a la puente cuando la guardávades. Caramente compré yo y muchos buenos cavalleros que aquí están vuestra vista, mas ni por esto no dexaré yo de quereros mucho y de onraros, que los buenos así lo an de hazer de querer alcançar onra sobre todos si Dios se la quisiere dar.

Grimonte se omilló y respondióle:

—Cierto, señor, más caramente conpré yo de veros entonces que vós a mí. Buen testigo es Versinta, que me curó hasta alguna de las llagas que recibí, y las cosas qu'estavan aí manifestas no es de hablar en ellas, que a la vuestra alta bondad ninguno se igualó ni igualará en el mundo.

El enperador, que vido que Grimonte avía vergüença porque lo loava, callose, que no le quiso más dezir, mas habló en otras cosas. Grimonte le respon[dió] [***] ^{160r}. [***] y así todos los otros cavalleros con quien más deseavan. Grimonte y Claudio dançaron. Mucho fueron loados, y Damasio y Manfredro. El enperador dixo a Garfín cómo aquel cavallero era príncipe de Nápoles, que le parescía que devía de ser muy buen cavallero. A Garfín se le acordó de la reina y de todo lo que con ella avía pasado, y miró mucho a Damasio y paresciole que parescía mucho a su linage, y dixo en su coraçón: «No será mucho qu'este cavallero sea mi hijo según la parte que yo tuve con la reina», y díxolo al enperador, el cual se rio y respondiole:

—Bien puede ser que sea así como lo dezís, que mucho se os parece.

Y de allí adelante Garfín onrava mucho a Damasio por amor de su madre, mas no le dixo ninguna cosa porque vido que se quería encobrir. El enperador se le acordó entonces de Marsindo, su hijo, y rogó a Nuestro Señor en su coraçón que si bivo era que lo guardase y se lo dexase conocer.

A esta ora entró por el palacio Antipena con sus donzellas porque ella quiso conplir lo que a Carlo avía prometido en tienpo que Grimonte estoviesse allá, y como Carlo la vido luego la conoció y fuela a rescibir, que muy contento estava de sus sobrinas, y levola a la enperatriz y díxole:

—Señora, esta dueña es muy ^{160v} onrada y viene por serviros.

La enperatriz la rescibió muy bien y ella le besó las manos, y desque se sentaron Carlo rogó mucho a las donzellas que cantasen y tañesen, y ellas lo hizieron. La enperatriz y Lucida uvieron muy gran plazer de oír-l<o>[a]s y todos cuantos allí estavan. Lucida rogó a Antipena que gelas diese y ella lo hizo por servilla. Las donzellas fueron muy alegres por quedar allí. Todo aquel día estuvieron en gran fiesta hasta que fue ora de irse cada uno a sus posadas. Cuando [viola] Grimonte se despidió del enperador. Mucho pesar uvo el enperador, que bien quisiera que quedara con él, y díxole echándole los braços al cuello:

—Grimonte, yo terné por cierto lo que me avéis prometido de venir a verme y estar en mi corte. Porque yo sé en qué cae vuestro mal no quiero forçaros, pues es razón que sigáis la voluntad de quien os manda.

Grimonte le besó las manos y díxole:

—Señor, no quiera Dios que yo falte lo que os tengo prometido, pues yo gano más onra en veniros a servir que cavallero del mundo.

Y despidiose ansimismo de Carlo y de todos los otros reyes y fuese con sus compañeros a su tienda, y Antipena con él, que jamás tan enamorada d'él fue como entonces. Manfredro se fue aquella noche con ellos porque otro día avían de salir al torneo para adereçar ^{161r} las cosas que menester le eran. El enperador y todos cuantos avían visto a Grimonte dezían que en todo avía hecho Dios acabado a Grimonte, y quedavan muy pagados d'él y loávano a maravilla. Carlo le pesava de oír lo que d'él se decía.

[XXXIV]

Otro día Carlo se levantó, y después que oyó misa con el enperador luego se armó él y todos los cavalleros que avían

de ir a los torneos. La enperatriz y todas las dueñas y donzellas se fueron a los miradores. Carlo salió al canpo con más de seis mil cavalleros, todos muy buenos. Los estrangeros vinieron ansimismo, y el duque de Borbeña enbió a pedir por merced a Tardanir que le diese licencia para ir a los torneos, qu'él se guardaría muy bien, que avía vergüença de aver venido allí y no hazer cosa por onde onra ganase. Tardanir le dio la licencia a su despesar, y el duque fue muy alegre y vino a los torneos con muy ricas armas y cien cavalleros con él muy buenos. Y desde todos fueron juntos en la plaça el primero que ferió fue Maraxén, y encontrose con [el] almirante de Persia, a maravilla buen cavallero, y fueron con tanta fuerça los encuentros qu'el almirante fue a tierra. Maraxén pasó por él y fue a ferir en los ^{161v} que delante de sí halló, que todos eran moros de Albornín, y mesclase entr'ellos una fuerte batalla a su manera de los moros. Albornín començó de ferir en los de Maraxén, que fazía cosas estrañas, y halláronse anbos a dos los hijos de los dos soldanes y uvo entr'ellos una grande batalla de las espadas, mas Maraxén se defendía maravillosamente, que si no fuera por Tomedo, que los hizo partir, el uno d'ellos moriera.

Fidario hazía cosas estrañas dando golpes a unas partes y a otras, y como era grande de cuerpo hazía mucho daño en los contrarios. Carlo no se dava a vagar, que bien dava a conocer cúyo hijo era, que andava tan esforçado y ardid que era cosa estraña de verlo, que como avía visto al duque Danasín de Borbeña entrar en el torneo andávalo a buscar por todas partes, mas el duque se arredrava de donde lo vía, y por eso no dexava de ferir a los unos y a los otros, que bien avía derrocado más de ocho cavalleros. Y a esta ora qu'el torneo estava mesclado vino Grimonte y sus conpañeros al torneo,

los cuales traían todos armas verdes, las que Lecidora le avía dado, mas Grimonte no quiso dexar su escudo y las sobreseñales de la [estrella] qu'el avía hecho después que soñó el sueño de que vos contamos. Claudio ya llevaba las sobreseñales que vos diximos. ^{162r} Y entraron ayudar los estrangeros, que en los otros dos torneos avían levado lo peor, y como el enperador los vido luego los conosció y dixo al rey Petreo:

—Vedes allí a Grimonte. Agora podéis ver su bondad. Mucho me pesa qu'es contra los nuestros. No puede ser que no reciban daño.

Grimonte, como entró en el torneo, començó de ferir como aquel que lo sabía bien hazer, y al primero que encontró con su lança fue al príncipe de los Argos, y sacolo de la silla y dio con él grande caída, y tras él a Prontaleo, hijo de Garfín, y tras ellos a Frisios, hijo de Crionte. Y en él quebró su lança, y metió mano a su espada y començó de ferir tan duramente a los unos y a los otros que en poca de ora se hizo conocer. Todos le hazían camino por onde fuese. Y hasta allí parescía que andavan dormiendo, mas su venida los abivó de tal manera que pocos avía que osasen esperar sus duros golpes.

Claudio, antes que quebrase su lança, derrocó cinco cavalleros y metió mano a su espada y començó de ferir a todas partes, que era muy bivo y ligero. Damasio y Manfredro no hazían menos, que mucho fueron loados de lo que aquel día hizieron. Y como estos cavalleros entraron hizieron tanto que los de la parte de Carlo no los podían durar. Fidario, que lo vido, tomó una lança en la mano y dixo alta boz:

—En mal punto vinieron los de las armas verdes, si así á de pasar.

Y fue a encontrar a ^{162v} Damasio tan fuertemente que lo sacó de la silla y dio con

él tal caída que Claudio, que lo vido, pensó que era muerto, y crecióle tanta saña y ardimiento, y más desque lo conoció, que alzó el espada y diole tan fuerte golpe encima de la cabeça que gela hizo enclinar hasta la serviz del cavallo, mas prestamente llevó el galardón, que Fidario le dio tales dos golpes que Claudio mal se sentió. Y como era ligero guardose de allí adelante de recibir otros tales y diole tan fuerte golpe en el escudo. Como era la espada muy buena cortole ya cuanto d'él y decendió al brazo y hízole una gran llaga, tal que Fidario no pudo enbraçar el escudo, y con ravia iba a tomar con la otra mano por el escudo de Claudio, mas él se quitó afuera y diole tal golpe encima del yelmo que gelo cortó con la media quijada. Fidario, con el dolor, cayó en tierra, y Claudio, desque lo vio así, fue muy alegre, y comienza de dar golpes a los unos y a los otros, y vido a Damasio qu'estava ya levantado y quería cavalgar en su cavallo. Dos escuderos de Fidario sacáronlo del torneo, que muy malferido iba, y Carlo con grande pesar se quería morir y comenzó a hazer maravillas, y encontrose con Manfredro y quebraron sus lanças, y otro mal no se fizieron.

Grimonte andava por el torneo a su voluntad, que no avía aí tal que sus pesados golpes osase esperar. ^{163r} Maraxén, que le vido hazer cosas tan estrañas, tomó una lança y fue a encontrar a Grimonte con tanto ardimiento que si no fuera de tanta fuerça cayera en el suelo, y hízole una llaga pequeña. Grimonte, que se sentió herido, crecióle ira contra él, y alzó el espada y diole tan pesado golpe encima del yelmo que no le prestó, y hízogelo dos partes, y la espada llegó a la carne y hízole una gran llaga, tal que Maraxén, desacordado, cayó del cavallo, y fuele bien qu'estavan allí algunos de los suyos que lo sacaron de la priesa. Benarín, hijo del rey Aliastro, y Lizaher, hermano

del rey Petreo, que vieron cómo Grimonte avía derrocado a Maraxén tan malamente herido, pesoles de corazón, y ambos a dos fueron contra él y comenzaronle de ferir de muchos golpes por todas partes, mas como lo avían con aquel que par de bondad no tenía prestamente se libró d'ellos, que dio a Benarín tal golpe en un brazo que le hizo caer la espada de la mano, que no pudo más dar golpe en aquel torneo, y aquejó tanto a Lizaher que lo sacó fuera de sentido y cayó de su cavallo. Grimonte les dixo:

—Otra vez no acometeréis a ningún cavallero juntos, que no es de hazer a ningún buen cavallero.

Y diziendo esto comenzó de dar golpes a cuantos delante de sí hallava, y andando así vido a Claudio, qu'estava cercado de muchos cavalleros de Fidario que lo aquexaban malamente por vengar a su señor, mas él se defendía tan bivamente que pocos se ^{163v} osavan a él allegar. Grimonte los acometió con tanto ardimiento que los hizo arredrar mal su grado y derrocó d'ellos seis cavalleros. Claudio, que vido a Grimonte cabe sí, hizo tales cosas que los que lo aquejaban fueron todos arredrados y uvieron por bien de dexarlo.

El rey de Ungría vino contra Grimonte por se provar con él, que no diviera, y diole tales tres golpes que Grimonte mal se sentió, mas presto le dio el galardón, que lo acometió con tanto ardimiento y fuerça qu'el rey cayó malherido. Carlo, que así lo vio, uvo gran pesar y dixo:

—Este cavallero no es aún contento de desonrar a nuestros <a> amigos.

Tomó una lança y fue contra Grimonte, y encontrole en el escudo tan fuertemente que gelo falsó, mas no la loriga, que era buena. Grimonte perdió [una estribera], y como vido que era Carlo no quiso ir contra él a ferirlo, mas alzó el espada y dio a Torresano,

hijo de Ursino, duque de Amenón, tal golpe que dio con él en el suelo y fuese adelante haciendo maravillas, qu'el enperador y todos sus hermanos eran maravillados d'él. El enperador bien vido que no quiso ir contra Carlo y agradesciógelo mucho. Carlo vido al duque de Borbeña que avía derrocado a Lupidio, hijo de Nardín, y metiose luego entre los suyos. Carlo no quiso curar d'él por entonces por más le asegurar y tomarlo a su voluntad, mas fue todo encendido en ira y tomó una lança y fue a encontrar a Albor^{164r}, que le avía visto hazer maravillas y matar tres cavalleros y ferido muy malamente a Andandil, hijo de Laurelio, rey de los grutes. Y encontrele tan poderosamente que lo sacó de la silla y dio con él muy grande caída, y pasó por él y començó de ferir con grande ardimiento, mas no le valió nada, que Grimonte y sus conpañeros aquexavan tanto a los cortesanos que no los podían durar, y començaron de bolver espaldas. Y después que Albornín tornó a cavalgar sacó su espada y començó de ferir tan bravamente que no avía onbre que lo viese que no se maravillase del gran daño que hazían, y ansimismo el duque de Borbeña, y hazían tales cosas con el grande esfuerço que vieron en Grimonte que por mucho poder que uvo en Carlo [no pudo evitar que] los de su parte que no perdiesen el canpo. Allí viérades hazer maravillas a Carlo, que muchas vezes se quiso combatir con Grimonte, mas él no se curava d'él. El duque Florencio se combatió con Damasio y diéronse muy esquivos golpes, que maravilla era ver su batalla, mas el duque, de que vido ir a los de su parte tan arredrados, uvo de dexar la batalla por ir a socorrellos. Ducio derrocó a Polidantes, que aquel día avía sido muy buen cavallero. Grimonte aquexó de tan duros golpes a los contrarios que hasta meterlos por la puerta de la cibdad no los dexó. El enperador, que

vido que ya no tenían remedio los de Carlo de tornar a cobrar el canpo, hizo sonar las tronpas y ^{164v} luego todos los estrangeros se quitaron afuera, que todos estavan muy alegres porque avían vencido el torneo.

Grimonte y sus conpañeros se juntaron todos cinco y encubiertamente se fueron a sus tiendas y desarmáronse, y Versinta les curó de las llagas. Manfredro venía algún tanto malherido porque se metía en las mayores priesas que hallava por se hazer conocer a sus contrarios. Claudio estava demasiadamente alegre por aver vencido a Fidario, y así estavan todos muy contentos. El enperador dixo al rey Petreo:

—Amigo, ¿n'os dixe yo que por vuestra desonra venía Grimonte al torneo? Cierito, cosa maravillosa es de ver su bondad, que jamás quiso ir contra Carlo, mucho gelo gradesco.

Y fuese para la cibdad y co[mo vio a Fi]dario, que lo sacaron del torneo tan mal, fuelo luego a ver y hallolo tan maltrecho que era cosa estraña de ver. Tenía toda una quexada hasta la oreja derrocada y todas las muelas de aquella parte se le arrancaron, y la ferida del braço era muy peligrosa. Los maestros lo estavan curando. Fidario se dexava morir con pesar. Cuando tal se vido perdió la esperança de lo qu'él tanto deseava, mas el enperador lo consoló mucho. Y desqu'estuvo con él una pieça fue a ver a Maraxén, qu'estava malherido, y desdeque vio a ^{165r} otros cavalleros qu'estavan malheridos vínose al palacio y halló a Carlo ya desarmado y a todos los noveles muy tristes por lo que les avía acontecido. El enperador dixo a Carlo:

—Hijo, mucho tenéis que agradecer a Grimonte que no se quiso combatir con vós. Si agora él venció el torneo otro día lo venceréis vós. Y mando que de aquí a cuatro días no aya torneo por amor d'estos

cavalleros qu'están tan malheridos.

Y aunqu'estavan todos triste[s] hízose [a] la noche gran fiesta, mas tanto quanto estavan todos enojados era alegre Lucida cuando oyó dezir al enperador de la m<e>[a] nera qu'estava Fidario, que por muy cierto tenía qu'el enperador no la casaría con él, pues tal era parado. Albornín era maravillado de la bondad de Grimonte y dezía a todos que nunca viera tal cavallero:

—Que por cosa del mundo yo no me dejaré de me provar con él. Si d'él pudiese aver lo mejor terníame por bienaventurado, que a mí no me da más ser con los unos que con los otros con tal que pueda hazer mal a los cristianos.

Y así estuvieron todos aquellos cuatro días hablando en el torneo. Todos davan el loor a Grimonte. Claudio no pensava en otra cosa sino en Lucida, cómo le haría saber que era su cavallero, y estándole curando Versinta díxole:

—¡O, mi amiga, si vós me pudiédesdes hazer un servicio todos los días de mi vida os lo agradecería y sería vuestro para hazer por vós todo lo que pudiese!

Versinta ^{165v} le respondió:

—Señor Claudio, mientras Grimonte mi señor fuere bivo yo no é menester ayuda de naide sino d'él, mas por el gran de amor qu'él os tiene y vós le tenéis no ay cosa en el mundo, por cara que sea, que yo no la haga por vós.

Claudio gelo gradesció y díxole:

—Pues así es, ruégovos, mi amiga, que vais a ver a Risená y a su hermana, que quedaron con Lucida, y hagáis tanto que beséis las manos a Lucida por mí y le digáis que le pido por merced que en galardón del servicio que le hize en estorvar que Fidario no casase con ella me reciba por su cavallero, pues yo todos los días que yo biviere no seré de otra sino suyo, pues ella tiene el señorío

sobre mi coraçón, que agora no l'enbíó a dezir quién soy, mas [en] tanto que yo sea en mi tierra yo gelo haré saber porque tenga esperança en la su mesura que conosçerá el deseo que de servilla tengo.

Y como esto uvo dicho quedó fuera de su sentido teniendo delante de sí la fermosura de Lucida. Versinta uvo duelo d'él y prometió de hazer lo qu'él demandava, y partiose d'él y dixo a Grimonte que quería ir a besar las manos al enperador, que gelo avía prometido. Grimonte le dixo que fuese, y ella se vistió muy ricamente y tomó a Olinor su hermano consigo y a otros tres escuderos. Y fuese a Costantinopla, y llegando a los palacios del ^{166r} enperador fuese derecha-mente a dond'él estava, y hincó las rodillas delante d'él y pidiole las manos para besárgelas. El enperador no la conocía bien, que la avía visto poco, y díxole:

—Donzella, dezidme quién sois, que hasta saberlo no vos daré las manos.

Versinta le dixo:

—Señor, yo soy criada del buen cavallero que guardava la puente, e yo soy la que os curé entonces, y vengo a conplir lo que prometí, porque no sé cuándo Grimonte se querrá partir d'esta tierra.

El enper[a]dor la recibió muy bien y abraçola con mucho amor, y díxole:

—Donzella, bien creo que será escusado rogaros que quedéis en esta tierra y dexéis a Grimonte, pues tanto afán lleváis en servillo.

Versinta le dixo:

—Muy poderoso señor, todo el afán y trabajo que yo recibo de servir a Grimonte es a mí gran gloria, que por ningún príncipe del mundo yo no dexaría a él, que mucho me tengo por onrada en ser suya.

—Mucha razón tenéis —dixo el enperador— de hazello, así que mucho merescéis aver a la enperatriz, que mucho plazer avrá con vós.

El marqués Ducio la tomó por la mano y la llevó de la enperatriz, y quitó una muy gruesa cadena que traía al cuello y diola a Versinta, y díxole:

—Amiga, nunca vos di galardón de lo que me servistes. Ruégovos que trayáis esta por mí.

Versinta se le omilló. El enperador enbió a dezir a la enperatriz que ^{166v} diese aquella donzella alguna cosa porque lo aví[a] servido. La enperatriz la recibió muy bien y habló con ella muchas cosas de Grimonte pescudándole quién era. La donzella no le supo dezir más de lo que sabía. La enperatriz dixo:

—Maravilla es de tan buen cavallero no saber cýo hijo sea.

—Cierto, señora —dixo Versinta—, no puede ser que no sea de alta guisa según sus maneras.

La enperatriz dixo:

—Mucho lo loan todos los que lo conocen, e yo por el enojo que d'él tenía no le hize la onra que era razón, ni aun solamente le miré.

—¡Ay, señora! —dixo Versinta—. No tenga la vuestra merced tal enojo, que no ay en el mundo a quien él tanto desee servir como a vós.

La enperatriz le mandó dar unas ropas de gran valor suyas. La donzella le besó las manos y dixo que quería ir a besar las manos a Lucida, y una donzella de la enperatriz la levó a la cámara de Lucida. Risen a y su hermana, como la vieron, recibieronla con grande alegría y dixerón a Lucida quién era. Ella la recibió muy bien, como era muy mesurada, y como las donzellas estavan hablando las unas con las otras Versinta vio que podría dezir a Lucida lo que Claudio le mandó, y díxole muy paso:

—Bien soy cierta, señora, que según vuestra mesura no me culparéis por tener

atrevimiento de deziros lo que me es mandado. Señora ^{167r} hermosa, un cavallero que vistes en compañía de Grimonte y os besó las manos por fuerça os enbía a pedir por merced que en pago de aver estorvado que Fidario no tuviese tanto atrevimiento de demandaros al enperador por muger le hagáis tanta merced que por vuestro cavallero lo queráis recibir, y no quiere enbiaros a dezir quién es hasta que torne a su tierra, y desde allí os <lo> hará, señora, saber su nonbre y quién es. Porque él supo el grande enojo y pena que recibíades con la vista de Fidario él hizo tanto que os lo quitó [de] delante, y él es tal parado que jamás osará parescer delante de vós. Y esto hizo él por serviros, qu'es la cosa del mundo qu'él más desea.

Lucida, cuando oyó dezir esto a Versinta, tornó colorada como una rosa de la alteración que rescibió y estuvo callada una pieça, que no sabía qué responder, si fuese con enojo si sería desmesurada con aquel que tanto le servió, y pensó que no podía ser sino cavallero de alto linaje, pues a tanto se avía atrevido d'enbiar a dezir, y aseosegose lo más que pudo y respondió:

—Donzella, si yo uviera de mirar a vuestro grande atrevimiento diérais la pena que merescíades, mas quiérome sufrir porque seríades forçada de aquel que acá os enbió. No quiero yo negar que no rescibí gran plazer del mal que Fidario rescibió, que mucho me aborrescía la vista d'él, mas no sé ^{167v} qué cavallero puede ser <eser> ese que tanto cuidado tomase de mi enojo. Mucho atrevido es de hazer servicio a quien no lo conosce.

—Señora —dixo Versinta—, el cavallero es de tanta bondad y de tan alta guisa como aquel qu'es hijo del mayor príncipe que ay en el mundo después de vuestro padre, que no es mucho que su coraçón fuese otorgado en serviros y vuestro enojo le diese a él

grande pena. Después que sepáis quién él es bien cierta soy que no culparéis a mí por deziros esto ni a él por tomar osadía de llamarse vuestro, que no quiere otro galardón ni merced de vós sino que lo rescibáis por vuestro cavallero.

Lucida, que así oyó hablar a Versinta, bien entendió qu'ella avía pensado verdad, qu'el cavallero era de alto linaje, y díxole:

—Donzella, pues ese cavallero que dezís no quiere más galardón del servicio que me hizo de ser mi cavallero digo que yo lo recibo por tal, que quien dio tanto descanso a mi coraçón no es razón de serle desagradescida. Y vós os podéis ir y dezilde que yo le agradezco mucho lo que por mí hizo, que hasta saber quién él es no seré alegre, que no lo tarde porque yo pueda con más razón alegrarme.

Versinta le besó las manos y no quiso más enojarla, y despidiose de las donzellas y tornose por onde avía venido. Claudio estava esperándola fuera de las tiendas, y como la vio mirola por ver si venía alegre ^{168r}, porque en su respuesta estava su vida o su muerte, y quando la vido de tan buen continente mucho fue alegre, y fue a ella a recibilla y díxole:

—¡Ay, mi amiga Versinta, dezidme por Dios si mi vida es segura o si á de ser mi muerte tenprana!

—No quiera Dios, Claudio, mi señor, que vuestra muerte sea tan presto, mas que biváis el más alegre que cavallero en el mundo ay, pues <pues> avéis alcançado lo que tanto por vós era deseado. De aquí adelante os podéis llamar Cavallero de la Flor de Hermosura, que tal es Lucida, que jamás mis ojos vieron hermosura que a la suya se igualase.

Claudio fue tan fuera de sentido quando oyó a Versinta lo que decía que apenas se pudo tener en sus pies.

—¡Ay, mi amiga —dixo él—, ruégovos que me digáis si es verdad lo que me dezís!

—Verdad es, señor —dixo ella—, que yo no vos dería mentira por cosa del mundo.

Y fuéronse a la tienda y contole todo cuanto con Lucida avía pasado y la respuesta que le dio. No vos podría onbre contar la alegría de Claudio, que era tornado como onbre fuera de seso de plazer, y dava muchas gracias a Nuestro Señor y abraçava dos mil vezes a Versinta, y luego lo fue a contar todo a Grimonte, que mucho plazer recibió del plazer de Claudio. Y estando todos hablando en el torneo, que otro ^{168v} día avía de ser, estando todos juntos entró por la puerta un escudero del rey de Nápoles y hincó las rodillas delante de Damasio y díxole:

—Mi señor Damasio, mucho soy alegre de hallaros <sa muy alegre> y al buen cavallero Grimonte, porque mucho sois menester. Leed, señor, esa carta, y veréis lo que vuestro padre vos enbía a dezir. Y vós, señor Grimonte, tomad esta qu'el rey vos enbía como aquel que os tiene en lugar de hijo.

Ellos abrieron las cartas y liéronlas, y fueron anbos turbados, y Grimonte habló primero quando vido que Damasio estava muy triste y díxole:

—Señor Damasio, no es menester de mostrar aquí enojo, mas que pongamos en obra nuestra partida quando pase mañana, que yo'spero en Dios que por su mal á comenzado Cardacio, príncipe de Chiple, lo que á hecho.

Sabed que lo que en las cartas venía era que les hazía saber el rey cómo Cardacio, después que supo que Damasio era partido de Nápoles, él mismo pasó a la bervería a demandar ayuda al rey de Tremecén y a otros reyes moros, grandes señores, que le ayudasen a ir contra el rey de Nápoles, qu'él haría tanto qu'él les daría todo el reino en las manos. Y esto hizo él por se vengar de

la muerte de su tío, que Garfín mató, y de la muerte de Peledo el Salvaje, que Grimonte mató en Roma porque acusava de traición a Damasio. Como él partió de Roma tan desonradamente buscó todas las maneras que pudo para destruir al rey de Nápoles. El rey de Tremecén tenía un ^{169r} hijo que maravillosamente era buen cavallero y deseoso de guerra, el cual se llamava Ruaxén, y como vido a Cardacio plúgole mucho y rogó a su padre que le diese gentes, qu'él quería pasar a Nápoles y ayudar a Cardacio. El rey lo hizo por su ruego y hizo juntar a todos sus cavalleros y a otros muchos sus amigos, y embarcaron todos en fustas y naos que de Chiple l'enbiaron allende de las qu'ellos tenían. Y pasó Rua<j>[x]én con cuarenta mil cavalleros a Chiple y Cardacio con todos los más que pudo aver, y juntáronse todos y fueron a poner cerco sobre la cibdad de Nápoles, y cercáronla por mar y por tierra. El rey estava ya avisado d'esto y metió muchos buenos cavalleros dentro y viandas que le bastarían un año, y hízolo saber al rey de Francia y a otros sus amigos, y enbió luego aquel escudero que avéis oído a hazello saber a Damasio y a Grimonte diziéndoles que agora le era menester la su ayuda y que los sus duros golpes allí s'enprearían muy bien contra los enemigos de nuestra santa fe y otras cosas que movieron a piedad a Grimonte. Y esforzó mucho a Damasio y díxole qu'él demandaría ayuda al rey de Bohemia y a Lecidora, que creía que gela daría y llevaría tal ayuda que hiziesen alçar real mal su grado de los moros. Damasio se alegró con esto y perdió todo ^{169v} pavor, mas rogó mucho a Grimonte que otro día no fuese al torneo porque no aconteciese cosa por onde allí mucho se detuviesen, que gran daño sería. Grimonte le respondió:

—Por cosa del mundo no dexaré de verme otra vez con estos griegos, que me

paresce que no avemos hecho nada. Guarémosnos todos lo mejor que podiéremos, que Dios nos ayudará, y luego, como nosotros seamos idos al torneo, el mayordomo de Lecidora y sus escuderos alcen las tiendas y lleven todo cuanto aquí tenemos a la nao y las donzellas se vayan luego. Y vós, mi señor Damasio, con los que quisieren ir con vós, así como salierdes del torneo idvos a la nao y alçad velas, y idvos derechamente a dond'está el rey de Bohemia y dezilde [de] mi parte a Lecidora que le pido por merced que me dé toda la ayuda que pudiere para que vayan con nosotros, y aparéjense naos para en que vaya la gente. Mientra que yo voy esté todo aparejado, que sabed que yo no iré d'esta tierra hasta que tome vengança de un cavallero que desonró malamente a Lantina cuando me venía a buscar, y así como el torneo fuere acabado luego me partiré con ella. Y la nao en qu'este escudero vino váyase al puerto de [***] y allí m'espere, que cuanto yo vea al cavallero luego me partiré y seré con vós lo más presto que yo pudiere.

Damasio tuvo por bien lo que Grimonte dezía porque no podía salir de su voluntad. A Claudio le pesó por se partir tan presto de allí por amor de su señora, mas ^{170r} como vido que era cosa de tanta nescicidad sofriose, y tanbién por ir a ver a su padre y pedirle por merced que lo pusiese en tal estado qu'él pudiese enbiar a demandar por muger a Lucida, porqu'el mensagero le dixo qu'el príncipe de Calabria, su tío, era muerto, y que le avía mandado toda su tierra. Con estas nuevas pensó él de alcançar lo que deseava y dixo a Grimonte qu'él iría con él a donde quiera qu'él fuese, que no se partiría d'él. Manfredro dixo otro tanto, pues que era venido a buscallo y lo avía hallado, que por cosa del mundo no se partería d'él. Grimonte gelo agradesció y mandó a Polidantes que fuese con Damasio, y aquel día concertaron

todos sus fechos y començaron de llevar a la nao todas las cosas que allí tenían. No vos podría onbre dezir el pesar que Antipena uvo cuando supo que Grimonte se quería partir y sus conpañeros, y estando sola en su cama començó de llorar muy fieramente y dezía:

—¡O, malaaventurada de ti, Antipena! ¿En quién posiste tan afincado amor, con quien jamás se acordará de ti? No lo verás de tus ojos. Más te valiera morir, porque agora no se p'escusa morir muy cruelmente. Y solamente no podiste alcançar de tenerlo en tus braços, y aunque a mí sea gran vergüença no dexaré de acometerlo y a mí será tan piadoso según su mesura que me levará consigo o prometerá de venirme a ver.

Diziendo ^{170v} esto levántose y cubrió un manto, y fuese sola a la tienda de Grimonte y sentose cabe la cama, y començó de tremer con vergüença y cuita que avía, y començó de hablar y dezía muy paso:

—¡Ay, cativa de mí! ¿Cómo despartaré a Grimonte? Que vergüença será <será> la mía de acometelle yo, pues él a mí nunca me dixo desmesura ni me á dado a entender que me ama. No sé qué remedio tenga para valirme de tal cuita.

Y començó de llorar. Grimonte, que no dormía pensando en su hazienda, si por ventura la guerra de Nápoles l'estorvaría que no fuese a ver a su señora tan presto como él deseava, oyó lo que Antipena dezía y pesole mucho, y no sabía qué hazer para librarse d'ella y acordó de llamar a Versinta, que dormía en su tienda con la donzella que lo avía venido a buscar. Començó de llamar apriesa a Versinta, la cual se levantó muy aína y vino a ver qué quería. Grimonte le dixo:

—Amiga, acorredme con alguna cosa, que gran d<a>[o]llor tengo en el corazón. Encended una candela, que mucho es menester.

Antipena, que lo oyó, fue muy triste y sallyose de la tienda por no ser vista, mas poco le aprovechó, que Versinta y la otra la vieron. Como Versinta era de gran seso luego conosció por [qué] Grimonte avía llamado y salió tras Antipena, y díxole:

—Mi señora, ¿qué buscáis a tal ora sola?

Antipena iva tal que no le pudo responder y fuese a su tienda, y Versinta tornó a Grimonte y díxole:

—Mi señor, bien creo que vuestro mal ya se á quitado, que no será menester de poneros melezina.

—Verdad dezís —dixo Grimonte—. ^{171r} Ruégovos que vais a la tienda de Antipena y estéis con ella fasta que sea de día porque no le acontezca algún mal según va enojada.

Versinta lo hizo luego y hallola echada sobre su cama sin ningún sentido. Versinta la tomó en sus braços y llamó las otras donzellas que traxesen candela. Ellas lo hizieron luego y halláronla tal como muerta, y començaron de llorar y dar grandes gritos, a los cuales Antipena tornó en sí y estuvo gran pieça que no habló. Versinta la consolava mucho, mas no aprovechava nada, que <a> así estuvo hasta que fue de día que todos se levantaron. Grimonte hizo dezir misa para se luego armar e ir a los torneos y sus conpañeros con él, y después que uvieron comido, antes que se armasen, Grimonte tomó consigo a Claudio y Damasio y fue a ver a Antipena, qu'estava echada en su lecho. Cuando ella los vido alegróse algún tanto. Grimonte le dixo:

—Señora Antipena, mucho me pesa porque no podemos aquí estar para servirnos en vuestra dolencia. Ruego a Dios qu'él vos agradezca la grande onra y servicio que nos avéis hecho. Si plaze a Dios yo tengo de tornar a esta tierra muy presto. Entonces avré lugar para galardonaros lo que por mí avéis hecho, que agora no se puede escusar

nuestra partida. Estos cavalleros y yo vamos por vuestros a donde quiera que Dios nos quiera guiar.

Antipena, que oyó hablar de la partida, que era tan presta, enflaqueciole el corazón con pesar, y lo mejor que pudo dixo:

—Grimonte, quiera Dios que en mejor ora partáis vós de aquí ^{171v} que yo partí de mi casa, que jamás entiendo de tornar a ella. Quién á sido la causa d'esto yo lo sé y no quiero culparle, mas a mí misma, que fue la causa de mi mal.

Y no pudo más dezir. Claudio la consoló mucho, que bien entendió su mal, y porque era ora de ir al torneo no se pudieron allí detener y despidiéronse d'ella y armáronse todos, que ya Manfredro era venido de despedirse del duque y a rogalle que otro día le desculpase del enperador y que le dixese que su partida avía sido tal que no se pudo d'él despedir. Y armáronse todos cinco, y mandaron a los escuderos que alçasen luego de allí las tiendas y fuéronse ellos por los torneos.

[XXXV]

Mucho andava triste Carlo porqueavía sido vencido el torneo por Grimonte y rogava a todos los cavalleros que fuesen aquel día tales que se pudiesen vengar. El rey Petreo le prometió de ir a los torneos, y Rastín, rey de Tracia, y Crionte, rey d'Esperte, y Ursino, duque de Amenón, y otros muchos cavalleros que no avían sido en los otros tres torneos. Y como el enperador y la enperatriz fueron en los miradores Carlo salió con muchos buenos cavalleros al canpo, y ya estaban de los estrangeros enemigos más de cinco mil cavalleros. El conde de Re^{172r}dón salió. Salió de la parte de Carlo el primero de los estrangeros, el conde Angriste, que era uno de los buenos

cavalleros que se pudieran hallar, y diéronse tan poderosos golpes en los escudos con las lanças que anbos a dos cayeron a tierra, mas luego fueron levantados y cavalgaron en sus cavallos y comiençan de ferir con grande ardimiento. El duque de Ofada y el duque de Galace s'encontraron muy poderosamente con sus lanças y fueron quebradas en pieças. El duque de Galace fue herido, y a esta ora se mesclaron todos y veriades muchos cavalleros caer por tierra de la una parte y de la otra. Carlo començó de hazer maravillas por cobrar lo pasado. Siete cavalleros derrocó antes que quebrase su lança.

El rey Petreo y los otros dos reyes hazían tales cosas que los noveles s'espantavan d'ellos, mas vínoles bien a los estrangeros, que Grimonte llegó con sus compañeros y traían las armas bermejas que Lecidora les avía dado. Claudio llevaba las sobreseñales de eles por onde su señora lo conoció y mucho miró por ver qué le vía hazer de allí adelante. Y como estos cavalleros llegaron al torneo luego se conoció la mejoría que avían los estrangeros, que Grimonte firió tan bravamente a los que delante de sí halló que no le podían durar a los sus muy duros golpes, que en poca de ora derrocó a tantos que maravilla era a quien lo mirava. Claudio s'encontró con Ursino, duque de Amenón, tan duramente que Ursino fue a tierra, y Manfredro s'encontró con Torresano, su hijo, y anbos a dos fueron a tierra, mas Manfredro se levantó muy li^{172v}gero y fue a cavalgar en su cavallo, y començó de dar golpes a los unos y a los otros, que caro <gora> conpraron su caída. Carlo s'encontró con Damasio con tanto ardimiento que quebraron sus lanças y pasaron por sí. Grimonte andava haziendo maravillas. El rey Petreo tomó una lança y fue a él, y Grimonte cuando lo vio venir tomó otra y encontráronse con tanto ardimiento qu'el rey Petreo quebró su lança

y fue fuera de la silla por las ancas del cavallo del fuerte golpe que Grimonte le dio. Rastín, que lo vio, dio a Grimonte tan grande golpe por encima de la cabeça que la lunbre de los ojos le hizo perder, mas no se fue mucho alabando, que Grimonte le dio tales dos golpes que le hizo perder los sentidos, y perdió la rienda del cavallo y cayó en tierra. Crionte s'encontró con Polidantes, que lo vio andar muy esforçado, y dio con él del cavallo en tierra y Crionte perdió una estribera. Albornín, que se avía pasado de la parte de Carlo, andava haziendo cosas estrañas por se igualar a la bondad de Grimonte, y encontrese con Manfedro y diéronse tales encuentros que Manfedro fue a tierra todo atordido. Grimonte, que lo vido, tomó una lança, y fue para Albornín y díxole:

—Vós, don cavallero, andas mudando señores: una vez sois de una parte y ora de otra.

Albornín, que lo conosció por las armas, tomó una lança muy gruesa y asentose en su silla, y dixo:

—Si yo, don cavallero, ando mudándome, no es por otra cosa sino ^{173r} por vuestro mal.

Y deziendo esto abajó la lança y vino a encontrar a Grimonte con tanta fuerça que le hizo perder las estriberas y abraçarse a la cerviz del cavallo, mas él l'encontró tan duramente que armadura que traxese no le prestó qu'el fierro de la lança no le metiese por el cuerpo, que pareció de la otra parte y dio con el muerto en tierra, y pasó adelante haziendo cosas estrañas, que de un golpe que dio a Tomedo lo hizo venir a tierra. Claudio s'encontró con Prontaleo y diéronse muy fuertes encuentros, y quebraron sus lanças y pusieron mano a sus espadas, y uvo entr'ellos una gran batalla, mas Claudio llevaba lo mejor, y partiólos Dalirpe, su hermano de Prontaleo, que a maravilla era buen

cavallero, que con el duque de Borbeña se avía conbatido y llevó lo mejor d'él.

Carlo, como vía que Grimonte hazía tales cosas [que] los suyos perdían el canpo, tomó una lança y fue muy airado contra Grimonte deziendo:

—Yo moriré o quitaré este cavallero del mundo, que vino acá a desonrarnos.

Grimonte, que lo vido venir, que ya por tres vezes se avía en aquel torneio escusado de no se conbatir con él ni darle golpe, dixo:

—Ya no me podré sofrir que no arriedre de mí este cavallero, que tanta gana tiene de probarse conmigo.

Y tomó una lança [de] Dalvides, su escudero, que de contino andava cab'él, y vino a encontrar a Carlo, que para él vinía, y encontráronse tan poderosamente que Carlo fue a tierra ^{173v} en el suelo, qu'estuvo gran pieça esmorecido de la gran caída que dio. El duque Florencio, que lo vido, alçó el espada y dio a Grimonte con toda su fuerça tales dos golpes qu'el yelmo le abolló. Grimonte, que mal se sentió, herio[lo] tan duramente por encima del yelmo que las enlazaduras le hizo quebrar y quedole desarmada la cabeça. Cuando tal se vido metiose entre los suyos. Carlo, qu'estuvo así una pieça, levantose muy vergonçoso de lo que le aconteció y tornó a cavalgar en su cavallo, y con su espada en la mano hazía cosas estrañas, que a más de seis cavalleros derrocó en el suelo muy malamente heridos, y andava tan corajoso que por su mal l'esperava cavallero. Y andando así vido al duque de Borvena, que avía derrocado a Frisios, y tomó una lança y fue contra él muy bravo. El duque uvo vergüença de no esperallo y tomó otra muy buena y viniéronse a encontrar en sus fuerças. El duque falsó el escudo a Carlo y la loriga y firiolo muy malamente, mas Carlo lo ferió a él con tan grande ardimiento que le metió la lança por el pecho y el troço le

quedó metido. El duque, que se sentió mortalmente ferido, sacó el espada y dio a Carlo un gran golpe en el brazo que le hizo una gran llaga, y luego cayó en tierra muerto. Carlo quedó tan malherido que si no fuera por el rey Petreo que lo tuvo cayera en el suelo, y luego lo sacó del torneo y fuese con ^{174r} él a la cibdad. El enperador, que lo vio, no se pudo sufrir sin ir luego a verlo, y la enperatriz y Lucida fueron todas turbadas, mas más lo fue Tardanir, qu'estuvo una ora amortecida cuando vido al duque caer muerto. Orxenía, su madre, la tomó en sus brazos y llorava muy fuertemente, que no sabía la causa de su mal, y cuando tornó en sí y abrió los ojos y vido a su madre díxole:

—¡Ay, mi señora, cuán grave m'es dexar la vuestra compañía! Que, cierto, según mi gran dolor no entiendo de bevir ni lo quiero, pues por mi causa es muerto el mejor cavallero del mundo.

Y tornose otra vez amortecer. La enperatriz no sabía qué hazerse, si ería a ver a su hijo si estuviese allí con Orxenía, y mandó a Lucida que quedase con ellas y ella ería a ver a Carlo. Y luego cavalgó, y cuando llegó a los palacios era ya Carlo desarmado y curávanlo los maestros, y halláronle muy peligroso y por eso pidieron por merced al enperador y a la enpelatriz que se fuesen de allí, y echáronlo en su lecho y no consentían a naide que lo viese, mas él estava tan alegre por aver muerto al duque que no sentía su mal. Lucida consolava mucho a Tardanir, mas consuelo no le aprovechava, y tomáronla dos cavalleros y lleváronla a los palacios, y luego Lucida se fue de allí.

Grimonte aquejó tanto a los de Carlo con todos los estrangeros que se pusieron en ven^{174v} cimiento los de Carlo. Grimonte y sus compañeros salieron escondidamente. Damasio y Polidantes se despidieron de Grimonte y se fueron a la nao. Grimonte

y Claudio y Manfedro tomaron su camino para el castillo de [Alinbor] y hallaron a Versinta y a Lantina que los estavan esperando, las cuales estavan muy mal espantadas de lo que les avía acontecido, y como se fueron a despedir de Antipena y ella supo que ya Grimonte era partido uvo tanto dolor que no pudo más hablar, y antes qu'ellas partiesen murió y contáronlo a Grimonte, el cual uvo mucho pesar. Claudio dixo:

—Cierto, señor Grimonte, más quería yo si fuese donzella la vuestra ayuda demandándosla que no vuestro amor, que tan cluel sois para aquellas que os aman.

Grimonte no respondió, que muy triste iba, y así anduvieron dos leguas y hallaron un castillo de un cavallero viejo que muy bien los recibió y los hizo desarmar, y Versinta los curó de las llagas que llevavan, que Grimonte bien llevaba cuatro, mas eran pequeñas; Carlo le hizo la una. Y fueron muy bien servidos de todo lo que menester le fue y echáronse en sus lechos y reposaron del gran trabajo que avían avido. Y a la medianoche vino un cavallero que era hijo del uésped, que era muy buen cavallero mancebo, y como vido las armas de los cavalleros conosciolas y dixo: ^{175r}

—¡Santa María, valme! Estas son las armas del mejor cavallero del mundo y de sus compañeros, que yo le vi oy hazer tales cosas que otro cavallero no las pudiera hazer, que fue aquel que por sus fuerças venció el torneo y el otro que se hizo oy á cuatro días. Es aquel que guardó la puente y tantas cosas estrañas que allí hizo. Mucho soy alegre por aver venido aquí a aver su amistad y conoscerlo.

El uésped, padre del cavallero, fue muy alegre cuando supo del hijo aquellas nuevas y túvose por bienaventurado de avelle hecho onra en su casa.

[XXXVI]

[M]ucho era triste el enperador por lo que avía acontecido en aquellos torneos, porque Carlo era tan malherido. La enperatriz estava por esto tal que no vos podríamos dezir su gran pesar. El enperador no se osava partir d'ella, y mandó a sus hermanos y a todos los otros grandes señores que fuesen a onrar al duque de Borvena y el rey Angrite de Macedonia, qu'estava con él haziendo tan gran duelo como si fuera su hermano, y retraía sus grandes bondades y dezía que en mal punto fuera muerto tan buen cavallero. Y un tío del duque, cavallero muy onrado, que avía venido con él, no consentió ^{175v} que allí lo enterrasen, mas llevolo a su tierra porque allí fuese llorado de los suyos y ansí se hizo. Todos los reyes y altos onbres fueron con él una jornada y de allí se bolvieron, y Angrite, rey de Macedonia, fue con él tres jornadas y tornose por amor de su hija, qu'estava muy mala, que ninguna cons<a>[o]lación recibía, y en sus llantos conoció su madre la causa de la muerte del duque y pescudole mucho por estenso la verdad. La hija no le negó ninguna cosa y díxole cómo ella amava al duque más que a sí mesma y que le avía prometido de [casar] se con él, y contole todo lo que con Carlo avía pasado, cómo por aquello lo avía muerto. Orxenía fue muy espantada, mas plúgole porque Carlo amava tanto a Tardanir que se quería casar con ella, y díxole:

—Hija, ruégovos que os consoléis, que no podemos escusar las cosas que Dios tiene ordenadas. Muy más onrada seréis en ser muger de Carlo que del duque. Vuestro padre e yo seremos más contentos.

—No me digáis tal cosa —dixo Tardanir—. Si no, yo me mataré con mis manos e iré a aconpañar aquel que culpa no tuvo porque devíese morir. Jamás a Carlo veré de

mis ojos ni lo querré bien.

Orxenía, que vido con tanta pasión a su hija, no le quiso más dezir, mas venido el rey contóselo todo. El rey perdió el enojo que tenía de Carlo porque avía muerto al duque y no quiso partirse, que de otra manera, en llegando, se quería ir, y túvose por bien ^{176r}aventurado porque Carlo quería casar con su hija. Los cavalleros de Persia, que vieron a Albornín muerto, pensaron todos de morir con pesar y hazían los mayores llantos que contar se vos podría, tanto qu'el enperador uvo de saber cómo aquel cavallero de las armas negras era hijo del soldán de Persia y pesole mucho por ello, y cavalgó con muchos cavalleros y fue a las tiendas donde tenían el cuerpo, y dixo a los cavalleros que con él estaban que le pesava mucho de su pérdida y cómo avía venido Albornín ansí tan encobierito siendo tanpreciado cavallero; mas, que era hecho, que no sabía con qué lo remediar, que mirasen si algo avían menester, que todo se les daría. Ellos gelo tuvieron en merced y dixéronle que no querían otra cosa d'él sino que le dexasen tomar vengança de aquel que lo mató. El enperador les dixo que no podía ser, qu'el avía asegurado a todos los que aquellas fiestas viniesen. Ellos le respondieron que, pues así era, que le diesen lugar a donde lo soterrasen muy onradamente, y ansí fue hecha la más rica sepultura qu'en aquella tierra se hizo, y los suyos se partieron muy tristes para Persia.

El enperador, cuatro días después del torneo, estando en su palacio con la enperatriz y con los reyes y grandes señores, los cuales estavan algún tanto alegres porque los maestros dixeron que las llagas de Carlo no eran mortales, estavan hablando en el torneo de la bondad de Grimonte y de la muerte de los cavalleros. Entró por la puerta una donzella muy ricamente guarnida y hincó las rodillas delante del enpera^{176v}dor,

y díxole:

—Señor enperador, la infanta Clarisa t'enbía a besar las manos por mí como aquella que te ama y desea servir más que dueña en el mundo, y enbíate a dezir que tu muy bravo coraçón, que en todos los grandes fechos ni peligros nunca desmayó ni temió, agora no le pese porque la tu muy gloriosa fama que por el mundo corría s'escureç[c]a con los grandes fechos de aquel que en bondad de armas y alto linage con él ninguno se puede igualar. Que sepas que fortuna no puede estar en un ser, mas cuando le plaze buelue su rueda, y ansí lo ha hecho con este cavallero Grimonte, que lo subió a lo más alto en proeza de cavallería y de todas las otras cosas que buen cavallero deve aver, que te alegres por averlo conosciado, que aún él onra mucho la tu alta corona. Que sepas qu'el tu hijo Carlo no morirá d'estas llagas aunque con su bravo coraçón y engañoso deseo mató aquel que culpa no le tenía.

Y así como esto dixo miró a la enperatriz y díxole:

—A vós, muy poderosa señora, Clarisa, mi señora, vos envía a pedir por merced que quitéis de vuestro coraçón todo el enojo y mal talante que contra el cavallero tenéis, qu'ella vos haze cierta que mayores son los servicios qu'él os hará qu'el enojo que os hizo, porque por él cobraréis vuestra primera perdida alegría. Y vosotros, reyes y preciados cavalleros, mi señora vos saluda y vos enbía a dezir que no seáis descontentos por la onra ^{177r} qu'el buen cavallero llevó de vosotros. Aquellos que las armas avéis usado, que os contentéis con la grande onra que ganastes, y los demás aprended d'él y esforçaros para ganar onras, que aquel con mucho trabajo á alcançado la onra que tiene, aunque por sí la merescé.

Y después que la donzella esto uvo dicho dixo al enperador:

—Mi señor, yo me quiero ir, que no me puedo detener. Pídotte por merced que me des licencia que vea a Lucida tu hija, porque mi señora l'enbía conmigo unas donas.

El enperador le dixo:

—Donzella, vós la podéis ver cuando quisierdes. Dezid a vuestra señora que yo le gradesco el cuidado que de mí tiene, que yo creeré bien lo que m'enbía a dezir y tomaré su consejo, que la tengo en lugar de verdadera hermana. Dalde mis encomiendas y de la enperatriz.

La donzella le besó las manos y se fue a la cámara de Lucida, y hincó las rodillas delante d'ella y dióle muy ricas joyas que Clarisa l'enbiava, y díxole:

—Hermosa infanta, mi señora Clarisa vos enbía a pedir por merced que no olvides el cavallero que vos tanto servió en apartar de vuestro coraçón el temor que teníades de ser en poder de aquel que n'os merescía, que os haze saber que con aquel cavallero avéis de ser puesta en grande alteza a donde biviréis con grande alegría y descanso, que por ningun[a] cosa no dexéis d'esperar su recabdo así como lo prometisteis.

Lucida se maravilló cuando aquello oyó dezir a la donzella y díxole:

—Mi buen'amiga, dezid a vuestra señora que yo le prometo de no salir de su mandado.

^{177v} Y dio a la donzella muy ricos dones, así para ella como para su señora. La donzella le besó las manos y partiose luego. Lucida quedó pensando en el cavallero y en Clarisa, cómo avía sabido lo que avía pasado, y asentó en su coraçón, hasta saber de aquel cavallero quién era y ver su mandado, no casarse aunque el enperador gelo mandase, y ansí lo hizo como adelante vos contaremos.

La enperatriz quedó espantada de lo que la donzella le dixo, que por Grimonte avía de cobrar su pérdida. Y como entendió que

por Marsindo su hijo lo dezía no vos podríamos dezir l'alegría de su corazón, y miró al enperador toda alterada, el cual entendió su pensamiento y alegrose mucho, y estuvo hablando con los cavalleros del gran saber de Clarisa, y díxoles:

—Quiera Dios que sean verdaderas sus palabras, que recibamos todos más onra con Grimonte, que agora que cierto yo lo tengo por tan buen cavallero.

Y después qu'el enperador y la enperatriz se vieron solos hablaron en lo que Clarisa l'enbió a dezir:

—¡Ay, Santa María —dixo la enperatriz—, si será verdad que tengo de cobrar a Marsindo mi hijo! ¡Cómo sería alegre mi corazón! ¡O, señor Dios, en quien todos los poderes son, ruégovos que lo trayas delante de mis ojos si él es bivo y que lo vea antes que yo muera!

El enperador le dixo:

—Señora, cuán bienaventurados seríamos si fuese este Grimonte y le mudaron el nonbre, que muchos me an dicho que se me parece. ^{178r} Por cierto, mirándolo bien, también a vós se parece en los ojos. Si él no es ido enbemos por él y sepamos la verdad; pues que dezís que tenía tal señal encima del corazón, por allí se puede saber, y más qu'él no sabe parte de su linage y fue criado en tierra de Asuria, dond'él lleva el nonbre.

—Vayan luego, por Dios —dixo la enperatriz—, que mi corazón no holgará hasta saber la verdad.

El enperador salió de la cámara y enbió por el duque de Ostre, qu'él mejor que naide le sabría dezir la verdad. El duque vino luego. El enperador le pescudó por Manfredro y el duque le dixo lo que Manfredro le avía mandado dezir, cómo su partida con Grimonte avía sido tal que no se pudiera venir a despedir d'él.

—Mucho soy quexoso de Manfredro

—dixo el enperador—, partirse así sin verlo yo.

El duque lo desculpó mucho. El enperador le pesó cuando oyó que era ido Grimonte y dixo a la enperatriz:

—Sabed, señora, que por agora que nos avemos de sofrir, que Grimonte es partido, y si Nuestro Señor os á de alegrar en cobrar vuestro hijo él traerá tiempo. Y hasta entonces aved pacencia, que las cosas que an de ser no se pueden escusar. Grimonte me prometió de tornar a verme. Entonces sabremos la verdad.

La enperatriz se calló, mas mucho quedó pensosa, y dezía entre sí: «¡O, qué mal hize en no mirar mucho aquel cavallero y onralle tanto qu'él uviera por bien de quedar con el enperador!». Y desde allí adelante nunca este cuidado quitava ^{178v} de su corazón y rogava a Nuestro Señor que muy presto traxese a Grimonte delante de sus ojos.

El enperador mandó que todos los que eran venidos a las fiestas se fuesen a sus tierras porque Carlo no podía tan prestamente sanar y dio a todos muy grandes dones con que todos fueron contentos. El rey Petreo estuvo mucho tienpo con el enperador y ansimismo sus hermanos Garfín y Pirio. El rey de Ungría casó con Orinta, hija de Garfín, y por entonces no ovo otro casami[ent]o, y el rey de Ungría se fue a su tierra con ella. El rey de Macedonia y Orxenía su muger quedaron con el enperador mucho tienpo por amor de Carlo, que pidió por merced al enperador que no los dexase ir, y <y> díxole cómo él amava tanto a Tardanir que no avía de casar con otra, mas tanto tal no podían hazer que Tardanir consintiese el casamiento, como vos contaremos. Carlo estuvo mucho tienpo en sanar y no quedó a la fin muy libre de su braço. Como jamás Tardanir no quiso ir a verlo él sufría grande pasión y no tenía otro descanso sino con las sobrinas de Antipena,

que le cantavan y tañían de noche y de día, las cuales estaban ansimismo muy tristes por la muerte de Antipena y hizieron cantares muy tristes de aquel hecho quejándose del amor que tan cruel avía sido contra aquella dueña. Carlo avía tanto plazer de oírlos que otra cosa no quería que cantasen. ^{179r} Así pasó mientra estuvo doliente en el lecho, que muy cuitado era porque Tardanir así lo despreciava [y] porque Grimonte avía levado toda la onra de los torneos. Fidario estuvo en Costantinopla algunos días hasta que sin peligro podía entrar en la mar, y como se vido tan mal parado no tuvo atrevimiento de demandar a Lucida por muger al enperador y partiose con gran pesar. El enperador le hizo toda la onra que pudo por le contentar, mas poco le aprovechó, que Fidario fue muy mal contento y entrando en sus naos hizo vela y llegó a su tierra con buen tiempo. Cuando el enperador su padre tal lo vio uvo muy gran pesar y consololo lo mejor que pudo, y estuvo gran tienpo que armas no pudo tomar. Maraxén ansimismo se partió de Costantinopla muy quexoso de la ventura, que tan poca onra le avía dado a ganar a él y a los suyos en aquellas fiestas, y llegando a su tierra fue muy bien recibido de su padre, que mucho plazer uvo por saber nuevas del enperador, que mucho lo amava. Y dextra[r] los emos todos estar y contaros emos de Damasio, cómo se partió para Bohemia. ^{179v}

[XXXVII]

Como Damasio se despidió de Grimonte fuese luego a la nao y hallo todas las cosas aparejadas para partir. Las donzellas de Lecidora estaban ya allí y todos los suyos. Como les hazía tienpo endereçado salieron del puerto y seguieron su viaje, que en poco tienpo llegaron al reino de Bohemia al puerto donde avían enbarcado, y llegando

allí luego Damasio y Polidantes salieron en tierra y fueron derechamente a la cibdad [***] a donde el rey estava. Mas antes que llegasen ya Lecidora sabía cómo venían, porque un escudero hijo del mayordomo avía ido delante a ganar las alvricias de Lecidora, la cual fue demasiadamente alegre por saber que Grimonte avía guardado el paso cuanto ella le mandó y que no avía hallado cavallero que de allí lo hiziese quitar, mas él venció a todos y ganó tantos escudos de tantos buenos cavalleros. D'esto era ella tan alegre y loçana, que no sabía qué heziese de plazer, y mandó que todos los cavalleros de la corte saliesen a recibir a Damasio y recibió aparejo para que traxesen los escudos. Cuando Damasio y Polidantes vieron a tantos buenos cavalleros recibéronlos muy bien y desarmaron las cabeças y fueron con ellos hasta el palacio del rey, ^{180r} el cual los recibió con grande alegría, y asimesmo la reina y Lecidora sobre todos. El rey hizo sentar cerca d'él a Damasio y díxole:

—Mi buen señor, mucho soy alegre de la vuestra venida. Ruégovos que me digáis qué tal queda el Cavallero de la Espina, si nos vendrá a ver tan cedo.

Damasio le respondió:

—Yo dexé al Cavallero del Espina muy bueno y con más onra que jamás cavallero que en Grecia entrase ganó, y por ir a una cosa que no podía escusar no vino conmigo, mas muy presto será aquí. Y a mí fue forçado de venir primero qu'él por una gran nescecidad que me sobrevino, la cual sabréis tanto que aya tiempo. Y a vós, mi señora Lecidora, el Cavallero del Espina os enbía a besar las manos como aquella que desea servir. Muy presto serán aquí vuestras donzellas con tantos escudos que bien avréis menester lugar para los guardar, porque sin duda todos los más son de los más precia-dos cavalleros que ay en toda Grecia, que

allí vienen los escudos de los hermanos del enperador, y si en Grimonte no uviera tanta mesura viniera el del enperador.

Allí les contó todo lo que avía pasado Grimonte en la guarda de la puente y cómo se vino el enperador a combatir con él y cómo mato allí al fuerte gigante hijo de Talaño. El rey y todos cuantos cavalleros le oyeron lo que dezía se maravillavan y dezían que otro mejor cavallero qu'él no lo avía en el mundo. No vos podría onbre contar la alegría de Lecidora.

—Fija —dixo el rey—, ^{180v} mucho vos devéis de preciar por aver enbiado tal cavallero a Grecia a donde tantos buenos cavalleros ay y ganar sobre todos onra. Bien creo que no fue ende donzella que tal cavallero uviese.

Lecidora fue toda llena de alegría cuando oyó a su padre lo que dezía y díxole:

—Pues así es razón, mi señor, que yo le dé el galardón que merescé por vuestro mandado.

—Verdad dezís —dixo el rey—, que mucha razón es de ser onrado.

Y después qu'el rey uvo comido Damasio lo tomó aparte en la cámara de la reina, presente Lecidora, y díxoles:

—Mis señores, ya no es tiempo d'encobrirnos quién nosotros seamos. Sabed que el que queda con el Cavallero del Espina es Claudio, hijo del enperador de Roma, e yo soy Damasio, hijo mayor del rey de Nápoles. El Cavallero del Espina se llama Grimonte, el cual no sabe parte de su linage más de saber qu'es hijo de rey por la espada que trae.

Entonces le contó cómo la avía ganado y díxole:

—Ya sabéis cuánto él vos á servido y servirá en todo lo que menester le ubierdes, y sus amigos con él. Él e yo vos pedimos por merced nos ayudéis a un menester grande que agora tenemos de vuestra ayuda.

Entonces les contó toda la guerra de Nápoles y por qué causas avía comenzado, cómo su padre los avía enbiado a llamar porqu'estava ^{181r} cercados de moros y de cristianos, que era menester de socorrello.

—Para esto es menester vuestra ayuda y nos deis gentes y naos para ir sobre aquella mala gente. Grimonte vos pide por merced qu'esté todo aparejado para cuando él viniere. A vós, señora Lecidora, encarga Grimonte este hecho como aquella qu'él á de servir, que lo roguéis a vuestro padre.

—Por cierto —dixo el rey—, no tiene ella que rogarme, que yo lo haré muy conplidamente, como vós y él veréis. Mucho soy alegre de saber que fue ayudado de tan preciados cavalleros como vosotros sois, de tan alto linage, aunque no tenía yo menos creído, y en venir cosa por onde os pague el cargo en que os soy doy a Dios muchas gracias. Y luego mandaré venir mis cavalleros y aparejar las cosas que son menester.

Damasio gelo agradesció mucho y luego lo puso por obra lo que dixo. Lecidora de una parte le pesó y de la otra le plugo mucho porque haziendo ella por Grimonte aquel socorro pagávale el cargo en que le era, y porqu'él no se podría allí detener mucho le pesava, mas con todo esto dava gran priesa en aparejar todas las cosas que menester le eran. Y cuando supo que sus donzellas venían y su mayordomo, que traía los escudos, hízolos salir a recibir, y venidos delante d'ella recibió a sus donzellas haziéndoles mucha onra y pusieron los escudos delante d'ella ^{181v} en un gran palacio. Muchos d'ellos venían quebrantados de los fuertes golpes y otros falsados. Lecidora los miró y otros muchos que allí estavan, que eran maravillados de la bondad de aquel que los ganó. Lecidora mandó hazer un padrón en aquel palacio muy rico y hízolos poner allí todos, y los de los más preciados cavalleros más altos

que los otros, y hizo hazer un escudo muy rico tal como el de Grimonte, y hízolo poner sobre todos y dixo:

—Cada vez que yo entrare aquí holgará mi corazón porque por amor de mí el buen cavallero ganó tanta onra. Los escudos de los más onrados cavalleros de Grecia estarán aquí para sienpre porque todos aquellos que después de nosotros vinieren sepan que no ay mejor cavallero que Grimonte en su tiempo.

Y encima de cada escudo hizo escrevir el nombre de cuyo era. Las donzellas le contaron todas las cosas como avían pasado, y cuando ella oía dezir cómo Grimonte decía a los cavalleros que querían pasar que Lecidora, princesa de Bohemia, mandava que ninguno fuese tan osado que por allí pasase sin dexar su escudo, salía de su seso de plazer y decía en su corazón que no podía ser que Grimonte no tuviese por bien de tomalla por muger queriéndolo ella, que sería la más bienaventurada donzella que avía en el mundo en ser señora de tan preciado cavallero. Dava ^{182r} Lecidora gran priesa que todas las cosas estuviesen aparejadas para cuando Grimonte viniese porqu'él conociese el grande amor qu'ella le tenía, y onrava y servía a Damasio, y contino estava con él hablando en las cosas de Grimonte, que nunca se enojava día ni noche.

[XXXVIII]

Grimonte, qu'estava en el castillo que vos diximos con sus conpañeros, dormieron muy aseadamente toda la noche descansando del gran trabajo qu'el día avían levado, y venida el alva levantáronse y demandaron sus armas para ir su camino, mas el uésped le rogó mucho que comiesen primero. Ellos lo hizieron y el hijo del uésped, cuando los vido tan mancebos

y fermosos, maravillose de las cosas que le avía visto hazer y díxoles:

—Ruégovos, mis señores, que me digáis cuál de vosotros es el cavallero que guardó la puente treinta días y allí ganó tanta onra porque me tenga por bien aventurado en conoscerle.

Claudio gelo mostró. Él fuésele a omillar y di^{182v}xole:

—Cierto, señor cavallero, todos aquellos que armas traen vos devrían [servir] por vos hazer Dios estremado entre todos. Yo por mí digo que sienpre vos serviré en cuanto yo pudiere.

Grimonte gelo agradesció y díxole que así haría él por él, y cuando este cavallero hijo del uésped, que se llamava Franquel, supo que Grimonte y sus conpañeros ivan al castillo de Alinbor, qu'ellos le pescudaron por el camino para allá, dixo que ería con ellos a mosalles el camino y a ver la batalla que con Alinbor avían de aver, porque lo tenían por muy buen cavallero en armas. Grimonte gelo agradesció mucho, y desdeque uvieron comido armáronse todos y despidiéronse del uésped y fueron su camino. Ivan hablando en las cosas que más le agradaban. Grimonte iva alegre porque caminava para ir muy prestamente a ver a su señora, mas mucho se dolía de la muerte de Antipena porqu'él avía sido la causa. Y a los nueve días que partieron de Costantinopla llegaron al castillo de Alinbor y era a ora de medio día, y como fueron allí la donzella de Dispina dixo a Grimonte:

—Veis aquí, señor, el castillo a donde yo recibí mucha desonra. Por amor de vós a Dios plega que yo sea vengada por vuestra mano sin vuestro daño.

—Lantina —dixo Gri^{183r}monte—, no sería yo alegre jamás si yo tal desonra no vengase, que los malos no pueden mucho durar. Id y llegaos al castillo y hazelde saber

cómo traes el cavallero que le prometistes, que lo desafío para la batalla por la desonra que vos fizo.

La donzella fue adelante y los del castillo la vieron, mas no conoscían que aquella donzella allí uiese estado y fuéronlo luego luego a dezir a Linbor, que así les era mandado, que viendo alguna donzella luego gelo fuesen a dezir porqu'él la pudiese aver; que Linbor no era casado, por esto todas las donzellas que por allí pasavan si las podía aver las desonrava, y las de que más se contentava teníalas consigo fasta que le aborrescían y después echávalas en presión, y así avía mantenido esta malvada costunbre más de seis años. Como él sopó qu'estava allí aquella donzella, que venía en guarda de cuatro cavalleros, no quiso salir fuera hasta saber qué cosa era, y púsose en lo más bajo del castillo entre las almenas. Lantina avía ya dicho a un escudero que fuese a dezir a Linbor qu'estava allí la donzella que avía ido por el cavallero, el cual ella traía, que si era tan ardid y esforçado como desmesurado que a tienpo estava que pagaría las desonras que a las donzellas hazía si osase hazer batalla con el cavallero. El escudero le dixo todo esto a Linbor y quando ^{183v} él lo oyó riose en desdén y dixo:

—La donzella y el cavallero buscan su mal.

Y dixo contra Lantina:

—Donzella, este escudero me dixo que traíades el cavallero que vos avía de vengar. Yo veo allí quatro. No sé cuál d'ellos es ni sé los otros a qué vienen. Parésceme que él no osó venir solo, que no es tan bueno como vós dezís.

—Quando sentieres los sus duros golpes y provares el su grande ardimiento no dirás, Linbor, lo que dezís. Mira si serás osado de salir a combatirte con él, qu'este es el cavallero con que as de hazer la batalla.

Ya Grimonte estava junto cabe la donzella quando ella esto dixo. Linbor le dixo:

—Donzella, si él es tan bueno como vós dezís conviene que entre acá dentro a combatirse conmigo él solo porque allá no aya ayuda de sus compañeros, que bien creo que no los trajo consigo para otra cosa sino para que le ayuden, y no quería por ti ni por ellos ser engañado.

Grimonte estava muy sañudo en ver delante de sí aquel que tan malamente avía desonrado la donzella de su señora y díxole:

—Vós, don falso cavallero, que toda vuestra vida gustáis en hazer traiciones y alevosías, pensáis que así lo harán los otros. Mándame abrir las puertas, que yo entraré en tu castillo sin miedo que aya de ti ni de los tuyos. Todos sois traidores, de vosotros no tengo qué temer. Y haziendo esto no avrás miedo de mis compañeros.

Linbor, quando ^{184r} así le oyó hablar, maravillóse y respondióle:

—Porque me entiendo de vengar a mi voluntad de ti no te quiero responder a lo que as dicho, sino solamente darte seguro de todos los míos, que ninguno no pondrá las manos en tí, que creo no será menester quando de las mías escapares, porque veas en cuán poco te tengo.

—Déxame tú allá entrar y fas lo que quisieres —dixo Grimonte.

Linbor se quitó de las almenas y fuese a armar muy prestamente todo encendido en ira, y mandó al portero que abriese la puerta a Grimonte, que no dexase entrar otro ninguno. Claudio y Manfredro rogaron mucho a Grimonte que no entrase solo en el castillo porque le podrían hazer algún engaño, mas no les aprovechó nada; por cosa del mundo él no lo dexaría de hazer, y tomó su lança y enlazó su yelmo, y como vido la puerta abierta entró y luego el portero cerró la puerta. Grimonte fuese al correr a donde

halló a Linbor encima de un cavallo muy bueno, su lança en la mano, y así como se vieron sin dezir ninguna cosa bajaron las lanças y fueron el uno contra el otro con grande ardimiento. Grimonte estava en gran saña. Encontró a Linbor tan poderosamente por el lado izquierdo <derecho> del coraçón que le metió la lança por él y pareció de la otra parte, y luego Linbor cayó muerto en tierra que no se meneó más. El encuentro de Linbor fue baxo y dio al cavallo ^{184v} de Grimonte en una espalda tan fuertemente que luego el cavallo cayó muerto en tierra, mas él salió muy ligeramente d'él y fue sobre Alinbor y cortole las enlazaduras del yelmo para cortalle la cabeça, y vio que era ya muerto y detúvose, que vido venir a un hermano de Linbor que era muy buen cavallero y traía una hacha en las manos, que no pudo tomar otras armas, tanta priesa tuvo de venir a vengar a su hermano. Y otros cavalleros traían lanças y todos venían contra él. Grimonte, cuando vido tantos, puso las espaldas hacia la pared del castillo y enbraçó su escudo y púsose con gran coraçón a esperarlos. El hermano de Linbor venía delante y llegose a Grimonte, y alçó la hacha con ambas manos y fue a dar un golpe muy pesado a Grimonte. Él alçó el escudo y recibiólo en él. Aunque era muy fuerte gelo hendió hasta la enbraçadura, mas Grimonte le dio tal golpe por encima de la cabeça con la espada que lo hendió hasta los dientes y dio con él muerto en tierra, y la hacha quedó metida en el escudo. Los otros cavalleros arroxáronle las lanças. Algunos faltaron sus golpes y dieron en la pared. Otros hirieron a Grimonte. Él, deque los vido desarmados, fue a ellos con grande ardimiento y començó de dar por los unos y por los otros de tal manera que en poca de ora mató ocho d'ellos, y desque vido que los otros ^{185r} no se le osavan llegar sacó la hacha del escudo, que mucho

l'estorvava de andar a su voluntad, y desque la sacó acometió tan bravamente a los del castillo que ninguno no le osó esperar, mas todos huían a meterse en las torres. Él iba tras ellos matando y heriendo cuantos alcançava, y desque vido qu'el castillo estava desenbaraçado de la gente tornose al correr pensando que aún Linbor no sería muerto, y llegó a él y vídolo qu'estava tal que en su vida haría fuerça a donzella, y díxole:

—Por cierto, en vós es bien enpleada la muerte, pues que en vuestra vida hazíades tanto mal.

Acordó de abrir la puerta del castillo porque entrasen sus conpañeros y fue al portero, qu'estava todo tenbrando, y díxole:

—Vós, don malo, abrí luego y hazé entrar acá a esos cavalleros y donzellas. Si no, muerto sois.

El portero abrió muy prestamente y dexó las puertas abiertas, y fuese huyendo y dixo a Claudio y a Manfredro:

—Entrad, señores, en el castillo, que aquel diablo que allá entró vos llama, que á muerto a todos cuantos en el castillo falló.

Mucho fueron alegres Manfredro y todos los otros cuando aquello oyeron, que demasiadamente estavan tristes pensando que no le uvese acaecido alguna cosa a Grimonte por onde lo uvesen perdido. Claudio fue el primero que entró y los otros tras él, y hallaron a Grimonte muy ^{185v} cansado del trabajo que avía recibido. Tenía las armas todas tintas en sangre de los que avía muerto y de la que a él le salía de sus llagas.

—¡Ay, Santa María, valme! —dixo Claudio—. ¿Qu[é] es esto, señor Grimonte, cómo os va?

—Muy bien, bendito sea Dios, pues é vengado mi coraçón y Linbor es muerto.

Todos se alegraron cuando esto le oyeron dezir y más Lantina, que dixo que lo quería ir a ver por sus oyos qué tal estava.

Grimonte mandó a los escuderos que cerrasen las puertas del castillo y guardasen las llaves, y cuando salieron al correr fueron maravillados de ver tantos muertos.

—Parésceme que no á estado de balde el buen cavallero —dixo Franquel—, que aquí los sus duros golpes daño an fecho.

Lantina decendió de su palafrén y fue a ver a Linbor:

—¡Ay, traidor —dixo ella—, por onde pensavas los males que fazías fueste muerto! Bendito sea el braço que tal ferida dio para quitar a este malo del mundo.

Grimonte dixo que era menester de ir a las torres a matar a todos los que hallasen si se quisiesen defender y así fue hecho, qu'él y los tres cavalleros hizieron tanto qu'en poca de ora se dieron todos a merced y l'entregaron las armas que tenían, y metiéronlos a todos en una torre bien cerrados. Y esto hecho buscaron todos el castillo y hallaron muchas donzellas presas y otras muy alegres por la muerte de Linbor, qu'él tenía allí, que avía desonrado y hazía su voluntad ^{186r} por fuerça con ellas, y hallaron en una cárcel muchos cavalleros y escuderos qu'estavan en cadenas y sacáronlos todos al corral, los cuales eran tan alegres en verse fuera de la presión que no vos lo podríamos dezir, y davan muchas gracias a Nuestro Señor y al cavallero que los avía librado. Grimonte se desarmó porque le curase las llagas Versinta, y como un cavallero de los qu'estavan presos lo vio fue a él los braços abiertos deziendo:

—¡O, señor Dios, gracias te doy que me dexaste ver al cavallero del mundo que yo más amo y andava a buscar! Por él avía yo de ser librado.

Grimonte lo miró y conoció que era Carpasio, hijo del duque de Brogonia, el su verdadero amigo, y como avía mucho qu'estava en la presión estava tal parado que no avía quien lo conociese. Grimonte

fue el más alegre del mundo con él y túvolo abraçado gran pieça con las lágrimas en los ojos, que no le podía hablar de dolor que avía de verlo tal.

—¡Ay, mi verdadero hermano y señor, cómo tengo que agradecer a Nuestro Señor por me aver traído aquí para que os diese vengança de aquel que tanto mal os fizo! Por cierto, poca vengança es de aver muerto a este que en tan poco os tenía y preciava. Dios quiso guiarme en todo, porque si d'esta tierra fuera sin sacaros de aquí fuera harta mala ventura.

Manfedro llegó con mucho plazer a abraçar a Carpasio, el cual tomó por ^{186v} la mano a otro cavallero muy apuesto que salió con él de la presión y díxole:

—Mi señor Arquilao, vedes aquí el mejor cavallero que ay en el mundo, que yo andava a buscar y nos á librado, que la su buena ventura lo trajo.

Arquilao se omilló a Grimonte y él lo rescibió muy bien. Carpasio le dixo:

—Sabed, señor, qu'este cavallero es sobriño del enperador, hijo del rey de Argos, y él e yo fuemos presos en un día que venimos por aquí, que avía dos días que nos avíamos encontrado e íbamos a Costantinopla. Y el traidor de Linbor nos recibió aquí muy bien y nos hizo grande onra, y estando acostados en nuestro lecho nos prendió y nos á tenido como vistes, que agora por la merced de Dios y vuestro esfuerço somos librados.

Todos estaban tan alegres que era maravilla. Las donzellas besavan las manos a Grimonte, que no se podían partir d'él, y así estuvieron aquella noche, y otro día todos se levantaron. Grimonte dixo a los cavalleros y escuderos y donzellas que allí halló presos:

—Sabed, señores, que yo me quiero partir, que tengo en otra parte mucho que hazer. Vosotros sois libres y podéis ir donde quisierdes. Ruégovos que fagáis por mí una

cosa y mucho vos lo agradeceré. Vosotros, cavalleros, vais de mi parte a Costantinopla y vos pongáis en poder de Carlo, hijo ^{187r} del enperador, y dezilde qu'el Cavallero de la Espina le besa las manos y le pide por merced le perdone si algún enojo le hize, que vos envió a él porque sois vasallos del enperador, que os haga merced, pues avéis lazerado en esta presión. Y vós, mis buenas amigas, iréis a besar las manos a la enperatriz, y dezilde qu'el Cavallero del Espina vos mandó ir de la su merced, que si algún deservicio le hize que no fue por enojalla, que mi deseo es de servilla más que otra persona que en el mundo sea. Tomad d'este castillo todas las cosas que menester vos sean antes que le mande poner fuego, que mucho enojo me hizo aquel que era señor d'él.

Todos los presos le besaron las manos y dixerón que todos los días de su vida rogarían a Dios por él y que conplirían su mandado. Carpasio y Arquilao buscaron sus armas y tomaron los mejores cavallos que allí avía, y así hizieron todos los otros, y salieron fuera del castillo y pusieronle fuego, y en poca de ora se quemó todo.

Arquilao dixo a Grimonte, si él lo tuviese por bien, que ería en su compañía ayudarle en aquella guerra que iba. Y esto dixo él porque Grimonte dixo a Carpasio cómo los moros tenían cercada a Nápoles y que ivan a socorrella, y Grimonte respondió a Arquilao que le agradecía mucho su ida y se tenía por bienaventurado de llevarlo consigo, y ^{187v} lo mismo dixo Franquel, hijo del uésped. Y así se partieron todos seis cavalleros para el puerto donde l[es] esperaba la nao en que avían de ir, y llegando al puerto hallaron aparejado lo que avían menester para su viaje y alçaron velas. Con buen viento guiaron por su mar para Bohemia.

Las donzellas que salieron de la presión, que eran veinte y ocho, y los cavalleros y

escuderos, que eran cincuenta, fuéronse de-rechamente a Costantinopla, que bien levaban lo que avían menester, que del castillo tomaron mucho aver, que avía grandes riquezas, aunque Grimonte y sus compañeros no quisieron nada d'ello. Y como llegaron a Costantinopla los presos todos juntos se fueron al palacio del enperador, y como él los vido maravillose qué conpañía podía ser aquella. Ellos le besaron las manos y dixéronle:

—Señor, dezidnos si está aquí vuestro hijo Carlo, que a él nos enbió el cavallero que nos libró de la presión de Linbor.

El enperador les dixo:

—Amigos, él esta echado en el lecho, mas venid conmigo, que yo vos llevaré a él.

Esto hizo el enperador por saber qué cosa fuese aquella. Las donzellas dixerón que querían ir a besar las manos a la enperatriz, que a ella venían. El enperador mandó a Tomedo, su sobrino, que fuese con ellas, y él fuese a la cámara de ^{188r} Carlo y díxole:

—Hijo, recibid unos cavalleros que vienen a vós, que no sé quién vos los enbía.

Los cavalleros entraron y hincaron las rodillas delante del lecho de Carlo y dixéronle:

—Señor, el Cavallero del Espina os besa las manos y enbíanos a vós porque le perdonedes el enojo que os hizo.

Y digéronle todas las otras cosas qu'él enbiava a dezir, y dixéronle más:

—Sabed, señor, que nosotros estávamos presos en el castillo de Linbor y algunos de nosotros á muy gran tienpo que allí nos tenía. A unos prendía con engaños y a otros haziendo batalla con ellos y los vencía. A ninguno no avía piadad según su grande crueza y maldad. A todas cuantas donzellas por allí pasavan qu'él pudiese aver las desonrava y hazía con ellas su voluntad. Y acació qu'esto hizo a una donzella que venía con mandado del Cavallero del Espina y

ella se le querelló, y él fue a combatirse con él y matolo del primer golpe de la lança y después a todos los más del castillo, y vengó a la donzella y libró a nosotros y a un cavallero mucho su amigo que lo venía a buscar. Y Arquilao, hijo del rey de Argos, y estos dos, fueron con él, y después d'esto todo hecho quemó el castillo y cuanto en él estava.

—¡Santa María, valme! —dixo el enperador—. ¡Tal cavallero tan traidor como ese avía en Grecia y no lo sabía yo! Por cierto, más es de loar al cavallero que yo, que quita los malos de la tierra. Y vós, hijo, Carlo, mandad dar a todos es^{188v}tos cavalleros cuanto uvieren menester. Hazeldes grande onra por amor de aquel que vos los envió, que mucho tenéis que agradecerle, que a vuestra causa recibistes d'él desonra, que yo lo vi bien. Perdonalde todo vuestro mal talante y amalde, que mucho es de precial.

Y ansí fue hecho como el enperador dixo con los cavalleros, que le[s] dieron mucho aver con que fueran ricos y ansimesmo a las donzellas, que la enperatriz uvo gran plazer con ellas por enbiárgelas aquel cavallero qu'ella ya tanto amava y deseava ver, y dezía en su coraçón: «¡Ay, Dios!, ¿cuándo será aquel día que yo me alegre con él?». Mucho le plugo porque le dixeron que Arquilao iba con él, porque por él sabría ella nuevas donde que[daba] para enbiallo a llamar si él no viniese, y así lo concertaron ella y el enperador. La enperatriz dio a las donzellas tanto que se pudieran casar muy onradamente. Mucho hablaron todos en la bondad de Grimonte, mas Carlo no podía acabar con su coraçón de querello bien ni loallo, aunque conocía su grande bondad. Gran plazer uvo Pirio, rey de Argos, quando supo que su hijo Arquilao iba con Grimonte, porque pensó que no podría deprender sino todo bien, y ansí fue como él lo pensó, como a ^{189r}delante vos contaremos, que

por él fue puesto en grande onra y estado. Y dexemos agora esto para su tienpo y contarvos emos de Grimonte y de sus conpañeros.

[XXXIX]

Todavía les hizo buen tienpo a Grimonte y a los que ivan con él hasta tanto que llegaron al reino de Bohemia, al puerto a donde Damasio des embarcó. Quando allí llegaron vieron muchas naos qu'el rey allí tenía para ir la gente con Grimonte y ansimesmo muchos cavalleros que allí estavan llegados. Grimonte fue muy alegre, que bien vido que eran para ir sobre Nápoles, y como llegaron al puerto armáronse todos seis cavalleros y subieron en tierra, y no quisieron hazer saber a persona que venía allí Grimonte porque no lo fuesen a dezir al rey. Grimonte quería entrar en la cibdad sin que lo saliesen a recibir y tomaron su camino de-rechamente a dond'el rey estava, y llegando a la cibdad luego Grimonte fue conocido por sus armas. Muchos fueron corriendo a dezirlo al rey y a Lecidora. El rey fue muy alegre y salió muy apriesa de su palacio y fue hasta la puerta, que ^{189v}ya era llegado Grimonte, y quitado el yelmo el rey fue con los braços tendidos a abraçarlo:

—¡Ay, Grimonte! —dixo el rey—, ¿cómo nos quisistes ansí saltar, qué razón fuera que [no] nos lo hiziéades saber? Yo soy muy alegre con vuestra venida.

Grimonte le quiso besar las manos mas él no gelas dio.

—Recibid, señor, a <a> Claudio, hijo del enperador de Roma, y a Manfredro, hijo del rey de Francia, que tenéis delante de vós.

El rey les hizo grande onra y ellos a él, y tomolos todos con grande alegría y fuese con ellos al palacio, y hízolos desarmar y dar ricos mantos que cobriesen. Mientre tanto Lecidora se atavió a maravilla rica. La reina

y ella salieron al palacio y Damasio la llevaba por el brazo. Cuando Grimonte la vido fue a recibir. Después que besó las manos a la reina fue a Lecidora y omillósele y ella a él. Ella estava tan fermosa con la alegría que tenía que maravilla era de miralla, y luego llegaron los otros <otros> e los recibió como aquella que era muy sesuda y mesurada. Todos fueron muy pagados d'ella. Lecidora tomó a Grimonte por la mano y fuese a sentar con él en el estrado, y después que uvieron hablado en muchas cosas con el rey y con todos los cavalleros que allí estavan Lecidora dixo a Grimonte:

—¡Ay, Cavallero del Espina, que así vos quiero yo llamar porque trayendo tal nonbre vos conocí yo y vos amé sobre todas las cosas, cuán bienaven^{190r}turada donzella me puedo yo llamar en averos conocido, pues por vós é ganado la mayor onra que jamás donzella ganó por cavallero! No me tendría yo por tal cual yo soy si no supiese daros el galardón que vós merecéis, y pluguiera a Dios qu'el reino de mi padre, [que] después de sus días á de quedar a mí, fuera mayor para que sa<s>ti[s]faziera con mi voluntad, mas tal cual él es será vuestro. Ruégovos por Dios que me perdonéis si en esto soy desmesurada en acometervos lo que vós devíades dezir a mí, mas el grande amor que yo vos é y el mucho cargo en que os soy me fuerça qu'esto vos diga. Sabed que yo tengo determinado de jamás aver otro marido sino a vós porque soy cierta que mi padre lo avrá por bien. Aunque yo sea tal que no vos meresca la vuestra grande bondad conplirá mis faltas. Y no quise deziros esto antes que os partiédeses a Costantinopla porque veniendo de allá con tanta onra mi padre uviese por bien de hazer lo que yo le rogase. Y vós, mi verdadero amigo, no me despreci<y>[é]is; si no, seréis causa de dar fin a mis días, que yo vos amo tanto que si supiese que no

avía de alcançar que mis deseos se conpliesen yo morería luego.

Y diziendo esto vínole una color muy biva al rostro de vergüença. Grimonte, que mucho avía que entendía la voluntad de Lecidora, pesole mucho cuando aquello le oyó dezir y no supo qué respondelle porque no le aconteciese lo que a Antipena, y pensó de ^{190v} darle tal respuesta con qu'ella tomase esperança qu'él era contento con lo que le dixo, y respondióle:

—Mi señora Lecidora, jamás cavallero de tan poco valor como yo soy rescibió de donzella de tan alta guisa tan gran merced en quererme recibir por vuestro. Ciertó, por mucho que yo biviese no vos lo podría servir, y sed cierta que otra en el mundo no tendrá tanta parte en mí como vós por todas las cosas que cunplieren a vuestra onra, mas sabed, mi señora, que después que se acabase la guerra de Nápoles, si Dios me die-re tal ventura que de allí escape bivo, tengo de ir luego a Francia, y esta ida no puedo escusar porque así lo prometí a una donzella de gran valor y de alto linage de tornar luego que de Costantinopla viniese, e yo le prometí un don y no sé cuál ella me lo querrá demandar. Hasta verla y saberlo yo no soy en mi libre poder. Después que d'ella me uviere delibrado tengo de venir a ver al enperador, que también le prometí de venir a estar en su corte algunos días por serville de las grandes onras que me hizo, y entonces será bueno lo que vós, señora, dezís, porque venga por mano del enperador. Mientre tanto querrá Dios mostrarme mi linage y vuestros vasallos serán más contentos, y ansimismo vuestro padre, que no es razón que toméis marido contra su voluntad. Y vedes aquella donzella qu'está con Versinta, me viene a llamar de parte de aquella donzella que vos digo que me tiene de tal manera ^{191r} preso y cativada mi fe que no puedo hazer

de mí más de lo qu'ella quisiere, mas ella es tan mesurada que creo que no me mandará cosa hazer que sea mi desonra. Pidos por merced que fasta entonces me perdonéis porque agora no cumplo vuestro mandado, que yo era el que más merced y onra recibía. Y si vós, mi verdadera amiga, me queréis tanto como dezís, no querréis que yo falte lo que tengo prometido, que mucho men-guaría mi onra. Y porqu'es todo camino la guerra de Nápoles me atrevo a ir allá, que de otra manera de aquí me avía de partir a Francia con Manfredro, hijo del rey, que mucho tiempo me anduvo a buscar y es razón que vaya con él. Y en llamarme vós, señora, Cavallero del Espina, vos tengo en merced porque d'este nonbre me precio yo más que de otro ninguno.

Lecidora, que todas estas cosas oyó, turbóse mucho y estuvo una gran pieça pensando en muchas cosas, mas como el amor que tenía a Grimonte era mucho y le era en gran cargo acordó de conformarse con su voluntad y díxole:

—¡Ay, Grimonte, cómo se puede llamar bienaventurada aquella donzella que dezís que tanto poder tiene sobre vós! Porque conocáis el verdadero amor que y'os tengo yo soy contenta d'esperar tanto cuanto vós quisierdes y fuere menester para adelantar vuestra onra, pues yo y todo lo que Dios me dio es vuestro. Como tal podéis hazer lo que quisierdes d'ello. Una sola cosa vos ruego: que vos acordéis de mí y d'este reino que me distes.

Y las lágrimas le vinieron a los ojos cuando esto dixo. Grimonte uvo piadad d'ella y díxole:

—Tened, señora, por cierto que sienpre tendré en memoria la grande merced que me avéis hecho en querer así este cavallero ^{191v} sin merescimiento de merescer ser de vós tan querido.

Como era ora de comer el rey se levantó a sentarse a la tabla y hizo sentar cab'él a Grimonte y a todos sus compañeros, y fueron servidos de diversos manjares. Damasio estava muy alegre por la venida de Grimonte por el buen aparejo que tenía para ir a socorrer a su padre y dava gran priesa.

Aquel día fue a ver Carpasio y Arquilao los escudos que Grimonte avía ganado en el paso. Mucho fueron maravillados y más Arquilao, que conoció los escudos del rey de Tesalia y del rey de Argos, su padre, y de todos los otros buenos cavalleros. Mucho fue espantado y dixo:

—Por cierto, mucho se deve preciar Grimonte por aver ganado tanto buen escudo de los mejores cavalleros de toda Grecia. Si yo no viera esto por mis ojos no <lo> pudiera creerlo. Pues Dios lo hizo tan bueno, razón es de seguirlo. Y la causa porqu'esto yo haré quiero callar hasta su tiempo.

Ansimismo ivan a ver todos los escudos los cavalleros que venían para ir a la guerra. Todos se le alegravan mucho por llevar tan buen capitán. Lecidora tomó consigo a Versinta y a Lantina, y estando comiendo con ellas pescudó a Lantina cúa era. Ella le respondió que de la marquesa de Ruaste, aquella que Grimonte avía delibrado cuando ganó la su muy preciada espada.

—Mucho deve vuestra señora a Grimonte —dixo Lecidora.

Y diziendo esto turbóse tanto que no pudo ^{192r} hablar ni comer. Las donzellas conocieron su mal y a Lantina le pesó mucho pensando que Grimonte la amaría porque los vido estar tanto hablando, y como fue en la cámara de Grimonte apartolo a una parte y llorando muy fieramente le dixo:

—¡Ay, Grimonte, ruégovos por Dios que no olvides a Dispina, aquella qu'es espejo de toda fermosura, que cierto ella morirá de pesar si sabe que no es enteramente

señora de vuestro corazón! Y esto dígo por Lecidora, que veo que vos ama. Por Dios, no vos engañe su señorío, pues al valor de Dispina ninguna se puede igualar. Yo soy bien cierta qu'ella tiene mucho cuidado y pasa con muy mortales deseos por saber de vós y de mí, que me enbió a buscaros. Yo no sé qué haga, que veo que avéis de ir a esta guerra a donde vos avéis de detener[os. Si pa]sa mucho tienpo que yo no voy Dispina morirá de pesar y sería gran daño.

—No habléis, por Dios, en tal cosa —dixo Grimonte—, que yo uviese de olvidar a mi señora. Aunque Lecidora fuese señora del mundo no dexaría mi corazón de amar aquella que primero d'él fue señor. Ruégovos que no penséis en tal hecho porque seríades causa de mi muerte, y aunque veáis a mi señora primero que yo ruégovos que no le digáis ninguna cosa d'estas, pues sabéis el gran daño que podría venir sin yo aver culpa, como en lo pasado, que si Dios por su merced no me acorriera yo fuera muerto. Yo tengo acordado qu'el día que yo de aquí me partiere por mar que vós partáis por tierra y que vos vais derechamente a mi señora porqu'e^{192v}lla no esté esperando que le digáis cómo yo iré luego a servilla, que yo no pude escusar de ir a esta guerra por amor de Damasio. Manfredro e yo iremos, si Dios nos quiere guardar.

Lantina dixo que era muy buen consejo aquel, que así se hiziese porque era cierta que Dispina estaría muy cuitada hasta qu'ella fuese según ella la dexó. Grimonte no se pudo sufrir que no llorase y no mostrase gran sentimiento con mortales sospiros deziendo:

—¡Ay, mi señora!, ¿cuándo será aquel día que y'os vea y mi corazón descansa en ver vuestra grande fermosura? ¿Cuándo vos podré yo servir la piedad que de mí ovistes y las grandes mercedes que me avéis hecho en

querer que yo fuese vuestro cavallero? Nunca a Dios plega que yo vos yerre en fecho ni en pensamiento aunque fuese la donzella del mundo de mayor valor, pues ninguna con vós se puede igualar.

Lantina uvo piedad d'él y consololo mucho y prometiole qu'ella le ayudaría cuanto pudiera con su señora. Él gelo agradesció y quedaron con este concierto que vos avemos dicho, y Grimonte se fue a sus compañeros y estuvieron con el rey de Bohemia doze días a gran vicio y esperando que todo se adereçase para su partida. En este tienpo habló Lecidora muchas vezes con Grimonte, mas nunca tanto pudo hazer que mudase a hazer nada de lo qu'ella quería, mas respondíale muy sesudamente, qu'ella tenía esperança de averlo por marido. Todos sus compañeros conocían que Lecidora amava a Grimonte y avían mucho plazer porque Grimonte uviese el reino de Bohemia, y sobre todos Manfredro, porque Grimonte fuese rey, pues [había] tanto ^{193r} merescimiento, mas muy lejos estava la voluntad de Grimonte de aquello. Lecidora los onrava a todos mucho y les dio grandes dones, y ellos a ella mostravan gran deseo de servilla, y desdeque toda la gente fue junta en el puerto el rey y la reina y Lecidora y Grimonte y sus compañeros partieron de la cibdad para ir al puerto donde avían d'enbarcar. Fueron de gran plazer por el camino y el día que llegaron llegó en una nao Marceón el gigante, y traía consigo cien cavalleros muy buenos para ir en aquella guerra. Y esto hizo él porque avía prometido a Grimonte de ir a los torneos de Costantinopla y avía estado tan malo que no avía podido ir, y como supo qu'el rey hazía aquella ayuda a Grimonte quiso venir ayudalle. Como Grimonte y sus compañeros lo supieron fueron a recibillo muy alegres con aquella ayuda. Grimonte se le omilló y el gigante a él, y díxole Grimonte:

—Agora, señor Marceón, podremos ir seguros a esta guerra llevando tal ayuda, que yo creo que por su mal son venidos los moros sobre la cibdad de Nápoles.

Marceón, que era de buen talante, aunque era gigante, se rio y dixo:

—Mi señor Grimonte, las cosas qu'están bien conocidas no es menester declalallas, que sabido está por cierto que si Ruagé[n] supiera que aviades de ir contra él que no fuera tan osado de la mar pasar. Mas tal cual yo soy vengo por serviros porque no pude conplir lo que prometí, porque soy cierto que la vuestra bondad no tiene par, que se irá ver las vuestras grandes maravillas en armas.

Grimonte no quiso respon^{193v}derle porque se oyó loar. Todos los otros cavalleros llegaron a hablalle y él los recibió a todos muy bien y fuéronse al palacio del rey, el cual hizo mucha onra al gigante. Y en cabo de dos días que allí llegaron los marineros dixeron que era el tienpo enderesçado para partir. Luego la gente toda se recoj[i]ó a las naos, que serían más de cinco mil cavalleros, e iva por capitán el conde Tridalo, pariente del rey, que era muy buen cavallero. Grimonte y sus compañeros se despidieron del rey, que muy triste fue en vellos partir, que muy alegre era con su compañía. Damasio y Grimonte le agradescieron mucho la grande ayuda que les dio y prometieronle de servillo en todas las cosas que menester le fuesen.

—¡Ay, Grimonte —dixo el rey—, si Dios me querrá tanto bien que y'os pueda tornar a ver! Muy alegre me hariades si d'esto me hiziédeses cierto.

—Todas las cosas son en mano de Dios —dixo Grimonte—, qu'él lo puede hazer. Si yo bivo creed, señor, que no olvidaré las grandes onras que yo de vós é recibido.

El rey se alegró con esto y despidiéronse

de la reina y de Lecidora, que muy triste y cuitada estava de verlos partir, y dio a Versinta mucho aver para que llevase si fuese menester a su señor, y encomendolos a todos a Dios y metiose en su cámara llorando muy fieramente, y mucho tienpo pasó qu'ella no se alegró, mas antes pasó muy grandes penas y mortales deseos por Grimonte. Y estuvieron allí algunos días y después tornose el rey a la cibdad y Grimonte y sus compañeros entraron todos juntos en una nao, que no se quisieron apartar, y de allí ^{194r} despidió a Lantina y diole una carta para su señora y otra para Oribena la marquesa, y dio a la donzella muy ricas joyas. Cuando se despidió d'ella túvola abraçada una gran pieça y toda la cara le mojó con lágrimas y no le pudo dezir ninguna cosa, y cayó sobre un lecho fuera de su sentido y Versinta salió con la donzella hasta la ribera de la mar. Lantina cavalgó encima de su palafrén y sus escuderos con ella, y partiose a gran priesa por llevar aquellas nuevas a Dispina. Versinta tornose para Grimonte y hallolo fuera de su sentido, que tanta fue la pasión que recibió de ver aquella donzella partir y el no poder ir con ella a ver a su señora, que l'enfraqueció el coraçón y quedó como muerto. Versinta, que ansí lo halló, tomolo en sus braços y echole agua por el rostro, y hizo tanto que lo tornó a su sentido, y començolo d'esforçar mucho diziéndole que agora que avía de tener mayor coraçón y trabajar porque muy prestamente pudiese ir a ver aquella que tanto lo deseava se dexava morir, que no fuese causa que aquella donzella de tanto valor y fermosura moriese a su causa. Cuando él aquello oyó esforçose cuanto pudo y dixo:

—¡Ay, mi amiga, no quiera Dios que yo sea causa de su muerte, mas que sea aquel que la sirva tanto que su onra y plazer acrecienta! Mas la su memoria me haze perder

las fuerças en pensar que no la puedo ver, tan presto es a mí gran cuita.

Y luego se lavó su cara de las lágrimas y tornó de buen talante con las cosas que Versinta le dezía, y fuese para los otros cavalleros que lo estaban esperando y dieron orden como luego partiesen de allí.^{194v} Y en aquella nao en qu'ellos ivan pusieron muy ricos pendones de las armas de Nápoles por amor de Damasio, que iba allí. En todas las otras ivan del rey de Bohemia salvo en la del gigante, que llevaba sus pendones. Como todo fue aparejado salieron del puerto con grande alegría tañendo muchas tronpetas y esturmentos de muchas maneras, y como les hazía el tiempo endereçado corrieron por su mar tanto que en poco tiempo los perdieron de vista los que los miravan.

[XL]

Lantina, la donzella de Oribena, anduvo por sus jornadas; sin aver entrevaleo alguno llegó a la cibdad de París, adond'el rey estava. En aquel tiempo estava tan cuitada Dispina por no saber nuevas de aquella donzella, como la vía tanto tardar, no sabía qué se pensar, y si no fuera porque avía sabido cómo Grimonte avía estado en Roma y avía librado a Damasio ella fuera muerta. Mas con todo esto sus pensamientos eran tantos, y la pena que tenía, que vino adolecer y estuvo a tiempo de muerte. Oribena y Felicia, hija del duque de Brogonia, la consolavan tanto y le dezían tales cosas que le hicieron sostener la vida, mas lo más del tiempo estava en el lecho y los maestros no sabían dar remedio a su mal.^{195r} El rey estava muy triste por su mal y también por no saber nuevas de Manfredro. Lantina, como llegó al palacio, apeose y fuese derechamente a la cámara de Dispina, que no la vio persona hasta que entró dentro. La princesa

Gramelina estava con Dispina porque también estava muy triste por la guerra de su padre, el rey de Nápoles, que ya el rey de Francia le avía enbiado ayuda, y ambas a dos estavam con gran cuidado y hablaban en la guerra cuando Lantina entró por la puerta y fue a besar las manos a Dispina, la cual fue tan turbada y alterada con su vista que perdió los sentidos y no pudo hablar a la donzella. Oribena se levantó y tomó a Lantina por la mano diziéndole:

—¡Ay, mi amiga, vós seáis la bienvenida! ¿Qué nuevas me traéis de mi tierra? Que mucho las é deseado.

Lantina le dixo:

—Mi señora, las nuevas son muy buenas, tales que después que las supierdes seréis muy alegre.

La princesa, cuando esto le oyó, dixo:

—Oribena, ¿no seré yo tan dichosa que me dicesen a mí otro tanto de la guerra de mi padre?

Lantina le dixo:

—Señora princesa, aun yo os podría dar buenas nuevas d'eso que dezís, porque yo supe de un escudero que encontré en el camino cosas estrañas. Me dixo cómo vuestro hermano Damasio y otros cavalleros muy buenos, especialmente uno que a su bondad no ay par, hizieran grandes cosas en Constantinopla y en el reino de Bohemia, por lo cual el rey de Bohemia dio muy grande ayuda a Damasio, y con gran flota iba a socorrer a su padre. Según él me dezía tales cavalleros ivan en su ayuda, que los moros no se podrán anparar d'ellos, e y'os hago cierta que antes de poco sepáis cómo todos los moros son muertos,^{195v} que por su mal pasaron los moros a cerrar a Nápoles.

La princesa Gramelina, cuando esto oyó, levantose muy alegre y fue a abraçar a Lantina.

—Mi verdadera amiga —dixo ella—, si

esas nuevas son verdaderas no temeré yo la pérdida de mi padre, pues Damasio, mi hermano, viene a socorrerle, que bien cierta soy que vendrá Grimonte con él, el buen cavallero, que anbos a dos se partieron juntos. Mucho soy alegre con lo que me avéis dicho. Quiérola ir a dezir al príncipe Donís, que mucho será alegre.

Y así lo hizo esta señora, que su marido no avía ido en el socorro del rey de Nápoles porque se sentía malo, y así lo estava entonces, mas con estas nuevas fue él muy alegre y el rey ansimismo. Y como la princesa se fue Lantina se llegó a Dispina, qu'estava echada en su lecho, y con lo que avía oído dezir el coraçón tenía tan alterado de plazer que no podía dezir cosa. Lantina le dixo:

—Señora, vedes aquí una carta del vuestro Grimonte, y él será aquí muy presto. Mucho ay que contaros. Sabiéndolo seréis muy alegre d'él y de las cosas maravillosas que á hecho, por donde la su fama es derramada por todo el mundo.

Dispina, tenblando de las manos y el coraçón, tomó la carta y dixo:

—¡Ay, mi amiga!, y ¿es verdad qu'esta carta es de Grimonte, que lo hallaste y á perdonado la mi desmesura en darle tan sañosa respuesta?

—Sí, por cierto, señora —dixo Lantina—, y si mucho me tardara, según su grande cuita y mortales deseos que por vós tenía, no pudiera sostener la vida mucho tiempo. Y jamás fue alegría que con la suya se igualase cuando le di vuestra carta. Leed, señora, esa qu'él os enbía, y después os contaré cuanto me avino después que yo de aquí partí.

Lantina se levantó y fuese para su señora, que muy alegre estava, y contole todo lo que le avía acontescido con Grimonte y a dónde lo fallara. Oribena amava mucho a Grimonte ^{196r} y plúgole mucho por la grande onra que Grimonte avía ganado en Grecia.

Dispina leyó la carta de Grimonte y halló en ella tales razones que la movieron a gran piedad y amor d'él, y como estava sola derramó muchas lágrimas sobre la carta y dezía:

—¡Ay, mi verdadero amigo, agora conosco yo que me amáis sin engaño, pues perdonastes la mi gran crueza y desdén que contra vós mostré! No era yo merescedora de tener señorío sobre tan buen cavallero, pues no lo supe conocer, mas agora yo vos daré el galardón que merescer vuestro gran valor.

Diziendo otras cosas muchas linpió sus ojos y asosegose lo mejor que pudo, y llamó a Oribena y a Lantina, y quedando solas todas tres dixo Dispina:

—Ruégovos, mi amiga, que contéis todo cuanto avéis pasado por mí, que nada no falte, y dónde hallastes a Grimonte.

Lantina le dixo:

—Sabé, mi señora, que después que yo me partí de vós anduve muchas tierras y no supe de Grimonte hasta Roma.

Y allí le contó todo lo que Grimonte avía hecho y después díxole cómo avía ido a Bohemia en busca d'él y contole lo que allí avía hecho en la guerra del rey llamándose el Cavallero de la Espina, y cómo desde allí Grimonte se avía ido a Costantinopla y cómo acordó de tener un paso en una puente, que no uviese cavallero que por allí pasase que no justase con él. Y contole de las grandes cosas que allí hizo, cómo llegara ella allí el p<r>ost[r]imer día qu'él avía d'estar allí y cómo lo halló conbatiéndose con el enperador, que por la su gran fama se quiso ir a provar con él, y todo lo que allí pasó, y cómo acabándose de conbatiir con él ella llegara a él y le diera su carta, y contole todas las cosas que con él avía pasado después de los torneos y todo cuanto avéis oído, que no faltó ninguna cosa de cómo avía hallado a Manfredro su hermano y cómo todos

juntos ivan a socorrer al rey ^{196v} de Nápoles, y cómo luego, acabándose la guerra, se avían de venir él y Manfredro, y que no se podían mucho tardar porque ya ella los dexava enbarcados y los vio salir del puerto. Y desdeque todo le ovo contado Dispina alçó las manos al cielo y dixo:

—¡O, señor Dios!, ¿cuándo te serviré el bien que me as hecho, que no moriese por amor de mi tan buen cavallero? Y quisiste socorrer mi vida que yo no muriese por él, que agora soy tornada en toda mi salud, pues tengo de ver aquel que en el mundo no tiene par, y a él solo quiero yo más que al mayor príncipe del mundo, aunque d'él fuese señor. Yo para mi servicio lo quiero. Ruégote que mi ventura no lo estorve.

Después qu'esto dixo, y otras muchas cosas, dixo a Lantina:

—Vós me avéis servido tanto que malaventurada sería yo si no vos lo pagase. Pues Grimonte vos vengó de la injuria que recibistes, a mí queda de daros el galardón de vuestro trabajo.

Lantina le besó las manos y Dispina la besó en el rostro y díxole:

—Ruégovos, mi amiga, por la fe que devéis a Dios y a vuestra señora, que me digáis por qué causa tuvo Grimonte el paso y dio los escudos que allí ganó a Lecidora, y si es muy hermosa.

Lantina conosció que Dispina estava alterada de oír las cosas de Lecidora y díxole:

—Mi señora, sabed que en el mundo ay cavallero más leal y que más verdaderamente ame qu'es Grimonte, que bien lo á dado a conocer, porque Lecidora tuviera por bien de casarse con él si él quisiera, y a esta causa le demandó un don. Y él, no sabiendo qué le quería demandar, gelo otorgó, y ella le mandó que tuviese aquel paso por ella, porque si él venciese todos supiesen la su gran bondad y los de su reino tuviesen por bien que

se ^{197r} casase con ella. Mas los pensamientos qu'ella pensó fueron en vano, que Grimonte no lo hiziera ni hará aunque ella fuera Lucida, hija del enperador, qu'es la más fermosa donzella que ay en el mundo después de vós, que yo é conosciado en Grimonte que vos ama tanto que no vos herraría en el pensamiento, cuanto más en obra.

Y entonces le contó de Antipena, cómo muriera por amor d'él, que era dueña de gran fermosura y de alta guisa, que solamente no la quisiera mirar por aquella manera.

—Por eso vós, mi señora, perded todo cuidado y sospecha que tengáis en vuestro corazón, que a Grimonte Dios lo hizo escogido en el mundo para que fuese vuestro.

Dispina se maravilló de las cosas que Lantina le contava y dixo:

—Si Lecidora mucha gloria recibió que por ella se guardase el paso de la puente y Grimonte tantos escudos de buenos cavalleros l'enbió, mayor creo será su pena quando viese que no [la] quería amar. Quiérome dexar de todas estas cosas, que bien soy cierta qu'es verdad todo lo que me dezís, que Grimonte no me herrará, tanta es su mesura y lealtad. Pues que á de venir, todas las otras cosas pongo en olvido, porque adonde quiera qu'él esté serápreciado y amado más que otro cavallero. Quiera Dios de guardallo en esta guerra a dond'es ido, porque las grandes penas que yo é pasado se tornen en alegrías.

—Así quiera Dios —dixo Oribena—, y desde agora començad, señora, alegraros y estad buena, porque quando él viniere os halle tan hermosa como os dexó. No tendrá en nada quantas donzellas all'avido.

Y sabed que de allí adelante Dispina no uvo menester maestros para su salud, que luego fue sana, tanta fue la alegría que su corazón sentió con la carta de Grimonte y con sus nuevas. Y de continuo estava con Lantina

hablando y hazíale dezir muchas vezes todas las cosas que con Grimonte avía pasado. El rey y la reina y toda la corte eran muy alegres de verla tornada en su fermosura y así estavan todos esperando las nuevas de la guerra, y Dispina a Grimonte, que una ora no se apartava de su pensamiento.

[XLI]

Partida del puerto la flota del rey de Bohemia, como vos avemos contado, con las velas tendidas entraron por la fonda mar. Con buen tiempo los quiso Nuestro Señor guiar como aquellos que ivan deseosos de verse con los enemigos de nuestra fe. En poco tienpo arribaron a la cibdad de Nápoles un jueves en la mañá, y cuando se vieron cerca d'ella dieron muchas [gracias] a Nuestro Señor y fueron muy alegres. Grimonte iba con mucho cuidado porque aquella gente toda iba en su cargo, y el rey de Bohemia a su causa avía enbiado los mejores cavalleros de su reino. Y como él vido a los enemigos tan cerca sonavan gran ruido de bozes y dixo a todos los cavalleros que ivan con él:

—Paréceme, señores, que aquí en esta nao avemos vinido todos juntos, y agora conviene que nos repartamos cada uno en su nao porque con más coraçón estos cavalleros que aquí van del reino de Bohemia osen acometer a los enemigos con mayor ardimiento llevando tan buenos cavalleros delante de sí como son cada uno de vosotros, a los cuales no ^{198r} quiero dezir más sino que parescan oy vuestras bondades, que aquí serán bien enpleadas las grandes fuerças que Nuestro Señor os dio.

Todos con un coraçón dixerón, pues a él llevavan delante, no tenían qué temer. Y el primero que saltó en un batel fue Damasio, y fuese a otra nao, y así hizieron todos los

otros salvo Claudio, que no se quiso apartar de Grimonte. Y después qu'esto hizieron todos se pusieron en punto, y como llegaron muy cerca de la cibdad vieron gran flota de naos y cómo se combatían muy bravamente en la mar, que no parecía sino que todo el mundo era allí llegado, y vieron en algunas naos de aquellas las armas de la flor de lis de Francia, qu'estavan en pendones y en vanderas. Y sabed que aquella noche avían llegado muy gran flota del rey de Francia en que venían muchos buenos cavalleros y traían por capitanes a Orsilón, sobrino del rey de España, que era muy buen cavallero, como vos contamos en los torneos que hizieron cuando casó el príncipe Donís, y venía ansimismo Marfides, duque de Urliéns, que avía poco qu'era duque, y otros muchos buenos cavalleros. Y como vieron el alva del día acometieron muy bravamente a los moros, los cuales se defendían con grande ardimiento, que eran muchos y buenos cavalleros. Cuando Grimonte y todos los otros llegaron hallaron muy mal parados a los franceses y ganadas algunas naos de los moros, y como Grimonte iba delantero conosció que aquellos que peleavan con los moros eran franceses, según el apellido que nonbravan y las armas que conosció. Crecióle grande ardimiento y hizo endereçar su nao hazia donde vido la mayor priesa y juntó con los que combatían la nao a dond'estava Orsilón d'España, el cual se defendía como buen cavallero, ^{198v} aunque le tenían ya ganada la nao y los moros le avían muerto todos cuantos en ella estavan salvo a Orsilón y a otros cinco cavalleros qu'estavan en un castillo, y de allí se defendían lo mejor que podían, mas su defensa turara poco si no le viniera tal socorro. Grimonte, como su nao llegó a un costado de la de Orsilón, hizo a los marineros que le aferrasen con ella y saltó muy ligeramente con los enemigos,

y Claudio tras él, y otros cavalleros, y comenzaron a ferir a los moros muy sin pavor. Grimonte dio tal golpe al primero que halló delante de sí que luego cayó muerto en tierra, y comenzó a dar a los unos y a los otros de tal manera qu'erán espantados y hazíanle lugar por do fuese. Y pasó delante y vido al rey de Hormolín, qu'esforçava mucho a los suyos y estava armado de muy ricas armas; y este rey era primo de Ruagén y era maravillosamente buen cavallero. Por su mano avía muerto más de quinze cavalleros franceses, por onde se avía ganado aquella nao. Grimonte arreció contra él enbraçado su escudo y el rey lo dudó, más vino ansimismo contra él y diéronse tan fuertes golpes por encima de los yelmos como eran buenos cavalleros, mas Grimonte, que gran ventaja le tenía, dióle tal priesa que lo hizo caer a sus pies estendido. Un almirante su vasallo, que así lo vio, con gran pesar que ovo fuese a Grimonte y dióle tales tres golpes que si no los rescibiera en el escudo lo matara, mas Grimonte, no espantado, le dio tal golpe encima de la cabeça que le hendió hasta los dientes y cayó muerto a sus pies, mas cercáronlo más de veinte cavalleros por vengar a sus señores, mas él se defendía maravillosamente, que no acertava a ninguno golpe a de^{199r}recho que no diese con él en el suelo muerto o malherido.

Claudio, que así lo vio, hizo tales cosas que a dur<e>[o] os las podría onbre dezir, que por fuerça los hizo arredrar afuera mal su grado. Franquel, hijo del uésped, fue aquel día muy bueno. Sin pavor acometía a los enemigos muy bravamente. Orsilón el español, cuando vido que tal ayuda le era venida, conoció a Grimonte por las armas y fue muy alegre, y aunqu'estava herido decendió ayudalles y todos acometieron los moros de tal manera que no les pudieron durar. Huyendo se echavan en la mar por saltar en otras naos,

de manera que aquella fue desenbaraçada de los enemigos, mas eran los muertos tantos, así de franceses como de moros, que no podían andar entr'ellos, mas luego se juntó otras dos naos de moros allí. Grimonte y todos los qu'estavan con él los recibieron tan esforçadamente que por su mal fueron allí venidos y fue una batalla tan cruel entr'ellos que no se vos podría dezir, mas a la fin los moros fueron vencidos y muchos cavalleros principales allí muertos.

Pues los otros cavalleros no estavan de balde, que socorrieron allí donde les pareció que era menester. El gigante Marceón socorrió al duque de Urlienes, qu'estava preso en poder del rey de Baxía, que era maravillosamente buen cavallero y fue muerto por las manos del gigante, y mató él y los suyos cuantos en la nao hallaron, y soltaron al duque. Damasio socorrió al conde de Ruiseillón tan bravamente que ganaron dos naos de moros con quienes combatían. Arquelao y Carpasio socorrieron al conde de Amplari, que se combatía con el Gran Morato de Aravia, y uvieron una muy esquivia batalla con él, y a la fin lo prendió Arquilao muy malferido. Sabed que Ruaxén en aquella razón se avía sentido malo y estava en el real en sus tiendas, y Cardacio, príncipe de ^{199v}Chiple, estava con él, y mientras los suyos peleavan con los franceses saliéronse a la orilla de la mar a mirar porque Ruaxén no'stava para pelear, y cuando vieron el ayuda que a los franceses venían pesosles mucho. Y Cardacio se fue a armar y otros grandes señores de su reino con él, y él, que entrava en una nao, vino un cavallero en un batel dando bozes:

—¿Qué hazéis, señor Ruaxén? Que vuestro primo, el rey de Hormolín, es muerto, y el almirante su tío y todos los cavalleros que con ellos fueron, qu'es venido un cavallero que no puede ser que no sea diablo según su braveza.

—Muerto es el mejor rey que avía entre los moros —dixo Ruaxén—. Nunca tan gran mal como este Dios consentió. Yo moriré o lo vengaré. Ruégovos, Cardacio, que vais luego a vengallo, que yo seré con vós muy prestamente.

Y deziendo esto se fue a armar, que iba tan sañudo que de su mal no se le acordava, y como se armó entró en una nao muy ligera y otros cavalleros con él y como [los] qu'estavan en el real en tierra vieron que tan mal iba[n los] suyos acogía[n]se todos a las naos. El rey de Nápoles, quando vido tan buen socorro, dio muchas gracias a Nuestro Señor y salió con muchos cavalleros por una puerta y ferió en los enemigos muy bravamente, y mataron enfenitos moros y robaron el real los peones, y llevaban todas las cosas que hallavan en él a la cibdad, y como todos los mejores cavalleros peleavan en la mar no tenían de quién temer, y así se ivan huyendo a meter en las naos, tanto qu'el rey y los suyos llegaron hasta la ribera de la mar matando y feriendo cuantos hallavan. Cardacio, príncipe de Chiple, endereçó su nao a la parte donde Grimonte peleava, y como llegó y le vido hazer tales maravillas en armas conosciolo en el escudo que traía y començole de dezir:

—Agora, mis cavalleros, esforços, que oy entiendo de aver vengança de aquel que tanto pesar me hizo. ^{200r} Vedes allí el cavallero que mató a Peledo<s> el Salvaje, por quien esta guerra se començó, y agora os viene a destruir. Todos con gran coraçón vamos a él y muera, y luego folgará mi coraçón.

Estava con Cardacio el duque de Mesina, que era muy buen cavallero, y como estas palabras oyó a Cardacio creciole grande ardimiento y hizo juntar la nao muy junto a la de donde estava Grimonte, y a pesar de todos entró dentro y tras él otros cavalleros e ansimismo Cardacio, y començose entr'ellos

una muy cruel batalla, que jamás se vido tan cruda sobre la mar. Cardacio salió adelante de a dond'estava Grimonte y díxole:

—A tienpo sois agora, don mal cavallero, de pagar los pesares que me avéis hecho.

Grimonte conosció que aquel era Cardacio, príncipe de Chiple, y que avía traído los moros allí, y díxole:

—De tales renegados cavalleros como vós sois, Cardacio, nunca me espantaré, que avéis hecho traición a Dios y al mundo en traer los moros a destruir los cristianos.

Y deziendo esto alçó el espada y dióle tan fuerte golpe encima del escudo que gelo fendió fasta la mano por onde lo tenía enbraçado y cortole todos los dedos, que por fuerça uvo de dexar Cardacio el escudo, y tomó la espada lo mejor que pudo y dio a Grimonte dos muy fuertes golpes por encima del yelmo, que gelo abolló y hízogelo rebover en la cabeça. Grimonte fue muy sañudo y dióle tal golpe por encima del yelmo que aunque era muy fuerte <que> gelo hendió, y la espada llegó a la carne de tal manera que Cardacio, desacordado, cayó a los pies de Grimonte, el cual pasó adelante por socorrer a Claudio, que avía muerto al duque y aquexávanlo muchos cavalleros.

Qué vos diremos. La mortandad fue allí tanta que no podían andar sino sobre los muertos. Los franceses, que tan buen socorro avían avido, esforçáronse tanto que quando fue ora de bísperas la gran flota de los moros fue ^{200v} toda destruida y todos ellos muertos y presos. Ruaxén, que como vos deximos se avía armado y entrado en una nao, anduvo esforçando los suyos y ayudándoles lo mejor que pudo, vido la perdición de sus gentes. No se tuvo por seguro y mandó a los marineros que alçasen las velas y fuesen huyendo, y otras naos de cavalleros que pudieron escapar. Y como Grimonte y sus conpañeros se delibrasen de todos los

cavalleros de Cardacio tornó a ver si Cardacio era muerto, y quitole el yelmo y vido qu'estava bivo, y mandolo tomar a seis cavalleros que lo llevasen al rey y le pidiesen por merced de su parte que lo hiziese curar de sus llagas, que no parase mientes al mal que le avía hecho, y ellos así lo hizieron. Y halláronlo en la ribera de la mar muy alegre y recibíolos muy bien, y díxoles que se faría todo lo que Grimonte mandava y hízolo llevar a la cibdad, y curáronlo de sus llagas y hallaron los maestros que podría bevir.

Grimonte se tornó con sus compañeros a la nao a donde avía venido por se quitar d'entre los muertos y curarse de las llagas que tenía, y luego vinieron allí Arquilao y todos los otros cavalleros que otro tanto hizieron después que vieron a sus enemigos vencidos, y cuando se vieron los unos a los otros uvieron muy gran plazer porque no faltava ninguno de los principales salvo el conde que avía enbiado el rey de Bohemia por cabdillo de su gente, que lo mató el duque de Mesina. Aunqu'estavan todos malferidos dieron muchas gracias a Nuestro Señor. Como todos se ivan para la cibdad encontraron a Damasio, que venía muy alegre por la vitoria que avían avido, y entró en la nao a donde todos los cavalleros ivan y començolos de abraçar con grande amor y especialmente a Grimonte, diziéndole:

—Bien cierto era yo que la vuestra buena ventura nos avía de hazer a todos vencedores. No me pesa sino ^{201r} por Ruaxén, que se nos á ido a su [tierra].

—¡Santa María, valmel! —dixo Grimonte—. ¿Sabéis vós cierto que se fue Ruaxén, que no es muerto ni preso?

—Sí, cierto —dixo Damasio—, qu'el rey me lo enbió a dezir con un escudero que me conosció en las armas desde la ribera de la mar, que yo andava muy junto aquella parte.

—Ya Dios no me ayude —dixo

Grimonte— si ello así pasa, que yo lo quiero seguir, y los que quisieren ir conmigo porque no se vaya alasando y torne otra vez con más poder a vengar los suyos. Vós, señor Damasio, quedaos en todas maneras y hazed recoger todos los heridos que por esas naos uviere y hazedlos curar, y los qu'estuvieren sanos vayan tras mí si quisieren, que hasta su tierra iré tras él si no lo puedo alcançar antes.

Todos dixerón qu'era bien lo que Grimonte dezía y luego se puso en obra. Todos los más de los buenos cavalleros se metieron en aquella nao, que serían hasta cient<e>[o] ochenta, y como Grimonte la vido aparejada hizo a los marineros que alçasen velas y s'entraron por aquella parte donde Ruaxén se avía ido. Damasio anduvo por todas las naos, así de franceses como de Bohemia, y todos los heridos hizo sacar en tierra y los otros díxoles a todos cómo Grimonte iba tras los que eran huidos, que les rogava que los siguiese[n] porque lo socorriesen si fuese menester. Todos lo tuvieron por bien y repartiéronse por las mejores naos y siguieron la vía que iba Grimonte. Damasio salió en tierra por ver a su padre, el cual lo rescibió con grande alegría, y cuando supo que Grimonte era ido pesole, qu'él estava contento con lo que era hecho, y mandó a Damasio que no se detuviese, que se fuese luego tras él. Damasio tomó cincuenta cavalleros de los suyos y entró con ellos en una nao y fue su vía. El rey mandó poner recabdo en todos los que quedavan y hazerlos ^{201v} curar y dar todas las cosas que les eran menester.

No vos podríamos contar las grandes riquezas qu'el rey halló en el real y en las naos, que fueron muchas las que quedaron de los moros. Los presos hízolos todos guardar y ansimismo las ricas joyas que allí fueron halladas para repartillas con todos los cavalleros que vinieron a socorrello, y tenía en

pensamiento de darlo todo a Grimonte para qu'él de su mano lo re[partiese]<seasen> [como] él tuviese por bien. La reina era muy alegre por la buena ventura que Dios le avía dado y hazía mucha onra a los cavalleros del reino de Bohemia que allí quedaron heridos, y no era cansada de oír las nuevas qu'ellos contavan de las grandes cosas que Grimonte y Damasio su hijo avían hecho en Costantinopla y en Bohemia, y rogava a Nuestro Señor que los guardase y los trajese delante de sus ojos.

[XLII]

Grimonte y sus conpañeros que ivan en el alcance de Ruaxén. Curolos Versinta de las llagas que avían recibido. Todos ivan con tanto deseo de verse con los moros porque ninguno d'ellos escapasen que no sentían el mal que tenían, y aquella noche, yendo por su mar, començose a enbravecer y a mudarse los vientos de tal manera que fueron en grande peligro según la tormenta se levantó, y fueron los vientos tan recios que los marineros no se sabían remediar. Todos estaban con grande temor, y sus grandes esfuerços no bastavan para no temer [el] grande peligro en que se vían, que ya no quisieran aver començado aquel viage.

^{202r} Grimonte, que su coraçón nunca desmayó, los esforçava lo mejor que podía diziéndoles que no temiesen ninguna cosa qu'él Señor poderoso en cuyo servicio ellos ivan los libraría de aquel peligro. Y anduvieron cinco días que no sabían a qué parte estaban, y una noche los vientos los metieron en un puerto de África, en el reino de Túnez, y cuando se vieron cerca de tierra dieron muchas gracias a Nuestro Señor y echaron las áncoras por se remediar. Y avíanse llegado todas las más de las naos que venían en socorro de Grimonte y todas entraron allí en

aquel puerto, que por milagro fue tenido según la gran tormenta que avían pasado.

Los marineros reconocieron la tierra en qu'estavan y dixéronlo a Grimonte y a todos los otros cavalleros, el cual respondió con grande alegría, mostrando grande esfuerço:

—Agora creo yo, señores, que Nuestro Señor nos á guiado para que le hagamos algún servicio y los moros nos paguen los daños que an fecho. Yo por mí digo que yo no partiré de aquí por mi voluntad hasta que vea qué tierra es esta, si podremos hazer alguna cosa en que Dios aya de ser servido.

Todos respondieron qu'estavan aparejados para seguirle en todo lo qu'él quisiese hazer, y luego mandó saber Grimonte quién venía en las otras naos, y cuando supo que allí era Damasio y el gigante Marceón y el duque de Urléins y otros muchos buenos cavalleros de Francia qu'él conocía uvo mucho plazer, y aún en este tienpo la tormenta no ceçava. Todos los de la villa estaban recogidos dentro, que no osavan salir a la ribera de la mar. Con los grandes vientos y la escuridad de la noche no vieron ni sentieron las naos qu'entraron en el puerto, y como estaban seguros que no <t>[v]enían de ninguna parte tenían las puertas abiertas. Grimonte, que muy sesudo era, y otro pensamiento no era el suyo sino por hazer daño ^{202v} a sus enemigos, vio qu'en la ribera de la mar no avía gente, sino tan solamente unas barcas qu'estavan atadas. Rogó mucho a dos marineros que saliesen en tierra en un batel, que mirasen la villa de qué manera estava. Ellos lo hizieron luego, que con remos llegaron a tierra, y los unos quedaron en el batel y los dos que sabían más la tierra salieron y fueron hasta la villa sin hallar persona alguna, y como vieron las puertas abiertas tornáronse muy apriesa y dixéronlo a Grimonte, cómo no avían hallado persona que los viese, que seguramente podrían

entrar. Grimonte uvo gran plazer y hízolo saber a todos rogándoles que se aparejasen, que saliesen a tierra luego porque tomasen la villa antes que fuesen sentidos, y como todos estaban armados muy presto fueron puestos en punto y con las barcas qu'estaban atadas en la orilla de la mar que los marineros traxeron salieron en tierra hasta dos mil cavalleros, y los otros mandó Grimonte que quedasen para guardar las naos. Y ayu-
doles mucho a hazer esto la claridad de la luna, que era ya salida, y como Grimonte vido que tan bien se les avía hecho sin ser sentidos hizo a los dos marineros que los guíase[n] y el iva en la delantera, y cuando llegaron a la puerta de la villa ya el alva venía [y] entraron por las calles. Grimonte mandó a Arquila[o] y a Carpasio qu'estuviesen con dozientos cavalleros a las puertas de la villa y que tomasen las torres, que las guardasen bien, que por allí no saliesen los moros, y luego fue hecho. Y él y todos los otros fueron adelante matando y feriendo a cuantos hallavan, que los moros, como oyeron la buelta de los cavalleros, levantávanse de las camas y abrían las puertas, no sabiendo qué era, y eran luego muertos.

Qué vos diremos. De toda la villa no uvo onbre que armas pudiese tomar. Uvo algunos cavalleros que se fueron huyendo al ^{203r} castillo. Todos los otros eran mercaderes que tratavan por la mar, y a esta causa no ovo defensa en ellos, que a ora de mediodía no avía cosa por hazer, que todos los de la villa fueron muertos y presos. No vos podríamos contar las grandes riquezas, que allí uvieron tantas dueñas y donzellas cabtivas muy hermosas, las cuales hazían tan grandes llantos que no avía quien las viese que d'ellas no uviese manzilla. Y estando Grimonte y todos los otros cavalleros en concejo por ordenar lo que farían, si se irían luego a sus naos con todas las cosas que allí hallaron o

si estarían allí algunos días para hazer más mal a los moros; y estando todos en aqueste consejo vino un cavallero a gran prisa a hazer saber a Damasio cómo avía llegado al puerto gran flota del reino de Cecilia, que ivan a Nápoles y la gran tormenta los avía echado aquella parte, que venía allí Brimarte su primo, hijo del rey de Cecilia, y como los vieron quisieran aver con ellos batalla por defendelles que no entrasen en el puerto, que avían conosciado las armas de Cecilia y que por esto les demandaron quién eran. Y sabida la verdad avían ido a estar con Brimarte y le avían hecho saber todo el fecho, cómo avía pasado, y dixo el cavallero que Brimarte estava muy alegre con aquellas nuevas y que avía dicho que, pues Dios allí lo avía traído, que no partería de allí hasta verse con los moros. Quería salir en tierra a venir a verlos, y que lo avía hecho detener hasta venir a dezirlo. Gran plazer uvo Damasio y Grimonte y todos los otros cavalleros con aquellas nuevas y acordaron que Damasio y Manfredro con cincuenta cavalleros fuesen a la mar a ver a Brimarte y así fue hecho, y entraron en bateles y fueron a la nao a dond'él estava, y cuando se vieron los dos primos recibiéronse con grande a mor y ansimismo Manfredro, que mucho avía oído de^{203v}zir de la bondad de Brimarte, el cual les dixo:

—Mis buenos señores, muy alegre soy de la vitoria que avéis avido así sobre Nápoles como aquí de los moros, y donde tantos buenos cavalleros se juntaron. No esperaba menos, y pues que la mi tardança causó que no tomase parte de vuestros trabajos por onde onra alcançase quiero agora, pues Dios aquí me trajo, quiero ver qué tales son los cavalleros moros porque no sea en balde mi venida.

Damasio y Manfredro le respondieron:

—Bien ciertos somos, señor, que según

vuestra gran bondad que nos la querréis dar a conocer y la conocerán por su mal los moros. Queremos, señor, que sepáis que nosotros aportamos aquí con gran tormenta, como vós hezistes, y el gran esfuerço y saber de Grimonte, con el ayuda de Dios, ganamos esta villa qu'es tan fuerte como veréis. Cuando estávamos todos en consejo de lo que haríamos en este fecho nos vinieron a dezir cómo érades aquí aportado. Todos dimos gracias a Nuestro Señor por nos hazer tanto bien. Todos nosotros tenemos por cabdillo a Grimonte, porque lo hizo Dios tan estremado en bondad y seso. Por la su buena ventura nos á venido todo bien. Por esto vos pidimos por merced que queráis ir con nosotros a la villa, y con el vuestro consejo y con el suyo ordenaremos aquello que sea servicio de Dios y onra de todos.

Brimarte dixo qu'era contento, que por solo ver a Grimonte aría él toda cosa, y dexó el conde de Modín por cabdillo de toda su gente y él llevó consigo treinta cavalleros, y todos armados salieron de las naos. Sabed que este Brimarte era cavallero de grande mesura y bondad, y era de tanta fermosura que a duro se podría hallar otro más loçano qu'él, y tenía gran señorío y era hijo segundo del rey de Cecilia, hermano de la reina de Nápoles, y salió con su padre a socorrer la reina con gran cavallería. Y viniendo para Nápoles le tomó aquella tormenta en la mar ^{204r} y quísolos Dios guiar para que por su venida Grimonte y todos los otros cavalleros tomasen esfuerço para hazer lo que adelante oiréis.

Grimonte, mientra que Damasio fue a la mar, estuvo pensando en muchas cosas que convenían aquel fecho que tenía entre manos, y no le estorbava otra cosa para estar allí haziendo guerra a los moros sino la tardança que haría en ir a ver a su señora, qu'esto era para él grave pena en no conplir

su mandado, y el gran deseo que de verla tenía [lo] atormentava gravemente y esto le hazía dudar de començar la guerra. Por otra parte pensava el gran servicio que a Dios haría y la grande onra que allí ganaría haziendo tales cosas por onde su señora lo preciase más cuando delante d'ella fuese. Y olvidados todos los otros pensamientos afirmó en su corazón, si todos los otros cavalleros quisiesen, estar allí hasta que hiziesen gran daño en los moros, y luego mandó poner recabdo en todas las puertas y que fuesen dozientos cavalleros cab'el castillo que guardasen, que no pudiese salir ninguno, y mandó echar todos los muertos fuera de la villa y poner recabdo en los presos, y fueron hallados veinte cativos cristianos. Grimonte los mandó traer delante de sí por aver aviso d'ellos de los lugares y villas comarcanos, y en este comedio, que ya la noche entrava, vino Damasio con Brimarte, y cuando se vieron los unos a los otros recibéronse con grande amor y cortesía. Brimarte fue maravillado de ver la gran beldad de Grimonte con tan sobrada bondad y omillósele mucho, y dixo:

—Aunque yo otra cosa no heziese en esta venida sino veros, señor Grimonte, me puedo llamar bienaventurado, y por tal me tengo por poderos servir.

Grimonte, que sobraba de cortesía a todos los cavalleros, se le omilló mucho más.

—Con verdad —dixo él—, nos devemos todos de tener por dichosos con vuestro socorro, porque venistes a tienpo que creo será conocida vuestra gran ^{204v} bondad. E yo só aquel que os tengo de servir en todo porque estamos en tienpo que avemos menester consejo. Bueno será que tornemos todos a él, pues vuestra venida no nos dexó acordar lo que menester nos era.

Y luego se fueron todos a un palacio muy rico en que Grimonte posava, que era

de un moro el más prencipal de la villa, y sentados todos callaron una gran pieça esperando qu'el primero hablaría. El gigante Marceón dixo:

—Señor Grimonte, todos los cavalleros que aquí están esperan vuestro consejo como aquel que mayor parte de las afrentas espera. Por vuestro gran esfuerço esperan todos de vencer los enemigos. En vuestra mano es que nos partamos mañana de aquí, pues ya la tormenta es seçada, o que hagamos guerra a los moros d'esta villa que avemos ganado, que todos avremos por bien de conplir vuestro mandado.

Todos cuantos allí estavan dixerón que Marceón avía dicho verdad, que en él era tomar la guerra o dexarlla. Grimonte, que vido la grande onra que todos le hazían, respondiòles:

—Mis señores, yo soy un cavallero de tan poco valor que no podría serviros ni gradeceros la grande onra que me hazéis, mas la grande bondad de vosotros causa de preciar a quien no lo merece. Pues todos dexáis a mí el cargo d'este fecho, parésceme, pues Nuestro Señor tan maravillosamente nos á guiado aquí, que trabajemos por servirle y no mostremos tan poco esfuerço que no osemos esperar alguna afrenta. Ya avéis visto cómo esta villa es tan fuerte que nos podemos aquí bien defender, y en ella avemos hallado tanta provesión que nos bastara para un año. Mas de aquí saldremos a hazer daño en toda la tierra, e yo tengo cristianos que aquí estavan cativos que nos guiar[án]. Si por ventura el rey de Tremecén nos viniese a buscar saldremos a él sesudamente, y cuando en tal peligro nos viésemos que no podiésemos ^{205r} valernos a la muchedumbre de la gente la mar no nos la pueden quitar que no entrásemos en nuestras naos y nos [pongamos] a nuestro salvo. Para esto parésceme que devemos de elegir un capitán

que tenga cargo de todas las cosas, que de otra manera podríamos herrar si no uviese tal cavallero que tuviese cargo de gobernar a todos. Yo é dicho lo que me paresce. Vosotros, señores, podéis acordar en lo mejor.

Y callose. Todos cuantos allí estavan dixerón que no aví'allí más que dezir, que así se hiziese. Todos acordaron sobre muchas razones que pasaron de tomar por capitán a Grimonte, pues él mejor que todos lo merecía, y esto otorgó el contra su voluntad. Y después qu'esto uvieron hecho salieron a cenar, que bien aparejo tenían para ello, y pusieron sus guardas y folgaron aquella noche del trabajo que avían recibido.

[XLIII]

Otro día hizieron salir toda la gente de Cecilia para venirse aposentar a la villa y dexaron la que era menester para la guarda de las naos, y hizieron sacar todos los cavallos y cuanto les era menester, y Grimonte hizo repartir todas las riquezas que allí hallaron tan bien que todos fueron contentos. Allí hallaron muchos cavallos, que les fue grande ayuda. Y como todo esto fue hecho Brimarte y Manfredro salieron por mandado de Grimonte con dos mil cavalleros a correr la tierra de en derredor, y que trajesen todo el ganado que pudiesen aver y quemasen y destruyesen todos los lugares que hallasen, y dioles cuatro cristianos que los guiaron tan bien que hizieron gran daño y mataron enfenitos moros y moras y quemaron ^{205v} ocho lugares y trageron mucho ganado porque los moros estavan muy seguros y no se temían de tal cosa. Mientre tanto Grimonte tuvo tal manera con un moro que prendió que l'enbió a los del castillo que les dixesen que si querían dárgele que los dexaría ir con cuanto tenían y que les daría todos los cabtivos y cativas que tenían. Como

muchos de los cavalleros que dentro estavan tenían hijos y mugeres cativados hizieron tanto con el alcaide que lo otorgó y salieron todos fuera con cuanto tenían, y Grimonte les hizo dar quantas mugeres y presos avían tomado y entregáronle el castillo, con el cual fueron todos muy alegres por tener aquella villa toda desenbaraçada. El alcaide y todos los que con él ivan se fueron derechamente a la cibdad de Betaín, a dond'el rey estava, que era una de las más fuertes y ricas que en todo el reino de Túnez avía. Y queremos que sepáis quién era este rey que entonces reinava en el reino de Túnez y cómo lo tenía por fuerça.

Sabed qu'este rey se llamava Arizmeque y era uno de los más bravos y fuertes cavalleros que entonces se hallava en toda la bervería, y era casado con una hija del rey de Tremecén, hermana de Ruaxén. Y este Arizmeque, como murió su hermano, el rey de Túnez, en Grecia, cuando fue en ayuda de Aduraxe, como vos avemos contado, apoderose de todo el reino. Como él quedó por governador y prendió a un sobrino que le venía de derecho el reino y tenía lo en una torre muy fuerte que avía en aquella cibdad de Bataín, y por eso él estava allí de contino. Y de todos los de su reino era malquisto porque era sobervio y les hazía fuerças. Y como el alcaide y todos los otros que ivan con él entraron por la cibdad haciendo grandes llantos todos se espantavan y fuéronlo a dezir al rey, el cual los mandó venir delante d'él. Ellos le contaron todo lo que les avía acontecido. Arizmeque fue ^{206r} muy airado con aquellas nuevas y juró por Dios que lo avía criado de hazer tal vengança y destrucción en aquellos cristianos que tal daño le avían fecho que por todo el mundo fuese sonado. Y mandó luego que fuesen por todo el reino a llamar sus gentes, que luego viniesen, y mientre tan<d>[t]o

él ad<a>[e]reçó todas las cosas que le eran menester y en poco tiempo fueron juntas muchas gentes, en que avía veinte mil cavalleros y cuarenta mil peones, y dexó un su hijo, que era ya cavallero, la guarda de la cibdad, y él movió con toda su hueste contra la villa de Medón, que así avía nonbre.

Grimonte era de todo esto avisado porque luego enbió tras el alcaide un cristiano de los que eran cabtivos para que le traxese aviso de lo qu'el rey hazía, y mientre tanto cada día salían cavalleros a hazer daño en la tierra y traían grandes robos cada vez que salían. El rey, como no estava sino dos jornadas d'ellos, en seis días vino sobre ellos y venía aguardando. La gente cada día le llegava, y como los cristianos vieron a los moros pusiéronse todos por los muros y tiraron muchos tiros y mosaron grande alegría. Los moros hizieron tan grande ruido que parecía que allí estavan juntos todos los africanos y pusieron su real no muy lejos de la villa. Grimonte no quiso que ninguno saliese a ellos por más los asegurar y para tomarlos mejor a su voluntad, y puso sus guardas que les convenían, y mandó a <mandó a> Arquilao y a Polidantes que uviesen la sobreguarda y así pasaron aquella noche, el rey en su real y ellos en la villa, que muy poco temor les tenían aunqu'el rey Arizmeque traía muy buenos cavalleros.

Y otro día el rey mandó a un almirante suyo que fuese a la villa y que dixese a Grimonte y a todos los que con él estavan que se metiesen en su poder y que podría ser, si así lo hiziesen, que haría con ellos alguna merced de tomallos por sus cabtivos, y que si así no lo hiziesen ^{206v} que no dexaría ninguno d'ellos que no los hiziese morir muy cruelmente. El almirante fue con otros cuatro cavalleros y los porteros le dexaron entrar y tomáronlo y lleváronlo delante de Grimonte y de todos los otros cavalleros, y

como los vido a todos juntos en un palacio maravilloso y bien conoció que devían ser para fazer todo bien, y dixo en alta boz:

—Cavalleros, el rey Arizmeque mi señor m'enbía a vosotros y dize que no puede saber quién sois ni de qué tierra venistes a fazelle daño en su tierra. Aunque de vosotros á recibido grande enojo, que vos tomará a merced, que seáis sus cabtivos.

Y díxoles todo lo qu'el rey les enbiava a dezir. Grimonte, que mejor entendió todo lo qu'el almirante dixo, hizolo entender a todos los otros cavalleros y acordaron la respuesta que le<s> diese, el cual le dixo:

—Amigo, id y dezid a vuestro señor que nosotros somos de muchas tierras, que fuemos a socorrer al rey de Nápoles, que Ruaxén su cuñado tenía cercado, y que le hazemos saber qu'es vencido y destruido por nosotros, y que viniendo tras él aportamos aquí, en su reino, y que no ay tal cavall[ero de] nosotros que más no quiera morir que ser su cabtivo, que esperamos en Nuestro Señor que antes de poco tiempo le haremos conocer su sobervia, qu'el reino que tiene forçado lo avrá de dexar mal su grado. Y otra respuesta no avréis, que menester le hará entender en defenderse que en dezir sobervias.

El almirante, qu'estava espantado de oír que Ruaxén era desbaratado, no quiso más detenerse y tornose a su señor y contole lo que Grimonte le dixo, el cual fue muy espantado y triste porqu'él avía enbiado tres mil cavalleros a Ruaxén con un hermano suyo. Mas su esfuerço era tanto que allí entendía de vengarse y entendió luego en hazer aparejos para combatir la villa. Mas los qu'estaban dentro no quisieron esperar a eso, que Grimonte acordó de salir a ellos y no estar cercado, y una ^{207r} noche, después de seis días qu'el rey estava sobr'ellos, Grimonte ordenó de la manera que avían

de salir, y dio la delantera a Brimarte con mil cavalleros y la segunda haz a Manfredro con <con> mil y dozientos cavalleros. La tercera dio a Arquilao con mil y quinientos. La cuarta dio a Damasio con mil cavalleros. La quinta a Carpasio con otros mil. La sesta dio a Polidantes y Franquel con ochocientos cavalleros y la setena a Claudio con mil y cuatrocientos cavalleros. La otava dio al gigante Marceón con quinientos cavalleros. La novena dio a Orsilón con seiscientos cavalleros. La décima y postrimera llevó él con dos mil cavalleros. El duque de Urléens quedó en la guarda de la villa con mil cavalleros, que eran por todos onze mil cavalleros sin los que quedaron en guar[da] de la villa y en las naos, porque Brimarte avía traído ocho mil cavalleros. Y como todo fue ordenado, viniendo el alva del día Brimarte salió con gran deseo de verse con los moros y no quiso detenerse, mas luego fue con las guardas enbuelto, y el primero que ferió fue él tan esforçadamente que por maravilla escaparon dos que fueron al real dando bozes.

Brimarte y los suyos entraron por las tiendas matando y feriendo cuantos al roido salían, que en poco espacio mataron más de tres mil moros. Viérades hazer maravillas a Brimarte, que era esfuerço de todos los suyos. Al gran ruido que en el real avía el rey se levantó y armose muy prestamente, y comenzó a recoger todos sus cavalleros con grande esfuerço y ponerse en el canpo. Los moros cargavan ya tanto sobre Brimarte que le fue bien menester el socorro de Manfredro, el cual entró entre los moros con tan grande ardimiento, que por su mal d'ellos fue allí venido, mas con todo esto los peones moros hazían gran daño, que se ^{207v} pusieron a un lado y matavan los cavallos a los cavalleros, de que recibían grande daño. Mas Arquilao llegó de aquella parte y hizo apear más de seiscientos cavalleros, y dieron

tan esforçadamente en los peones que los hizieron arredrar mal su grado matando y feriendo en ellos, porque no eran tan armados como ellos; aunque les tiravan con arcos y saetas no les podrían mucho enpecer por las buenas armas que traían. Entre los cavalleros moros y cristianos mesclose una muy mortal batalla, y un sobrino del rey andava esforçando a los suyos con grande ardimiento y fería muy sin pavor a cuantos delante de sí fallava. Vido a Arquilao, que hazía gran daño en los suyos, tomó una lança a sobremano y fue a él y arrojósel a con gran fuerça. Y quisolo Dios guardar, que aquella ora se avía abajado a tomar una lança para ir contra él y pasole por encima de la cabeça y dio a otro cavallero, que le pasó todo el cuerpo y cayó luego muerto en tierra. Arquilao, que lo vido, puso las espuelas a su cavallo y encontró tan duramente al moro que se la metió por el pecho y dio con él muerto en tierra.

Brimarte mató dos almirantes que mucho daño hazían. Manfedro mató a un tío de la reina que era cavallero de grande ardimiento y como estos fueron muertos los moros se ponían en vencida, más socorriolos el rey con diez mil cavalleros que tenía consigo. Y él venía delante y començó d'esforçar de tal manera a los suyos que les puso gran corazón, y herieron tan bravamente en los cristianos que no les pudieron durar. Mas Grimonte, que todo esto mirava, no pudo más sufrir y dixo:

—Agora, señores, vamos todos juntos, qu'estos malaventurados moros no nos podrán sufrir.

Y así como esto dixo todos pusieron las espuelas ^{208r} a los cavallos y fueron juntos con muy gran ruido a ferir en los enemigos, y de su llegada fueron muchos de los moros por tierra y mescráronse todos. Allí viérades hazer maravillas a todos aquellos buenos

cavalleros que se metían sin miedo entre los enemigos, que como vos diximos los moros no eran tan bien armados como ellos. Matavan muchos sin cuenta, y el gigante Marceón hazía tales maravillas en armas que los moros eran espantados de su vista solamente, cuanto más de sus fuertes golpes, que hazía camino por onde iba, que ninguno no osava atendello, tanto que se arredró mucho de los suyos y cercáronle más de dozientos cavalleros y matáronle el cavallo, mas él salió muy prestamente d'él y enbraçó su escudo, y con su espada en la mano se defendía muy bravamente, que no se llegava a él moro que no lo matase o a su cavallo. Allí fueron juntos muchos cavalleros por lo matar, y como el ruido era grande oyolo Orsilón el español, que aquellas partes andava, y tomó consigo cuarenta cavalleros y fue a socorrello, y ferió bravamente en los moros, que por fuerça los hizieron arredrar. Tanto hizieron qu'el gigante tuvo lugar de cavalgar en el cavallo que Franquel le dio, mas estava muy malferido, que le arrojaron los moros muchas lanças que le hizieron más de seis llagas y de la una d'ellas que tenía en el costado se le iba mucha sangre, de manera que por fuerça le convino de irse a la villa, mas dexó hecho tanto daño que no se vos podría contar.

El rey Arizbeque, que vido tanto daño recibir a los suyos, entró por la batalla como un león, y traía en las manos una lança enazera que por su mal lo esperaba cavallero, y hizo tanto aquel día que maravilla era a los que lo miravan, qu'él es ^{208v}forçava a los suyos y los socorría a donde era menester. Grimonte entró por la batalla tan bravo que en poca de ora hizo conocer[se]. A los moros, que por su mal eran venidos a cercarle, dava muy esquivos golpes, que a quien él acertava no avía menester maestro. El caudillo mayor del rey, que aquella ora avía llegado, entró en la batalla con mil cavalleros, que le vido

hazer tales maravillas en armas. Fue a él con la espada alçada para ferirle por encima del yelmo. Grimonte alçó el escudo y rescibió el golpe, y dio tal golpe al caudillo por encima de un onbro que armadura que trajese no le prestó que no lo fendiese hasta la cinta y cayó luego muerto en tierra. Un su hijo, que lo vio, uvo tan gran pesar que fue a dar a Grimonte tal golpe que le hendió la cabeça del cavallo, y como venía desacordado Grimonte salió muy ligeramente d'él, y alçó su espada y dio tal golpe al hijo del caudillo en una pierna que gela cortó, y con el dolor grande cayó cabe su padre. Y un primo suyo que se llamava Barafenil, cavallero mancebo y muy ardid, y traía muy ricas armas a maravilla, que vido a su tío y primo muertos, pensó de morir con pesar y tomó una lança y arojola a Grimonte, y él se guardó d'ella, y tomola en las manos y tornola arrojar a Barafenir y dio al cavallo por la barriga que gela paso de la otra parte. El cavallo cayó luego. Barafenil salió d'él y vínose para Grimonte muy sañudo, mas aquel que no lo dudava lo recibió sin pavor y diéronse tan fuertes golpes de las espadas que era maravilla. Grimonte lo aquexó de tal manera que le hizo perder los sentidos, y como tal lo vido llegose a él y tirole tan fuertemente por las armaduras de la cabeça que gelas quitó y dio con él a sus pies. Barafenil le pidió ^{209r} merced que no lo matase y como él entendió lo que le dezía quitó la espada de sobr'él y no quiso matarlo. Y estava allí Polidantes y Dalvides, su escudero, que le tenía un cavallo. Grimonte cavalgó y mandoles que llevasen aquel cavallero a la villa y que lo curase Versinta y ellos así lo hizieron. Y esto todo no se hizo sin mucho trabajo de Claudio, que defendía a todos los moros que allí querían llegar, que grande ayuda hizo allí.

Como Grimonte cobró cavallo comenzó de ferir a unas partes y a otras y alló a Carpasio, qu'estava cercado de cavalleros

que malamente lo aquejavan, mas él se defendía tan bien que maravilla era, y avía hecho aquel día cosas estrañas, mas él fue tan bien socorrido que lo uvieron de dexar mal su grado. Y andando Grimonte por la batalla a unas partes y a otras apartose a una parte y vido la batalla que andava tan mezclada que no avía mejoría de la una parte a la otra. Como el rey era esfuerço de los suyos y como él hazía grande daño mandó a Franquel, que vido malherido, y a otros que salían de batalla por folgar que se fuesen a la villa y que dixesen al duque que l'enbiasen seiscientos cavalleros, y los otros quedasen para guardalla, y luego a más andar fue Franquel y dixo al duque lo que Grimonte mandava. Él los enbió luego. Todos los más eran franceses, muy buenos cavalleros, y salieron con gran voluntad, y como Grimonte los vido juntose con ellos y díxoles:

—Agora, señores, paresca vuestra bondad. Los franceses lieven oy la onra.

Y acordose deziendo esto de su señora y creciole tan gran ardimiento que le parecía que todo el mundo osara acometer, y entraron todos juntos en la batalla muy esforçadamente, y como venían holgados los moros se espantaron y pensaron que más gente era y comenzaron a huir. El rey los esforçava mucho y bolvíá como león a ferir en los cristianos. ^{209v} Grimonte, que lo vio, llegose a él y díxole en arávigo, como aquel que lo sabía:

—Arizmeque, agora te convendrá dexar el reino que tienes por fuerça, y aquellos que tu querías por cabtivos serán señores d'él.

Y deziéndole esto alçó el espada y diole tan fuerte golpe por encima de la cabeça que lo fendió hasta los dientes y el rey cayó muerto. Grimonte acometió a los enemigos con tanto ardimiento que los moros, que vieron a su rey muerto, perdieron el esfuerço y a rienda suelta comenzaron de

huir. Los cristianos iban tras ellos matando y heriendo, y turó el alcance más de una legua, y como se hacía ya tarde Grimonte recogió a todos y hízolos bolver para que descansasen del gran trabajo que avían pasado. Cuando tornaron del real hallaron en él tanta riqueza que a duro se podría contar, muchos cavalllos y armas. Grimonte lo hizo todo llevar a la villa de Medón, e ya era noche, y pusieron sus guardas a los que avían quedado en la villa y todos los otros reposaron en sus posadas, y Grimonte y sus compañeros fuéronse al castillo y allí fueron curados por mano de Versinta de sus llagas y reposaron muy alegremente por la vitoria que Nuestro Señor les avía dado.

[XLIV]

Como fue venida el alva del día luego Grimonte se levantó y vínose a la villa, y hizo ir al canpo por todos los cavalleros cristianos que murieron y hallaron que faltavan más de dos mil, de que uvieron grande pesar. Grimonte los hizo enterrar junto cabe la villa ^{210r} y hizo dezir misas por ellos [a] todos los clérigos que con ellos avían venido. A los moros muertos hízolos todos quemar porque no diesen mal olor y después repartí<an>[ó] todas las grandes riquezas y joyas que allí halló tan bien que todos fueron contentos, y para sí no tomó cosa de mayor valor que era una tienda muy rica a maravilla que era del rey e una silla en que se sentava, que no vos podríamos contar las obras de oro y de piedras preciosas que en ella avía, y esto quería él para llevar al rey de Francia. Todos eran tan contentos d'él que dezían que era merescedor de ser señor de todo el mundo. Tanta parte dava a los que quedaron en las naos como a los que fueron a la batalla.

Los moros que fueron huyendo de la

batalla d'ellos se fueron a sus tierras d'ellos. Fueron con estas nuevas a la cibdad de Betaín adonde la reina estava, y quando ella oyó estas nuevas cayó amortecida y todos pensaron que era muerta. Su hijo la tomó en sus braços y consolávala mucho y dezíale qu'él morería o lo vengaría. Y luego que supo Leduacer, que así avía nonbre, que su padre era muerto, hizo juntar a todos los de la cibdad y llamose rey, y enbió mandado por todo el reino de Túnez que no quedase onbre que armas pudiese tomar que no viniese, mas como todos supieron el vencimiento de Arisbeque y cómo era muerto no querían venir a su mandado sino muy pocos, que era malquisto como su padre.

Grimonte acordó de no salir a ninguna parte hasta que todos los heridos fuesen guaridos y estavan mucho a su plazer en aquella villa. Versinta curava de Barafenil, el presionero de Grimonte, y parecíale muy mesurado y díxolo a Grimonte. Él fue lo a ver y pescudole qué tal estava. Barafenil le dixo:

—No me puede a mí ir mal estando en vuestro poder, pues Dios tanta bondad vos quiso dar. Yo creo que aquel Señor poderoso vos quiso traer a esta tierra para que vengásedes aquel que tanta pena recibe sin merescella, y este es el infante ^{210v} Abranir, que desque mataron a su padre lo prendió Arizmeque por le tomar el reino. Y quando yo era donzel me crie con él y tengo tanto dolor en mi corazón que jamás me puedo alegrar. Si Dios vos diese tanto poder que tomásedes la cibdad de Betaín y lo sacásedes de la torre en qu'está todos los del reino vos lo gradescerían y a él recibirían por rey, y él vos podría ayudar contra Ruaxén, de manera que lo podría destruir y tomar el reino.

—Mucho sería yo alegre d'eso que me dezís —dixo Grimonte— si eso yo pudiese hazer, mas la cibdad me dizen qu'es muy

fuerte y que no se podrá tomar por fuerça sino en mucho tiempo.

—Si vós me juráis —dixo Barafenil— de hazer todo lo que vos tengo dicho y hazer reinar Abranir yo vos lo daré en las manos sin que cavallero de los vuestros muera.

—¿Cómo lo podéis vós hazer eso? —dixo Grimonte.

—Sabed, señor, que mi padre es el más principal cavallero que ay en la cibdad de Betaín y tiene su casa junto cab'el muro, y ay una puerta pequeña en él para salir fuera al canpo cuando es menester. Por aquella vos meteré una noche si vós me dexáis ir con juramento que os haré de servos leal y hazer lo que dicho vos tengo.

Grimonte le dixo:

—Amigo, dexadme hablar con estos cavalleros que aquí son conmigo e yo vos daré la respuesta.

Él dixo que así se hizi[e]se. Grimonte hizo juntar a todos los cavalleros y díxoles lo que Barafenil le avía dicho. Muchos consejos uvo sobr'esto porque pensavan de ser engañados, mas a la fin Grimonte les dixo tantas cosas qu'ellos todos dixeron que se pusiese en obra porque sabían que no avía gente ayuntada que daño les pudiese hazer y sabían el aviso de todo, cómo estavan desconcertados los cavalleros con el rey. Grimonte se tornó a Barafenil y díxole si estava todavía en lo que le avía dicho. Él respondió que sí, que no ^{211r}deseava más cosa del mundo, porqu'él entendía de ser muy bienaventurado en hazerlo y guardaría toda lealtad a su señor. [A] Grimonte le pareció muy bien lo que dezía y díxole:

—Amigo, si vós en todo lo que dezís guardáis lealtad y'os hago seguro que açertaréis, e yo quiero fiarme de vós sin más rehenes ni juramentos, porque el que trae engaño todo lo quiebra. Y os quiero dar libertad para que vais a poner en obra lo que

me avéis dicho, y aveos tan sesudamente que no seáis sentido [de] ninguna manera, y diréis que vos avéis rescatado por gran suma de oro y llevaréis con vós un cristiano que en esta villa hallé cautivo que sabe toda la tierra, y con él me enbiaréis a dezir lo que tengo de hazer, que y'os prometo de hazer rey a vuestro señor Abranir con tal qu'él me dé parias y de guardar a vuestro padre y a todo vuestro linage que no resciban daño.

Barafenil le quiso besar el pie. Grimonte no gelo consintió, y luego se adereçó para irse. Versinta le curó de sus llagas tan bien qu'él podía cavalgar y tomó consigo al cabtivo, y despidiose de Grimonte y fuese su camino. Anduvo tanto que llegó a la cibdad de Bataín, y cuando su padre y madre lo vieron fueron demasiadamente alegres, que pensavan que era muerto, y pescudáronle cómo venía y avía podido escapar. Él les dixo:

—Sabed, mis señor<o>[e]s, que yo fue preso por mano del capitán mayor de los cristianos, qu'es el mejor cavallero que ay en el mundo, el cual me á hecho curar de mis llagas tan bien como si estuviera en vuestra casa. E yo tenía muy gran pesar de verme preso, y como conocí en él tanta bondad pedile por merced que me tomase a rescate y que le daría mil doblas por mí, y él fue tan liberal que no quiso más prenda de mi fe y luego me soltó con condición que yo gelas enbiase de oy en diez días. Y esto todo que vos é contado me á acaecido.

Mucho fueron alegres con aquellas nuevas, que mucho lo amavan y dieran mucho más por él. El padre le dixo:

—Hijo, yo soy muy contento de daros lo que prometistes. Pues dexastes vuestra fe enpeñada, complildo.

Barafenil no quiso por enton^{211v}ces dezir otra cosa y aguardava a tienpo para hazer lo que avía prometido, y estava en gran pensamiento si lo haría saber a su padre o si

lo haría sin qu'él lo supiese. Y acaeció un día que su padre vino muy mal enojado del palacio del rey porque lo avía denostado el rey estando en el consejo porque le dezía lo que le conplía, y metiose en su cámara y comenzó de llorar y a dezir:

—¡O, Dios todopoderoso, y vós, Mahomad!, ¿cómo consentís qu'estos traidores que tienen deseredado tan b<i>[u]en infante bivan en el mundo? Destruíldos del todo, pues ya lo avéis comenzado, que nunca mi coraçón será alegre hasta que vea reinar Abranir, mi criado, aquel que meresce reinar por su grande bondad.

Barafenil, que oyó las cosas que su padre dezía, fue muy alegre, y fuese para él y comenzólo de consolar, y díxole:

—Sabed, mi señor padre, que mientras que os oí estar quexando é pensado una cosa, que Dios á traído aparejo para que soltemos al infante, y dezirvos é cómo. Sabed que Grimonte, capitán de los cristianos, es tan bueno que nos tendrá todo lo que prometiére. Hagamos de manera que le demos la cibdad con condición que suelte al infante y lo haga rey y no conquiste más esta tierra, y Abranir le ayude contra el rey de Tremecén, qu'él lo quiere mucho mal por amor de Ruaxén, su hijo.

—Mucho sería yo alegre —dixo el padre— si eso pudiese hazer y Grimonte guardase lo que dezís.

Barafenil, que conoció de su padre la gana que tenía d'este fecho, díxole toda la verdad, cómo lo dexava concertado con Grimonte y que no dudase d'él. El padre fue muy contento y llamaron luego a Marco, el cativo, y hablaron con él todo el fecho que tenían concertado y dixéronle que dende en seis días viniesen tan seguramente que no fuesen sentidos, que por la puerta pequeña suya entrarían a pie hasta dozientos cavalleros, qu'estos viniesen a pie y que

dexasen los [c]avallos arredrados, y como entrasen que erían a una puerta de la cibdad qu'estava muy cerca y que la abrerían y que los otros cavalleros qu'estuviesen aparejados para venir luego que así podrían ganar la cibdad, y enseñáronle la puerta pequeña por onde avían de venir. Y desque Marco fue enformado de todo partiose y anduvo tanto que llegó a dond'estava Grimonte, que fue muy alegre con él. Marco le contó todo lo que dexava ^{212r} concertado. Grimonte llamó luego a todos los cavalleros principales y díxoles el re<y>cabdo que Marco traía, que era menester de ponello en obra, pues Nuestro Señor les aparejava tanto bien, que no lo dexasen por miedo, qu'ellos erían a todo recabdo. Todos respondieron que eran aparejados a hazer su mandado y voluntad.

Y sabed que todos aquellos cavalleros onravan tanto a Grimonte y lo obedecían como si fuera su rey, y como él vido la voluntad de todos ordenó que el gigante Marceón, que aún no'stava bien sano de sus llagas, quedase en la villa y el conde de Modín, de Cecilia, con dos mil cavalleros, porque la guardasen, y él y todos los otros cavalleros fuesen aquel hecho. Y partieron de noche porque fuesen más encobiertos y fueron por camino desviado, que Marco y los otros cristianos los guiavan, y como toda aquella tierra se avía despoblado por miedo d'ellos no hallavan persona que los viese. Y después que fue de día metiéronse en un monte muy espeso y allí estuvieron muy callados, y como fue venida la noche caminaron tanto que llegaron cerca de Betaín, y desque fue de día izieron otro tanto como el día antes y pusieron sus guardas de manera que algunos moros que por allí atravesavan luego fueron tomados porque no los descubriesen. Y después que fue noche partieron de allí y llegaron a la medianoche a media legua de la cibdad, y como los cabtivos sabían

toda la tierra guiáronlos a unas rehoyadas qu'estavan cabe las huertas de la cibdad y allí se pusieron todos. Grimonte se apeó luego y todos los más de los buenos cavalleros, y mandó a Manfredro y a Damasio que quedasen allí y estuviesen aparejados como ellos entrasen, que l'enbiarían a dezir que vienesen, que luego lo pusiesen en obra. Y él tomó consigo trezientos cavalleros y Marco, que los guiava, e ivan tan sosegados que ningún ruido hazían, que como era tienpo de guerra ningún moro osava salir de su casa de noche y con esto no fueron vistos, y aunque los que moravan en las huertas sentían alguna cosa pen^{212v}savan que eran guardas del rey. Y así llegaron fasta la casa del padre de Barafenil, el cual estava fuera esperándolos, y fuese luego a Grimonte y díxole:

—Entrad, señor, sin recelo y no temáis de ninguna traición, que yo quiero quedar con los postreros.

Grimonte, que nunca le faltó coraçón, entró el primero, y luego Craudio y Brimarte, y así todos los otros cavalleros. Como Guamerín, padre de Barafenil, vido tanto buen cavallero, bien fue cierto de acabar lo que avía comenzado y dixo:

—¿Cuál de vosotros es Grimonte, capitán de los cristianos?

—Yo soy —dixo él—. ¿Qu[é] es lo que mandas?

—Que me prometas agora otra vez, delante de todos estos buenos cavalleros, de guardar y conplir lo que con mi hijo asentaste.

—Yo lo prometo a Dios —dixo Grimonte— por mí y por todos estos cavalleros.

—Dios te haga el más onrado de los cristianos —dixo Guamerín—, que bien lo merescas. Id adelante y poned en obra vuestro fecho.

Grimonte enbió luego recabdo a Manfredro que no se tardase y ellos salieron de

casa de Guamerín y Barafenil iva delante guiándolos a la puerta, y como llegaron luego las guardas de las torres fueron muertas y las puertas quebrantadas con destrales, y no turó mucho que Manfredro no viniese y [todos] començaron a entrar. Grimonte dixo a Barafenil:

—Guíame a los palacios del rey porque no se nos pueda ir.

Y tomó consigo más de dozientos cavalleros de aquellos que avían venido a pie y fuéronse derechamente a los palacios del rey. E ya la buelta era muy grande por las calles y los moros salían de sus casas espantados, y luego eran muertos por las manos de los cristianos. Cuando Grimonte llegó a los palacios del rey salió él con la reina y con una su hermana donzella muy fermosa y con otras donzellas de alta guisa, que ivan huyendo al castillo. Grimonte pescudó a Barafenil si era aquel el rey. Él dixo que sí. Grimonte fue a él y dióle tal golpe encima de la cabeça que aunqu'él venía bien armado no le prestó cosa que no lo hendiese hasta los onbros ^{213r} y luego cayó muerto, y la reina su madre cayó sobr'él y uvo tanto pesar que luego murió, y no quedó cavallero en todo el palacio que no fuese muerto. Grimonte tomó a aquellas donzellas todas, que grandes llantos fazían, y hízolas meter en una cámara y mandó a Polidantes con otros cavalleros que las guardasen, y él salió fuera del palacio y hizo cerrar las puertas porque naide no entrase a robar. Y ya en esto era día claro.

Por todas las calles peleavan los cristianos con los moros porque avían en la cibdad muchos cavalleros que tenían muy buenas casas y allí se defendían y hazían mucho daño. Como Grimonte salió esforçó tanto a los suyos que peleavan con grande ardimiento, de manera que los moros no los podían durar, y como Guamerín vido tanto daño en

la cibdad vino a Grimonte y díxole que le pedía por merced que mandase apregonar por todas las calles que los moros estuviesen quedos, que no peleasen, y que los tomava todos a merced, que no les haría ningún mal, y que si se defendiesen que los mataría a todos, y que mandase apregonar que ningún cristiano matase moro de allí adelante salvo el que se quisiese defender, y luego fue hecho y apregonado por todas las calles. Como este pregón se dio luego los moros se rindieron y los cristianos no mataron más d'ellos. Como todo fue asesegado Grimonte hizo cerrar todas las puertas de la cibdad porque no pudiesen entrar ni salir y fuese a los palacios del rey e hizo venir allí a todos los más onrados de la cibdad que avían escapado, y como Grimonte sabía la lengua ar<iva>[ávi]ga entendíase con ellos muy bien, de lo cual ellos eran muy maravillados. Y de que todos [fueron] juntos díxoles cómo él era allí venido y todos los otros cavalleros cristianos para sacar de presión Abranir el infante, su natural señor, y hazelle rey, y aver paz y amor con él y con todos los de su reino, que d'esto fuesen ciertos, y que de allí adelante biviesen sosegados en sus casas, qu'él les hacía ^{213v} libros a todos, «pues los enemigos de Abranir son muertos, y así lo dezid a todo el pueblo, y daremos orden como el castillo se tome para que saquemos de allí a vuestro rey».

Cuando los cavalleros moros esto oyeron echáronse todos a sus pies y querían-gelos besar, mas él no lo consentió, y alçavan las manos al cielo, que lo guardase y lo ençalçase, y luego se despidieron d'él y hizieron saber aquellas nuevas a todos los de la cibdad, y aunque allí avían perdido hijos y parientes consoláronse y no tuvieron en nada sus pérdidas. Todos aquellos mayores le traían grandes presentes y aposentaron a los cristianos en las casas más fuertes, mas Grimonte y todos los principales cavalleros

posavan en los palacios del rey. Guamerín no se partía d'ellos diziéndoles lo que avían de fazer, y después que fueron reposados Grimonte tomó consigo aquellos cavalleros y fuese a ver a Arizena, la infanta, y a las otras donzellas que lloravan muy fieramente. Todos llevavan las cabeças desarmadas y ellas fueron todas espantadas. Grimonte se llegó a Arizena y díxole:

—Infanta hermosa, cesen vuestros llantos, y no queráis con pesar que se pierda tanta hermosura como Dios en vós puso, que por eso hizo Dios los de alto linaje estremados de los otros. Si vós venís de sangre generosa avéis de tener más corazón para sufrir las adversidades, cuanto más que avéis de pensar que vos hizo Dios tan fermosa que aunque la fortuna vos sea muy contraria avéis de ser estimada y onrada como donzella de alta gui[sal]. Sabed que venistes a poder de aquel que no consintirá que os sea hecha desonra ni mengua.

—¡Ay, Dios! —dixo la infanta—, ¿cómo podré yo alegrarme ni consolarme viendo delante de mí aquel que mató y destruyó a tod<a>[o] mi linaje? Y si vós sois aquel que lo hezistes ruégovos que no me seáis piadoso, ^{214r} mas con vuestra mano cluel deis fin a la vida d'esta malaventurada donzella, que ningún bien por ti me puede venir que malo no me sea, y no me puedes ser tan amigo que yo más enemiga no te sea. No pienses que con buenas razones puedas amansar la mi ira, mas yo me dexaré morir porque no te puedas loar que tienes por cabtiva a la infanta Arizena.

Y diziendo esto cayose amortecida. Grimonte, que vido tan gran corazón aquella donzella, saliose fuera y rogó a una dueña vieja que parecía muy onrada que la consolase. Ella así lo hizo, y aquella noche todavía pusieron guardas y recabdo por estar más seguros. Versinta curó a los qu'estavan

heridos y reposaron aquella noche del gran trabajo que avían pasado.

[XLV]

Mas Grimonte no dormió mucho pensando en las cosas que avía de hazer y acordó d'enbiar a Arizena a su señora con otras muchas joyas y al rey la tienda y la cadera y algunos cavallos muy buenos, y esto hizo él porque su señora supiese en qué se detenía que no iva a su mandado. Y como otro día se levantó començó d'entender en las cosas que le conplían y enbió dos cavalleros de la cibdad a el alcaide, que le entregase luego el castillo y sacase al infante de la presión para alçallo por rey, si no que supiese qu'él lo aquejaría tanto hasta tomarlo y hazer en él muy cruda justicia, y que si lo hiziese qu'él haría con Abranir que lo perdonase y le hiziese mercedes. Los cavalleros fueron a él ^{214v} y dixéronle tantas cosas qu'el alcaide vino en lo que Grimonte l'enbió a dezir con condición que no le quitase el castillo, y los cavalleros vinieron con aquel mandado a Grimonte. Él gelo otorgó, y como todo fue concertado Grimonte con todos los principales cavalleros y otros dozientos de los otros y Guamerín y Barafenil su hijo y otro onrados de la villa fueron al castillo. El alcaide les abrió la puerta y llevó a Grimonte a la torre a dond'estava el infante, y como abrió las puertas entraron dentro y halláronlo en una cámara bien pobremente, y estava asentado en un banco y la mano en la mexilla como aquel que de continuo estava muy triste, y quando vido aquella conpañia maravillose y alçose en pie y pensava que lo venían a matar. Barafenil se adelantó llorando de piedad d'él y de gozo por lo que se hazía. Fue a caer a sus pies diziendo:

—Alegraos, señor, que oy seréis sacado de aquí y alçado por rey de Túnez.

El infante no lo conoció, que lo dexara muy pequeño, y Grimonte llegó a él y omillósele y díxole:

—Dios vos haga alegre, rey de Túnez. Olvidad los males pasados y alegravos con el bien que Dios os haze de sacaros de aquí.

Abranir estava tan espantado que no hablava cosa. Guamerín le dixo:

—Señor Abranir, hablad aqueste cavallero cristiano, que á hecho tanto que mató a vuestros enemigos y vos quiere sacar de aquí y dar vuestro reino.

Como Abranir conoció a Guamerín crió lo que le dezía y alegrose mucho con su vista, y así como quien despierta de sueño fue a echar los braços a Guamerín y díxole:

—Agora creo yo que Dios todopoderoso oyó mis gemidos, pues me dexó verte. Por cierto, no sé qué pueda dezir a este cavallero que dizes que á fecho tanto por mí sino ponerme en sus manos, y él faga de mí todo lo que quisiere.

Entonces bolvió a Grimonte y omillósele ^{215r} tanto que puso el rostro con el suelo. Grimonte lo tomó en sus braços y lo alçó, que muy bien le parescía. Era el infante muy bien hecho y parescía para hazer todo bien, y luego llegaron todos los otros cavalleros a hablalle y él a todos recibía muy bien. Grimonte avía mandado llevar una ropa muy rica y hízogela vestir, y tomolo por la mano y sacolo de la torre. El alcaide vino a besalle el pie. Abranir se turbó quando lo vido, que mucho mal lo tratava. Grimonte le dixo:

—Señor rey, perdonad por amor de mí al alcaide, que gelo tengo prometido de vuestra parte.

Abranir, sin más detenimiento, lo fue abraçar y besar en el rostro, y dixo:

—Todo lo que vós, señor cavallero, avéis hecho en mi nonbre yo lo confirmo.

A todos le paresció muy bien lo que Abranir hizo y dixo. Como salieron del

castillo trajeron un cavallo ricamente enjaezado y hiziéronle cavalgar, y como iva por las rúas y las gentes lo vían tan grande y tan fermoso mucho eran alegres, y salían delante d'él alçando las manos al cielo, dando muchas gracias a Dios. Y él a todos recibía con grande amor y lloravan con plazer, y fuéronse a los palacios y allí apeados subieron al gran palacio, y vinieron todos los mejores de la cibdad y delante de todos Grimonte le dixo todas las cosas pasadas desd'el comienzo de la guerra hasta el punto en qu'estavan, y díxole cómo él era contento y todos los cavalleros cristianos que allí estavan de tomallo por amigo y de ser en su ayuda contra aquellos que fuesen contra él, qu'ellos tenían guerra con el rey de Tremecén, que si él les quisiese ayudar, pues que era su enemigo, después que en su reino estuviese asentado, mucho serían alegres. Abranir respondió:

—Muchas gracias dó yo aquel Señor poderoso, que tantas cosas an pasado por onde uvo de acarrear que yo fuese libre, y él solo, que tiene el poder, vos puede dar el ^{215v}galardón de lo que avéis hecho. No digo yo contra el rey de Tremecén, que es mi enemigo, mas contra mi padre, si bivo fuera, era razón de seguir vuestra voluntad. Digo que yo solo hasta pagar con la muerte el cargo en que os soy vos ayudaré, y después con todos aquellos que por señor me querrán recibir. Y vós, señor, ordenad todo lo que tuviéredes por bien, que yo lo conpliré.

Grimonte se le omilló y le dixo qu'él no esperaba menos d'él, y luego se levantó en pie y los otros cavalleros, y dixerón que le otorgavan la cibdad y la villa de Meduán, qu'ellos avían ganado, y en cuanto a ellos era que lo recibían por rey de Túnez y le hazían sacramento de no ser contra él ni contra sus vasallos, y él hizo otra tal jura de no les mandar cosa que de su reino uviesen avido. Y luego los cavalleros moros lo alçaron por

rey con gran solenidad y enbiaron por todo el reino a hazer saber aquel hecho, y cuantos lo oían eran muy alegres. Los cavalleros qu'estavan aparejados de guerra partían luego de sus casas guarnidos de corte y traían grandes presentes a su nuevo rey y venían a obedecelle con grande alegría, y él a todos hazía gracias y mercedes. Mas sabed que sobre todos amava y preciava a Guamerín y Barafenil, su hijo, y hízolos adelantados mayores de su reino, mas ninguna cosa hazía sin consejo de Grimonte. Amávalo tanto que jamás d'él se partía, y todo cuanto sus vasallos le traían lo ponía delante d'él que lo tomase, mas Grimonte no lo avía de hazer, y así eran los cristianos ricos y viciosos en aquel reino.

A Grimonte no se le olvidó lo que avía pensado y llamó un día a Manfredro y a Damasio, y díxoles:

—Parésceme, señores, que todas estas cosas que avemos pasado sería bien que las hiziésemos saber al rey de Francia y al rey de Nápoles, y Brimarte al rey de Cecilia, porque no ^{216r}piensen que somos perdidos, y si más gente nos quieren enbiar gradescérgelo emos.

Ellos dixerón que era bien hecho, que luego se devía poner en obra, y así se hizo. Manfredro mandó a un cavallero francés que se llamava Guillerto que fuese al rey de Francia de su parte y del duque de Urliéns y de Orsilón, sus capitanes, y que le dixese todo lo que avía pasado, qu'estavan allí para servir a Dios y a él con su gente y que le pedían por merced que lo uviese por bien, y enbiáronle con él muy ricas joyas de las que avían ganado. Grimonte enbió de su parte al rey de Francia a Polidantes y mandole que le llevase la rica tienda y cadera del rey Arizmeque, y que llevase a la reina diez donzellas de alta guisa qu'él avía tomado muy ricamente guarnidas, y mandó

que llevasen a Dispina a la infanta Arizena, que fuese cabtiva. Y enbirole otras muy ricas cosas que serían largas de contar, y escrivió una carta a su señora pidiéndole por merced que le perdonase la tardança que hazía en no conplir su mandado, mas qu'él daría la mayor priesa que pudiese para ir a servilla, y metió esta en otra de Oribena y sellola con su sello, y rogó mucho a Polidantes que no la viese persona del mundo, que la diese secretamente a la marquesa Oribena, y rogó a Carpasio que fuese con la infanta con otros dozientos cavalleros hasta ponella en la mar. Y Damasio enbió a otro cavallero al rey, su padre, y Grimonte l'escrivió pidiéndole por merced que enbiase un mensagero al rey de Bohemia con otra carta que l'enbiava. Y Brimarte enbió a otro cavallero al rey de Cecilia, su padre, y enbirole muy ricas joyas. Y todos despachados partiéronse de la cibdad de Betaín, y quando sacaron a la infanta y a las otras donzellas era noche porque los de la cibdad no las viesén.

El rey Abranir no avía querido ver a la infanta por el desamor que tenía ^{216v} a su padre y a ella, ni Grimonte ni los otros cavalleros no la avían visto más, y como ella era de gran seso acordó de sufrir con pacencia su cabtiverio, y quando supo que Abranir era alçado por rey <y> tuvo esperança que aún ella sería remediada, y aunque por entonces no tomó las palabras que Grimonte le dixo después las sentió y tenía guardas en su corazón. Como Polidantes fue el primero qu'ella vio de los cristianos, que la tenía en guarda, tenía mucho amor, y por esto no le penó de ir a dond'él fuese, y como llegaron a la villa de Meduán luego entraron en las naos en que avían de ir y metieron en ellas todas las cosas que avían de llevar, y todo aparejado alçaron las velas y guiaron cada uno a su parte. Carpasio se tornó para Grimonte, que lo rescibió muy bien.

[XLVI]

Desque los mensageros que aquellos cavalleros enbiaron a sus tierras se partieron el rey Abranir acordó de irse a la gran cibdad de Túnez, qu'estava más cerca del reino de Tremecén, para ayuntar todas sus gentes y començar la guerra. Grimonte enbió a llamar al gigante Marceón y a todos los cavalleros que con él estavan que entregasen la villa a un cavallero del rey y las naos se pasasen a otro puerto más cerca de Túnez y todo fue hecho, y Grimonte salió a recibir a Marceón, que mucho lo amava, y llevolo delante del rey, que lo rescibió muy bien, y como él llegó luego <a> otro día se partieron para ^{217r} Túnez y fueron por camino muy viciosos de cuanto les era menester.

El rey iba maravillado de la gran cavallería de los cristianos y decía<n> que aquellos eran para conquistar a toda África según eran bien armados, y quando llegaron a la cibdad de Túnez salieron a recibir al rey con grandes juegos y alegrías porqu'el rey Arizmeque nunca avía entrado en aquella cibdad después que se llamó rey, porque todos lo querían mal. Salieron todos los mayores de la cibdad a recibir al rey y metiéronlo dentro con gran fiesta y lleváronlo al palacio real, y allí lo juraron por su rey y turó la fiesta ocho días, y todos onravan a los cristianos mucho, especialmente a Grimonte. Todo aquesto pasado ayuntose mucha gente, así cavalleros como peones qu'el rey avía enbiado a llamar. Todos eran contentos de ir a hazer guerra al rey de Tremecén, y el día que uvieron de partir de allí el rey se armó de unas muy ricas armas y salió al campo con grande fiesta aconpañado de muchos cavalleros y rogó a Grimonte que le diese orden de cavallería, pues otro mejor cavallero no avía en el mundo que él. Grimonte lo hizo por su ruego y dióle la espada, como era costumbre, la

cual era muy rica y muy buena, que avía sido de su padre el rey. Y como esto fue hecho los moros alçaron todos grandes alaridos y tocaron muchas tronpetas y añafles, y luego el rey movió con toda su hueste, y llevaba cincuenta mil cavalleros sin los cristianos y setenta mil peones, y esto cabsó el mucho amor que tenían al rey Abranir, que no quedó cavallero que armas pudiese tomar que no viniese a servillo, lo que no hazían a Arizmeque ni a su hijo. Y aquel día no anduvieron sino dos leguas.

Todas estas cosas que avéis oído supo el rey de Tremecén y fue muy triste por ello. Y sabed que Ruaxén, su hijo, andava perdido por la mar con la gran tormenta que vos avemos contado, y a<s>portó en el reino ^{217v} de Fez, y allí salió en tierra y fue a donde el rey estava, y cuando supo quién era hízole grande onra y fiesta, y por se la hazer más amostrole la reina y a una su hija donzella muy hermosa. Cuando Ruaxén la vido [e]namorose tanto d'ella que olvidó la guerra y el gran daño que avía recibido de los cristianos y no pudo partir de allí hasta que la demandó a su padre en casamiento. El rey, como sabía que Ruaxén era tan buen cavallero, túvolo por bien y desposola con él, y dióle mucho aver e infenitas joyas e hizo grandes fiestas a sus bodas. Y Ruaxén la amava tanto que no se podía d'ella partir y enbió a hazer saber a su padre todo lo que <a> avía pasado, mas que Dios le avía hecho merced en aver aportado allí. El rey de Tremecén fue muy triste con aquellas nuevas, aunque algo le plugo del casamiento, y como supo la muerte del rey Arizbeque su yerno y de su hija no vos podríamos dezir el pesar que ovo, y más se le dobló cuando supo que le ivan a hazer guerra. Y enbió luego a gran priesa a hazello saber a Ruaxén, su hijo, al cual le pesó mucho por dexar d'estar con su muger, mas con todo esto díxolo al

rey de Fez, su suegro, pidiéndole por merced que le diese ayuda para ir a socorrer a su padre. El rey de Fez lo hizo muy conplidamente, que no solamente hizo llamamiento en su reino, mas enbió a sus amigos que le ayudasen, de manera que juntó muchas gentes, que pasavan de sesenta mil cavalleros y ochenta mil peones. Y venían allí tres reis y muchos almirantes y grandes señores, como adelante vos contaremos, mas esta gente no se pudo tan presto juntar que primero no entrasen los cristianos y el rey Abranir en el reino de Tremecén, y así como llegavan a cualquier lugar o villa combatíanla tan bravamente que la entravan por fuerça de armas y matavan y prendían a cuantos falla^{218r}van. Y avían hecho tanto qu'en poco tiempo ganaron más de la meitad del reino de Tremecén, lo uno por fuerça y lo otro que se le dava; tanto era el miedo que tenían que no se osavan defender, y en todos los alcáç<e>[a]res y castillos dexavan gente y cavalleros que los guardasen, y estos eran moros porqu'el rey Abranir y Grimonte se concertaron que todo lo qu'él ganase s'entregase a el rey y el rey fuese obligado de dar la meitad de la renta a Grimonte, a quien él mandase. Y esto hizo Grimonte porqu'él no entendía d'estar mucho en aquella tierra y los cristianos quedarían a peligro. Y esto que ganaron tan a su salvo fue la causa la poca cavallería que en el reino de Tremecén avía, que todos avían ido con Ruaxén y fueron muertos y cabtivados como avéis oído, de manera qu'el rey de Tremecén no tenía gente para registrarlos, y como esperaba a su hijo con tantas gentes estava aguardándolos que viniesen y tenían todos los más cavalleros que pudo aver consigo en la cibdad de Tremecén, muy bastecida de cuanto le era menester. Y la hueste de los cristianos y del rey Abranir, después que tomaron muchas villas y castillos, acordaron de ir sobr'el rey.

Y <y> averos de contar las grandes cosas que todos los buenos cavalleros en esta conquista hazían sería nunca acabar.

Y sabed qu'el rey Abranir hazía cosas extrañas a donde quiera que llegavan y él era el primero. Todos lo tenían por buen cavallero y él de contino se llegava a donde Grimonte andava por ver las maravillas en armas que hazía, y su grande esfuerço p'esforçava a él. Como asentaron real sobre la cibdad de Tremecén supieron nuevas, cómo Ruaxén venía con tanto poder como vos avemos contado, y como lo supieron acordaron todos los grandes de la hueste de levantar real y irlos a recibir porque conocieron que los tenían en poco. Y alçaron luego reales sobre la cibdad de [Tremecén] y con gran recabdo y guardas començaron ^{218v} de caminar aquella parte por do venía Ruaxén y los otros reis moros. El rey de Tremecén que no avía osado salir a hazer daño en el real, aunqu'estuvo quinze días cercado. Cuando los vido levantar fue muy alegre, que bien conoció la causa. Y dexarlos emos agora a todos y contarvos emos lo que hizieron los mandaderos que avían partido de la cibdad de Betaín.

[XLVII]

Polidantes y el cavallero francés que Manfredro enbiava al rey de Francia, su padre, partidos del puerto con aquella conpañia que vos deximos guiolos Dios tan bien que en poco tienpo fueron en Francia. La infanta Arizena iba muy triste porque no sabía a dónde la llevavan, y si no fuera por Polidantes, que mucho la servía y onrava, ella fuera muerta, y aunqu'él no la entendía, a las vezes por señas a las vezes por un cristiano de los cativos que consigo llevaba, a quien Grimonte avía hecho mucho bien, la consolava mucho, y ella le rogó un día que le dixese <que le dixese> a dónde la llevaba

o qué avía de ser d'ella. Polidantes le dixo:

—Señora, sabed que avéis de ser alegre, pues la fortuna vos avía de abaxar de vuestro estado y sacar de la tierra de donde sois naturar y echaros en poder del mejor cavallero del mundo, en quien más bondad y medida se halla. Sabed que os enbía a la corte del rey de Francia, qu'es el mayor rey de los cristianos y tiene una hija la más hermosa y más preciada en bondad que ay en todo el mundo, y a aquella vos enbía Grimonte mi señor. Ella es de tanta bondad que vos fará aquella onra que vós merescéis, especialmente que Grimonte gelo enbía a pedir por merced y ella es tal ^{219r} que lo hará. Por eso esforçaos, que no podíades venir a poder que más guardada sea vuestra onra que en el suyo.

La infanta le dixo:

—Pues que Dios todopoderoso á ordenado que yo uviese de ser cabtivada, mucho me avéis alegrado en dezirme que voy a servir a tan alta donzella.

Y desde aquella ora Arizena mostró más alegría que solía. Y llegados al puerto salieron en tierra y pusieron a la infanta en un palafrén muy ricamente guarnido y las otras donzellas ansimismo, y fueron hasta la cibdad de París sin dezir cosa alguna a ninguna persona y todos juntos entraron por el palacio del rey, el cual estava aconpañado de muchos cavalleros e ya sabía el vencimiento de los moros qu'estavan sobre Nápoles, qu'el rey de Nápoles gelo avía hecho saber por su mensagero. Y con estas nuevas estava él muy alegre, especialmente por saber de Manfredro, su hijo, y de Grimonte, qu'él mucho amava, y ansimismo Dispina estava cada día esperando la venida de Grimonte. Y como esta conpañia que vos avemos dicho entró por el palacio maravilláronse todos de verla porque vieron a la infanta y a las otras donzellas ataviadas como moras. El rey

conoció a Guillerto, que era su vasallo, que avía ido con Orsilón. Plógole mucho con él. Guillerto y Polidantes hincaron las rodillas delante d'él y besáronle la mano, y [Gui]llerto le dixo:

—Señor, Manfredro, vuestro hijo, y Orsilón y el duque de Urliéns, vuestros capitanes, vos besan las manos y vos fazen saber que la vuestra buena ventura los á hecho a ellos y al buen cavallero Grimonte vencedores de los enemigos de nuestra santa fe. No solamente an destruido la gran flota de Ruaxén y de Cardacio, príncipe de Chiple, mas yendo tras ellos los guio Dios con tormenta al reino de Túnez, a donde an muerto a muchos moros.

Entonces le contó todo lo que les avía acontecido. El rey, cuando estas nuevas oyó, fue el más alegre que jamás con nuevas que le traxesen lo fue, y alçó las manos al cielo y dio gracias a Nuestro Señor. Entonces Polidantes le dixo:

—Muy poderoso señor, a<n>unque soy cierto que no me conocéis quiero que sepáis ^{219v} que soy vuestro vasallo y natural, y la bondad de Grimonte es tanta que me quitó de la muerte, por onde yo lo é de servir todos los días que biviere, y él vos besa las manos por mí como aquel que tiene por señor y á de servir. De las ricas joyas qu'él y los otros buenos cavalleros an ganado en el reino de Túnez vos enbía esta tienda y esta rica cadera, que fue del rey de Túnez, que a vós más que a otro pertenece. Y enbíavos seis cavallos, los mejores qu'él allá pudo aver, y enbíavos a pedir por merced que no ayáis por mal qu'él como vuestro con vuestros vasallos haga guerra a los moros, pues tanto Dios d'ello es servido; que dando fin a la guerra, ayudándole Dios, se vendrá con Manfredro, vuestro hijo, a serviros.

El rey le respondió muy alegremente:

—No podría yo dezir el gran plazer

que é sentido en saber d'él por las buenas andanças y mucha onra qu'él á ganado, ni podría hazer diferencia d'él a mi hijo Manfredro. Mucho le agradezco el rico don que me enbía, el cual él gano con mucho afán y trabajo, mas puédese loar por el más bienaventurado cavallero que ay en el mundo, pues Nuestro Señor le á encumbrado en tanta onra y fama. Y soy muy contento de que mi hijo Manfredro y todos los que allá están míos lo tengan por cabdillo y capitán sobre todos, y doy licencia a todos los que quisieren ir allá ayudalles que vayan, que yo les daré aparejos y cuanto<s> les fuera menester.

Polidantes le besó las manos y díxole:

—Señor, yo quiero ver a la reina y a Dispina, vuestra hija, que Grimonte les enbía a estas donzellas cativas, que la una d'ellas es hija del rey de Túnez, donzella de gran fermosura.

—¡Santa María, vall! —dixo el rey—, ¿donzella de tanto valor l'enbía Grimonte por cabtiva?

Y levántose y dixo a Polidantes que viese con él, y fue abraçar a la infanta. Ella le quiso besar los pies, que ya le avían dicho que aquel era el rey de Francia, y él la alçó y la tomó por la mano y la llevo a la cámara de la reina. Dispina estava con ella y el rey les dixo:

—Señora, alegravos, que nuevas tenemos de vuestro hijo Manfredro y de vuestro amigo Grimonte, que vos enbía aquí de las donas que á ganado de los moros en el reino de Túnez.

Dispina se turbó tanto en oír mentar a Grimonte que apenas se pudo levanta^{220r} al rey sin que Felicia no le ayudase, qu'estava cab'ella. Entonces llegó Polidantes y besó las manos a la reina y díxole lo que Grimonte l'enbiava a dezir, y dióle las diez donzellas y las otras joyas que le enbiava. Y ella recibió

a las donzellas muy bien y agradesció a Polidantes porque le traía tal presente y más a quien gelo enbió, y pescudó mucho por su hijo y por Grimonte, y Polidantes le contó todo, y ella fue muy alegre, y después besó las manos a Dispina, que ya el rey le avía entregado a la infanta Arizena. Ella la avía recibido muy bien sabiendo quién era y Polidantes le dixo:

—Señora, Grimonte os besa las manos y vos enbía a esa donzella, hija del rey de Túnez, para que os sirva, que a donzella de tan gran valor como vós sois conviene tal cactiva. Y envíaos, señora, a pedir por merced que para amor d'él le sea fecha onra por solo ser de alto linage y hija de rey.

Y Dispina, que muy alegre estava, le dixo:

—Amigo, yo gradesco mucho a Grimonte la memoria que de mí á tenido en tienpo de tanta onra como el á ganado. Plega a Nuestro Señor que le dé a él y a todos los otros que allá están tales fuerças por onde acaben a su onra esta guerra que an començado. Dezilde que no me á servido tanto en enbiarme esta donzella y su grande presente que más no me aya enojado en tenerme allá a mi hermano, que a su causa partió d'esta tierra, que hasta que los vea delante de mí no perderé esta quexa.

Y cuando esto dixo mostró algún tanto de enojo y hízola tan hermosa que Polidantes se maravilló de su grande beldad. El rey la abraçó y díxole:

—Hija, yo tanto como vós deseo ver a vuestro hermano, mas sofrirm'è por el servicio que a Dios haze y la onra que gana. Por eso no desagradescáis a Grimonte el servicio que os á hecho.

Y luego se salió el rey al palacio para mandar otro día hazer grandes procepciones porque todos diesen gracias a Nuestro Señor. Polidantes quedó con la reina contándole

todas las nuevas y cuando se quería salir de la cámara pescudó por la marquesa Oribena, la cual le fue mostrada. Él le dixo cómo Grimonte se le encomendava y diole muy ricas joyas qu'él enbiava, y a bueltas le dio la carta. Oribena ^{220v} fue muy alegre con ella y dixo a Polidantes:

—¡Ay, Santa María, cuándo serviré yo a Grimonte la merced que me á hecho en acordarse de mí! Ruego a Dios que le guarde. Y vós, señor, no vos partáis sin llevar mi recabdo.

Polidantes dixo que así lo haría y despídiase d'ella. Dispina tomó consigo a la infanta y llevola a su cámara, mas no s'entendían ninguna cosa hasta que pasó algún tiempo. Ella la onrava mucho por amor de aquel que gela enbió. Oribena le dio la carta de Grimonte. Ella la tomó y visto lo que en ella dezía quedó muy desmayada porque conoció qu'él se avía de detener algún tiempo, y esto le fue a ella muy grave de sufrir y dixo sospirando:

—¡Ay, Grimonte, si tú sentieses la pena que yo siento no podría sufrir tu coraçón de buscar onra ni gloria más de la que as alcançado! Todas las cosas pondrías en olvido y vendrías a verme. Yo devría de ser aquella que más devría gozarme con los tus grandes fechos y fama que en el mundo as alcançado por mejor, mas no puede este mi atrebulado coraçón desear otra cosa sino tenerte delante de mí, que con más verdad me puedo yo llamar tu cactiva que aquella que m'enbiaste por tu cativada. Por eso, mi amigo, no penséis de contentarme con vuestros grandes dones, que sin veros yo no puedo bevir.

Y así estava hablando con Grimonte como si delante lo tuviera teniendo delante de sus ojos su grande beldad, y si Oribena no se llegara a ella, que la <conso> consoló mucho, ella muriera con pesar. Mas Oribena le dixo que l'enbiase a mandar por su carta

que luego se viniese, qu'ella era cierta que así lo haría y dexaría todas las cosas del mundo por hazer su mandado, que lo que hasta allí avía hecho era porque todo el mundo conosciere su valor y que con más osadía pudiese parescer delante d'ella, qu'ella l'escrevería tanbién cosas por onde él luego se viniese vista su carta. Dispina s'esforçó ya cuanto y rogole que así lo hizi[e]se. Polidantes ^{221r} estuvo con el rey doze días y asimismo Guillerto, y el rey hazía mucha onra a Polidantes y diole muchas cosas de gran valor y despacholos para que tornasen a quien los avía enviado, y escribió a Manfredro y a Grimonte y a los otros principales cavalleros diziéndoles cómo él era muy alegre por la vitoria que Dios les avía dad<a>[o] y la guerra que avían començado, que la llevasen adelante, qu'él les enbiaría más gente si les fuese menester.

Dadas las cartas Polidantes y Guillerto le besaron las manos y se despidieron d'él. Dispina escribió a Grimonte y metió la carta en la de Oribena y diéronla a Polidantes, y despedido d'ellas se fueron al puerto donde avían desembarcado. Y sabed que fueron con ellos más de dozientos cavalleros de la corte del rey por ser en aquella guerra de los moros sin otros que después fueron y entrados en su nao fueron por la mar, y algunos días se detuvieron por no aver tienpo endereçado. El cavallero que Damasio enbió a Nápoles llegó allí seguramente y salido en tierra fue delante del rey y diole las cartas que Damasio y Grimonte l'enbiavan, y sabida la nueva de su vitoria demasiadamente fue alegre porque muy gran cuidado tenía por no saber d'ellos. Hizo hazer grandes alegrías por toda la cibdad y dio al mensagero grandes dones, y muchos cavalleros franceses y del reino de Bohemia que quedaron heridos, que eran ya sanos, dixeron que querían ir allá, y así lo pusieron en obra más

de dos mil d'ellos y otros se tornaron a sus tierras.

El rey de Nápoles enbió mensageros al rey de Bohemia haziéndole saber todo aquel fecho, gradesciendo el mucho el buen socorro que le avía hecho, y enbiole muy grandes dones y la carta que Grimonte l'enbiava. El rey de Bohemia recibió a los mensajeros muy bien y ^{221v} dio muchas gracias a Nuestro Señor porque sus gentes llegaron a tal tienpo que era bien menester por la vitoria que alcançaron, y dixo que bien cierto era él que a donde iva Grimonte que los moros avían de ser destruidos, qu'él era muy alegre con las sus buenas andanças. Y Lecidora ansimismo recibió muy gran plazer por saber nuevas de Grimonte y luego despachó los mensajeros y se tornaron. El rey de Cecilia plugo mucho con las nuevas que Brimarte su hijo l'enbió y luego tornó a enbiar a los mensageros con otros quinientos cavalleros que quisieron ir a la guerra de los moros, y adelante vos contaremos a qué tienpo los mensageros llegaron, y agora vos queremos contar lo que fizo el rey Abranir y todos los otros cavalleros cristianos que ivan con él.

[XLVIII]

Como Grimonte fue certeficado que Ruaxén venía con tan gran poder diose gran priesa en sus jornadas por tomar un paso que avía en aquella tierra, que era tan estrecho que muy pocos cavalleros lo podían guardar y por fuerça avía de pasar toda su hueste por allí, que teniendo aquel paso podría mejor enpecer a sus enemigos. Ivan muy apriesa, mas tanto ellos no pudieron andar que los que venían con Ruaxén no lo tuviesen tomado. Venía en la delantera de la hueste de Ruaxén el rey de Gelofe, que era negro y era el más esforçado y valiente que se podía hallar en toda la bervería.

Era grande de cuerpo y menbrudo, y aun- que era negro era muy bien hecho y traía de su reino a mucha gente, sino que venían mal armados, mas todos traían arcs con que tirasen ^{222r} flechas. Y este rey de Gelofe traía tanta gana de verse con los cristianos que todavía traía la delantera bien una jornada de los otros, y como llegó aquel puerto tomó el paso y asentó real por toda la sierra. Esto hizo él porque supo qu'el rey Abranir y los cristianos estaban muy cerca. Quiso allí esperar a todos los otros. Ruaxén era el postrero de todos porque traía consigo a su muger y a una cuñada suya, donzella muy hermosa de edad de quinze años, y a esta causa venía apartado de las otras gentes.

Grimonte, que todavía traía aviso de la hueste de los enemigos, supo cómo tenían tomada la sierra. Pesole, mas con todo esto no dexó de seguir su camino hasta que vio a sus enemigos a ojo y allí asentaron real, en unos grandes llanos que allí estaban, y hizo fortalecer el real como aquel que de todo era sabidor, y poner sus guardas, y estuvieron dos días sin hazer ninguna cosa porque las gentes reposasen del camino. Los del rey de Gelofe decendían de la sierra por aver batalla con sus enemigos, mas Grimonte no consentía que saliesen a ellos hasta su tiempo, y como esto vido el rey de Gelofe, que era muy sobervio, tuvo en poco a los cristianos y enbió un cavallero al real de los cristianos a desafiar a Grimonte. Como fue tomado de las guardas el cavallero moro pescudó por la tienda del capitán de los cristianos, que venía con mensage a él, y como esto le oyeron lleváronlo delante de Grimonte, qu'estava en su tienda y con él todos los otros cavalleros de alta guisa, y estaban todos armados salvo de yelmos. El cavallero moro, que los vio todos tan apuestos y mancebos, maravillóse porque avía oído dezir que eran todos de tan alto fecho de armas, especialmente

de Grimonte, que lo vio tan hermoso, y dixo en alta boz:

—Cavalleros cristianos, el rey de Gelofe, mi señor, m'enbía a vosotros, especialmente a vós, Grimonte de Asur, capitán de todos los cristianos, que avéis ^{222v} venido a conquistar la bervería. Aquel muy esforçado rey t'enbía a dezir que tiene por locos a todos aquellos que te loan de bondad y ardimiento, porque si en ti lo uviese no pudieras sufrir de no te salir a verte con los gelofanos, que muchas vezes vos an acometido y no avéis osado salir de la fuerça de vuestro real, que si lo hazes por miedo d'ellos, que tarde que cedo no avéis d'escapar de sus manos. Y enbíate a dezir más, que si mañana quisieres provarte con él que lo harás muy alegre, porque cuando salió de su tierra no fue la causa sino tú, por hallarse contigo y porque más conocida sea la bondad de cada uno. T'enbía a dezir que lo hallarás mañana en el campo y a todos los suyos, que sea[s] cierto qu'él les mandará que ninguno sea osado de acometer batalla hasta qu'él te vença; que después los que fueren de tu parte se guarden, que los an de acometer duramente, que ya vergüença es estar tanto en el canpo y no hazer tales cosas por onde sean conocidos los buenos. Y tú ansimismo, si osares salir al rey mi señor, debes mandar a los de tu parte qu'estén quedos hasta que vuestra batalla sea fenescida. Dicho é a lo que vengo. Respóndeme lo que entiendes hazer porque vaya con respuesta aquel que a ti m'enbió.

Grimonte que bien entendió lo qu'el moro decía díxolo a los cavalleros qu'estaban cab'él y todos concertaron en que se diese batalla a otro día. Y Grimonte, que vido la voluntad de todos, respondió al moro y díxole:

—Amigo, dezid a vuestro señor que yo y todos los cavalleros cristianos que aquí están l'enbiamos a dezir que ninguno de

nosotros no nos preciamos de dezir palabras sobervias y respondellas al que las dize. Solo le dizid que confiamos en aquel Señor poderoso a quien servimos que mañana él y todos aquellos que vinieren contra nosotros conoscerán la onra que le avemos hecho en no los aver acometido, y si en ellos ay bondad y ardimiento menester le será. Dezid al rey de Gelofe que sea cierto que yo saldré ^{223r} mañana al canpo, y todos estén quedos hasta que sea fenescida la batalla entre mí y él, que mucha razón es de conplir su deseo, pues tanto tiene de verse conmigo. Id a buena ventura, que no es menester más deziros.

El moro, que lo vido hablar con tanta mesura, no quiso más respondelle, y despidiose y fue su camino. El rey de Gelofe lo salió a rescibir y pescudole qué recabdo traía. El moro le contó todo lo que avía pasado y la respuesta que Grimonte le dio. El rey fue muy alegre y fuese luego para Ruaxén, y mandó llamar a todos los altos onbres de la hueste y díxoles cómo tenía concertado batalla para otro día con el capitán de los cristianos, qu'él lo entendía vencer ligeramente y que aquel muerto no tenían que temer, pues aquel era fortaleza de los cristianos; como aquel fuese vencido, que ellos acometiesen a los otros muy bravamente. Todos fueron muy alegres con aquellas nuevas porque tenían al rey por tan esforçado que Grimonte no le podría durar y dixerón todos qu'él lo avía hecho muy bien; pues así era, que todos se aparejasen, y así lo fizieron, que cada uno adereçó lo que avía menester.

Grimonte, como el moro se partió d'él, fuese a la tienda del rey Abranir y hízole saber lo qu'estaba ordenado, de dar batalla a otro día, que mandase a los suyos que se aparejasen. El rey dixo que así lo faría y aquel día todos entendieron en adereçarse, y aquella noche los cristianos todos los más se

confesaron, y Grimonte hizo dezir misa una ora antes del día y todos los cavalleros de alta guisa vinieron a oírla, y después que la oyeron todos con gran devoción, encomendá<nd>[r]o[n] sus ánimas y sus cuerpos a Nuestro Señor que los guardase y armáronse todos. Grimonte les encomendó aquello que avían de fazer y dio a cada uno cargo de su capitanía, ^{223v} y todos puestos en punto el rey Abranir vino a ellos armado de muy ricas armas y fue a abraçar a Grimonte, y díxole:

—Mi verdadero amigo y señor, yo tengo esperança en Nuestro Señor Dios que vós abajaréis de la sobervia de aquel rey que os enbía a desafiár, y tras él vencido vencemos nosotros a nuestros enemigos.

—Así quiera Dios —dixo Grimonte—, qu'el vuestro esfuerço es tanto que yo creo que no nos podrán durar. Vamos adelante.

Y luego movieron todos de aquel lugar y fuéronse a poner en un llano, y Grimonte ordenó todas las hazes y díxoles lo que avían de hazer, y despidiose d'ellos y fuese adelante porque vido venir al rey de Gelofe. Y estava ya gran trecho de los suyos y venía en un fermoso cavallo y muy poderoso, y venía armado de muy ricas armas. Mas sabed que no traía escudo, mas traía un'adarga muy fuerte y una lança en sus manos muy azerada y veníala blandiendo a guisa d'esforçado cavallero, y era grande de cuerpo, que parecía un gigante. Todos los de la parte de Grimonte se turbaron. Los moros que avían decendi<r>[do] de la sierra y estavan todos en un llano sus hazes paradas, que vieron a los cavalleros solos en el canpo, dieron todos grandes alaridos deziendo: «¡Oy seremos vencedores de nuestros enemigos!». Grimonte, que vido al rey delante de sí, encomendose a Dios y dixo entre sí mismo: «Mi señora Dispina, no me olvidéis en este día. La fermosura que sienpre tengo delante

de mis ojos me dé tanto ardimiento que los enemigos de nuestra fe sean oy destruidos porque yo más prestamente pueda ir a veros». Y diziendo esto vínole tanto esfuerço al corazón que puso las espuelas al cavallo y fue contra el rey, que venía contra él, y encontráronse con las lanças tan poderosamente que fue maravilla de verlos.

El rey falsó el escudo a Grimonte y hízole una llaga con la lança, mas fue pequeña. Grimonte encontró al ^{224r} rey de tal manera que la fuerte darga no le prestó y pasole toda, y metiolo el fierro por el cuerpo tanto que la lança le quedó metida. El rey, que era de gran corazón, la sacó muy prestamente y arroja a Grimonte y acertó al cavallo por el pecho, de manera que Grimonte se apeó d'él. Al rey se le iba mucha sangre de la herida, mas no mostró punto de covardía y vino contra Grimonte, la espada sacada, y diolo un muy fuerte golpe por encima del yelmo que la cabeça le hizo enclinar. Grimonte le dio a él tal golpe en el brazo izquierdo que casi gelo cortó. El rey, que así se sintió herido, fue muy desmayado y apeose muy prestamente pensando que a pie se defendería mejor, mas su defensa era poca, porque no se podría encobrir con l'adarga de los golpes de Grimonte. Y el rey quiso poner su hecho en ventura y llegose muy prestamente a Grimonte y abraçolo muy fuerte con el brazo derecho pensando de derrocarlo en el suelo. Grimonte le dio, antes qu'él se pudiese juntar, tal golpe encima de la cabeça que le hizo desatinar y enpuxolo con tanta fuerça qu'el rey cayó en el suelo y Grimonte sobr'él, mas levántose y púsole las rodillas en los pechos y desarmole la cabeza. El rey sacó una daga que traía y ferió a Grimonte por los pechos, y uviéralo muerto si la loriga no fuera muy fuerte, mas con todo le hizo una llaga. Grimonte, desde que le desarmó la cabeça, cortógela y echola por el canpo, y

levantose dando gracias a Nuestro Señor. Ya Dalvides le tenía el cavallo del rey aparejado. Grimonte cavalgó en él muy prestamente, que menester le hazía porque un hermano del rey, que era muy buen cavallero, que vido el vencimiento de su hermano, quiso morir con pesar y puso las espuelas a su cavallo y dixo en alta voz:

—¡Ay, cavalleros del reino de Gelofe, ayuda[d]me a vengar la muerte de tan buen rey!

Todos vinieron a gran priesa por matar a Grimonte mas no se hizo como ellos pensaron, que Brimarte estaba muy cerca con ^{224v} dos mil cavalleros y como los vido mover no fue perezoso, mas antes vino contra ellos con grande ardimiento. Claudio no se avía querido partir de Grimonte, mas antes estaba muy cerca de donde fue la batalla, y como vido al hermano del rey venir delante de los suyos enbraçó su escudo y fue contra él, y diéronse tan fuertes encuentros de las lanças qu'el moro fue a tierra muy malherido. Claudio puso mano a la espada y comenzó a ferir a unos y a otros. Brimarte acometió tan duramente a los moros que no le pudier<o>[a]n sufrir si el rey d'Etiopía no viniera con veinte mil cavalleros, y mesclose la batalla muy fuerte porque Manfredro vino a ella con cuatro mil franceses que mataban en los moros muy sin piedad, y él hizo cosas estrañas aquel día.

Carpasio, que andava junto cab'él, se conbatió con un hermano del rey d'Etiopía que era muy buen cavallero y fue entr'ellos una fuerte batalla, mas a la fin el moro fue vencido y enbiolo preso Carpasio al real. Grimonte, que fue socorrido de la manera que avéis oído, después que cavalgó encima del cavallo del rey, qu'estrañamente era bueno, hizo a Dalvides que desarmase al rey y que tomase la espada, que era muy buena y rica, y que la llevase al real porqu'ella quería

para el duque de Brogaña, a quien él tenía por padre. Y apretó sus llagas lo mejor que pudo y estuvo descansando una pieça mirando la batalla, y vido a los del reino de Gelofe que hazían gran daño en los cristianos con arcos que traían, y mandó a Guamarín y a su hijo Barafenil que mandasen veinte mil peones moros en que [veniesen aquellos] que traían arcos y ballestas que fuesen de aquella parte que los de Gelofe andavan y que feriesen en ellos de tal manera que les matasen los cavallos porque no anduviesen tan ligeros. Y así fue hecho, que fue muy grande ayuda a los cristianos, y quedó la batalla así mezclada.

Vino de la parte de los moros un cavallero que era muy gran señor y llamábase ^{225r} Alcoramarte, señor de la gran Fezinalla, qu'es una tierra muy grande y muy rica, y traía consigo diez mil cavalleros, todos suyos, y entraron tan poderosamente en la batalla que hizieron gran daño en los cristianos, que todos eran ya en la batalla. El rey Abranir, que lo vido, movió con ocho mil cavalleros que tenía consigo y ferió muy bravamente en los enemigos, tanto que por su llegada arredraron del campo a los moros. El rey Abranir esforçava a los suyos y andava muy bravo matando y feriendo a cuantos delante de sí hallava, y vido al rey d'Etiopía que hazía gran daño en los suyos y tomó una lança y fue para él. El rey, que lo vido, tomó otra y encontráronse tan poderosamente qu'el rey Abranir fue malherido y por fuerça le convino salir de la batalla, mas herió tan duramente al rey d'Etiopía que le metió la lança por el cuerpo, que pareció de la otra parte, y luego el rey cayó muerto. Los suyos, cuando lo vieron, uvieron muy gran pesar, y comiénçanse d'esforçar tanto que si el gigante Marceón no socorriera fueran los cristianos en gran peligro, mas él hizo tanto que no lo podían durar, que fería a diestro

y a siniestro a cuantos hallava, que a todos los moros ponía en espanto, que si el rey de Benamarín no socorriera a los moros fueran puestos en vencimiento.

Grimonte, que vido las batallas andar tan mezcladas, tomó consigo a Arquilao y a Damasio con dos mil y quinientos cavalleros y entró por la batalla tan esforçadamente que bien fue con<i>[o]scida su venida, y esforçó a los suyos de tal manera que todos cobraron coraçón y peleavan más sin miedo que de antes. Damasio y Arquilao hazían maravillas en armas viéndose delante de Grimonte, el cual vido a Alcoramarte que andava haziendo gran daño y era esfuerço de los suyos, y fue contra él Grimonte alçada la espada y dióle tan pesado golpe encima de la cabeça que le hizo una gran llaga, y Alcoramarte desacordado cayó del cavallo en tierra. Grimonte ^{225v} mandó a dos cavalleros que lo tomasen y lo sacasen de la batalla, que bien conoció que devía de ser cavallero de alta guisa. Arquilao prendió también a un almirante, muy gran señor, primo de Alcoramarte, que vino por vengalle, mas Arquilao se combatió con él y lo prendió.

Grimonte aquexó tanto a los enemigos que no lo pudieron durar y pusieron en vencimiento, y aunque Ruaxén vino con quinze mil cavalleros a socorrer no aprovechó nada, que todos levaban tan grande miedo de los cristianos que no osavan atender, de manera que Ruaxén lo mejor que pudo se retrajo a la sierra y allí hizo cara a sus enemigos. Los cristianos y moros de su parte fueron matando y feriendo hasta llegar a la sierra y allí se detuvieron peleando con los de Ruaxén. Los peones hizieron allí gran daño, que llevaban hasta los cavalleros de Ruaxén e heríanlos con saltas y dardos, mas la noche les sobrevino, de manera que Grimonte hizo sonar las tronpas porque todos se recog[i]esen en oyéndolas, y luego fue hecho

y tornáronse a su real muy alegres, aunque avían recibido daño, y llegados pusieron sus guardas. Cada uno se fue a sus tiendas. Grimonte no se quiso apeaar hasta que fue a ver al rey Abranir y díxole:

—Rey, no devéis de sentir vuestras llagas, pues tan bien enpleadas fueron en matar aquel rey vuestro enemigo.

El rey le dixo:

—La vuestra buena ventura, Grimonte, es tanta que alcança a todos vuestros amigos, y a mí más, que os tengo por padre y señor.

Y de allí fue Grimonte a ver a to<t>[d] os los otros cavalleros de alta guisa y cuando vido que ninguno faltava dio muchas gracias a Nuestro Señor, y fu[e]se a su tienda y desarmado Versinta le curó de las llagas, y ansí mismo a Alcoramarte por mandado de Grimonte, que le hizo hazer mucha onra.

Ruaxén fue muy triste cuando vido el vencimiento de los suyos y tornose a su real y hizo poner guardas en el puerto, y anduvo a ver a todos los cavalleros de ^{226r} alta guisa. Y esforçávalos diziéndoles que no fuesen tristes por aver sido aquel día vencidos, qu'esto causó no aver él salido a la batalla por conplazer aquellos reyes que le demandaron la delantera por el su grande argullo, qu'él esperaba que antes de cinco días vendría muy grande ayuda porque sabía nuevas cómo el rey de Aravia y el rey de Boxiaque venía por vengar la muerte de su padre que, mató Marceón sobre Nápoles. Y estos reis traían mucha gente consigo, «y estos llegados darnos emos tal recabdo por onde nuestros enemigos sean vencidos. Aunque agora fueron vencedores mucho daño recibieron y no esperan socorro de ninguna parte, por onde les convendrá de venir a nuestras manos. Y no sea ninguno tan loco que muestre punto de cobardía, mas antes agora nos vean más alegres y esforça[d]os. Nosotros

estamos en lugar seguro y saldremos a ellos cuando quesiéremos, y de aquí adelante yo tomo este hecho sobre mí, que por dar onra aquellos reis que locamente murieron avemos recibido este mal». Otras cosas muchas les dezía Ruaxén por onde los moros s'esforçaron mucho y cobraron coraçón, y ansí pasaron aquella noche esperando la ayuda que les avía de venir. Muy grandes llantos fueron hechos por aquellos dos <r> reyes que fueron muertos y por los cavalleros que fueron presos.

[XLIX]

Otro día, después de la batalla, Grimonte se levantó, aunqu'estava herido, y hizo ir a los peones al canpo a donde fue la batalla para que traxesen los ca^{226v}valleiros que allí fueron muertos, y hizo sepultar a los cristianos aparte y dezir sobr'ellos misas, y los moros hizieron otro tanto a los suyos según su ley. Y aquel día en la tarde llegó Polidantes con otros dos mil cavalleros franceses y del reino de Nápoles. Y sabed que les avino una grande ventura, que como cada uno partió de su tierra a donde fueron enbiados cada uno sabía al puerto a donde avían de venir a desenbarcar. Y los primeros que llegaron fueron los de Nápoles, y detuviéronse allí ocho días por reposar, y mientre tanto vino Polidantes con los dozientos cavalleros de la corte del rey de Francia y ansimismo vino el mensagero que Brimarte enbió a Cecilia. Y juntados todos, que serían hasta cinco mil cavalleros, partieron del puerto y caminaron por el reino de Túnez, a donde les era hecha mucha onra adonde quiera que llegavan, y ellos ivan derechamente a dond'estava Grimonte y sus conpañeros y llegaron a cuatro leguas de la hueste el día de la batalla, y acació qu'el rey de Tremecén, como alçaron real de sobr'él,

sopo cómo ivan a recibir a Ruaxén, su hijo, por aver batalla con él. Partió luego de la cibdad de Tremecén con ocho mil cavallos y veinte mil peones por ir ayudar a su hijo y venía tan encobiertamente qu'el rey ni Grimonte nunca supieron nada, y él venía con intención d'estar escondidamente hasta que la batalla estuviere comenzada y dar en los enemigos de tal manera que los tomase en medio porque no les pudiese escapar ninguno a vida. Y viniendo aquella noche por su camino fueron a dar en el real de los cristianos.

Como los cristianos venían de contino aparejados y esta<ta>van sobre aviso luego lo sentieron y fueron puestos en punto. La noche hazía clara, que se vían los unos a los otros, y como los cristianos supieron ^{227r} el aviso de las guías, que traían de todo el fecho, luego conocieron que aquellos eran moros que venían por hazer mal al real de los cristianos. Y del reino de Nápoles venía un cavallero muy bueno por capitán de toda aquella gente, y como conoció el hecho comenzó d'esforçar a los cristianos diziéndoles que no temiesen ninguna cosa, que todos aquellos moros eran nada, que Dios les ayudaría, y el primero que fue a ferir fue él y mesclose entr'ellos una fuerte batalla [que] fue de ambas partes crudamente herida.

Polidantes fue aquel día muy bueno y dos hermanos franceses, hijos del amo de Dispina, y ambos a dos avían sido sus donzeles. Cuando Polidantes fue con aquella nueva al rey de Francia demandaron al rey orden de cavallería para ir aquella guerra por amor de Grimonte, qu'ellos bien conocían, y el uno d'ellos murió allí por la mano del rey de Tremecén, a quien él herió malamente. Y turó la batalla hasta mediodía, mas a la fin los moros fueron vencidos y todos los más muertos, y el rey fue huyendo solamente con diez cavalleros, que no paró

hasta la cibdad de Tremecén, y los cristianos cogieron el campo en que uvieron muchas riquezas, mas bien murieron allí tres mil cavalleros. Los otros fueron derechamente al real y luego las guardas los conocieron, que eran cristianos, y uvieron mucho plazer con ellos. Polidantes pescudó por la tienda de Grimonte y fuele mostrada, y él apeose y entró dentro, y cuando Grimonte lo vido fue tan alterado de plazer que no supo qué dezir. Polidantes se fue a omillar delante d'él y él abraçolo y díxole:

—Mi amigo Polidantes, muy alegre soy con la vuestra venida. ¿Qué tal dexáis al mejor rey del mundo, qu'es el de Francia?

—Señor, muy bueno queda —dixo Polidantes—, y muy alegre por la onra y vitoria que Nuestro Señor vos á dado.

Y él le contó todo lo que avía ^{227v} pasado después que d'él se partió y la grande alegría qu'el rey de Francia ovo con sus nuevas y las cosas que avía dicho. Grimonte dixo:

—Por cierto, no podría yo servirle las grandes onras que yo d'él recibí. A Dios plega que me dé tiempo que gelas pueda servir.

Cuando esto dezía la boz le tremía porque el corazón estava alterado esperando de oír nuevas de su señora. Polidantes, desdeque uvo acabado de dezir todas las cosas del rey, díxole más:

—La muy hermosa infanta Dispina vos agradece mucho el presente que le enbiaste y enviávos a dezir por mí que por aquello no vos perdonará, que más enojo le fazéis en tenerle acá tanto tienpo a su hermano Manfredro que servicio le podéis hazer aunque l'enbiéis cuantas reinas e infantas ay en toda la bervería. Mas con todo esto hizo grande onra a Arizena por amor de vós.

Grimonte fue tal parado cuando esto oyó que bien conociera quienquiera que lo mirara su alteración, que le vino una color tan biva al rostro que maravilla era de

mirallo, y dixo lo mejor que pudo:

—Por cierto, mucha razón tiene la infanta de quejarse de mí por eso, que bien sé que no ay cosa qu'ella más ame que a su hermano. Mas si Dios quisiere yo faré tanto qu'ella de mí no sea quexosa.

Polidantes contó la batalla que avían avido con el rey de Tremecén, cómo lo avían vencido. Grimonte y todos los que lo vieron dieron muchas gracias a Nuestro Señor por el bien que les avía hecho, y luego vino Manfredro con Guillerto, el cavallero qu'él avía enbiado a su padre, y con Dionio, el hijo del amo de Dispina, y quando se vieron fueron muy alegres los unos con los otros con las buenas nuevas. Manfredro mostró a Grimonte la carta que Dispina su hermana l'escrivió quexándose d'él por qué tanto se detenía que no fuesen a verla. Grimonte dixo:

—Ya Dios no me ayude si ella mucho se quexa de mí aunque supiese ganar toda la África por mía, que malaventurado sería yo si enojase la más onrada donzella y que más merescé de todo el mundo.

Manfredro uvo mucho plazer de lo que Grimonte dezía y díxole:

—Quando Dios quiera que vamos ant'ella yo le haré que pierda las quexas, qu'ella es tal que vos perdonará por amor de mí.

—Bien cierto só yo —dixo Grimonte— qu'es más la su mesura que de todas aquellas que en el mundo son, y aunque hierro sea grande, qu'ella lo perdonará.

Y leyeron las cartas del rey de Francia, con las cuales uvieron mucho plazer por las cosas qu'él enbiava a dezir. Grimonte conoció a Dionio y fuelo abraçar, y díxole:

—Amigo, ¿quién vos trajo a esta tierra tan alejado de vuestra señora?

—El deseo de servir a Dios —dixo él— y de ver a Manfredro y a vós. Demandé al rey orden de cavallería para venir en esta guerra

y vine con tal ventura que luego perdí a mi hermano, que lo mató el rey de Tremecén. Bien soy cierto que Dispina, mi señora, avrá gran pesar por él.

—¡Santa María! —dixo Grimonte—, ¿vuestro hermano murió en aquella batalla? Por cierto, él hizo como bueno. Mas y'os prometo que no parta d'esta tierra hasta qu'él sea vengado.

Dionio le quiso besar las manos mas Grimonte no gelas quiso dar. Todos salieron a ver a los cavalleros que venían y cada uno fue alegre con los de su tierra, especialmente Brimarte en saber qu'el rey su padre era contento qu'estuviese en aquella guerra, y desque cada uno se fue a sus tiendas Polidantes dio a Grimonte la carta de Oribena. Él se apartó y halló en ella la de su señora, y liola luego y quedó fuera de su sentido quando sentió el enojo que su señora tenía por su estada y cómo le dava a entender que no la quería bien, pues quería más ganar onra que quitalla a ella de pena. Y atando las manos y sospirando muy fieramente dixo:

—¡Ay, Santa María, no me desanparéis, mi señora, dadme consejo cómo faré! Si agora yo dexase estos hechos sería grande mal y todo el mundo me lo tendría a gran covardía dándonos Nuestro Señor la vitoria contra los enemigos de nuestra fe y dexarlo al mejor tiempo. Pues no conplir la voluntad de mi señora no lo puedo yo hazer ni haría aunque recibiese la muerte. ¡Ay, Dispina, señora de mi corazón!, ¿cómo podéis pensar que yo no vos amo más que a mí mesm[a]? Que vuestro valor lo merescé, y si onra y fama busco es por amor de vós y no por mí. Si vós supiésedes el deseo de mi corazón no me juzgaríades como me juzgáis. Una ora se me haze mil años d'estar apartado de ver vuestra gran hermosura, y si la memoria que tengo delante de mis ojos de continuo no fuese ya fenescieran mis días.

¡O, mi señora, válgame la vuestra medida y no sea vuestro corazón contra mí airado, que yo pondré en obra de conplir vuestro mandado, que yo soy el más bienaventurado cavallero que en el mundo nasció en quererme vós por vuestro y desear de verme! ¿Cómo me puedo sofrir de no partir luego? Que con mucha razón os podéis quejar de mí porque tanto me é tardado, pues para mí es la mayor gloria y descanso veros que jamás cavallero alcançó.

Y dexiendo esto y otras muchas cosas quedó fuera de su sentido. Versinta, que bien sabía sus cosas, estaba sobre aviso, y fue luego a él y tomolo en sus braços hasta que tornó a su sentido y començole de retraer.

—Por Dios, señor —dixo ella—, no vos devíades de llamar cavallero, pues así vos sojuzgáis de la pasión. No sé para qué son vuestras fuerças ni ardimiento, pues aquí no vos vale.

—¡Ay, mi amiga! —dixo Grimonte—. Tiene tanta fuerça aquella que en el mundo no tiene par que las mías no bastan para poderme valer. ¿Qué haré? ¿Qué consejo me dáis, que la tengo enojad<o>[a] porque no voy?

Versinta dixo:

—Sabed, señor, que vós diviérades de ir a verla primero que començar tan grandes fechos como tenéis entre manos. Pues ya no se puede remediar lo pasado, conviene que trabaxéis por despacharos lo más presto que pudierdes de aquí porque no vos acaeç[c]a alguna ^{229r} cosa de mayor peligro que lo pasado, y aunque vos detengáis algún poco de tienpo por hazer vuestras cosas segu<d>[r] amente ella vos lo perdonará según ella es mesurada. Y tomad corazón, no vos dexéis así perder, que sienpre las mugeres muestran más gana que no tienen.

Grimonte se tuvo por bien aconsejado de su donzella y toda aquella noche estuvo

pensando en lo que avía de fazer, que era delibrarse de aquella gente de Ruaxén lo más presto que pudiese y luego ir sobre la cibdad de Tremecén y tomalla por fuerça o por partido, y luego partirse dexando todas cosas a recabdo. Y como a otro día se levantó començó d'entender cómo podrían acometer a Ruaxén, y hallavan que en ninguna manera no podían pasar del puerto porque mil onbres lo defenderían a todo el mundo. Y este consejo era delante del rey Abranir, qu'estava en el lecho. Grimonte dixo:

—¿No podríamos de saber si ay otro lugar por onde pudiese[mos] pasar a ellos y tomallos seguros? Que creo que allí avrán d'estar mucho tienpo esperando más gente y para nosotros es gran daño esto.

Algunos cavalleros moros que allí estaban, que sabían la tierra, dixeron que no avía lugar ninguno para pasar aquella parte salvo uno solo, que en otros tienpos solían por allí caminar, mas que se avía criado en unas cuevas que allí estaban una bestia fiera que era la más desemejada que en el mundo se vido y avía crecido tanto que no avía persona que solamente osase miralla de leños, y avía veinte años que onbre no avía sido tan osado que por allí osase pasar. Y estava ya cerrado el camino, que de otra manera por allí tuvieran lugar, que no avía sino seis leguas, y los pudieran tomar a su salvo. Grimonte, quando esto oyó, dixo:

—¿Qué cosa puede ser esa que allí se á criado que por muy brava que sea no venga a mano de los onbres?

—Llámase en esta tierra —dixo un moro— Gulpides y es a manera de sierpe su fechora salvo que tiene en el cuero conchas muy duras ^{229v} y no tiene más de un ojo en la frente, y aquel es muy grande y muy claro cororado como sangre. Tiene los dientes y uñas muy agudas, que no ay cosa en el mundo que pueda alcançar qu'ella no lo desaga,

que aunque sea muy grande es muy ligera, y según é oído dezir no avría ninguno tan osado por muchos que sean que la osen ir a buscar.

Grimonte dixo:

—Mayor es el poder de Dios que su braveza.

Y no quiso más en ello hablar porque pensó de ir a ver aquel lugar si sería tal que por allí pudiesen pasar. Y luego, como de allí fue, la primera cosa que hizo se apartó con un clérigo y confesose de todos sus pecados, y rogole que otro día se levantase a ora de maitines y le viniese a dezir misa porque a él le convenía de ir a un lugar que no lo avía de saber onbre del mundo. El clérigo dixo que así lo haría y qu'él rogaría a Dios que lo guardase. Y desqu'esto uvo fecho llamó a un moro que era grande adalid y sabía muy bien toda aquella tierra y rogole que no se partiese d'él a qu'ella noche, que le convenía de ir a un lugar. Y aquella noche estuvo Grimonte muy alegre con sus compañeros, mas a ninguno quiso dezir este fecho, y como cada uno se fue a su tienda Grimonte se armó y estuvo en oración hasta qu'el clérigo le vino a dezir misa y oyola con muchas lágrimas rogando a Nuestro Señor que lo guardase en aquel peligro. Y luego llamó a Dalvides, su escudero, y hízole ensillar su cavallo, y dixo a Versinta que otro día dixese a todos los cavalleros qu'él era ido a un lugar que le conplía mucho, que les rogava que lo perdonasen, qu'él vendría luego. Versinta quedó muy triste cuando así lo vido partir, mas no osó pescudalle nada. Grimonte tomó consigo a la guía y a su escudero y salió del real, y dixo a las guardas que iba a hazer un poco que le conplía. Y después que fue alexado dixo al moro que lo guiase al lugar a donde dezían qu'estaba la bestia fiera que se llamava Golpides porque quería ir a verla. El moro, cuando lo oyó, fue espantado y dixo:

—¡Ay, señor, por Dios, no queráis ver tal figura, que bien soy cierto que no podréis escapar de ser muerto ^{230r} aunque viniesen con vós quinientos cavalleros los mejores que ay en toda la hueste, porque sola la vista d'ella los espantaría de tal manera que no osasen esperar! Y tal camino vós no me mandéis que os muestre, que no lo haré por no ser causa de vuestra muerte y de la mía.

Grimonte se rio del miedo del moro y díxole:

—Amigo, no tengáis cuidado de mi vida porqu'esta está en manos de aquel poderoso Señor que a mí crió y cada día la tiene onbre aparejada. Por eso fazed lo que os ruego, que vós bien vos podréis guardar d'ella después que me mostrardes el camino por onde tengo de ir.

—Nunca fize cosa de que más me pesase —dixo el moro—, mas pues ansí queréis muramos todos, que yo no haré tanta falta en el mundo como vós.

Y luego començó a guiar por el mejor camino qu'él sopo y anduvieron tanto [que] cuando fue el sol salido llegaron al puerto a donde la bestia estava, y como Grimonte lo supo apeose y dexaron pacer los cavallos de la yerva verde, y Grimonte comió un poco de lo que su escudero traía y estuvo reposando una ora. Y en todo este tienpo el moro [y Dal]vides nunca hizieron sino rogar a Grimonte que no quesiese acometer cosa de tanto peligro, que era omecido en tomar la muerte con sus manos, mas aquel que no avía de mostrar cobardía por miedo de la muerte, pues ya lo avía començado, no quiso tomar su consejo. Especialmente el deseo que tenía de irse prestamente de aquella tierra a ir a ver a su señora le ponía tanto coraçón que ninguna cosa temía, y desqu'el moro vido su voluntad dixo qu'él no osaría ir más adelante, que allí quería esperarlo, que Dios d'él querría hazer, que aun allí no

quedaría seguro por miedo de los leones y de las otras bestias bravas que andavan en aquella montaña. Grimonte le rogó que así lo hiziese. Dalvides dixo que no quedaría, mas que ería con él aunque supiese morir, qu'él no quería más vida después de la suya, y Grimonte lo abraçó y díxole:

—Bien conocida tengo yo la vuestra lealtad, Dalvides. Pues así es, vamos en nombre de Jesucristo, que murió por nosotros, qu'él nos guardará porque los enemigos de su santa ley sean destruidos.

Cavalgó en su cavallo y tomó su lança, y ^{230v} Dalvides iba a pie con una porra en las manos para quebrantar las malezas que hallase por el camino porque Grimonte pudiese ir encima de su cavallo. El moro le mostró el camino. Aunqu'estava cerrado alguna cosa parecía d'él. Grimonte se santigó y comenzó de sobir por el puerto arriba y Dalvides delante haziendo camino lo mejor que podían, y llegaron a ora de mediodía encima del puerto a grande afán y hallaron un gran llano encima, y allí descansaron una pieça. Y començaron de andar después a unas partes y a otras buscando la cueva y en lo más alto [de la] sierra a una parte vieron la boca de la cueva y el camino, qu'estava trillado por onde ella andava. Grimonte conoció que allí devía ella d'estar y dixo a Dalvides:

—Amigo, ruégote que te vayas bien lexos, a dond'esta bestia mala no te pueda enpecer, que yo quiero tañer esta bozina, que bien creo que oyéndola ella luego saldrá, y aquí la quiero esperar porque me parece buen lugar para aver batalla con ella.

Dalvides dixo:

—No me digáis, señor, tal cosa, que en ninguna parte puedo yo'star más seguro que a donde vós estáis. Cuando Dios me quisiese tanto mal que y'os perdiese yo no quiero ser ganado.

Mucho agradesció Grimonte el amor

que conoció que le tenía Dalvides y pensó en su corazón que si Dios de allí lo escapase de le hazer mucha onra. Y luego tomó Grimonte la bozina y tañola como aquel que lo sabía bien hazer, y tan a la ves dexó de tañer cuando la vido salir de la cueva. Y venía tan rezia que no parecía sino que bolava y traía el ruido tan grande que parecía que la sierra s'estremecía. El cavallo de Grimonte, que la sentió, comenzó de levantarse en las manos y nunca tanto poder uvo en Grimonte que lo pudiese hazer sosegar, y desqu'esto vido apeose d'él y dixo a Dalvides que lo tomase y se arredrase con él gran pieça, porque si Dios de allí lo escapase que tuviese en qué ir. Dalvides lo hizo. ^{231r} Grimonte, que vido cerca de sí aquella bestia tan espantosa, no pudo tener tanto corazón que no uviese gran miedo, y encomendose a Dios y a Santa María y subiose en una peña alta que allí estava para mejor se defender. Y guirole Dios allí tan bien que fue salvación de su vida porque la bestia Golpides, cuando lo vido, fue tan airada que alçó las manos y comenzó de subir por la peña. Grimonte, que tenía la lança en las manos y la vido venir con la boca abierta, tomó la lança con ambas manos y metiógela por el oyo, que era muy grande, y puxó con tanta fuerça que l'entró la lança hasta los sesos y hízola desatinar de tal manera que cayó en el suelo y comenzó de rebolcarse por él, y dava muy grandes aullidos, que no uviera persona del mundo que lo oyera de franco corazón que no muriera d'espanto. Y como se çegó del todo no vía nada para tornar a suvir por la peña. Grimonte, que lo conoció, baxose abaxo y sacó la espada y tomó la lança que Dalvides avía traído, y fue a ella y juntose cab'ella, y dióle tal golpe encima de la cabeça que le hizo saltar la sangre por muchos lugares, mas la bestia echole las uñas pensando de apañarle entr'ellas. Mas Grimonte

era ligero y desvióse muy lexos, y la bestia metió las uñas por la tierra dura y bramava muy fuertemente de que no lo pudo tomar, y Grimonte fue por otra parte por cortalle la cola, que tenía muy grande, con la espada. Y como se llegó cerca y el[[a] andava dando bueltas alcançó a Grimonte y dióle tal golpe con el cuerpo que dio con él en el suelo mal quebrantado, y si ella lo viera no pudiera escapar que no lo deshiziera todo con las uñas y con los dientes.

Grimonte se levantó a grande afán y estuvo quedo por tomar huelgo. La bestia le salía mucha sangre de la herida de la lança que dava tan mal olor que era maravilla,^{231v} y toda estava teñida d'ella y hazía hoyas en la tierra de que no podía alcançar a Grimonte. Él tornó otra vez a ella y dióle con la espada tan gran golpe en la cola que le cortó gran parte, y quitose <se> afuera muy prestamente y dio bozes a Dalvides que le traxese otra lança qu'él tenía, y ató el cavallo lo mejor que pudo y fue corriendo a llevarle la lança. Cuando lo vido sano y la bestia de tal manera dio muchas gracias a Nuestro Señor y dióle [la] lança. Grimonte la tomó y fue a metella por la barriga de la bestia, y acertole en el corazón y luego perdió las fuerças del todo. Grimonte le tornó a dar con la espada muchos golpes, mas ninguno l'entrava por el cuerpo, tan duras eran las conchas que tenía, y a la fin metiole la espada por la boca, que muy grande era, y metiógela tanto que la bestia fue muerta del todo. Y cuando así la vieron dieron muchas gracias a Nuestro Señor y arredráronse de allí por el gran hedor que d'ella salía, que gran mal les hacía.

Y llegando cerca dond'el cavallo estava vieron dos leones muy grandes que venían bramando, y Grimonte se aparejó, que bien vido que no podían escapar d'ellos. Y el uno d'ellos vínose derechamente a Grimonte y el otro a Dalvides, el cual traía la porra en las

manos, y como el león se alçó para él dióle muy fuerte golpe en la cabeça que le hizo saltar los sesos, mas todavía el león lo herió muy malamente con las uñas, tanto que ambos a dos cayeron juntos. Grimonte recibió al león que contra él vino con la espada en la mano y dióle tal golpe por la meitad del cuerpo que lo cortó hasta las tripas y luego cayó muerto. Mas vínole otro peligro mayor, que una onça que salió de la espesura del monte a la buelta de los leones saltole en los pechos, y aunque era la loriga muy fuerte gela rompió y hízole dos llagas,^{232r} la una en una espalda y la otra en la garganta. Grimonte sacó una daga que traía y metiola a la onça por el cuerpo dos vezes. de manera que lo soltó y cayó en el suelo. y Grimonte le cortó la cabeça con el espada y fue luego a Dalvides y díxole:

—Amigo, ¿qué tal estáis? En gran peligro nos avemos visto.

Dalvides s'esforçó en ver a su señor y levantose y díxole:

—Bueno estoy, pues os veo a vós bivo. Por Dios, vamos de aquí, si no muertos somos.

Grimonte le apretó las llagas lo mejor que pudo y hízole cavalgar por fuerça a las ancas del cavallo, y començaron de tornarse por el camino por onde avían venido; y era ya tarde y oían muchos aullidos de bestias fieras por la montaña. Grimonte alçó los ojos al cielo rogando a Nuestro Señor que los guardase, que no [estu]viesen en más peligro, porque según ivan mal parados no se podrían valer. Y quísolo el Señor oír, que nunca en el camino hallaron estorvo aunque avía muchas bestias bravas en la montaña. Y cerrándose la noche llegaron a donde se avían partido del moro, el cual estava arredrado gran trecho. Dalvides començó de dar bozes. El moro lo oyó y maravillóse mucho porqu'él por muy cierto tenía que

avían de morir anbos a dos y vino corriendo a ellos muy alegre, y cuando los vido a anbos doblósele el plazer y arredráronse bien lexos de allí, y el moro les ayudó a decender porque Grimonte venía malo del mal hedor de la bestia Golpides, y echose en la yerva muy cansado y no quiso comer cosa, mas antes dixo que lo dexasen dormir y ellos así lo fizieron. Y tanbién Dalvides estava malo de sus llagas, y pasaron aquella noche con mucho trabajo. El moro pescudó a Dalvides si avían hallado aquella mala bestia. Él le dixo que sí, que Grimonte la avía muerto.

—¡O, santo Dios! —dixo el moro—. Yo creo que en todo el mundo no ay mejor cavallero qu'este, pues a tal ^{232v} cosa pudo dar cima, que todos cuantos cavalleros avía en el reino de Tremecén no lo osaron acometer. Agora no me maravillaré qu'este sea señor de toda la bervería, pues tan gran poder y coraçón es el suyo.

En esto estuvieron hablando mientras que Grimonte dormió una gran pieça y despertó gimiendo, que mucho estava quebrantado, y llamó al moro y díxole:

—Amigo, yo vos ruego y vos mando que no digáis a persona del mundo este camino que avemos traído porque siguiera gran daño, que yo vos prometo de hazer al rey Abranir que os dé tanto por onde seáis onrado vós y vuestros hijos.

El moro quiso besar el pie y díxole:

—Nunca Dios quiera que yo salga de vuestro mandado <p>. Bien creo yo que de vós no me puede venir sino todo bien, como de aquel que es el mejor cavallero que jamás armas trajo.

—Dexaos d'eso —[dijo] Grimonte— y adereçad como vamos de aquí, que mucho me tardo de no ser curado, que malo me siento.

Y luego el moro trajo los cavallos y ayudolo a cavalgar y fueron su camino.

[L]

Como Grimonte se partió del real Versinta quedó en su tienda muy triste quejándose de sí mesma porque no se avía ido con él si le fuese menester alguna cosa y toda la noche no pudo dormir. Y como fue el día claro vino Claudio y Carpasio, que aquellos eran los que jamás de Grimonte se partían, a la tienda, y como no hallaron a Grimonte pescudaron a Versinta qué era d'él. Ella començó de llorar y díxoles:

—¡Ay, que no sé qué os diga, qu'esta noche ^{233r} se partió de aquí después de maitines y díxome que vos dixese que vos rogava a todos que no uviédeses en<e>[o]jo por no vos dezir a dónde iva, qu'él sería luego aquí y vos lo haría saber!

—¡Santa María, valme! —dixo Claudio—. Agora conosco yo que Grimonte no me tiene amor, pues se quiso encobrir de mí a donde pudiera él ir que yo no fuera con él.

Otro tanto dixo Carpasio:

—Por Dios, que no ay quien más engañado biva con él que yo, que jamás me quiere dezir cosa que haga. Por esto lo devríamos de dexar y no andar enbovecidos tras él.

Y luego vinieron Damasio y Brimarte y todos los otros cavalleros, y cuando supieron estas nuevas turbáronse mucho y no sabían qué feziesen. Cada uno se quejava d'él, y unos dezían que era bien de irlo a buscar, no le aconteciese algún peligro, y otros dezían que esperasen hasta ver si vendría aquel día. Y en esto llegó Marceón el gigante y como los halló a todos turbados pescudó qué cosa era. Ellos gelo contaron. Aunque a él le pesó mucho no lo mostró y dixo:

—Señores, sepamos lo que dize Versinta y por allí nos guiaremos.

Y luego Versinta les contó lo que les mandó dezir, cómo él sería allí luego, que no

hiziesen mudança ni supiesen en el real de su ida. Cuando Marceón esto oyó díxoles:

—Señores cavalleros, ya sabéis cómo Grimonte es muy sesud<a>[o] y de gran fecho. Algo fue a hazer que conplirá mucho a todos, por eso es menester de hazer su mandado, y esperemos dos o tres días sin que se sepa qu'él de aquí es ido, y cuando no viniese entonces veremos en lo que avemos de hazer.

Todos dixeron que era buen consejo y estuvieron así todo aquel día con gran pensamiento en sus coraçones. Claudio y Damasio y Carpasio, que mucho amavan a Grimonte, acordaron de a otro día en amanesciendo saliesen del real para lo ir a buscar y así lo hizieron. Guiolos Dios por aquella parte por donde Grimonte venía y halláronlo a ora de tercia muy desmayado, y traía el yelmo quitado por amor de la llaga de la garganta que le hizo la onça. Jamás fue alegría que con la qu'estos cavalleros rescibieron se ^{233v} igualó cuando lo vieron y él uvo mucho plazer de verlos a ellos. Claudio endereçó contra él con la lança debajo del braço ha-ziendo en finta que lo quería herir. Grimonte lo conosció y díxole muy lasamente:

—Si yo me uviese d'encontrar con tales cavalleros como vós poco temería ni avía menester de traer armas.

Claudio le dixo:

—Bien só yo cierto qu'es más vuestro esfuerço que vuestro conoscimiento, que si vós lo tuviédeses conoceríades el amor que y'os tengo y no haríades cosa sin mí. Y por el gran plazer que é avido de veros, aunque mal parado, vos quiero perdonar.

Y así llegaron los otros a abraçar y espantáronse de verlo tal y rogáronle que les dixese de dónde venía o qué le avía acaecido, que tal venía.

—Ruégovos, mis señores, que agora no me pescudéis nada, que yo vengo tal que

é menester de holgar más que de hablar, y cuando fuere tienpo lo sabréis, que yo é he-cho algo de lo que cumplía a todos.

Ellos no quisieron enojarlo y fuéronse todos juntos al real, y llegados Grimonte se apeó en su tienda y desarmáronle luego. Versinta vino luego muy alegre y cuando lo vido tan desmayado espantose y rogó aquellos cavalleros que la dexasen con él, que lo quería curar, y ellos lo hizieron. Versinta lo echó en su lecho y pescudole qué mal traía. El moro y Parvides gelo contaron y ella aparejó luego lo que era menester y curole las llagas, y untolo con muy buenos ung[ü]entos y dióle a beber muy buenas cosas qu'ella tenía para la ponçoña, y dióle de comer lo que vido que era menester para s'esforçar. Y des pues qu'esto hizo dexolo dormir y curó a Dalvides muy bien. Aunque los otros cavalleros venían a ver a Grimonte ella no gelos dexó ver aquel día ni aquella noche, mas todos ellos estaban muy alegres de su venida.

Grimonte fue tan reparado con las melezinas que Versinta le puso que a otro día no sentía mal ninguno sino las llagas y mandó a Versinta que dexase entrar a todos los que lo quesiesen ver, y luego vinieron todos los cavalleros. Cada uno se quexava por qué se avía ido sin hazérgelo saber y él gelo ^{234r} agradescía y dava su disculpa como aquel que lo sabía dezir. El rey Abranir estava ya tal de sus llagas que se podría levantar, y como supo que Grimonte estava en el lecho fuelo a ver y abraçolo muchas vezes diziendo que avía mil años que no lo avía visto, y sen tose en el lecho rogándole que le dixese a dónde avía ido. Grimonte mandó salir de la tienda a todos salvo al rey y a los cavalleros cristianos, y después que los vido solos díxoles:

—Agora quiero, mis señores, que sepáis de mi ida y por qué causa no vos fize saber

cosa alguna. Y fue la causa dos razones: la una porque no ay cosa que muchos sepan que se pueda encobrir, y la otra porque si alguno quiere acometer alguna cosa peligrosa los que bien le quieren gela estorban. E yo así hize conociendo el amor que todos me tenéis, que aviades d'estorvar que no compliese mi voluntad. Sabed, señores, que yo tengo mucho deseo que prestamente diésemos fin a esta guerra y que nuestros enemigos no nos turasen tanto en el campo, y no se hallava manera para pasar a ellos sino por el puerto que la bestia Golpides tenía ocupado. Pensé en mi corazón de ir a ver si por allí podríamos pasar de manera que nuestros enemigos no nos sentiesen hasta que diésemos sobr'ellos, los unos por una parte y los otros por la otra los acometiésemos de tal manera que no nos pudiesen escapar. Y quisome Dios guiar de tal manera que lo é visto todo, y la bestia salió a mí y Dios poderoso peleó por mí, que yo no tuviera corazón, y ella es muerta y el camino desbaraçado para poder pasar sin miedo. Por eso conviene que no se sepa nada, porque no sean avisados nuestros enemigos. Partamos de aquí a tal ora que no seamos vistos por ellos y queden en el real tantos qu'ellos no nos hallen mengua, y así los podremos vencer con la ayuda de Dios.

Cuando todos esto le oyeron maravilláronse y dieron gracias a Nuestro Señor por le aver escapado, y mirávanse los unos a los otros deziendo qu'ellos no se podían llamar cavalleros delante de aquel que tanpreciado era. ^{234v} Marceón se levantó en pie y dixo:

—Cavalleros, qu'estáis pensando que la bondad de Grimonte conocida está por el mundo, que ni los bravos cavalleros ni las bestias fieras contra él no pueden durar, alegraos y dad gracias a Nuestro Señor, que nuestros fechos están bien endereçados,

porqu'este remedio á sido tal que muy presto serán vencidos nuestros enemigos. Y aquí no ay más que dezir sino que, pues este bienaventurado cavallero nos á desbaraçado el camino, que nosotros vamos a recibir nuestra parte del trabajo.

El rey Abranir, mucho almirado, dixo:

—Cierto, yo creo agora que no ay otra ley de verdad sino la de Cristo, pues en ella nació tan buen cavallero como Grimonte y de tan gran peligro lo guardó. Si no fuera porque perdería a mis vasallos yo me tornaría cristiano públicamente, mas yo prometo de nunca en otra ley morir sino en esta.

Grimonte se alegró mucho y díxole:

—Verdaderamente, rey, yo tengo en más las palabras que agora avéis dicho y por más bienaventurado me tengo por las aver dicho a mi causa que no por aver muerto al Golpides, y de aquí adelante vos amaré más que hasta aquí.

El rey respondió:

—Porque v[e]áis, Grimonte, si es verdad lo que dixo, luego me quiero bautizar, mas ruégovos que sea encobier[to] fasta que yo vea tiempo.

Todos juraron de no le dezir, y traxeron allí un clérigo y bautizolo. Todos lo abraçaron y lo besaron después, y el primero fue Grimonte, y a todos convenía de callar y no dezir qu'el rey era cristiano porque los moros no se alborotasen. Y después d'esto fecho el rey se fue a su tienda y los cristianos se adereçaron para partir de allí. Y pasaron cinco días porque Grimonte estoviesse bueno, y desde qu'él se sentió tal que podía tomar armas ordenó de partir de allí y que quedase el rey en el real con veinte mil cavalleros moros y otros tantos peones, y el gigante Marceón con tres mil cavalleros cristianos y con él el duque de Urliéns y el conde de Ruisellón y otros buenos ^{235r} cavalleros. Quedó ordenado que dende a cuatro

días, antes que amanesciese, qu'estuviesen todos aparejados y que subiesen la sierra y que peleasen con los que guardavan el puerto, porque ya en aquel tiempo ellos serían con los enemigos.

Grimonte llevó consigo a todos los otros cavalleros cristianos y quinze mil cavalleros moros. Iva por capitán un almirante, primo del rey Abranir de parte<s> de su madre, y avía venido ayudalle con dos mil cavalleros y él era muy buen cavallero, y llevó más veinte y cinco mil peones. Todos estos llevavan aparejos para hazer caminos y quitar el enpidimiento qu'estava por ellos de aver tanto tienpo que no se avían usado. Todos llevavan provisión que les bastase cuatro días y partieron del real toda esta gente a la medianoche con las guías que sabían la tierra. Grimonte iba delante de todos con el moro que lo avía guiado, y anduvieron dos leguas antes que fuese de día y allí reposaron, y las otras cuatro anduvieron de día, y en la noche llegaron al pie del puerto y estuvieron allí aquella noche mucho a recabdo. Y otro día hizo venir delante de sí Grimonte a todos los peones y díxoles:

—Amigos, aparejavos todos los unos a levar el cargo de los otros y los otros a hazer caminos, y no temáis ninguna cosa, que ya la bestia fiera que en estas montañas andava es muerta. E yo iré delante de todos y veréis antes de mediodía la más estraña cosa que jamás vistes sin que os pueda enpecer.

Todos se maravillaron y dixerón, pues él gelo dezía, que lo querían creer e irían tras <a> él a donde quiera que fuese. Grimonte y Claudio y Orsilón començaron de sobir por el camino que Grimonte avía ido y luego todos los peones allanando lo mejor que podían el camino por onde los cavalleros subiesen, y cuando fue ora de bísperas todos estavan encima del puerto. Y Grimonte, que iba en los delanteros, luego començó de

baxar y no consentía ir a ninguno a ver al ^{235v} Golpides porqu'el hedor era tanto que no lo podían sufrir. Los leones y la onça todos los vieron, y muchos de los cavalleros y peones no se pudieron sufrir sin ir a ver al Golpides con las narizes tapadas, y eran maravillados de ver tal cosa, y los loores que de Grimonte dezían no se podían contar. Y anduvieron tanto aquel día que baxaron a un llano por donde pasava un rio muy claro y avía mucha yerva viciosa, como no era hollada, y allí se apeó Grimonte porque todos reposasen y comiesen, que avían recibido aquel día mucho trabajo en pasar el puerto. Y hizieron grandes hogueras y estuvieron a su plazer toda la noche y no sin temor a las bestias fieras que oían por la montaña, que con el ruido de la gente andavan todas alteradas. Y Orsilón y Arquilao uvieron aquella noche la guarda con quinientos cavalleros que nunca dormieron hasta la media noche.

Orsilón mató un oso muy grande a maravilla y Arquilao un león, que vinieron de la montaña al tino de los fuegos, y desde la medianoche adelante uvo la guarda Manfredro y Damasio con otros tantos cavalleros. Y otro día, después que comieron, partieron de allí, y mandó Grimonte a todos que de allí adelante fuesen callados, que no hiziesen ruido porque no fuesen sentidos, y todo aquel día caminaron su paso por lo más desviado que hallavan por no ser visto[s]. Y era la tierra tan áspera que no pudieron andar más de tres leguas y durmieron entre unas muy grandes sierras. Y aquella noche enbió Grimonte aquel moro que avía ido con él al real de Ruaxén porque le traxese nuevas de la manera qu'estavan y cómo tenían su real y a dónde. El moro, que sabía toda la tierra, anduvo tanto aquella noche que llegó muy cerca del real y allí se detuvo porque las guardas no lo tomasen. Y otro día juntose con otros peones y vido todo el real, y supo

nuevas cómo el rey de Aravia ^{236r} y el rey de Bogia eran ya llegados, que dende a dos días tenían acordado de dar batalla. Todos se adereçavan y por aquella parte estavan tan seguros que no temían ninguna cosa. Y desque de todo fue avisado partiose muy encubiertamente y halló a Grimonte y a todos los que venían con él a legua y media del real. El moro le contó todo lo que avía visto, y sabido Grimonte mandó a todos que reposasen hasta la medianoche y de allí adelante que todos fuesen en pie, y así fue hecho.

Grimonte tenía tanto cuidado que no dormía, y como todos fueron puestos en punto començaron de caminar muy sosegadamente. E ya que venía el alva fueron a vista del real, y aunque algunos los vían no se curavan d'ellos pensando que era alguna gente que los venían ayudar, y como fueron llegados al real comiençaron de ferir y matar a cuantos hallavan. Los peones entravan por las tiendas y mataban los cavalleros en las camas y en poco tienpo fue hecho muy grande daño porque estavan todos tan sin sospecha como s'estuvieran en sus cosas. Era la pre<e>sa tanta, y las bozes y el ruido, que no avía ninguno d'ellos que tuviese espacio ni corazón de tomar armas, mas antes morían todos como cosa vencida. Ruaxén, qu'estava en su cama con la infanta su muger, qu'él mucho amava, que oyó la buelta, fue tan turbado que maravilla fue no morir con pesar, y començó a dezir:

—¡O, Mahomal, ¿cómo me as olvidado? ¿Cómo soy así destruido por traición?

Y començose de armar muy prestamente, y como su muger lo vido ir y su cuñada, que era muy fermosa, cayeron amortecidas dando gritos cómo las desanparavan. Él uvo tanto dolor que no sabía qué hiziesen y estuvo allí hasta que recog[ió] hasta quinientos cavalleros, y tomó a su muger y hízola poner en un cavallo y a su cuñada en otro, e

ívase con ellas. Grimonte ^{236v} andava como un león sacando la espada tinta de sangre de los que avían muerto. Vido a Ruaxén ir con aquellas dueñas. Luego conoció lo que podía ser y tomó consigo a Brimarte y a otros dozientos cavalleros y fue tras Ruaxén, y alcançolo muy presto y començó de ferir en ellos. Ruaxén tornó a ellos como onbre desesperado y començó de herir a unas partes y a otras, y en poca de ora mato más de diez cavalleros. Grimonte tomó una lança y fue para él, y díxole:

—Ruaxén, más te valiera estar en tu tierra en paz que no ir a cercar a Nápoles, por onde eres perdido tú y los tuyos. Agora morirás a mis manos.

Y deziendo esto encontrele tan duramente con la lança que gela metió por los pechos y dio con él muerto en tierra. Allí veríades una mortal batalla. Los de Ruaxén no dudavan de morir por vengar a su señor. Allí víerades hazer maravillas a Brimarte, qu'él hizo tanto que mató más de veinte cavalleros moros. Grimonte los aquexó de tal manera que dexaron las infantas en el suelo caídas y començaron de huir los que pudieron escapar. Grimonte las hizo tomar a Franquel y a otros veinte cavalleros que las guardasen, y él y Brimarte tornaron a socorrer los suyos, y encontravan muchos que huían y matávanlos sin piedad. Manfredro se encontró con el rey de Aravia, que muy esforçado era, y uvo entre ellos una cruel batalla, y a la fin Manfredro prendió al rey de Arabia. El rey Abranir y el gigante Marceón estuvieron aparejados para aquel día, y como fue ora vinieron al puerto y començaron de pelear muy bravamente con las guardas, y Marceón hizo cosas tan estrañas que no lo osavan esperar. Matava tan sin piedad a los que alcançava que le hazían lugar los otros por onde querían ir, de manera qu'él ganó el paso más estrecho e ivan adelante cuanto

podían, y como las bozes y el ruido era tan grande en el real tuviéronse todos por perdidos y desanpararon el puerto, y viniéronse al real y hallavan ^{237r} quien los rescibiese matándolos muy cruelmente. El rey Abranir y el gigante, que vieron que no avía quien los resistiese, fueron adelante a juntarse con los suyos y tomaron en medio a los enemigos, que no tenían a donde se pudiesen valer.

Qué vos diremos. Fue tanta la mortandad que en aquel día se hizo en los moros qu'és cosa dura de creer, que ninguno no escapó de muerto o preso salvo algunos que se fueron por las sierras huyendo. Allí fue muerto el rey de Bogia por manos de Orsilón d'España y el rey de Benamarín por manos de Carpasio y otros grandes señores de los moros que sería largo de contar. Cuando fue ora de nona no avía cavallero que se defendiese porque todos eran vencidos. De la parte de los cristianos murieron muy pocos porque nunca se pudieron juntar trezientos cavalleros salvo los de Ruaxén y así fueron tomados a manos como estaban seguros. Como esto fue hecho por amor de los muertos tomaron cuantas cosas en el real hallaron, que fueron muchas y ricas, y pasaron el puerto y tiráronse a su real con grandísimo despojo, que aquel día no se pudo todo llevar salvo las cosas más preciadas, y dexaron allí quien guardase todo lo otro.

Grimonte llevó a su tienda a las dos infantas y diolas a Versinta, que las guardase y tuviese consigo, y él y los otros fueron curados de sus llagas y reposaron aquella noche muy alegres por la vitoria que Dios les avía dado, mas las infantas no hazían sino llorar y maldezir sus venturas. Versinta las consolava porque ya avía deprendido alguna poca cosa de la algaravía, mas su consuelo les aprovechava poco. Brimarte llevó a su tienda una donzella muy fermosa, prima de las infantas, y otros cavalleros tomaron otras donzellas

de alta guisa, que la muger de Ruaxén venía muy aconpañada de casa de su padre y traía ^{237v} grandes riquezas y joyas que allí le fueron tomadas porque ella pensava que venía segura a su reino, mas no fue así como ella y su padre pensavan.

[LI]

Grimonte hizo juntar todas las cosas que avían ganado de los moros otro día después de la batalla porque todos uviesen parte según merescía[n], y hallose cosas tan ricas y tantas que fue cosa espantosa. Grimonte y el rey las repartieron tan bien que todos fueron muy contentos, y Grimonte tomó para sí, entre otras cosas muy ricas que ovo, una cinta que era del rey de Aravia, que ningún valor le podían poner según las piedras tan ricas que en ella avía, entre las cuales avía un carbúnculo que jamás fue visto otro mejor, y ovo una hozma y un cavallo del mismo rey, que en el mundo podía ser cosa mejor, y esto quería el para el duque de Brogoña y la cinta para su señora, y uvo otras cosas que llevó al rey de Francia que era milagro vellas. Todos los cavalleros uvieron muchas joyas y muy ricas. Grimonte dio tanta parte como la uvo el mejor d'ellos al moro que fue con él y pidió por merced al rey que le hiziese alguna merced en su tierra. El rey le dio una villa muy buena por onde aquel moro fue muy onrado y rico él y todos los que d'él decendieron. Súpolo tan bien hazer Grimonte que todos eran maravillados, e hizo enterrar los muertos cristianos que murieron y trageron del real de los moros tanto bastimento que le turó gran tiempo.

Como por toda la tierra supieron el vencimiento de Ruaxén y cómo era muerto vinieron todos con grandes presentes a Grimonte, a que los tomase a merced y que

les entr<a>[e]garían las villas y castillos. El rey Abranir ^{238r} enbiava con ellos cavalleros a quien entregasen los castillos, y en veinte días que allí estuvieron se l'entregó toda la tierra que tenían por ganar de aquella parte del reino de Tremecén. Y como todos supieron que Grimonte avía muerto a la bestia Gulpides de la montaña venían todos a verlo y de allí ivan a ver la bestia, y eran tan maravillados que dezían que no tenían en mucho que ganase toda la tierra de los moros, pues avía tenido coraçón de combatirse con aquella, y de allí adelante caminavan por aquel puerto como solían, y Grimonte hizo-le llamar el Puerto de la Espina.

Y en este tienpo que allí estuvieron Grimonte hablava muchas vezes a las infantas que tenía en su tienda y consolávalas mucho y hazíale[s] toda la onra qu'el podía. Y un día tomó Grimonte al rey Abranir por la mano y metiolo al apartamiento de la tienda a dond'estavan las infantas, que ya algún tanto eran consoladas conociendo la bondad de Grimonte, que tan guardadas las tenía, y como lo vieron levantáronse. Grimonte les dixo:

—Señoras infantas, recibid al rey Abranir de Túnez, que os viene a ver.

Ellas gele omillaron, y la más pequeña, que era muy hermosa y sesuda, la cual se llamava Polizara, miró al rey mucho y díxole:

—¡Ay, rey Abranir, cómo hiziera bien Arizmeque, tu tío, que te tuvo en presión, en matarte luego, porque no fueras causa de la destrucción de los moros, que por ti es oy abajada la ley de Mahomad! Bien á sido vengado el mal que te hizieron. ¿No temes la ira de Dios y de Mahomad? [Que se vea tu] saña y echa estos cristianos que contigo traes de la bervería por que no hagan más mal. Conténtate con tanta sangre generosa como es derramada. Ave manzilla de las dueñas y donzellas de alta guisa que no

vengan en cabtiverio como nosotras, las más malaventuradas que en el mundo nacieron.

Como esto dixo començó de llorar muy fieramente. El rey estuvo escuchando lo que aquella donzella dezía y miró su fermosura y gracia, que aunque sus quexas quexava fue movido a gran compasión d'ella y su gran fermosura. Le cabtivó tanto que la començó de amar demasiadamente y respondiolo:

—Dios sabe, señ[ora], que yo no quisiera que por mí fuese destruida toda la berve[ría], ^{238v} mas Dios todopoderoso lo premetió por los pecados y sobervia de los reis d'ella, y más de Ruaxén que todos, porque fue con grande argullo contra los cristianos, y ellos por fuerça se avían de vengar d'él. Y a bueltas d'esto quisíome Dios a mí ayudar, qu'este cavallero que en el mundo no tiene par me sacase de la presión en que tanto tienpo avía estado, al cual soy en tanto cargo que a mí mismo mataría por él, cuanto más darle ayuda con que yo fuese vengado de mis enemigos. Si vós, señora, me queréis jusgar sin pasión, no me daréis la culpa que me dáis. En aver vós venido y esta señora en poder de Grimonte vos devéis de tener por bienaventurada, porqu'él es de tanta bondad que conocerá vuestro valor, y allende d'esto me tenéis a mí desde oy por vuestro para pedirle por merced que se haga con vosotras aquello que personas de tan alta guisa merescen.

Polizara, cuando esto oyó al rey, omillósele mucho y díxole que le pedía por merced que la perdonase por lo que avía dicho, que lo dezía como aquella que deseava más la muerte que la vida, qu'ella tenía bien conocido el valor de Grimonte y su bondad. El rey le dixo:

—Nunca Dios quiera, señora, que donzella tan hermosa como vós muera tan presto, que sería desaguisado, pues sois para bevir, y beviendo se dizen a las vezes cosas

que no son pensadas. Ansí acaecerá [a vós, que a] mayor cuita os vendrá mayor [honra], por eso [consolad]vos y no vos deis a tristeza, que no vos dio Dios tanta fermosura de balde.

Y ansí estuvo el rey Abranir gran pieça con aquellas donzellas, que no se podría d'[ellas] partir, y despidiose Grimonte, que bien conosció el mal del rey, y saliéronse para los otros cavalleros. El rey, desqu'estuvo en su tienda pensando mucho en aquella donzella, <y> acordó de hablar con Grimonte y demandárgela para casarse con ella, y así lo hizo. Como Grimonte tenía pensado de no estar mucho en aquella tierra vido que era bien d'enbiar mensageros al rey de Fez a hazelle saber de aquel casamiento, si le quisiere dar parias, que no le ería a conquistar,^{239r} que pondría amistad con él, y respondió al rey que era contento de dárgele, mas que le parescía que devían de hazello saber al rey de Fez porque le diese dote con ella y que quería qu'él rey de Fez le diese parias cada año a él o a quien quisiere, y mientras qu'ellos estavan sobre la cibdad de Tremecén podrían ir y venir los mensageros. El rey lo tuvo por bien y enbiaron luego a Guamerín y a Barafenil, su hijo, y a Franquel de parte de Grimonte, y esto todo acordaron ellos con todos los otros cavalleros.

El rey entrava a ver cada día a las infantas y ablava con ellas, y a Polizara dávale a entender el amor que le tenía, por onde ella era muy alegre y le començó a amar, y él hízoles dar muy ricos atavíos por onde ellas eran muy consoladas. Grimonte entrava a ver su presionero, que era [Alcora]marte, señor de la gran Fezinalla, y hízolo curar de sus llagas y hazer mucha onra por que aquel Alcoramarte le tomó mucho amor. Cuando supo el vencimiento de Ruaxén y de qué manera avía sido desbaratado fue maravillado y dixo un día a Grimonte:

—Por cierto, cavallero, yo querria ser más vós que ser enperador de todo el mundo, que yo creo que Dios poderoso vos á hecho para espanto de las gentes. Vós fazé de mí lo que quisierdes, que por vuestro gran valor vos amaré y serviré toda mi vida. Si rescatarne quisierdes yo daré por mí todo lo que me demandardes, porque tengo tierra muy rica y lo que quedare será para vuestro servicio. Y'os prometo de jamás ser contra vós ni contra vuestros amigos y de seros leal y verdadero amigo, y si me quisierdes dar por rescate a la muger que fue de Ruaxén, que amo yo como a mi vida, y antes d'él la pensé de aver por muger, yo vos daré cuanto por ella me demandardes e yo quedaré por vuestro.

Grimonte, que conosció de Alcoramarte que era muy buen cavallero y que le sabría agradecer lo que por él heziese, díxole:

—Alcoramarte, por tu gran bondad, que soy cierto que me tendrás verdad en lo que me prometes, quiero hazer lo que me demandas, y digo que desde oy te puedes llamar libre y que por ti no quiero ningún rescate, y doite aquella que amas si ella quisiere, sin que por ella me des^{239v} cosa más de quedar por mi amigo.

Alcoramarte, que ya se levantava, cayó a los pies de Grimonte y besógelos por fuerça, y díxole:

—Grimonte, tú as hecho como quien eres. Si yo no hago lo que te devo no me llamaré Alcoramarte, y las obras darán testimonio de mi gradescimiento. Y no quiero más dezirte.

Y luego que Grimonte se d'él partió enbió un escudero suyo a gran priesa a su tierra por gentes cuantas pudiesen venir, y enbió por grandes riquezas y cavallos, que los avía en su tierra muy buenos para dar a Grimonte, y otras muchas cosas ricas que mandó traer. Como estuvo tal que podía

salir fue a la tienda de Grimonte y pidióle por merced que le mostrase a las infantas. Grimonte lo hizo. Ellas, que lo conocían, comenzaron a llorar. Él les dixo:

—Señoras, dexad vuestro duelo, que en poder estáis de aquel que os sabrá onrar como merecéis. Si vós, infanta, perdistes a [Ruaxén], avéis cobrado a Alcoramarte, que seréis tan rica y tan onrada con él como con Ruaxén. Ya sabéis que aviades de ser mía de primero. Agora quiso Dios que cobrase lo que por mí era desseado. Y vos, Polizara, cobraréis por marido al rey de Túnez, qu'es tan buen cavallero como lo ay en los moros. Por eso dad gracias a Dios, que gran bien os hizo.

Y ellas mostraron alegría con aquellas nuevas, que pensavan de ir cativas a tierra de cristianos. Grimonte dixo Alcoramarte qu'él día qu'el rey tomase por muger a Polizara qu'él tomaría a su hermana. Alcoramarte lo tuvo por bien. Como todas las cosas uvieron acabado de hazerse en aquellos veinte días que allí estuvieron acordaron de partirse a poner cerco sobre la cibdad de Tremecén, que otra cosa no les quedava por tomar en aquel reino. Grimonte dava mucha priesa por la partida, y un jueves de mañá alçaron real y movió toda la hueste derechamente a la cibdad de Tremecén. Grimonte hizo traer los palafrenes de las infantas, que los uvieron de aquellos que los avían tomado, y ^{240r} donzellas qu'estavan repartidas por los cavalleros apeáronlas para ellas, y Polidantes con dozientos cavalleros las llevavan en su guarda y les davan cuanto avían menester muy conplidamente. Grimonte dio a Alcoramarte cavallo y todo lo que uvo menester para su camino. Manfredro soltó al rey de Aravia sobre su fe y dávale muy conplidamente lo que avía menester, y así hizieron los otros cavalleros que tenían presioneros. Y fueron por sus jornadas a gran vicio y

plazer porque todos los de la tierra les traían cuanto avían menester.

El rey de Tremecén, que de contino traía espías con los de la hueste, supo el vencimiento y muerte de su hijo. No vos podríamos contar el gran pesar que uvo, que abrió toda su cara con las uñas quejándose de Dios, cómo consentía tan gran perdición en los moros, pues él avía sido [vencido], que cómo lo era su hijo, pues era tan buen cavallero, y prometió de antes morir que aver paz ni darse a los cristianos, y con gran coraçón hizo fortal<a>[e]cer la cibdad y meter cuanto bastimento pudo en ella. Y tenía tres mil cavalleros consigo muy buenos y estos le juraron de defenderlo cuanto pudiesen, y echaron los viejos y las mugeres fuera y los niños porque no comiesen la proveisión, y así estavan con gran coraçón porque la cibdad era muy fuerte. Pensávanse de defenderse dentro, y la hueste llegó sobr'ella y luego fue cercada de todas partes porque no podiesen ninguno salir ni entrar. Grimonte se aposentó en una torre qu'estava cabe la cibdad y todos los otros cavalleros cristianos muy cerca, y después qu'el real fue asentado Grimonte con otros cavalleros cavalgaron y anduvieron toda la cibdad en torno por ver si avía lugar para la conbatir, más viéronlo mal aparejado, porque la cibdad era fuerte y estava asentada sobre peña. Y como esto vio Grimonte pesole porque vio que se avía de detener allí y acordó de enbiar mensageros al rey, y fueron dos moros viejos de la cibdad de Túnez para ^{240v} que hablasen con el rey, que si quería venir en algún partido, los cuales fueron a la cibdad y demandaron seguro para hablar con el rey. El rey los mandó entrar con su seguro, mas no gelo guardaron, que no fueron entrados cuando les hizieron pieças y los echaron por los muros. El rey y Grimonte uvieron mucho pesar y juraron de no se levantar de allí

hasta tomalla por fuerça o de otra manera. Luego començaron a hazer ingenios para la conbatir porque ninguno de todos los qu'estavan en la cibdad no salió fuera, mas antes tenían las puertas bien cerradas y guardavan los moros muy bien.

[LII]

Guamerín y Franquel, que se avían partido del real, anduvieron tanto por sus jornadas que llegaron a dond'el rey de Fez estava, que ya sabía todas las nuevas y estava muy triste por la pérdida de sus hijas y de su gente, y esperaba que lo fuesen a él a buscar para tomar su reino, y cuando supo la venida de los cavalleros mandolos salir a recibir para dalles muy buenas posadas. Y otro día Guamerín fue delante d'él y díxole a lo que venía, y ansimismo Franquel. Cuando él lo oyó fue muy alegre y respondiòles que para amor de Grimonte, capitán de los cristianos, que tanta bondad usava con sus <con sus> hijas, él era contento de hazer todo lo que le mandavan. Y luego mandó aparejar tres cavalleros muy onrados y dioles poder conplido que asentasen con Grimonte todo lo que le demandava, y enbió luego mucho aver que le diese y ansimismo al rey Abranir, que quería tomar por muger a su hija, y enbióle infenitas ^{241r} joyas de gran valor y enbió con ellos mucha gente, y antes que se partiesen vino el otro mensagero de Alcoramarte, que l'enbiava a hazer saber lo que Grimonte avía hecho con él, y cómo él se casa<sa>va con la muger de Ruaxén. Allí se le dobló el plazer, y si no se sentiera malo con el gran pesar que avía auido él fuera a ver a Grimonte, mas enbióle grandes presentes de jaezes ricos como en aquella tierra los usan. Y despachados los mensageros anduvieron tanto que llegaron al real y fueron muy bien recibidos. Los cavalleros moros

dieron a Grimonte todo lo qu'el rey l'enbiava y agradesciéronle mucho de su parte lo que avía fecho por sus hijas, y asentaron con él las parias que le avía de dar cada un año. Las infantas fueron muy alegres con las nuevas de su padre, que les enbiava a mandar que se casasen con aquellos que Grimonte les mandava, y luego que todo fue concertado fueron desposados el rey y Alcoramarte con las infantas. Grimonte no gelas quiso entregar hasta el día de las bodas. Mentre tanto llegaron los de Alcoramarte, que vinieron mil y quinientos cavalleros, y trageron grandes riquezas de que muy largamente él repartió con Grimonte y con todos los otros cavalleros, y el día de las bodas hizieron muy grandes alegrías y fiestas aunque'estavan en el real. E a la noche Grimonte llevó a la reina a la tienda del rey y allí gela entregó, y ansimismo hizo a Alcoramarte. Y el rey, cuando vido a Polizara en su poder, fue muy alegre, y más cuando la halló donzella. Mucho loó a Grimonte porque tanto tiempo la tuvo en su poder y no se venció de su hermosura. Ocho días turaron las fiestas, que no entendían en otra cosa sino en aver plazer, tanto que los de dentro de la cibdad se maravillavan.

Y sabed que ya la avían conbatido tres vezes, y avían recibido grande daño y no avían hecho ninguna cosa, por onde Grimonte estava muy ^{241v} triste. Y estando un día en su tienda, aviendo consejo con los cavalleros qué podrían hazer para tomar la cibdad, viniéronle a dezir qu'estavan allí dos donzellas moras muy ricamente guarnidas y venían muy aconpañadas, que pescudavan por él. Grimonte las mandó entrar, y apeáronlas de los palafores y metiéronlas en la tienda, y como ellas entraron [y] vieron tanto cavallero tan ricamente guarnido<s> maravilláronse, y miravan a los unos y a los otros y no sabían cuál era aquel a que ellas

venían. El rey les dixo:

—Donzellas, este es el cavallero que <que> buscáis. Venid adelante.

Ellas fuéronse a omillar delante de Grimonte y él las recibió muy bien. Una d'ellas le dixo:

—Señor cavallero, la tu gran fama y bondad anda publicada por toda la África, por onde no te maraville<is> que quien no te conosce que venga a buscar y a ver. La reina Maguelia de Reduamén, mi señora, se p'en-bía a encomendar y te haze saber qu'ella á oído tales cosas de ti que no pudo sufrirse de no venir a verte, la cual será aquí mañá y pondrá sus tiendas [cerca] de tu real porque bien sabe que te hizo Dios tan mesurado que la irás a ver, qu'ella recibirá d'esto grande merced. Y no la tengas en poco, que hasta oy no se á querido casar con ningún rey ni señor que la aya demandado. Y ella es donzella tan sesuda que tiene su reino en paz, y ella pasa su tienpo en caças andando por los montes tres y cuatro días. Y como supo de tus grandes fechos partió de su tierra solo por verte, y enbíate diez cavallos ricamente guarnidos. Cada uno trae una rica espada colgada del arçón, y enbíate veintealcones los mejores y más preciados que en el mundo se pueden hallar porqu'esto es la cosa del mundo qu'ella más precia, y enbíate tres canes, que otros tales no avrás visto. Pídote por merced que salgas a recebillos por amor de aquella reina que se á puesto en tanto afán por servirte.

Grimonte les dixo:

—¡O, donzellas, mucho agradezco a vuestra señora el don que m'enbía! ^{242r} Mas el trabajo que á tomado por venir a verme era escusado, porque a donde quiera pudiera ver cavalleros más preciados que yo. Mas por no ser desagradescido yo iré a verla.

Las donzellas se le omillaron. Grimonte y los otros cavalleros salieron a ver los

cavallos, los cuales eran tales que jamás ellos otros mejores vieron, especialmente el uno que era remendado de muchas colores e tan finas que parecían pintadas. La espada que traía era tan rica que no podía ser más otra ninguna, y los halcones traían sus piuelas muy ricas y los lebreles collares de oro con piedras preciosas, y cada uno traía una vozina de marfil guarnecidas de oro y de piedras muy finas. Grimonte lo hizo todo guardar salvo seis cavallos y espadas que dio a sus amigos. Las donzellas se despidieron y tornáronse para su señora, qu'estava a dos leguas de allí, y contáronle lo que avían visto de Grimonte, cómo era el más hermoso cavallero que avía en el mundo. Ella partió aquella noche de allí y asentó sus tiendas cerca del real, y no traía consigo sino cien cavalleros y todo l<a>>[o] más de su compañía eran donzellas y servidores.

Y cuando otro día amanesció vieron los del real las tiendas asentadas y fueron a saber qué cosa era, y dixéronle que era la reina de Reduamén y vinieron con aquel mandado a Grimonte. A él le pesó mucho porque se temió de algún enbaraço, mas dixo a todos los cavalleros que la fuesen a ver, y pesquisando Grimonte quién era aquella reina halló por verdad todo lo que las donzellas le dixerón y supo más, que era muy gran sabidola del arte máxica, y cuando él oyó esto tomole más voluntad de verla por saber alguna cosa de su fazienda, y como uvo comido enbiole a hazer saber que la quería ir a ver. Ella gelo agradesció mucho. Grimonte rogó a Marceón que quedase en el real y al rey Abranir, y todos los otros cavalleros de alta guisa fueron con él. E ivan todos ^{242v} armados salvo las cabeças y las manos, y sus escuderos les llevaban las otras armas. Grimonte mandó a dos mil cavalleros que se armasen y qu'estuviesen cabe las tiendas aparejados porque no rescibiesen algún engaño, y en llegando

Grimonte a la tienda de la reina apeose y entró dentro, la cual era muy grande y muy rica a maravilla y estava llena d'estrados y de paños de oro y de seda, en qu'ella estava sentada. Ella estava tan hermosa y tan ricamente guarnida que era maravilla de la ver, y ansimismo sus donzellas tenían guirlandas de flores en las cabeças y halcones en las manos. Como Grimonte la vido fuese a omillar delante d'ella y ella lo rescibió muy bien y a todos los otros cavalleros, y hízolos sentar y tomó a Grimonte por la mano, y sentose cab'él y començolo a mirar, y desque lo vido tan apuesto fue toda encendida en su amor, y díxole:

—Agora tengo yo por bien enpleado el trabajo que é llevado por venir a verte. No fue en vano mi pensamiento. Con mucha razón te loan aquellos que te an visto y visto tus grandes fechos, que todo es [de] creer según lo que en ti paresce.

Grimonte le dixo:

—Señora reina, tal cual yo soy vos serviré y haré vuestro mandado, pues ay razón por vuestro valor. Mucho soy alegre de averos visto y conocido, y querría serviros en alguna cosa porque vos pagase el gran cargo en que os soy.

—Pagado lo tenéis, cavallero, ya, pues con buena voluntad me quesistes ver. Quiera Dios que vuestra vista no sea para mí daño.

Grimonte le pesó cuando le oyó esto dezir y començole de pescudar otras cosas. Ella no pensava sino cómo lo avría a su voluntad, y tan encendida estava en su amor que luego quisiera conplir su deseo, y metiole la mano por debajo del ^{243r} manto para tomalle la mano. Grimonte la tiró afuera haziendo entender que no la entendía. La reina se turvó y díxole:

—Grimonte, que yo bien sé que tú amas verdaderamente en tal lugar que es

bien enpleado. Mas por eso yo no te dexaré de amar a ti, porque no deseo cosa más que quedase en esta tierra memoria de ti. Bien soy cierta que será cara de alcançar de ti, mas todavía tendré esperança en la tu grande medida, y por eso te quería dar esta sortija, que en el mundo no la ay mejor ni hecha por tal maestría. Y mírala y verás en ella dos figuras: la del rubí es de varón y la del diamante es de muger. Y dígotte en verdad que cualquiera que la tuviere en su dedo, así onbre como muger, podrá conocer si el que amare le haze traición, porque mientras el que la tuviere en su dedo amare verdaderamente estas figuras estar[án] las caras derechas la una para la otra, y así como el uno faltare al otro luego aquel bolverá las espaldas al otro si fuere la muger al varón o el varón a la muger, y quando estuvieren apartados y estuvieren en alguna cuita la piedra no dará de sí nengún claror, y quando estuvieren conformes en una voluntad, alegres y contentos, las piedras resplandecerán como el sol, y así conocerá aquel que la tuviera si es engañado con su amiga o amigo. Y d'esto sed cierto, que tiene la sortija esta virtud y por esto te la quiero [dar], porque sé que la preciarás.

Grimonte, quando esto oyó, preciò la sortija en mucho, y tomola y vido que era la más estraña que en el mundo avía y gradesció mucho a la reina aquel don, y así como la metió en el dedo luego las piedras s'escurecieron y más la del diamante, por onde él conoció la cuita que su señora pasava y pesole mucho. Y todas estas cosas que la reina hablava con Grimonte los otros cavalleros no la entendían porque no sabían la lengua, de lo cual Grimonte tenía mucho plazer. La reina dio a todos los otros cavalleros a cada uno una joya muy rica y pidioles por merced que otro día viniesen a comer con ^{243v} ella, y fuesen de mañá porque quería que

primero viesen su caça. Grimonte y todos los otros gelo prometieron, y despidiéronse d'ella y tornáronse al real. E ivan hablando en la hermosura de la reina y de sus donzellas, y tales avía aí que quisieran ser Grimonte, que no se hizieran de rogar a lo que la reina quisiera, e ivan en gran solaz con él deziéndole que en todo lo avía hecho Dios bienaventurado. Mas él poco cuidado tenía de aquello, que su pensamiento era en su señora, y cuando Grimonte les amostró la sortija y les dixo la virtud d'ella mucho fueron maravillados, y aquel día y noche no pasaron tienpo sino en provalla, y nunca la piedra del diamante se bolvió sino en la mano de Brimarte, que amava mucho una donzella y su padre la casó. Todos lo tuvieron a gran maravilla, y nunca resplandecieron las piedras tanto como en la mano de Abranir y de su muger, que anbos a dos se amavan mucho el uno al otro. Grimonte la preció más que cuantas cosas en la bervería avía ganado, y aquella noche no'stuvo pensando en otra cosa sino cómo podría despachar sus hechos para se partir luego a ver a su señora. Y la reina quedó tan pagada d'él que no pensó en otra cosa sino cómo la vería consigo de contino, y dixo:

—Si yo é deprendido alguna cosa de las artes agora me aprovecharán, que yo haré tanto que Grimonte quede conmigo e yo goze de su fermosura.

Y fizo aparejar grande conbite, y como fue el día ella se atavió muy ricamente y calvalgó encima de un cavallo blanco con guarnimientos de oro y un halcón en las manos, y todas sus donzellas ansimismo con bozinas echadas a los cuellos d'estrañas maneras y veinte donzeles vestidos muy ricamente con lebreles por las traillas, y ansí movieron hazia el real. Grimonte venía ya con los otros cavalleros ^{244r} más tres mil cavalleros que venían en guarda, y venían aparejados

para si uviese algún engaño. Enbiaron corredores a todas partes. Cuando Grimonte y los otros cavalleros vieron a la reina con tal conpañía mucho plazer uvieron y recibíéronla muy bien, y ella les dixo:

—Venid, señores cavalleros, conmigo y veréis cómo yo y mis donzellas sabemos caçar.

Todos movieron de allí e fuéronse cabe una floresta qu'estava muy cerca y pasava un rio cab'ella, y como allí fueron vieron muchas aves que allí no solían andar. Las donzellas echaron losalcones, y bolaron y tomaron muchas d'ellas, y fue allí una caça tan buena que todos uvieron mucho plazer de vella. Y desdeque tornaron a recoger los halcones las donzellas tocaron las bozinas y salieron de la montaña puercos y osos. La reina les hizo soltar los canes y ella andava en [ell]os con una lança en la mano, y fue allí una [mon]tería la más hermosa que Grimonte y los otros cavalleros nunca vieron, y después que fueron muchos d'ellos muertos y los otros huyeron a la montaña la reina se vino para Grimonte y díxole:

—A bueltas de los muchos trabajos y afanes que avéis tomado en la bervería recibid este plazer, que más segura es esta caça que la que vós fuestes a buscar al Puerto de la Espina. Vamos a comer, que ya es tiempo.

—Cierto, señor[a] —dixo Grimonte—, más plazer é recibido en ver lo que é visto que tomaré en la comida, aunque sea buena y sabrosa. Bien os podéis, señora, loar, que tenéis la más descansada vida que dueña ni donzella la tiene en el mundo, pues así tenéis a mandar las aves y las bestias.

—¡Ay, Grimonte —dixo la reina—, si hasta aquí la é tenido descansada de aquí adelante la entiendo de tener congojosa si vós de mí n'os doléis!

Grimonte hizo que no la entendía y fuele pescudando otras cosas qu'él deseava

saber, rogándole que le dixese una cosa ^{244v} qu'él mucho codiciava saber, pues ella mejor que otra persona gelo podía dezir. Y hablando en esto llegaron a las tiendas y hallaron las mesas puestas y muchas bagillas de oro para servir. La reina los hizo sentar y servir a sus donzellas de diversos mangares y ella estuvo en pie con una vara de oro en las manos, que no se quiso sentar, y así como los cavalleros acabaron de comer dio un trueno tan grande que no uvo ninguno que lo oyese que d'espanto no cayese en el suelo amortecido. Y sabed qu'este trueno hizo la reina con su saber, que era muy grande. Grimonte no despertó hasta otro día en la mañá, que se halló en un lecho echado muy rico y estaba en una torre cerrada, que no vio puerta ninguna por onde salir, y como así se vido maravillóse mucho y acordósele lo que el día antes avía pasado. Luego conoció que era engañado por el saber de la reina y quiso de morir de pesar, y comenzó a maldezir su ventura, que tan esquivá le era, y decía:

—¡O, señor Dios!, y ¿[cómo] consentistes que yo así fuese engañado? Si ningún desservicio vos hize no me castigárades [de] manera de ser apartado de mis amigos, a[sí] no me pueda valer y los del real que se ayan de levantar de sobre la cibdad y no se dé fin a lo qu'estava concertado, que bien soy cierto que mis amigos les pesará tanto de averme perdido que ningún remedio se sabrán dar. ¡O, malaventurado y loco de mí, sin ningún seso! Bien me deviera yo de guardar de no ser engañado por el saber de aquella malvada reina, especialmente conociendo su desordenado deseo. ¿Cómo no pensé que me avía de ser mortal enemiga? ¿Cómo no creí que d'ella me avía de venir todo mal? ¿Cómo así me cegué y no me alumbró el conocimiento que d'ella tuve que era malo?

Y deziendo otras cosas muchas comenzó de llorar, y estando así vido a la

reina delante de sí cobijado un manto d'escarlata, sus cabellos muy ruvíos y tendidos por él. Venía tan hermosa ^{245r} que no uviere cavallero en el mundo que por ella no s'engañara ella se le puso delante y díxole:

—¡O, Grimonte, el mejor de los cavalleros! ¿Cómo es así tu corazón enflaquecido, que derramas lágrimas como muger? Devrías de pensar qu'estás en poder de aquella que te ama como a sí misma, y hasta oy ningún rey ni príncipe me pudo vencer, mas antes é guardado mi onra y castidad con grandes fuerças. Tu fama me venció de tal manera que te vine a buscar y tu vista cativó mi corazón tan demasíadamente que soy salida fuera de mi seso. Porque yo sabía que no avías de conceder en mis ruegos te traxe aquí para que, o por fuerça o por grado, me recibas por tuya y algún tiempo yo pueda gozarme contigo, que quando te fueres me quede algún fruto de ti por onde yo quede consolada.

Quando Grimonte esto le oyó fue muy airado y levantose muy aprisa deziendo:

—¡O, malvada reina, engañosa, nunca Dios quiera que por mí sea fecha cosa por onde el mi Dios sea desservido en juntarme con aquella que sus obras son fechas por la mano del diablo! No pienses, reina, que jamás me podrás mudar a conplir tu deseo aunque aquí me tuvieses mil años. Vete delante de mí. Si no haré aquello que nunca pensé: pondré las manos en ti y darte é la pena que mereces.

Por mucho que la reina hizo ni dixo no pudo quitar la saña de Grimonte, y fuese muy triste y enbióle con una donzella unas ropas muy ricas que vistiese, y por ruego de la donzella él las vistió, porque le dixese qué se avían hecho los otros cavalleros. Ella le dixo que todos estaban en aquel castillo. Él le rogó mucho que gelos mostrase. La donzella le dixo que no podía hazello sin

licencia de su señora y tráxole de comer prometién-dole que rogaría a su señora que geles dexase ver y él comió algún poco, qu'estava tal como muerto de pesar de verse allí encerrado. Y andúvose paseando todo el día pensando en su señora, si la fortuna le fuese tan contraria qu'él allí mucho estuviese, ^{245v} qué avía de hazer no la pudiendo ver, y crecicle tan gran pesar que cayó amortecido en el suelo y estuvo así gran pieça, y cuando tornó començó de sospirar y dezía:

—¡Ay, mi señora, con mucha razón vos podeis vós quejar de mí, que uviera de dexar todas las cosas por ir a veros, qu'es para mí la mayor gloria que yo puedo alcançar. ¿Qué mayor onra que enviar vós por mí? Todo mal que me venga soy merescedor. Mas por cosa que venir me pueda n'os herraré, d'esto sed vós, mi señora, cierta, aunque reciba la muerte.

Y estando él muy cuitado vino la donzella a él, y como era muy sesuda consololo mucho deziéndole que tuviese esperança y no se dexase así morir, que muy presto saldría de allí si él quisiese hazer la voluntad de su señora.

—Destruya Dios su voluntad —dixo Grimonte—, que mientras yo tuviere seso nunca ella me moverá. Y ruégovos que no me digáis de aquí adelante cosa d'ella si queréis que hable con vós y haga lo que me mandades.

La donzella gelo prometió y tráxole de cenar, y él comió muy poco. Con muchos ruegos que la donzella le dio no se quiso echar en el lecho. La reina vino a él a la medianoche y desnuda, mostrándole toda, que era cosa estraña de ver su hermosura, deziéndole:

—¡O, Grimonte!, ¿cómo desechas aquello que tantos deseavan y desean? Pues yo a ti solo escogí entre todos los del mundo, no me aborrescas ni seas tan cruel contra mí.

Devrías mirar que fuerça de amor me haze ser tan desonesta y olvidar la bondad que en mí solía aver.

Grimonte no le quiso responder cosa del mundo, mas estava arrimado al lecho y la mano en el rostro mostrando gran tristeza. La reina se llegó a él y echole los braços al cuello. Grimonte se levantó muy airado y alçó el brazo para la herir, deziéndole:

—¡O, mala y desvergonçada reina, no pienses d'engañarme más! Yo haré lo que no pensava. No puedes escapar de mis manos sin que me dexes la vida.

Y él, que pensava de tomalla y dalle ^{246r} tantas feridas que la matase, desvanesciósele entre las manos y no la pudo ver más. Aquella noche él quedo muy congojado y estuvo hasta el alva del día que no pudo dormir, y vínole un sueño muy sosegado, y en sueños vido una dueña vieja, la cual le dio la lança que no se quebró hasta el día que se combatió con el enperador, y parescíale que le dezía <que le dezía>: «Hijo, esforçaos, que muy presto vos sacaré de aquí», y despertó con grande alegría y comió aquel día mejor de lo que la donzella le dio.

[LIII]

Diez días estuvo Grimonte en aquella torre que no salió d'ella, y en todo este tienpo la reina venía a él muchas vezes y hízole mostrar grandes riquezas y joyas qu'ella tenía, mas por cosa qu'ella hiziese ni dixese jamás lo pudo mudar. Y como ella vido que su saber no bastava para traerlo a su voluntad pensó de morir con pesar, y fue a dond'él estava un día enflamada toda en ira y començole a dezir:

—¡O, Grimonte, el más cruel que las bestias fieras! Yo creo que eredaste la crueldad de la bestia Golpides que mataste. Toda su maldad fue convertida en ti, pues mis

ruegos y mis lágrimas y mis dádivas y promesas no te an podido mudar para serme piadoso. Mal aya aquella falsa vieja que te dio la sortija que traes contigo, por onde mi saber no aprovechado nada contigo. Todo el amor que te tenía se á tornado en desamor y enemiga[stad] que te tengo, pues tú eres a mí mortal enemigo. De aquí adelante yo te buscaré todo mal y no sabrás por mí quién es tu padre ni ^{246v} de tu linage, qu'es la cosa del mundo que tu más desees, por onde más onra alcançaras, y antes que pase mucho tienpo yo aré tanto que me venga bien del pesar que me as hecho. No pienses de ser tan bienaventurado que as de alcançar aquella que tú tanto amas, que por ella desechas a todas. Si yo puedo yo'storvaré que jamás la veas ni salgas de aquí. Yo me partiré de aquí y jamás me verás. Y antes quiero que veas qué hecho de tus amigos, y así entiendo de hazer a ti. Dexaré que mueras la más cruel muerte que nunca cavallero recibió.

Y cuando esto dixo levantose y abrió una puerta. Grimonte salió tras ella a un gran palacio. La reina le dixo:

—Mira por aquella finiestra y verás tu pesar.

Grimonte se paró a ella y vido a todos los cavalleros que avían venido con él tendidos en el suelo, armados como él los dexó, y estaban de manera qu'él pensó que eran muertos todos, Grimonte uvo tanto pesar de verlos así que se le cerró el corazón y no pudo dezir ninguna cosa, y cayó amortecido en un estrado. La reina fue sobr'él con un cuchillo en las manos para cortalle la cabeça según estava airada, mas aquella que siempre socorría a su padre en sus cuitas y avía socorrido a él no lo quiso olvidar, y vino sobre la reina una muy fiera leona y travole tan fuertemente de la garganta que le hizo dexar a Grimonte, y començole de rasgar las vestiduras con las uñas. La reina se vido en

mayor cuita y peligro que jamás se pensó de ver, y vido una dueña anciana que tenía una espada en la mano, y dezíale:

—Reina, deshazé luego este encantamiento que tienes hecho. Si no, muerta eres, qu'esta leona te despedaçará.

La reina, toda tenblando, díxole:

—Yo haré lo que me mandas si me prometes que la leona me dexe.

—Hazeldo luego —dixo la dueña—, que yo vos aseguro.

La reina deshizo el encantamiento que tenía hecho. Grimonte y todos los otros cavalleros se hallaron en el lugar donde la reina tenía sus tiendas, y armados como allí vinieron. Cuando se vieron los unos a los otros d'espantados no se podía[n] hablar. ^{247r} Grimonte, cuando vido a todos sus amigos bivos, no vos podría onbre dezir el plazer que sentió, y començolos de abraçar y besar llorando, y no le parescía sino que soñava aquello que vía. Y estando así todos juntos con gran plazer vieron gran buelta en el real, y viendo que peleavan los suyos con los de la villa movieron de allí, aunqu'estavan a pie.

Y queremos que sepáis lo que avino mientras Grimonte y sus compañeros estuvieron en poder de la reina. Sabed cómo el trueno que vino cuando los cavalleros estaban comiendo, que les hizo perder los sentidos, los tres mil cavalleros qu'estaban en reguarda lo oyeron. Fueron corriendo a ver qué era y no vieron tiendas ni persona del mundo por el canpo. Pensaron de morir con pesar y anduvieron buscando por unas partes y por otras, y no allando cosa tornaron al real haziendo muy grandes llantos, cada uno por su señor. Cuando el gigante Marceón, que quedó por cabdillo de los cristianos, supo cómo Grimonte y todos los otros cavalleros no parescían, pensó que por algún engaño avían sido perdidos, qu'el rey Abranir era sabidor, y salió de su tienda tan

bravo como un león jurando que moro no le avía d'escapar a vida. Y él, qu'estava ya cavalgando, una dueña anciana le tomó por la rienda al cavallo y díxole:

—Marceón, buen cavallero, ruégote que me oyas y tomes mi consejo.

Marceón dixo:

—Dueña, dezid todo lo que quisierdes, y si fuere bueno tomarlo é, e si no faré lo que bien m'estuviere.

La dueña le dixo entonces:

—Amigo, sabed que yo amo a Grimonte tanto como si fuese mi hijo, y por quitalle de la muelle soy venida de lex<os>[ana] tierra. Y no te quiero [decir] qu'él y todos los que fueron con él no'stán en gran peligro, porque la reina que los conbidó los tiene encantados, y todo el mundo que los buscase no los hallaría sino yo sola, que de allí los tengo de sacar, porque mi saber es más que de aquella que los tiene. Y hasta que sea su tienpo no puede ser, mas no se tardará mucho que no los veáis. Por eso asosiega toda la gente e díles que no se quexen ni hagan muestra que an perdido a ^{247v} sus señores porque no venga algún daño. Y dígotte en verdad qu'el rey Abranir no tiene la culpa que tú piensas, antes le pesa más que a persona del mundo. Y erás a él y d[ec]irle as que no haga mudança ninguna, que muy presto verá a Grimonte y a sus compañeros, mas antes agora deve de poner gran recabdo en el real. Así tú como el rey esforçaros mucho porque la gente menuda no se alboroten ni ayan recelo. Yo te hago cierta qu'el día que vierdes a Grimonte fenescas la guerra. Mucho avrá onra. Y luego [que] sea fenescida te consejo que te partas luego para tu tierra porque eres menester allá, que aquel que dexaste en tu lugar no te es leal, mas no le aprovechará nada, que así como tú fueres pondrás en sosiego tu tierra. Y como vieres a Grimonte dile que la dueña que le

dio la lança se l'encomienda que no se maravill<a>[e] de las cosas que le avienen, que la su grande fermosura y bondad causa sacar las mugeres de seso, mas por la crueza que la reina Magelia acometerá yo le daré la pena que meresce. Quien quisiere verla después que Grimonte viniera vaya aquella sierra y allí la verá, porque sea castigo para otras. Dezirle as que por el mucho cargo en que le soy tomé este afán por él y lo tomaré la segunda vez qu'él fuere en gracia por verlo, y estonces le diré muchas cosas de su fazienda, las cuales no á de saber fasta ir en aquella tierra, que por eso no lo dexe de fazer. Y tú ve agora y esfuerça a la buena donzella Versinta, y que no tema de perder a su señor. Y no tengas duda en todo lo que te é dicho y faz luego lo que digo.

El gigante agradesció mucho el consejo que le dio y lo que le certificó, que Grimonte y sus compañeros no eran perdidos, y despidiose d'ella y fuese para el rey, y díxole que s'esforçase, que muy presto verían a Grimonte. Y hizo tanto que aseogó todos los cavalleros, así cristianos como moros, y dixo tantas cosas a Versinta que la hizo algún tanto alegrar, ^{248r} porqu'ella estava la más cuitada que dezirsevos podría, y avía hecho los mayores llantos que nunca dio donzella por señor y toda su cara r<e>[a] sgó, y ansimismo su hermano y Narvides y todos los de Grimonte. Mas el gigante lo supo tan bien dezir que a todos sosegó.

La dueña se fue la noche antes que Grimonte saliese de poder de la reina al rey de Tremecén, estando echado en su cama muy triste, y díxole:

—Rey desconsolado, ¿qué fazes, que tus pensamientos son vanos y no puedes escusar aquello qu'el muy alto Señor tiene ordenado? Sábete qu'el capitán de los cristianos y todos los otros cavalleros de gran cuenta son en presión de la reina Magelia

de Reduamén, que los engañó con su saber y en todo el real no ay cavallero que sea de gran fecho. Cree mi consejo y mañá a ora de terciá, qu'estarán todos descuidados, haz armar toda tu gente y sal a dar en el real por dos puertas que harás abrir<ir>. Yo te digo que harás tanto daño que matarás la mayor parte de los que sobre tu cibdad están y los otros huirán todos, de manera que tu quedarás libre.

Como esto le dixo fuese y el rey quedó en gran pensamiento, y pensó que era Mahomad, que se venía a mandar lo que hiziese, y levantose antes del día y hizo llamar todos sus cavalleros y díxoles la revelación que le avía venido. Todos afirmaron que era de parte de Dios aquel consejo y dixeron qu'ellos avían visto grandes llantos en el real, que avía diez días que aquello debía de ser. Todos de una voluntad dixeron que era bien que así se hiziese, y pusieron por obra lo que le fue mandado y abrieron dos puertas. El rey salió por la una con dos mil cavalleros y seis mil peones, y un sobrino suyo con la otra gente por la otra, y dieron en el real muy esforçadamente y hi[c]ieron gran daño antes que los del real se pudiesen valer.

^{248v} El gigante Marceón fue a socorrer a la puerta a donde el sobrino del rey salió, y el rey Abranir y Alcoramarte a la parte del rey, y los de la cibdad peleavan tan bravamente que era maravilla de ver y hazían gran daño. La dueña fue a librar a Grimonte, como avéis oído, y después que la reina deshizo el encantamiento la dueña le dixo:

—Tú, reina sin seso, pensavas d'enpecer aquel que yo tenía en mi guarda. Si tú algo sabías no adivinaste que yo lo avía de socorrer y te avía de dar pena por lo que acomitiste, de matal el mejor cavallero del mundo.

Y como esto dixo fizo su encantamiento y llevola a ella y a sus donzellas a una sierra qu'estava a ojo del real, y allí hizo una cueva

en que avía muy ricos palacios, y uno d'ellos cerró con rejas de hierro muy fuertes y allí metió a la reina y a sus donzellas con todas las ricas joyas que avía traído, y metió a la reina una muy rica espada qu'ella tenía en las manos por el coraçón y dixo:

—Este tu coraçón será gravemente atormentado con esta espada hasta que venga aquel buen cavallero que fuerça de amor lo traiga a esta tierra y quiebre estos candados y saque esta espada de aquí, la cual será suya y hará estrañas cosas con ella por onde su fama será derramada por todo el mundo.

Y dexó allí hechos sus encantamientos, tales que era milagro de verlos, de manera que ninguno no podía entrar en la cueva si no fuese cavallero de linage real. Y dexó a la leona en la boca de la cueva que guardase la entrada. La reina quedó con gran dolor en el coraçón, que de contino no hazía sino gemir dolorosamente. La dueña se tornó para el reino de Argis a dond'ella bevía.

Grimonte y los otros cavalleros se fueron al real a pie. Cuando las gentes los vieron avían gran plazer. Como ellos supieron que los del real peleavan con los de la villa cada uno se fue ^{249r} a su tienda para tomar las armas que le faltavan. Versinta, que vido a Grimonte, cayó a sus pies amortescida, tanto fue el plazer que uvo. Grimonte la tomó en sus braços, que mucho la amava, y quando ella tornó en sí dixo:

—¡Ay, mi señor Grimonte!, ¿quién vos á detenido tanto tiempo? De aquí adelante no seré yo así engañada, mas iré con vós a donde quiera que vós fuerdes, y lo que fuere de vós será de mí.

—E yo así lo quiero —dixo Grimonte—, que mucho buena me fuérades en la cuita que é sufrido. Dad gracias a Nuestro Señor, que me libró, y dadme mis armas apriesa, que é menester de ir ayudar a los nuestros.

Y luego le fue dado el yelmo y el escudo, y cavalgó encima de su cavallo y fuese apriesa a socorrer a los del real. Y acaeció que fue de aquella parte dond'el rey de Tremecén estava, y como de todos los de su parte fue conocido uvieron grande plazer y alçavan grita tan grande que a los enemigos pusieron en espanto. Todos le hazían lugar y como él se vido con los enemigos començó de ferir en ellos muy sin piedad. Tanto hizo en poca de ora que los de la cibdad, que antes llevavan lo mejor, no lo pudieron sofrir.

El rey de Tremecén, aunque era viejo, avía sido muy buen cavallero y entonces no le faltava corazón, y esforçava a los suyos de que los vía retraer y él peleava muy bravamente. Grimonte conoció que devía de ser el rey en las ricas armas que traía, y començó de dar golpes a unos y a otros tan esquivos y pesados que no avía tal que lo osase esperar. Grimonte llegó a él y díxole:

—Tienpo era, rey, que salieses de tras los muros, que tanto tienpo aquí estás encerrado. Por tu mal no quisiste venir en el partido que te acometía.

Y alçó el espada deziendo esto y dióle tal golpe por encima del yelmo qu'el rey des- acordado enclinó la cabeça hasta el cuello del cavallo. Grimonte se pegó a él ^{249v} y tr-avole tan rezio por el yelmo que se lo sacó de la cabeça y le hizo venir al suelo. Narvides, qu'estava junto cabe Grimonte, lo tomó y le mandó que lo guardase, y a otros dos cavalleros, y que lo llevasen a su tienda. Y esto no se pudiera hazer tan ligero si Claudio y Brimarte y Carpasio no estuvieran allí, que peleavan muy bravamente con los del rey y mataron muchos d'ellos. El rey Abranir, que vido tan buen socorro, conoció a Grimonte. Esforçose tanto qu'él y los suyos llegaron matando y feriendo hasta las puertas de la cibdad y entráronse a bueltas de los enemigos por la calle. Se començaron de pelear

muy bravamente, y los que peleavan con Grimonte y con los otros cavalleros quisiéronse retraer a la cibdad después que perdieron al rey, mas hallaron la puerta tomada de los del rey Abranir y por fuerça los uvieron de detener en medio de los enemigos. Y en poca de ora fueron todos muertos y Grimonte entró en la cibdad muy alegre por aver tan buena ventura, y por la otra puerta por onde el gigante Marceón peleava fue hecho otro tanto, qu'el gigante mató al sobrino del rey y a otros muchos cavalleros, tanto que con la ayuda de Manfredro y de [Da] masio y de Orsilón y de los otros cavalleros no los pudieron durar y entraron con ellos a bueltas, que no tuvieron poder de cerrar la puerta. Así los acometieron, y los unos por la una parte y los otros por la otra fue tomada la cibdad, y muertos y presos cuantos en ella avía.

Damasio fue el primero que entró en el palacio del rey y prendió a la reina. Manfredro, que iba con él, a una donzella su hija muy hermosa, y Orsilón otra su hermana, y otros cavalleros uvieron otras donzellas de alta guisa que con la reina estavan. Grimonte tomó a un hijo del rey que aún no era cavallero donzel muy apuesto, el cual se llamava Ali Harán, y llevávalo un ^{250r} cavallero pensando de lo poder salvar. El cavallero murió y el infante fue tomado. Arquilao prendió a un tío del rey, cavallero muy viejo y muy rico, y no uvo ningún cavallero que no viese muchos cautivos. Y después que la cibdad fue tomada el despojo d'ella fue tanto que contar no se podría. Grimonte se fue a los palacios del rey y allí se aposentó él y todos los cavalleros cristianos. El rey Abranir vino a ver a Grimonte y abraçáronse con gran alegría, tanto qu'el rey llorava de plazer, y ansimismo el gigante Marceón, y no se hartava de ver a Grimonte y a los otros cavalleros, y davan gracias a Nuestro

Señor de verse todos juntos y aver acabado tan gran fecho. El gigante contó todo lo que la dueña le avía dicho y cómo por su consejo era hecho todo lo que se hizo, y que de otra manera todos fueran perdidos por los ir a buscar. Y Grimonte, que lo oyó, dixo:

—¡Santa María, valme! ¿Cómo no pude yo ver esa dueña, que dos vezes me á librado de la muerte? Todo el mundo que mío fuese daría por la ver y estar con ella. A Dios plega que me haga tan bienaventurado que yo le pueda servir el gran bien que yo d'ella recibí y me muestre quién ella es, que yo creo que no ay en el mundo dueña en quien tanto saber y virtud quepa. Nunca seré alegre hasta conocerla.

Arquilao bien conoció que era aquella su señora que lo avía criado, mas no quiso dezir nada, que así le era mandado por ella. Todos dixeron que le eran mucho en cargo, y allí contaron de la manera que los avía tenido a todos encerrados en un palacio y les dava allí cuanto avían menester, y cada noche se hallaban en su lecho con una donzella hermosa con quien avían sus solazes:

—¡Ay, Santa María —dixo Grimonte—, que n'os vi yo a vosotros tales, mas tendidos [en] un palacio como muertos, e yo así lo pensé que lo estávades, donde me vino tanto pesar que pensé de morir! Yo creo que tan mala henbra no nació ^{250v} como aquella reina. Mucho querría saber la pena que le dio, que no puede ser tanta qu'ella más no meresca.

El rey Abranir y Arquilao juraron de la ir a buscar por saber qué avía hecho d'ella. Grimonte les dixo que si ellos querían ir que fuesen, mas no por su consejo, y desde todos uvieron contado con grande alegría los unos a los otros lo que les aviniera después que no se vieron mandaron traer todas las cosas del real a la cibdad, y los qu'estaban heridos fueron curados de sus llagas, mas

ninguno sentía el mal que tuviese, tanto era el plazer que tenían.

[LIV]

Toda aquella noche estuvo Grimonte pensando en su fazienda, cómo se despacharía de allí luego por ir a ver a su señora, y luego que fue día hizo apañar todas las grandes riquezas que allí fueron halladas y repartíolas muy bien con todos de manera que ninguno fue descontento. Y llamó a Dioneo, hijo del amo de Dispina, y díxole:

—Amigo, ya sabéis que vos prometí de vengaros del rey de Tremecén a todo mi poder. Dios poderoso me lo á traído a las manos. Yo vos lo quiero entregar en lugar de vuestro hermano para que hagáis d'él lo que quisierdes. Sea en vuestra mano llevarlo cautivo o rescatallo. Ruégovos que por amor de mí no le sea hecho ningún desonor porque fue rey. Es razón todavía de hazerle onra.

Dioneo hincó las rodillas en el suelo y quiso besar las manos a Grimonte más el no gelas Dios y díxole:

—Sabed señor que aunque me den grande aver por el yo no lo daré más quíerolo ^{251r} llevar a mi padre que le será grande onra en tener un rey por cabtivo por amor de vos el será bien tratado.

—Ansí vos lo ruego yo —dixo Grimonte, y luego gelo entregó y Dioneo lo tuvo bien guardado hasta que se fueron.

Grimonte llamó aparte a todos los caballeros cristianos de alta guisa y díxoles:

—Mis señores, todos cuantos aquí estamos devemos de dar muchas gracias a Nuestro Señor y no olvidar de serville, pues sin peligro de ninguno de nosotros nos á escapado de las batallas pasadas que con los moros avemos avido, y por el grande es[fuer]ço y ardimiento de todos vosotros avemos ganado tanta onra cuanta otros ningunos

cavalleros en esta tierra no pudieron alcançar. A mí me parece, si vosotros fuerdes contentos, por agora nos devemos de contentar con lo hecho dexando tantos reinos y señoríos sojugados a nuestro querer, porque lo qu'es de uno es de todos. E yo por mí digo que cosa no é ganado en esta tierra que por mía quede que cada uno de vós no la pueda tener por suya. Todo lo que avemos hecho no se á podido hazer tan a nuestro salvo que no ayamos recibido daño y mucha gente perdida, por onde no podríamos ir adelante conquistando sin gran peligro, porque nos faltan muchos cavalleros y tenemos poca gente. Y tengo ya mucha vergüença del rey de Bohemia en le aver detenido tanto acá sus vasallos; querría que se fuesen a sus tierras. Damasio es mucha razón que vaya a ver a su padre, que mucho lo tiene deseado, y así cada uno es razón que vaya a su tierra. E yo iré con Manfredro a besar las manos al rey de Francia, a darle cuenta de lo que acá se á hecho. Después que algún tanto uviéremos reposado, si gente pudiéremos allegar podremos tornar a esta tierra si Dios fuere d'ello servido, y mientras tanto el rey Abranir pondrá recabdo en el reino de ^{251v} Tremecén, que yo tengo tanta confiança en él que no hará sino aquello que con otros quedare concertado y no recibamos d'él ningún engaño. Y si todos acordades en esto que tengo dicho pongamos en obra nuestra partida. Cada uno despache con los presioneros que sean de rescatar porque en esto no nos detengamos.

Y como esto dixo callose, y como todos los otros cavalleros conocieron la voluntad de Grimonte no uvo ninguno que otra cosa dixese ni quisiese sino lo qu'él les dixo. Todos respondieron que se hiziese como él lo decía. El gigante dixo que Grimonte avía acordado muy bien, qu'él no se podía allí detener más, que le convenía ir a su tierra,

que la dueña gelo avía aconsejado que luego se partiese; pues que en todo avía salido tan verdadera, que no quería salir de su mandado. Y luego todos estos cavalleros enbiaron por el rey Abranir y Grimonte le dixo cómo tenían acordado de partirse porque les era así menester, que a él quedava todo el cargo del reino de Tremecén, que ningún pavor uviese, que cualquiera que le moviese tierra que gelo enviase a dezir y qu'él vendría luego a socorrelle, mas que creía que ninguno sería tan osado de acometerle. El rey, qu'esto oyó, mostró muy grande pesar por la partida d'ellos y dixo:

—¡Ay, señor Grimonte, cuán cara es a mí la vuestra partida! No sé yo cómo podré bevir sin veros. Si no fuera por hazer vuestro mandado y porqu'esta tierra quedara perdida vós no fuérades sin mí, mas conviéneme de quedar a mi pesar por amor de la governación d'estos reinos, y no me plaze por otra cosa sino porqu'en ausencia conosceréis el verdadero amor que os tengo, y jamás olvidaré el gran bien que me hezistes. Podéis ir seguro, ^{252r} que por mí jamás será quebrantada la amistad y hermandad que tenemos. Dios nunca me dé cosa que vuestra no sea.

—Bien cierto só yo <yo> de todo lo que me dezís —dixo Grimonte—, que por esta confiança nos partimos sin dexar más recabdo en esta tierra sino a vós. Y estos cavalleros e yo nos conviene de partir muy cedo de aquí, por eso aparejad todas las cosas que convienen para la guarda d'esta cibdad.

El rey Abranir así lo fizo y hizo poblar la cibdad de Tremecén de aquellos qu'él más se confiava, y dexó muy buen recabdo en todas las villas y castillos de al derredor. Y mientras tanto los cristianos aparejavan su partida, y los presioneros que se quisieron rescatar fueron rescatados y dieron por sí grandes averes aquellos que los tenían. El

rey de Aravia no pudo venir su rescate tan presto, por onde le convino a Manfredro de llevarlo consigo. Alcoramarte le pesó mucho por la partida de Grimonte y no se pudo partir d'él él ni su muger hasta dexallo en la mar.

Y tres días antes que se partiesen el rey Abranir y Arquilao quisieron conplir lo que avían prometido y cavalgaron en sus cavalleros, y otros dozientos cavalleros con ellos, y fuéronse aquella parte a donde la dueña dixo al gigante. Y anduvieron buscando por toda la sierra y hallaron la boca de la cueva y la leona que la guardava. Luego Arquilao dixo que allí devía d'estar y apeose de su cavallo muy prestamente, y enbraçó su escudo y sacó su espada, y fue contra la leona y ella no hizo senblante de sañuda, mas antes lo afalagava con la cola. Arquilao entró en la cueva. El rey Abranir, qu'esto vido, hizo otro tanto, y la leona estuvo queda y dexolo entrar. Y otros dos cavalleros suyos apeáronse cuando vieron al rey en la cueva e ivan a entrar dentro. La leona fue al uno d'ellos, que iba delante, y echole las uñas tan bravamente que lo abrió ^{252v} por los pechos, y no le pudo el otro tan presto ayudar que primero la leona no lo hizo pedaços, y así hiziera al otro si no se saliera afuera; todavía fue mal llagado. Y decendieron todos los otros cavalleros y pelearon con la leona muy bravamente, mas nunca tanto pudieron hazer que ninguno entrase dentro, y herió muy malamente más de a diez d'ellos, y des-qu'esto vieron quitáronse afuera todos muy espantados y no sabían qué feziesen por amor de el rey, qu'estava dentro, y acordaron d'esperar hasta ver si el rey tornaría a salir, qu'él no avía visto la batalla de los suyos. Mas luego, como entrase, fue en pos de Arquilao, y hallaron unos palacios muy bien hechos y muy hermosos a maravilla, y entrando en el palacio a donde la reina estava

a una parte encerrada oyéronla gemir muy dolorosamente, y dezía:

—¡Ay, Grimonte, mala fue la ora que yo oí hablar de tu gran bondad, que tan caro me á costado! ¡Ay, cuitado!, ¿cuándo será aquel día que yo d'esta cuita salga? Más me valiera morir una vez que tantas.

El rey se llegó a la red de hierro y vídola estar asentada en una silla, y la espada metida por el cuerpo y sus donzellas en derredor d'ella muy tristes. El rey y Arquilao se maravillaron cuando así la vieron y dixonle:

—Señora reina, ¿qué mala ventura fue la vuestra o qué mal seso tuvistes en fazer cosa por onde tan gran pena vos an dado? Aunque contra el mejor cavallero y cavalleros del mundo fuestes desmesurada, confiándose ellos en vós, mucho nos pesa de veros sufrir tal pena porque sois reina y fermosa, y si pudiésemos fazer tanto que de aquí vos pudiésemos sacar mucho seríamos alegres.

—¡Ay, cavalleros —dixo la reina—, en balde vos trabajaréis de quererme sacar de aquí, por^{253r} que no fue tal mi ventura que tan presto salga de aquí, que aún está por engendrar aquel que me á de librar, el cual me será más piadoso que su padre!

El rey le dixo:

—Reina, mucho estoy maravillado de vós, porque todo el mundo dezía que no avía quien más supiese que vós en todas las cosas. ¿Cómo no adivinastes el mal que os avía de venir y no os guardastes de hazer cosa por onde os viniese tanto mal?

—¡Ay, Dios! —dixo la reina—, ¿qué vos diré? Que a la fuerça de amor no ay saver ni entendimiento que baste. La vista de Grimonte me cativó de tal manera que no me pude valer de mí misma ni tuve acuerdo de mirar lo que me convenía, por onde me fue forçado de venir en este cabtiverio tan penoso. Ruégovos, señores, que me digáis quién sois, porque aquella que aquí me encerró me

dixo que no entraría aquí cavallero que no viniese de linaje real. Si vosotros lo sois parecéme que tiene gran fuerça su saber, que así cegó el mío.

Arquilao le dixo:

—Sabed que aquella dueña, según me paresce, vos dio la paga de vuestro merescido. Yo soy uno de aquellos a quien vós encantastes y por ella fue librado, y este es el rey Abranir de Túnez, e yo soy hijo de rey. Agora podéis entender que la dueña es de gran saber.

—¡Ay, rey Abranir —dixo la reina—, tú eres aquel por quien tanto mal á venido a los moros y a mí más que a todos! En mal punto fueste sacado de presión para que yo ubiese de ser puesta en ella con tanta pena.

El rey le dixo:

—Reina, si vós padecéis merecéstelo muy bien, mas yo sin culpa era detenido. Ruégovos que me digáis qué fezistes porque aquella dueña os fue tan cruel.

La reina le respondió:

—No vos negaré la verdad. Quiero que sepáis que la crueza de Grimonte fue tanta contra mí cual yo nunca pensé que cavallero lo pudiera ser.

Entonces le contó todo cuanto con él avía pasado y cómo, desque viera que por ninguna cosa lo pudiera traer a conplir su voluntad, fue tan airada contra él que lo quisiera matar, y cómo le tenía ya puesto el co-chillo a la garganta estando él amortecido si la dueña ^{253v} no viniera.

—Ora vos digo —dixo el rey— qu'és bien enpleada en vós la pena que tenéis. Malandante será aquel que d'ella os quite, que hasta oy nunca oí dezir tal diablura de muger de querer matar al mejor cavallero del mundo. Ruego a Dios que os haga la más malaventurada de las mugeres, y quedad agora en compañía de aquellos que vós servís, que son los diablos, que yo no'staré

aquí más.

Y tomó a Arquilao por la mano y sacolo fuera. Cuando llegaron a la boca de la cueva [y] vieron la leona tan llena de sangre maravilláronse y salieron fuera sin qu'ell<e>[a] les hiziese mal ninguno, y cuando vieron el cavallero muerto y los otros heridos pescudaron qué cosa avía sido aquella y contáronle lo que la leona avía hecho. Entonces conocieron ellos que no podía allí entrar sino cavallero que fuese de linage de reis y dixéronlo así a todos porque fuesen avisados, y partieron de allí y fuéronse a la cibdad.

Grimonte los recibió muy bien y pescudoles sí avían hallado la reina. Ellos le contaron lo que les avía acontecido y cómo la hallaron, de qué manera estava. Grimonte y todos los otros se maravillaron y dezían qu'estraña cosa era aquella de ver, que mucha cuita sufriría aquella reina. El rey y Arquilao le dixerón que no uvese ninguno d'ella piadad, que más merescía, que de hecho quería matar a Grimonte si la dueña no le acorriera. Grimonte se santigó muchas vezes y dixo:

—Por cierto, ella lo pudiera hazer, que yo uve tan gran pesar pensando que todos érades muertos que fue fuera de todo mi sentido. Dexemos de hablar en ella, por Dios, que jamás vi dueña ni donzella tan desmesurada.

Claudio lo fue abraçar riendo y díxole:

—Por cierto, la desmesura vós la tenéis en no hazer ruego de tan hermosa reina. A todos pone en peligro esta vuestra grande beldad. No queráis tanto mal a quien tanto os amava. Yo [le] tengo man^{254r}zilla. Ruego a Dios que la saque presto de aquella peña y a otros que lo an menester tanbién como ella, que sus coraçones son cruelmente atormetados sin ser heridos d'espada.

Y diziendo esto quedó muy triste y ansimismo otros que allí estavan, que sentieron

aquella razón. El rey dixo cómo no podía entrar en la cueva cavallero si no fuese de sangre real, por eso que todos fuesen avisados. Por esto que se supo dexaron de ir muchos a verla por entonces, mas después muchos cavalleros de alta guisa de los moros se vinieron a provar allí, mas ninguno d'ellos no pudo librala y otros algunos morieron a manos de la leona.

Grimonte estuvo movido de ir allá por saber ciertamente si era de linage de reis, mas a la fin acordó de no ir porque no le aconteciese alguna cosa qu'estorvase su partida, la cual fue puesta en obra dexando todo recabdo en la cibdad de Tremecén. Partieron de allí todos con grande plazer e levaban todos tantas riquezas que apenas podían hallar en qué las llevasen. Damasio llevó a la reina y a la infanta consigo para llevarlas a Nápoles y enbiar a la infanta Dionora, su señora, hija del enperador de Roma. Y fueron por sus jornadas a gran vicio y plazer hasta que llegaron al puerto a donde las naos estavan, y como allí fueron llegados Grimonte habló con Claudio y díxole:

—Mi señor, mucho quisiera irme con vos fasta Roma y allí os dexar con vuestro padre, porque era mucha razón, pues y'os saqué, que os tornara a llevar y besara las manos a vuestro padre. Mas esto no lo puedo fazer sin faltar mi promesa. Píдовos por merced que me perdonéis, que Dios sabe cuánto grave me es apartarme de la vuestra compañía, que avéis de ser cierto que cavallero del mundo no me tiene más cierto a su servicio que vós por la vuestra grande bondad, y creed que no pasará mucho tiempo que yo no vaya a ve^{254v}ros.

Cuando esto dixo viniéronle las lágrimas a los ojos y no pudo más hablar. Claudio se abraçó con él y hizo otro tanto, y dixo:

—No quiera Dios, mi verdadero hermano, que yo me aparte tan cedo de la vuestra

compañía, porque bien soy cierto que sin vós ningún bien me puede venir, mas todos iremos juntos a la corte del rey de Francia, y después que vós fizierdes y conplierdes vuestra promesa avrá tiempo para que yo vaya a ver a mi padre. Iréis vós conmigo porque con vuestro consejo y ayuda yo tengo de alcançar aquello que por mí es deseado y este mi atribulado coraçón sea descansado de sus mortales deseos, que la fermosura de Lucida me tiene en toda tiniebla de tristeza y hasta que la torne a ver ninguna folgura ni descanso recibo sino con vós. Y en esto no me habléis más, que así á de ser como yo digo.

Grimonte gelo agradesció mucho, que bien conocía el verdadero amor qu'él le tenía. Damasio, que supo que Claudio quería ir a la corte del rey de Francia, dixo que también él quería ir, que no lo dexaría por cosa del mundo hasta tornallo a Roma. Grimonte uvo mucho plazer d'esto, que mucho los amava y era más onrado con su compañía, y Manfredro ansimismo uvo mucho plazer con la suya, y luego metieron en las naos todo cuanto tenían. Damasio enbió a la reina de Tremecén y a la infanta a Nápoles, y mandó a un cavallero suyo que llevase a la infanta con otras muchas joyas preciadas a Dionora y que le contase todo lo que era pasado. Claudio enbió al enperador su padre diez cavallos muy buenos y veinte cautivos ricamente vestidos, porque todos eran cavalleros. Grimonte enbió al rey de Bohemia con su gente joyas muy preciadas y ansimismo a Lecidora, y a todos los cavalleros dio muchas joyas ricas. Todos fueron muy pagados d'él. Brimarte, cuando sopó que Claudio quería ir por amor de Grimonte a Francia,^{255r} dixo a Grimonte:

—Yo creo verdaderamente que bivo engañado con vós, pues tan poco preciáis la mi compañía. Muy alegre fuera en que vós me

rogárades que fuera con vós hasta la corte del rey de <de> Francia porque acompañado de vuestros amigos paresciérades allí donde tenéis gana de bevir, mas así como me tenéis poco amor así me avéis olvidado. Pues sabed que yo no dexaré la vuestra compañía hasta que ventura nos parta, que todo cavallero que desea ganar onra deve hazer lo que yo. Y aunque vós no queráis jamás de vós me partiré mientra que pudiere armas tomar. Cuando la vejés viniere entonces buscaré el reposo.

Grimonte, qu'esto le oyó, respondióle:

—Por Dios, señor, de mal conoscimiento sería yo cuando yo no conosciere vuestro gran valor, qu'es tanto que yo no tuviera atrevimiento de pedir por merced la merced que agora me hazéis. Bien me puedo llamar bienaventurado en querer vos la mi compañía, la cual yo no dexaré mientra vós de mi vos quisierdes servir. Y ora vamos con buena ventura, que jamás oiré nuevas que más alegre me hagan qu'estas.

Brimarte dixo a todos los cavalleros de su padre que se fuesen a Cecilia, qu'él no quería ir con ellos, y que dicesen a su padre qu'él iba a la corte del rey de Francia por amor de Grimonte, y enbiole mu[c]hos cabtivos y otras cosas de mucho valor. Y como todo fue metido en las naos vínoles tienpo para salir del puerto. Allí se despidió Grimonte y todos los otros cavalleros del rey Abranir y de Alcoramarte y de sus mugeres, que muy tristes fueron por la partida de Grimonte, que mucho lo amava[n] por su grande bondad. Grimonte, cuando se uvo de partir del rey, díxole:

—Acuérdesevos, rey, de la ley que tomastes, y no la olvidéis por ninguna cosa, que sabed que mucho mal os vendrá si no lo hazéis.

El rey le prometió de fazerlo así y de trabajar con la reina su muger que se tornase

cristiana, y todos los hijos que Dios le diese de hazellos ba^{255v}utizar. Grimonte uvo mucho plazer d'esto y rogó a Alcoramarte que no se partiese tan presto del rey, que lo serviese en cuanto pudiese. Él gelo prometió, y cuando se partieron los unos de los otros mostraron grande pesar el rey y Alcoramarte, especialmente el rey, que no se podía partir de Grimonte llorando, y dezía:

—¡Ay, señor Grimonte!, ¿cuándo será aquel día que yo vos torne a ver? No sé cómo tengo de bevir sin vós. A Dios plega que me dexé bevir tanto que pueda pagaros el mucho cargo en que os soy.

Grimonte lo consoló diziéndole qu'él lo tornaría muy prestamente a ver, que creyese que no lo avía de olvidar; cualquiera cosa que uviese menester qu'él vendría luego. Con esto el rey se consoló, que llorava muy fieramente. Como Grimonte y todos los otros cavalleros fueron entrados en las naos el rey se tornó a la cibdad de Túnez y fue recibido con gran fiesta de sus vasallos, y bivió pacíficamente, que ninguno fue tan osado de mover guerra contra él, mas antes Alcoramarte, con ayuda del rey, ganó el reino de Reduamén, que era de la reina Magelia, qu'estava encantada. Y dexarlos emos agora fasta su tiempo.

[LV]

La gente del rey de Nápoles, después que se partieron de Damasio, fueron por su mar, y aunque se detuvieron algunos días en la mar por serles el viento contrario <y> llegaron a la cibdad de Nápoles seguros, y cuando llegaron al puerto tiraron muchos tiros y mostraron grande alegría. Y cuando el rey vido que era su gente uvo muy gran plazer pensando que era su hijo y salió muy prestamente ^{256r} a la ribera de la mar con todos sus cavalleros. Y un cavallero

salió en tierra, y desde le besó las manos díxole todas las nuevas, cómo traían allí a la reina de Tremecén presa y a una hija suya, y la gran vitoria que de los moros avían avido, y cómo Ruaxén era muerto y cómo por el gran esfuerço y seso de Grimonte avían destruido todos los moros, y contole todas las cosas, que no dexó nada por dezir. El rey fue tan alegre que jamás rey lo pudo ser más, y hincó las rodillas en el suelo y dio muchas gracias a Nuestro Señor, y después dixo al cavallero:

—Vós me traéis tales nuevas que bien merescéis ser galardonado. Solo me pesa porque Grimonte y mi hijo no vinieron a verme, mas yo tengo esperança en Nuestro Señor de verlos muy presto, por onde mi alegría se doble.

Y luego mandó sacar a la reina y a los otros cautivos de las naos, y recibió a sus cavalleros con grande amor y fuese con todos ellos al palacio. La reina los rescibió muy bien, que muy alegre estava, mas cuando supo todas las nuevas dixo:

—¡O, señor Dios, gracias te doy, que me heziste conocer tal cavallero como es Grimonte, que en el mundo no tiene par! Mucho soy quejosa de Damasio porque no lo trajo consigo.

Y en esto vino la reina de Tremecén con todos los otros captivos. El rey y la reina la recibieron muy bien por aver sido reina y hízola asentar cabe sí la reina. Y no s'entendían, mas la reina de Tremecén llorava muy fieramente y ansimismo su hija. El rey le hizo dezir que se consolase, que en lugar estava a donde se le haría toda onra, y mandó sacar a Cardacio de una torre a donde lo tenía preso, y díxole:

—Cardacio, ves aquí la reina de Tremecén, madre de Ruaxén, tu amigo, que por tu causa es muerto y ellos captivos. Mira cómo Dios á baxado tu sobervia.

Cardacio miró a la reina y a su hija y conosciolas, y como era de gran coraçón no quiso mostrar sen^{256v}timiento, mas dixo:

—Rey, esto que me as <des> oy mostrado es enxemplo para ti que no seas arguloso con la vitoria que Dios te á dado, que muy prestamente la fortuna buelve su rueda.

Y callose, que no dixo más. Y esto dezía él porqu'el rey de Chiple le avía enbiado acometer muchos partidos por soltar a su hijo y él jamás avía querido, diziendo que hasta que viniese Grimonte que no lo avía de hazer. La reina de Tremecén conoció a Cardacio, que lo avía visto en su casa, y bien conoció que por él avía venido todo su mal. Ronpió con la[s] uñas su cara y començó de hazer el mayor duelo del mundo, y dezía:

—¡Ay, Cardacio, de mala muerte te vea yo morir, que tú fueste aquel que as llagado mi coraçón y me abaxaste de muy grande alteza! De reina y señora me heziste captiva. Por ti perdí al rey mi marido y a los mis buenos hijos. Vete delante de mí, si no yo me mataré y daré fin a la mi desa[s]trada ventura, que la muerte es fin de todas las cosas, y Dios, por me hazer mayor mal, me quiere dexar con la vida.

El rey, que vido a la reina tan triste, mandó llevar de allí a Cardacio, y a ella hizo llevar a una cámara e hízola curar y haz<ían>[er] mucha onra. Y otro día hizo fazer grandes proseccion[e]s, y a todos los monesterios y iglesias dio grandes dádivas, y turó ocho días, que no hazían otra cosa sino alegrías y fiestas. Y después d'est<r>o dio el rey muchos dones a todos aquellos que vinieron de la guerra, y el cavallero que Claudio y Damasio enviavan al enperador de Roma se partió desde Nápoles con la infanta y con todas las otras cosas. Mayor dolor sintió la reina de Tremecén en ver a su hija partir de sí que todo cuanto avía pasado, mas mucho la consolava la reina. El cavallero anduvo

tanto por sus jornadas que llegó a Roma, y cuando [el emperador] lo vido y supo las nuevas fue muy alegre y dio muchas gracias a Nuestro Señor por la vitoria de los cristianos, especialmente por qu'él oyó loar tanto a Craudio, su hijo. Y rescibió con gran gozo las cosas que l'enbiava y repartió los cabtivos ^{257r} con los altos onbres de su corte, y el cavallero dio a la infanta a Dionora y todas las otras cosas que Claudio y Damasio l'enbiaron.

No vos podría onbre dezir la alegría que en su coraçón sentió Dionora con las nuevas de aquellos dos, qu'ella tanto amava, y dio al cavallero grandes dones y pescudole si vendría tan presto Craudio. Él le dixo que cuanto llegasen a la corte del rey de Francia luego se avían de venir.

—Ansí lo quiera Dios —dixo ella—, que gran tienpo á que se partieron de aquí. Muy caramente avemos conprado la bondad de Grimonte, que ansí nos llevó a Claudio y a Damasio de aquí. Si yo lo viese mucho me quexaría d'él.

—Toda queja que vós, señora, tengáis d'él sabrá él enmendar —dixo el cavallero—, según la grande bondad y mesura que en él ay. Sabed que vuestro hermano lo ama tanto que no se puede d'él partir. Todos vendrán a vuestro servicio muy cedo.

—Ansí gelo dezid vós de mi parte a Damasio, que haga tanto por mí que me traya a mi hermano y él venga a servir al enperador. Yo le gradesco mucho el don que me enbió. Por amor d'él recibirá mucha onra la donzella.

El cavallero le besó las manos y fuese al enperador, el cual le dio muchas joyas preciadas y díxole qu'él l'enbiaría luego por Craudio, su hijo, que ya no podía sufrir el deseo que tenía de verlo, y que dixese al rey de Nápoles de su parte que le rogava mucho que se concertase con el rey de Chiple, que

cada día se le quexava d'él por amor de Damasio, que no avía querido ser contra él, que mucho era alegre con la su buena andança. El cavallero le besó las manos y se tornó a Nápoles con aquel mandado.

El gigante Marceón se despidió de Grimonte. Ambos a dos les vinieron las lágrimas a los ojos cuando se abraçaron y cada uno prometió al otro de serle verdadero amigo, y desque se despidió de los otros cavalleros metiose en su nao y fue su viaje con toda la otra gente del reino de Bohemia, y llegando a ^{257v} él salió en tierra y fue a besar las manos al rey con todos los otros cavalleros. El rey lo rescibió muy bien y fue muy alegre con las nuevas y con las cosas que Grimonte l'enbiava, mas más lo fue Lecidora con la carta de Grimonte. Cuando le dixerón que iba para Francia pesole mucho y dixo entre sí: «¡Ay, Dios, cuán alegre será aquella donzella por cuyo mandado Grimonte va a Francia cuando lo viere ir con tanta onra! Mucho me temo que Grimonte la ama, pues a mí desprecio. ¿Cuál donzella avrá en el mundo de tan alta guisa que Grimonte ame qu'ella no le ame a él? ¡Ay, cautiva, que me dixo qu'estava en su poder d'ella y que por ella se mandava! No sé qué me espere ni qué me amo a quien me tiene en tan poco. Mas como quiera que sea yo no mudaré mi voluntad, que mucha razón es de sufrir cualquiera cuita por Grimonte, que mucho meresce». Y ansí estava Lecidora conquistad<o>[a] consigo misma, mas no pudo acabar con su coraçón de olvidar a Grimonte y dezía que todavía avía d'esperar si pudiese alcançar tanto bien como era aver a Grimonte por marido.

El gigante estuvo con el rey tres días contándole todas las cosas como avían pasado, y despidiose d'él y fuese a su tierra, la cual halló toda enbaraçada porque su sobrino se avía alçado con ella pensando que Marceón

era muerto, y los más d'ellos se defendían y no lo querían recibir por señor. Como Marceón llegó todos sus vasallos vinieron a él y lo recibieron como de antes, y él cercó a su sobrino en un castillo y aquejolo tanto que lo tomó por fuerza de armas, y hizo d'él muy cruel justicia y aseegó toda la isla en su señorío. Mucho era maravillado porque la dueña gelo avía dicho como todo paso. Y d'él no vos diremos agora más. La gente del reino de Cecilia llegaron en paz ^{258r} y del rey fueron muy bien recibidos, y cuando supo las nuevas dio muchas gracias a Nuestro Señor y plúgole porque Brimarte iba en la compañía de tan buen cavallero como era Grimonte. Mucho estava maravillado de las cosas que d'él oyó dezir.

[LVI]

Entrados Grimonte y todos los otros cavalleros en las naos alçaron vela y los marineros guiáronlos derechamente al reino de Francia, y en poco tiempo fueron arribados en ella, que los guio Nuestro Señor con tan buen viento cual ellos avían menester. Grimonte iba tan alegre por ir a ver a su señora que bien gelo conociera quien en ello quisiera mirar, y como llegaron salieron todos en tierra y estuvieron allí en el puerto dos días por re<s>frescar y aver bestias para llevar las muchas cosas que traían.

Manfedro enbió un escudero al rey a hazelle saber cómo venían todos a le ver. El rey estava en una villa la<s> más vistosa que ay en el reino de Francia, la cual se llama Llacosta, y aviase ido allí por amor de Dispina, que tomase plazer por las riberas y florestas que tenía muy buenas. Y sabed que Dispina estava muy triste porque vía tardar a Grimonte; pensava que por no le tener amor lo hazía, y esto le causó tornar a enflaquecer. Y en aquella villa avía unas reliquias en quien

todos tenían gran devoción, y el rey llevola allí porque sanase, mas no eran aquellas las reliquias que le avían de dar salud. El escudero de Manfedro llegó delante del rey y besole las manos y dixo lo que Manfedro le ^{258v} mandó dezir, cómo venía Claudio, el hijo del enperador de Roma, y Damasio y Brimarte, hijo del rey de Cicilia, con Grimonte, que hiziese por los onrar.

—Tú seas el bienvenido —dixo el rey—, que nuevas me traes de gran plazer. Mándote las alvricias tales que para sienpre serás onrado.

El escudero le besó las manos. El rey mandó luego adereçar los palacios de paños de oro y de seda, y mandó que se adereçasen posadas para los cavalleros de alta guisa y que todos los cortesanos se guisasen para salir a recibillos. El escudero de Manfedro fue a besar las manos a la reina y díxole estas nuevas, con las cuales ella fue muy alegre. Felicia estava en la cámara de la reina y oyó lo qu'el escudero dezía. Fue muy corriendo a Dispina, qu'estava en una huerta muy poblada de árvoles y de fuentes muy claras. Era tan deleitosa que Dispina todo el más de día estava allí por dar folgança su coraçón, y esta huerta estava cabe su cámara y tenía los muros muy altos, que no la podían ver de ninguna parte, y tenía una puerta pequeña que salía cabe la iglesia de San Cebrián, a dond'estavan las reliquias que vos deximos. Por aquella puerta salía Dispina cada vez que quería a la iglesia sin que persona la viese, y como ella vido venir a Felicia tan apriesa y alegre estremeciósele el coraçón. Felicia hincó las rodillas delante d'ella y díxole:

—Señora, agora quiero yo ver las alvricias que me daréis, que nuevas vos traigo que bien las merescen.

—¡Ay, amiga, dezídmelas presto —dixo ella—, que y'os daré cuanto tengo!

—Sabed, señora, que vuestro hermano

Manfedro y Grimonte y otros buenos cavalleros serán aquí de aquí a dos días, y an alcançado tanta onra que sería largo de contar, especialmente Grimonte. Cosas estrañas se dizen d'él.

Dispina echó los braços encima de Felicia y començola de abraçar diziéndole:

—¡Ay, ^{259r} mi amiga Felicia, de vós no me podía venir sino tales nuevas que alegrasen mi corazón!

Y por las otras doncellas que allí estaban no osó decir más, y levántose de allí y fuese a su cámara. Grande alegría era entre todas las doncellas y más en Oribena. Dispina no pudo aseogar en ningún lugar, tanta era su alegría. Enbraçávase muchas veces con Oribena y deziále:

—Amiga, alegraos conmigo, que presto veremos al vuestro Grimonte.

Así eran todos y todas en grande alegría puestos. Manfedro, que vido qu'el rey av<r>ía adereçado lo que era menester, partieron del puerto, que avía cuatro jornadas de donde el rey estaba, y fueron a gran vicio, y el día que uvieron d'entrar en [la villa] vistiéronse todos muy ricamente. Grimonte iba tal que a todos ponía alegría de mirallo, y pusiéronse en orden. Todos los cabtivos ivan delante y el rey de Tremecén tras ellos encima de su caballo, vestido de negro, y el rey de Aravia junto cab'él de aquella misma manera, y Dioneo iba armado con cien cavalleros que los guardava[n], y luego iba la infanta que Orsilón avía tomado con otras doncellas, y luego iba el duque de Urliéns y el conde de Ruisellón y Orsilón, que aquellos avía enviado el rey de Francia por capitanes, y luego ivan Manfedro y Damasio y Carpasio, y luego Grimonte encima de su caballo fermoso que la reina le dio, y Claudio y Brimarte con él, y luego Arquilao y los otros buenos cavalleros. El rey y Donís, su hijo, salieron a recibillos con muchos cavalleros

de gran cuento entre los cuales iba el buen duque de Brogonia, que avía ocho días que era venido a la corte, y Frangiste, su hijo, por dar orden en unos casamientos que se avían de hacer, y cuando se vieron los unos a los otros mostraron grande alegría y tomaron muchos estrumentos.

Manfedro se ^{259v} adelantó a besar las manos al rey y pasó por muchos cavalleros hasta que llegó a él y besole las manos. El rey le dio su bendición con mucha alegría y después recibió a Damasio muy bien. El príncipe abraçó muchas veces a su hermano y después a Damasio, su cuñado. Carpasio besó las manos al rey y a su padre y fueron todos adelante, y cuando vido el rey tantos cabtivos maravillose y pescudó si eran aquellos los dos reis que venían presos, y dixerónle que sí. Él llegó a ellos y omillóseles. Ellos abaxaron las cabezas hasta los cuellos de los caballos, que bien conocieron que era el rey. El duque de Urliéns fue a besarle las manos. Grimonte, que vido al rey, apeose muy prestamente, y por mucho qu'el rey le dio bozes vino hasta él a pie y besole las manos por fuerça. El rey le echó los braços al cuello y [lo] tuvo gran pieça abraçado, y díxole:

—Grimonte, no pudiera yo ver cosa que tan alegre me hiziera como veros a vós. Vós seáis vinido en buena ora.

Grimonte le dixo:

—Señor, recibid a Claudio, hijo del enpeador, y a Brimarte, hijo del rey de Cecilia.

Él los recibió con gran cortesía. Mientre tanto Grimonte fue a besar las manos al duque, el cual estaba apeado para lo recibir. Grimonte hincó las rodillas delante d'él y tomole las manos por fuerça y besógelas. El duque le besó en el rostro y díxole:

—Hijo, buena fue la ora que yo os conosco. Por bienaventurado me tengo por averos por hijo.

El príncipe Donís llegó allí y dixo:

—Duque, dadnos parte d'este cavallero, que tanto avemos deseado.

Grimonte le quiso besar las manos, mas él lo abraçó, y así se recibieron todos los unos a los otros con grande placer y movieron para la villa, y todos juntos fueron al palacio del rey.^{260r} Y allí se apearon y sobieron al gran palacio a dond'estava la reina aconpañada de muchas dueñas y doncellas ricamente guarnidas, y Dispina sobre todas, que no vos podría onbre dezir los sus ricos atavíos y gran fermosura, que en aquellos dos días avía cobrado tanta que no avía onbre que la viese que no se maravillase. Y estava la princesa cab'ella muy alegre por la venida de su hermano Damasio. Grimonte iva tan alterado en pensar de ver a su señora que no sabía parte de lo que dezía ni hacía, y como fueron en el palacio la reina se levantó y Manfredro le fue a besar las manos, y luego llegó Grimonte. La reina lo abraçó de coraçón y díxole:

—Amigo, tiempo era que nos viniédeses a ver. Mucho os avemos deseado. Bendito sea Dios, que vos trajo con tanta onra.

Entonces llegó Claudio y Damasio. Mentre tanto Grimonte estava mirando a su señora, cómo tenía abraçado a su hermano con tanta alegría. Tan <a>[ol]vidado estava de sí de verla que no se le acordaba de besalle las manos. Mas ella, que en otra cosa no pensava sino en él, llegose a él y díxole:

—Aunque no tengo razón de hablaros, señor Grimonte, por me aver detenido tanto a mi hermano, y por vuestra causa á estado desterrado d'esta tierra, no quiero dexar de abraçaros, que por el mismo vos quiero perdonar.

Grimonte hincó las rodillas y tomole por fuerça las manos y besógelas, y ella lo abraçó. ambos a dos sintieron muy gran gloria y quisieran, si pudiera ser, que aquello

mucho turara, mas Dispina uvo de recibir a <a> los otros cavalleros, especialmente a Damasio, a quien ella mostró muy grande amor. Y quando supo el rey que Arquilao era sobrino del emperador hízole mucha onra. Y la princesa estava toda llena de gozo con su hermano y hízolo sentar cabe sí,^{260v} y los otros cavalleros se sentaron muy cerca, e mientras el rey se fue a su cámara por folgar un poco ellos quedaron hablando con la reina y con las otras doncellas. Y Claudio, que miró bien la gran fermosura de Dispina, pensó que aquella era la que Grimonte amava, y dixo en su coraçón que si así era qu'él tenía mucha razón, y como estava junto cab'él sentado mirole las manos y vídole el anillo que la reina Magelia le avía dado, y vido las piedras tan claras y luzientes como el rayo del sol, y afirmó que era verdad su pensamiento, y dixo en su coraçón: «Por cierto, estos dos amantes los hizo Dios bien igualados, que a duro en el mundo se podría hallar tan buen cavallero como Grimonte y tan hermosa donzella como es Dispina. Mucho soy alegre por aver venido aquí por así lo ver esto. Mas jay de mí, que no tengo esperança de verme tan cedo en tal alegría como Grimontel». Y como el rey vino las mesas fueron puestas y sentáronse a cenar, qu'el rey lo avía mandado muy bien aparejar, y fueron servidos como en casa de tal rey convenía. Y desque alçados los manteles el rey dixo que era bien que fuese[n] a reposar, que vendrían cansados del camino, y mandó a un cavallero que fuese a llevar a Claudio a su posada.

El duque de Brogonia quería llevar consigo a Grimonte, mas él le pidió por merced que lo dexase ir con Claudio, que no lo avía de dexar, y él lo hizo de manera que posaron ambos a dos, y Arquilao con ellos, que no se avía de partir de Grimonte. Y Damasio posó con Manfredro en el palacio del rey. Brimarte

y Carpasio posaron ambos a dos juntos cabe la posada de Grimonte y Orsilón con ellos. Aquella noche todos reposaron salvo Grimonte, que no podía dormir, ^{261r} tanta era la demasiada afeción que la vista de su señora le acrecentó, y dezía: «O, cautivo corazón!, ¿qué será de ti, que en ninguna cosa hallas reposo? Hasta aquí la ausencia de tu señora te causava grande tormento. Agora su vista angélicamente acrecienta mortales deseos. Conviene que seas todo desfecho en lágrimas si la su grande medida no te acorre». No hacía sino volverse en la cama muchas veces, tanto que Claudio lo sentió y díxole:

—Por Dios, reposad ya, qu'estas cuitas anse de pasar con esfuerço. Pluguiese a Dios que tal fuese mi mal.

Grimonte se calló y hizo que no lo oía, y a la mañá levantáronse todos y vestiéronse muy ricamente. Y ellos, que querían ir al palacio del rey, vino el amo de Dispina, padre de Dioneo, aquel a quien Grimonte avía dado <Grimonte> <a>[e]l rey de Tremecén, y hincó las rodillas delante de Grimonte y quísole besar las manos, mas él no gelo consentió, y el amo le dixo:

—Señor Grimonte, ruego a Dios que os dé el galardón del bien que a mí y a mi hijo hezistes. E yo no vos lo podré servir, mas todos los días de mi vida rogaré a Nuestro Señor que vos faga tan bienaventurado como hasta aquí á hecho, que así avéis vengado mi corazón de la muerte del mi buen hijo. Por amor de vós yo haré una torre con rejas de fierro para <en> poner allí al rey, que todo el mundo lo vea y se acuerde de la vuestra grande bondad.

—Mi buen señor —dixo Grimonte—, vós podéis hacer d'él lo que quisierdes guardando todavía la onra d'él, porque fue rey. Y vuestro hijo es tan bueno que no fue mucho hazer lo que hize por él.

El viejo se le omilló mucho y ansí como

lo dixo a Grimonte fizo la torre en que tuvo al rey bien diez años preso. Grimonte apartó a Versinta y díxole:

—Mi verdadera amiga, ruégovos que vos ataviéis muy ricamente y vais besar las manos a mi señora Dispina, y veréis si tengo razón de servilla. Y deré ^{261v} is a Oribena que le pido por merced que se acuerde de mí, porque no le é podido hablar a mi voluntad, qu'ella busque el remedio para que le pueda decir algunas cosas que me cumplen mucho.

Versinta dixo que lo haría. Ellos se fueron al palacio y todos salían a ver tan apuestos cavalleros, y Grimonte sobre todos era loado, y cuando entraron en el gran palacio fallaron al rey que quería oír misa. Él los recibió muy alegremente haciéndoles mucha onra. Grimonte hincó las rodillas delante d'él y díxole:

—Mi señor, la vuestra buena ventura á hecho ganar a estos cavalleros y a mí tanta onra como avemos alcançado de los moros. Todos estos altos cavalleros por la su grande medida y bondad me fizieron capitán y cabdillo de todos, por onde con la ayuda de aquel poderoso Señor conquistamos gran parte de la bervería y g[over]namos el reino de Tremecén y pusimos en sojución, y el reino de Fez y de Túnez y otros señoríos comarcanos. Cada un año an de dar gran suma de aver. Todo esto quiero yo que vós, como aquel qu'es el mayor rey de los cristianos, lo ayáis y seáis señor de aquella parte de la bervería que conquistamos, que vós mejor que otro lo podéis sostener. No será ninguno tan osado que contra vós se ose levantar. Quiera Dios que en esto yo pueda serviros, porque mi deseo no es otro mas que [serviros más que] a ninguno que en el mundo aya.

Al rey le vinieron las lágrimas a los ojos con el grande amor que a Grimonte tenía y respondiolo:

—Grimonte, mi verdadero amigo,

nunca a Dios plega que yo tome ni sea señor de aquello que vós con tanto trabajo y afán avéis alcançado, cuanto más que sois merescedor para más tierra señorear. Yo soy bien cierto que todos estos preciados cavalleros que vos la ayudaron a ganar tienen por bien que vós solo seáis d'ello señor e yo así lo quiero, y prométovos que jamás avréis menester ayuda que yo no vos la faga con cuanto gente vós quisierdes llevar de mis reinos <y> si caso fuese que se alçasen contra ^{262r} vós. En esto no abréis más, que así quiero yo [que] sea.

Grimonte le besó las manos por fuerça y todos los cavalleros que venían de la guerra otorgaron que Grimonte fuese señor de lo que avían conquistado, como el rey lo mandó. El duque de Brogoña abraçava muchas veces a Grimonte, que no se hartava de verlo. Su hijo Franxiste ansimismo, y del príncipe Donís era muy onrado y de todos los cavalleros de la corte. Y después que oyeron misa estuvieron hablando en las cosas de la guerra. Como Claudio contaba al rey de la manera que Grimonte se conbatió con la bestia Golpides y por allí pasaron después qu'ella fue muerta a los enemigos todos se maravillaban de oír sus grandes fechos, especialmente de cómo Nuestro Señor lo quiso librar de manos de la reina. Todos ponían los ojos en Grimonte. Él estaba muy avergonçado porque tanto se oía loar, y después que comieron con gran fiesta Grimonte mandó traer las cosas que traía para el rey y para el duque. Todos eran maravillados de ver cosas tan ricas, y dio al rey la bozina que vos deximos que era muy rica y seis cavallos y diez hal<a>cones de los mejores qu'el rey le avía dado, y otras cosas de gran valor, y al príncipe Donís dio la espada más rica que la reina le dio y otras cosas muy buenas de jaezes. Al duque dio las armas y la espada del rey de Jelofe, y así repartió con todos

las cosas estrañas y ricas que traía para dar, y los otros cavalleros hizieron otro tanto.

[LVII]

Versinta se atavió muy ricamente y tomó consigo dos escuderos, y fuese al palacio ^{262v} del rey y entrose en la cámara de la reina, e hincó las rodillas delante d'ella y besole las manos. La reina, cuando supo quién era, hízole mucha onra y mandole que fuese a ver a Dispina, que mucho holgaría con ella. Versinta se fue luego. Dispina estaba ya vestida y con la grande alegría que tenía y los ricos atavíos estaba tan hermosa que cosa era maravillosa de ver. Versinta hincó las rodillas delante d'ella y díxole:

—Mi señora, dadme vuestras manos, que mucho á que deseava averlas besado.

Dispina luego conoció que aquella era la donzella de Grimonte, que Lantina le avía dicho muchas cosas d'ella, y echole los braços al cuello y díxole:

—Amiga, quírovos abraçar antes, que mucho vos amo por aquel cavallero que servís y tan acorrida sois a los que os an menester, que aun a mi hermano avéis mucho servido, por onde es razón de hazeros mucha onra.

Versinta le besó las manos y estúvola mirando y maravillose mucho de su gran hermosura. Como vido que no estava allí sino sola una donzella vido qu'era tiempo de dezille algo de Grimonte y dixo contra la donzella:

—Ruégovos, mi señora, que me digáis si vos llaman Oribena, porque si vós sois quírovos hablar, que mucho vos ama Grimonte mi señor.

Ella se levantó y dixo:

—Amiga, yo soy esa que dezís, que por amor de aquel cavallero vos pondré yo en mi coraçón.

Y abraçáronse anbas a dos y tornáronse a sentar. Versinta dixo a Dispina:

—Señora, agora conosc[í]o que las grandes cuitas y mortales deseos que mi señor sufre y á sufrido es con mucha razón, que yo no pudiera pensar que en persona umana tanta fermosura pudiera aver como en vós, mas si a vós tanta parte de bien Nuestro Señor quiso daros no menos repartió con aquel que vos ama más que a sí mismo, porque me avréis por parte en ser mi señor. Quiero callar, pues tan manifesto es a todo el mundo su grande valor. Solo quiero dezir, pues ^{263r} Dios os hizo tan bienaventurada que de su corazón y d'él fuédeses señora, que lo sepáis conocer y no consintáis que muera el mejor cavallero del mundo, que yo vos juro por la fe que a Dios devo y a él que si por mí no fuera, que le é esforçado en sus cuitas, que ya fuera muerto. Por Dios vos ruego, señora, que hagáis verdadera la esperanza que yo hasta aquí le é dado de vuestra parte y queráis verlo en lugar a donde reciba descanso de tanta pena como hasta aquí á sufrido, y le mandéis que se duela de sí mismo y que se esfuerce a sufrir su deseo, porqu'él es ta<r>[í] que no saldrá de vuestro mandado ni voluntad de cualquiera manera que sea. Y esto digo porque según la flaqueza de su corazón en aver sido tanto atormentado, [s]i no conosciere que le teníades amor verdadero no tardaría mucho en dar fin a sus días.

Y Dispina, que otra cosa no deseava sino verse con Grimonte, según el amor encendido que le tenía, las razones de Versinta le fueron muy piadosas, y díxole:

—Mi amiga, porque soy cierta del verdadero amor que a Grimonte [te]néis, y él no vos encubre cosa del su corazón, yo tanpoco quiero negaros mi deseo y la grande afición que a vuestro señor tengo, y esta me haze y hará olvidar toda mi onra. Y si

él á sufrido grandes cuitas yo no estado sin ellas para dalle esta cuenta y tomárgela y ver quién alcança al otro. Yo soy contenta de fazer vuestro ruego, pues esta es la primera cosa que me demandáis. Y mañana en la noche, después que todos estuvieren asosegados, dezilde que se venga a una puerta chequita de mi huerta y que allí hallará quien le abra, y que me podrá allí ver a su voluntad con condición que no me salga de mandado y en este tiempo él vea el lugar a donde la puerta está.

Versinta le besó las manos con ^{263v} grande alegría y por entonces no pudieron más hablar, que la reina enbió a llamar a Dispina, mas Versinta y Oribena hablaron en muchas cosas. Y después qu'el rey comió mandó al duque que fuese por la reina y por Dispina y por la princesa, y todas vinieron muy ricamente guarnidas. Mucho fueron alegres todos los cavalleros con su venida porque sus coraçones holgavan con las vistas de sus señoras. Y la fiesta se començó grande y dançaron las donzellas con los cavalleros y estuvieron en grande alegría hasta que fue ora de ir a dormir. Los cavalleros se despidieron del rey y s<i>[e] fueron a sus posadas. Grimonte se fue a su posada. Grimonte iba muy codicioso por saber las nuevas que Versinta le traía y como fue en su posada luego la apartó y díxole:

—Mi amiga, ¿hablastes con Dispina y besastes las manos? Dezidme qué os paresció d'ella.

—Dexadvos d'eso, señor, que muy cierto está que vuestro corazón no avía de ser sujugado sino de aquella que vos mereciese. Dadme alvricias, que bien las merezco, porque tantas cosas supe dezir a vuestra señora que me prometió de veros para estotra noche. Aparejaos, que os manda ir por la puerta de la huerta, que allí la veréis a vuestra voluntad.

Grimonte, cuando esto oyó, no pudo responder otra cosa sino:

—¿Y es verdad, mi donzella, que yo é alcançado tanto bien?

—Verdad es —dixo Versinta—, y en ello no tengáis duda.

—¡O, Santa María, cómo me puedo llamar el más bienaventurado de los que nascieron! ¿Qué vos podría yo dar en alvricias que bastasen para tan gran nueva? A mí y a cuanto yo tengo tenéis vós, mi donzella, y más lo que me Dios diere.

—Dexadvos d'eso, señor<a>, que bien cierta soy de lo que me dezís. Y de aquí adelante n'os vea yo triste, qu'esto es lo que yo quiero.

Y contole todo cuanto con ella avía pasado, qu'él avía tanto placer de oírlo que nunca d'ella se quisiera ^{264r} partir, y díxole:

—Ruégovos, mi amiga, que vais mañá a besalle las manos por mí. No vos quiero dezir cosa que le digáis, que vós sois tan sesuda que le diréis aquello que conviene, que yo no tuviera tanta osadía con ella como vós tuvistes. Por esto vos dejo todo el cargo como aquella que en mi vida ganará mucha onra. Que Dios no me dé bien sin que vós no ayáis gran parte. Llevarle la cinta que trayo para ella y todas las otras cosas, y ansimismo a Oribena, e yo quiérome ir para Craudio porque no entienda algo.

Versinta <ta> le dixo que haría su mandado y aquella noche dormió Grimonte más asosegado. Y otro día fuéronse todos al palacio del rey a oír misa con él, y después de comer cavalgó el rey y salió fuera de la villa, y anduvieron gran pieça allá, que todos los cavalleros anduvieron jugando y tomando mucho placer. Y venidos al palacio Grimonte dixo a Manfredro:

—Ruégovos, mi señor, que vamos a ver la infanta Dispina y me alcancéis perdón d'ella, que no querría tenerla enojada por

cosa del mundo.

—Vamos —dixo él—, que yo creo que bueno será de hazer el perdón.

Y tomolo por la mano y fuese con él a la cámara de Dispina, mas ella estava en la huerta con sus donzellas, que mucho era pagada de aquel lugar, y cuando los vido uvo mucho placer. Ellos hincaron las rodillas ambos a dos delante d'ella. Manfredro le dixo:

—Mi señora hermana, vedes aquí a Grimonte, que no está seguro que lo avéis perdonado según las palabras sañosas que l'enbiastes a dezir. Píдовos por merced que si alguna quexa d'él tenéis que gela perdonéis, qu'él es tal que vos sabrá servir y enmendar lo que á faltado.

Ella, con cara muy alegre, los tomó por las manos e hízolos levantar, y sentose con ellos y díxole:

—Hermano, no le perdonaré hasta que me prometa de no se partir jamás de la ^{264v} corte del rey mi señor por cosa que le averga sin dezillo al rey y a vós, porque no sea como estotra vez, que por amor d'él pierdo a vós.

Grimonte le dixo:

—Señora, si vós supiésedes la causa de mi partida no me culpáriades, mas por alcançar perdón de lo pasado en averos tenido enojada prométovos que otra vez no lo haga y sin licencia del rey no me aparte de aquí.

—Agora vos perdono —dixo Dispina—, porque soy cierta que a Dios é hecho gran placer en aver alcançado esto de vós.

Y así estuvieron hablando en cosas de gran placer y Dispina agradesció mucho a Grimonte la rica cinta que le dio, que ya Versinta se la avía traído y avía estado hablando con ella todas cuantas cosas avía pasado y cómo ella lo fue a servir y por qué razón, y cómo en aquel tienpo él era tan cuitado

que si no fuera por ella muriera, y las cosas que avía pasado con la reina Maguelia, y cómo lo tuviera diez días metido en una torre y nunca jamás avía podido con él acabar cosa, y cómo le valió el anillo que la dueña le dio. Dispina estava espanta[da] de oír todas aquellas cosas y mucho más amava a Grimonte, y como ella sabía estas cosas dixo a Grimonte:

—Ruégovos, señor, que me digáis cómo tovistes tanto esfuerço para valeros de aquella reina, que así vos quería ganar, que gran mal fuera si no fuérades socorrido. Mucho sois en cargo aquella dueña que os libró a todos.

Manfedro le dixo:

—Si Grimonte quisiere hazer lo qu'ella demandava todos biviéramos en gran vicio, e yo por mí digo qu'el tienpo que allí estuve encerrado nunca me faltó una donzella fermosa con quien avía mis plazerres. Grimonte pasó toda la cuita por su culpa, que no sé para quién se guarda, que tan esquivo es para aquellas que lo aman. Con todo eso buena sortija rica se ganó. ^{265r} Dezilde que vos la muestre, que nunca vistes cosa tan presciada.

Grimonte la sacó del dedo y diola a Dispina, que fue maravillada de la ver, y más cuando supo la virtud que tenía, y díxole:

—Esta vos quiero yo tomar, señor Grimonte, porque cuando fuere casada sepa si mi marido me haze traición.

Grimonte fue muy alegre porque la tomó, que bien entendía por qué lo dizía. Manfedro ge maravilló de ver las piedras tan claras y alguna sospecha tomó d'ellos, mas amava tanto a Grimonte que lo tenía por bien, y pensó que no le podía Dios dar a Dispina mejor marido que aquel <y> si viesse tienpo que lo avía de hazer. Y desque esto vieron allí gran pieça ya que era tarde levantáronse para se ir. Grimonte miró bien

la puerta por on[de] le mandavan venir. Y allí habló a Blandena, mujer del delfín, que mucho lo amava, y ansimesmo a Oribena y Felicia, que hasta allí no avía podido, y ellas se ofrecieron a su servicio, y habló también Arizena, la infanta qu'él avía enbiado a Dispina, y pescudole cómo le iba en aquella tierra. A ella le vinieron las lágrimas a los ojos y respondiolo:

—Pues que la fortuna quiso que yo fuese desterrada de donde nací y era señora, no me pudiera Dios hazer mayor bien que traerme a poder d'esta señora, que tan cunplida es de toda bondad. Y tengo esperança, según las nuevas que de vós é sabido, que por vós tengo de ser tornada a mi onra, pues por vós la perdí.

—Sed vós cierta, señora, que todo aquello que yo pueda hazer para que vós seáis alegre y contenta lo haré.

La infanta se le omilló, ^{265v} y Dispina se quedó en su cámara y ellos se fueron al rey, que estava hablando con los otros cavaleros de los grandes fechos de Grimonte, que muy maravillado era cuando le contaron que el enperador Serpio se avía conbatido con él y lo avía vencido y a sus hermanos anbos a dos.

—Por cierto, en más tengo esto que me dizís —dixo el rey— que aver muerto Grimonte a la bestia Golpides y cuan<d>[t]o fizo en la berbería, porque a la bondad del enperador ninguno se igualó. Grande es el valor de Grimonte.

Y como el rey lo vido no pudo estar que no lo abraçase y dixo:

—Así sabéis vós abaxar, Grimonte, el argullo de aquellos que nunca fueron vencidos ni sobrados. Por su mal de los grecianos fuistes vós allá, según é sabido.

Grimonte uvo vergüença y no respondió cosa al rey, y así estuvieron en gran plazer hasta que fue ora de se ir a sus posadas.

Grimonte se hechó en su lecho porque todos hizieron otro tanto.

[LVIII]

Venida la ora que Grimonte vido que era tienpo de ir a ver a su señora levantose muy paso y fuese a la cámara de Versinta, y allí se vistió y <a>[cu]brió un rico manto, y tomó su espada y salió fuera de la posada, y fue muy encubiertamente hasta que llegó a la puerta de la huerta, y como Oribena lo sintió abríole luego y él entró dentro. Oribena lo tomó por la mano y llevolo aquella parte donde Dispina estava toda tenblando de miedo, mas estava tan hermosa que su rostro hazía clara la noche. Grimonte se hincó de rodillas delante d'ella para besarle las manos. Ella le echó los braços al cuello y juntolo cabe sí tanto que Grimonte le pudo ^{266r} besar los muy fermosos pechos. Grimonte y ella estuvieron así una gran pieça. Grimonte sintió tanta gloria en tener su boca tanto tienpo junto con las carnes de su señora que perdió toda la vergüença. Quedó tan desmayado que parecía muerto. Dispina, que lo sintió, fue muy cuitada, y tomole la cabeça con las manos y juntó su boca con la suya llorando. Grimonte tornó en su sentido y vido de la manera que su señora lo tenía. Estuvo quedo por gozar de aquello que él tanto avía deseado. Dispina començó a dezir:

—¡Ay, mezquina!, ¿qué haré? ¿Qué mal es este que á sobrevenido a mí y a Grimonte? Cuando pensé de descansar ame venido tal pesar.

Grimonte, que la vido con tanta pena, començola de abraçar y díxole:

—Mi señora, no vos maravilléis de lo que me acontecido, que mi coraçón, qu'estava acostunbrado a cuitas y mortales deseos, no á podido con el sobrado gozo y gloria que é

alcançado, de lo cual yo no era merecedor. ¿Cómo no <I> [se] á de alterar aquel que á alcançado el mayor bien que jamás ninguno alcançó? ¿Quién tendrá poder para serviros tan gran merced? Quiero callar, que razón ni obra no basta para sastifazerlo. Fuelguen mis ojos en la vista de vuestra fermosura <quedo>, pues de ver a Dios mayor gloria no pueden ver.

Dispina tornó muy alegre de ver a Grimonte sano y en su sentido, y díxole:

—¡Ay, mi verdadero amigo, en gran cuita soy puesta! Ruégovos que vos esforcéis a sufrir la gloria y la pena cuando os viniere, y de aquí adelante no vos dexéis así perder, pues sois cierto que vós sois mi mayor bien y sois señor de mi coraçón guardando mi onra porque de todo no pueda ser culpada. Doivos licencia para todo aquello que quisierdes hazer o dezir, y cuando pluguiere aquel Señor en quien yo tengo esperança dará tienpo en que seáis señor de mí a vuestra voluntad. Y esto os deve hazer alegre y loçano, pues veis que una donzella cual yo soy avría de aver en ella toda onestidad. Todo lo é olvidado, el alto linaje donde vengo y la gran deso[n]ra ^{266v} que recibirá mi padre si esto supiese. Todas estas cosas que yo mucho devría tener no las tengo en nada por el demasiado amor que yo os tengo, que tan conocido es que ninguna duda de mí tenéis de aver por onde vuestro coraçón pueda bevir en todo descanso.

—¡Ay, mi señora! —dixo Grimonte—, ¿qué podría yo dezir? Qu'el conocimiento que yo tengo de vuestro gran valor y bondad me haze a mí temer por no me hallar merescedor de alcançar tan gran bien, y las cosas que son más puedes tener señorío sobr'ellas, mas lo que es ageno ¿cómo sojuzgaré yo? Y esto dígolo por mi coraçón, de qui[e]n vós sois señora, el cual, estando quito de vuestra presencia, la memoria de

vuestra hermosura me da tanta fuerça y ardimiento que cualquier cosa, por grave que sea, oso acometer. Si algún bien <o> [é] fecho a esto se deve de aterbuir, mas viéndome delante de vós recibo tanta gloria que ninguna fuerça ni poder de valerme me queda. Y la licencia que vós, mi señora, me avéis dado, es tanta para mí que yo no tendría atrevimiento de más demandaros, que antes quiero morir deseando que no.

—Juros, si vós eso hazéis, mi verdadero amigo —dixo ella—, muchas vezes si yo puidiere vos veré.

Grimonte le besó las manos y todo lo más qu'él quiso, y estuvo con ella hasta una ora antes del día. Y el coraçón, que tantas cuitas mortales avía padecido, descansó allí a donde no podía aver reposo sino con la vista de aquella que tan atormentado lo traía, y alcançando lo que nunca pensó era alegre del todo, y estuvieron ^{267r} hablando en las cosas pasadas. Dispina hizo jurar<ar> a Grimonte que jamás por mal ni por bien que le viniese de allí no se partir sin su licencia porque no les aconteciese como lo pasado. Desde Oribena vido que era tienpo que Grimonte se fuese vino a ellos y díxoles:

—Parésceme, señores, qu'el gran plazer que vuestros coraçones sienten de veros así no vos faze sentir el alva que viene. Tienpo es que vós, mi señor, os vais.

Y ellos, cuando lo oyeron, levantáronse luego. Por fuerça les convino de dexar aquella grande gloria que anbos sentieron, y desde Grimonte besó las manos a Dispina Oribena le abrió la puerta y él fuese a su posada, y echose en su lecho muy paso, mas Claudio, que no dormía, lo sentió, y no quiso dezirle cosa porque vido que se quería encobrir, mas claramente conoció que amava a Dispina y de todo el plazer de Grimonte era él muy alegre, que mucho lo quería.

Otro día fuéronse todos al palacio del rey, que mucho d'él eran onrados. El duque de Brogonia concertó con el rey los casamientos, los cuales eran su hijo Franxiste casase con Brosia, hija del duque de Urliéns, y el duque de Urliéns, su hermano, con Felicia, su hija. Y concertado todo fueron desposados con grande fiesta y luego fueron hechas las bodas, porque ellos amavan tanto a sus esposas que no quisieron mucho alargar. Y fueron hechas muchas justas y torneos en aquellas bodas a donde Grimonte ganó mucha onra y ansimismo Brimarte, que era muy buen cavallero. En todo este tiempo, que fue más de dos meses, Grimonte ^{267v}te bivió a gran vicio porque cada día vía a su señora y ablava con ella, y algunas vezes de noche, por onde él andava tan alegre y loçano que era maravilla. Y como os tenemos dicho aquella villa en qu'el rey estava era muy viciosa de riberas para caçar y el rey salía muchas vezes con Grimonte y con todos los otros cavalleros a caçar, a donde avían muchos plazerres, porque la reina y su hija ivan algunas vezes con el rey y allí podía ver Grimonte a su señora mucho a su voluntad. Dispina amava mucho y onrava a Claudio por amor de Grimonte y él todas las vezes que con ella hablava no le dezía otra cosa sino loores de Grimonte, cómo merescía por su gran valor ser señor del mundo. Ella en oír esto era muy alegre y tenía se por la más bienaventurada del mundo en tener señorío sobre cavallero tan preciado. Y estando ya el duque de Brogonia para despedirse del rey e irse a su tierra con su fijo y nuera vinieron al rey enbajadores del rey de Inglaterra.

Estando el rey con todos sus altos onbres el cavallero inglés que venía con el mensaje dixo al rey cómo el rey Laureato de Inglaterra le pedía por merced que lo quisiese socorrer, porqu'estava en gran nescecidad.

E fazía saber cómo Armidón, señor de Sansueña, le avía movido guerra muy cluel, y otros reyes de las ínsolas, y ansimismo el rey Galiuse de Irlanda se avía juntado con ellos con todo su poder. Y eran entrados en el reino de Inglaterra con gran poder de gentes y esperavan cada día a Fidario, hijo del emperador ^{268r} de Alemaña, que venía con todo su poder ayudar a Armidón, señor de Sansueña, y avía de traer consigo a Dinerpa, su hermana, para dalla por muger a Armidón. Y esto fazía él por se vengar del enperador de Costantinopla, que recibió mucha desonra en su corte en las fiestas que Carlo, su hijo, hizo, y ansimismo no le quiso dar a Lucida, su hija, por muger. D'esto tenía él tanto enojo que movió a Armidón para que hiziese guerra al rey de Inglaterra, y todos estaban de coraçón que fasta destruir al rey y todo el reino no dexar aquella demanda. Y díxole el cavallero cómo el rey de Inglaterra tenía juntadas sus gentes para ir contra sus enemigos, que ya gran daño le avían hecho, porque Armidón era el más bravo cavallero y desmesurado que avía en el mundo, y tenía dos hermanos que no menos qu'él eran valientes y esforçados, y por ser tan argullosos y ardides en fecho de armas avían osado acometer aquella guerra. Pues que sabía, dixo el cavallero al rey, qu'el rey Laureato su señor le avían de ayudar contra todos los del mundo, que le socorriese en tal menester, porque la ayuda del enperador su hermano por fuerça se avía de tardar, según estava le-xos. El rey, quando esto oía, pesole mucho porqu'el rey de Inglaterra tal guerra tenía, y respondió al cavallero y díxole:

—Amigo mucho me pesa de las cosas que me avéis contado, y el ayuda qu'el rey vuestro señor m'enbía a demandar la faré yo muy de grado, y quando menester sea yo iré en persona ayudarle. Mas mucho soy maravillado de Fidario, venir contra su tío por

hazer enojo al enperador. Yo fio en Dios que por su mal ^{268v} an todos comenzado la guerra. Vós os podéis tornar a vuestro señor y dezilde que yo l'enbiaré tal ayuda con qu'él sea alegre y sus enemigos mal parados y tristes, que sea cierto que no se tardará. Entre tanto qu'él faga lo mejor que pudiere como aquel qu'es hijo y hermano de tan preciados cavalleros.

El mensagero besó las manos al rey por fuerça por la buena respuesta que en él halló y despidiose luego d'él para tornar lo más presto que pudiese con aquellas buenas nuevas.

[LIX]

Manfedro estava con el rey quando el cavallero inglés todas estas cosas dixo al rey y como oyó dezir que Fidario dava a Dinerpa su hermana a Armidón, señor de Sansueña, por muger, pesole mucho, porqu'él la amava de coraçón. Y pensó d'estorvallo si pudiese, y fue a hincar las rodillas delante del rey y pidiole por merced que le otorgase un don. El rey gelo prometió si fazello pudiese. Él le besó las manos y díxole:

—Sabed, señor, qu'el don que me avéis otorgado es que yo vaya a socorrer al rey de Inglaterra y me deis tantos cavalleros que yo sin vergüença pueda hazer esta ayuda, que mandéis y roguéis a Grimonte que vaya conmigo porque con nuestro ^{269r} esfuérço vuestros cavalleros vayan a esta guerra.

—Mucho me plaze —dixo el rey— d'esto que me avéis demandado. Yo vos otorgo l'ayuda, y llevad con vós tantos cavalleros cuanto[s] veáis que os sean menester. Y si Grimonte quisiese ir con vós muy alegre sería yo, porque con su esfuérço y buen seso sería bien cierto que no podría<a>des herrar en cosa ninguna, por onde el rey de

Inglaterra sería bien socorrido. Todo cuanto yo puedo le ruego que no vos dexe en este camino que avéis de hazer, porqu'él con vós y vós con él os ayáis tan sesudamente que abaxéis el argullo de Fidario, hijo del enperador [de Alemania, y] de Armidón, señor de Sansueña, que yo creo que en mal punto an començado esta guerra si el enperador lo sabe.

Grimonte, qu'esto oyó, estuvo muy triste, porqu'él no podía excusar de ir con Manfredro y hazíasele muy grave de apartarse de su señora. Por jamás en su vida él vida avía tenido más descansada qu'estonces en ver la grande amor que le mostrava, mas viendo qu'el rey con tanta afición gelo rogava no pudo excusarse de no hazer su mandado y díxole:

—Cierto, señor, yo soy muy alegre porque Nuestro Señor á aparejado cosa en que algo os pueda servir las grandes onras y mercedes que yo de vós é recibido. Yo soy muy contento de ir con Manfredro, vuestro hijo, por vuestro mandado, e yo fio en Dios que la vuestra buena ventura vos hará ganar onra y prez en este camino.

El rey fue muy alegre y gradesció mucho a Grimonte lo que le prometió, y mandó luego llamar a muchos cavalleros que todos se fuesen a un puerto del mar qu'está cabe La Rochela porque allí enbarcasen, qu'está muy cerca del reino de Inglaterra, y mandó a Manfredro que se aparejasen y que llevase consigo a todos los cavalleros que qui[s]iese de su corte, y Manfredro lo tomó mucho a cuidado, que con ^{269v} mucha licencia aparejaba las cosas que le eran menester, qu'él esperaba de cobrar en aquella guerra a Dinerpa, su amiga, si Fidario su hermano la trajese consigo. Claudio y Damasio, cuando vieron que Grimonte avía de ir a Inglaterra por fuerça, no sopieron qué hazerse, porqu'ellos esperavan que fuese con ellos a Roma. A

Claudio fue el que más le pesó, y tomó a Grimonte aparte y díxole:

—Yo creo, mi señor Grimonte, que la mi desdicha á causado esta guerra porqu'estorvase lo que yo tenía pensado. Y no sé qué haga, porque ya era razón de ir a ver al enperador y apartarme de vós esme muy grave según el grande amor que vos tengo. Sin la vuestra ayuda tengo creído que ningún bien me puede venir. No sé qué consejo tome que bueno me sea.

Y estando en estas razones vino a él un escudero que le dixo:

—Señor Claudio, allí están unos cavalleros que vos buscan que son de Roma, y vienen a vós con mandado del enperador vuestro padre.

Claudio, cuando lo oyó salió, a ellos y luego los conoció. Ellos le besaron las manos y dixéronle cómo el enperador enbriava por él, que luego se partiese, que harto bastava el mucho tienpo que avía qu'estava fuera de la corte. Claudio, aunque mucho le pesó con aquellas nuevas, recibiolos muy bien y díxoles qu'él ería con ellos. El rey, qu'esto supo, hizo aposentar a los cavalleros y dixo a Claudio que era mucha razón que hiziese el mandado de su padre. Todos fueron muy tristes con la partida de Claudio porque a maravilla era buen cavallero, mas a Grimonte le pesó más que a todos porque conocía que verdaderamente lo amava, y díxole:

—¡Ay, mi señor Claudio, parésceme que Dios y la ventura nos quiere apartar! Grande pena siente mi coraçón porque yo quisiera ir con vós y no lo puedo hazer, como veis. No me queda otra cosa sino rogar a ^{270r} Nuestro Señor que me dé tienpo en que pueda servir el grande amor que sé que me tenéis y la grande onra que yo é alcançado [por] andar en la vuestra compañía. Yo vos prometo que en viniendo d'esta guerra, si Dios

d'ella bivo m'escapa, de ir a besar las manos al enperador vuestro padre, y de allí hazer todo mi poder porque vuestro coraçón sea descansado y el mío fuelgue en serviros y estar en la vuestra compañía.

Claudio se abraçó con él cayéndole las lágrimas muy espesas y díxole:

—Mi verdadero amigo, con la promesa que me avéis fecho iré yo muy descansado, porque muy ciertas tengo las vuestras palabras.

Luego vino Damasio a ellos y ansimismo estava muy triste por se apartar de Grimonte, y cuando supo la promesa que avía hecho a Claudio alegrose algún tanto porque a él por fuerça le convenía de ir con Claudio. Y como fue aparejado las cosas que avía menester para su partida Claudio y Damasio se despidieron de la reina y de Dispina, que muy triste estava por la partida de Grimonte. El rey salió con ellos por le hazer grande onra y a media legua se tornó para la villa él y el príncipe Donís. Todos los otros cavalleros y Manfedro y Grimonte y Brimarte fueron con ellos dos jornadas, y al tiempo que se uvieron de despidir los unos de los otros mostraron gran sentimiento, que gran tienpo avía que andavan juntos y así la ventura los apartava. Claudio no pudo hablar a Grimonte, tanto pesar sentía en apartarse d'él. Damasio le dixo:

—Mi señor Grimonte, no es menester de deziros aquí más, pues vós sois cierto qu'el reino de Nápoles tenéis por vuestro así como lo tiene aquel que d'él es señor. Hasta que os veamos no se á de disponer ninguna cosa de Cardacio ni de los otros prisioneros. Ruégovos que os acordéis de mí.

Y con esto ^{270v} bolvió la rienda y fue su camino. Grimonte y los otros cavalleros tornáronse a la corte y bien pasó medio día que no se pudieron hablar los unos a los otros,

tanto pesar tenían por la partida de Claudio. Y en aquel camino Brimarte dixo a Grimonte que quería ir con él a Inglaterra, que por cosa del mundo d'él no se avía de apartar. Grimonte gelo agradesció mucho y así llegaron a dond'estava el rey, que muy bien lo rescibió.

[LX]

Claudio y Damasio anduvieron tanto sin hallar cosa que les estovase que llegaron a Roma. Cuando en la corte se supo qu'ellos venían salieronlos a recibir todos los altos onbres del enperador. Quincio Parnelio era tan alegre por la venida de Damasio, su amigo, que no se vos podría dezir, y como se vieron recibieron muy bien y todos juntos entraron en la cibdad de Roma. Mucho eran alegres todos con la venida de Claudio <por> porque sabían que era muy buen cavallero, y cuando fueron delante del enperador besáronle las manos. Él los rescibió muy bien y dixo:

—Hijo, Claudio, la vuestra bondad me haze que os perdone el yerro que hezistes en iros sin mi licencia, y las cosas an salid'os con tan buen fin. Mucho soy alegre con vuestra venida y de nuestro amigo Damasio. Dezidme qué tal queda el buen cavallero Grimonte, aquel que Nuestro Señor tan estremado en bondad de armas á echo.

Claudio le dixo:

—Señor, él queda bueno. Si no fuera ^{271r} por una guerra a donde por fuerça á de ir él viniera a serviros, mas tanto que sea fenescida la guerra él vendrá a vuestra corte.

Entonces le contó la guerra que hera. El enperador le respondió:

—Bienaventurado se puede llamar el rey de Inglaterra por le ir ayudar tan buen cavallero, e yo lo sería si él a mi corte viniese, que mucho es de preciallo.

Claudio fue a besar las manos a la enperatriz, que muy alegre era con su venida, mas sobre todos era alegre Dionora, su hija, en ver delante sí las dos <las dos> personas qu'ella más amava, que eran Claudio, su hermano, y Damasio, su amigo, los cuales ella rescibió muy bien e sentose entr'ellos con gran plazer. Allí fue descansado el corazón de Damasio, que tan atormentado era con el deseo de aquella que delante de sí tenía, y hablando en muchas cosas Dionora pescudó a Claudio cuál de las dos infantas le avía parecido más fermosa: Lucida, hija del enperador de Costantinopla, o Dispina, hija del rey de Francia. Claudio, que oyó mentar a su señora, estremeciósele el corazón y sospiró muy fieramente, ^{271v} y díxole:

—¿Qué podría yo deziros, señora, de la fermosura de aquellas dos? Que es tanta que se pueden conparar a[[] resplandor y luzimiento del sol, que entre todas las planetas es de más femosura. Ansí son ellas entre todas las dueñas y donzellas del mundo. En Luzida no quiero hablar. Dispina es tanta estremidad de fermosura que yo no pudiera pensar, si no la viera, que lo era tanto.

Y estúvole contando muchas cosas d'ella. <Promicio> [Nastanio], hijo mayor del enperador, estava con ellos, e oyó todas las cosas que Claudio dezía de Dispina, y como él otras vezes lo avía oído dezir fue más cierto de lo que su hermano dezía y comenzó a pensar, pues que Dispina era tan fermosa, que no podría él con otra donzella casar mejor que con ella, porqu'él era ya de edad para aver mujer, que jamás con otra casaría sino con ella, y ansí como lo pensó lo puso por obra, como adelante vos contaremos. Damasio estuvo con el enperador quinze días a gran sabor de sí y despidiose d'él por ir a ver a su padre con voluntad de luego tornarse al enperador, que bien sabía que Claudio le avía de ayudar. Y fue muy

bien re^{272r}cebido del rey y de la reina y de todos los grandes de la corte e hizieron grande alegría por su venida, y mucho le pesó al rey porque Grimonte no vino aquella tierra, porque quisiera él hazelle grande onrra y pagalle el gran bien que d'él avía recebido. Damasio le cer[t]ificó que avía de venir muy cedo a ver a Claudio. E dexarlos emos agora a todos estar y contarvos emos de la guerra de Ingalaterra.

[LXI]

Dize el cuento que Manfredro y Grimonte, tornados a la corte, dieron forma en su partido, porque Manfredro tenía tanto deseo de ser en Ingalaterra que no se dava reposo hasta ponello en obra. El duque de Brogonia se despidió del rey y tomó consigo a Blossia, su nuera, y quisiera llevar a Carpasio, su hijo, mas él no quiso y díxole que jamás por su voluntad de Grimonte se apartaría. Al duque le vinieron las lágrimas a los ojos, y echó los braços sobre Grimonte y dixo:

—A Dios plega, mi hijo, que os quiera guardar, porque la vuestra onra y gran <y gran> fama sea acrecentada, que la vuestra bondad es tanta que atraéis los cavalleros a vós de tal manera ^{272v} que no se pueden de vós aparta[r]. Mucho fuera alegre de llevaros conmigo, mas no me quiso Dios dexar gozar de tanta gloria. Mas a do quiera que vós vais rogaré a Nuestro Señor que vos dé onra, pues no vos tengo sino en lugar de hijo.

Grimonte le besó las manos y díxole:

—Mi señor, do quiera que yo estuviere estaré por vuestro, y si agora Nuestro Señor estorvó que no fuese a serviros yo espero en él que me dará tienpo que lo pueda hazer.

El duque lo abraçó muchas vezes y ansimesmo a Manfredro, y dispidiéronse los

unos de los otros y el duque de Urlienes, que asimesmo se fue para su tierra y llevó a Felicia, su mujer, de lo cual Dispina fue muy triste, porque se avía criado con ella y sabía su corazón y la consolava en todas sus cuitas en el fecho de sus amores, y como la vido partir de sí [y] esperaba que Grimonte se avía de par[tir] a Inglaterra no vos podríamos dezir el pesar que su corazón sintió. Oribena concertó con Grimonte que viniese a ver a su señora por el lugar donde solía porque antes de su partida recibiesen aquella gloria de verse anbos a dos, y venido el tien^{273r}po Grimonte se vino a la deleitosa huerta que vos dex<e>imos y habló a su señora demasidamente triste. Él hincó las rodillas delante d'ella y besole las manos muchas vezes. Ella lo abraçó llorando y díxole:

—¡Ay, mi verdadero amigo, paréceme que la mi ventura es tan esquivia contra mí que no quiso que mi corazón tuviese mucho tienpo descanso, mas que tornase como de primero a sufrir gran pena y mortales deseos, porque estando vós ausente de mí jamás mi corazón está asosegado pensando en los grandes peligros en que vos ponéis! De contino se vos ofrecen, y si por mi gran desventura tal cosa acaeciese por onde yo os [u]viese de perder yo no bivaría más de cuanto lo supiese. Por eso vos ruego, por la fe que me devéis, que no vos detengáis allá mucho, que os guardéis de los peligros y engaños de las mugeres.

Grimonte, cuando así vio a su señora dezirle palabras de tanto amor, fue tal tornado que no le podía hablar, y besola muchas vezes en los ojos derramando de los suyos en finitas lágrimas, y respondióle:

—¡O, señora de ^{273v} mi corazón!, ¿qué podría yo deziros para sastifazer conmigo mesmo? Pues no soy merecedor de tanto bien ni de tan grandes mercedes. Jamás caballero fue tan bienaventurado como yo en

alcançar que vós, mi señora, tengáis memoria de mí no estando yo presente con tanto cuidado como dizes. Y aunque mis cuitas y penas sean tales que ninguna igualdad con otras ningunas tienen son con razón, pues se pasan por aquella que en el mundo no tiene par de valor. Y allende aquello que yo faré por serviros vuestro deseo hará tanto que la estada de Inglaterra no será mucho tiempo, porque vuestras fuerças e sabrosa menbrança me darán tanto ardimiento [que] con la ayuda de Dios y de los muchos buenos caballeros que lleva vuestro hermano consigo no nos podrán durar nuestros enemigos. Ya vós veis, mi señora, que yo no pudiera escusar de hazer el mandado de vuestro padre ni de ir con vuestro hermano. Pidos por merced que mientra tanto no toméis pensamiento ni cuidado, pues tan cierta sois que sois señora de mi corazón, ^{274r} qu'el cuerpo estará batallando con los enemigos y el alma y el corazón en vuestras manos e descansando en la memoria de vuestra fermosura. Y sabiendo yo que vós quedáis alegre podré ir con algún reposo. Y en esto no habléis más, que por obra veréis que <y> se cumple vuestro mandado.

Dispina se alegró algún tanto y estuvieron toda la noche a gran sabor de sí. Dispina rogó a Grimonte que le dexase a Versinta. Él se lo prometió si ella lo quisiese hazer, y después que fue ora Grimonte se dispidió d'ella y Oribena le abrió la puerta, a la cual él [en]comendó mucho a Dispina que la consolase. Ella gelo prometió[ó] que haría por su servicio cuanto pudiese. Grimonte se fue a su posada con mucho cuidado, que le parecía qu'el corazón se le partía, y ehose en su lecho sospirando muy fieramente, y decía:

—¡Ay, Dios!, ¿cuándo podré yo servir a mi señora las grandes mercedes que me á fecho sin yo ser merecedor? Tú, Señor, que tan bienaventurado me heziste en que

alcançase tan gran bien de ganar el coraçón de aquella que sola heziste en el mundo ^{274v} acabada de perficiones, ruégote que traigas tienpo en que nuestros coraçones sean descansados. Y esta partida, que con gran cuita es sentida de mí y d'ella, que hagas de tal manera que yo pueda tornar a verla y a servirle, pues tan pocos servicios le é hecho.

Y así estuvo toda la noche, tan cuitado que nunca pudo dormir. Y esto mesmo le acaesció a Dispina, que nunca hizo sino llorar de ver apartar de sí aquel qu'ella tanto amava, y si no fuera por Oribena, que muchas cosas le dixo, ella no pudiera sufrir en el pesar, tanto estava desmayada, mas convínole[s] de los dos d'esforçarse porque no fuesen sentidos.

Manfedro, desde que todas las cosas tuvo aparejadas para su partida, púsolo en obra, e con grande alegría que su coraçón llevaba tomó licencia del rey e fue a besar las manos a la reina, y ansimismo Grimonte y todos los ^{275r} otros cavalleros que ivan con ellos. Ella los rescibió muy alegremente y los despidió rogando a Nuestro Señor que los guardase a todos y los traxese con bien, y encomendó a Grimonte a Manfedro, mas él estava tal que no entendía cosa que le dixese, porque vía a su señora muy triste, y estava con Manfedro hablando y diziéndole que se tornase muy presto. Él, que algo conocía su coraçón, prometiole de no se detener mucho. Grimonte llegó entonces a besalle las manos y ella con las lágrimas en los ojos le dixo:

—¡Ay, Grimonte, que vos encomiendo yo que hagáis venir a mi hermano luego qu'él, por me hazer pesar, quiso ir a esta guerra y estarse en Inglaterra sen cuidado de bolver tan cedo!

—Señora —dixo él—, la vuestra ayuda, después de la de Dios, nos ayudará tanto que muy prestamente se dará fin a la guerra y luego tornaremos a serviros.

—Ansí quiera Dios —dixo ella, y diziendo esto cerrósele el coraçón, que no pudo más hablar.

Manfedro, que bien lo sentió, despidiose y fuese para el rey, que lo estava esperando y el príncipe con él, y salieron hasta una legua con ellos. El rey, antes que se despidiese d'ellos, mandó a Manfedro y a todos los otros cavalleros que no saliesen del mandado de Grimonte así como lo farían por él mesmo. Todos lo tuvieron por bien y despidiéronse los unos y los otros. El rey se tornó a la villa a donde halló a la reina y a su hija muy tristes por la partida de los cavalleros, mas Dispina no mostrava tanto cuanto su coraçón sentía. Oribena la consolava mucho diziéndole que en aquella guerra serviría tanto Grimonte a su padre y haría tales cosas por onde el rey tuviese por bien de casallo con ella. Con esto y con otras cosas se esforçó Dispina algún tanto, mas nunca ella tanto pudo fazer que Versinta, la donzella de Grimonte, se quisiese quedar con ella, desiendo que su señor iva a lugar adonde la avría menester, que por esto no quedaría allí por cosa del mundo. Con esto Dispina la dexó ir, que de otra manera muy gran plazer tomava con ella porque le dezía muchas cosas de Grimonte con que su coraçón se alegrava, y diole muchas cosas que llevase así para Grimonte como para ella, y diole muchas donas y encomiendas que llevase a Ardina, hija del rey de Inglaterra, su prima, que era una de las fermosas y sesudas donzellas que se podía hallar en gran parte. El] rey de Inglaterra no avía otro hijo ni hija [más que] ^{275v} aquella y muchas vezes se avían enbiado mensajes anbas a dos.

[LXII]

Partidos Manfedro y Grimonte del rey y de Donís, el príncipe, tomaron

su camino para el puerto adonde la gente los esperaba. Con Grimonte iba Arquilao, el buen cavallero, y Polidantes y Franquel, hijo del huésped, que jamás d'él se quisieron partir, y llevaba consigo el infante Ali Harán, moro, hijo del rey de Tremecén, [que capturaron] cuando entraron por fuerça en la cibdad y servía a Grimonte de donzel, y traíalo él muy ricamente guarnido y levávale sus armas. Y caminando todos a gran vicio por toda la mayor parte de Francia llegaron al puerto a donde estava junta toda la gente que con Manfredro avía de ir, que eran bien doze mil cavalleros, todos escogidos de grande ardimiento. Manfredro los rescibió a todos muy bien y llegó a tal tiempo que era endereçado para su viaje, y las naos estaban aparejadas y guarnecidas, e todo cuanto avían menester, que no esperaban sino a Manfredro que viniese. Y como él vido tan buen aparejo luego mandó que todos fuesen entrados en las naos y por consejo de Grimonte todos los buenos cavalleros fueron repartidos por las naos, y a cada uno dieron cargo de la gente que iba en su nao. Manfredro y Grimonte entraron en la mejor nao que allí avía y pusieron en la gavia la señal del rey de Francia.

Como todos fueron recogidos mostrando grande alegría tiraron muchos tiros y dando gran grito movieron del puerto con muy buen viento que les hazía, y en poco tiempo llegaron a la costa de Inglaterra. Y hallaron una nao del rey de Inglaterra que venía un cavallero que enbiava el rey al de Francia a gran priesa, qu'el socorro viniese muy presto, y como este vido la flota luego conoció lo que era y fue derecha^{276r}mente a la nao donde venía Manfredro, el cual estava al borde de la nao. El cavallero inglés le dixo el camino que llevaba y hízole más saber, cómo Fidario era ya llegado a Inglaterra y avía desembarcado en un puerto

qu'estava cerca de allí; qu'el rey de Inglaterra avía enbiado al duque de Tintuil y al duque de Bristoya, hijo del duque Almerín, que ya era fallecido, para que registiesen que Fidario no tomase puerto, y uvieron grande batalla entr'ellos y murió mucha gente de anbas partes, mas a la fin Fidario salió en tierra, y los ingleses avían sido vencidos y el duque de Tintuil muerto, y el duque de Bristoya fue huyendo con todos los qu'escaparon; que Fidario quedava allí por amor de reparar su gente y por amor de Dinerpa, que venía muy mala de la mar, que si presto fuesen que lo fallarían allí, que sería muy bueno antes que se juntase con Armidón, señor de Sansueña.

Manfredro, qu'esto oyó, fue muy alegre y dixo al cavallero que los guiasen aquella parte y a los marineros mandó que seguisen tras él, y así fue hecho. Manfredro iba muy ledo y fuese abraçar con Grimonte, y díxole:

—Agora quiero yo ver, mi verdadero hermano, la esperança que yo tengo en vós si me á de ayudar en esto en que la onra y la vida me va. Y el vuestro grande ardimiento agora será mosado, y hagamos tanto que Fidario de nuestras manos no pueda escapar porque yo cobre aquella que de mi coraçón es señor, pues tan aparejado está si Dios no me quiere estorvar.

Grimonte, que mejor que otro ninguno sabía sentir la dolencia de Manfredro, y aunqu'él venía demasiadamente triste por se aver apartado de su señora, respondió riendo:

—Señor, aunque no aya fuerças en mí m'esforçaré para serviros. No creo yo que Dios nos querrá hazer tanto mal que en esto no'sea contrario, que Fidario con grande argullo y sobervia á comenzado esta guerra, por fuerça á de aver mal fin. Y a vós, que mejor que Armidón merescéis a Dinerpa, vos la dará en vuestras manos. Por eso es

menester que con gran deseo vamos a tal ora que podamos hazer mucho daño en la flota de Fidario, y quemadas y destruidas sus naos saldremos en tierra a su pesar, pues ^{276v} vienen tantos buenos cavalleros con vós [***] y esforçarse an ellos con la ayuda de Nuestro Señor, [que harán] tanto qu'el rey de Inglaterra será vengado.

Mucho se alegró Manfedro con el esfuerço que Grimonte le dio, y así fueron por la mar <un día> todos [con ganas] de verse ya con sus enemigos, e ivan todos muy apercibidos. Y como el cavallero de Inglaterra los guiava, que sabía bien el puerto donde Fidario estava, y el viento era próspero, allegaron una ora antes del día al puerto a donde estavan las naos de Fidario, y ellos venían tan callados que no fueron sentidos hasta que fueron con ellos, y luego fue puesto fuego a las naos y començaron de arder todas. Los qu'estavan dentro fueron espantados tanto que no se pusieron en defensión, mas quien más ayá se podía salvar no esperaba a ser el postrero y saltavan en los bateles [y muchos] d'ellos se ahogavan. Los franceses matávanlos muy sin piedad. El ruido fue tan grande que era cosa maravillosa de ver el grande fuego que en la mar parescía, que todos se podían ver muy claros. Fidario, qu'estava en la villa aposentado con todos sus cavalleros, quando oyeron el ruido salían muy apriesa a la ribera de la mar porque muchos d'ellos estavan armados. Fidario se armó muy apriesa y cavalgó encima de su cavallo y fuese a la ribera dando bozes a los suyos, que ya peleavan con los franceses, que s'esforçasen y hiziesen tanto que sus enemigos no pudiesen salir en tierra. Y en esto era ya el día claro y todas las naos de Fidario eran quemadas.

Los franceses peleavan muy bravamente con los alemanes, que duramente registían que no tomasen puerto. E allí viérades hazer

maravillas a Orsilón d'España, que avía salido de la nao en una barca con treinta cavalleros, y ansimismo a Carpasio, que no eran sino defensión de los suyos, mas nunca tanto pudieron hazer que saliesen fuera de la mar. Allí uvo muchos muertos e heridos de la una parte y de la otra, porque los alemanes eran de grandes fuerças y peleavan muy sin pavor. Grimonte y Manfedro hizieron llegar su nao cuanto más pudieron a tierra y ^{277r} de allí saltaron en bateles con otros cavalleros, y hizieron tanto que salieron delante de todos aquella parte donde era la más priesa. Y allí estava Brimarte, que se combatía con un cavallero alemán muy esforçado que se llamava el conde Rubín, y él y los suyos hazían gran daño en los franceses. Grimonte llegó allí con grande ardimiento y dixo en alta boz a ellos:

—Señor Brimarte, no nos tengan tanto la plaça, mas a pesar d'ellos salgamos.

Y deziendo esto puso las espuelas al cavallo tan rezio que le hizo saltar en el agua, y quísole Dios tan bien que no estava muy alta y el cavallo, que muy bueno era, salió muy presto. Y Grimonte puso mano a su espada y començó de ferir a los unos y a los otros de tan esquivos golpes que los hazía arredrar ya cuanto. Los cavalleros que venían en la barca con él, que era el uno d'ellos Polidantes, hizieron otro tanto, que grande ayuda le fue a Grimonte porque los alemanes lo cercaron de todas partes y matáronle el cavallo, de manera qu'él salió d'él a grande afán, mas no fue esto sin gran daño de los alemanes, que más de diez avía muerto Grimonte y otros avía malherido Polidantes. Y los que salieron con él hizieron tanto que Grimonte pudo cavalgar en un cavallo que halló sin señor, porque Brimarte, desque vido a Grimonte en tierra, esforçose tanto que a pesar de los que gelo defendían salió de su barca, y uviera de peligrar en el agua

porque un cavallero alemán le herió el cavallo en los pechos con una lança, mas Brimarte, como era de tan gran corazón, hízole salir fuera del agua y apeose d'él, e hizo cosas estrañas contra sus enemigos dándole[s] mortales golpes.

Manfedro, que gran corazón avía de vencer a sus enemigos, sin ningún pavor salió en tierra, aunque fue con grande afán. Acometió tan duramente a los de Fidario con la ayuda y esfuerço de Grimonte que hizieron arredrar a sus enemigos de la ribera de manera que los franceses tuvieron lugar de salir en tierra. Por el grande esfuerço d'estos buenos cavalleros ivan ganando tierra. El conde Robín, que vido así su fecho ir, quería morir con pesar, y comenzó de hazer cosas ^{277v} maravillosas en armas, que no acertava a cavallero que no lo matase o diese con él en tierra muy malferido. Y andando tan bravo encontró a Polidantes, que avía derrocado un cavallero, y dióle tan fuerte golpe por encima del yelmo que gelo fendió y la espada entró en la carne, e hízole tal llaga que dio con él en el suelo. Grimonte, que lo vido, pensó que era muerto e ovo muy gran pesar, y fue para el conde alçada la espada y dióle tal golpe con toda su fuerça, qu'el yelmo le hizo dos partes y la cabeça ansimismo, y el conde cayó muerto entre los suyos, los cuales desmayaron mucho quando vieron muerto a su señor, y Grimonte los acometió con tanta braveza que ninguno lo osava esperar, qu'él andava fuera de su seso de pesar por amor de Polidantes.

Brimarte lo seguía y ansimismo Manfedro, que jamás él en batalla se halló que le viesen hazer lo que allí, qu'esforçava a los suyos y donde vía las mayores priesas lo socorría. Tanto hizieron que metieron por aquella parte a sus enemigos por la puerta de la villa. Fidario, que muy bravamente avía registido hasta entonces a Orsilón y a

Carpasio y a otros muchos buenos cavalleros que no tomasen tierra, y avía avido entr'ellos muy grandes cosas, él mismo avía herido muy malamente a Orsilón, avía hecho que por fuerças que uviese en los franceses nunca pudieron salir en aquella parte en tierra. Cuando Fidario vido a los suyos ir huyendo a la villa por fuerça le convino de arredrarse de la mar lo mejor que pudo, y tomó una lança y metiose entre los suyos y començolos d'esforçar diziéndoles que bolviesen a sus enemigos, y él hazía tales cosas que les ponía gran corazón, y como él se arredró de la ribera todos los franceses salieron en tierra. Orsilón se tornó a la nao muy malherido y como todos fueron salidos acometieron a los alemanes tan bravamente que muchos morieron d'ellos. Manfedro se conbatió con el marqués de Cartania que era muy buen cavallero y avía hecho gran daño en los franceses, y a la fin el marqués fue vencido. Manfedro lo prendió.

Fidario, que vido tanto daño en su gente y los más principales de su hueste muertos, ovo muy gran pesar e tóvose por mal aconsejado de lo que avía comen^{278r}çado, y como onbre desesperado se metía entre sus enemigos dando golpes muy esquivos a cuantos delante de sí hallava. Y vido a Grimonte, que avía muerto a un su primo, cavallero novel, que si mucho biviera fuera muy buen cavallero, y tomó una lança a un escudero y fuese para Grimonte como can ravisoso. Grimonte tomó una lança en las manos a Franquel, que muy bueno avía sido, y fuese el uno contra el otro y encontráronse muy duramente, que las lanças fueron quebradas y ellos toparon de los cuerpos de los cavallos tan rezio que anbos uvieran de caer si no se tuvieran. Fidario fue herido en el lado derecho, mas con la gran saña no lo sentió, y sacó la espada y bolvió a Grimonte, que lo recibió sin pavor, y diéronse tan fuertes

golpes por encima de los yelmos que fuego hazían salir d'ellos. Los que los vían se maravillavan de ver a dos cavalleros tan buenos, y aunque Fidario era de gran cuerpo Grimonte era de mayores fuerças y coraçón y ligereza, y feríalo mucho a su voluntad con la su buena espada y guardávase de los golpes de Fidario, que ya muy cansado andava. Y miró a los suyos y vídolos muy lejos de sí, que se vencían a más andar, y no pudiendo sufrir la bondad de los franceses cuando lo vio pensó de morir de pesar, y tomó el espada con dos manos pensando de librarse de Grimonte. Mas él, que vido venir el golpe, alçó el escudo y recibíolo en él, y aunque era muy fuerte no le prestó, que fasta la enbraçadura gelo fendió y la espada llegó a la carne e hízole una llaça en el braço. Grimonte, no espantado, alçó el espada y dióle tal golpe por encima del yelmo, que muy abollado estava, que no le valió a Fidario, que la cabeça le fendió y cayó muerto en el suelo. Grimonte quedó muy quebrantado de aquella batalla, que muy esquivada fue, y estuvo gran pieça folgando. Manfredro aquejó tanto a los enemigos que los puso en vencida y metiéronse en la villa, y él y los otros buenos cavalleros a bueltas con ellos y començaron de pelear en las calles, y allí fue muy gran mortandad en los unos y en los otros, mas como los alemanes no tenían quién los esfuerça^{278v} se ni de quién uviesen vergüença dexávanse vencer y huían todos para los palacios a dond'estava Dinerpa, la qual estava más muerta que biva viendo el gran ruido y estrago que en los alemanes se hazía. Y no sabía quién eran los que avían venido sobr'ellos y estava en su cámara llorando muy fieramente, y entró un cavallero a ella diziéndole:

—Señora, ¿qué hazéis? Que vuestro hermano y todos sus vasallos son muertos y vencidos por los franceses, que son venidos en ayuda del rey de Inglaterra.

—¡Ay, Santa María, valme —dixo ella—, que en mal punto vine de Alemaña! ¿Qué haré? Que soy cierta de venir en grande desonra. Ruégovos que me matéis, que la muerte me será a mí gran folgança.

—Por Dios, señora —dixo el cavallero—, no digáis tal cosa, que no faría tal traición, mas esfuerçaos, y quiçá por amor de vós serán remediados algunos de los vuestros que quedan, porque sienpre a las donzellas le catan los cavalleros mesura. Salí de aquí y veréis cómo se vienen a vós los qu'escapan de las manos de los enemigos. Remedialdos y socorrellos lo mejor que podierdes, y lo que no an podido hazer las fuerças de vuestro hermano la vuestra bondad lo hará.

Dinerpa torcía las manos y fería con ellas su rostro, y dezía:

—¡Ay, cativa, que mal podré remediar a los otros, pues para mí no tengo remedio! Ruégovos que me sepáis quién viene por cabdillo d'esta gente.

Porqu'en aquella ora se acordó de Manfredro y esfuerçose algún tanto, porque creía que si él allí viniese que allaría en él toda mesura. El cavallero se fue a saberlo y halló muchos cavalleros que se avían recogido en el palacio por se defender allí, porque Manfredro y todos los otros cavalleros los aquejaván muy malamente. Y ansimismo los ingleses que bevían en la villa, cuando los vieron tan malparados, ellos mismos los mataban en las casas, de manera que todos los más fueron muertos y presos salvo algunos que se fueron huyendo.

Grimonte, desde que fue descansado, no se pudo sufrir sin ir a buscar a Polidantes, y hallolo en el lugar donde lo avía visto caer muy malherido, e hízolo desarmar y llevar a la nao a donde estava Versin^{279r}ta para que lo curase. Y él fuese a la villa, que ya era entrada de los suyos, y halló a Arquilao, que lo andava a <a>buscar, el cual andava

malherido como aquel que no avía estado folgando, y quando se vieron recibieron gran plazer y fueron ayudar aquellos que lo avían menester. Y con su llegada fueron los de su parte esforçados y los enemigos enfraquecidos, tanto que quando fue ora de nona tenían tomadas todas las calles salvo el palacio a dond'estava Dinerpa, que allí se recogieron, como vos diximos, muchos cavalleros. Y en la villa no avía castillo ninguno, mas antes era tan llana que muy ligeramente la podían tomar, por esto se avían ellos dado luego a Fidario, porque no se le podían defender. Y la casa más fuerte que en la villa avía era aquella a donde Dinerpa estava y de allí se defendían los cavalleros que allí se retrajeron.

Manfedro, como en otra cosa no pensava sino cómo podría aver a Dinerpa a las manos, pescudó a un cavallero que tenían preso a dónde estava la infanta Dinerpa. Él le dixo toda la verdad, y como él lo supo mandó arredrar afuera todos los suyos, que ninguno fuese osado de ir contra los cavalleros qu'estavan en el palacio, qu'ellos se <se> darían a presión; hasta saber si así lo querían hazer que no matasen ni fiziesen mal a ninguno, que harto bastava lo hecho. No uvo allí tal que osase salir de su mandado. Todos estuvieron quedos, mas tenían cercados los palacios. Los alemanes se maravillaron cómo así los dexavan y ellos también estuvieron quedos, y como el cavallero que vos diximos [que] avía hablado con Dinerpa esto vio quiso saber lo que su señora le avía mandado, y salió fuera y demandó que lo asegurasen, que quería hablar con el cabdillo y capitán de aquella hueste, y Manfedro mejor que naide lo entendió por aver estado en Alemaña. Mucho le plugo, porque entendió que era de parte de su señora, e hizo señal de seguro. El cavallero se vino a él y omillósele, y díxole:

—Señor cava^{279v}llero, porque me parece que devéis de ser de alta guisa y los tales sienpre se halla en ellos mesura aunque sean vencedores, ruégovos que me digáis quién es o cómo se llama el capitán d'esta hueste del rey de Francia, por[que] quiero hablar con él por parte de mi señora Dinerpa, hija del enperador, que aquí está. Pues la ventura le á traído a tal estado, querría que se diese algún remedio porque más mal no se hiziese y su onra d'ella fuese guardada, pues es donzella de tanto valor.

Mucho fue alegre Manfedro con estas nuevas y respondióle:

—Amigo, id y dezid a vuestra señora que aquí está Manfedro, hijo del rey de Francia, qu'es a quien ella tanta onra y mercedes hizo en casa de su padre. Dezilde que agora es tienpo de pagárgelo en servicios, que yo haré que no tema ninguna cosa, que su onra será muy guardada, y que mande a todos sus cavalleros que me entreguen las armas y que se pongan en mi poder, que todos serán guardados por amor d'ella. Que como supe qu'ella aquí estava luego mandé que ninguno fuese osado de llegar al palacio.

El cavallero, qu'estas cosas oyó, mucho fue contento y dixo:

—Cierto, señor, no s'esperava menos de vós, siendo quien sois. Quiero ir a dezillo a Dinerpa porque se consuele algún tanto de su gran cuita.

Y despidiose de Manfedro y fuese para Dinerpa, qu'esta[va] sin esperança de ningún bien. El cavallero le contó lo que Manfedro l'enbiava a dezir.

—¡Ay, Santa María! —dixo ella—, ¿y aquí es Manfedro, el buen cavallero? Agora no temo ninguna cosa, que bien soy cierta que su bondad es tanta que hará lo que yo le rogare. Y luego dezid a esos cavalleros que sin ningún real se pongan en su poder. Y hazelde luego venir delante de mí y sabré si

mi hermano es preso o qué se á fecho, que por él á de ser remediada mi cuita.

El cavallero fue luego con aquel mandado a todos los cavalleros qu'estavan allí retrar^{280r} dos, qu'erán bien dos mil cavalleros, y como oyeron el mandado de Dinerpa hiziéronlo luego, porque no le convenía ni podían hazer otra cosa salvo morir todos si no lo hiziesen, y luego rendieron las armas y pusiéronse en poder de Manfredro, que los tomó a merced. Y como esto fue hecho Manfredro pidió por merced a Grimonte que pusiese recabdo en la villa e viese si avía más que hazer, qu'él quería ir a ver a Dinerpa. Grimonte así lo hizo, y anduvo por toda la villa y salió al canpo donde estava el real de Fidario y no halló cavallero que defenderse quisiese, mas todos demandavan merced. E hizo sacar todos los muertos de la villa, así franceses como alemanes, para hazellos enterrar en una iglesia qu'estava fuera, e hizo tomar el cuerpo de Fidario y de los otros cavalleros de gran cuento que allí morieron, así de unos como de otros, e hízolos llevar a una iglesia qu'estava en la villa muy onrada. E hizo sacar todas las cosas que traían en sus naos y traellas a la villa, y ansimismo a los heridos qu'estavan en las naos porque mejor fuesen curados. Cuando a todo dio recabdo ya era noche y convínole de reposar, que mucho andava cansado.

[LXIII]

Como Grimonte se partió de Manfredro a hazer lo que os tenemos dicho luego Manfredro tomó consigo cien cavalleros y fue a ver a Dinerpa, la cual halló en un palacio con sus donzellas muy triste y el cavallero que vos deximos, que era su amo. Cuando Manfredro la vido hincó las rodillas delante d'ella y quísole besar las manos. Ella las quitó afuera y díxole:

—Ruégovos, señor cavallero, que quitéis el yelmo porque pueda conocer si sois vós Manfredro, porque más me esfuerce.

Él lo hizo luego y díxole:

—Señora, yo soy aquel vuestro Manfredro que vós á de servir en todas las cosas que mandar^{280v} le quisierdes.

Ella, cuando lo conoció, uvo muy gran plazer y fuelo abraçar llorando muy fieramente, y díxole:

—¡Ay, mi señor Manfredro, mucho deseo tenía yo de veros por la vuestra grande bondad! Mas no quisiera que fuera en tienpo de tanta cuita y pesar. Dezidme, por Dios, qué avéis hecho de vuestro amigo y mi hermano Fidario, si es muerto o preso. Ruégovos que vos doláis d'esta disdichada y triste donzella, y la vuestra grande mesura no me falte.

Manfredro ovo mucha piedad d'ella por[que] mucho la amava y díxole:

—Mi señora, yo me tengo por el más bienaventurado cavallero que ay en el mundo porque Dios me á traído a tienpo que vos pueda servir las grandes mercedes que me avéis hecho. Estad, señora, muy cierta que vuestra persona será muy onrada y guardada, y todos los que vós quisierdes. De vuestro hermano no sabré dar recabdo porque avemos tenido tanto que hazer que no é sabido qué se fizo él. Si él es muerto á pagado su deuda, y avéis de creer que su gran sobervia y argullo lo mató, porqu'él tuviera escusado de començar esta guerra. Si es bivo no se fará d'él sino lo que vós mandardes.

—Así quiera Dios que sea —dixo Dinerpa— porque no sea este mal por el cabo.

Y estando ellos hablando en muchas cosas entraron por la puerta los donzeles de Fidario mesando sus cabellos e haziendo grande llanto por su señor, y dixeron:

—¡Ay, señora Dinerpa, qué mal tan grande á venido al mundo, que vuestro

hermano Fidario es muerto y vós estáis tan sin cuidado!

Ella, cuando lo oyó, ovo tanto pesar que cayó amortecida y así todas sus donzellas. Manfedro la tomó en sus braços y consolávala cuanto podía, mas no le aprovechava, qu'ella dezía muy dolorosas cosas quexándose de su ventura, que tan esquivia le era. Manfedro no se osó apartar d'ella y estuvo con ella hasta que Grimonte vino de dar recabdo en todo lo que vos tenemos dicho y puso guardas así en las naos como en la villa, y cuando vido a Dinerpa tan triste y cuitada llegose a ella y dixo:

—Señora, no vos acuitéis tanto, que todas las cosas vienen ^{281r} de la mano de aquel poderoso Señor, y si mucho avéis perdido más avéis ganado en Manfedro, qu'es tan buen cavallero como todo el mundo sabe y hijo del mejor rey de cristianos. Vuestro hermano os traía para daros por muger a Armidón, señor de Sansueña, el cual no vos merecía según vuestra grande hermosura y bondad, que ya sabe todo el mundo cómo los de Sansueña son todos gente esquivia y sin razón. Mal pudiéades bevir entr'ellos. Más gloria y más onra y más plazer tendréis en la casa del rey de Francia, donde muchos altos onbres vos servirán con quien Armidón no se podrá igualar. Y allende d'esto vuestro padre será tal que vendrá a lo bueno por onde eredaréis el inperio después de sus días, pues a vos os viene de derecho. Y cuando no lo quisiere hazer por su grado haremos que lo haga por fuerça. Por esto dad gracias a Nuestro Señor y consolaos, que en poder estáis de aquel que vos sabrá conocer y servir.

Dinerpa, que oyó dezir estas cosas a Grimonte, maravillose y conoció que en todo le dezía verdad, y dixo a Manfedro:

—Ruégovos, mi señor, que me digáis quién es este cavallero, que tan osado dize

lo que quiere.

—Este se llama Grimonte de Asur, el mejor cavallero que ay en el mundo —dixo él.

—¡Ay, Santa María, este deve ser el cavallero que vós andávades a buscar cuando fueste a Alemaña y el que tuvo el paso en Grecia e hizo tan grandes cosas como d'él se dizen!

—Este es —dixo Manfedro— el que todas estas cosas hizo y otras muy mejores.

—¡Ay, cativa —dixo Dinerpa—, bien soy cierta que a sus manos murió mi hermano! No sé cómo pueda tenerlo delante de mis ojos. Cara me á costado a mí la su bondad e aquel viejo enperador, que morirá con pesar cuando supiere la muerte de su hijo.

—Dexavos d'eso, señora —dixo Grimonte—, que a vuestro hermano no lo mató sino su sobervia. Pensad en lo que vos tengo dicho, que más merecéis vós de señorear el enperio y ese qu'esta cabe vós que no él.

Tantas cosas le dixo Grimonte que algo la hizo alegrar y leváronla a su cámara y dexáronla allí con sus donzellas, y Manfedro rogó a Gaviano, su amo, que no se partiese ^{281v} d'ella y que le hiziese entender todo lo que Grimonte le avía dicho, que era lo que le conplía, y él así lo hizo como aquel que era de gran seso y conocía que le estava bien a Dinerpa aquel casamiento. Ellos se desarmaron y vino Versinta, que los curó de sus llagas.

Manfedro hizo curar al marqués de Cartania, que era su presionero, y dar todas las cosas que uviere menester. Después que uvieron cenado acordaron todos los cavalleros de enbiar a hazer saber al rey de Inglaterra aquel fecho, que viniese a juntarse con ellos y otro día partiesen de allí, porque si allí se detenían podría venir sobr'ellos Armidón, que no estava sino cuatro jornadas

de allí, con todo su poder, y según la mucha gente que tenía podría ser que recibiesen gran daño. Y luego enbiaron a un cavallero de la villa al rey de Inglaterra, mas ya el cavallero que allí los guio era partido, que como vido el vencimiento y muerte de Fidario no se detuvo, mas fuelo a hazer saber al rey, su señor. Y como Manfredro uvo despachado el mensagero todos los cavalleros se fueron a reposar, que lo avía[n] menester, y Grimonte y él quedaron. Manfredro abraçó muchas vezes a Grimonte con las lágrimas en los ojos y díxole:

—Cierto, mi verdadero amigo, la vuestra buena ventura me á hecho alcançar tanto bien [y] onra, que yo no fuera osado de dezir a mi señora lo que vós le dexistes. Ruégovos que le deis fin y antes que de aquí vamos yo sea desposado con ella porque después no venga algún entrevalo.

Grimonte dixo que así se fiziese y fueron a reposar. Y venida la mañá Manfredro hizo enterrar muy onradamente a Fidario y a todos los otros cavalleros de alta guisa. Y los otros que murieron en la batalla, que fueron muchos, hízolos enterrar en el campo cabe una iglesia, que bien morieron de los franceses más de tres mil y quinientos cavalleros y ahogados en la mar más de trezientos, mas de los alemanes morieron más de nueve mil cavalleros. Y mientras él esto hazía Grimonte habló con Dinerpa y díxole tantas cosas él y Gaviano, su amo, qu'ella dixo que ^{282r} haría todo lo qu'ellos le aconsejavan. Y como Manfredro vino Grimonte gelo dixo y él fue tan alegre que jamás nunca él tanto lo fue, y fue luego averla y díxole:

—Mucho tengo, señora, que agradecer a Nuestro Señor por me aver hecho ganar vuestra voluntad, porque luego, como me conoscistes en vuestra tierra, sin yo averos servido me hezistes tanta merced que por vuestro cavallero me recibistes, y

desd'entonces avéis sido señora de mi coraçón. Y agora vós seréis de mí y de cuanto yo tengo y podré aver. Grimonte, mi hermano, me dixo cómo me queríades tomar por vuestro marido. Yo me hallo el más bienaventurado del mundo. Y vós, señora, sed cierta que todas vuestras cosas se harán bien y avrá voluntad, y Dios nos ayudará, pues él á ordenado esto, qu'estava fuera de nuestros pensamientos. Pues que así lo queréis, hágase luego, porque no nos venga algún estorvo.

Dinerpa, muy vergonçosa, le respondió:

—Bien conosco que hago gran hierro en tomar marido sin la voluntad de mi padre, mas el mucho amor que yo os tengo y la ventura que así lo ordenó me an forçado. Y digo que yo soy contenta de recibiros por marido y lo demás ordénelo Dios a su voluntad, mas mucho querría que no se supiese este fecho hasta que fuese en poder de la reina mi tía porque parezca que de su mano viene.

Grimonte dixo que así se hiziese y desposáronse luego, y no lo vido sino solamente Grimonte y Brimarte y Gaviano, su amo, y su muger, que venía con Dinerpa. Y esto hecho acordaron de luego partir de allí y mandaron ir las naos en que avían venido al puerto de Londres. Y ellos, recogidas todas las grandes riquezas que allí avían avido y los presos llevados a recabdo, partieron de allí llevando Manfredro consigo a Dinerpa, y anduvieron aquel día dos leguas y asentaron su real en unos verdes prados, y aquella noche hizo tanto Manfredro que tornó dueña a Dinerpa y sus coraçones fueron descansados, que mucho se amavan. E otro día seguieron su camino con buena ordenança y mucho puestos a recabdo.

Y sabed que muchos cavalleros de los alemanes huyeron de la batalla y no pararon hasta ^{282v} irse al real de Armidón y dixerón

aquellas nuevas al duque Cormelud, que avía ido de parte de Fidario a estar con Armidón y a dar concepción en sus conciertos, porqu'ellos entendían de ganar el reino de Inglaterra según estavan poderosos de gentes. Y como el duque estas nuevas oyó fue muy triste y fue lo a dezir a Armidón, el cual fue muy pesante d'ello, y mandó venir ante sí a los cavalleros y contáronle cómo aquel fecho avía pasado y cómo toda aquella gente que los venció eran franceses, y cómo venían entr'ellos muy buenos cavalleros. Armidón dixo que jurava de vengar a Fidario y que aquellos todos no le escapasen, y como él crió de perder a la infanta Dinerpa fuele a par de muerte este pesar y mandó luego, sin más tardar, alçar real de sobre aquella villa donde estava y dio gran priesa en su camino con toda su hueste hasta que llegó al puerto a donde avía sido la batalla. Y quando supo todo el fecho, cómo Manfredro avía llevado a Dinerpa, él pensó de morir con pesar y partió la vía que Manfredro llevaba pensando de alcançallo antes que se juntase con el rey, y a cualquiera lugar que llegava tomávalo por fuerça y matava a cuantos hallava sin ninguna piedad, tanto era el enojo que llevaba. Y dexallo emos ir y deziros emos lo que hizo el rey quando supo las buenas nuevas que le llevaron del vencimiento de Fidario.

[LXIV]

El cavallero inglés, desde que vido muerto y vencido a Fidario, partiose luego a gran priesa para ir a dezir aquellas nuevas al rey. Y a los cinco días llegó a donde estava en una su villa muy fuerte, y tenía consigo todos los mayores del reino de Inglaterra y muchos cavalleros de otros y muy buenos, y no estava esperando sino a Manfredro, que veniese para ir a dar batalla a Armidón. El cavallero llegó y contole todo lo que era

pasado, cómo venía con Manfredro el buen cavallero Grimonte, aquel de quien tantas cosas dezían, y qu'él por sus ojos le avía visto matar a Fidario; y el primero que avía^{283r} salido en tierra fue él, que por su grande esfuerço avían sido desmallados los alemanes.

El rey fue tan alegre que no lo podríamos contar y dio muchas gracias a Nuestro Señor, y esforçose tanto que le parescía que ya tenía vencidos a sus enemigos. Y estando en este plazer llegó el mensagero de Manfredro, por onde él fue más certificado, y como él supo qu'ellos venían movió de aquella villa con toda su hueste para se juntar con ellos en medio del camino, en una su villa muy buena que se llamava Lanbaite, y allí avrían acuerdo de lo que devrían hazer. Y el rey llegó primero que Manfredro y allí esperó porque supo que venían muy cerca, porqu'ellos venían de su espacio por amor de los heridos. Y el día que llegó Manfredro a la villa de Lanbaite el rey lo salió a recibir con todos sus altos onbres e ivan armados salvo de yelmos, y quando se vieron los unos a los otros mosaron grande alegría. El rey recibió muy bien a Manfredro, y como vido tan cerca d'él a Grimonte pescudó si era aquel buen cavallero. Manfredro le dixo que sí. El rey le echó los braços al cuello y túvolo abraçado gran pieça, y díxole qu'él se tenía por bienaventurado de conoscerle. Grimonte le quiso besar las manos. Él las tiró afuera y luego el rey recibió a todos los otros cavalleros haziéndoles grande onra, especialmente a su sobrino Arquilao, y después fue a recibir a Dinerpa, que la traía de rienda Carpasio. Ella le quiso besar las manos. El rey le dixo:

—Señora sobrina, aunque vuestro padre y hermano an sido contra mí en quererme destruir por eso no dexaré yo de fazeros la onra que merescéis, pues no tenéis culpa.

—Esa esperança tengo yo en la vuestra

bondad —dixo ella—. Si mi hermano herró recibido á su pena. Quiera Dios de poner remedio en lo porvenir.

Y así movieron todos contra la villa, a donde hallaron muchas tiendas fuera, y los cavalleros principales se aposentaron en la villa y luego aquella noche acordaron d'enbiar a Dinerpa a la reina porque allí no los enbaraçase, y así fue hecho. Carpasio con dozientos cavalleros fue con ella. Manfedro salió con ella una jornada y partiose ^{283v} d'ella con grande cuita que anbos sentieron, y tornose para el rey. Carpasio anduvo tanto que llegó a Londres, adonde estava la reina, que los recibió muy bien. Cuando vido a Dinerpa lloró con ella quexándose de la ventura que tanto mal le avía rodeado en que pusies<i>en</i> en coraçón a su sobrino que viniese contra ellos, por onde ovo de morir tan mala muerte. Mas Ardina, su hija, la tomó consigo y le hizo mucha onra y la consoló cuanto pudo. Todas no entendían en otra cosa sino de rogar a Dios que pusiese paz entr'ellos, mas muy desviado estava del coraçón de Armidón, que como can ravioso venía por se vengar, y a tres días que Manfedro llegó a juntarse con el rey vino él a dos leguas de la villa a donde ellos estavan y allí se detovo porque sus gentes folgasen. Y como el rey lo supo uvo su consejo de lo que devía de hazer, y con acuerdo de todos, y más de Grimonte, que en esto porfió, ordenaron que a otro día, antes del alva, fuesen a ver a sus enemigos, que no los dexasen descansar, y así lo pusieron en obra. Y el rey ordenó sus hazes, que toda su gente estava muy aparejada para la batalla, y ansimismo los franceses, y el duque de Seroluis con el conde de Clara uvieron la delantera con tres mil cavalleros, y la una has uvo el duque de Bristoya con dos mil y quinientos cavalleros. Arquilao y Brimarte uvieron la otra has con tres mil cavalleros franceses, y el duque de Norgales uvo la otra con dos mil cavalleros. Grimonte

uvo la quinta con cuatro mil cavalleros franceses. El rey de Ortania uvo la sesta con seis mil cavalleros. El príncipe d'Escocia uvo la setena con cuatro mil y quinientos cavalleros d'Escocia, que Frasledo, su padre, lo enbió ayudar al rey de Inglaterra. La otava ovo Manfedro con cuatro mil cavalleros, los dos mil franceses y los otros ingleses. El duque de Benoique ovo la novena con tres mil cavalleros. El rey uvo la décima y postrimera con siete mil cavalleros y muchos altos onbres de ^{284r} su reino. Y todos puestos en orden movieron de la villa tres oras antes del día a su paso porque los cavallos no fuesen cansados. Y esto no se pudo tan secreto hazer que Armidón no lo supiese, porque traía sus espías con el rey, y como d'ello fue certeficado ordenó ansimismo sus gentes e hizo otras diez hazes y puso sus cabdillos, los qu'el entendió que convenían, y en la delantera a un hijo de Alemán el Rezio, el que fue vencido en los torneos que Serpio hizo en Inglaterra antes que se partiese para Cosantinopla. Y este cavallero era más ardid y esforçado que lo era su padre, y vino con el rey Galiuse de Irlanda, qu'estava con Armidón porque quería mal al rey de Inglaterra, y todos los otros capitanes eran muy buenos y esforçados. Sabed que Armidón tenía más gente que no el rey.

[LXV]

Cuando fue el alva del día fueron a vista los unos de los otros y el rey no quiso enbiar a dezir nada a Armidón porque sabía que según su sobervia no avía de aprovechar. Y el día vino muy craro, y escuro para muchos cavalleros que allí morieron. Como los que llevavan la delantera eran muy buenos cavalleros no se pudieron sufrir sin començar la batalla. El duque de Serolois salió delante de todos los suyos armado de ricas armas y una lança muy fuerte en sus manos.

Blandanil, que así avía nonbre el hijo de Alemán, cuando lo vio salió de la otra parte y viniéronse a encontrar en sus fuerças tan duramente que quebraron sus lanças en pieças, y el duque fue tan malamente herido que no uvo menester maestro, que luego cayó muerto en tierra. Blandanil puso mano a su espada y comenzó de ^{284v} ferir tan bravamente en los unos y en los otros que los ingleses no lo pudieron durar. Y el conde de Clara, que en aquella haz venía y era muy buen cavallero, <y> esforzó a los suyos y ferió tan bravamente en los enemigos que aquel día ganó mucho prez y onra según las cosas [que] hizo. Mas no aprovechó ninguna cosa, qu'el grande ardimiento de Blandanil era tanto que los ingleses perdieron el canpo si no socorriera el duque de Bristoya, que entró en la batalla muy esforçadamente matando y feriendo cuantos delante de sí hallava, y aquel día mostró él ser hijo del duque Almerín, que por cobrar la onra que perdió cuando fue a registrar a Fidario no dudava de se meter en los muchos peligros, e hizo tanto que cobró lo que [perdió], que si el duque de Alemaña no socorriera, que venía en la segunda haz, fueran mal parados los de Sansueña. Mas como este duque era muy buen cavallero y deseoso de vengar la muerte de Fidario, su señor, entró en la batalla haziendo cosas estrañas, que antes que quebrase su lança derrocó a tierra ocho cavalleros muertos y malferidos.

Allí viérades el ruido y las bozes de los unos y de los otros tan grandes que parecía que la tierra tremía. Los dos duques se hallaron en la batalla, que cada uno d'ellos era esfuerço de los suyos, y tomaron sendas lanças, e vino el uno contra el otro y encontráronse en los escudos tan poderosamente que anbos a dos fueron falsados y los cavalleros cayeron en tierra. Y el duque alemán fue muy malherido, mas como era de gran

coraçón levantose muy bivo, mas ya halló ante sí al duque de Bristoya, y comenzó entr'ellos una muy fuerte batalla, que si no fuera por el conde de Clara, que los despartió, morieran anbos a dos, mas el duque alemán quedo tan malferido que por fuerça le convino de salir de la batalla. El duque de Bristoya tornó a cavalgar con ayuda de los suyos y comenzó a abivar la batalla porque Brino, un hermano de Armidón que era muy bravo cavallero, [vino a la batalla], y de la parte del rey entraron en la batalla Brimarte y Arquilao, qu'estos acometieron a sus enemigos tan poderosamente que le[s] hizieron ^{285r} conocer su venida, tanto que no los podían sufrir sus enemigos.

Blandanil, qu'estrañas cosas hazía, que vido cómo los suyos eran retraídos por el grande esfuerço de Brimarte, <y> tomó una lança y fue contra él, el cual no lo dudó, como lo vido venir, e tomó otra lança y encontráronse con tanto ardimiento que sus lanças fueron quebradas, y ellos topáronse de los escudos tan fuertemente que anbos a dos fueron a tierra. Blandanil, como era de gran fuerça, quiso tornar a cobrar la silla, y llevaba las riendas en las manos y el cavallo alçó las manos. Con la gran fuerça cayó sobre Blandanil e quebró una pierna. Brimarte, como era ligero, levantose e fue sobr'él, e dióle tan fuerte golpe encima del yelmo que le hizo quebrar las enlazaduras, e dióle otro que le hendió la cabeça, como estava desarmada. Los suyos, como esto vieron, acometiéronle de todas partes, mas él se defendía como aquel que era de gran coraçón. Mas todavía le mataran si no le socorriera Arquilao con veinte cavalleros, que por fuerça los fizo arredrar dando golpes a unas partes y a otras. Brimarte tornó a cavalgar a pesar de todos y comenzó de ferir de tan esquivos golpes a los unos y a los otros que fuían delante d'él.

El conde de Altibena, cuñado de Armidón, casado con una su hermana, que vido retraer a los suyos, entró en la batalla con su haz, y como era muy buen cavallero esforçó a los suyos y él delante d'ellos, e ferió a los enemigos con tanto ardimiento que tornó a ganar lo que los de su parte avían perdido. El duque de Norgales, que lo vio, entró en la batalla, y por una parte ferió tan poderosamente en sus enemigos que muchos cavalleros fueron a tierra de su llegada. Y todos lo hazían tan bien, los de la una parte y de la otra, que no parecía mejoría entr'ellos, porque de cada parte avía buenos cavalleros y feríanse tan sin miedo que muchos d'ellos perdían la vida.

Grimonte, que bien lo mirava todo, no se pudo sufrir más y dixo en alta boz, que todos lo oyeron:

—Agora, señores cavalleros, parescan vuestras bondades porqu'el reino de Inglaterra quede libre de sus enemigos. E seguidme e ferid sin pavor, que no nos podrán durar.

Y deziendo esto puso las espuelas al cavallo y entró por la batalla con tanto ardimiento y esfuerço que todos los que lo vieron se maravillaron, que en los enemigos puso pavor y a los suyos esfuerço. Y antes que ^{285v} quebrase su lança echó a tierra más de doze cavalleros, y puso mano a su espada y començó de ferir a cuantos delante de sí hallava, e hizo tales cosas que los enemigos no le podían durar <e> si no fuera por el rey Galiuse de Irlanda, que entró en la batalla con tres mil cavalleros e registió tan fuertemente a los ingleses que cobraron coraçón los de su parte. Y mesclose entr'ellos una tan cruda batalla que muchos perdieron la vida porque Grimonte andava tan bravo e dava tan esquivos golpes a los unos y a los otros que muchos dexavan de pelear por mirar sus grandes cosas, y como vido al rey Galiuse, que era esfuerço de los suyos, tomó una

lança y fue contra él. Y el rey, que bien avía visto las estrañas cosas que hazía, quesiérase escusar de aver batalla con él, mas ovo vergüença y tomó otra lança e vino contra él, y encontráronse tan poderosamente que las lanças fueron quebradas y la de Grimonte quedó metida en el cuerpo del rey, que le dio por meitad del pecho con tanta fuerça qu'el yerro pareció de la otra parte. E luego cayó el rey muerto en tierra e vídolo el príncipe, su hijo, qu'el día antes avía recibido orden de cavallería por entrar en aquella batalla, e uvo tanto pesar que pensó de morir, y alçó el espada e juntose a Grimonte, y dióle tan fuerte golpe por encima del yelmo que la lumbré de los ojos le hizo perder. Grimonte, muy sañudo, le dio otro golpe de la espada a él que no uvo menester maestro que lo curase. La cabeça le hizo dos partes e luego cayó muerto cabe su padre, que gran daño fue, que avía de ser muy buen cavallero.

Grimonte, como esto hizo, crecióle el ardimiento y acometió tan duramente a los de Irlanda, que malamente lo aquejavan, que por fuerça los hizo arredrar del campo muy gran pieça. Arquilao e Carpasio andavan junto cab'él e hazían maravillas por onde los enemigos no los podían durar, e ansimismo Brimarte por otra parte hazía tales cosas que Armidón, que todo lo mirava, conosció el gran daño que los de su parte recibían y mandó que todas las hazes juntamente que moviesen e diesen de tropel en los enemigos. E él iba delante sañudo como un fiero león y en su llegada recibieron los franceses ^{286r} gran daño. Y al primero que Armidón encontró fue al conde d'Armiñaque, que era muy buen cavallero, y fue tal su golpe que no bolvió más a Francia, que luego cayó muerto en tierra, y ansimismo mató a otro conde inglés antes que quebrase su lança. Viéradlesle hazer maravillas sacada su espada, y como era grande de cuerpo y

de gran corazón había huir delante de sí los cavalleros. Y otro su hermano, que era también muy buen cavallero, el cual se llamava Isdrón, andava junto cab'él. Anbos a dos hizieron tanto en poca de ora que los ingleses no podían sofrirlos, aunque Grimonte y los otros buenos cavalleros sofrian grande afán de tenellos y desforçallos.

El rey de Inglaterra, que vido toda la gente de la parte de Armidón entrar en la batalla, hizo él otro tanto. Todas las hazes juntas dieron en los enemigos, mezcladas todas las hazes. El ruido era tan grande del combatir de los cavalleros que no parecía sino qu'el mundo todo era allí asonado, y no avía nenguno de tan gran corazón que no viesese pavor. El rey de Inglaterra, como entró en la batalla, hizo conocerse hermano de aquel enperador que en su tienpo no tuvo par, que aunque el rey Laureato era muy manso e venino a sus vasallos era de gran corazón y cluel a sus enemigos, y él hizo tales cosas en aquella batalla que todos los de Inglaterra se tuvieron por bienaventurados en tener tal rey. Y andando matando y friendo cuantos delante de sí fallava vido a Brino, hermano de Armidón, que andava haciendo gran daño en los suyos, y fue contra él alçada la espada y diole tal golpe en un brazo que armadura que tuviese no le prestó que no le hendiese hasta la cinta, y cayó muerto en tierra. Mucho espanto puso a los que vieron este golpe, mas el duque de Avrena, que era primo cormano de Armidón y era de señorío del rey d'Escocia, y vino con mucha gente ayudar a Armidón, como vido a su primo muerto ovo gran pesar, e venía a ferir al rey muy sañado. Manfredro se puso delante y recibió el golpe en el escudo, que fue tal que gelo fendió, y llegó la espada al brazo e hízole una llaga. Manfredro le dio dos muy fuertes golpes encima de la cabeça que le hizo enclinar ^{286v} hasta

el cuello del cavallo, mas era muy bivo de corazón y presto le tornó a dar el galardón, e ovo entr'ellos una muy esquivia batalla, mas a la fin el duque fue muerto a las manos de Manfredro y él quedó muy malamente herido e por fuerça le convino salir de la batalla.

Quién vos podría dezir las cosas que cada uno hazía. Sería para nunca acabar, porque de todas partes avía muy buenos cavalleros e cada uno s'esforçava por se hazer conocer, que era ora de bísperas y no parecían mejoría de la una parte ni de la otra. Grimonte andava por la batalla a unas partes y a otras. A onde vía las mayores priesas allí socorría. Por dos o tres vezes le avían muerto los caballos, mas luego tornava a cobrar cavallo porque el infante Ali Harán, su donzel, le traía cavallos, porque conociendo su gran bondad lo amava mucho. Y si no fuera por la gran bondad de Grimonte los ingleses no pudieran sofrir a los de Sansueña, porque Armidón andava tan bravo que no dexava cavallero en silla. Y vido al rey de Inglaterra, que avía muerto a un cavallero de Irlanda muy prencipal. Conosciolo en las muy ricas armas que traía y pensó que si él lo pudiese prender o matar que daría fin a sus fechos y sería señor de Inglaterra, y tomó una lança muy fuerte y fue para él, y díxole:

—Rey, por tu mal toviste osadía de ponerme conmigo en canpo, que oy será fin de tus días.

El rey, que de gran corazón era, tomó otra lança a un donzel, y vino para él y díxole:

—Armidón, confío en Dios que oy será más cierto abajada tu sobervia, que sin razón as querido venirme a destruir.

Deziendo esto abajaron las lanças e vinieron a encontrar muy esforçadamente. El rey faltó su golpe porque venía tan fuera de sentido de la grande ira que tomó en ver delante de sí aquel que tanto daño le avía

hecho. Armidón, que de grandes fuerças era, le falsó el escudo y la muy fuerte loriga, y metiole el fierro de la lança por el cuerpo y dio con él en tierra, que todos pensaron que era muerto. Grimonte, que la ven^{287r} tura allí lo avía traído aquella ora, cuando así vido al rey ovo muy gran pesar y creciole grande ira, y fue para Armidón e díxole:

—¡Ay, mal cavallero, cómo la ventura me fue tan contraria en no te hallar en esta batalla antes que hizieras tanto mal, que poca vengança será en ti en la muerte de tan buen rey como es muerto!

E deziendo esto alçó el espada y diole dos golpes muy pesados de que Armidón muy mal se sentió. Mas él era uno de los buenos cavalleros que en el mundo avía, que por las grandes fuerças que en sí sentía avía començado aquella guerra, y como se sentió ferido malamente creciole tanta ira que no parecía sino un bravo león. Acometió tan duramente a Grimonte que si él no fuera de tanta bondad no le pudiera durar, mas como él no dudava los fuertes cavalleros sabíase muy bien defender, e ovo entr'ellos una tan fuerte batalla que era espanto a los que lo vían, que muy bivas llamas de fuego hazían salir de los yelmos, y después de la batalla que ovo Grimonte con el enperador nunca él se conbatío con cavallero que aquel se igualase. Mas la espada de Grimonte era de tanta bondad que no dava golpe que no le hiziese llaga y con esto tenía Grimonte grande ventaja, porque Armidón perdía mucha sangre e andava muy ahogado del trabajo. Grimonte, que lo conosció, llegose a él e echole los braços tan fuertemente que lo arrancó de la silla e dio con él en el suelo e él sobre él. Como era ligero levantose muy presto y cortole las enlazaduras del yelmo, y estando en esto sobrevino un su pariente, el cual era muy buen cavallero e era señor de Labrique, y avía traído muy buena gente

ayudar a Armidón y como lo vido así ovo gran pesar, y traía una lança en la mano y arrojala a Grimonte, e acertole en una espalda e feriole muy malamente, y matá[ra] le si no fuera por Arquilao, que l'encontró a travi<o>[e]so con una lança tan fuertemente que dio con él en tierra muy malferido. Grimonte, aunqu'estava tan malferido, no dexó de acabar lo que començado tenía, que a pesar de cuantos estorvárgelo querían cortó la cabeça a Ar^{287v}midón. Y esto no pudo él hazer tan ligero que Armidón, así como estava, no le ferió en una pierna muy malamente, mas él fue muerto.

Y sabed que Franquel, el greciano, quando vido a Grimonte apeado y tan malferido se apeó él de su cavallo y púsose allí junto con él, e hizo tanto que lo libró de muchos que lo querían ferir, y allí gano él mucha onra y pres. Mas todo no valiera nada si Arquilao no les ayudara, que sobrevinieron tantos cavalleros allí por vengar a Armidón que en todo aquel día no fue la batalla tan cruda como allí, porque muchos de los ingleses, cuando vieron al rey <al rey> caído, se apearon, especialmente el duque de Bristoya, que tomó al rey en sus braços e hízolo levantar, y por lo sacar de la batalla sofrió mucho afán, porque los de Sansueña, desque vieron a Armidón muerto, peleavan como onbres desesperados. Isdrón puñó mucho por matar al rey, mas el conde de Sangel y el conde de Clara hezieron tanto que los hizieron arredrar afuera. Allí hizo Brimarte muy grandes cosas por socorrer a los unos y a los otros. Grimonte nunca pudo tornar a cavalgar, tan malferido estava, mas así a pie hizo cosas estrañas, que no se le llegava cavallero que no le escarmentase.

Qué vos diremos, que fue allí tanta la mortandad de todas partes que ya no podían pelear con los muertos, e si la noche no sobreviniera todos murieran, mas por

fuerça les convino de dexar de matarse los unos a los otros por no se conocer, según la escuridad de la noche. Isdrón, el hermano de Armidón, era cavallero muy cuerdo y sabidor en la guerra, y desde que vido la gran destrucción de su hermano recogió toda la gente que quedó muy sesudamente e no curó de bolver a su real, mas antes lo desanparó todo y alexose lo más que pudo aquella noche de allí. Y como reposaron algún tanto, e vinida la mañá, tomó su camino para una villa que se llama Rocaste, que su hermano Armidón avía ganado, e allí llegado hízola fornecer muy bien de cuanto le era menester, porque era cierto que lo avían de venir a buscar. Y de toda la gente que Armidón llevó no escaparon cinco mil cavalleros e estos todos mal lla^{288r}gados, que todos los principales de la hueste fueron muertos en la batalla, y no avía allí ninguno de los qu'escaparon que no feziere grandes duelos por sus señores, especialmente los de Irlanda, que avían perdido su rey e príncipe, e así estaban todos muy cuitados, que no sabían qué consejo tomar que bueno le fuese.

[LXVI]

Los que sacaron al rey de la batalla tuvieronlo en el canpo fasta que la noche les partió, como vos tenemos dicho. Y acordaron, después que todos los principales cavalleros fueron juntos, de irse a la villa lo mejor que pudieron, porque todos estaban muy malferidos, y el rey mandó al duque de Bristoya que quedase en el canpo con todos los cavalleros qu'estaban sanos y guardasen el real de Armidón, que no fuese robado de las gentes menudas, y así fue hecho. Al rey lleváronlo en un cavallo y un cavallero lo llevaba abraçado, y así a todos los otros que eran malferidos, y llegando a la villa fueron curados de los maestros y hallaron que la

llaga del rey era muy peligrosa, y ansimismo las de Grimonte, mas como Versinta era tan gran maestra curolo muy bien y esforçolo mucho, que no uviese temor, aunqu'ella era muy cuitada en verlo en tanto peligro. Arquilla y Brimarte fueron también curados por sus manos y Franquel, que muy llagado estava por ayudar a Grimonte. El rey aunqu'estava tan mal llagado, era muy alegre por la muerte de Armidón y del rey Galiuse de Irlanda, y enbió luego a saber de Grimonte y de Manfredro y de todos los otros cavalleros, y mandó que se les diesen cuanto fuese menester, qu'él tenía en tan grande estima a Grimonte como si fuera su hermano y más, y dezía que tal cavallero <co> como él no lo avía en el mundo, que con razón era loado,^{288v} y mandó que lo serviesen como a su persona misma.

El duque de Bristoya puso muy gran recabdo en todo lo qu'el rey le mandó, y otro día después de la batalla hizo llevar todas las cosas que fueron halladas en el real de Armidón a la villa a donde estava el rey, y muchos cavalleros que en él quedaron heridos, y enbiolos presos al rey, entre los cuales fue el duque Cormelud de Alemaña, e hizo llevar a un monesterio qu'estava cerca los cavalleros de alta guisa franceses e ingleses que morieron en la batalla, y ansimismo al Galiuse de Irlanda y a su hijo, y Armidón hizo enterrar en un canpo con todos los otros que murieron en la batalla. E sabed que morieron muchos de la gente del rey de Inglaterra, e de franceses no quedaron sino tres mil cavalleros, porque de ambas partes avía muy buenos cavalleros y por esto fue esta batalla muy esquivia, y murieron de ambas partes tantos que dezir no se os podría. El duque estuvo en el canpo cinco días en señal de vitoria y todos los que se pudieron hallar de los de Sansueña fueron muertos e presos, y acordó el rey que hasta que él y

todos los otros cavalleros fuesen guarnidos de sus llagas no moviesen de allí para ir a echar de su reino todos sus enemigos, y luego hizo mensageros a la reina a hazelle saber lo que era pasado, que se viniese para él e truxese consigo a Ardina, su fija, y a Dinerpa, su sobrina. Y esto hizo él por amor de Manfredro, que gelo pidió por merced por amor de ver a Dinerpa y dar orden en sus fechos.

Y el día que los mensageros llegaron al rey a la cibdad de Londres entró en el puerto una gran flota del enperador de Costantino-pla, que así como llegó el mensagero del rey a él hizo juntar muchas gentes, que pasavan de veinte mil cavalleros, y enbió por cabdillo al rey de Argís, su hermano, y al marqués Ducio, hijo de Garfin, rey de Tesalia, y a otros muy buenos cavalleros. La reina fue muy alegre con las nuevas del vencimiento del rey y por la venida de aquellos cavalleros, e hizo hazer grandes alegrías. E recibió al rey de Argís muy bien y a todos los otros cavalleros, los cuales uvieron pesar por no venir a tienpo de se ^{289r} hallar en la batalla, mas con todo esto dieron muchas gracias a Nuestro Señor, y como fueron todos salidos en tierra luego movieron de allí para ir a donde el rey estava. Ducio fue con la hueste porque no feziesen cosa desaguisada, porque todos le d[e]avan muy conplidamente lo que avían menester por ser del enperador. El rey de Argís quedó con la reina para irse con ella, la cual muy prestamente despachó las cosas que eran menester para su partida y la puso en obra, y anduvieron por sus jornadas a gran vicio hasta que llegaron hasta dond'estava el rey, el cual estava muy alegre por la venida de su hermano y con la gente del enperador. Porque todos los más de los altos cavalleros estavan heridos no salieron a recibir a la reina ni al rey, mas ellos, llegados al palacio, se apearon, y

el rey de Argís llevaba a la reina de braço, y así fueron delante del rey, qu'estava en su lecho. Él se levantó lo mejor que pudo e juntamente los abrazó con las lágrimas en los ojos, y dixo:

—Mi buen hermano e señor, muy alegre me á hecho la vuestra venida, que muy deseado tenía de veros por la vuestra grande bondad. Y vós dais fin a nuestra guerra, pues Dios vos trajo a esta tierra, que todos quedamos tan maltrechos de la batalla que será bien menester vuestra ayuda.

—Mi señor hermano —dixo Pirio—, yo soy el bienaventurado y alegre en venir a veros, y esto deviera yo de hazer sin que uviera nescecidad. Mas mucho tengo que agradecer a Nuestro Señor en que os á hecho vencedor de vuestro enemigos. Lo que queda por hazer espero en Él que nos ayudará, pues no venimos a tienpo de tomar parte del peligro de la batalla, aí queda que hazer para que conoscáis el deseo con que vine por mandado del enperador a servir. Vós y los vuestros holgad y reposad de vuestros afanes, que yo quiero tomar el cargo y echar vuestros enemigos del todo de vuestro reino.

Y sacó las cartas que traía del enperador y diógelas. El rey fue muy gozoso con ellas, y desdeque vido a su hija y a Dinerpa dixo a la reina:

—Señora, pues sois venida, ruégovos que vais a ver a Manfredro y a Grimonte, el buen cavallero, que después de Dios por él sois vengada de vuestros enemigos, qu'él mató con su mano a Armidón, que yo no ^{289v} pudiera escapar de sus manos según me ferió malamente y él me vengó a mi voluntad.

—Eso faré yo de grado —dixo la reina—. Aunque mató a Fidario, mi sobrino, por eso no dexaré de amarlo e preciallo.

Pirio, rey de Argís, dixo:

—Por cierto, mucho es de preciar y

onrar tan buen cavallero, que bien dio a conocer en Grecia que no ay mejor cavallero en el mundo qu'él, y todos quedamos mal parados de sus manos. Mucho fuelgo porque Arquilao, mi hijo, anda en su compañía, y por esto valdrá más. Quiérolos ir a ver, que la enperatriz me rogó, si por ventura lo hallase, que le rogase de su parte que la fuese a ver por le fazer aquella onra qu'él merescé.

Y luego se fueron la reina y él a verlos, que todos los más preciados cavalleros posavan en los palacios del rey, y fueron a ver primero a Manfredro. La reina le mostró mucho amor y le gradesció el socorro que al rey avía hecho. Él le quiso besar las manos. Muy alegre estava por ver delante de sí a Dinerpa, su esposa, y ansimismo ella de ver a él, y desque estuvieron una pieça con él fuéronse a ver a Grimonte. La reina lo abraçó así como estava en el lecho e díxole:

—Amigo, Dios vos agradezca el grande afán que por nos socorrer avéis tomado, que según vuestro valor el rey mi señor no vos lo puede pagar. Ruégovos que me digáis qué tal os sentís, porque mucho seré alegre con vuestra salud.

Grimonte le besó las manos y díxole:

—Señora, así seré yo para serviros en todas las cosas que mandarme quisierdes, que no é yo hecho tantos servicios al rey qu'él más no meresca. Y estoy bueno, loores a Dios. Pues el rey está bueno y es librado de sus enemigos, no devemos de tener en nada nuestro trabajo.

Y luego llegó el rey Pirio a hablarle y díxole:

—Parésceme, señor Grimonte, que la vuestra grande bondad es conocida por todo el mundo. En mucho cargo vos es el enperador, mi señor, por la grande ayuda que avéis hecho al rey su hermano. Quiera Dios qu'él os vea otra vez en su casa para que vos pueda hazer la onra que vós

merescéis, que avéis de ser cierto qu'él lo desea mucho y la enperatriz ansimismo, la cual me mandó que si en esta tierra vos viesse vos dixese cómo ella quedó muy pesante porque no vos hizo mucha onra cuando allá estuviste, y esto causó ^{290r} seguirse las cosas como se seguieron. Ruégavos mucho que en todas maneras no olvidéis lo que al enperador prometistes de tornar a ver y servir al enperador, qu'ella tiene creído que vos será gran bien y onra porque lo [que] entonces faltó ella lo enmendará a vuestra voluntad. Y sabed qu'ella es tal que vos sabrá bien gradescer el servicio que le hizierdes, por eso trabajad de ir a verla, que mucho la faréis alegre e a nosotros con ella. E por mí digo que jamás cosa vos será menester que yo no la haga por vós por amor de mi hijo Arquilao, que avéis tomado por amigo, al cual mando yo que no se parta de vuestra compañía, pues por ello á de valer más.

Grimonte, cuando oyó dezir lo que la enperatriz l'enbiava a mandar, maravillose e vínole una nueva alegría al coraçón, y respondió al rey:

—Cierto, señor, que en todas las grandes mercedes que yo é recibido de Nuestro Señor esta tengo por mayor, aunque aquella tan alta enperatriz que en el mundo no tiene par se acuerde de mí para m'enbiar a mandar que la vaya a <s>[v]er, lo cual haré yo de grado, tanto que lo pueda hazer. Y lo que yo prometí al enperador conplirlo é salvo si la vida me falta, y esto le podéis dezir e certificar de mi parte si antes que yo los vierdes. E yo soy aquel que me tengo por bienaventurado de aver conocido a Arquilao, vuestro hijo, qu'es tan buen cavallero que pocos ay en el mundo mejores qu'él, e no querrá él tanto la mi conpañía que yo no quiero más la suya y la precio. Él hizo tanto en la batalla pasada que dezir yo no lo podría, e si yo tengo vida es por él, que me socorrió a tal

tiempo que me era bien menester. Ciertó, él paresce bien ser vuestro hijo.

—Ansí quiera Dios —dixo el rey— qu'él paresca a aquellos de donde él viene.

Y desque mucho uvieron hablado el rey, deziéndole las cosas de casa del enperador, fuéronse a ver a los otros cavalleros, y Arquilao besó las manos a su padre e uvieron gran plazer los dos. Cuatro días se detovo con el rey de Inglaterra el rey Pirio y los otros cavalleros de gran cuento que venían con él, que todos vinieron a ver al rey, el cual hizo mucha onra al marqués Ducio por ser hijo de Garfín, ^{290v} su hermano, e él uvo mucho plazer de ver a Grimonte, que mucho amor le tenía desde que lo tuvo en su tienda y lo hizo curar después que lo venció guardando la puente. Y mientras que allí estuvieron no se partía d'él, y todos los otros cavalleros lo vesitavan mucho y de todos era muy preciado por la su bondad.

[LXVII]

Pasados los cuatro días qu'el rey Pirio y todos los otros cavalleros grecianos estuvieron con el rey, a donde le fue hecha muy grande onra y el rey de Inglaterra dio a todos grandes joyas y cavallos muy preciados, acordaron de partirse de allí e ir a echar los de Sansueña del reino, y tomada licencia del rey se dieron su camino para la villa donde Isdrón se avía recogido con toda la gente qu'escapó de la batalla. El rey de Inglaterra enbió con Pirio al duque de Bristoya con todo su poder. Llevava tres mil cavalleros ingleses. Y sabed que venían de Grecia los hijos de Vítor, rey de Ungría, los cuales eran muy buenos cavalleros, y el duque su tío les hizo grande onra y los llevaba consigo.

Isdrón, que sopo la venida de la hueste del enperador, no tovo coraçón de osallo d'esperar, antes se fue con diez cavalleros

secretamente de noche huyendo y no paró hasta Sansueña. Los ortos cavalleros, que lo supieron, hizieron lo mismo, todos desampararon la villa, y algunos que quedaron fueron todos muertos por manos de los moradores d'ella, de manera que los de Grecia no tuvieron qué hazer allí e pasaron adelante, y en poco tiempo hezieron tanto que ganaron todas las villas e castillos que los de Sansueña tenían y los echaron de todo el reino. Y no contentos con esto pasaron al señorío de Sansueña ^{291r} y destruyeron muchas villas y castillos, e uvieron batalla con Isdrón, que mucha gente apañó para se defender pensando de ser señor de Sansueña, mas no fue ansí como él pensó, que fue vencido y muerto por las manos del marqués Ducio. E después que hizieron gran daño por aquella tierra tornaron a embarcar en sus naos, las cuales hizieron llevar a la parte donde ellos estavan e pasaron en Irlanda, e hizieron gran daño e tomaron la mayor parte d'ella porqu'el rey d'ellos era pequeño, e un cavall[er]o que lo tenía en guarda lo pasó al reino de Nuruega porque era el rey su aguelo. E desqu'esto hizieron fueron por la costa de Alemania e tomaron muchos cosarios que andavan en ella, e hizieron muy gran daño en el señorío del enperador.

Y no vos contamos las grandes cosas que en esta conquista fizieron porque no fue en ella Grimonte y es la historia suya, mas está muy conplidamente en la historia del enperador que se <se> fizo después que fue enperador, y hizieron tan estrañas cosas que el enperador de Alemania enbió al rey de Argís el duque de Ostre, que hiziese las pazes con él, que él enmendaría al enperador de Costantinopla como él mandase el yerro en que avía caído en ser contra el rey. El duque hizo tanto que confirmó las pazes con condición que tuviesen por bien el casamiento de Manfredro y Dinerpa, su hija, y

como esto fue hecho el rey de Argís se tornó para Costantinopla, que no quiso bolver a Ingalaterra. Del enperador fue muy bien recibido por la grande onra que avía ganado en aquel viage, y como la enperatriz lo vido luego le preguntó si avía visto a Grimonte. Él le contó todas las nue^{291v}vas, cómo por él avía sido librado de muerte el rey de Inglaterra e vencida la batalla, y díxole que muy presto vendría a servirla, que así lo avía prometido. La enperatriz fue muy alegre porque su corazón no era descansado con el pensamiento que traía que aquel era su hijo y díxolo todo al enperador como el rey se lo contó. Gran plazer ovo d'ello y díxole:

—Señora, muy bienaventurados seríamos si aquel fuese nuestro hijo, porque no creo que ay cavallero en el mundo que a la su bondad se iguale. Si por ventura no lo fuere no toméis por eso pesar y contentaos con lo que Dios os á dado, y a persona no digáis este fecho hasta saber la verdad. E si él a nuestra corte viniere de mí será muy onrado, que lo merece por su gran bondad, que mucho nos á servido en esta guerra. A Dios plega que yo se lo pueda pagar.

—Ansí plega a Él —dixo la enperatriz— que sea verdad lo que mi corazón adevina porque por él avemos de ser muy alegres.

Todos lo loavan mucho a Grimonte y contavan al enperador las grandes cosas que d'él avían oído dezir. El enperador avía mucho plazer de oírlo y solo Carlo era el que le pesava, que en ninguna manera quesiera oír sus grandes fechos. E dexaremos agora al enperador fasta su tienpo y contaros emos lo que el rey fizo después de partida la gente del enperador.

[LXVIII]

E^l rey y todos los otros grandes cavalleros quedaron heridos, como vos

tenemos dicho, y como curavan d'ellos grandes maestros cadaldía ivan mejorando. La reina lo visitava de contino y su hija Ardina, que era tan fermosa e mesurada que todos eran maravillado. Ella tomó mucho amor a Grimonte e holgava ^{292r} mucho de hablar con él, y él ansimismo con ella porque estrañamente parecía a Dispina, su señora, en quien él no tenía otra folgança sino en pensar en su gran fermosura. Y nunca él vido donzella que tanto amase de buen amor como a esta princesa porque la vía muy mesurada y de gran seso. Versinta le dio las donas que le traía de Dispina, e ella las recibió con grande amor a Versinta porque las avía traído y pescudávale por ella. Con Grimonte hablaban muchas vezes en ella, de lo cual recibía grande alegría.

Manfedro pidió por merced a la reina, en el fecho de su casamiento con Dinerpa, que hablase con el rey [y] le dixese, como ella era contenta de casarse con él, que él así lo toviere por bien y que lo enbiasen a dezir al rey de Francia, que mandase lo que en ello se avía de hazer. La reina, vista la voluntad de Dinerpa, habló con el rey, que luego acordaron d'enbiar al conde de Ruisellón y al cavallero inglés con aquel mandado al rey de Francia. Manfedro le escribió pidiéndole por merced que lo toviere por bien, pues tanta onra alcançava, y tomado el despacho de todo el conde se partió y entró en una nao y pasó a Francia. Entre tanto ellos quedaron con el rey, a donde eran muy viciosos.

Como cadaldía venían al rey buenas nuevas de lo que la gente del enperador hazía era muy grande alegría en la corte y cadaldía se hazían fiestas y alegrías, espialmente después que el rey fue sano de su llaga. Y todos los otros cavalleros de muchas partes venían a ver a Grimonte por la su gran fama, y el rey lo onrava mucho y avía gran sabor de hablar con él. Y estando ^{292v} un día en

el gran palacio el rey y todos los cavalleros entró por la puerta una donzella muy ricamente guarnida, y como vido tanto buen cavallero dixo al rey:

—Señor, pidos por merced que me digáis si está aquí el buen cavallero que vos libró de las manos de Armidón.

El rey le dixo:

—Donzella, este es el cavallero por quien pescudáis, que a la su bondad ninguno se iguala.

La donzella lo miró y dixo:

—Con razón es loado el cavallero. ¡Ay, Grimonte de Asur, mal aya el que te quitó el derecho de Ingalaterr<e>[a], que tú merecías de ser señor d'ella!

Y diziendo esto salió muy presto del palacio y fuese, que no la pudieron más ver. Todos quedaron maravillados de lo que la donzella dixo. El rey estuvo pensando una pieça y no podía pensar a qué causa aquella donzella dixo aquellas palabras. Manfredro dixo al rey:

—Señor, mucho quisiera que hiziérades venir aquella donzella delante de vos y le hiziérades dezir por qué causa dixo aquellas palabras tan oscuras, que naide puede entender el secreto d'ellas.

—Mucho estoy maravillado d'ello —dixo el rey—, que tan presto se nos fue que creo que no la podremos aver. Como quiera que sea no nos devemos d'espantar, que las cosas de Grimonte son estrañas de las de los otros cavalleros. A Dios plega que nos faga saber de su fazienda, y como quiera que sea yo sería alegre de su bien.

Grimonte se le omilló y mucho quedó espantado de oír aquella donzella, e diera cuanto tenía por hablar con ella, mas no lo dio a entender, mas fizo que no parava mientes en ello. Y pasados ocho ^{293r} días que esto aconteció Grimonte con otros cavalleros fueron a caça de monte por pasar tienpo

mientra venía el mandado del rey de Francia, que luego pensa<n>van de partirse para allá, que mucha l'era grave la tardança que hazían de no ver a su señora, en quien avía su coraçón. Y dando en su montería salió de la parte donde estava Grimonte un ciervo muy grande y muy fermoso, e juntose tanto con él que pasó entre las piernas del cavallo de Grimonte. Él, quando lo vido, púsole las espuelas y fue tras él, mas el ciervo era muy ligero y alongose d'él. Grimonte lo siguió tanto que se apartó mucho de sus conpañeros, tanto que salió a la otra parte de la montaña y el ciervo le desapareció, que no lo pudo ver. Y començó de mirar a unas partes y a otras e vido venir por el camino una donzella en un palafrén, y llegose a él y díxole:

—Señor Grimonte, no vos pese de aver perdido vuestra caça, que si me quisierdes otorgar un don y'os llevaré a donde casaréis a vuestra voluntad.

Él la miró y pareciole aquella la donzella que avía ido a la casa del rey, e ovo muy gran plazer e díxole:

—Donzella, ruegos, por la fe que a Dios devéis, que me digáis sí sois vós una <don> donzella que fuistes a ca[sa] del rey [y] diziendo unas palabras que no [se] puede[n] entender ^{293v} os salistes muy presto.

—Yo soy esa que dezís —dixo la donzella—. Si vós me otorgáis el don y'os llevaré a donde sab[r]éis de vuestra fazienda más de lo que vós sabéis, y allí os dirán por qué dixe que os avían quitado el derecho de Ingalaterra.

Grimonte, como deseava saber aquello más que cosa del mundo, díxole:

—Donzella, no aya cosa que yo no haga por saber lo que me dezís. Yo vos otorgo el don si es cosa que yo pueda hazer.

—Muchas mercedes —dixo la donzella—, que bien creo que vós daréis cima a lo que vos demandare, según vuestra voluntad.

Y el don que me avéis otorgado es que vais conmigo sin tornar a la corte de donde y'os llevare, que fagáis un ruego de una donzella que no vos mandará cosa que sea contra vuestra voluntad. Y ella vos llevará a donde muy bien podéis saber lo que tanto deseas, y podréis ir bien seguro, que no vos sea fecho ningún mal.

—¡Ay, donzella! —dixo Grimonte—, ruegos que tornemos a la corte porque yo lleve mis armas, que ya veis que no tengo yelmo ni escudo, que sería peligro de ir así. Y si vós no quisierdes ir esperadme aquí, que yo tornaré luego a[quí].

—No es menester eso —dixo la donzella—, que allá no tornaréis por agora si me queréis tener el don que me prometistes, que n'os faltará escudo ni yelmo.

—Pues así lo queréis —dixo Grimonte—, vamos a donde mandades, mas mucho ^{294r} me pesa por no lo hazer saber a mis amigos, porque no me anden a buscar.

—No vos pese d'eso —dixo la donzella—, que presto tornaréis a donde vais.

Mucho le pesó a Grimonte de aquella ida, mas convínole de hazer lo que avía prometido, lo cual él no faltaría aunque supiese recibir la muerte. Y començaron de caminar anbos a dos azia <a> la mar. Grimonte iba pescudando a la donzella muchas cosas y ella le respondía muy sesudamente.

[LXIX]

Los cavalleros que andavan caçando Landavan tan enbevidos en su caça que no vieron cómo Grimonte fue tras el ciervo y mataron mucha caça de puercos y de venados. Todos estaban muy alegres, mas tornóseles en mucho pesar e enoxo cuando no fallaron a Grimonte, y començaron de buscallo por unas partes y por otras y no pudieron hallar nuevas d'él más de cuanto dixo

un montero, que lo avía visto ir tras un ciervo. Brimarte y Arquilao quirían morir con pesar y no quisieron tornar a la villa, mas toda la noche anduvieron buscando toda la montaña. Los monteros llevaron la caça a la villa y dixi[e]ron al rey todo lo que les avía venido, cómo Grimonte se avía ido tras un ciervo, que no lo avían visto más aunque lo avían buscado toda la montaña.

—¡Santa María, valme! ^{294v} —dixo el rey—. ¿Dónde podría ir que tanto tardase? Quiera Dios que no le acontezca alguna cosa en que reciba daño, que gran mal sería. Vayan por muchas partes a buscallo, que no se podrá esconder.

Manfedro y Carpasio, que no avían ido a la caça, cuando estas nuevas oyeron fueron muy turbados y fuéronse luego armar, y por mucho que <l>e[l] rey le[s] <le> rogó que se sufriesen hasta otro día no lo quisieran hazer, mas fuéronse luego, aunque hera noche, a buscallo. E el rey estuvo toda aquella noche muy triste e rogava a Dios que guardase a Grimonte de peligro, pues tan bueno lo avía hecho, y otro día, como fue el alva, él ca[ba]llgó y fue a la montaña e muchos cavalleros con él, e anduvieron tres días buscándolo por todas las partes y no ha[lla]ron nuevas d'él. Todos eran muy tristes y turbados. El rey se tornó a la villa e traxo consigo <a man> a Manfedro porqu'esperava el mandado del rey su pad<e>r[e] cadaldía, mas tanto no pudon hazer que Brimarte ni Arquilao ni a Carpasio hiziese tornar, mas cada uno d'ellos se fue por su parte con voluntad que, aunque recibiesen muy grande afán, de no tornar a la corte hasta hallar a Grimonte o sus nuevas. Y otros muchos cavalleros del rey fueron en su busca, ansimesmo franceses que enbió Manfedro. El rey estava ^{295r} tan enojado que por muy buenas nuevas que cada día <cadaldía> le venían a la destrucción de sus enemigos no se podían alegrar,

porque tenía a mala ventura averse perdido tan buen cavallero en su reino. No vos podríamos dezir lo que Ver<ei>si[n]ta<ria> <cerca> [sufría] por su señor, y si no fuera por Ardina y por Dinerpa, que contino la tenían consigo, que la consolava[n], <y> ella muriera. Y a estas princesas pesava tanto por la pér[di]da de Grimonte que más no podía ser, y a todos los criados de Grimonte mandava el rey dar muy cunplidamente lo que avían menester, y los consolava mucho diziendo qu'él esperaba en Dios de saber muy prestamente [de él], porqu'él avía tal que se sabría valer de cualquier peligro que venir le pudiese. Polidantes y Franquel no fueron los postreros que fueron en busca de Grimonte, mas de antes se dexavan morir de pesar, y así estavan los unos y los otros con la mayor cuita que por pérdida de<l> cavallero se recibió.

Grimonte y la donzella anduvieron por su camino aquel día asta que fue noche, que alvergaron en cas[a] de un montañero que lo[s] recebió muy bien e les dio de lo que tenía que cenasen, y después cada uno se echó a su parte. Grimonte rogó a Nuestro Señor que le guardase en aquel camino de algún engaño porque no l'estorvase que fuese a ver a su señora, que finalmente era atormentado en aquel camino de su deseo. E otro día partieron de allí e anduvi[e]^{295v}ron tanto que cuando se quería poner el sol llegaron a la ribera de la mar. La donzella lo metió entre unas sierras e allí hallaron a la ribera de la mar una barca en que estavan dos marineros. La donzella dixo a Grimonte:

—Señor, conviene qu'entremos en esta barca porque vamos sin ningún enbaraço a donde avemos de ir, espicialmente para que vós no llevéis armas. Yo vos juro, por la fe que a Dios devo, que no avemos de salir del señorío del rey de Ingalat<i>erra e seguramente podéis ir conmigo.

—Ansí creo yo que será —dixo Grimonte— como vós dezís. Vamos a donde quisiédes, en el nonbre de Dios, que por afán no dexaré de conplir lo que vos prometí.

Y luego salieron los escuderos de la barca y tomaron el cavall<er>o de Grimonte y metiéronlo dentro, y ansimesmo él y la donzella entraron. Entrados lo[s] dos los marineros movieron de allí y anduvieron tres días con buen tiempo, y lleva[ba]n todo lo que avían menester. Y pasados los tres días llegaron a un puerto muy bueno<s>. Salieron todos en tierra y los escuderos sacaron el cavall<er>o de Grimonte y el palafrén de la donzella, y cavalgaron luego y la donzella le dixo:

—Señor cavall[er]o, venid conmigo, que antes que pase mediodía llegaremos ^{296r} a'lugar a donde vos tengo dicho qu'está mi señora.

—Vamos a donde mandardes —dixo Grimonte—, que ya quería ser allá, porque me parece que mucho soy alongado de la corte. Bien soy cierto que avrán a mi causa mis amigos mucha turbación e en<e>[o]jo, mas conviéneme de pasallo.

La donzella lo llevó por un camino que entrava en una gran floresta y anduvo tanto por ella que a ora de mediodía la pasaron, y entraron en un gran llano y vieron un castillo muy bien fecho y asentado en un otero. La donzella dixo a Grimonte:

—Vedes allí, señor, aquel castillo. Es de mi señora, la cual será muy alegre con la vuestra venida. A Dios plega que su corazón sea descansado por vós. E yo me quiero ir adelante a fazérselo saber, e vós, señor, venidvos con esos escuderos.

Y como esto dixo la donzella fuese a grande prisa y entró en el castillo, y hizo saber a su señora cómo Grimonte venía. Ella fue tan alegre que dezir no se vos podría y mandó que todo el palazio fuese aderezado

para recibir a Grimonte, y [e]lla con otras dueñas y donzellas salió a la puerta del castillo, y como Grimonte llegó ella fue a él antes que se apease e quísole besar los pies, y díxole:

—¡Ay, señor cavallero!, ¿qué servi^{296v}cio os podría yo hazer que pudiese pagaros el gran bien que me avéis fecho? Mas yo no podría aze[r]l<e>o, según vuestro gran valor y merecimiento. Aquel Señor del mu<l>ndo, qu'estremado entre todos los buenos os izo, vos lo page. Ruégovos que os apeéis e olgaréis algún día en este vuestro castillo, por onde él se podría llamar bienaventurado en aver vós venido a él.

Grimonte se apeó y tomó a la dueña por la ma<g>no y fuéronse al palacio, y las donzellas lo desarmaron y trajéronle un manto rico que cubriese, y fuele luego dado de comer. Todos no entendían en otra cosa sino en serville, y después que uvo olgado una pieça la dueña le començó de dezir:

—Mi señor, la mi buena ventura <que> me vos traxo delante de mí. Qui[é]rovos contar toda mi fazienda, que tengo esperanza que avéis de remediar la mi gran cuita y pesar como aquel que lo puede fazer mejor que otro nenguno. Yo, señor, quedé sola e sin padre ni madre, que en quinze días murieron anbos a dos, y ellos eran muy ricos y onrados en esta tierra. Y dexáronme toda su heredad, que es este castillo que veis y otras ricas eredades é. Yo quedé muy pequeña en poder de una ^{297r}mi tía, hermana de mi madre, que me crió a gran vicio, y avínome así que un cavallero d'esta tierra se enamoró mucho de mí. Y este cavallero es el más hermoso y de alta prez de armas que ay en esta tierra y es señor de un castillo el más fuerte que en ella ay, por onde es el más sobervio y desmesurado que le convenía. Él trabaxo tanto con aquella mi tía que me crió por casarse conmigo que más no pudo ser, e venía

muchas vezes a hablar con ella y conmigo, por onde yo lo hube de amar tanto que hize toda su voluntad con pleito que me hizo de casarse conmigo. Y esto hize yo contra toda voluntad de mis parientes, porque su padre y el mío sienpre fueron enemigos, y a la fin el hijo lo fue más mío, que después de averme a su voluntad amó mucho a una donzella muy fermosa, y aunque era villana se casó con ella y la llevó a su castillo, y la tiene muy honrada. Como yo esto supe quise morir con pesar. Quexeme a mis parientes d'él. Todos huvieron gran plazer por el escarnio que de mí hizo, porqu'ellos todos me lo havían defendido, y ninguno d'ellos qu[i]l<e>s<y>o entender en mi fazienda salvo dos hijos de aquella mi tía que me ^{297v}crió, que eran muy buenos cavalleros, que lo fueron a defender y desafiar diziéndole qu'él <e>avía <e>hecho traición. Y él respondió que no dezía[n] verdad, que gelo faría conoscer si osasen entrar a combatirse con él en su castillo. Ellos, con el <ellos con el> gran deseo que tenían de vengarse d'él, dixerón que les plazía y entraron dentro por su mal, que fasta oy no an salido ni sabemos sí son muertos o presos. Mi tía murió con pesar d'ellos. Yo, como me vi así desonrada, no supe qué me fazer sino irme a una dueña que ay en esta tierra, señora de una ínsola donde ella b<o>[i]ve, que <r>e<i>s la más sabia qu'en grande parte se puede fallar. Y contele todo mi fecho y roguele que me quisiese aconsejar lo que devía fazer para cobrallo, porque no puedo con mi coraçón acabar de desamallo ni buscallo mal, que cierto qu'él [es] mi ma<nda>[ri]do. La dueña, que todas estas cosas me oyó, díxome: «¡Ja, mucho pesar tengo de la vuestra venida y por la desonra, que solo Dios es aquel que lo puede tornar a vuestro poder, porque veo grande peligro en este fecho. Porque vuestra venida no sea en balde vos

quiero dezir lo que devéis hazer. Si vuestro coraçón qui[e]re ser vengado de aquel que tanto mal vos fizo sabed que otro ninguno no lo puede hazer sino un ^{298r} cavallero que agora está en la corte del rey de Ingalaterra que se llama Grimonte, el cual es de tanta bondad que sin ningún temor entrará en el castillo y vencerá a él y a sus hermanos, y le hará hazer todo lo que quisiere. Yo faré tanto por mi arte que la ora qu'él os viere la cara olvidará la otra e de vós no se pueda apartar, mas avéis de prometer que así como oviere acabado vuestro hecho me lo tray[a]s acá al buen cavallero, e yo le diré cosas qu'él desea mucho saber, e quiero que por mí haga una cosa que yo le rogaré. Y si él viniere a vuestro mandado hazelde mucha onra, que si supiesen qu[i]én él es más onra le farían por el mundo. Y avisalde que después qu'él oviere vencido que lo ponga mucho a recaudo hasta que vos lo entregue». Y díxome cómo fiziese para fazeros venir, y las palabras que la donzella dixo delante del rey, y las mandó dezir. Contado vos é, mi señor, toda mi fazienda. Pidos por merced que vos dolá[i]s de mí y me hagáis <a> aver mi derecho, pues Dios tanta bondad en vós puso. Y aquella dueña me dixo que vós avíades librado por su consejo una ^{298v} donzella de la mayor cuita del mundo y ganastes una espada muy buena cuando la librástes.

Grimonte, que oyó lo que la dueña le dixo, respondi<e>[o]le:

—Señora, yo soy venido aquí porque lo prometí aquella donzella de hazer vuestro mandado. Yo lo conpliré aunque por ello reciba la muerte. Ruegos que luego partamos de aquí, porque yo no me puedo detener, y quiero ir a ver aquel cavallero que tan gran maldad a fecho, la cual será c<u>ausa que muy presto lo pueda vencer, aunque sea muy buen cavallero. Y hiremos a ver esa dueña tan sabia, que mucho la deseo ver,

pues tanto sabe de mis fechos.

La dueña le quiso besar las manos y luego hizo adereçar lo que hera menester para su partida. Y otro día, como fue de día, oyeron misa y Grimonte se armó, y la dueña le dio un yelmo muy rico y un escudo muy fuerte, y [e]lla tomó consigo dos donzellas y seis cavallero y cuatro escuderos. E partieron de allí y anduvieron tanto aquel día, y a l[a] noche fueron a dormir en casa de un cavallero que muy bien lo recibió. Otro día anduvieron hasta hora de tercia. La dueña dixo a Grimonte:

—Mi señor, ^{299r} yo me quiero quedar aquí con mi <comi> conpañia hasta que vós seáis entrado en el castillo de Armineo, que así se llama aquel cavallero, e irá este escudero con vós para mosaros. Y desde que fuéredes entrado en el castillo vendrá a dezírmelo, porque si yo agora voy y me vieses no querrían abrir. Y ruégovos que lo pongáis mucho a recaudo desde que fuere vencido y me deis la dueña en mi poder, que la quiero tener en presión porque me fue desleal, que fue mi criada.

Grimonte le prometió <Grimonte le prometió> de hazer todo lo que pudiese, y despidiose d'ella y fuese con el <el> escudero, y a cabo de una pieza vio el castillo muy alto y muy fuerte, y estava en la onda de la mar [en] una peña muy alta, y debaxo pasa[ba] un río muy grande y muy fondo. Desde la tierra hasta el castillo avía una puente y en el cabo estava una torre muy fuerte con una puente levadiza, y no podían pasar a la isla sino por allí, de mane[ra] qu'el castillo era tan fuerte y tan bien asentado que no podía por ninguna manera por fuerça ser tomado. Grimonte se maravilló mucho cuando lo vido, porque otro mejor qu'él no lo avía visto, y entró por la puerta hasta la torre, y como llegó dixo a un escudero qu'estava sobre el muro:

—Amigo, ruégo^{299v} vos que me digáis si es aquí Armineo, porque lo quería enbïar a dezir por vós, si lo quisierdes fazer, una cos[a].

—Y ¿qu[é] era eso —dixo el escudero— que lo queríades vós? Que aquí es para vuestro daño.

—Ruégovos, amigo —dixo Grimonte—, que le digáis que aquí <e> está un cavallero estranjero que l'enbía a dezir qu'él á sabido, pasando por aquí, cómo él á sido desmesurado contra una dueña d'esta tierra de gran valor, que siendo su muger él á tomado otra no lo pudiendo hazer. Si por amor de mí quisier[e] fazer aquello qu'es obligado a Dios y a su onra en casarse con aquella que primero fu[e] su muger, que yo faré qu'ella lo reciba [a] él e perdone la desonra que le á fecho, y yo se lo agradeceré mucho. E se no lo quisiere fazer y fuere osado de mantener su traición <en> [ha de] combatirse conmi-go acá fuera o dentro de su castillo o a donde él quisiere, que no quiero más dezir que le digáis hasta ver su respuesta.

El escudero le dixo:

—Yo creo, cavallero, que antes que pase mucho tienpo vos arrepentiréis del mal consejo que tomastes. Atended un poco, que yo iré con ese mandado.

El escudero se fue a su señor y díxole todo lo que ^{300r} Grimonte le enbiava a dezir <a>. Armineo, cuando lo oyó, dixo:

—Bien parece qu'ese cavallero es estranjero, pues á osado acometer tal locura de desafiarme. Si Dios quisie<e>re presto le pesará por aver tomado tal demanda.

Y mandó que mirasen por encima de una torre si avía más cavalleros, y desque vieron que no avía más mandó echar la puente y la puerta de la torre y Grimonte entró dentro, y un escudero le llevó asta un corral que era muy grande, e allí estava Armineo desarmado. E tenía una hacha en las manos y estavan

cuatro escuderos con él, y como Grimonte entró y lo vido luego conoció que era él, según las señas [que] la dueña le avía dado, y llegose a él y díxole:

—Armineo, que bien creo que ansí te llamas, ya sabes lo que te enbíe a dezir por un escudero tuyo. Agora te torno a rogar que quieras tornarte a tu muger y cunplas aquello que prometiste a Dios y a ella. Y si por amor de mí, que te lo ruego, no lo quieres hazer, vete armar, que yo te haré conocer qu'eres falso cavallero y desleal, y lo que por grado no quisiste hazer convendrate que lo hagas por fuerça.

Armineo, cuando esto oyó, fue muy airado y dixo en alta boz:

—¡Ay de mí, que en mal punto ^{300v} nascí cuando este cavallero malo tuviese atrevimiento de dezirme tales palabras! <l> Id, hermano, y dalde cruel muerte, que aun eso no me fará vengado d'él.

Y como esto dixo salieron de un palacio diez cavalleros armados, y delante d'ellos venía uno de muy ricas armas y alto de cuerpo, que bien parecía en él ser de grande ardimiento, y traía su espada sacada y su escudo enbraçado. Grimonte, que los vio, decendió del cavallo muy prestamente porque pensó que se lo matarían y aguisose de defenderse como aquel que ningún temor en su corazón sentía, y como el hermano de Armineo lo firió él alzó el escudo e recibió el golpe, e ferió con toda su fuerça a el hermano de Armineo, que le cortó el braço en que tenía el escudo, que sentió muy gran dolor y cayó esmorecido, que no se pudo tener en sus pies. Los otros cavalleros lo acometieron por muchas partes feriéndolo mortalmente, mas Grimonte, que se vido en tanto peligro, creciole muy gran saña y ardimiento, y al primero que firió diole tan esquivo golpe por enzima de la cabeça que gela fendió y dio con él muerto en tierra.

Y así los acometió tan esforçada^{301r}mente que muy prestamente echó en el suelo los seis d'ellos muertos y malferidos. Los otros uvieron tanto temor d'él que fueron para el palacio de donde avían salido. Grimonte fue tras ellos y a la puerta del palacio dio al uno tan gran golpe en las espaldas que lo habrió hasta la cinta y dio con él muerto en tierra.

Armineo, cuando vido a su ermano caído y a los otros tan mal pardos, fuese harmar muy apriesa aquel palacio, y cuando Grimonte entró tras los que uí<y>an d'él no tenía aún yelmo en la cabeça, tanto estava turvado. Y como vido los suyos uír no supo qué se iziese y tomó la'spada y el escudo para defenderse, y Grimonte llegó a él y díxole:

—Armineo, por tu mal burlaste a la dueña y a mí no quisiste creer.

Y diziendo esto diole tan fuerte golpe con la espada de llano en la cabeça que lo aturdió todo. Grimonte se llegó a él y trabole tan recio por el cabeçón de la loriga que dio con él en el suelo, y púsose luego sobre él y començole de ferir con la mançana de la'spada en el rostro, que le fazia saltar la sangre por muchos lugares, y decía^{301v}le:

—Armineo, otórgate por vencido y jura de fazer lo que yo te mandare; si no, muerto eres.

Él no respondía a cosa, tanto estava corajoso. Grimonte fizo senblante que le quería cortar la cabeça diziendo:

—Pues no te quieres otorgar por vencido, ninguna piadad avré de ti y murirás como falso y mal cavallero.

—¡Ay, por Dios —dixo él—, no me mates, que la mi ánima irá en gran peligro! Yo me otorgo por vencido y prometo de fazer lo que me mandardes.

Grimonte le tomó el espada y quitose afuera, y díxole:

—Mandad luego venir aquí la dueña que

tomastes por muger y mandad a los de vuestro castillo que estén todos quedos, que yo no vos tengo de dexar de las manos.

Armineo mandó a un escudero que fiziese venir la dueña. Ella vino luego tenblando, mas hera de gran fermosura. Grimonte le dixo:

—Dueña, conviene que vas conmigo a ponerlos en poder de vuestra señora, que he-lla por amor de mí será más mesurada contra vós que vós lo fuistes contra ella, que le avéis sido desleal.

La dueña començó de llorar muy fieramente. Grimonte dixo:

—Armineo, vós venid conmigo y salgamos fuera del castillo a ver qué manda fazer vuestra esposa, porque en todo se á de conplir su mandado.

Armineo quisiera más morir que ir delante d'ella, ^{302r}mas conveníale de hazer[lo]. Grimonte lo tomó de la falda de la loriga, que no lo osava dejar, la dueña delante de sí, y fuese con ellos por onde avían venido. Todos los del castillo lloravan cuando así los vieron ir. Grimonte mandó al portero que abriese luego y fueron fasta la torre de la puente, en la cual torre estava otro hermano de Armineo, y cuando así los vido venir fue muy triste y quisiera librarlos si pudiera, mas Harmineo le dixo qu'estuviese quedo, que lo dexase ir, pues la ventura le avía sido tan esquiva. El portero echó la puente y dexolos salir y alçola luego. El escudero que avía ido con Grimonte, que lo vido dentro, tornó allá a llamar a su señora a gran priesa, y cuando ellos venían por la puente ella llegó a la otra parte con su conpañia.

Cuando la dueña que llevaba Grimonte la vido ovo tan gran miedo y pesar que se dexó caer de la puente en el río y luego fue aogada. Armineo, qu'esto vido, ovo tan gran pesar que hizo lo mesmo, y tiró tan fuerte de Grimonte que lo uvo de llevar tras sí si

Grimonte [no lo soltara], y quedó tan espantado qu'estuvo una pieça que no se movió. Los que estavan en la torre començáronle de firir con sae<e>tas ^{302v} muy malamente. Él, de que se vido que no tenía remedio de más fazer, pasó de la otra parte, y la dueña, que vido muerto a Armineo, començó de fazer los mayores llantos del mundo, y dezía:

—¡Ay, Grimonte, cómo heziste mal lo que te encomendé, que mayor mal me as [he]cho que bien! ¡Ay, Armineo, señor de mi corazón, yo fui causa de la tu muerte! <conbiar> [Queríate] y ete perdido para siempre. Pues yo vos mate, yo vos vengaré de mí si pudiere o moriré por vós.

Y como esto dixo bolvió el palafrén e dixo a todos los suyos:

—Venid en pos de mí e dexad ese mal cavallero, pues tan mal izo lo que le encomendé.

Y fuese muy apriesa y todos tras ella, y no paró hasta su castillo y allí se dexó morir con pesar.

Grimonte quedó cabe la puente espantado de lo que le avía acontecido y como vido ir la dueña no supo qué fez[i]ese, que quedava a pie y muy malferido, especialmente en un brazo, que tenía una llaga de una saeta enpoçoñada que le dolía muy demasiadamente, tanto que si algún cavallero saliera del castillo lo pudiera matar ligeramente, que no se pudiera de<v>[f]ender. Y como se vido tal començó de andar así a pie por onde avía visto ir la dueña, pensando que tornaría a él, mas ^{303r} ella no lo llevaba en voluntad. Y como se le <y> iba mucha sangre y las armas le pesavan muy presto cansó y apartose del camino ya cuanto, y debaxo de unos árboles se asentó porque no podía sufrir el dolor de la llaga y el pesar de corazón de verse así. Maldeziase muchas vezes y dezía:

—¡Ay, Grimonte, más te valdría la

muerte muchas vezes que verte cadaldía en tantos peligros! Cuando más esperança tenías de ir a ver a tu señora la fortuna te lo desvió tan cruelmente porque me convendrá morir desesperadamente y desanparado de todos. ¡Ay, Versinta, mi amigal, ¿dónde estáis vós, que no me venís a socorrer a tan gran cuita? La cual mereç[c]o yo bien de sufrir, pues tan ligeramente me vi<e>ne con una donzella que no conocía y no hize saber mi venida a vós ni a ninguno de mis amigos. Ya yo uviera de ser avisado y no desear de saber más de lo que Dios me quisiere amostrar. Y esto causa mi ventura, que m'es esquivia, que me quiso traer a este tienpo que muriese a tal tienpo que no pudiese aver socorro de quien bien me quería. ¡Ay, Dios!, ¿por qué me diste tanta onra entre los buenos cavallos, pues tan presto me la aviades de quitar? ^{303v} ¿Cómo me hezistes alcançar la merced de aquella que en el mundo no tiene par y no me diste lugar para que lo pudiese servir? ¿Cómo no tomé el consejo que allá me dio, que me acordase del engaño de las mugeres? Y por hazer bien é recibido tanto mal.

Así estuvo Grimonte hasta que fue noche y las llagas se le resfriaron de tal manera qu'él pensó de ser muerto con el gran dolor que le aquejava. Levantose y començó de andar a unas partes y a otras dando bozes, y acaeció que un flaire blan<ç>[c]o de muy santa vid<o>[a] que morava en un monesterio que era una legua de allí salía muchas vezes del monesterio y andava por la floresta por azer oración a su voluntad. Este flaire estava aquella noche muy cerca de donde estava Grimonte, e oyó los grandes gemidos y bozes que dava, y al tono de las bozes que dava vino el flaire y como lo entendió qu'era cavallero, qu'esta va ferido, llegose a él y díxole:

—Mi buen señor, ruégovos que me digáis quién sois, por qué así vos quezáis. Si

yo algo pudiere remediar [l]a vuestra cuita fa^{304r}zerlo é de grado.

Mucho se consoló Grimonte cuando lo oyó y respondiole:

—Señor mío, yo soy un cavallero, el más malaventurado que en el mundo nació, y desanparado de todo bien por fazer lo que devía a virtud soy traído de la muerte, y estoy tan malferido que pienso de morir cedo. Ruégovos, por Dios, que remedies el cuerpo y el ánima si pudierdes.

—Remediarlo [á] el Señor, que puede —dixo el flaire—, que yo faré cuanto pudiere en ello.

Y llegose a él y díxole:

—Paréceme que os deviades de desarmar y dexar aquí las armas, y lo mejor que pudiere llevaros é a un monesterio que aquí está cerca y allí seréis curado, y de mañana yo tornaré por las armas.

—Fazed como quisierdes —dixo Grimonte.

Y luego el flaire lo desarmó muy paso, que él se amortecía muchas vezes con el dolor de la llaga, e dexó las armas debaxo de unas ramas y tomolo lo mejor que pudo. A vezes lo llevaba en sus braços, otras vezes él se iba por su pie, y a grande afán amanecía. El flaire llamó y luego le abrieron, y como entraron dentro hiziéronle un lecho, el mejor qu'ellos pudieron, y Grimonte fue allí echado. Y un flaire ^{304v} sabía mucho de curar llagas, y viendo que eran enpon<s>çoñadas púsole las melezinas qu'erán gran menester y esforçolo mucho diziendo que presto sería guarido, y diole de comer, qu'estava laso. El flaire que allí lo traxo tornó por las armas e jamás de Grimonte se partía serviéndolo, y ansimesmo todos los flaires, que mucho eran pagados d'él. E allí estuvo Grimonte más de dos meses que le fueron menester para ser g[u]arido de sus llagas.

[LXX]

El conde [de] Ruisellón llegó a la corte del rey de Francia y fue muy bien recibido del rey, espialmente desque supo la nueva. Mucho fue alegre e dio muchas gracias a Nuestro Señor porque tan bien avía ido a su hijo y por el vencimiento que el rey de Inglaterra <e> ovo contra sus enemigos, e dixo delante de todos sus cavalleros que creía que la buena ventura y bondad de Grimonte lo avía fecho. ^{305r} Y despachó luego al conde con consejo de todos los altos onbres, que en él estaban, para que tornase a Inglaterra y hiziese desposar a Manfredro con Dinerpa y que luego se viniesen con ella, y enbióle muy ricas joyas y otros cavalleros que los acompañasen. Mucho fue alegre Dispina con estas nuevas por la grande onra que Grimonte ganó, porque su loor y fama sienp[r]e<l> crecía. Ella se hallava caldía más bienaventurada por tener señorío sobre tan buen cavallero y enbió a dezir a su hermano que luego se viniese.

Y partido el conde del rey anduvo tanto por tierra y por mar que llegó él y todos los cavalleros que ivan con él a la corte del rey de Inglaterra, el cual hallaron muy triste por amor de Grimonte. Y a Manfredro más, que quería morir con pesar, porque por muchas partes avía sido buscado y no avían sabido más nuevas de cuanto un cavallero del rey de Inglaterra estuvo en casa del montañero a donde Grimonte dormió con la donzella, y según las señas que le dio crió que era aquel que iba con la donzella e vínolo a dezir al rey. Todos dixerón que era la donzella que avía venido a la corte a dezir las palabras que oyestes y algún tanto se consolaron. Y como el conde llegó con el concierto luego fue desposado Manfredro con grande fiesta, qu'el rey las hizo, y acordaron de partirse para Francia. Manfredro no sabía qué hiziese

de partirse sin Grimonte e dezía al rey que le era muy grave, que se tenía por malaventurado en averlo perdido así. El rey lo consolava mucho y díxole que no devía dexar su partida, pues el rey su padre gelo enbiava a mandar. Qu'él tenía esperança en Nuestro Señor que muy presto supiesen d'él nuevas porqu'él lo haría buscar de tal manera que no se pudiese encobrir en cualquiera parte qu'estuviese y luego gelo enbiaría.

Manfedro, porque le convenía así hazello, se partió mucho contra su voluntad. Versinta cayó a los pies de Manfedro amortecida cuando se despedió d'él, que no quiso partirse de Inglaterra sin su señor, y dezía:

—¡Ay, mi señor Manfedro!, ¿cómo vos ís sin Grimonte? No vos dexara él hasta la muerte. ¿Cómo podréis bevir sin aquel que tanto vos ama y es flor de toda cavallería? ¿Qué cosa buena puede ser fecha a donde él no estuviere?

Manfedro llorava y cuantos lo oían no le podía responder ^{305v} ninguna cosa con la gran cuita que sentía. La reina y Ardina, su hija, la tomaron entre sí y la consolaron mucho. El rey de Inglaterra fue con Manfedro hasta la mar haziéndole muchas fiestas, y entrados en la mar el rey se tornó porque mucho tenía que hazer en la guerra que los grecianos hazían contra los de Sansueña y en tornar asosegado el reino. Manfedro alçó velas con buen viento, que muy presto aportó a La Rochela, una muy buena villa de Francia, y fue muy bien recibido, que ya el rey tenía mandado que hiziesen muy grandes fiestas en cada lugar a Dinerpa. Manfedro, como fue en tierra, enbió luego un cavallero al rey su padre a hazérgelo saber. El rey uvo muy gran plazer cuando lo sopó e hizo aparejar grandes cosas para el recibimiento de Dinerpa. <cuando> El cavallero le dixo que Grimonte no venía con Manfedro porque quedava en Inglaterra sin saber a

dónd'estuviese y contole todo lo que le avía acontecido. Cuando él le oyó fue muy turbado y dixo:

—¡Ay, santo Dios, cómo todas las cosas no pueden ser acabadas! Yo'stava muy gozoso por la buena andança de mi hijo y agora soy muy triste por aver perdido aquel que gela hizo alcançar. Ruego a Dios que lo guarde, que gran pérdida sería la de tal cavallero. No seré alegre hasta que sepa nuevas d'él.

Un donzel de Dispina oyó dezir estas cosas al rey e díxolo a Dispina estando sirviendo a la mesa, mostrando que le pesava mucho, e Dispina, que lo oyó, fue tan turbada que no pudo más comer e no tuvo esfuerço para pescudar más al donzel, tan grande cuita sentió. Oribena hizo levantar la mesa, que bien lo sentió, y díxole qué mal sentía que así l<o>[a] avía turbado, y tomol<o>[a] en los braços e hízola echar en el lecho, y mandó salir a todas fuera que la hizise asosegar, y como todas fueron fuera Oribena dixo:

—Mi señora, ruégovos que tengáis tanto seso y sofrimiento que encubráis lo que muy encerrado es de todos, que muy ligeramente, si esto fazéis, podrá ser sabido. Y no creo que Grimonte se á perdido, mas que fue a hazer algún fecho por onde ganará mucha onra, que como su fama es sabida por todo el mundo alguna avría menester su ayuda y enbió aquella donzella que lo llevase, como saben que otro ninguno no osaría acometer lo qu'él. ^{306r} Pues d'eso vós sois cierta, no recibáis tanto pesar con estas nuevas porqu'él rey vuestro padre no lo entienda, y entendiéndolo vos podría venir gran daño a vós y a él en apartaros que no os pudiédes ver ni hablar. Como tuvistes coraçón de amarle así avéis de tener esfuerço para sofrir sus grandes cosas y afrentas en que se á de ver, qu'él no es como los otros cavalleros, que

no lo hizo Dios sino para començar y acabar grandes fechos e peligrosos. Y esto le causáis vós, porqu'él os ama tanto que no quería que otro cavallero en el mundo uiese que con él se igualase. Agora vos conviene de mostrar grande plazer con la venida de vuestro hermano por encobrir vuestro secreto y cuando Grimonte viniere podáis gozaros con él a vuestra voluntad, que yo'spero en Dios que muy presto vendrá.

—¡Ay, Oribena, mi verdadera amiga!, ¿cómo podré tener esfuerço para sufrir y encobrir tan gran cuita? Que mi corazón es tan enflaquecido y atormentado que no tengo fuerças para esforçarme. ¿Qué hará la cativa que oye tales nuevas, qu'es <es> perdido aquel que ama más que a sí? Bien veo yo que me consejáis muy bien, mas no puedo yo tener tanto poder de no mostrar lo qu'el corazón siente. Y sin Grimonte yo no quiero bevir, porqu'él es mi vida, y no beviendo él yo soy muerta.

—Bien dezís vos, señora, si supiédeses cierto qu'él era muerto mucha razón sería que le tuviédeses compañía. Mas él es bivo y vendrá muy presto con mucha onra, y por esto vas devriádes de alegrar, pues tan cierta sois de la su lealtad, e ninguna tendrá tanto poder de hazelle apartar de amaros más que a sí mismo. Pues ya lo avéis visto y sabido lo que le aconteció en la bervería, así sería en Inglaterra si alguna le quisiere engañar. ¡Cómo deve ser vuestro corazón loçano en tener señorío sobre aquel que todas desean!

Tantas cosas dixo Oribena a Dispina que le hizo perder gran parte del pesar que tenía y mostrar plazer, aunque no tenía su corazón nenguno, e hízola levantar e irse para la reina a entender en las cosas que eran menester para el recibimiento de su hermano.

La reina tanbién estava enojada por amor de Grimonte, que de todos era muy amado. Manfredro partió de La Rochela e

vino por sus jornadas a gran vicio hasta París, a donde estava el rey, el cual salió una jornada a recebir a ^{306v} Dinerpa, el cual hizo mucha onra cuando la vido y recibió muy bien a su hijo y a todos los cavalleros que avían ido con él. Cuando no vido a Grimonte y a sus compañeros las lágrimas le vinieron a los ojos y díxole:

—Hijo, ¿qué me contáis de vuestro amigo Grimonte? Mucho soy triste de la ventura que así de vós lo partió.

Manfredro dixo:

—Señor, ¿qué vos diré? Sino que, si Dios me hizo bien y merced en este camino, que fue en socorrer al rey de Inglaterra tan bien y gané a Dinerpa, que tanto vale, muy mayor mal me hizo en quitarme a Grimonte de mi compañía. Y si no tuviese esperança que Nuestro Señor lo guiará por onde quiera que fuere yo morería de pesar.

—Ansí vienen las cosas —dixo el rey— que no pueden ser acabadas. Rogaremos a Dios que lo guarde, como lo á fecho en otros mayores peligros. Ansí lo fará agora, pues que queda allá quien lo sabrá buscar.

Y ansimismo el príncipe Donís pescudole mucho por él, que mucho lo amava, y todos juntos con grandes alegrías y fiestas entraron en la cibdad de París, a donde Dinerpa fue muy bien recibida de la reina y de la princesa, y más de Dispina, que mucho amava a Manfredro su hermano. Cuando ella lo vido y no vio a Grimonte sentió tanto dolor que maravilla fue podello sufrir. Ansí fue toda mudada, que Manfredro, que algo entendía de sus amores, lo conosció, y abraçose con ella e díxole:

—Ahora quiero yo ver el amor que me tenéis en alegraros mucho con mi plazer, que tan biena[n]dante fueme el camino y gane a Dinerpa, que sabéis vós que tanto amava, que si conmigo tragera a Grimonte yo me pudiera llamar bienaventurado. Mas

espero en Nuestro Señor que muy presto lo veremos a mucho plazer suyo, qu'él á de saber mucho de su fazienda a donde fue, según aquella donzella que lo llevó dixo.

Dispina, lo mejor que pudo, le respondió:

—Hermano mucho sois de culpar de venir de Inglaterra hasta que supierades d'él y lo tragérades con vós a él y a Brimarte, que tanto merece y vos an ayudado, mas pues Dios así lo á fecho roguémosle que los guarde de mal.

Muchas cosas dixo Manfredro a Dispina porque se alegrase y ella así lo hizo por no dar a conoscer más su ferida, y nunca se partía de Dinerpa, la cual era muy maravillada de la fermosura de Dispina. Y dende a ^{307r} ocho días el rey hizo casar a Manfredro y fueron a aquellas bodas hechas grandes fiestas, y el rey dio muchas dádivas a los alemanes e hizo a Manfredro soltar al duque y a todos los otros presioneros, por onde ellos fueron muy contentos. Y antes que se partiesen para Alema<ma>ña vinieron muchos cavalleros moros del reino de Aravia con el gran rescate del rey, su señor, qu'estava preso en poder de Manfredro, y tragéronle grandes cosas de allá, las cuales él enbió al enperador con el conde de Ruisellón, que enbió por enbaxador y a concertar las pazes. El amo de Dinerpa fue con él de parte d'ella, mas estos no pudieron tanto hazer qu'el enperador viniese en recibir a su hija y ser contento del casamiento hasta qu'el rey de Argís con la flota del enperador le destruía su señorio, como vos deximos. Ya el rey de Francia hazía muy grande onra a Dinerpa. Ella se tenía por bienaventurada por aver a Manfredro por marido. El rey de Aravia quedó por vasallo de Manfredro y darle cada año parias por ond'él recibió mucha onra, y dio muy grandes dádivas al rey cuando se uvo de partir y a todos los otros cavalleros que se rescataron. Y dexallos emos agora a todos y a

Dispina, que muy cuitada era por Grimonte, e contarvos emos de lo que le avino después que fue sano.

[LXXI]

Tres meses estuvo Grimonte en el monesterio de la Gareda, que así avía nonbre, a donde sufrió muy grandes tormentos y cuitas de la llaga que era enponçonada y fue muy mala de curar. Como él estava muy triste no ayudava a su salud, porque él era muy cuitado por su señora, porque no avía acabado aquell'aventura a su voluntad. Y estando allí sopo cómo la dueña se avía dexado morir con pesar de la muerte de su marido, y si no fuera por los flailes, que ^{307v} mucho le servían y consolavan, especialmente el que allí lo trajo, fuera muerto.

Él recibió muy gran pena cuando supo que era muy alejado de la corte del rey, que aquella tierra era en el cabo del reino de Inglaterra, a la parte del reino d'Escocia, y avía en ella cavalleros muy bravos y de malas maneras que poco se davan por su rey ni avían ido a su guerra. Como Grimonte fue sano acordó de partirse de allí porque mucho se avía tardado. Los flailes le dieron un cavallo no tal como le era menester, porque no lo pudieron aver mejor, y el día que se partió agradesció mucho a los flailes la onra que le hizieron. Y armose y cavalgó en su cavallo, y encomendó a Dios los flaires, y fuese su camino derechamente a la corte.

Y andovo tres días sin le acaecer cosa. Y al cuarto, yendo por una floresta a ora de mediodía, que hazía muy gran calma, halló una fuente muy clara, y apeose de su cavallo y quitole el freno porque paciese de la yerva verde, y él quitose el yelmo y lavó sus manos en la fuente y sentose cab'ella. Y no tardó mucho que no vino una dueña y venía con ella cinco escuderos y otros servidores, y

ansimismo dos cavalleros, el uno d'ellos armado de muy ricas armas. Y como llegaron a la fuente apeáronse todos para folgar allí y cuando la dueña vido a Grimonte omillósele, que muy bien le paresció, y ansimismo el cavallero, su hijo, y Grimonte a ellos, y como se sentaron cabe la fuente la dueña dixo a Grimonte:

—Señor cavallero, ruégovos que me digáis quién sois, porque me parece que sois estrangero, o si ís al torneo a donde todos imos.

Él le dixo:

—Señora, cierto, yo no soy d'esta tierra, y aunque vos diga quién soy por eso no me conosceréis. Yo voy a casa del rey a librar mis fechos, y fasta agora yo no sé nada del torneo que me dezís, ni quién lo faze ni a dónde es. Ruégovos que me lo digáis si lo sabéis porque vaya a vello, que según los buenos cavalleros en esta tierra folgaré de ver sus fechos en armas.

—Sabad, señor cavallero —dixo la dueña—, que en esta tierra ay un cavallero de gran fecho y de alta proeza de armas, el cual se llama Leredes y es sobrino del buen cavallero Lisber, señor de la villa de Monfarín, aquel que murió en los ^{308r}torneos de Francia y dos hermanos suyos por mano de un cavallero que dizen qu'es el mejor del mundo, que se llama Grimonte de Asur. Cuando su madre de Lisber dio el señorío de Monfarín a Leredes hízole juramento de ir a buscar al cavallero que mató a sus hijos y vengalla d'él. Fasta oy él no lo á fecho, porque ama tanto una dueña d'esta tierra muy fermosa que no se osa apartar de aquí fasta que se case con ella, y ella no lo tiene en voluntad, porque aunque él es de tanta proeza de armas es muy desemejado en faciones y en sobervia. Y ella ama a otro cavallero mucho e querría casar con él, y no osa por amor de Leredes, que piensa que luego le buscaría

todo mal. Y él sabe esto y á buscado manera por onde mate o desonre a Narsipio, que así á n<n>onbre el cavallero que la dueña ama. Leredes á ordenado y á pregonado un torneo delante del castillo de Carduina, que así se llama la dueña, qu'es muy rica y de alta guisa, y enbió a dezir a Narsipio que si él fuese osado de mantener torneo contra él que se vería quién merescía de aver en su poder a Carduina, qu'él dezía que la sabería mejor servir y onrar qu'él. Narsipio, que lo oyó, no pudo hazer ál sino recibir el desafío y prometió de salir contra él con todos sus amigos y parientes. Y á de ser el torneo de aquí a tercer día, qu'es domingo, a donde avrá muchos buenos cavalleros de la una parte y de la otra, mas todos tienen por cierto que vencerá Leredes y por fuerza á de casar con Carduina, y ella está muy triste por esto, que sabe la gran bondad de Leredes. Y esta dueña es mi parienta y por esto voy a verla, para conortalla en su cuita, que mucho contra su voluntad Leredes á fecho esto, el cual á puesto un padrón en meitad del canpo a donde á de ser el torneo y á de poner allí un escudo de sus armas, y dize que cualquiera que lo tocare á de fazer batalla con él después del torneo. Y tiene fecho un cardo de oro de muy gran valor que pone por joya para el que venciére el torneo por su señora, que se llama Carduina. Y á dicho que después qu'esto fiziere á de ir a la corte del rey de Inglaterra a fazer armas con el cavallero que mató a sus tíos, que dizen qu'está con el rey, y por aver razón de aver batalla con él dize que á de dizir ^{308v} que en todo el mundo no ay dueña ni donzella más fermosa que Carduina, ni merece de ser más amada ni servida qu'ella. Como Grimonte es tan buen cavallero no sufrirá qu'él tal haga, que se desafiará con él, y lo entiende de matar y traer la cabeça d'él a Carduina porque conosca qu'él es el mejor cavallero

del mundo. Aora vos é contado todo el fecho del torneo. Si allá quisierdes ir veréis muy buenos cavalleros.

—D'estraño cavallero y sobervio me avéis dicho, que antes que ponga en obra sus fechos los dize. Creo yo que si Grimonte es tan buen cavallero como dezís él defenderá su cabeça. Especialmente si ama otra más fermosa que Carduina ligeramente lo podrá vencer. Por ver tan buen cavallero, que tanto se precia, quiero ir a ver ese torneo, aunque me detenga algún día.

—En el nonbre de Dios —dixo la dueña—, que con nosotros podéis ir, que faremos por vós todo lo que uvierdes menester.

—Muchas mercedes —dixo Grimonte.

Y así estuvieron hablando en muchas cosas hasta que fue ora de partirse, y cavallaron todos y anduvieron hasta la tarde, que descavallaron en unos prados muy verdes para folgar allí aquella noche. Y el hijo de la dueña era tan enamorado de Grimonte que no se podía apartar d'él, y mientras los servidores hazían de cenar ellos se anduvieron hablando en muchas cosas. Antes que se sentasen llegó gran conpañía de gente, entre los cuales venía un cavallero e una dueña muy onrados, y traían consigo dos fijas, donzellas muy hermosas, y todos los otros eran sus servidores, y apeáronse allí. La dueña con quien Grimonte venía los rescibió muy bien. Durifio, que así avía nonbre su hijo, cuando los vido dixo a Grimonte:

—¡Ay, señor, agora só yo puesto en toda alegría, que veo la cosa del mundo que más amo, qu'es aquella donzella que allí está! Vámos a recibirlas.

Grimonte sospiró muy fieramente acordándosele de su señora, que tan lexos d'ella estava, y fuéronse para ellos y recibiéronse los unos a los otros muy bien, y estuvieron toda aquella noche en gran plazer. Las donzellas eran espantadas de ver a Grimonte y

preguntaron Durifio quién era. Él les dixo que era un cavallero estrangero que parecía de alto linage según sus buenas maneras. Ellas dixerón que era verdad, y en esto y en otras muchas cosas pasaron la noche. Y a la mañana ellos, que querían cavalgar para se ir todos juntos al torneo, vinieron ocho cavalleros muy bien guisados de ^{309r} armas y de todas las cosas que avían menester para el torneo, y los dos d'ellos venían armados de muy ricas armas y parecían muy buenos cavalleros, y tales eran ellos. E eran ambos a dos hermanos, y ambos a dos amavan mucho aquellas donzellas y deseavan casar con ellas. Y cuando el mayor d'ellos vido a Durifio estar cerca de Brancida, que así avía nonbre la donzella que Durife amava, fue muy fieramente enojado, y llegose a él e díxole:

—Durifio, a tienpo sois que veremos lo que sabéis fazer en los torneos por servicio de vuestra señora. Allí se parescerá quién la meresce mejor, porque yo seré aquel que vos faré conoscer que no sois merecedor de amar a Brancida, que aquí delante está.

Durifio, cuando esto le oyó, fue encendiéndose en ira y respondióle:

—Dainor, sienpre fuestes sobervio y de mal talante. Si tanta gana tenéis de combatiros conmigo sea luego en estos verdes prados y aquí se verá bien lo que cada uno fiziere, porque no avrá quien nos estorve.

—Soy contento d'eso que me dezís —dixo Dainor—, mas á de ser con una condición: que la justa de las lanças sea aquí y la de las espadas quede para el torneo, porque tengo prometido a Leredes de ser con él y no me combatir con cavallero hasta qu'el torneo sea pasado. Y el que fuere derrocado de nosotros dé el cavallo al otro y vaya a pie hasta el torneo porque todos vean que á sido vencido.

Grimonte, que ya estava cavalgando y vido lo que Dainor dezía, pesole porque

bien vido que Durifio no podría durar contra él, que era muy niño, aunque era bivo de corazón, y a él le pesara del daño que le viniera, y dixo a Dainor:

—Señor cavallero, parésceme que grave pena ponéis al vencido, que harto bastaría perder su cavallo y la desonra sin que tomase tanto afán de ir a pie.

Dainor lo miró muy soberviosamente y díxole:

—¿Quién vos fizo a vós, cavallero, juez d'este fecho? No seríades vós aquel que osásedes justar con esta condición por miedo del afán que recibiréis en ir a pie.

—No tendría yo ese temor —dixo Grimonte— si con vós justase, mas de ganar ese vuestro cavallo, qu'es mejor qu'el mío, para entrar en el torneo.

Dainor creciole gran saña y díxole:

—Vós, don cavallero, que habláis a donde no vos llaman, mal conoscéis a quien nunca vistes. Si fuerdes osado de justar conmigo yo vos castigaré de tal manera que otra vez no deis consejo a quien no vos lo pide.

Grimonte ^{309v} s'ensañó ya cuanto y dixo:

—En hablar onbre entre los buenos cavalleros no es mucho yerro, mas porque la sobervia de tal como vós sea abajada a mí me plaze juntar con vós con las condiciones que posistes. Si vós pierdes derrocado que Durifio sea quito de vuestra justa y todos los que quisieren justar después de vós con la condición yo justaré con ellos.

—Fecho sea como dezís, pues tanto lo preciáis —dixo Dainor—, aunque vuestro cavallo no vale tanto. Esa vuestra espada, que parece muy buena, me daréis por él aunque no queráis.

—Yo la guardaré si pudiere —dixo Grimonte—, que mucho la precio.

Y deziendo esto enlazose el yelmo y tomó su lança y púsose a una parte. Dainor hizo otro tanto. Todos cavalgaron por

ver los cavalleros, los cuales se vinon el uno para el otro al más correr de sus cavallos, las lanças bajas, y encontráronse muy poderosamente en sus fuerças. Dainor quebró su lança en pieças y muy poco estuvo Grimonte de no caer por falta de su cavallo, que era muy flaco, mas encontró a Dainor tan duramente que lo sacó de la silla por las ancas del cavallo y dio tan gran caída qu'estuvo una ora que no se bulló, que todos pensaron que era muerto. Grimonte apeose muy presto de su cavallo y fue a tomar por la rienda el cavallo de Dainor, que era muy bueno a maravilla, y cavalgó en él y dixo:

—Parésceme que mejor gané yo vuestro cavallo que vós mi espada. Agora venga quien quisiere a vengaros.

Todos se maravillaron cuando esto vieron, que muypreciado era en aquella tierra. Su hermano uvo tan gran pesar que pensó de morir, y enlazó su yelmo apriesa y tomó su lança e vino contra Grimonte, qu'estava ya aparejado de justar. E vinon el uno contra el otro con grande ardimiento, y el cavallero, como venía con grande ira, faltó su golpe. Grimonte l'encontró con toda su fuerça tan bravamente que le metió la lança por el pecho y dio con él en tierra tan malamente herido que no bebió más de dos días. Grimonte tomó el cavallo por la rienda y diolo a Durifio, y díxole:

—Ruégovos que en este cavallo entréis en el torneo, que mucho me parece bueno.

—Ansí es verdad —dixo él—, mas mejor cavallero sois vós, según lo que avemos visto.

Y un primo d'estos dos hermanos dixo con ^{310r} gran saña:

—Maldita sea la tierra donde este cavallero nació, que ansí á desonrado dos cavalleros de tanto valor. No me ayude Dios si yo me sufra de tomar parte de su desonra o vengallos.

Grimonte, que lo oyó, aparejose y abajó su lança, y encontráronse tan poderosamente qu'el cavallero, muy ligeramente, cayó en tierra con las costillas quebradas de la gran caída, por tener compañía a sus primos. Grimonte tomó el cavallo por la rienda e diolo a Brancida, y díxole:

—Señora, tomad este cavallo y daldo a quien mejor qu'estos os sirva, que yo creo que más lo podrá hazer la mesura de Durifio que la soberbia de Dainor.

—Abajado gela avéis —dixo Brancida—, según me paresce, y dádonos a conocer vuestra bondad.

Grimonte vido a otro cavallero que quería justar y no se tardó que no se vinieron a encontrar muy fuertemente, y el cavallero fue a tierra malamente quebrantado. Otro de los cuatro que quedavan, más con vergüença que con saña que de justar tenía con aquel que tan mal avía parado a los otros, y sin dezir ninguna cosa se vino contra Grimonte y encuentrole con la lança tan fuertemente que la quebró en él e hízole una llaga pequeña, más no lo movió de la silla. Grimonte uvo mucho enojo y sacó la espada y bolvió sobr'él, y diole tan fuerte golpe por encima de la cabeça que le hendió el yelmo y hízole una herida muy grande, y el cavallero cayó en el suelo. Grimonte le tomó el cavallo y fuelo a dar a la hermana de Brancida. Ella gelo agradesció mucho.

Los otros tres cavalleros que quedaron avíanse apeado por desarmar al hermano de Dainor [y] por ver qué tal estava Dainor, y no curaron de justar, antes maldezían a Grimonte. Él, de que lo vido, dixo:

—Bien podemos irnos, pues no ay más aquí que hazer.

El cavallero, padre de las donzellas, se vino para Grimonte e díxole:

—Señor cavallero, ruégovos que me perdonéis si no vos é fecho la onra que vos

merescéis, que ora fue ya que no vos tenía en tanto como agora, que vos tengo por el mejor cavallero del mundo. Vamos de aquí, qu'estos su grande argullo los á abaxado.

Durifio le vino a abraçar e díxole:

—Mi señor, con mucha onra que vós ganastes me quitastes de afán. Ruego a Nuestro Señor que vos lo pueda servir, que mucho a mi voluntad ^{310v} me avéis vengado.

La dueña, madre d'este cavallero, se omilló mucho a Grimonte y le gradesció porque avía quitado a su hijo de tal peligro. Y todos con gran plazer partieron de allí y anduvieron tanto que a la tarde llegaron a la villa de Carduina, donde avía de ser el torneo, a donde hallaron muchas tiendas puestas de cavalleros y de dueñas y de donzellas que venían a verlos. La dueña, madre de Durifio, posó en la villa y con ella Grimonte, qu'ella no lo quiso dexar, tanto era pagada d'él. E viniendo por el camino hablando Brancida rogó mucho a Grimonte que le dixese cómo se llama[ba]. Él le dixo que se llamava el Cavallero del Espina, que quiso encobrir su nonbre en aquella tierra, y todos le llamavan así. Y estas donzellas y su padre posaron en otra posada. La dueña habló mucho con Grimonte e díxole:

—Cavallero de la Espina, ruégovos que me digáis a qué venistes a esta tierra, que no avrá cosa tan cara que yo por vós pudiese hazer que yo no la hiziese, porque librástes a mi hijo de recibir gran desonra.

Él se le omilló e díxole:

—Señora, pues de mi fazienda queréis saber, quiérovos dezir la verdad de mi vida. Sabed, señora, que yo soy un cavallero de casa del rey de Francia e vine con Manfredro, su hijo, ayudar al rey. E una donzella d'esta tierra me demandó un don, que viniese con ella a fazer una cosa que conplía a una señora con condición que me llevasen a casa de una dueña que ay en esta tierra que mucho

sabe, e yo quisiera saber una cosa d'ella que mucho desea mi coraçón. Y mi ventura fue tal que no pude acabar lo que me fue demandado, por donde perdí de ver la dueña. Y agora tornávame para casa del rey.

—¡Santa María, valme! —dixo la dueña—, e ¿si sois vós aquel cavallero que tanto es loado en el mundo? Por bienaventurada me tengo de averos visto para serviros. E si yo supiera a dónde mora la dueña que veníades a buscar yo fuera con vós, mas dizen que pocos saben su morada. Jamás tanto faré yo por vós, que iré con vós a casa de un cavallero mi pariente, qu'él vós dirá todo lo que quisierdes saber porqu'él es muy sabio y no ay qualquiera saber que no la sepa, y él nos dirá d'esa dueña si por ventura vos fuere menester.

—Muchas mercedes —dixo Grimonte—, muy alegre me avéis hecho ^{311r} con estas nuevas. Ruégovos, mi señora, que cuanto pase el torneo que nos partamos para allá por ver si mi coraçón hallará algún descanso en saber lo que tanto desea [y] mi venida no sea vana.

—Todo será como vós lo mandardes —dixo la dueña.

Y aquella noche descansaron del trabajo del camino, especialmente Grimonte, que mucho andava fatigado, y todos le servían porque pensavan que era cavallero de gran valor, como lo parecía.

[LXXII]

Otro día que avía de ser el torneo, como oyeron misa y comieron, los canpos fueron llenos de cavalleros, porque vino Leredes y trajo consigo trecientos cavalleros muy escogidos, e púsose a una parte del canpo, cerca del mirador a donde estava Carduina con muchas dueñas y donzellas, la cual estava muy triste pensando que

Narsipio avía de ser muerto o desonrado en aquel torneo y no se le escusava de no casar con Leredes, e de todo esto le pesava a ella mucho. Narsipio vino ansimismo con muchos cavalleros de sus parientes y amigos, que pasavan de trezientos, mas no era él bien seguro según la ventaja que Leredes le tenía. Y estando todos puestos en el canpo, todos los miradores llenos de dueñas y donzellas y de otras muchas gentes, vino Grimonte con Durifo y el otro cavallero, que era su primo, los cuales venían con voluntad de ayudar a Narsipio. Grimonte miró a Leredes, qu'estava delante de los suyos encima de un cavallo estrañamente bueno, y él era grande de cuerpo y menbrudo, que parecía un gigante. E cab'él estava un cavallero bien encavalgante e tenía las armas bermejas muy ricas.

Y sabed qu'este era Arquilao, que avía andado muchas partes buscando a Grimonte y vino en aquella tierra porque oyó dezir de aquel torneo, y pasó por el castillo de Monfarín, donde Leredes estava, que lo rescibió muy bien no sabiendo que era amigo de Grimonte. E una hermana suya, donzella muy fermosa, pagose d'él y diole aquellas armas, y que entrase en el torneo con ellas por amor d'ella, y él por su ^{311v} amor lo hizo, y esta fue cosa por onde Grimonte no lo conoció. Y estavan así quedos porque Leredes estava esperando si algún cavallero tocase en el su escudo que tenía en el padrón, mas ninguno fue tan osado que lo acometiese, porque mucho era temido en aquella tierra Leredes. Grimonte vido en el padrón una imagen de una dueña muy fermosa, e una corona en la cabeça y el cardo de oro qu'estava puesto por joya en la mano, y el escudo a los pies. Todo fue encendido en ira Grimonte acordándosele de su señora, que otra ninguna no merescía de ser loada sino ella por hermosa, y fue al padrón y con la

lança tocó tan rezio el escudo que lo echó a tierra y la imagen cayó del padrón, e dixo en alta boz:

—En mal punto se formó el mundo si no uviese otras más fermosas que Carduina.

Deziendo esto bolvió la rienda y fuese para Narsipio, qu'estava muy maravillado de ver hazer a Grimonte lo que hizo, y demasiadamente fue alegre cuando lo vido de su parte aunque no le conoció. Leredes fue tan enojado que no parecía sino que fuego le salía por los ojos e por la boca, e puso las espuelas al cavallo e dixo:

—Agora ferí[d] todos, qu'el loco cavallero conprará caramente lo que fizo.

Narsipio y todos los de su parte estavan aparejados y recibíeronlos con grande ardimiento. Muchos cavalleros fueron a tierra de la una parte y de la otra [de] los primeros encuentros de las lanças. Leredes vínose derechamente contra Grimonte, que lo recibió muy sin pavor, y encontráronse muy duramente. Leredes falsó el escudo y la loriga de Grimonte y hízole una lliga, mas no tal que d'ello mucho se sentiese, y perdió las estriberas, tan fuerte fue el encuentro. Mas Grimonte encontró a Leredes con toda su fuerça de tal manera que le metió el fierro de la lança por el cuerpo y sacolo de la silla. Leredes llevaba las riendas del cavallo en la mano y por no caer tiró tan rezio qu'el cavallo alçó las manos, tanto que anbos a dos cayeron y el cavallo sobr'él, e quebró la lança que Leredes tenía metida en el cuerpo e hízogela entrar tanto que le pasó de la otra parte, de manera que luego murió, que no habló más de cuanto dixo: «¡Ay, cativo, cómo fui escarnido y muerto por un cavallero solo!».

Grimonte puso mano a la espada y comenzó a ferir a los unos y a los otros tan bravamente que a todos hacía huir delante de sí. Narsipio, que vido a su enemigo de

tal manera ferido, que no se levantava, y a Grimonte, que tales cosas ^{312r} hacía, esforçose mucho y comenzó de ferir a los unos y a los otros con tanto ardimiento que todos se maravillavan de verlo, porque creían que tanta bondad en él no uviese. Arquilao, que vido tan mal parado a Leredes, crecióle gran saña, y andava como un león feriendo y derribando a cuantos delante de sí allava, y todos los de su parte hazían maravillas por vengar a Leredes, por onde Grimonte llevó mucho afán por mantener la plaça, qu'él era todo el esfuerço de su parte, y no dava golpe que no derrocasse cavallero malferido. Así andavan bravos y ferían sin piedad, que parecía cruel batalla y no torneo. Arquilao dio tales dos golpes a Narsipio que lo derrocó del cavallo malferido y comenzó d'esforçar a los de su parte, qu'ellos llevarían la onra de sus enemigos, y si no fuera por la bondad de Grimonte fueran vencidos los de Narsipio.

Durifio y un primo de Leredes se conbatieron gran pieça. Si no fuera por Grimonte, que los apartó, Durifio fuera vencido, y aquel día hizo él tales cosas que ganó mucha onra. Nunca se apartava de cabe Grimonte, el cual miró el torneo y vido qu'el cavallero de las armas bermejas era el que tenía la plaça de la otra parte y era esfuerço de todos, y si aquel faltase, que todos serían vencidos. Fue a él la espada alçada e Arquilao vino contra él, que no lo conocía por el escudo e el yelmo que traía mudado, y ferieronse de muy esquivos golpes, mas a la fin Arquilao no pudo durar contra Grimonte, que le dio tales tres golpes que cayó del cavallo malamente herido. Mas antes mató el cavallo a Grimonte, que le dio muy fuerte golpe en el escudo que decendió al cuello del cavallo e le fizo una gran lliga, y a Grimonte le convino de apearse, mas vínole muy bien, que prestamente fue socorrido con otro cavallo, porque Brancida, la amiga de Durifio, avía mandado a un donzel

suyo que le llevase el cavallo que Grimonte le avía dado al torneo si le fuese menester, y como el donzel lo vido a pie levele el cavallo y cavalgó a grande afán, que muchos lo ferían. Y si no fuera por dos primos de Narsipio y con ellos Durifio, que le defendieron mientras qu'él cavalgó, gran daño recibiera, y como tornó a cavalgar començó con grande ardimiento a aquejar a los contrarios, los cuales ^{312v} se pusieron en huida y salieron del canpo, e Grimonte e los de su parte tras ellos gran pieça, e desque los vieron alejados bolviéronse.

Durifio y Grimonte se fueron a la villa, a su posada, y desarmáronse y curáronse de las llagas que traían y descansaron del trabajo que avían llevado. Durifio, demasiadamente alegre, decía a Grimonte:

—¡Ay, Cavallero del Espina, buena fue la ora en que vós nacistes, pues tan bueno os hizo Dios! Narsipio á cobrado por vós la cosa del mundo qu'él más deseava y á ganado la mayor onra que jamás cavallero ganó, de qu'él estava sin esperança.

—Ansí acontece a las vezes —dixo Grimonte—, que a la mayor cuita acorre Dios. Él me parece buen cavallero.

Narsipio, aunqu'estava herido, cavalgó para recoger todos los de su parte y fuese con ellos a un castillo suyo qu'estava a una legua de allí. Todos ivan con grande plazer por aver vencido el torneo e no hablaban en otra cosa sino en loar al cavallero estrange-ro. Narsipio decía:

—¡Ay, señor Dios, dexadme vós pagar aquel cavallero el gran bien y onra que me á fecho! No seré alegre fasta que lo vea. Dezidme, por Dios, si ay alguno que lo conosca o sepa dónde se fue.

Un cavallero le dixo que lo avía visto ir [con] Durifio y que lo avía visto entrar en la villa.

—Ruégovos, mi amigo, que tornéis allá

y lo busquéis hasta hallarlo, e le digáis de mi parte que yo soy suyo para servillo y que le agradezco mucho lo que por mí á hecho, que si yo alcançase tan gran bien que quisiese venir a mi castillo, porque yo no puedo entrar en la villa por agora, que yo sería el más bienaventurado cavallero que nunca fue.

El cavallero se tornó a la villa. Narsipio llegó a su castillo, a donde fue curado él y todos los que con él venían heridos. Leredes fue llevado del canpo de los suyos y antes que fuese desarmado murió. Lleváronlo a su castillo y fue hecho por él grandes llantos, que tenía muchos parientes y amigos, y todos lo preciavan mucho y eran maravillados de ser ansí vencido, y cuantos eran de su parte estavan muy tristes por aver sido vencidos y no sabían qué hiziesen por vengar su muerte. Y como él no tenía sino un hermano pequeño que eredava su tierra no uvo quien contra Narsipio se quisiese tomar, y ansí uvieron de sofrir su muerte. ^{313r} Y fue enterrado en un monesterio muy onradamente y muy llorado de su hermana, la que vos diximos que dio las armas a Arquilao, la cual lo fue a ver pasados tres días que fue el torneo, que antes no pudo por el dolor que tenía de la muerte de su hermano. Y como ella llegó al palacio dond'él estava en un lecho echado començó de llorar muy fieramente, e decía:

—¡Ay, Arquilao, no pensava yo que tanto daño nos avía de venir en el torneo! Mi hermano muerto e vós tan malferido de la mano de aquel traidor Cavallero del Espina. Mala fue la ora que en esta tierra vino.

Arquilao que oyó mentar al Cavallero del Espina alterose todo e dixo:

—¡Ay, señora, ruégovos que me digáis como sabéis vós que aquel cavallero que venció el torneo se llama de la Espina!

Se lo dixo ella:

—Porque yo estava con Carduina en el mirador cuando él derrocó a mi hermano y Carduina fue muy maravillada porque le vido echar el escudo y su imagen por el suelo, y començó de dezir si avía alguna allí que lo conosciere, e una dueña, su parienta, e dos donzellas que allí estavan, digeron que era un cavallero de Francia que se llamava de la Espina, e dixeron que creían que no lo avía mejor en el mundo. Y contáronle como avía vencido a Dainor y a su hermano y a otros tres cavalleros, y les avía ganado sus cavallos.

—¡Ay, Santa María, bendita seáis vós —dixo Arquilao— porque me dexastes oír tales nuevas! ¡O, desconoscido de mí, cómo no lo conocí luego en velle hazer tales maravillas! Por bien enpleado tengo mi mal por aver fallado aquel porque yo tanto afán é llevado en buscallo. Señora, n'os maravilléis —dixo Arquilao a la donzella— porque vuestro hermano fue vencido, e yo con él y todos los otros buenos cavalleros, que aquel de la Espina es de tan alta proeza de cavallería que ningún cavallero que oy sea en el mundo se le iguale. Cuando venció al enperador de Constantinopla no es mucho que vencie-se a nosotros, pues la ventura lo trajo a que ayudase a Narsipio, deveisle, señora, de perdonar vuestro mal talante, y dad la culpa a la fortuna, que quiso ayudar a Narsipio.

—Pues así es —dixo la donzella—, avemos de pasar por lo que Dios quiso hazer. Maravillas me dezís en dezir qu'él venció al enperador.

Y como estuvieron una pieça^{313v} hablando la donzella se fue y Arquilao enbió luego a su escudero a la villa a saber de Grimonte, mas falló nuevas que ya era partido y vino-lo a dezir a su señor, que fue muy triste en sabello y fue causa de no sanar tan presto, e uvo de quedar allí algunos días. Y lo que después le avino adelante vos los contaremos.

[LXXIII]

Como el torneo fue vencido Carduina se fue a la villa, a sus palacios. Ella iba demasiadamente alegre en su corazón, aunque no lo dava a entender, e tomó consigo a la dueña, madre de Durifio, e sacola aparte e díxole:

—¡Ay, mi tía, ruégovos que me digáis qué cavallero es este que á vencido el torneo, que gran bien por él me á venido! Mostrá-melo, por Dios, porque le faga aquella onra qu'él meresce, que mucho a abaxado la sobervia de Leredes e de todos sus parientes.

—No sé de su fazienda más de lo que vos é dicho —dixo la dueña—. Sé qu'es muypreciado en armas y en fermosura, más que cavallero que nunca viesse. Bien podréis verlo si quisierdes, que con mi hijo posa, e de mí e d'él no se á de partir por agora.

Carduina fue muy alegre con estas nuevas e rogó a la dueña que se fuese e que rogase de su parte al Cavallero del Espina que la fuese a ver. La dueña se despidió de Carduina e cuando llegó a su posada falló a Grimonte e a su hijo echados en el lecho, e abraçolos muchas vezes e díxoles lo que Carduina les enbiava a dezir. Grimonte le dixo que no se podía allí detener en ninguna manera, mas que le rogava que otro día de mañana partiesen de allí. La dueña le rogó tanto que por fuerça le hizo detener otro día, que vino el cavallero que [venía] de [parte de] Narsipio e dixo todo lo que l'enbiava a dezir su se^{314r}ñor. Grimonte le respondió:

—Amigo, dezid a Narsipio que bien creo yo, según su valor, qu'él me agradescería el poco servicio que le hize, mas yo tengo en otra parte que fazer y no me puedo detener aquí sino oy solamente, y esto e fecho por ruego de Carduina. Que le ruego que me perdone si no lo pudiere ver, que a donde quiera que yo vaya faré lo que me mandare.

El cavallero le pesó mucho desde que vido la voluntad de Grimonte e despidiose d'él, e fuese a su señor y contole lo que le avía dicho Grimonte, e díxole cómo jamás avía visto cavallero tan apuesto e de tanta medida. Narsipio, cuando lo oyó, tomole más voluntad de verlo, y armose luego de unas armas desconocidas y tomó aquel cavallero consigo, y escondidamente partió de su castillo y fuese a dond'estava Grimonte. Y cuando llegó a la villa era ya noche e Grimonte estava en el palacio de Carduina, que la avía ido a ver, la cual lo recibió muy bien e le agradesció mucho lo que avía fecho en librala del poder de Leredes, que era muy desmesurado y ella mucho lo desamava. Y estava maravillada de ver a Grimonte e deziále:

—¡Ay, Cavallero del Espina, yo no puedo creer sino que sois cavallero enbiado de Dios, pues tanta bondad en vós ay, que así abajastes la soberbia de Leredes! Rué<e>-govos que me digáis si avréis d'estar en la casa del rey de Inglaterra, que por bienaventurada me tendría de poderos servir.

—Señora Carduina —dixo Grimonte—, los cavalleros soberviosos no pueden mucho turar en el mundo, que Nuestro Señor los destruye presto, qu'es enemigo de los tales como Leredes. E yo me tengo por bienaventurado en averos hecho servicio en desviar que no biviédes contra vuestra voluntad. E agora tengo por buena mi venida a esta tierra, pues que tanto bien pude fazer. Yo, señora, no tengo d'estar mucho en el reino de Inglaterra, que me conviene de ir por otras partes donde mi corazón es otorgado, mas por onde quiera que yo vaya iré por vuestro para vos onrar e servir.

Carduina gelo agradesció mucho y estuvieron hablando en muchas cosas hasta que vino una donzella a dezir a Carduina cómo estava allí Narsipio, que venía a ver al

Cavallero del Espina, que le pedía por merced que gelo hiziese ver y hablar porqu'él venía encubierto. Carduina, cuando lo oyó, fue muy ^{314v} turbada, mas con todo eso levantose y tomó a Grimonte e a la dueña, su parienta, por la mano, e fuese con ellos a un palacio apartado y fizo venir a Narsipio, y cuando se vieron los unos a los otros recibieronse muy bien y estuvieron gran pieça hablando en muchas cosas. Narsipio agradesció mucho a Grimonte el ayuda que le hizo e rogáronle mucho que quedase en aquella tierra algún día, mas ruego que le fiziesen no les prestó. Él les dixo que por ninguna cosa no se detendría allí más, que otro día se avían de partir, mas hizo tanto que aquella noche los concertó a Narsipio y a Carduina, que se desposaron delante d'él, y dende a un mes fezieron sus bodas con concierto de todos sus parientes. Y Narsipio dio a Grimonte un cavallo estrañamente bueno. Carduina le dio unas armas verdes muy ricas y diole otras cosas ricas, las cuales él no quería tomar, sino qu'ella le forçó, y despidié<nd>[r]o[n]se los unos de los otros con grande gozo.

Narsipio se fue a su castillo muy alegre loando mucho al Cavallero del Espina <el>. Carduina quedó en su palacio muy contenta. Grimonte e Durifio se fueron a sus posadas y despidieronse aquella noche de las dos donzellas hermanas y del cavallero su padre, y al alva del día fueron armados. La dueña cavalgó en su palafrén e salieron de la villa. Grimonte iba armado de las armas que Carduina le dio y tomaron su camino para el castillo del cavallero sabio, pariente de la dueña, e anduvieron hasta mediodía, que reposaron en una floresta, y después de ora de bísperas cavalgaron y anduvieron cuanto una legua. E yendo hablando en lo que más les agradava vieron en pos de sí cavalleros que venían a gran priesa e dezián:

—Agora seréis muertos todos, que no escapará ninguno de vós.

Y sabed qu'estos eran Dainor e quinze cavalleros, que venían con él sus parientes e amigos, qu'él uvo tan gran pesar de verse vencido y a su hermano muerto que no curó de conplir lo que prometió, de ir a pie hasta el torneo, mas antes enbió luego dos escuderos en pos de ^{315r} Grimonte y Durifio. Y estos supieron ónde posava y todo lo que fizieron, y el uno d'ellos lo fue a dezir a Dainor, y él quiso morir de pesar cuando supo que avía vencido el torneo y muerto a Leredes, y aparejose de venir luego con todos los más que pudo por tomar vengança d'él. Y como los escuderos estavan sobre aviso, como vido partir a Grimonte e vino por el camino que iba luego lo fue a dezir a su señor, qu'estava muy cerca, y luego Dainor se partió a gran priesa y no los alcanço hasta aquel lugar que vos deximos. Y como Grimonte los vido conoció a Dainor en las armas y dixo a Durifio:

—Amigo, puñad de defenderos, qu'este es el falso de Dainor, que no cunprió lo que prometió.

Y como ellos ivan aparejados tomaron sus lanças y bolvieron contra ellos, e Grimonte endereçó contra Dainor, que venía delante, e díxole:

—Falso cavallero, tu venida será por tu mal, y la traición que as fecho será para tu daño, que <a> tal cavallero como tú no avía de tomar armas, pues faltaste lo que prometiste.

E deziendo esto encontráronse de las lanças muy poderosamente y fueron quebradas, y Dainor fue malferido e uviera de caer, mas abraçose al cuello del cavallo y tuvo tienpo de endereçarse a su voluntad porque Grimonte se combatía con cuatro cavalleros de los otros, que mal le aquejavan. Mas como aquel que en poco los tenía, según su

gran coraçón, presto se delibró d'ellos, que les dava tan esquivos golpes que echó a tierra los tres d'ellos e el otro no osó atender. E cuando Grimonte miró vido a Durifio, que lo tenían cercado seis cavalleros, y él, como era de bivo coraçón, se defendía muy bien e avía muerto uno d'ellos. Mas Dainor, que otra cosa no deseava sino matallo, [como] lo vido tan bien defenderse metiose entre ellos con la espada alçada e dio tan fuerte golpe a Durifio encima de la cabeça que le hendió el yelmo y entró la espada tanto por la carne que luego cayó muerto en tierra. Grimonte uvo tanto pesar que pensó de morir y fue tan airado contra Dainor que le dio tales tres golpes sin él poderse valer que cayó en tierra muerto cabe Durifio. Grimonte acometió a los otros con tanto ardimiento que no avía allí tal que lo osase esperar e bien mató cinco d'ellos, mas no pudo el hazer esto sin recibir muchas heri^{315v}das de los unos y de los otros. Cuando pensó qu'estava librado vinieron de nuevo cinco cavalleros que avían ido tras la dueña, que como los vido començó de huir en su palafrén. Mas ellos venían avisados de lo que avían de hazer y fueron aquellos tras ella, y alcançándola la mataron y a los escuderos e servidores que con ella ivan, que ninguno dexaron a vida, y tanbién mataron al cavallero que con ellos venía aunqu'él primero mató a dos d'ellos e herió a otros dos muy malamente, que era buen cavallero. Y ansí murieron todos los que con Grimonte venían, por onde él era muy airado, tanto que aquellos cinco que a la dueña mataron, que le acometieron muy bravamente, no le escapó ninguno, que a todos <no> mató, de manera que de los quinze cavalleros que con Dainor venieron no escaparon más de dos, que se fueron huyendo malamente heridos.

Grimonte quedó muy cansado y malherido, y cuando vido a la dueña muerta no

supo qué hazer y començose a maldezir muy desmesuradamente, y dezía:

—¡Ay, que en mal punto vine a esta tierra, pues la fortuna tanto se á en mí en-señoreado! Ya yo no me devría de llamar cavallero, pues tan mal supe defender los que venían en mi compañía. ¡Ay, mi buena señora, vós moristes por amor de mí, por me hazer plazer, e yo no vos socorrí ni vos anparé! Maldita sea la mi locura, que quiero ir contra la voluntad del Señor en querer saber lo qu'él tiene escondido. De oy más no me trabajaré en querello saber, mas así pasaré mi ventura hasta que Dios quiera mostrarme mi linage, e si él es tal como dizen yo no soy merescedor de conoscerlo, pues tan mal sé defender a los que avía de anparar. Jamás seré alegre por tal ventura, e si no fuese por amor de mi señora, que soy cierto que avía pesar de la mi muerte, yo me d<a>[e] xaría morir y fenecerían mis días con estos que me deseavan servir.

Y así estuvo gran pieça llorando, e de que vido que no tenía remedio de poner en cobro la dueña ni a su fijo, e a él se le iba mucha sangre, acordó de irse. Y como anduvo media legua encontró un cavallero viejo que venía de caça y traía sus escuderos, y como el cavallero lo vido así tan mal llagado llegose a él e díxole:

—Cavallero, parésceme que no avéis estado de balde, según venís mal llagado. Ruégovos que me digáis qué vos avino o con quién os combatistes, que tan mal parado sois.

—¡Ay, señor ca^{316r}vallero, no queráis saber fazienda del cavallero del mundo más sin ventura, que no vos puedo dezir de mí cosa que no sea mala! Porque me parece que sois de gran valor quiérovos dezir lo que me pescudáis. Yo soy un cavallero extraño de casa del rey de Francia que vine con su fijo ayudar al rey de Inglaterra, e uve de

venir a esta tierra más por fuerça que por grado. Fue mi ventura de aver conoscimiento con una dueña onrada d'esta tierra e con un fijo suyo que se llamava Durifio, cavallero muy mesurado, e fallámonos él e yo en los torneos de Leredes y de Narsipio. E agora, viniendo todos por este camino, salió a nosotros el falso de Dainor con quinze cavalleros, e mientre que yo me combatía con Dainor y otros que me acometieron mataron a la dueña y a Durifio, e yo escapé cual me veis.

—¡A Dios merced —dixo el cavallero—, que vos devéis de ser aquel que vencistes el torneo e matastes a Leredes! Mucho soy alegre de averos hallado. Venid conmigo, que vós seréis curado de vuestras llagas, e después iré a fazer soterrar a Durifio y a su madre, que mucho me pesa de su muerte.

—Dios vos lo agradezca —dixo Grimonte—, que mucho me haze menester vuestra ayuda.

Y no anduvieron mucho que llegaron a un castillo a donde fueron bien recibidos de la muger del cavallero, que curó luego de Grimonte, que sabía mucho de aquel menester y echolo en un rico lecho. El cavallero l'encomendó que lo serviese mucho porque era el mejor cavallero del mundo. Y el cavallero tornó a donde fue la batalla y cuando halló tantos cavalleros muertos maravillose por[que] crió que Grimonte los avía muerto, e hizo llevar a la dueña e a su hijo a una abadía qu'estava allí cerca, e ansimismo a Dainor, aunque era su enemigo, y a los otros hízolos enterrar en el canpo. E después de todo hecho tornose a su castillo y dixo a Grimonte lo que avía hecho. Él gelo agradesció. Mucho estava cuitado por amor de la dueña. El cavallero era muy pagado d'él e hazíalo servir muy bien, que jamás d'él se apartava porque se tenía por muy contento de tener tan buen cavallero en su casa.

Allí estuvo Grimonte quinze días a gran vicio, aunqu'él no lo sentía en su corazón, que muy atormentado era en el cuidado ^{316v} que tenía de irse a ver a su señora y a sus amigos, que era cierto que lo deseavan. Y así era, que muchos lo andavan a buscar por todas partes.

[LXXIV]

Como Grimonte se sentió tal que podía cavalgar y tomar armas no quiso allí más detenerse y agradesció mucho al cavallero la grande onra que le hizo, e despidiose d'él y de su muger, que lo curó, y tomó su camino para la corte del rey. Y anduvo tres días sin hallar cosa que l'enbaraçase su camino, y entrando una tarde en una floresta era tan grande que le anocheció en ella, e halló un lugar muy verde e deleitoso que le hizo aver codicia de quedar allí aquella noche, e apeose de su cavallo e dexole pacer de la verde yerva, y él estovo una pieça pensando en muchas cosas. Y desque fue ora de dormir apartose a una parte e puso su yelmo a la cabecera, mas no tardó mucho que vido apearse allí muy cerca de dond'él estava una dueña muy fermosa, y traía consigo muchos escuderos e servidores, e traían unas andas en unos roanes y en ellas venía un cavallero muerto cobijado con un manto de seda. Y como fueron apeados la dueña se fue a las andas e començó de hazer gran duelo, e decía:

—¡Ay, mi amigo bueno, por amor de mí fuestes vós muerto! Nunca seré <a>alegre en perdervos así. La vuestra ventura fue tan esquivá que no vos dexó fallar aquel que andávades a buscar. Según vós me deziades de la su grande bondad él vos vengará de aquel que así vos mató. Mas no fue tal la mi ventura, que fue causa de vuestro mal.

Grimonte, que no dormía, qu'esto oyó,

fue mucho turbado, porque pensó que aquel cavallero muerto le andava a él a buscar, y levantose muy presto y fue para donde la dueña estava, la cual se espantó de verlo y todos los que con ella estavan. ^{317r} Grimonte le dixo:

—Señora, no temáis de mí, que no vine aquí por fazeros enojo, mas por saber quién es este cavallero que aquí traéis muerto o quién lo mató.

—¡Ay, señor —dixo ella— mat<a>[o]llo la mi mala ventura e la su gran mesura! Este cavallero es estrangero, natural de Grecia, e vino a esta tierra con un cavallero que dicen qu'es el mejor que ay en el mundo, que mató a Armidón y a otros muchos cavalleros en la batalla, e después salió de la corte con una donzella e ninguno de sus amigos sopo a dónde iva, por ond'ellos uvieron de partirse a buscallo. Y este malaventurado fue uno d'ellos, e vino a esta tierra y acaeció de venir a un castillo que yo tengo. Yo, de que lo vide tan bueno, fizele mucha onra, y como él vido que yo no tenía marido, començome de amar e díxome su voluntad, no pudiéndose sufrir, e yo no le quise negar mi amor, porque desde la ora que le vi fue mucho pagad<o>[a] d'él. Y estuvo conmigo quinze días a gran sabor de sí e mío. Él mostrava que me amava más que todas las cosas e contávame de la gran bondad que andava a buscar y cuánto daño vendría en el mundo si él se perdiese, que por la su grande bondad se avía venido con él desde Grecia <porque> por servillo, que posó una noche en un castillo de su padre.

Grimonte conoció que aquel era Franquel según lo que la dueña decía, y no se pudo más sufrir y alçó el paño, y cuando lo vido fue tanto el pesar que ovo que cayó sobré él amortecido, deziendo:

—¡Ay, Franquel, mi verdadero y leal amigo, este galardón avéis recibido por salir de

vuestra tierra por amor de mí! No esperaba yo que la ventura tan esquivá me avía de ser que yo no vos pudiese pagar los servicios que me avéis fecho. Mas si yo no muelo yo vos vengaré.

La dueña, que así lo vido, fue a él y tomole en los brazos, e díxole:

—Agora no tengo yo en tanto mi mal, pues soy cierta que Franquel será vengado. Por Dios, señor cavallero, si vós sois aquel que Franquel andava a buscar, que os esforcéis a vengallo, que para vós están guardadas todas las grandes cosas que los otros cavalleros no pueden [alcançar].

Mucho fue cuitado Grimonte toda aquella noche, y después que lloró gran pieça, retrayendo las bondades de Franquel, rogó a la dueña que le dixese quién lo ^{317v} avía muerto. Ella le dixo:

—Sabel, señor, que en esta tierra ovo un cavallero muy rico, señor de un castillo muy bueno, y este cavallero ovo dos hijas en su muger muy fermosas y murió siendo ellas muy pequeñas. Y quedaron en poder de su madre, que era muger muy sabidora, y enseñólas todo su saber, y ellas lo deprendieron tan bien que supieron más que su madre, e tanto dezían de las cosas por venir que en esta tierra no les llamavan sino las fadas, y como eran fermosas e ricas muchos se deseavan casar con ellas. E la mayor d'ellas se pagó mucho de un cavallero mancebo que era muy hermoso y ardid, tanto que no avía cavallero en esta tierra que a su bondad se igualase. Ella lo amó tanto que lo fizo su amigo e tenía en su castillo consigo muy vicioso, y él por amor d'ella muchas vezes armava tiendas fuera del castillo e allí justava con todos los cavalleros que por allí pasavan. E todos los que vencía metíalos en su presión d'ella y en su mano era de darle libertad o no, y ella con esto era muy loçana y bevía la más alegre del mundo. Y aviendo

vencido ya muchos cavalleros era sabida su fama por muchas partes, e vino un cavallero del reino de Cornualla que era muy valiente y esforçado, e ovo entr'ellos una muy esquivá batalla, mas a la fin el cavallero de Cornualla mató al amigo de la fada. Ella, quando lo vio muerto, ovo un muy gran pesar e dixo: «Amigo, vós moristes por mí. Yo no biviré sin vós». E después que lo ovo mucho llorado llamó a su hermana e díxole: «Hermana, yo no puedo tener más vuestra compañía. Déxovos toda mi eredad y ruégovos que me otorguéis un don antes de la mi muerte». La hermana gelo otorgó llorando y ella le dixo: «Lo que vos demando es que vós no vos caséis ni toméis amigo con cavallero salvo con aquel que vos prometiere que [por] nada [que] sea del mundo salga armado a este lugar a donde mi amigo fue muerto y se conbata con el primer cavallero que viniere hasta matallo o vencello. No lo dexe porque mi amigo sea vengado por la muerte de muchos qu'él puede ser que no torne aquí el que lo mató porque vengallos por lo aver muerto». La hermana gelo prometió, y por muchas ^{318r} cosas que le dixo no la pudo consolar, mas antes tomó la espada de su amigo y metiola por el corazón, e cayó muerta sobr'él. La hermana los fizo enterrar a d'ambos a dos muy onradamente y después nunca se quiso casar ni tomar amigo sino con la condición que avía prometido a su hermana. Y avrá seis años que vino un cavallero de la pequeña Breña que era maravillosamente de grande ardimiento y prometióle de fazer todo lo qu'ella le mandase, y la fada lo tomó por amigo e diole unas armas muy f<a>[u]ertes e un escudo de azero muy fuerte, e pintado en él a su hermana metida la espada por el corazón y al cavallero su amigo. E dizen que lo encantó, que no pudiese ser muerto sino por mano del cavallero del mundo que más lealmente amase.

E después acá no ay día que salga al lugar a donde fue el otro cavallero muerto, y á vencido e muerto muchos cavalleros sin cuento, porque muchos se vienen a provar con él por amor de sus amigas, pensando que son leales amadores. Y así acaeció a Franquel, mi amigo, que como oyó dezir d'este cavallero dixo que por cosa del mundo no dexaría de se ir a combatir con él, y por mucho que yo gelo estorvé no quiso dexallo, mas antes me rogó que fuese yo con él, que la mi fermosura le daría a él ardimiento, e yo ansí lo fize. E combatióse con él e fue la mi desdicha, qu'el cavallero de la fada lo mató. E yo, desque lo ví, tomelo como veis e llevávalo a enterrar a un monesterio qu'está aquí muy cerca y fazelle aquella onra qu'el meresce. Agora vos é contado todo el fecho. Yo creo que Dios vos trajo aquí para que su muerte sea vengada.

—Eso faré yo —dixo Grimonte— o moriré como él, que la su muerte me fará para sienpre triste. Llevémoslo a enterrar e después darm'éis un escudero que me muestre al cavallero de la fada.

Y como fue de día partieron de allí y a ora de mediodía llegaron al monesterio y allí fue sepultado Franquel muy onradamente, y muy llorado de Grimonte e de su amiga. Grimonte dexó allí grande aver a los flailes para que le dicesen misas allende de lo que la dueña hizo. E despidiose Grimonte de los flaires e de la dueña, que le dio dos escuderos que fuesen con él, y él iba tan triste que no sabía por ónde iba pensando en los grandes enojos que le avían vinido después que de la corte partió. Y ansí anduvo ^{318v} hasta que llegó a vista del castillo de la fada y sería ora de bíspera cuando fueron al lugar donde el cavallero salía a esperar los cavalleros. Vidolo que se combatía con un cavallero que traía unas armas muy ricas y estávalo mirando una donzella encima de un palafrén muy

fermosa, y otros muchos escuderos y servidores, y encima del castillo estavan dueñas y donzellas mirando, entre las cuales estava la fada muy alegre. Y Grimonte, que ansí los vido, estuvo mirando la batalla, que fue muy esquivada porque eran anbos a dos muy buenos cavalleros, mas a la fin el cavallero de la fada mató al otro cavallero, y ansí como lo mató luego se partió de allí muy apriesa, y <por>[aun]que Grimonte le dio bozes no lo quiso escuchar y fuese a encerrar a su castillo, que iba malferido. La donzella fermosa, que vido al cavallero muerto, cayó del palafrén amortecida e después hizo muy grandes llantos sobr'él, e dezía:

—¡Ay, mi amigo, qué mala fue la ora que partí de Curnualla con vós, pues la ventura me avía de ser tan esquivada! Pensastes vós que no avía en el mundo quien más lealmente que vós amase y qu'el cavallero de la fada no vos pudiera durar, que muy ligeramente lo vencierades ansí como lo fizo vuestro hermano al otro cavallero que mató. Agora no sé qué faga, que no tengo quien vos venga.

Grimonte ovo piedad d'ella, e apeose y tomola en los braços, e quitola d'encima del cavallero e prometiole de no se partir de allí fasta vengallo, pues no venía a otra cosa allí, que grande enojo le avía fecho el cavallero de la fada. La donzella le dixo:

—Dios vos lo agradezca, señor cavallero. Yo prometo de no me partir de aquí hasta verlo, que algún tanto soy consolada con vuestra promesa.

Entonces le contó cómo el cavallero muerto era hermano del que mató al primer cavallero, amigo de la otra fada, por quien ella se mató. E fizo allí armar dos tiendas que traía, e la una d'ellas dio a Grimonte en qu'estuviese, e en la otra metió el cavallero muerto, mas Grimonte le aconsejó que lo enbiase a soterrar al lugar más cerca que de allí estuviese porque daría de sí mal olor, y

ansí lo fizo, y ella quedó muy cuitada aunque Grimonte mucho la consolava. Ella traía todas las cosas que eran menester, donde a Grimonte le avino bien según lo que allí estuvo esperando.

En el castillo se hizieron grandes alegrías por la muerte del cavallero. La fada salió a rescibir a su amigo y abraçolo muchas vezes, ^{319r} y desarmole y curoló de sus llagas, e echolo en su lecho. Y ella era tan gran sabidora en aquel menester que muy prestamente le dava guarido, y estuvo seis días que no se levantó, que la fada lo servía muy bien porque ya tenía por vengada la muerte de su hermana. Y como él se sentió tal que podía bien conbatirse quiso salir del castillo, como solía, mas ella, que mucho sabía, conosció que gran peligro le estava aparejado y rogole muy afincadamente que no curase de salir fasta qu'ella gelo digese, que su corazón adevinava gran mal, que todo el plazer pasado se avía de tornar en pesar. Él, por le hazer plazer, se detovo tres o cuatro días que no salió. Todo este tienpo estuvo Grimonte en el canpo esperando, que no se quiso partir de allí aunque recibía mucha pena, y los escuderos de la donzella de Curnualla traían las cosas que avían menester. Y mucho se maravillavan todos porqu'el cavallero no salía, que nunca estuvo tanto tienpo sin salir. Y andándose paseando Grimonte, pensando en muchas cosas, vido un escudero que iva al castillo, e llegose a él e díxole:

—Amigo, ruégovos que fagáis tanto por mí que digáis al cavallero de la fada que un cavallero á diez días que lo está aquí esperando para se conbatir con él, que él no á querido salir, que soy maravillado d'él. Si él lo faze por aver estado herido, que no lo culpo, e si de otra manera es, que en balde á ganado tanta onra para dexarse tan presto de lo que á començado. Que mañana, a la ora qu'él quisiere, lo espero en el canpo, e si

bueno estuviere e no lo quisiere fazer que no salga nenguno de su castillo que yo no lo mate por vengarme d'él, que mucho pesar me á fecho, que mató a otro cavallero mejor qu'él lo es.

El escudero dixo:

—Señor cavallero, a mí me plaze dezirle lo que me mandáis, mas yo creo que buscáis vuestro daño.

—No te cures d'eso —dixo Grimonte—. Faz lo que te ruego.

El escudero se partió d'él y fuese al castillo, e dixo al cavallero todo lo que Grimonte le mandó, el cual uvo mucho pesar en oírlo e dixo a la fada:

—Señora, por cosa del mundo yo no me de<n>t<r>endré que no salga a conbatirme con aquel cavallero loco, aunque sepa morir.

A la dueña le pesó mucho e por cosas que le dixo no gelo pudo estorvar que otro día no saliese, y aquella noche se le fizo mil años esperando la mañá. Y la fada estava muy triste e pensava de obrar por sus encantamientos porque no recibiese daño, mas poco le aprovechó, que Grimonte ^{319v} traía la sortija que Clalisa le dio, por onde no le pudieran enpecer, y aquella noche dixo a la donzella:

—Señora, alegraos, que yo creo que mañana saldrá el cavallero a conbatirse conmigo e yo'spero en Nuestro Señor de daros la cabeça d'él porque vos podáis ir a vuestra tierra algún tanto consolada.

—¡Ay, Cavallero del Espina —dixo la donzella—, así lo quiera Dios, que gran daño sería si tal cavallero como vós, en quien ay toda bondad, aquí muriese! Bienaventurada se puede llamar aquella que vós amáis. Si en vós ay tanta lealtad como fermosura ella devía de ser de gran valor para que meresciese de ser de vós amada.

Grimonte se acordó de su señora, cómo

en valor y en fermosura otra nenguna se le igualava, e las lágrimas le vinieron a los ojos, y sospiró muy fieramente y estuvo una pieça que no pudo hablar. E luego se despidió de la donzella e fuese a su tienda, y estuvo toda aquella noche muy cuitado pensando en su señora, e pensava que si aquel cavallero de la fada era verdad que no lo podía matar sino aquel que más lealmente amase qu'él devría de ser, porqu'él jamás avía herrado a su señora en dicho ni en fecho, y esta esperanza de aver d'él vitoria le hizo alegrar e deseava ya verse con él en la batalla.

[LXXV]

Ansí como fue el alva del día se levantó y armose y cavalgó en su cavallo. Enlazado su yelmo e su lança en la mano se fue al campo y estuvo esperando si vendría el cavallero, e no pasó mucho tienpo que lo vido salir del castillo todo armado encima de un muy buen cavallo, e veníase su paso contra él e como fue cerca díxole:

—¿Sois vós aquel cavallero que m'enbia<e>stes a desafiar anoche?

—Yo soy aquel que me quería vengar si pudiese de un gran enojo que me avéis fecho —dixo Grimonte—, e por eso é estado aquí diez días esperándote.

—Por tu mal as fecho —dixo el cavallero—, que antes que por aquí pase mucho tienpo avrás mayor enojo qu'él que dizes que as recibido.

—Eso será como Dios quisiere. Puñad de defenderos y dexad las palabras sobervias.

Y como esto dixo bajó su lança e dio de las ^{320r} espuelas a su cavallo y el cavallero de la fada fizo otro tanto, y encontráronse tan poderosamente que las lanças fueron quebradas y ellos feridos, y al pasar topáronse de los escudos tan fuertemente que anbos a

dos fueron a tierra. Y Grimonte se levantó primero, que era más ligero, y enbraçó su escudo y sacó su espada e vino contra el cavallero, que ya se levantava, e como vido tan cerca de sí a su enemigo aparejose de se defender. Y començáronse a ferir muy sin piadad y dábanse tantos e tan pesados golpes que los que miravan se maravillavan. Grimonte andava más ligero e fería al cavallero con la su buena espada cada vez que le acertava [un] golpe, y anduvieron tanto que las lorigas eran rotas por muchas partes. El cavallero de la fada estava ya algún tanto enflaquecido e quisiera folgar si Grimonte le dexara, mas él, que lo conosció, no le dava vagar, e llegose a él e diole tal golpe por encima de la cabeça que la una rodilla le fizo fincar en el suelo. E como se vido tan aquejado y en punto de muerte esforçose cuanto pudo e creció el ardimiento, e dio a Grimonte tan fuerte golpe qu'él escudo le fizo dos partes. La donzella, que así lo vido, que de antes muy alegre estava, pensó de morir con pesar, mas aquel que de gran corazón era no enflaqueció por eso, e vínole a memoria de su señora e dixo:

—Mi señora, bien sabéis vós que yo nunca vos erré en fecho ni en pensamiento. Ayudadme contra este diablo encantado, que si por lealtad á de ser él no puede escapar de mis manos.

Este pensamiento le dio tanto ardimiento que no tenía en nada a su enemigo aunque estava a gran peligro por le aver faltado el escudo, que dio grand'esfuerço al cavallero de la fada, que se llegava a Grimonte sin miedo. Mas él, como era ligero, hazíale perder todos los más de los golpes, y como se vido en tanto peligro con gran corazón arremetió a él tan rezio que no le pudo ferir, e travole del escudo por gelo llevar del cuello, más él lo tovo tan fuerte que no gelo pudo arrancar. E Grimonte, como era de gran

fuerça, abraçolo muy reziamente e dio con él en el suelo, y él encima, y estuvieron una pieça abraçados, que Grimonte no se podía levantar. Mas a la fin, con mucho afán, le puso las rodillas en los pechos e començolo de ferir con la espada por muchas partes,^{320v} tanto que le fizo perder el sentido, y como así lo vio cortole las enlazaduras del yelmo e tomole por los cabellos e cortole la cabeça, e diola a un escudero de la donzella de Cornualla para que gela llevase, con la cual ella fue muy alegre, que más no podía ser.

Grimonte tomó el escudo del cavallero y cavalgó encima de su cavallo, aunqu'estava ferido, e fuese para la donzella, que lo salió a recibir muy alegre e díxole:

—Bendito sea Dios, señor Cavallero del Espina, que vos libró de muerte e así vos dexó quitar a vuestra onra de lo que me prometistes. Ved qué queréis que fagamos, que os veo malferido.

—Quiero —dixo Grimonte— que nos vamos de aquí al primer lugar y allí me curarán.

E luego la donzella mandó alçar las tiendas e cavalgó encima de su palafrén y anduvieron por su camino hasta que llegaron a un lugar muy bueno, e allí se apearon e Grimonte fue curado de sus llagas de un escudero de la donzella, y vieron que avía menester de folgar algún día. Todos los del lugar le venían a ver de que sopieron que avía muerto el cavallero de la fada, y onrávanlo y servíanlo mucho. E sabed que como el cavallero de la fada salió del castillo ella ovo tanto pesar de que no la quiso creer que cayó amortecida, y desdeque tornó en sí levantose como una leona brava y començó de andar a unas partes e a otras, e púsose a las almenas e començó de hazer sus encantamientos para tollecer a Grimonte, que no tuviese fuerças para tollecer a su amigo, mas no le aprovechó nada, como vos deximos, y

esto le fue a ella gran pesar e dezía:

—¡Ay, amigo, a vós é perdido, que mi coraçón me dize que no vos tendré más de ver bivo!

E no pudo tanto con su coraçón que mirase la batalla como la de los otros cavalleros, y como le vinieron a dezir que era muerto tomó tanto coraçón que salió por él e lo desarmó con sus manos, e fizolo llevar al castillo e fizole hazer una sepultura muy rica, e cuando lo metió dentro dixo:

—Amigo, si yo no vos vengo en balde deprendí cuanto sé.

E luego habló con una donzella suya y mandole lo que fiziese. Y la donzella cavalgó en un palafrén e tomó un escudero consigo e salió fuera del castillo, y fuese al lugar a donde Grimonte [estava],^{321r} qu'estava tal que ya podía caminar e tenía acordado de se partir otro día, y así lo fizo. E de allí despidió los dos escuderos de la dueña amiga de Franquel, y cuando ellos llegaron a ella e le dixerón cómo el cavallero de la fada era muerto tornó en todo su plazer e hizo a los escuderos que le contasen la manera de la batalla. Ellos gelo contaron todo y ella llamábase cabtiva porque no avía podido servir a Grimonte como él lo merescía. Y ansimesmo la donzella de Cornualla se despidió de Grimonte y él le agradesció mucho la onra que le fizo.

Cada uno tomó su camino, la donzella con su conpañía e Grimonte solo. E llevaba el escudo del cavallero de la fada, que era muy conocido en toda aquella tierra, y anduvo hasta ora de mediodía, que descavalgó en una floresta para folgar. E él, que quería ya cavalgar para ir su camino, llegó la donzella de la fada e saludole muy cortésmente, y él a ella, e fizo la donzella que mirava mucho el escudo e díxole:

—¡Ay, señor cavallero, por la fe que a Dios devéis que me digáis si sois vós el

cavallero que mató al cavallero de fada, que ese es su escudo!

—Yo me combatí con él —dixo Grimonte— y fize tanto que me vengaré d'él a mi voluntad.

—Bendito vós seáis —dixo ella—, que tanto mal d'esta tierra quitastes, porque aquel no era sino destrucción de buenos cavalleros. Todos los del mundo vos devieran servir por el bien que feziste. Yo por mí digo que no deseo cosa más que hazeros algún servicio porque me pueda llamar bienaventurada. Quiero yo ir en vuestra compañía, si este es vuestro derecho camino, fasta un castillo qu'esta acá delante a donde podéis folgar esta noche. Y seréis bien recibido porqu'el cavallero de la fada mató a un hijo del señor del castillo.

—Dios vos lo agradezca —dixo Grimonte—. Vamos adelante, pues que así queréis.

E luego cavalgó e fueron hablando en muchas cosas fasta que encontraron a un cavallero armado, e venían con el dos escuderos, e como fue cerca estuvo quedo e dixo a alta boz:

—¡Ay, Santa María!, ¿qu[é] es esto que veo? El escudo del cavallero de la fada es este que trae este cavallero. Si él lo mató jamás seré alegre, porque a mí convenía de acabar esta ventura, que pues otro más que yo en el mundo lo ay que más lealmente ame.

La donzella le dixo:

—Cavallero, bien ^{321v} vos podéis tornar, qu'este cavallero qu'el escudo lleva lo mató. Y para él, y no para vós, estava guardada esta onra, porqu'el lo merescía.

—¡Ay, cativo!, ¿qué haré? ¿Cómo pareceré delante de mi señora? Conviéneme de combatirme con este cavallero e ganalle el escudo, que mayor onra me será.

E como dixo esto llegose a Grimonte e

díxole:

—Vós, don cavallero, dadme el escudo, que no merescéis de llevarlo. Si no, muerto sois.

—No me fue a mí tan ligero de ganar como vós lo queréis —dixo Grimonte—. E, pues lo gané, meréscolo de llevar, e por vós no lo dexaré.

—En mal punto lo ganastes —dixo el cavallero—, que por él moriréis.

E abajó la lança e fue contra Grimonte, que lo recibió en el encuentro de su lança tan poderosamente que dio con el cavallero y el cavallo en tierra, y tan grande caída [dio] que le quebró dos costillas e no se pudo mover de por una pieça. Grimonte no curó más d'él e fue su camino. La donzella començó a reír e dixo:

—Más deve ser el amor que tenéis a vuestra señora que fuerças para combatir, pues tan ligeramente caístes. Más vale perder la gracia de vuestra señora que no la vida, por onde devéis de agradecer a Dios y al cavallero que vos quitó de no combatiros con el de la fada, que de sus manos no pudiéades escapar tan ligeramente.

El cavallero quedó g[ru]niendo y ellos fueron su camino. La donzella iba maravillada de la bondad de Grimonte e poniéndose el sol llegaron a la vista de un castillo muy bueno. La donzella dixo:

—Mi señor, aquel es el castillo adonde avéis de alvergar esta noche. Venidos con ese escudero, que yo quiero ir delante a faze-llo saber al señor del castillo.

La donzella se fue, y como llegó estuvo con el señor del castillo e díxole todo lo que su señora la fada l'enviava a dezir, que era que prendiesen allí a Grimonte e que lo tuviesen guardado fasta qu'ella fuese, qu'ella le quería dar muerte por su mano. E díxole más la donzella, cómo Grimonte era muy buen cavallero, que le convenía mostralle

grande amor e fazelle mucha onra, e desqu'estuviere dormiendo metello en la presión. El señor del castillo dixo que se faría todo como ella lo mandava, e salió fuera del castillo a recibir a Grimonte con grande alegría e díxole que fuese muy bienvenido, que le avía vengado del cavallero de la fada, que le avía muerto un ^{322r} fijo qu'él mucho amava, que todos los días de su vida lo servería. Grimonte se le omilló y apeose de su cavallero, e lleváronlo a un palacio e hiziéronlo desarmar, e diéronle un manto que cobriese, e luego las mesas fueron puestas e diéronle de cenar. E el cavallero señor del castillo e un fijo suyo eran maravillados de ver la fermosura de Grimonte, e la donzella que allí lo trajo más, e desde fue ora lleváronlo a una cámara a donde estava un rico lecho, y allí se acostó e luego fue dormido.

El señor del castillo e su hijo se armaron, e otros dos cavalleros e diez villanos que fueron para prendello, e tomaron tan calladamente a Grimonte qu'él no lo sentió fasta que l'estavan atando las manos. E como los vido túvose por engañado e levantose muy rezo, mas los villanos lo tomaron entre sí, e unos por los cabellos e otros por los braços, que aunqu'ellos mucha fuerça tenían no lo pudieran prender si no fuera por los cavalleros que le pusieron las lanças en los pechos e le dixeran qu'estuviere quedo, si no que lo matarían. Los villanos le ataron las manos y ansí desnudo como estava lo metieron en una cárcel muy oscura, y echáronle cadenas a los pies e cerraron la puerta e dexáronlo allí. Él, que ansí se vido, pensó de morir de pesar, porque nenguna esperança de ser librado de allí tenía porque la donzella le dixo, cuando allí lo metieron, que antes de tres días sería quemado por mano de la fada, a quien él tanto pesar avía fecho, que bien sabía que nenguna piedad d'él avían de aver. E començó de llorar acordándose de

su señora e dezía:

—¡O, mi señora! No me pesa de mí por morir tan cedo, que para esto nací, mas por el vuestro pesar, que soy cierto que de mi muerte sentiréis vós gran dolor sin yo vos lo merescer. De lo que más me pesa, que en el mundo fallaréis quien tanto vos ame e desee servir como yo. ¡Ay, ventura, cómo me asido esquivada después que vine al reino de Inglaterra, que ansí me apartaste de mis amigos e no quisiste que ninguno d'e<sus>llos me viese morir ni pudiesen socorrerme en tal cuita! Vós, señora, reina del cielo, sois aquella que no desanparáis a los que vos an menester. Ruégovos que no consintáis que yo muera tan cervilmente.

Otras <co> cosas dezía de gran pesar, e nunca el su corazón esforçado fue desmayado si entonces no y mucho se aquejava por ser engañado por donzella, pues él ^{322v} tanto las servía e onrava. Y ansí pasó aquella noche e otro día a la mayor cuita que nunca él jamás sufrió, y en todo este tienpo no le dieron de comer ni de beber, tan clueres le eran, qu'el señor del castillo era tío de la fada.

[LXXVI]

Como la donzella vido a Grimonte preso luego se partió e no paró fasta llegar a su señora, que fue la más alegre del mundo con aquellas nuevas, y luego cavalgó en un palafrén e tomó consigo tres cavalleros e cuatro escuderos e fuese muy apriesa. E yendo por el camino alcançó un cavallero] que iba por el camino e llevaba dos escuderos consigo, e como él la vido tan triste e vestida de negro pensó que alguna cuita llevaba, e llegose a ella e díxole:

—Señora, todos los cavalleros somos obligados de socorrer cualquiera dueña o donzella que aya menester ayuda. Veos mal enojada. Ruégovos que me digáis la causa e

si ovierdes menester mi ayuda vos serviré en cualquiera cosa que me ayáis menester, por grave que sea.

—Dios vos lo agradezca —dixo la dueña—, que tanto vos ofrecéis a me ayudar. Yo'spero en Dios de muy presto vengarme de aquel que me á fecho pesar. E si quisierdes venir conmigo vello éis, porque según vuestra medida [y] lo que me avéis dicho ayudarm'éis si me fuere menester.

—Eso faré yo de grado —dixo el cavallero.

—Muchas mercedes —dixo ella.

Sabed qu'el cavallero era Brimarte, fijo del rey de Cecilia, que andava buscando a Grimonte, el cual avía pasado por muchas aventuras e avía fecho muchas cosas en armas por socorrer los que avían menester su ayuda, que aquí no cuenta. E avía dos días que avía topado a Dalvides, el escudero de Grimonte, que avía andado muchas tierras buscando a su señor, e quería morir con pesar de que no fallava nuevas d'él. E Brimarte ^{323r} le rogó que se fuese con él, qu'él tenía esperanza en Nuestro Señor que muy presto sabrían de Grimonte. Él por su ruego lo fizo e quísolos Dios traer allí para que lo socorriesen.

La fada iva muy pagada de Brimarte, que lo vio tan apuesto, e vínoles la noche en el camino e uvieron de folgar cabe una fuente. E una ora antes del día se levantaron e fueron a ora de prima en el castillo, e la fada nunca dixo a Brimarte ninguna cosa de lo que iva a fazer. El señor del castillo la recibió muy bien, y ella le agradeció lo que avía hecho y rogole que luego el cavallero fuese quemado. Él dixo que todo lo qu'ella quisiere se fiziese e pescudole quién era aquel cavallero que con ella venía. Ella le dixo que era un cavallero muy bueno, que no se recelase ninguna cosa d'él, y así entraron en el castillo, e luego mandaron fazer una forza

cerca del castillo para enhorcar a Grimonte e un fuego muy grande para quemallo. E todo fue hecho muy presto, e luego se armó el señor del castillo e su fijo e todos los otros. Brimarte se maravillava e no podía pensar qué querían fazer, e la fada le dixo:

—Señor cavallero, agora veréis enforcar un cavallero que me á fecho grande pesar, que me mató la cosa del mundo que yo más amava. Agora no le valdrá el su grande ardimiento ni la mala vieja que sienpre le á socorrido.

Brimarte, quando aquello oyó, turbóse ya quanto porque pensó si aquel era Grimonte quando oyó hablar de la vieja, e díxole:

—Señora, yo soy alegre porque vós sois vengada, mas más quisiera que fuera por mi mano, por serviros, e quiero aparejarme si vos fiziere menester mi ayuda.

Y enlazó su yelmo con pensamiento que si fuese aquel Grimonte de morir o librallo. La fada mandó a los villanos que lo sacasen de la cárcel y ellos lo fizieron. Grimonte, qu'estava tan laso e flaco del mucho llorar e de no aver comido dos días, que no tenía fuerças, quando así se vido llevar alçó los ojos al cielo e dixo:

—¡O, Señor, Dios!, ¿por qué me posiste en tan gran alteza entre los otros cavalleros para me dar muerte tan abilta<ta>da? Agora conosco yo que todas las cosas son nada sino tú. ¡O, fortuna, que así buelvas tu rueda y en una ora abajas a los que te plazel!

E los villanos lo ferían deziéndole<s> cosas muy viles, y así lo sacaron al palacio a donde estava la fada e su tío, y ella muy alegre le dixo: ^{323v}

—Agora, don cavallero, me pagaréis el gran pesar que me fezistes, que yo vos faré quemar en bivas llamas, que n'os valdrá la mala vieja que os dio la sortija por onde mi saber n'os pudo enpecer. Y id vosotros luego e poneldo en la horca, e muera como

traidor, cual es.

Brimarte conoció a Grimonte, aunque estaba desem<a>[e]jado, y el pensó de morir de pesar, e dixo:

—¡O, Señor, Dios!, ¿cómo consentistes qu'el mejor cavallero del mundo veniese en tal estado? Esto sería fecho por traición, y así morirán todos como traidores lo[s] qu'esto fizieron.

E sacó el espada y enbraçó su escudo, e dio tan fuerte golpe a la fada que le cortó la cabeça e fue rodando por el palacio. El señor del castillo e todos los otros cavalleros dexáronse venir a él e començáronlo de ferir por todas partes, mas él andava tan bravo entr'ellos que parecía un león, e de dos golpes echó a tierra el fijo del señor del castillo e a otro cavallero malamente feridos, e hizo tanto que en poca de ora no le paró ninguno en el palacio, que los cuatro d'ellos derrocó a tierra, y el señor del castillo se fue huyendo a meter en una torre. Qué vos diremos de Dalvides, el escudero de Grimonte, que como conoció a su señor ovo por una parte grande alegría. De verlo tan mal parado creciole tan[ta] ira e saña que parecía qu'estaba fuera de su seso, e fue a tomar una hacha que vio en el palacio e fuese para los villanos que tenían atado a su señor e començó de dezir a grandes bozes:

—Quitavos afuera, villanos, dexad al mejor cavallero que nunca trajo armas. Malditos seáis vosotros e la ora en que nacistes.

E alçó la hacha e dio tal golpe al primero que acertó que le hendió fasta los dientes, y así al segundo. El escudero de Brimarte tomó una lança e ferió tan malamente a otro villano por los costados que dio con él muerto en tierra, e como ellos esto vieron dexaron a Grimonte e tomaron los que quedaron fachas e porras e començaron de pelear con Dalvides y con el otro escudero. Mas Dalvides andava tan ligero e bravo que

aunque fueran otros tantos no le parecieran nada, e feríanlos muy sin piedad.

Grimonte, que vido tan buen socorro, no vos podría onbre dezir ^{324r} el alegría de su coraçón, que bien conoció a Brimarte en las armas e creciole tanto ardimiento que puso tanta fuerça que quebró las ataduras con que tenía liadas las manos, y aunque estaba desnudo en camisa no dexó de ir a tomar el escudo del hijo del señor del castillo y una espada muy buena, e cuando con esto se vido hallose tan fuerte como si tuviera todas sus armas e fue ayudar a Dalvides, que bien le fazía menester su ayuda. E <d>[v]io a un escudero que iba a ferir a Dalvides por las espaldas con una porra, y antes qu'ella alçase le dio tal golpe por encima de la cabeça que no ovo menester maestro. E como él les ayudó los villanos ni escuderos no lo pudieron sufrir e fuéronse huyendo a meter por las torres. Dalvides fue a hincar los inojos delante de su señor y llorando muy fieramente le besó las manos. Grimonte lo abraçó y lo besó en el rostro, e díxole:

—Amigo, buscad por aquí mis armas e ayudadme a armar. Iremos a ver qué faze Brimarte, que bien socorrido é sido d'él.

E luego fueron a la cámara a donde él se avía acostado e hallaron los vestidos e sus armas, e muy prestamente se vestió y armó, y salió fuera muy alegre e falló a Brimarte, que peleava con los cavalleros por las torres e no alcançava a naide que no lo matase, que maravilla era de ver su grande bondad. E Grimonte llegó a la puerta de la torre a donde estava el señor del castillo e tomó una hacha que llevaba Dalvides e dio tales tres golpes a la puerta que la echó a tierra, y entró dentro e falló al viejo, qu'estava haciendo grandes llantos por el mal que avía recibido, e tomolo por los cavellos e díxole:

—Para Santa María, don traidor, que vós moriréis la muerte que a mí me queríades dar.

E sacáronlo fuera e echáronle una sog a la garganta, y mandó a Dalvides e al escudero de Brimarte que lo llevasen a horcar a la horca que para él estava hecha, y luego ellos lo hizieron. E Grimonte quería echar huego al castillo e dexolo por ruego de la dueña, que se le hincó de rodillas, que no lo fiziese, e por ella lo dexó. E después que no fallaron quien se le defendiese Grimonte fue abraçar a Brimarte e con grande alegría estuvieron una pieça <hablando> [abrazados], que no se pudieron hablar, e Grimonte le dixo:

—Mucho tengo que agradecer a Nuestro Señor por traervos aquí a tal tienpo que me librades de la muerte, y otro no lo pudiera fazer sino vós. Y pues Dios tanto bien me fizo que y'os pudiese ^{324v} ver, vamos de aquí, qu'este lugar es de traidores.

—Vamos —dixo Brimarte—, que, pues vos fallé, todas las otras cosas tengo en nada.

E luego salieron al corrar e hizieron a los escuderos que buscasen sus cavallos, e ensillados cavalgaron e salieron fuera del castillo y anduvieron lo que les quedó del día. E hallaron un lugar muy bueno en que aquella noche se aposentaron e Brimarte fue curado de algunas llagas que traía, e tanto era el plazer que tenía que no las sentía, e Grimonte comió, que bien lo avía menester. Aquella noche folgaron del trabajo que avían recibido. Otro día cavalgaron e fueron su camino con grande plazer contándose el uno al otro las cosas que avían pasado después que no se avían visto.

Grimonte pescudó a Brimarte por Manfredro. Él le dixo que no sabía nueva cierta d'él «porque luego me partí de la corte en vuestra busca», mas que creía que era ido para Francia con Dinerpa, su esposa. Grimonte se turbó con aquellas nuevas porque bien pensó que su señora estaría muy cuitada desde que supiese qu'él era perdido e viese ir a su hermano y no a él, e pensó en su

coraçón de no detenerse por cosa del mundo, e dixo a Brimarte:

—Si yo, señor Brimarte, no pensase de serviros el mucho cargo que os soy, no querría bevir. Yo querría, si vós mandádes, que fuésemos a la corte del rey de Inglaterra e de allí luego partiésemos para Francia, que bien soy cierto qu'el rey e nuestros amigos nos desearán, y es razón que vamos ayudar a Manfredro si le fuere menester nuestra ayuda.

—Sea como mandardes —dixo Brimarte—, que yo tengo de fazer vuestra voluntad. E cosa que por vós faga no me lo agradezáis, que vuestro gran valor lo merescé.

Y en estas cosas y en otras <y en otras> muchas fueron hablando todo aquel día, y en la noche durmieron en casa de un montañero que mucho los servió. Cuando vido el escudo de Grimonte maravillose e díxole:

—Ruégovos, mi señor, que me digáis si es este el escudo del cavallero de la fada, porque yo lo vi conbatir una vez con un cavallero e lo mató, e conosco bien qu'es este el escudo qu'él traía. Si vós le matastes por bienaventurado me tendría de teneros en mi casa, que mucho mal quitastes del mundo.

—Amigo —dixo Grimonte—, qu'el e su amiga la fada son muertos y en lugar están a donde pagarán el mal que fazían.

Mucho fue alegre el montañero con aquellas nuevas e dixo:

—Bendita sea la ora en que vós nacistes y aquella que vós amáis, ya que tanta fuerça vos dio para acabar aquella ventura. E si vós acabádeses otra que ay en esta tierra podríades vós preciar e loar por el mejor cavallero que ay en el mundo.

—¿Qué ventura es esa? —dixo Brimarte—. Dezídnosla, que vos dé Dios buena ventura.

—Sabed, señores cavalleros —dixo él—, que dos jornadas de aquí, a la mano

derecha del camino que lleváis, ay una torre que se llama del Salvage, en la ^{325r} cual está un cavallero e una donzella que sufre la mayor cuita que jamás nunca personas humanas sufrieron. E deziros vos é cómo en esta tierra uvo un cavallero de alto linage e diose más al saber que a seguir las armas. Este tenía una hija muy fermosa que muchos deseavan de casar con ella, e su padre tanto la amava que no la quería partir de sí. Y este cavallero crió en su casa un escudero que después él por su mano lo armó cavallero, e lo tenía en lugar de fijo por sus buenas costumbres e maneras, y era azás apuesto, tanto que la fija del cavallero se enamoró d'él y él d'ella, y amáronse tanto que de noche él entrava en la cámara de la donzella e folgavan en uno mucho a su voluntad. E una noche sentiolo el cavallero, y entró en la cámara de su hija e fallolos abraçados dormiendo, y él uvo tanto pesar quando así los vido que pensó d'ensandecer, e obró luego a su saber, qu'ellos no pudieron despertar hasta qu'él los despertó, e hizo por su saber una torre en que los puso. E dizen que cadaldía los açotan dos onbres negros como el carbón con vergas de yerro fasta que les hazen muy grandes llagas e después métenlos en una tina de agua muy fría e sal. Y así están fasta ora de prima, que sale una sierpe muy grande de un palacio e toma a la donzella en la boca e súbela a lo más alto de la torre desnuda, e puédenla ver cuantos estuvieren a la redonda de la torre, e parece a los que la miran que la sierpe la desfaze con las uñas y los dientes, y ella da los más dolorosos gemidos que dezir se pueden llamando a los cavalleros que la socorriesen en tal cuita. E después que así la tiene una pieça vase con ella e llévala al palacio a donde están los onbres negros, que cluelmente la fieren, e otro tanto faze la sierpe al cavallero. E tal vida tienen como vos digo, que sola una ora

no pasa que no sean atormentados. E a la puerta de la torre donde estos están lo guarda un salvage con un escudo y un bastón, e cualquiera que quiere entrar le defiende la entrada tan bravamente que fasta oy nunca á entrado cavallero por ardid que sea de las puertas adentro, aunqu'ellas están abiertas. E después qu'el padre de la donzella fizo todo esto que avéis oído díxoles: «Vosotros posistes el mayor dolor que nunca cavallero sintió en mi corazón e me desonrastes tan malamente. Así quiero yo que todo el mundo sepa vuestro mal fecho e seáis atormentados de muy graves penas hasta que venga el mejor de los cavalleros que vos libre e saque de aquí. Porque yo no lo veré, quiero que reciba esta onra en su venida». E luego se salió de la torre e tomó consigo a su muger, e fuese d'esta tierra e jamás nunca persona le vido más. Ya á oy veinte años e más qu'el cavallero e la donzella están en la torre. Muchos cavalleros de alto fecho de armas an venido allí, mas nenguno no á podido entrar porqu'el salvaje los para tales que caen delante d'él así como muertos e no se levantan fasta que sus escuderos los sacan hasta un trecho de ballesta del castillo, e luego cobran su sentido e quedan por gran pieça muy quebrantados. Agora vos é dicho todo ^{325v} el fecho de la Torre del Salvage e si allá queréis ir yo vos mostraré el camino, que anbos a dos me parecéis cavalleros para bien fazer.

—Cierto, amigo —dixo Grimonte—, estrañas cosas nos avéis contado. Jamás oí dezir de padre tan cluel como lo fue aquel cavallero, que los yerros que amor causa no devrían de ser así castigados, e todos los cavalleros del mundo devían de venir allí por librar aquella donzella. Ruégovos que de mañana nos mostréis el camino, que todavía quiero ir a verla.

El montañero dixo que así lo faría y

aquella noche folgaron, y otro día el montañero les mostró el camino por onde avían de ir y encomendáronlo a Dios. Y anduvieron tanto que al tercer día, a ora de prima, llegaron a la Torre del Salvage, y no estuvieron mucho que no vieron la sierpe que traía la donzella encima de la torre e començola a ferir con las uñas e con los dientes. La donzella se quexava mucho, mas tenía la boz tan lasa e flaca que no entendían lo que dezía<n>, mas mucha piadad ovieron Grimonte y Brimarte d'ella e las <i>[á]gr[im]> as le vinieron a los ojos. Brimarte dixo a Grimonte:

—Jamás vi cosa que mayor dolor me hiziese qu'es esto d'esta donzella. Pídvos por merced me dexéis ir a combatir con el salvage, porque si librase aquella donzella de aquella cuita por bienaventurado me tendría. Quiero poner todas mis fuerças, e quando no pudiere entrar en el castillo vós os vengaréis del mal que recibiere.

—En el nonbre de Dios —dixo Grimonte—, id luego, que mucho nos tardamos. Bien soy cierto que si bondad de cavallero los á de librar vós seréis aquel.

Brimarte se fue para la puerta de la torre e luego el salvage salió, e como lo vido fuera [se] acercó, qu'estava delante de la puerta, a donde él se combatía con los cavalleros. El salvaje era grande de cuerpo e tan feo que no avía onbre que lo viese que no espantase, e traía enbraçado un escudo muy grande que le cobría la meitad del cuerpo y un gran bastón en la mano. Brimarte no supo qué fazerse quando así lo vido, si se combatir con él a cavallo o a pie, e acordó de ir a cavallo y entrar en el cercuito baxa su lança, y encontrole en el escudo tan rezio que la fizo toda pedaços, y el salvaje alçó el bastón e dio tan fuerte golpe en la cabeça del cavallo de Brimarte que gela fendió e cayó el cavallo muerto. Y él salió luego d'él,

mas hallose enbargado de una pierna, qu'el golpe allegó a ferille a él, mas como era de gran cora^{326r}çón fue a ferir de muchos golpes con la espada en el escudo del salvage, mas muy poco l'enpecía. El salvage le fería a su voluntad muchas vezes con el bastón e dávale tan esquivos golpes que Brimarte andava muy mal parado, mas con todo anduvieron una pieça en su batalla, que era cosa estraña de mirallos, y a la fin el salvage dio tan esquivo golpe a Brimarte por encima de la cabeça que dio con él en el suelo amortecido y el salvage se tornó a meter en la torre. Dalvides y su escudero lo fueron a ver e tomáronlo en sus braços, e sacáronlo fuera e lleváronlo lexos de la torre.

Grimonte, que avía visto la batalla e vido a Brimarte tan mal parado, creciole gran saña y apeose muy prestamente de su cavallo, e tomó la lança en la mano e fuese a meter en el cerco a donde avía de ser la batalla. El salvage fue luego con él. Grimonte tomó la lança con ambas manos e dio al salvage por encima de la cabeça con ella tan fuertemente que la quebró por la meitad. El salvage se sentió mucho de aquel golpe e vino contra Grimonte muy bravo, mas Grimonte alçó el escudo e recibió los golpes en él, mas tales eran qu'el brazo en qu'él tenía el escudo se le entomeció y con la meitad de la lança que le quedó feriole otra vez muy malamente, tanto qu'el salvage no se osava a él allegar. Grimonte se guardava<n> de sus golpes, como era ligero, e pensole de ferir otra vez encima de la cabeça, mas el salvage alçó el escudo y recibió el golpe en él, e el pedaço de la lança se quebró en dos partes.

Grimonte se vido aquejado, que mucho a su voluntad lo fería con aquel pedaço de lança que traía en las manos, e como vido que no tenía remedio con el salvage, según lo hallava fuerte, echó el escudo en el suelo e juntó muy prestamente con él, e tomolo

en sus braços e túvolo tan rezio qu'el salvage no se pudo descabullir de sus manos por mucha fuerça que puso. Grimonte lo alçó del suelo e metiolo por la puerta de la torre por fuerça, y así, como fue dentro, las puertas se cerraron e quedó tan oscuro como si fuera de noche. Grimonte no sentió más al salvage, que se desvaneció entre los braços y él quedo muy cansado, y estuvo así una pieça por cobrar fuelgo. E desque se sentió folgado començó de atentar por unas partes e por otras por ver si hallaría por ónde salir o sobir a la torre, y anduvo tanto buscando que falló una escalera muy angosta e començó de sobir por ella, y sobió bien veinte escalones que no vio claridad, e iba a gran pena, mas él po^{326v}nia todas sus fuerças por ir adelante. E mirando delante de sí vio claridad e la escalera por onde iba muy clara.

Él fue muy alegre e encomendose a Dios, que lo ayudase, e subiendo más adelante tiraron por él tan rezio que le hizieron tornar atrás dos escalones. Él se maravilló mucho porque no vía quién lo hazía, e començose de señar e tornó a subir con gran coraçón, e sacó el espada y púsola delante de sí, mas poco le aprovechava, que muy fuerte tiravan por él que no sobiese. Mas él iv'adelante cuanto podía, e a la fin sobió con grande afán e halló un palacio muy bien obrado, mas en él no avía nenguna cosa salvo a una parte, qu'estava una puerta. E llegándose a ella vido dos onbres negros como una pez, los que vos deximos que atormentaban al cavallero y a la donzella, e cada uno d'ellos tenía en las manos una [ma]ça de fierro, y el uno estava puesto a una parte de la puerta y el otro a la otra.

Grimonte, como los vido, conoció que aquellos eran los que le avían dicho, e como él iba sin escudo no sabía cómo los acometiese, y estuvo pensando qué faría y no falló nengún remedio salvo ponerse a

toda ventura e lo mejor que pudiese entrar en el palacio. E como llegó a la puerta los negros alçaron las maças e començáronlo de amenazar. Él iba a dar con la espada al uno d'ellos y el otro le dio tan gran golpe en ella que gela hizo soltar de las manos e fue quebrada cabe la enpuñadura. Grimonte quiso morir de pesar cuando vido su espada quebrada, e no tenía arma ninguna con que se defendiese e creciole tanto la ira que no temió ningund peligro que venir le pudiese. Entró muy apriesa por entre medias de los dos. Ellos descargaron las maças y firiéronle con ellas, tanto que le hizieron fincar las rodillas en el suelo, mas él muy prestamente se levantó y fue adelante. Por mucho poder que en ellos ovo no lo pudieron quitar que no entrase en el palacio. Como fue dentro luego ellos echaron las maças al suelo y desaparecieron de allí. Grimonte no los vido más y él quedó muy cansado de los fuertes golpes que avía recibido. Mirando a una parte del palacio vido el cavallero y la donzella que davan muy grandes bozes y dezían:

—Venid adelante, bienaventurado cavallero, ^{327r} que por vós seremos oy librados de la mayor cuita que cavallero ni donzella sufrieron.

Grimonte, que los vio desnudos, todos llagados, las lágrimas le venieron a los ojos de piedad d'ellos. Llegose a la tina donde estaban metidos y tomó luego a la donzella en los braços y sacola afuera, y asimesmo al cavallero, y luego todas las llagas que tenían fueron curadas y ellos quedaron libres y sanos. Grimonte, que los avía visto desnudos, vídolos muy bien vestidos de ricos atavíos y fue muy alegre. Hincó las rodillas en el suelo e dio muchas gracias a Nuestro Señor por le dexar acavar aquella ventura, y el cavallero y la donzella cayeron a sus pies [y] començáronle de besar los pies y las manos. Él les dixo:

—Amigos, dad gracias aquel poderoso Señor que vos quitó de la cuita en que estávais, qu'él es aquel que lo hizo, que yo no tuviera poder. Y vamos luego de aquí, que dexé un compañero en gran peligro. No sé cómo le va.

—Vamos —dixeron ellos—, que tiempo es que salgamos de aquí.

Grimonte tomó los pedaços de su espada en la mano y dixo:

—¡Ay, espada, cuánta onra me avéis dado a ganar! Agora no sé qué faga sin vós.

E tomó el cavallero por la mano y sacolo fuera del palacio. Y como fue en el otro, que de antes no avía visto nada, vido una cadera muy rica, que en ella estava sentada una imagen de un rey que parecía de gran reverencia y en la mano tenía una corona de oro, la más rica ^{327v} que dezir se os podría, y tenía siete estrellas e siete piedras preciosas que resplandecían como el sol. Y en la mano derecha tenía un espada que era tan buena e tan rica que la que Grimonte avía perdido no se igualava con ella con gran parte, ni la espada que ganó el enperador Serpio, que se llamava Sin Pavor, no era tan preciada como aquella. Mucho fue maravillado e alegre Grimonte quando la vido, e llegose a la imagen e quísole tomar el espada, que aquella codiciava él más que la corona. La imagen la tuvo tan fuerte que no gela pudo sacar de la mano. Grimonte quedó espantado e mirando bien vido en los pechos de la imagen una tabla de jaspe muy lisa, y estavan en ella escritas letras en latín que dezían: «Marsindo, omíllate e recibirás esta corona, que a ti más que a otro conviene por la grande tierra e [gobiernos] de que as de ser señor, por onde el reino de Inglaterra será menguado de bien y no vendrá en aquella alteza que viniera si tú d'ella fueras señor. Recibe esta espada, que otra mejor qu'ella no la ay en el mundo, en señal que en tu tiempo no avrá otro

que [la] justicia mantenga». Grimonte, que lio las letras, como era sesudo, entendió bien lo que dezían e fue muy maravillado, e hincó las rodillas delante de la imagen. E luego tendió ella la mano e púsole la corona en la cabeça e púsole el espada en la mano, e no le pareció a Grimonte sino que propiamente vía delante de sí al enperador, su padre. E mientre que así estuvo hincado de rodillas vido grandes cosas, qu'él d'espantado estava fuera de su sentido, e quando tornó en su acuerdo hallose con la corona y la espada en las manos, e no vido sino al cavallero e a la donzella que lo esperavan. E todas las cosas que avía visto se le olvidaron hasta qu'estuvo en Costantinopla, que las vido claramente. Y como él vido al cavallero díxole:

—Amigo, ruégovos que me perdonéis, que me é detenido.

—¡Ay, señor, no digáis tal cosa! —dixeron ellos—. Que vós no podéis fazer ni dezir cosa que buena no sea.

—Mucho somos alegres de las ricas joyas que lleváis —dixo la donzella—. Estas vi yo a mi padre muchas vezes e dezía que las tenía para el mejor cavallero del mundo. Y así lo fue, pues que vós las leváis.

Grimonte los tomó por las manos e decendiolos por la escalera, e como ellos fueron abaxo luego la puerta de la torre se abrió, saliendo ellos al canpo. Luego se tornó a cerrar, que jamás después se abrió ^{328r} ni persona entró dentro.

Sabed que como ellos fueron fuera de la torre vieron los campos llenos de gentes que vinieron a ver el cavallero que avía librado al cavallero e a la donzella. Y estos eran de una villa qu'estava muy cerca de allí adonde bevía una tía de la donzella, que sabía algún poco de lo que su hermano sabía, e con gran gozo que uvo de la diliberación de su sobrina díxolo a todos, que veniesen a ver el buen cavallero, y ella mesma vino con

ellos. E cuando vido a su sobrina fue llorando a abraçalla e después echose a los pies de Grimonte gradeciéndole mucho lo que avía fecho. Brimarte estava ya bueno e vino corriendo a abraçar a Grimonte como si uviera mucho que no lo uviera visto, e díxole:

—Mi señor, más rico venís que fuestes, según veo la rica corona que trais, de la cual vós sois merescedor. Bien sabía yo que en vano avía de trabajar a donde vós estáis, que para vós son guardadas todas las buenas venturas.

—Dios las da a quien él le plazze —dixo Grimonte—, mas si cavallero meresce algún bien vós aviades de ser aquel.

Todos corrían por ver al cavallero e a la donzella que tanto tienpo sofrieron grandes penas, e los loores e bendiciones que a Grimonte davan no se vos podrían dezir. E por ruego de la dueña tía de la donzella estuvo Grimonte allí tres días con ellos, y en aquel tienpo se casó el cavallero con la donzella e le fue dada la eredad de su padre, que aquella dueña tenía. Todos le hazían grande onra a Grimonte, e venían por verlo todos los que oían dezir de aquel fecho. Y acabo d'estos tres días se despidió de todos, que gran pesar le fue a la donzella y al cavallero de verlo partir, y jamás d'él se quisieran apartar, y él les encomendó a Dios e fuese por su camino adelante.

[LXXVII]

Cuatro días anduvieron Grimonte e Brimarte sin les acaescer cosa del mundo. Grimonte iba muy alegre con la rica espada que llevaba e más por las razones que avía leído en el jaspe, e iba pensando en su corazón si él podía ser hijo del enperador según lo que le avía acontecido con él cuando guardava el paso de la puente e la dueña que le dio la lança le dixo. E afirmó en

su corazón, cuan^{328v}to viese a su señora, de dezille todas aquellas cosas [y] con su licencia ir a ver al enperador e saber la verdad de todo. Y al quinto día que avían caminado a ora de nona pasaron por un castillo qu'estava asentado en una peña, que era muy rica a maravilla, y ellos estuvieron una pieça mirándolo e loávano mucho. Y ellos estando así vieron venir seis escuderos e traían entre sí una donzella muy ferosa que venía llorando muy fieramente, e dezía:

—¡Ay, Arquilao, que en fuerte punto salí contigo, pues así nos avía de acontecer!

Grimonte, que de Arquilao oyó hablar, estremeciose todo, y ansimesmo Brimarte, e fueron anbos a dos para los escuderos e dixéronles:

—Que vos dé Dios la ventura. ¿Cómo lleváis esa donzella, qu'ella así se queja? Dexalda luego, si no muertos sois.

—No la dexaremos —dixeron ellos—, que allí viene quien la defenderá de vosotros.

Grimonte bolvió la lança e con el cuento dio tal golpe al que la llevaba que dio con él en el suelo e la donzella cayó con él, e Brimarte fizo otro tanto. Los escuderos echaron a huir e dexaron la donzella. Dalvides decendió por ella. Grimonte, que quería pescudar a la donzella por Arquilao, vido muy cerca de sí un gigante que tenía un cavallero arrastrando por los cabellos de unas armas bermejas, e vido seis cavalleros que venían con él, que traían entre sí otro cavallero de unas armas negras e feríanlo muy malamente. El gigante, que vido sus escuderos mal parados e tomada la donzella, dixo en alta boz:

—¡O, viles cavalleros, en mal punto me fezistes tal pesar, que moriréis muy cluel muerte!

E dexó el cavallero que traía por los cabellos caer en el suelo, qu'él venía tal que no se podía mover, e sacó su espada, que

de lança no se le acordó, tanta tenía la ira. E vino contra Grimonte, que iba contra él, el cual l'encontró con su lança tan poderosamente por el pecho que armadura que traxese no le prestó, e fizole una gran llaga e la lança quebró por muchos lugares. El gigante fue movido de la silla e Grimonte pasó por él y antes qu'el gigante se tornó a sentar en la silla Grimonte sacó la su buena espada e diole tal golpe encima de un onbro que lo fendió fasta la cinta. Y aquel ^{329r} fue el más fuerte golpe que Grimonte en su vida dio, e causolo la muy buena espada que en sus manos tenía, que hizo tan estraño comienço. El gigante cayó luego muerto en <to en> el suelo. Brimarte avía acometido a los seis cavalleros con tanto ardimiento que al primer golpe derrocó a uno d'ellos muerto y andava entre los otros tan bivo e ligero que era maravilla de verlo. Grimonte, que vido al gigante en tierra, fue ayudar a Brimarte y acometiéronlos anbos a dos tan bravamente que todos fueron muertos e malferidos, que nenguno escapó. Los cavalleros que venían presos estaban espantados de ver la bondad de aquellos que los libravan e no podían pensar quién fuesen. E Grimonte conoció a Arquilao, que no tenía yelmo, que era el qu'el gigante traía por los cabellos, e decendió de su cavallo e fue con los braços tendidos a él deziéndole:

—¡Ay, mi señor Arquilao, bendito sea Dios, que a tal ora me trajo que vos librase de poder d'este diablo!

Arquilao lo conoció e fue tan alegre que más no lo podía ser:

—¡Ay, Santa María —dixo él—, cuánta merced me avéis oy hecho en ver delante de mis ojos a este que tan deseado tenía! Ruégovos, mi señor, que quitéis el yelmo por ver si sois vós Grimonte, aunque cierto es que otro no pudiera fazer tales maravillas en armas sino él.

Grimonte quitó el yelmo e vido estar a Brimarte abraçado con el otro cavallero e conoció que era Carpasio, e fue a él corriendo e Carpasio vino para él, e estuvieron gran pieça abraçados. Jamás se vido tal alegría como entre aquellos cuatro cavalleros avía, y acordaron de partirse de allí porque no les viniese algún enxero. Arquilao tomó el cavallo del gigante e Carpasio el mejor de los que allí falló, e a la donzella pusieron en otro, que muy demasiadamente estava alegre, e partieron de allí e fueron a dormir aquella noche en casa de un cavallero que muy bien los rescibió, especialmente desque supo que avían muerto al gigante, que era su enemigo. Y mientras les adobavan de cenar ellos se desarmaron e lavaron sus caras, e cubriéronse sendos mantos e saliéronse a una huerta a hablar, e allí se contaron todas las aventuras que avían pasado. Grimonte les dixo:

—Dado me avéis, mis señores, a ^{329v} conocer el amor verdadero que me tenéis, pues por mí avéis llevado tanto afán. Quiera Dios que yo lo pueda pagar.

—A mí pagado me lo tenéis —dixo Arquilao— con tan fuerte golpe como me distes en el torneo de Leredes e de Narsipio, que yo no pensé de salir bivo de vuestras manos.

—¿Y en ellos estuvistes vós? —dixo Grimonte.

—Sí estuve, e por mi mal tomé estas armas bermejas —dixo Arquilao—, que por ellas no me conocistes ni yo a vós. Bien soy acordado que os vi hacer tales cosas que pensé que venciérades el torneo, e por eso m'ensañé contra vós. E sabed que yo era ese de las armas bermejas, que andando a buscaros vine al castillo de Leredes y esta donzella que conmigo viene es su hermana, que me dio estas armas que fuese por amor d'ella al torneo. E d'ella supe que os llamávades el Cavallero del Espina, e luego

conosci que érades vós e enbié a buscaros e n'os fallaron, que érades ya partido, e fue muy triste. E como esta donzella me vesitava muchas vezes pescudome muy afincadamente por qué era así triste e yo le uve de dezir la verdad, e como yo vos loava mucho ella me demandó un don, que la traxese a la corte del rey por veros, que quería que le enmendásedes la muerte de su hermano. E yo lo uve de fazer por conplir lo que le prometí e saquela a gran peligro, e viniendo con ella topé un día seis cavalleros e quisiéronmela tomar, y estándome conbatiendo con ellos llegó Carpasio, que me conoció por mi escudero, e paramos los tales que matamos cuatro d'ellos e dos fuyeron. E pensando des fallaros ya en la corte ívamos para allá e oy topamos aquel gigante que venía de camino para este su casillo, y no podimos resistir a sus fuerças y prendionos como vistes, por su mal.

Grimonte se maravilló de lo que oyó dezir de la donzella e dixo:

—Por cierto, la donzella no deviera de tomar tanto afán por verme, pues es cosa sin provecho. La enmienda le faré yo de grado, aunque no le tengo culpa.

Y así estuvieron hablando en muchas cosas, e Grimonte les contó la muerte de Franquel y todos uvieron muy gran pesar, mas consoláronse porque fue bien vengado. Y en esto el huésped los llamó a cenar e fueron servidos muy bien. La donzella nunca quitava ^{330r} los ojos de Grimonte y estava maravillada de ver su fermosura, e después que alçaron los manteles ella se llegó a él e dixo la señora:

—Grimonte, vós me quitastes la mayor onra que yo en este mundo tenía, que era mi hermano Leredes, que era cavallero de tanto valor como todo el mundo sabe. Posistes tristeza en mi corazón con la su muerte. Mas Arquilao, vuestro amigo, me dixo tantas

cosas de vuestra bondad que delibré de venir a veros, y él no me pudo tanto dezir que yo más no é visto cuando nos librades de las manos [del] jayán. Yo me tengo por bienaventurada por averos visto e conocido, e no me pesa por lo que é fecho porque tengo esperança en vuestra mesura que <enme> enmendaréis a mi voluntad la muerte de mi hermano.

—Señora —dixo Grimonte—, todo lo que yo pudiere fazer con derecho por vós lo faré de grado por ser donzella de tanto valor, mas maravillado soy de salir de vuestra tierra por tan ligera cosa como es verme a mí. Mas bastará, que veréis la corte del rey y a Aldina, su fija, qu'es la más mesurada donzella que ay en el mundo y folgaréis de servilla.

—Esas veré yo —dixo la donzella—, pues acá soy venida. Más [ganas] tengo de veros a vós que a todos los reyes e príncipes del mundo.

Grimonte uvo vergüença e no quiso respondelle, e levantose de allí e tomó a Carpasio por la mano e pescudole si sabía nuevas de Manfredro. Él le dixo que era partido para Francia, que lo avía enbiado a llamar el rey.

—Menester será que nos vamos luego para él —dixo Grimonte— si uviere menester la nuestra ayuda contra el enperador.

—Ansí se faga —dixo Carpasio.

Y aquella noche folgaron y otro día armáronse todos cuatro, e despidiéronse del cavallero e fueron su camino. Y anduvieron tanto que a los seis días que de allí partieron llegaron a la corte, e cuando allí llegaron ivan muy aconpañados de muchos cavalleros de casa del rey que andavan a buscar a Grimonte, e uno d'ellos se adelantó a fazello saber al rey, el cual ganó grandes alvricias d'él. Y todos fueron tan alegres que dezir no se vos podría, e sobre todos fue el plazer de Versinta, la donzella de Grimonte, que salida de

su seso salió por los canpos a esperalle. El rey cavalgó con todos los cavalleros que con él estava[n] y [lo] salió a recibir. E Grimonte e sus compañeros traían las cabeças desarmadas, e quando vieron tan gran conpañía conocieron que era el rey. Grimonte, quando ^{330v} vido al rey, quísose apear para besalle las manos, mas el rey decendió muy presto y no gelo consintió, e echole los braços por encima del cuello e besole en la cara. E tenía tanto él plazer que era maravilla, e después recibió a los otros cavalleros con grande amor e díxoles:

—¡Ay, amigos!, ¿cómo ovistes tan buena ventura que vos juntastes todos cuatro?

Grimonte le dixo:

—Señor, los coraçones que se aman saben buscar.

El rey tomó a Grimonte cabe sí y a Brimarte y fuele pescudando dónde avía estado tanto tienpo e cómo se avía así partido sin fazello saber a nadie. Grimonte gelo contó.

—Malandante sea la donzella —dixo el rey— que tanto pesar vos fizo.

Versinta se metió entre todos los cavalleros e fue a besar los pies de su señor. Grimonte se abaxó abraçalla con las lágrimas en los ojos, tanto plazer uvo de vella, y ansimismo Ali Harán, su donzel, y así fueron todos hasta el palacio. E luego fueron desarmados los cavalleros y dados ricos mantos que cubriesen, e viniéronse al palacio donde estava el rey, que los recibió muy bien, e tomolos por la mano e llevolos a donde estava la reina e su fija Ardina, que con gran gozo lo[s] recibió. Y Ardina tomó a Grimonte por la mano e fizolo sentar cabe sí e díxole:

—¡Ay, Grimonte, dezidnos, por Dios, qué á sido de vós después de que tan cubiertamente de aquí partistes, que a todos distes gran enojol! E yo é tenido que hazer hartol con la vuestra Versinta, que ya fuera muerta o ida por el mundo si por mí no fuese.

—Por eso vos beso yo las manos —dixo Grimonte—, que yo no vos é fecho servicio que tan gran merced me feziessedes, que yo creo que no ay tan leal donzella como es Versinta.

E luego le dixo cómo la donzella lo avía llevado e para qué, e cómo avía estado herido en el monesterio mucho tienpo, e cómo de allí se avía venido derecho para allí. E Arquilao dixo:

—Señora, otras cosas fizo allá por onde anduvo que no las á dicho. Yo las quiero dezir por él, que él sé que las callará.

Entonces contoles de los torneos, e después cómo se conbatió con el cavallero de la fada y lo mató e traía su escudo, e cómo avía librado a la donzella del castillo del salvage e cómo los librara a ellos, que iban presos en poder del gigante Astribán. E quando el rey ^{331r} e los qu'estavan allí oyeron lo que Arquilao dezía que Grimonte avía fecho mucho fueron maravillados, porque tenían por grande cosa aver acabado aquellas dos aventuras, que muy aseñaladas eran en el reino de Londres. Y el rey dixo:

—Grimonte, en todas las cosas vos fizo Dios acabado. Bienaventurada se puede llamar aquella que vós amáis, pues tiene señoría sobre el mejor cavallero del mundo siéndole tan leal. Ruégovos que mandéis traer el escudo e la espada e la corona.

E luego fueron <ello> [traídos], e mientre lo estavan mirando Ardina dixo a Grimonte:

—Si yo tuviese atrevimiento de pedirlos por merced que me dixessedes quién es aquella por quien el escudo ganastes, fazello ía, mas soy cierta que poco me aprovechara querello saber. Mas quien quiera qu'ella sea mucho se deve preciar, y aunque no la conosco por amor de vos la amaré mucho, que no puede ser donzella sino de gran valor.

Grimonte, acordándosele de su señora,

estava tunbado, e dixo a Ardina:

—Mi señora, cara fuera la cosa que vós me mandádesdes que yo no la fiziese, aunque fuese recibir la muerte, si no es dezirvos quién es aquella qu'es señora de mi corazón. Yo vos pido por merced me perdonéis si en esto no fago vuestra voluntad, porque heriría muy malamente. E después d'ella no deseo servir más a persona del mundo que a vós, porque vuestro valor es tanto que más merecéis.

—Muy cierto lo tengo yo eso —dixo Ardina— según vuestra bondad, e quiérome sufrir por no fazeros enojo.

Y en esto el rey le dio la corona que la mirase. Ella fue maravillada de verla. Grimonte le pidió por merced que la tomase, pues para ella más que para otra convenía. Ella gelo agradesció e dixo que la tomava por tener aquella joya tan preciada de su mano. El rey loó mucho la espada y más al cavallero que la avía ganado. Y desqu'estuvieron allí una gran pieça saliéronse al palacio, e fueron puestas las mesas y cenaron con grande plazer. Versinta pidió por merced de parte de Grimonte a Ardina que recibiese por suya a la donzella, la cual estava muy triste por oír lo que pasaron Ardina e Grimonte, que tenía ella en pensamiento de tomar a Grimonte por amigo, que aquella era la enmienda qu'ella quería de la muerte de su hermano. E como vido qu'el rey e todos le fazían tanta onra pensó que a ella no la tendrían en nada. Ardina la recibió e le hizo mucha onra. El rey otro día dio muy ricas cosas a Grimonte, así de atavíos como de ^{331v} joyas ricas, [y] ansimismo [a] sus cavalleros, e hizo aquel día gran fiesta e otros ocho días por amor de Grimonte, el cual no le osava pedir licencia para se ir a Francia por el gran plazer qu'el rey mostrava con él e la reina e su fija.

[LXXVIII]

Dize el cuento que Nastanio, hijo mayor de el enperador de Roma, jamás de su corazón partía el pensamiento de casarse con Dispina, hija del rey de Francia. E Claudio, su hermano, que lo entendió, trabajó mucho con él que no la enbiase a pedir por muger, porque entendía que Grimonte la amava, e por mucho qu'él dixo ni hizo no le aprovechó, porque Nastanio era tan pagado d'ella por oídas que no vía la ora que verla de sus ojos. E un día hincó las rodillas delante del enperador e pediole por merced le otorgase una merced. El enperador gelo otorgó, que mucho lo amava. Nastanio le dixo:

—Sabed, señor, que yo tengo puesto en mi corazón de no aver otra donzella por muger sino a Dispina, hija del rey de Francia. Píдовos por merced que luego enbiéis enbajadores del rey a demandárgela y otorgue[n] todo cuanto el rey demandare porque no vengan sin concierto.

El enperador le respondió que era contento, que muy bien lo avía pensado, e luego fueron a llamar dos cavalleros, los más onrados de su corte, y a Quincio Parnelio, porque era conocido del rey, e mandoles que se aparejasen para ir en aquella enbajada. Ellos lo fizieron luego y aparejados partieron de Roma con poderes del enperador e de Nastanio, su fijo, y anduvieron tanto por sus jornadas que llegaron a dos jornadas de París, a dond'estava el rey, y de allí gelo fizieron saber. El rey aparejó grande recibimiento para los recibir e salió el príncipe Donís y Manfredro, su hermano, e todos los otros cavalleros de la corte a los recibir, e dexáronlos en muy buenas posadas. La noche que entraron ^{332r} en París folgaron, y otro día, vestidos muy ricamente, fueron a oír misa con el rey, que lo[s] recibió muy bien, especialmente a

Quincio Parnelio, qu'él conoscía. Y después que oyeron misa los enbaxadores pidieron por merced al rey que hiziese venir sus altos onbres e que delante d'ellos le querían dezir su enbajada. Él los fizo venir, y apartados en un gran palacio el más viejo y onrado de los enbaxadores dixo al rey:

—Muy onrado rey de Francia, mucho debes de agradecer a Nuestro Señor el bien y onra que te á dado, que casaste tu fijo menor con la eredera del enperio de Alemaña, qu'es Dinerpa, donzella de tanto valor. Y agora, por acrecentar Dios más tu onra, t'enbía a demandar el muy poderoso enperador de Roma a tu hija Dispina para que case con Nastanio, su fijo mayor, que después de sus días á de ser enperador.

E díxole más, todas las cosas qu'el enperador l'enbiava a dezir, y ansimismo Nastanio. El rey fue muy alegre cuando oyó dezir al enbajador estas nuevas e gradesciolo mucho a Dios en su corazón, e respondió a los enbajadores qu'él avría consejo con sus altos onbres e le daría la respuesta, que fuesen a holgar. Los enbajadores se despidieron e fueron a sus posadas. El rey les dio lo que avían menester muy conplidamente.

Manfedro, que estava con el rey cuando los enbajadores dixeron su enbajada, peso-le de corazón, porque bien entendía en los amores de Grimonte e de Dispina. Quiso dezírgelo primero él por ver qué sentería para más certificarse de su pensamiento, e fuese a la cámara de Dispina e començola de abraçar, e díxole:

—Si vós, mi señora hermana, me quisiédes dar alvricias, dezirvos ía yo las mejores nuevas que nunca oístes.

Dispina, que en otra cosa no tenía su pensamiento sino en Grimonte, e era atormentada con mortales deseos por él, una ora su corazón no tenía alegría, mas antes andava tal que todos pensavan que era mal

enferma, e cuando oyó a Manfedro lo que le dezía el corazón se le estremeció e dixo:

—Ruégovos, hermano, pues que son tan buenas, que me las digáis, e no vos detengáis.

—Sabed —dixo él— que avéis de ser enperatriz de Roma, e los enbajadores os vienen a demandar para Nastanio, fijo del enperador. El rey tené por cierto que lo á de otorgar, pues tan grande onra le viene a él y a vós.

Dispina, qu'esto oyó, cerrósele el corazón, que no pudo hablar, e cayó en los braços de Manfedro como mu^{332v}erta. Él, que la vido, turbose mucho e maldeziase por aver allí venido. Oribena fue corriendo por agua e echógela en el rostro, mas estuvo gran pieça que no tornó en sí, e cuando tornó sospiró muy fieramente e atose las manos e dixo:

—¡Ay, cabtiva de mí, como me quiere enbiar a tierras ajenas siendo yo tan mal doliente, que no soy para parescer en el mundo!

Manfedro le dixo:

—Yo pensava que aviades de ser alegre con las cosa[s] que vos dixes, e no lo veo así. Ruégovos que no recibáis enojo por cosa del mundo, qu'el rey no fará cosa contra vuestra voluntad, e yo así gelo rogaré e aconsejaré. E si estas cosas hazéis jamás os veré.

—¡Ay, mi señor hermano, mi voluntad no es de casarme! ¿Cómo queréis vós que yo pueda sufrir de oír lo que me dexistes Si vós mi vida queréis trabajad porque yo no sea apartada de la reina, mi madre.

—Yo lo faré —dixo Manfedro—, por eso quitad de vós todo cuidado, que Dios fará más de lo que vós tenéis pensado.

Tantas cosas le dixo que algún tanto la dexó asosegada, mas como él se fue, e des-que la dexó asose<ja>gada, fuese para el rey. Y ella, que se vido sola con Oribena, començola de abraçar e díxole:

—¡Ay, mi verdadera amiga, agora es llegada la mi muerte! Presto será el fin de mis días, porqu'el día que mi padre me otorgare a los enbajadores moriré yo. ¡Ay, Grimonte, mi verdadero amigo!, ¿dónd'estáis vós agora, que no me venís a valer? Que sabed cierto que adonde quiera que vós me queráis llevar yo iré con vós e jamás vos negaré. Si vós sois bivo, ¿cómo tardáis tanto? ¿Cómo vos podéis sufrir sin venirme a ver? Yo no quiero ser enperatriz de Roma, mas quiero por marido a Grimonte de Asur, que vale más que todo el señorío del mundo. Agora conosceréis vós la mi lealtad, que yo no quebraré la fe que vos digo para siempre ser firme. Si vós venís libraréis a vós y a mí de muerte, e si vós tardades con la vida vos faré pago. ¡O, ventural!, ¿cómo me sois tan esquivia, que un día de reposo no me avéis dado?

E diziendo esto y otras cosas muy tristes feríase la cara con sus manos, e si no fuera por Oribena ella moriera de pesar, mas ella le dezía cosas que la fazía consolar, e como en la noche se echó en la cama quedó tan lasa y flaca que otro día no se pudo levantar. El rey fabló con la reina que otro día fuesen a hablar con Dispina e que le dixese de aquel casamiento, y así lo fizieron. El rey, que la falló tan maltrecha, maravillose e díxole:

—Fija, ¿qu[é] es esto? Agora que aviades d'estar muy buena y fermosa estáis tal para-da que ^{333r} no sois para parecer delante de nadie. Ruégovos que vos alegréis, y desechá de vós este mal que tenéis pues, Dios os á fecho tanta merced que seréis enperatriz de Roma, que sabed que vos vienen a demandar por parte de Nastanio, hijo del enperador, a donde seréis onrada y servida <y a> [por] muchos altos onbres.

Dispina s'esforzó para responder a su padre e díxole:

—Mal puedo yo, señor, apartar de mí el

mal que Dios me á querido dar. Antes entiendo que será poca mi vida según yo me siento. Por esto será escusado que vós me otorguéis por muger de Nastanio, que cuanto allí se fiziere será perdido. Ruégovos, mi señor, que por agora no me habléis en tal cosa fasta que yo sea sana, que mal podía yo parescer en Roma ni apartarme de mi madre siendo tan doliente.

El rey pensó que lo dezía por la ver-güença que avía de hablar en tal cosa, <e> como las donzellas se suelen escusar cuando tal le hablan, e no quiso más enojalla e fuese para sus cavalleros, e mandó a los maestros que la curasen. Y otro día uvo su consejo con sus altos onbres e todos dixeron que era bien que se concertase el casamiento, y así fue hecho. El rey vido los poderes que los enbajadores traían e concertaron el casamiento mucho a su onra. Todos fueron muy alegres sino Manfredro, que sabía la verdad, e por cosas que fizo no pudo estorvallo. Dinerpa no se partía de Dispina, de que tan aquejada la vido. Los enbajadores la quisieran ver. El rey les dixo qu'estava doliente, que no la podían ver, y a esta causa ellos se partieron con concierto que cuanto ella fuese sana él lo faría saber y la enbiaría, como era razón. El rey dio grandes dones a los enbajadores e fizoles grandes fiestas de manera qu'ellos se partieron muy contentos. La reina curava mucho de su fija, mas todo no aprovecha nada, qu'ella era tan cuitada que maravilla era poder sostener la vida, y cierto ella muriera si no le viniera el socorro qu'ella avía menester, e dezirvos emos cómo.

[LXXIX]

El rey de Inglaterra fazía tan grandes onras e fiestas a Grimonte y mostrávale tanto amor qu'él no sabía cómo se des^{333v}pe-dir d'él, mas el deseo de ver a su señora lo

aquejó tanto que un día le pidió por merced que le diese licencia, qu'él no podía allí más detenerse, que le convenía de ir a Roma, que lo avía así prometido. El rey fue muy triste cuando lo oyó y díxole:

—Grimonte, muy alegre era yo de teneiros comigo, mas conviéneme de sofrirme, que bien veo que no puedo ser tan dichoso que en mi reino quedásedes. Mas nunca avréis menester mi ayuda ni cosa que yo tenga que no la falléis en mí como si fuésedes mi hermano el enperador.

Grimonte le quiso besar las manos e díxole qu'él sienpre sería para servillo, e vista el rey su voluntad dióle muy ricas cosas. Y un lunes de mañá Grimonte e sus compañeros se armaron para ir su camino, e después que oyeron misa con el rey <e> fuéronse a despedir de la reina e de Ardina, su fija, que mucho le pesava por la ida de Grimonte, que mucho folgara d'estar con él e avía dado muy ricas cosas a Versinta que llevase para él, e cuando Grimonte le quiso besar las manos las lágrimas le vinieron a los ojos e díxole:

—¡Ay, Grimonte, ruégovos que no nos olvidéis, que yo jamás oiré hablar de vós que no aya plazer ni veré vuestro mandado que no faga lo que me enbiardes a mandar!

—Ansí seré yo vuestro. A donde quiera que yo fuere estaré por vuestro servidor y cavallero.

Ardina se le omilló e Grimonte se partió d'ellos, e el rey e todos los de la corte salieron con él fasta media legua, e de allí se tornó el rey muy triste. La donzella que Arquilao avía traído, cuando lo vido partir, vio que tan poco le avía aprovechado su venida, que Grimonte no la avía querido oír cosa que le dixese. Fue tan desesperada que se echó de una finiestra e dixo:

—Grimonte, este es el galardón que yo llevaré siendo tú mi enemigo e hacerte mi

amigo.

Las donzellas de Ardina fueron corriendo a ella mas no le pudieron escusar la muerte, que la cabeça se le fizo pedaços. Todas fueron espantadas de tal coraçón de donzella y por amor tan loco a donde no le era agradescido. La reina le fizo soterrar y fazer un monumento muy rico en que la metió y unas letras a la redonda que dezían cómo se mató por amores de Grimonte, el más leal cavallero que uvo en el mundo, y este ^{334r} monumento fue puesto sobre cuatro pilares muy bien fechos fuera de la cibdad porque todos lo viesen. Ardina era tan maravillada del fecho de aquella donzella, que tan encubiertamente amava a Grimonte, e jamás de otra cosa hablava.

Grimonte e sus compañeros, despedidos del rey e de todos los altos onbres de la corte, llevaron su derecho camino para el puerto donde avían desembarcado e uvieron la batalla con Fidario. Allí tenían una nao aparejada para pasar en Francia, e un día antes que llegasen al puerto hallaron en el camino un cavallero muerto e una dueña fermosa cab'él, que dava muy grandes bozes porque un cavallero que allí estava la fería con un troço de una lança. Ella, que los vido, comenzó de llamar a los cavalleros que la socorriesen. Ellos fueron allá. Brimarte fue el primero e dixo:

—Estad quedo, mal cavallero. ¿Por qué ferís así a esta donzella?

—Porqu'ella lo meresce —dixo él.

—Dexalda luego. Si no, muerto sois.

E como Grimonte llegó conoció en las armas al cavallero que fería a la dueña, que era Polidantes, e fue muy alegre, e fue a él e díxole:

—¡Ay, mi amigo Polidantes, muy alegre soy de fallaros e maravillado de lo que vos veo fazer!

Polidantes conoció a Grimon[te] e fue a

besalle las manos con tanta alegría que dezir no se vos podría, e dixo:

—Pues que yo, señor, vos é fallado, no tengo todas las cosas del mundo en nada.

Y así fue a abraçar todos los otros cavalleros, que mucho plazer tenían con él. Entre tanto Grimonte pescudó a la dueña por qué la fería aquel cavallero, si avía él muerto aquel cavallero.

—Yo vos lo diré —dixo ella—. Este cavallero era mi marido e no era d'esta tierra <porque>. Yo lo amé mucho e me casé con él, e él e yo fuemos a una boda de una mi prima, qu'es fija de un cavallero, el más sabio que ay en esta tierra. Y estando avrá tres días todos los cavalleros que vinieron a la boda a la mesa hablando en muchas cosas mi tío les dixo cómo avía acaecido en casa del rey una cosa estraña, que una donzella se avía matado por un cavallero, el mejor que avía en el mundo, e que aquel cavallero avía muerto los mejores dos cavalleros que avía en su linage d'ella, mas que por esto ella no lo dexó de amar. Mi mari^{334v}do le rogó que le dixese quién eran los cavalleros. Él le dixo que era Leredes el uno, señor del castillo de Monfarín. El mi marido, cuando lo oyó, pensó de morir de pesar, porque era su pariente, e sopo cómo el cavallero que los mató se llamava Grimonte. E partiéndonos de la boda hallamos este cavallero que me fería aquí, e pescudonos, cuando nos vido, si sabíamos por ventura nuevas de un cavallero que se llamava Grimonte, si avíamos oído alguna cosa d'él, qu'él lo andava a buscar. Mi marido conoció que era el cavallero que le avían dicho que avía muerto a Leredes e respondióle: «Las nuevas que y'os podría dar d'él sería que fuese muerto de mala muerte, pues tanto mal a su causa á venido». E començole de maldezir. Y este cavallero que me fería, que lo oyó, fue muy sañudo e díxole que callase, si no qu'él le faría perder la

malquerencia que le tenía. Mi marido dixo que por él ni por otro no lo dexaría e uviéronse de combatir, e mi marido fue muerto, como veis. E yo, que lo vi en tanto peligro, quisiérale ayudar si pudiera, e apeeme de mi palafrén e tomé una lança qu'estava caída en el suelo e matele el cavallo, y él por esto uvo grande enojo de mí, qu'el cavallo de mi marido fuese por esos campos y él no tenía en qué irse. Porque yo le denostava me fería.

—Vos lo fezistes mal —dixo Grimonte— en tomar el oficio que no era vuestro. Por eso vos quedaréis así hasta que alguno venga, que vuestro marido devía de ser gran sobervio.

E luego fizo cavalgar a Polidantes en un cavallo qu'el rey le avía dado muy bueno e partieron de allí muy alegres, mas ivan maravillados de la donzella que se mató. Arquilao dezía que aquel era su merescido por dexalle a él y amar a Grimonte, que no gelo gradescía.

En esto fueron hablando hasta que llegaron al puerto, e quísolos Dios tan bien que les fue a tiempo aparejado a su viage y en breve tiempo pasaron en Francia. No vos podríamos dezir el plazer de Grimonte desde se vido en Francia, mas presto se le tornó en gran pesar porque caminando por sus jornadas posaron un día en casa de un ostalero e dormieron allí, e yéndose acostar Grimonte^{335r} e Brimarte díxole una fija del cavallero, que mucho avía mirado a Grimonte:

—Señor cavallero, si tanta fermosura oviese e[n] Nastanio, hijo del enperador de Roma, <ar>[co]mo en vós, podría se dezir que toda la fermosura del mundo será junta, por que Dispina, hija del rey de Francia, dizen que es la más bella donzella que ay en el mundo. E si así fuese Nastanio, qu'es su esposo, <si es> fermoso como vós, fiziéranlos Dios escogidos.

Grimonte, qu'esto oyó, fue espantado, y no como otras vezes, que le desfallecía el coraçón en oír dezir de su señora. Entonce tomó tanto coraçón y esfuerço que le parecía qu'el coraçón le ardía, e dixo a la donzella:

—Amiga, ruégovos que nos digáis estas nuevas más declaradas, que no las entendimos.

Ella les contó cómo estavan enbaxadores del enperador en la corte del rey e cómo él lo avía otorgado a los embaxadores, e cómo Dispina estava muy mal doliente, que a su pesar se fazia aquel casamiento. Grimonte no pudo más oír. Entrose en la cámara e echose encima del lecho, y estuvo así una pieça, que no podía hablar. Versinta no le osava dezir nada por amor de Brimarte, que los otros no dormían allí. Grimonte començó de sospirar muy fieramente e dixo:

—¡Ay, mi señor Brimarte, cuán cara me es dexar la vuestra compañía, que ^{335v} me conviene de morir cedo! No quiero encobrir, pues vós sois aquel que yo más amo, la causa de mi mal. Sabed que si yo he ganado en este mundo alguna honra el esfuerço e ardimiento me venía de aquella que [en e]l mundo no tiene par, porque yo la amo tanto que me hazía acometer los grandes fechos que yo é dado cima. Agora bien avéis oído qu'el rey de Francia á otorgado a Dispina, mi señora, al hijo mayor del enperador de Roma. Si esto es verdad y este casamiento pasa yo no bibiré más una ora, y aveisme perdido vós e todos mis amigos para siempre.

Brimarte le dixo:

—Yo vos tenía hasta aquí por cavallero del mundo más sesudo e de coraçón, e agora no vos tengo por tal, pues antes que sepáis la voluntad de vuestra señora toméis tal pesar. Si ella vos ama digo que podéis mejor gozar que nunca, que <do ella> tenéis tantos

amigos que vos la ayudarán a defender. E yo por mí digo que fasta la muerte vos ayudaré, e todos mis parientes e amigos pondré en ello. Yo tengo un castillo en Cecilia el mejor e más fuerte que ay en el mundo. Allí la podríades llevar si ella, antes que sea entregada a los romanos, se quiere ir con vós, e yo soy cierto que [el] rey de Nápoles e Damasio, su hijo, vos ayudarán. Pues el rey de Túnez y todos ^{336r} los otros moros, vuestros vasallos, ansimesmo vos farán grande ayuda, e todo lo que hubierdes menester, de manera que no tendrán tanto poder que nos puedan sobrar. Vós esforçaos. Ninguno entienda en vuestros fechos fasta que habléis con ella e sepáis su voluntad. Entonce veremos lo que devemos de fazer.

Grimonte se tuvo por bien aconsejado e agradeció mucho a Brimarte lo qu'él l<a>[e] avía prometido, y aquella noche no pudo dormir con grandes pensamientos que le aquexavan. E otro día partieron de allí e anduvieron tanto que llegaron a París, e a donde quiera que llegavan no hablaban en otra cosa sino en aquel casamiento, por donde se acrecentava el cuidado de Grimonte. Y él y sus conpañeros entraron en la cibdad de París las cabeças desarmadas, e todos cuantos los vían eran muy alegres e fuéronlo a dezir al rey, cómo venía Grimonte. El rey ovo tanto plazer que más no podría ser e salió a recebirlos, [y] el príncipe Donís con él, mas primero llegó Manfredro que todos e echó los braços sobre Grimonte. Cuando lo vido tan descolorado las lágrimas le venían a los ojos, que bien conoció su mal, e túvolo así abraçado fasta que vino el rey, que los despartió, e Grimonte fincó las rodillas para besarle las manos. El rey abraçó muchas vezes dando gracias a Dios porque lo avía guardado e traído a sus ojos, e recibió a los otros cavalleros, e todos juntos se fueron ^{336v} al palacio con gran plazer.

El príncipe Donís llevaba abraçado a Grimonte pescudándole qué avía sido d'él. Él les contó lo que le avía acontecido con la donzella. El rey le dixo:

—Grimonte, mucho pesar ove yo quando supe que hérades perdido, mas tenía esperanza que Dios vos guardaría, pues tan bueno vos fizo que aviades de ganar honra donde quiera que fuédeses, e así me parece que fue. Mucho soy alegre por ello e porque venís a tiempo, que hérades menester acá para ir con Dispina, vuestra amiga, a Roma, para que vos provéis con aquellos cavalleros romanos tan bien como fezistes con los grecianos.

Grimonte no respondió al rey nada, mas fuéronse a desarmar a sus posadas. Estas nuevas de la venida de Grimonte fueron a Dispina, qu'estava en su lecho hechada, que ya del todo se iba a la muerte después que su padre la otorgó a los enbaxadores, que avía tres días que se avían partido. E como ella supo que Grimonte era venido dio infinitas gracias a Nuestro Señor e fue tornada de muerte a vida, que todas las otras cosas tenía ella e[n] nada, e dixo a Oribena que fiziese tanto qu'ella de noche pudiese hablar con Grimonte. Ella lo tomó a cargo.

E después que Grimonte fue desarmado cubriéronse ricos mantos, e viniéronse para el rey e fueron a besar las manos a la rey<g>na. Ella los recibió muy bien, e desque estuvieron con ella Manf<i>[e]d<i>[r] o tom<a>[ó] por la mano a Grimonte e llev<a>[o]lo a la cámara de Dispina, e quando se vieron anbos a dos no se podría nadie dezir lo que sentieron, así de plazer como de pesar. Grimonte le tomó las manos por fuerça e ge³³⁷las besó, e no podía ninguno d'ellos fablar. E Manf<i>[e]d<i>[r]o dixo:

—Señora hermana, mucha razón es que la venida de Grimonte vos alegre tanto que sea causa de vuestra salud, porque yo soy

certo qu'él os desea servir, e todas las dueñas e donzellas lo deven preciar.

Dispina le dixo:

—Certo, no pudiera yo ver cavallero con que tanto folgara como con él por el amor que vós le tenéis, mas la mi salud escusado es, si Dios no la enbía, por más plazer de mi coraçón.

Grimonte, que tan desemejada la vido, <qu>el coraçón se le enflaquecía de piedad e díxole:

—Bien creo yo, señora, que Dios no querrá que tal persona como vós no biva en el mundo, que gran falta haríades.

Y así estuvieron hablando en muchas cosas e después saliéronse para el rey. Y aquella noche mandó Grimonte a Versinta que fuese a ver a Dispina por ver qué mandava, e como Grimonte se fue al palacio otro día con sus compañeros Versinta fue a ver a Dispina, e lloraron anbas a dos quando se vieron. Y Oribena le dixo que aquella noche viniese allí muy encubiertamente Grimonte e mostrole por ónde avía de venir, que hera por un palacio a donde posava la muger del dulfín, a quien Grimonte avía librado de la muerte, e salía ^{337v} una ventana de la una calle escusada, e como ella fue de todo avisada fuese muy alegre. E Grimonte pasó aquel día en mucho plazer con el rey e con todos los cavalleros, que mucho lo onravan, y desque fue tienpo fuese a su posada. Versinta le dixo lo que avía de fazer. Él lo dixo a Brimarte, el cual tomó sus armas para ir con él, y él cobrió su manto e tomó su espada solamente, e fuéronse aquel lugar donde les mandaron. E la dueña, muger del dulfín, los estava esperando, e echó una cuerda con que lo ayudó a subir e llevolo a la cámara de Dispina, e quando se vieron solos recibieron grande gozo. Dispina lo abraçó consigo e dixo:

—¡Ay, mi verdadero amigo, cuánto soy

en cargo a Dios porque así me libró de la muerte en traeros delante de mis ojos! Todas las otras cosas Él las remediará, pues a esto dio cobro. Ya sabéis lo que mi padre á fecho. Vós no toméis pesar por ello, que yo quiero que conoç[c]áis el verdadero amor que y'os tengo, que jamás otro será señor de mi corazón sino vós. Yo quiero desposarme con vós e después vós fazed de mí a vuestra voluntad, porque más certenidad tengáis que n'os faltaré, y así como tenéis corazón para acometer cualquiera gran fecho teneldo ^{338r} para ponerme en salvo, que yo iré con vós a donde quiera que me quisiéredes llevar. Dexemos el llorar e las cuitas aparte, que para esto menester es esfuerço e osadía.

Grimonte, que tales palabras oyó dezir a su señora, sentió tanta gloria que a sí mesmo no se conocía de plazer, e díxole:

—Mi señora, ¿qué podr[í]a yo dezir ni fazer para satisfacer lo que vos devo? Quiero callar. El corazón y esfuerço que yo terné para conplir vuestro mandado vello éis en obra, pues de vós tengo la licencia. Dadme esa mano y alcançaré la mayor merced que nunca cavallero recibió.

Dispina gela dio e se otorgó por su esposa. Él fizo otro tanto e luego se quitó el manto y entró en la cámara, e tomola en sus braços e fizo tanto que la tornó dueña, aunqu'ella estava enferma, y alcançado Grimonte aquella onra e bien qu'él tanto deseava hallose tan alegre e hufano como si del mundo fuera señor, e púsole tanto corazón que si todos los reyes tuvieran por enemigos no los tuvieran en nada, e dixo a Dispina:

—Mi señora, a mí me conviene luego de aquí partirme, pues Dios e vós me avéis querido hazer tanto bien e merced que yo no era merecedor. E pues vuestra vida no está sino en vuestra salud, vós os fazed todavía doliente fasta que yo torne, que será muy presto, e será tan secretamente que persona

^{378v} no lo sepa. E saldremos de aquí una noche e llevaros é al lugar a donde biviréis segura, e después que <en> alg<o>[uien] quisiere fallarnos <a> [estemos] tan aparejados que nos defendamos a nuestra honra.

Entonces le contó todo lo que tenía concertado, cómo se quería ir derechamente a Nápoles por tierra a demandar ayuda a Damasio e venir por mar en una nao de armada, y de allí irse a Cicilia e al reino de Bohem<p>i[a], a la isla del gigante Marceón.

—Y esto fágolo, señora —dixo él—, porque tengo esperança en Nuestro Señor que muy presto me mostrará a mi padre, que yo vi tales cosas en la Torre del Salva-je que tengo creído qu'es el enperador de Constantinopla.

E contole lo que avía fallado escrito en la tabla de cristal. Dispina alçó las manos al c[i]elo e rogó a Nuestro Señor que así lo conpliese presto e se supiese la verdad.

—Como quiera que sea, mi señor Grimonte, con sol vuestra persona soy yo contenta como de ser señora de todos los otros inperios. A Dios todopoderoso ruego que nos dé tienpo en que bibamos descansados. E vós fazed vuestras cosas sesudamente porque venga a buen fin, que la ora que me mandardes ir iré.

Grimonte la abraçó e besó muchas vezes. e desdeque fue ora qu'él se fuese despidiéronse el uno del otro con muchas lágrimas, porque Grimonte se entendía de partir otro día. Oribena e la dueña vinieron luego a él e lleváronlo al lugar por donde avía de salir. Él ^{339r} las encomendó a Dios prometiéndoles el galardón del peligro en que se ponían por amor d'él. Brimarte le estava esperando, e lo recogió en sus braços e fuéronse a su posada. Grimo<r>[n]te abraçó a Brimarte e díxole:

—Mi amigo, por vuestro consejo é yo alcançado el mayor bien que nunca cavallero

recibió.

E contole todo lo que con Dispina avía pasado, que nada no faltó. Brimarte fue muy alegre e díxole que luego se partiese. E como otro día vinieron Carpasio y Ar[q]uilao de su posada Grimonte les dixo:

—Mis señores e verdaderos hermanos, según el grande amor que entre nosotros ay no á menester muchas razones, sino fazeros saber que a mí me conviene de partir mañana de aquí, donde me es menester vuestra ayuda. Y pidos por merced que me digáis si podréis ir conmigo, qu’el trabajo y afán aparejado está para mí e para vosotros.

Ellos le respondieron que eran aparejados de ir a dond’él fuese, aunque la muerte se les ofreciese. Él gelo agradeció mucho, e vestiéronse todos muy bien e fueron a [o]ír misa con el rey. E después que oyeron misa Grimonte hincó las rodillas delante del rey e díxole:

—Mi eceleste señor, a mala ventura tengo no poder serviros ni estar en vuestra corte, como mi corazón desea. Ruego a Dios que vos gradeç[c]a las grandes honras e mercedes que me avéis fecho, pues yo no vos puedo servir. A mí me convi[e]ne, señor, de partir mañana de vuestra corte,^{339v} por lo cual yo soy muy triste de no poder fazer otra cosa. Píдовos, señor, por merced, que me deis licencia, pues a do quiera que yo esté soy vuestro. E yo pienso de no poder bol[ver] yo tan aína, porque Lecidora me enbió a llamar, y dende tengo de ir a besar las manos al enperador, que así gelo prometí.

El rey, cuando esto oyó, fue muy triste e díxole:

—Grimonte, gran pesar me avéis fecho en dezirme tales nuevas, que yo quisiera que mis hijos fueran onrados por vós, pues Nuestro Señor tanto bien vos á fecho. Vuestro amigo Manfred[r]<i>o se irá muy presto Alemaña, que ya está concertado

con el enperador, e Dispina, mi hija, cuanto sea sana la tengo de enbiar a Roma. Con cualquiera d’ellos que vó[s] fu[é]rades quedara yo muy bien pagado, mas pues <el> no pu[e]de [ser], haverm’é de sufrir. Dios vos faga tan bienaventurado cuanto vós merecéis.

Grimonte le besó las manos y todos fueron muy tristes por la ida de Grimonte, espialmente Manfredro. E no lo osó dezir ninguna cosa, que bien entendió la causa de su ida. Aquel día estuvo Grimonte muy alegre entre los cavalleros de Francia, despidiéndose de todos ellos, y ansimesmo de la reina e de Dispina, que mucho sentimiento mostró de su partida e rogó mucho a Grimonte delante de sus hermanos que no se fuese, mas él no lo quiso hazer. E despidiose ansimesmo de <Dispina> [Oribena] e de Dinerp<i>a e de la princesa Gram<o>[e]lina, e díxole que muy presto ve^{340r}ría a su hermano Damasio, y ella le dio recabdo para él e para su padre. Aquella noche se fue Manfredro a dormir con Grimonte e toda la noche estuvon hablando en muchas cosas.

[LXXX]

Antes que fuese el alva del día se armó Grimonte e sus compañeros e despidiéronse de Manfredro, el cual llorava muy fieramente, y abraçó a Grimonte e díxole:

—¡Ay, mi amigo, maldita sea la fortuna, que si en mi mano fuera vós no vos partiérades así! Quiera Dios qu’esta partida, que tan penosa a mí es, que la torne en alegría. Ruego a Dios que os guarde por onde quiera que fuerdes.

A Grimonte le vinieron las lágrimas a los ojos en partirse d’él y no le pudo hablar, y así se despidió y fueron su camino. E desque fueron alexados de la cibdad desarmáronse e pusiéronse en ábitos de mercadeles por no

aver estorvo en su camino, e las armas llevábanlas los escuderos. E anduvieron tanto por sus jornadas que llegaron a la cibdad de Nápoles, e cuando el rey e Damasio vieron a Grimonte no vos podría onbre dezir el plazer que huvieron, e la reina así mesmo. La fiesta e la onra que le fazían era tanta que al enperador de Roma no la hizieran más. Grimonte no quiso dezir nada a Damasio hasta dos días después que llegó, e tomolo a parte e díxole su fecho, qu'él era ^{340v} venido allí con esperança que le ayudaría en todo lo que pudiese, pues lo tenía por verdadero hermano. Damasio le respondió:

—Desde la primera vez que yo vi a Dispina yo vos conocí que vos amávades. Yo soy muy alegre porque vuestro <a>[o] coraçón es descansado, y aunqu'este fecho es muy grande en enojar al enperador y al rey de Francia por eso no dexaré yo de fazeros aquella ayuda que es razón. E digo que yo e cuanto yo tengo es para serviros. e podéis fazer d'ello a vuestra voluntad. Pues por agora no es menester otra cosa sino una nao o dos con trezientos cavalleros, yo lo faré tan secretamente qu'el rey ni persona no lo sepa. Después que la tuvierdes en salvo todos seremos a denfendella.

Grimonte lo abraçó y gelo agradeció mucho, y acordaron que la llevasen a la isla del gigante, porque hera muy buena, para defendella allí. Damasio tomó cargo de adereçar muy prestamente. Mientra tanto Grimonte estava muy vicioso con la reina, que mucho lo amava, y en este comedio Grimonte vido a Cardacio, príncipe de Chiple, qu'el rey tenía preso e jamás lo avía querido soltar fasta que Grimonte viniese. Él lo hizo sacar de la prisión e díxole tantas cosas que Cardacio tuvo por bien ^{341r} de fazer todo lo que le mandase por librarse de la prisión. Grimonte fizo tanto que desposó a Cardacio con una hija del rey y hermana de Damasio,

donzella muy fermosa, e hízole dar con ella muy gran dote. Cardacio, viendo la gran bondad de Grimonte, perdió todo su mal talante contra él e prometiole de le ser leal amigo e de ayudalles contra todos los del mundo, y a esta causa se acrecentaron las fiestas más.

Damasio adereçava la armada muy secretamente e Grimonte estava con mucho cuidado de lo que avía de hazer, e dava gran priesa que todo se aparejase, y de contino tenían un mensajero en Roma para que le hiziese saber lo que Nastanio fazía y dezía. Y él estava ya para partirse para Francia, que tenía sus naos aparejadas de las cosas que avían menester. Vino un escudero de Roma e dixo delante del rey e de cuantos cavalleros con él estaban:

—Señor, nuevas vos traigo <señor> estrañas. Sabed que, desde los enbaxadores qu'el enperador avía enbiado a Francia vinieron e dixeron que dexavan concertado el casamiento de Dispina con Nastanio, qu'él fue tan alegre que más no podía ser, e parose muy loçano e ufano cavallero, e a todos los cavalleros dixo que se aparejasen a fazer grandes fiestas. E saliendo muy aconpañado fuera de la cibdad los cavalleros començaron de correr los ca^{341v}vallos e a fazer alegrías porque vían qu'él avía gran plazer. Él quiso correr su cavallo, el cual era muy poderoso, e salió muy rezio como Nastanio le puso las espuelas, e fue tanta mala ventura que otro cavallero se le atravesó delante y el cavallo de Nastanio encontró con él, e fue de tal manera que Nastanio cayó y el cavallo sobre él, y acertó en una piedra con la cabeça, que gela fizo pedaços, e luego murió. Los cavalleros se apearon todos e tomáronlo en braços e lleváronlo a la cibdad faziendo grandes llantos. Toda la cibdad de Roma, desde lo supieron, se alborotaron e hazían grandes ruidos por las

calles, de man[er]a qu'el enperador lo oyó, e cuando supo la verdad cayó amortecido de pesar. E desdeque tornó en su sentido no pudieron tanto fazer los cavalleros qu'él no lo fuese a ver, e cuando lo vido cayó sobr'él así como muerto. Los cavalleros lo tomaron e quitáronlo de allí, y estuvo gran pieça que no pudo hablar, e començó de dezir sospirando: «Fijo, ¿cómo te perdí por tan mala ventura?». E tornado al palacio estuvo dos días que nunca pudo beber ni comer y al fin morió el enperador de pesar, que ningún consuelo que le diesen no quiso recibir. E después que fueron enterrados como ellos merecían los altos onbres de Roma açaron por enperador a <Estan>[Clau]dio, su hijo, ^{342r} porque todos eran pagados d'él e lo tenían por muy bueno.

El rey fue espantado cuando estas nuevas oyó y más lo fue Grimonte, que nunca él oyó cosa que más alegre le fiziese que aquellas nuevas. E levantose corriendo e fue abraçar al escudero, e rogó que le dixese si era verdad que Claudio era enperador. El escudero le juró que todo avía pasado así como avía dicho. Grimonte se apartó luego con Damasio e con Brimarte <e> [a] aver consejo de lo que devían de fazer, y acordaron que, pues qu'estavan tan cerca, que fuesen a ver el enperador Claudio e que allí acordarían lo que avían de fazer. E dixéronlo al rey e lo tuvo por bien, e luego se aparejaron para partir. Damasio llevó cien cavalleros ricamente guarnidos e todas las cosas que le heran menester para quien él hera, porque llevaba en pensamiento de demandar al enperador a su hermana Dionara por muger.

E partidos de la cibdad de Nápoles anduvieron por sus jornadas hasta que llegaron a Roma. Grimonte nunca acabava de dar gracias a Nuestro Señor por el bien que le avía fecho, e como llegaron fueron luego

a los palacios del enperador e todos juntos entraron en el gran palacio todos armados salvo las cabeças. El enperador Claudio conoció a Grimonte e a sus compañeros. Ovo tan gran plazer como el día que lo hizon enperador, e levantose de su silla e fue corriendo abraçar a Grimonte, y él le ^{342v} quiso besar las manos, mas él lo besó en el rostro e después recibió muy alegremente a los otros cavalleros. E tomó a Grimonte por la mano e fizole sentar cerca d'él, e díxole:

—Grimonte, mi verdadero amigo, no pudiera yo ver cosa oy que más alegre me fiziera que a vós y a estos buenos cavalleros. Y esta tengo por señalada merced de Nuestro Señor. De aquí adelante creo que me á de venir toda buena ventura.

Grimonte le quisiera besar las manos e díxole qu'él venía para servirle, pues no deseava cosa en el mundo más. El enperador los hizo ir a desarmar e fizoles aposentar en su palacio, e desarmados cubrieron ricos mantos e viniéronse al enperador. Todos los cavalleros le fazían grande honra, espicialmente Quincio Parnelio, que muy alegre fue con su venida. E aquel día folgaron, qu'el enperador no dixo nada de lo que deseava a Grimonte, e otro día metiolo en su cámara e díxole:

—No vos podría yo dezir, Grimonte, el pesar que a mi corazón llegó cuando mi hermano Nastanio enbió a demandar a Dispina por muger, porque soy certo que vós la amáis y ella a vós. No tuve poder d'estorvallo, y estorvolo aquel poderoso Señor que todas las cosas son en su mano. Yo creo que a vuestra causa le dio Dios tan mala muerte, por onde yo he llegado al estado que veis de ser enperador. E por otra cosa no doy gracias a Nuestro Señor ^{343r} por me aver hecho tanto bien sino por cobrar por muger a mi señora Lucida, fija del enperador de Costantinopla. Y esto á de ser por vuestra mano,

que quiero que vais vós <a> [e] Damasio a pedilla al enperador, e yo vos enbiaré de man[er]ta que sin vergüença podáis ir allá. E después que vinierdes pondremos todas nuestras fuerças porque vós cobréis aquello que deseáis, que y'os daré tanta tierra e señorío qu'el rey sea contento.

Grimonte le besó las manos por fuerça e díxole que aparejado estava para conplir su mandado, que le tenía en merced su promesa e que la recibía desde allí. Y entonces le contó todo su fecho e cómo hera despachado con ella, y que aunque Nastanio fuera bibo no casara con ella «porque yo tenía ya aparejado para sacarla de Francia antes que su padre la enbiase a Roma». Al enperador le plugo mucho e le dixo qu'él tomava aquel fecho sobre sí, qu'él haría tanto que con consentimiento del rey él la huviese. E luego enbió a llamar a Damasio e díxole cómo quería que fuese a Costantinopla con Grimonte e díxole más, que en viniendo de allá con Lucida quería que tomase por muger a Dionara, su hermana, que bien sabía que no le podía dar mejor galardón de su trabajo. E Damasio le besó las manos e fue muy alegre con aquellas nuevas.

El enperador los llevó luego a ver a Dionara, qu'estava retraída por la muerte de su padre el enperador, y ella hubo muy gran plazer en aver a Damasio e recibiolos muy bien, e después qu'estuvieron [una] pieça con ella el enperador se salió ^{343v} al palacio. Grimonte pensó de enbiar luego a Olinor, su escudero, hermano de Versinta, a Francia, a fazer saber a su señora cómo se partía para Costantinopla e lo qu'el enperador avía prometido. E fuese a su cámara e escribió a Oribena, e metió la carta de su señora en ella, e mandole que anduviese tanto que antes qu'él se partiese tornase a Roma. Y él así lo fizo, que iba en un ruan muy andador, que en poco tiempo llegó a París.

E ya el rey sabía la muerte de Nastanio y del enperador y estava muy triste, e Dispina muy alegre. E Oli<v>[n]or hizo que venía con mandado a Manfredro, e diole una carta que traía de Grimonte en que le hazía saber cómo él estava con el enperador Claudio e que de allí se partía a Costantinopla, que cuanto viniese de allá lo iría a ver. Manfredro bien entendió a qué causa el enbiava aquel mensajero e mostró muy gran plazer con su carta, e Oli<v>[n]or dio las cartas que traía a Oribena. E Dispina recibió tan gran plazer con la carta de Grimonte que todo cuanto mal tenía se le quitó, e desde aquella ora començó de crecer en su fermosura e despachó luego a Oli<v>[n]or y ansimesmo Manfredro.

Y él tornose a gran priesa, e cuando llegó halló todas las cosas adereçadas para la partida de Grimonte e los que avían de ir con él. E a Grimonte se le dobló el alegría que tenía con la carta de Dispina, que l'enbiava a dezir qu'ella hera muy contenta de la ida qu'él quería fazer ^{344r} a Costantinopla porqu'él ganase la voluntad del enperador de Roma para fazer sus fechos como ellos deseavan, mas que le rogava que no se tardase mucho porque no les naciese otro peligro tal como el pasado, del cual maravillosamente Dios los avía librado. Grimonte recibió la carta de Dispina e vido lo que le enbiava a dezir. Diose gran priesa en su partida.

El enperador fizo aparejar seis naos grandes e fornecellas muy bien de cuanto era menester, e dio mucho aver a Grimonte y a sus compañeros para que fuesen muy ricamente guarnidos, y ansimesmo a Damasio y a otros dos altos onbres de Roma. Y enbió con ellos muchos cavalleros que los aconpañasen, e con todos partió muy largamente e de cuanto avía menester. La reina de Nápules, que supo que Damasio, su hijo, avía de ir a Costantinopla, enbiole una carta

cerrada e sellada para que la diese al rey Garfín, hermano del enperador. E como todo fue aparejado despidiéronse del enperador. Él abraçó muchas vezes a Grimonte, que así lo amava e honrava como si fuera su hermano, e después a todos los otros cavalleros. Arquilao iba muy alegre por ir a su tierra e todos se fueron al puerto de Ostoya, a donde avían de embarcar.

[LXXXI]

Legados allí quísoles Dios tan bien Lendereçar que luego huvieron viento el que avían menester, e recogidos en las ^{344v} naos alçaron las áncoras e tendieron las velas. Entraron por la fonda mar <e> con próspero viento, que hera tal que en pocos días llegaron cerca de Costantinopla. E un jueves de mañana, yendo ellos todos muy alegres por el buen viaje que llevavan, vieron venir por mar contra ellos muy gran flo<c>[t]a de naos y encima de las gaviás pendones muy ricos a man[er]a de turcos, e vieron por los bordes de las naos cavalleros armados. E como ellos esto vieron pensaron que heran turcos e a gran priesa se comiença[ro]n de armar, e tuviéronse por engañados por venir así tan descuidados, mas la flota que venía no les dio tanto espacio de poderse armar, que llegaron con gran ruido de tronpas e añafles e <la> [gran] grita, que parecía <que parecía> qu'el mundo hera allí asonado. E aferraron las naos muy prestamente e los turcos saltaron en las naos, e como estavan desarmados no los pudieron resistir, que heran muchos.

Grimonte <a> [e] Brimarte, que venían en una nao, como la vieron ganada de los enemigos salieron así como se fallaron, enbraçados los escudos, las espadas en las manos, e comiença[ro]n de dar golpes a los unos y a los otros, mas poco les aprovechó,

que los turcos eran tantos que los tomaron entre sí, que no se podieron valer. E tomaron las armas por fuerça e prendieron a ellos y a cuantos ^{345r} en la nao venían, y así acaesció a Damasio e a todos los otros. Grimonte, quando así se vido, pensó de morir de pesar, e maldezíase a sí mesmo y a la fortuna, que tan contraria le hera. Los turcos le ataron las manos e dezíanle palabras muy injuriosas, e sacáronlos al borde [de] la nao e queríanlos echar de la mar así atados.

Estando así [sonó] un trueno e ruido muy grande, que a todos pareció que los <at>[de]j[ava] fuera de su sentido. Grimonte, qu'estava muy enojado de verse así preso, miró e vido que en toda la nao no avía cavallero de los turcos, e él hallose libre e desatadas las manos, y así Brimarte e todos los otros cavalleros. Ellos se començaron de santiguar e no podían pensar qué cosa fuese de aver desaparecido así aquella gran flota. E mirando en la mar vido una barca cubierta de un paño de seda blanca y en el borde d'ella estava sentado un enano muy laso e viejo. Arquilao, qu'estava cabe Grimonte, lo conoció e començó de dezir:

—¡Ay, Larsio!, ¿quién te traxo a tal tiempo aquí? Ruégote que me digas qué tal está mi señora Clarisa.

El enano alçó la cabeça e dixo:

—Arquilao, mi señor, vós seáis el bienvenido a esta tierra, que mucho vos avemos deseado. Mi señora es aquí, que viene por os ver.

E como el enano esto dixo dos donzellas fermosas alçaron el <velo> paño de seda e pareció una dueña de gran reverencia vestida muy ricamente. Arquilao hizo traer un batel e fuese a la barca, e fincó las rodillas delante de la dueña e besole las ^{345v} manos. Ella lo abraçó e lo besó, e díxole:

—Fijo, Arquilao, bendito sea Dios que vos traxo delante de mí. Vamos a ver al buen

cavallero, que yo no vine aquí sino por amor d'él[.]

Arquilao la tomó por la mano e la metió en el batel. Grimonte, que todo esto avía visto, miró mucho la dueña e conoció que aquella era la que lo avía consolado cuando él iba desesperado de su señora e le dio la lança muy buena de que vos avemos contado. Ovo tanto plazer que más no podía ser, e salió a recebilla e omillose delante d'ella, y ella lo abraçó e díxole:

—Fijo, Grimonte, el miedo que los fuertes jigantes e bravos cavalleros no pudieron poner en vuestro coraçón esta flaca vieja vos puso agora en temor y espanto. E fuistes preso vós e todos estos cavalleros que son [to]dos de gran ardimiento. Sabed que yo fui aquella que vos ordené aquella batalla que huviestes, que no pudistes vencer, de que adelante no temáis, que seguro podéis ir vuestro viaje. E doy gracias a Nuestro Señor, que me dexó tanto bevir que pudiese veros e conplir lo que vos prometí a la fuente, a donde vuestro coraçón no eran tan alegre como agora. E díxevos que vos vendría a ver e que vos gradecería el socorro que fariades a un cavallero. Vós le fezistes conplidamente cuando sacastes de prisión a mi fijo Arquilao, que aquí está. Yo soy muy alegre porqu'él á andado en la vuestra compañía, porque a la fin vós le daréis el galardón de tan buen cavallero como [de] vós se espera. Yo le mando que jamás de serviros se parta. ^{346r} Y el socorro que yo vos fize en la bervería contra la reina Maguelia, que vos tenía presos, no me lo agradeç[c]áis, que más qu'esto merecéis. E vine aquí por ir con vosotros a Costantinopla a ver aquel poderoso enperador y a la enperatriz, su muger, e a Lucida, su fija, que muy alegre será con la vuestra venida. E sed certo que avrá buen fin la demanda que lleváis.

—¡Ay, señora —dixo Grimonte—, en

cuánto soy en cargo a Nuestro Señor porque á traído tiempo que y'os pudiese ver e servir las grandes onras que vós me avéis fecho! Con dueña ni donzella del mundo no pudiera yo ser más alegre de vella que a vós, e téngome por bienaventurado de llevaros aquí hasta Costantinopla, que no nos puede venir sino todo bien de la vuestra compañía.

Clarisa dixo:

—Vamos adelante, que todo se hará a vuestra voluntad con la ayuda de aquel poderoso Señor que lo guía.

E mandó traer las donzellas allí <a> [e] la barca dexola ir por la mar. Todo[s] los cavalleros de alta guisa que allí venían vinieron a vella, que más espantados estavan de lo que le avía acontecido, y ella con todos reía de la burla que les avía fecho. Y ansí movieron de allí, y a cabo de tres días, queriendo anochecer, llegaron al puerto de Costantinopla. Grimonte, durante aquel tiempo, iba hablando con Clarisa, pescudándole por su fazienda, e rogole que le dixese quién era su padre. Ella le respondió:

—Fijo, Grimonte, cuán caro vos á costado querer saber las cosas que Dios tiene escondidas. Yo vos ^{346v} digo verdaderamente que no pasará mucho tiempo que no sepáis, e será antes que yo de vós me parta.

Grimonte hubo mucho plazer de [a] quello e no curó de más enojalla, e como llegaron al puerto tan tarde mandaron a dos cavalleros suyos que salieron en tierra e fiziesen saber al enperador cómo estava[n] allí aquellos enbaxadores, que venían con mandado del enperador de Roma, que otro día saldrían en tierra, si les diese licencia. Los cavalleros fueron derechamente al palacio del enperador e halláronlo en su palacio con sus hermanos e otros muchos cavalleros. Ellos fincaron las rodillas en el suelo e dexiéronle:

—Señor enperador, Damasio, príncipe

de Nápules, e Grimonte de Asur e otros buenos cavalleros que con ellos vienen te fazen saber cómo an llegado a tu puerto e vienen a ti con mandado de Claudio, enperador de Roma, si les das licencia, que mañana saldrán en tierra e te dirán a lo que vienen, qu'es cosa que acrecentará mucho en tu honra.

No vos podría onbre dezir el plazer qu'el enperador ovo quando oyó estas nuevas, por amor de Grimonte, e díxoles:

—Amigos, ellos sean bienvenidos. Mucho soy alegre con la venida de Grimonte. Ellos pueden venir a la nuestra cibdad quando quisieren e por bien tovierén.

Los cavalleros le besaron las manos e tornáronse para las naos e dixeron lo que avían recaudado. El enperador se levantó e fuese para la enperatriz e díxole:

—Señora, ^{347r}alegraos, que aquí es el buen cavallero Grimonte. Agora sabremos la verdad.

La enperatriz alçó las manos al celo e dio gracias a Nuestro Señor, e rogole que aquel plazer qu'ella entonce recibía que lo acrecentase, e dixo al enperador que lo aposentase en su palacio porque pudiesen ver la seña que Marsindo tenía. El enperador dixo que así lo faría, mas que le rogava que se huviese sesudamente porque no errase si aquel no hera. E saliose al palacio e mandó a Carlo e a todos los otros cavalleros que saliesen otro día a recibillos e que traxesen a Damasio y a Grimonte consigo, que quería que posasen con él. Él dixo que lo faría así. Aquella noche se fizo <a> muy grande a la enperatriz, que no vía la ora que ver a Grimonte, e luego pe[n]só la enbaxada que traía e folgó mucho d'ella. Y otro día mandó el enperador que ataviasen los palacios de paño de oro e de seda e todos saliesen a recibir a los enbaxadores.

Grimonte ansimesmo, como vido el día,

ataviose muy ricamente e cobrió un manto indio con estrellas de oro senbradas en él, e como él estava alegre no avía persona que lo mirase que no le fiziese alegrar, tanta era su beldad. Y ansimesmo Brimarte e Damasio, que no menos qu'él se ataviaron, e todos los otros cavalleros, e fizieron sacar los cavallos en tierra y el palafrén de Clarisa e de Versinta, e salieron de la mar en bateles e cavalgaron en sus cavallos. Grimonte tomó a Clarisa por la rienda e movieron contra la cibdad, que ya Carlo venía con los reyes, sus tíos, y con Angrite, rey de Macedonia, que avía poco que avía venido por le dar a su hija Tar^{347v}dani<a>[r], e quando se vieron los unos a los otros recibióronse muy bien. Grimonte quiso besar las manos a Carlo y él no gelas quiso dar, ni ninguno de los otros cavalleros. El rey Pirio besó las manos a su madre, Clarisa, e maravillóse quando la vido venir allí. Ella le dixo:

—Hijo, bien soy certa que vos maravillaréis de verme agora aquí. Pues sabed qu'este buen cavallero me fizo salir acá porque mis ojos folgasen en verlo.

—No es maravilla —dixo él—, que su bondad es tanta qu'es razón que todos deesen de verlo. Bien me plaze, que cunplió lo que me prometió en Ingalaterra.

Y así entraron en la cibdad todos juntos. Carlo dixo a Grimonte:

—Sabed, señor, qu'el enperador vos ama tanto que quiere que vais a posar con él, y ansimesmo Damasio.

Grimonte dixo que le besava las manos. El marqués Ducio y otros muchos cavalleros llevaron a los dos senadores de Roma a sus posadas. Carlo llevó consigo a Grimonte e a Damasio. El enperador <qu'>estava en su palacio y la enperatriz ansimismo, y quando los vido levantose a recebillos. Grimonte fincó las rodillas en el suelo y tomóle las manos por fuerça y besógelas. Él lo

abraçó e después recibió a los otros cavalleros. Grimonte entre tanto besole las manos a la enperatriz. Ella [lo] recibió con gran plazer. E quando el enperador e la enperatriz vieron a Clarisa maravilláronse. Ella les besó las manos e díxoles:

—Sabed, mi[s] señores, que yo no quise perder de gozar este día de tanto plazer. Grimonte es aquel que trae las dueñas e los cavalleros en pos de sí, que a él vine yo a ver e no a otre.

La en^{348r}peratriz se alegró tanto de verla que fue maravilla, porque bien pensó de saber por ella la verdad de su pensamiento, e tomola por la mano e sentola cabe sí, e estava tan alterada de mirar a Grimonte, cómo parecía al enperador, que no sabía qué dixese ni fiziese. Y estando el enperador hablando a Grimonte, diziéndole cuánto plazer tenía de su venida, entró en el palacio un cavallero moro, e traía las barbas fasta la cintura e venía tan alegre que parecía onbre fuera de seso, e llegose a Grimonte e díxole en alta boz:

—¡Ay, Marsindo, el mejor de los cavalleros, cuánto afán [y] cuánto trabajo <a> [he] pasado por buscarte!

E fuese abraçar con él. Grimonte, que lo miró, conoció que hera Almogelí, su hermano de l<a>[e]che, hijo de Alfaraxín, el cavallero que lo crió. Y este Almogelí, después que Grimonte se partió de Domas, su corazón no tenía folgança con deseo de Grimonte, e tanto lo aquejó este pensamiento que sin licencia de su padre se partió a buscarlo. E anduvo por muchas tierras, así de moros como de cristianos, a donde fizó muchas cosas en armas, que era muy buen cavallero, e su ventura lo traxo a Constantinopla. E avía dos meses qu'estava allí e salió a ver aquel día los enbaxadores, e conoció a Marsindo e vínose al palacio tras él. Grimonte se levantó a él y abraçolo muchas

vezes, tan gran plazer ovo con él, e díxole qu'estuviese allí, que no se fuese, porqu'estava hablando con el enperador.

Qué vos diremos. El enperador y la enperatriz se alteraron tanto quando lo oyeron llamar ^{348v} Marsindo qu'el cuerpo les tremía, e mirávase el uno al otro e no sabían qué fiziesen. Grimonte dixo al enperador:

—Señor, perdóneme la vuestra merced, qu'este cavallero moro es mi hermano de leche, hijo de un cavallero de la ci[u]dad de Domas que a mí crió. Á ya gran tiempo que no le vi.

—E ¿cómo vos llamó Marsindo? —dixo <a>[e]l enperador.

—Porqu'este fue el mi primero nonbre —dixo Grimonte—, e por amor del duque de Brogoña, que me sacó de l'Asuria, me llamé Grimonte.

Clarisa, que todo esto oyó, conoció los coraçones del enperador <o> [y] de la enperatriz. Levantose en pie e tomó por la mano a Brisa, hija del mercadell a donde Grimonte nasció, e dixo al enperador y a la enperatriz:

—Señore[s], yo no quiero más que penen vuestros coraçones, qu'escusada es la vergüença aquí. Por cobrar tan rica joya mi venida no fue en balde. Ruégovos, mi señor Marsindo, que me mostréis estos vuestos pechos, por ver si conocerá esta dueña algo de vós.

Grimonte quitó unas cintas con cabos de oro con que se abrochava e mostrole el pecho, a donde tenía la estrella colorada como un rubí. Brisa, que la vio, cayó a sus pies e dixo:

—¡Ay, Santa María, valme, vós sois Marsindo, hijo del enperador, que yo vos ayudé a criar e perdivos por mi grande desdicha!

La enperatriz, que todas estas cosas avía oído e vido la estrella, recibió tanta alteración que cayó amortecida diziendo <que>:

—Señor Dios, y ¿es verdad que yo é

cobrado a mi hijo Marsindo?

El enperador la fue a tomar en los braços llorando de plazer, e Grimonte la tomó por las manos e començó^{349r} gelas de besar, e como ella tornó en sí e lo vido tan cerca de sí tomole la cabeça con las manos e besolo muchas vezes, e dezía:

—¡O, fijo mío, cuánta angustia e dolor á sofrido mi corazón por ti! Mas agora mayor es la gloria y el plazer que recibió de averte cobrado siendo tan bueno. Marsindo, sed cierto que yo vos parí y el enperador que aquí está es vuestro padre. Demos gracias a Nuestro Señor por lo aver fecho tan bien que vós cobrásedes vuestro linaje e nosotros cobrásemos tan buen fijo.

Grimonte fincó las rodillas delante del enperador e besole las manos, y el uno ni el otro no se podían hablar, tanto era el gozo que tenían. Garfín, rey de Tesalia, fuese abraçar [a] Grimonte diziéndole:

—¡Tanto bien tovimos entre nosotros e no lo conocíamos! Por esto érades vós estremado entre todos los cavalleros del mundo, siendo hijo de quien érades.

E después que los reyes lo abraçaron todos los otros cavalleros hincavan las rodillas delante d'él e le besavan las manos, y era la alegría tanta entre todos que no se vos podría contar, espicialmente en Damasio y en Brimarte y en Carpasio y en Arquilao y en Almogelí, que se tenía por bienaventurado porque a su causa se avía conocido. Carlo estava espantado, que no sabía qué fiziese. Grimonte le fue abraçar e díxole:

—Hermano, no vos pese, que para vós no faltará gran señorío.

Carlo le besó las manos e díxole:

—Harto bien e señorío é cobrado en cobrar a vós por hermano.

Estas nuevas fueron por la cibdad e veríades todos levantarse de sus oficios e fazer alegrías, e vinieron al palacio a dar^{349v} bozes,

que les mostrasen su señor y príncipe. Grimonte salió a ellos y a todos contentó con su buena palabra, y era la buelta tan grande que no se vos podría contar. La enperatriz abraçó muchas vezes a Clarisa e dezíale:

—Amiga, pues vós esto sabíades, ¿por qué tardastes tanto de fazerme alegre?

—Sabed, señora —dixo ella—, que la voluntad del Señor era que no lo cobrásedes fasta agora, que yo lo é tenido en cargo fasta agora, que lo libré de <mansos> [varios] peligros después de Dios. Agora vos lo entrego. De aquí adelante tened vós este cuidado, que lo paristes.

—Dios vos lo agr<e>[a]desca —dixo la enperatriz—, que yo no podría pagaros el cargo en que os soy.

Grimonte tomó por la mano a Carlo e fueron a ver a Lucida, qu'estava en su cámara muy alegre a maravilla, e quando lo vido fincó las rodillas delante d'él para besalle las manos. Él la abraçó e la besó, e sentose con ella e díxole:

—Mi señora hermana, aquel cavallero que se llama [Cla]u[d]io, que os servió tanto en los torneos que aquí se fizieron, vos besa las manos. E sabé qu'es todo vuestro, el cual es Claudio, enperador de Roma. E sabed que yo quiero que vós seáis suya tanto quanto es él vuestro, e dóivoslo porqu'es el mejor cavallero del mundo, y más que os ama.

Lucida hubo vergüença e tornó su rostro como una rosa, mas gran plazer hubo en su corazón e respondió:

—D'oy, que vos é cobrado por mi señor hermano e avido todo bien, y d'ello de más no sé nada, que no me acuerdo aver visto ese cavallero que me dezís.

—Vello éis —dixo Grimonte— con grande onra e alegría, e no vos quiero dezir más por agora, que me^{350r} quiero ir al enperador.

E saliendo al palacio falló a Orxenía,

reina de Macedonia, y a su fija Tardanir, que jamás avía salido de una cámara desd'el día que mataron al duque de Borbeña, e aquel día salió por el plazer que hubo de ver a Carlo quitado de la gran onra que tenía, tanta mala voluntad le tenía en su corazón. Grimonte la recibió como aquel que lo sabía bien fazer e tomó a Tardanir por la mano e llevola a la enperatriz, qu'estava hablando con Almogelí, e él le contava cómo su padre lo avía llevado de la villa de Tenisa a él y a su ama Inestra y cómo lo avía criado, e lo que avía dicho el moro sabio d'él, por ende él lo crió como a sus hijos propios, e todo lo que avéis oído. La enperatriz le preguntó si era biva Inestra. Él dixo que no avía bevido más de dos años después que fue cabtiva. Mucho plazer avía la enperatriz en oír todas aquellas cosas porque más se certificase ser aquel su hijo. Orxenía le dixo:

—Señora, buen hallado es este a cabo de tanto tiempo. Mucho sois en cargo a Nuestro Señor por lo aver guardado tan bien.

La enperatriz la tomó cabe sí e no se hartava de ver a Grimonte, e díxole:

—Fixo, mándovos que de aquí adelante no vos llaméis sino Marsindo, porque yo vos lo puse porque fuistes engendrado en la mar.

—Así se faga —dixo él.

Y aquel día pasaron en tanto plazer e fiesta como jamás ellos la huvieron. Y otro día Marsindo habló con el enperador e díxole cómo Claudio enbiava a demandar a Lucida su hermana por muger e cómo hera tan buen cavallero como el avía visto, que le pedía por merced que lo huviese por bien. El enperador respondió:

—Hi^{350v}jo mío, vós lo conocéis mejor que nadie, pues anduvo tanto tiempo en vuestra compañía. Vós podéis fazer de vuestra hermana todo lo que tuvie[r]des por bien.

Marsindo le besó las manos e después le contó todo su fecho e de Dispina, cómo estava desposad<a>[o] con ella e cómo la amava más que a sí mismo por su valor e fermosura.

—Pues así es —dixo el enperador—, vayan luego por ella aquellos que fueron con vuestra hermana a Roma, que yo bien creo que no vos pagaríades vós sino de aquella que vos mereciese. Yo soy muy contento con todo lo que vós sois.

El le tornó otra vez a besar las manos e fuéronse para los cavalleros que los esperaban. Damasio dio la carta que traía de la reina a Garfín y él <alxo> [la leyó]. E la reina le enbiava a dezir como supiese que Damasio era su hijo y enbiávale queexas del olvido que avía tenido d'ella. El rey fue muy alegre e fuelo a dezir al enperador, cómo él avía criado otro hijo, ansí como el enperador le dixo que bien se le parecía, que mucho se avía de preciar en tener tan buen fijo. E llamáronle luego, y a Marsindo, qu'estava con el enperador, e dixo:

—Sabed, Damasio, mi amigo, qu'el amor que avéis tenido vós y Marsindo no á sido sin causa, que sois primos cormanos, y tanbién vós como él vos engendrastes en la mar cuando mi hermano Garfín libró a vuestra madre del príncipe de Chiple y ella lo amó tanto por lo que por ella fizo que cumplió su voluntad de mi hermano. Yo soy vuestro tío y ese es vuestro padre. Mucho somos alegres por ello.

—Pues así es —dixo Damasio—, yo me tengo por bienaventurado.

E fincó las rodillas e besó las manos a Garfín. Él lo recibió por hijo. Y esto fecho ^{351r} Marsindo mandó a Polidantes que entrase en una nao, la más ligera que hallase, e fuese primeramente a Roma e fiziese saber al enperador lo que avía pasado, que fuese cierto de aver por muger a Lucida, su

hermana, e de allí que se fuese a Francia e que llevase aquellas cartas al rey e a Dispina, su hija, e diole muy cunplidamente cuanto le fue menester. Polidantes entró en la nao e fue su vía.

[LXXXII]

Marsindo supo todo el fecho de Carlo y de Tardanir e maravillose cómo Tardanir tenía tan gran corazón de no querer casar con Carlo. E tomó un día a Brimarte por la mano e fuese a la cámara de Orxenía, e sentose cabe Tardanir e díxole:

—Nunca vi corazón de donzella para maravillar sino del vuestro, que la gran fermosura de Carlo, mi hermano, ni su gran valor no vos á fecho sojuzgar a fazer su voluntad. Pues él vos quería por muger, lo cual no á podido acabar, yo veré agora si v[ós] lo veréis por mí, porque nunca dueña ni donzella me negó cosa que le demandase, así faréis vós.

Tardanir le dixo:

—Yo soy ciert<o>[a], mi señor, qu'es tanta la vuestra bondad e mesura que no me forçaréis que haga cosa contra mi voluntad. Bien conozco yo que Carlo es de tanto valor que yo no merezco de ser su muger, mas él me fizo tanto pesar que yo jamás no podré querello bien, que mató ^{351v} a sin razón el mejor cavallero del mundo. y a mi causa. el cual era mi esposo. Yo no sé con qué lo vengar sino en tenerle grande enemistad. Con cualquiera cavallero que vós me mandéis casar lo faré yo de grado.

E diziendo esto puso los ojos en Brimarte e sospiró muy fieramente, e dixo:

—Este cavallero que viene con vós me á puesto en cu[i]ldado, que parece mucho aquel que yo amava.

Marsindo le dixo:

—Señora, este cavallero es tal que no es

mucho que ponga en cuidado a cualquiera dueña e donzella de alta guisa que lo viere, que aliende de ser él de gran valor, como fijo de rey que es, no ay cavallero en el mundo que con la su bondad se pueda igualar, así en alto fecho de armas como en toda mesura y lealtad. E acuérdeselos lo que me prometistes, de casar con quien yo quisiese, y esta promesa vos demandaré yo cuando fuere tiempo. E con esto me quiero ir.

E levantose e fuese a la cámara de Carlo, e tomolo a parte e díxole:

—Yo vengo de hablar con Tardanir sobre vuestra fazienda e paréceme que ella está de intención de no casar con vós. Nunca vi mayor locura que la vuestra, siendo quien sois, querer a quien no vos quiere, que no vos á de faltar otra de mayor valor. Yo vos daré un consejo, qu'es vuestra onra si lo quisiéredes tomar. El rey de Ingalaterra, nuestro tío, tiene una fija que se llama Ardina. Yo creo que en todo el mundo, dexando dos, no se puede fallar donzella de tanta fermosura e beldad ni mesura ni sesuda como ella. Y aquel reino hera de derecho de nuestro padre. ¿Quién mejor que vós lo puede heredar ni señorear, pues [es] uno ^{352r} de los señalados reinos del mundo?

Carlo estuvo pensando una pieça e dixo:

—Ya yo é oído dezir de la fermosura de Ardina e agora lo creo, pues que vós me lo dezís. Yo tomo vuestro consejo e prométovos de no casar con otra sino con ella. Dezildo al enperador, e lu[e]go <n>[y]o quiero ir con mi hermana, e pasaré por Francia e veré a Dispina, mi hermana, e de allí irm'é a Ingalaterra. E vós escrevid al rey, pues es tanto vuestro amigo.

Gran plazer hubo Marsindo, e fuese al enperador y díxole lo que él tenía concertado con Carlo. El enperador lo abraçó e díxole:

—Fijo, Nuestro Señor vos fizo tan

sesudo e tan conplido en todas las cosas que no ay más que fazer ni dezir sino aquello que vós fazéis. Yo soy muy contento, e luego se aderecen todas las cosas que son menester, así para él como para Lucida. E quiero rogar a mi hermano Garfín que vaya por Dispina, vuestra esposa, y él entregará a Lucida al enperador de Roma.

Marsindo le besó las manos. El enperador estovo con el rey, su hermano, e rogole que fuese a Francia por Dispina, e que llevaría a Lucida. Él fue muy contento y Pirio dixo que no quedaría que no fuese allá, e muy presto fueron aparejadas todas las cosas que heran menester para la partida. Lucida estava muy alegre con aquel casamiento, que Versinta le contava la gran bondad de Claudio. Ella le avía traído su manda^{352v}do a parte e no vía la ora que se partir, y Carlo ansimesmo era ya tan enemigo de Tardanir e tan enamorado de Ardina que dava muy gran priesa en su partida. Marsindo quiso enbiar a Dalvides, su escudero, a Francia con Garfín, porque Dispina lo conocía mucho, y armolo cavallero e hízolo poner en el escudo un león por aquel qu'él mato en la bervería, e diole muy ricas cosas e púsolo en gran estado, e díxole que en viniendo le daría tierra de que fuese señor. Él le besó las manos. E rogó tanbién a Arquilao que fuese con su padre con Dispina. Él lo fizo de grado.

E venido tiempo para su viaje metieron en las naos grandes riquezas qu'el enperador dio a Lucida que llevase y ansimesmo para Carlo, e todo aparejado el enperador e la enperatriz salieron con Lucida fasta la ribera de la mar y allí se apearon todos, y la enperatriz tomó en sus braços a su fija. Llorava con ella muy fieramente, que no avía quien las pudiese apartar la una de la otra. Marsindo hincó las rodillas delante de la enperatriz e pidiole por merced que se sufriese, pues

Lucida iva para recibir tanta onra.

—¡Ay, hijo mío —dixo la enperatriz—, que no sé qué faga con deseo de mis hijos, que si cobré a vós pierdo oy a Carlo e a Lucida, que no sé si más los veré!

E cayó amortecida. Garfín e Pirio tomaron a Lucida e lleváronla a la nao, e con ella muchas dueñas e donzellas ricamente guardadas. Carlo ^{353r} besó las manos al enperador e a la enperatriz e fuese a la nao a donde estava Lucida. Damasio se despidió de Marsindo y anbos a dos les vinieron las lágrimas a los ojos de verse partir el uno del otro, e besó las manos al enperador e recoj[i]ose en sus naos, y así todos los otros cavalleros. E recojidos todos alçaron las áncoras e tendieron las velas, e salieron de[] puerto con gran roido de instrumentos e tiros de muchas maneras que tiravan. El enperador estuvo en la ribera de la mar hasta que los perdió de vista, e tornose a la cibdad muy alegre como aquel que hera de gran corazón e tenía en más la bondad de Marsindo que todas las cosas del mundo, el cual los sabía así servir e contentar que los hizo olvidar el deseo de los otros hijos.

E cadaldía venían de todas las partes de Grecia cavalleros de gran cuento a ver e servir su nuevo príncipe. Marsindo los sabía tan bien recibir que todos eran muy pagados e teníanse por bienaventurados con él, pues por todo el mundo era tanpreciado, e su fama e loor era sabida. Cadaldía se fazían grandes fiestas. Marsindo andava muy loçano esperando a la su Dispina, que en ella era toda su alegría, e como él vido a Carlo partido habló con Tardanir e pidiole por merced que se casase con Brimarte, pues él lo tenía por hermano. Ella era ya muy pagada d'él e respondiolo que hablase con su padre, qu'ella era muy contenta. Marsindo así lo fizo e supo tantas cosas dezirle ^{353v} qu'el rey lo tuvo por bien, e luego fueron

desposados e casados con gran fiesta. El [rey] de Macedonia, desqu'esto ovo fecho, pidió por merced al enperador e Marsindo que los dexasen ir a su tierra, que ya mucho se avía allí detenido, e lo<s> tuvieron por bien. Marsindo fue con ellos dos jornadas por le hazer grande onra e de allí se despidió, e Brimarte le besó muchas vezes las manos, aunque [él] no quiso, por aver por él alcançado tanto bien, y él se tornó a la cibdad, y el rey con sus hijos anduvo tanto que llegó a Macedonia. Todos los del reino hizieron grandes alegrías con Tardanir e con su marido, e después que Angrite morió Brimarte reinó en Macedonia e fue muy buen rey, e mantovo su reino en paz y en justicia, e ovo dos fijos muy buenos, cavalleros, en Tardanir, su muger <y>.

354r [LXXXIII]

Polidantes anduvo por la mar con tan buen tiempo qu'en pocos días llegó en Roma, e quando el enperador lo vido ovo mucho plazer e pescudole que tal quedava Grimonte.

—Dadme, señor, alvricias, e dezírvoslo é —dixo Polidantes.

—Yo vos las mando —dixo él.

—Sabed, señor, que Marsindo, que así se llama Grimonte, ya que llegó a Costantinopla fue muy bien recibido del enperador, y estando con él ablando llegó un cavallero moro e fue tal que por él e por la dueña que nos libró en la berbería se supo cómo Grimonte era ijo del enperador e de la enperatriz, e cómo se llamava Marsindo, e fue recibido d'ellos con grandísima alegría, e de todos los otros altos onbres de Grecia. Y él vos enbía a dezir que muy presto será aquí Lucida, su ermana. El enperador vos la tiene otorgada.

Claudio alçó las ma<g>nos al cielo

diziendo:

—Señor, bendito seas vós, que tales nuevas me dexastes oír. Siempre yo tuve creído que Marsindo era de alta guisa, según sus buenas maneras. Vós avréis las alvricias que merecéis.

E fizole fazer una carta sellada con sus sellos en que le fizo merced de una villa y un castillo muy bueno, e diole ^{354v} muchas ricas joyas, e Polidantes le besó las manos. El enperador fizo fazer muy grandes alegrías e fiestas por toda la cibdad, que turaron ocho días, e Polidantes se despició del enperador e fue a entrar a sus naos, e siguió su viaje fasta que llegó a un puerto de Francia, e allí desembarcó e fuese a París. E llegó a tienpo que era menester su venida, porque Orsilón con otros altos honbres d'España avía llegado un día antes, que venía con enbaxada qu'el rey d'España enbiava a demandar a Dispina para el príncipe, su ijo, y el rey estava de intención de dársela, e Dispina tornava a sus males con el mayor cuidado que dizir se podría. Polidantes entró en el palacio del rey e incó las rodillas delante d'él y díxole:

—Marsindo, príncipe de Costantinopla, [qu]e Grimonte llamarse solía, vos vesa las ma<g>nos como aquel que tiene por padre e vos faze saber que alló a su linaje, qu'es ijo del enperador y de la enperatriz de Costantinopla. Tomad, señor, esta carta suya, e sabréis lo que vos enbía a dezir.

—¡Santa María, valme! —dixo el rey—, ¿tanto bien tenía yo en mi casa e no lo conocía? Yo soy ^{355r} tan alegre con estas nuevas que más no lo podría ser. Ruégovos que me contéis cómo fue conocido.

Polidantes se lo contó todo, que nada no faltó. El rey se maravilló e abrió la carta e liola, e falló en ella qu'en ninguna manera del mundo fablase en casamiento de su fija Dispina, qu'era su esposa, e qu'él enviaría

por ella muy prestamente. El rey dixo, que todos lo oyeron:

—Cierto, mi fija Dispina tomó mejor marido que yo le pude dar. Él lo sea en buena ora, pues que Dios tan buen fin le quiso dar. Vós, Polidantes, folgad, que razón es que se vos galardone por la buena nueva que traes.

—Ir quiero a ver a mi señora Dispina —dixo él.

—Id cuando vós quisierdes —dixo el rey—, que buen físico seréis para su mal, que ya conoç[c]o de dónde le venía.

Polidantes se fue a la cámara e incó las rodillas en el suelo delante d'ella, e besole las manos por fuerça e díxole:

—Estas ma<g>nos os beso yo porque sois mi seño[ra], y [por ser] el primero que vos la bese por princesa de Costantinopla. Tomad, señora, esta carta que vos envía Marsindo, mi señor, fijo del ^{355v} enperador de Costantinopla <tomad señora esta carta>.

Dispina, que muy espantada estava de ver a Polidantes delante d'ella, cuando le oyó dezir tales cosas enflaqueciole el corazón del demasiado p[la]zer e cayó sobre su estrado. Oribena corrió con agua y e[c]hóselas en el rostro, e desque tornó a su sentido dixo:

—¡Ay, Santa María!, ¿quién tendrá esfuerço para oír tan gran nueva? Qu'el gozo es tan grande qu'en el corazón no puede caber.

E tendió los braços e abrazó a Polidantes, e besolo en el rostro e díxole:

—Amigo, vós venistes con tal tiempo que remediastes mi vida. Traeisme tan buenas nuevas que donzella nunca<s> oyó. Dizidme, por Dios, cómo el enperador conoció a Marsindo por su fijo.

Él gelo contó y cómo muy prestamente vendría por ella, y que Marsindo le avía mandado que no se partiese de allí fasta que veniesen los que la avían de llevar.

—Sabed, señora, que ya vuestro padre sabe cómo sois desposados, que Marsindo gelo escribió.

—Mucha vergüença ^{356r} tengo d'eso —dixo Dispina—. Mas, pues qu'él lo quiso, avreme de sufrir. E vós, Polidantes, iros a vuestra posada, que de mí avréis el galardón que merecéis.

Él le besó las ma<g>nos e despidiose d'el[la], y el rey le fizo muy bien aposentar. E luego despidió a los enbaxadores d'España e fizo fazer grandes alegrías, e començó de aparejar las cosas que avían menester para enbiar a su fija. E sabed que ya Manfe<n>-dro era ido Alemaña con Dinerpa, su muger, mas el príncipe Donís tenía muy gran plazer porque Dispina era desposada con Marsindo, y el rey la vino a ver e díxole:

—Fija, de oy más despedid vuestros males, que Dios á sido. Vós tomastes buen marido. Aunque no fue con mi consentimiento yo soy muy alegre. De aquí adelante tornad en vuestra fermosura.

Dispina le besó las manos llorando e pidiole por merced que la perdonase, qu'el grande amor de Marsindo l'avía hecho herrar.

—Todas las cosas vienen de Dios —dixo el rey—. Yo vos lo perdono por amor de vuestro esposo, que mucho merece.

Dispina le besó las manos. El rey envió un mensajero a fazer saber todas estas cosas que vos avemos dicho a Manfredro y ansimesmo al duque de Brogonia, y enbiole a rogar que se vinie^{356v}se para él, que quería qu'estuviese en su corte cuando los griegos viniesen. <A>[E]l duque ovo tan gran plazer cuando lo supo como si fuera su hijo Carpasio, que d'él le traer<o>[a]n nuevas que fuera rey, e adereçose luego su ijo Frangiste para la partida con pensamiento de ir a Costantinopla con Dispina. Pues las alegrías que Manfredro hizo no son de contar,

e luego enbió mensajeros a Costantinopla. El rey de Francia hizo grandes mercedes a Polidantes, así a él como a su linage.

Partido Carlo e su ermana Luzida de Costantinopla fueron por su mar navegando. Algún tiempo se detuvieron por amor de los vientos, que le eran contrarios, mas a la fin llegaron al puerto de Ostia e salieron todos en tierra porque venían enojados de la mar, e fizieron saber al enperador su venida. E como él estava aparejado mandó a muchos cavalleros que fuesen allá, y el día que Carlo e su ermana entraron en Roma salíolos a recibir el Papa con todos los cardenales y el enperador con sus altos honbres, e fue fecho el mayor recibimiento qu'en Roma se fizo. Luzida iba muy ricamente ataviada encima de un palafrén ^{357r} de guarniciones de oro e perlas, e venía tan fermosa que todos se maravillavan de verla, e traía la su hermano de rienda e los reyes sus tíos delante. Ellos besaron los pies al Santo Padre, e luego llegó el enperador e recebiéronse con grande acatamiento, y el Santo Padre los desposó allí, en el canpo, e todos recibieron su bendición.

El ruido de los menest[r]iles e de los juegos era tanto que parecía qu'el mundo era allí junto y así entraron en la cibdad de Roma con gran tri[u]nfo. Carlo puso en los palacios del enperador a los reyes, sus tíos, y a todos los otros aposentaron en la cibdad. El enperador, cuando vido en su poder aquel[l]a qu'él tanto amava, tóvose por el más bienaventurado del mundo, y ella no menos estava contenta, e cuando se vieron solos el enperador le dixo:

—Mi señora, mucha pena mereç[c]o yo porque tardé tanto tiempo de conplir mi promesa, mas bien soy cierto que me perdonaréis por aquel que yo mucho amo, porque en la su buena ventura yo é a[l]cançado de Dios grandes mercedes. E la mayor es

averos a vós en mi poder, que para sienpre mi coraçón será alegre. Pidos por merced que olvidéis a la enperatriz vuestra ^{357v} madre, que todos los que míos son os an de servir.

Lucida le dixo:

—Escusado es, mi señor, pedirme vós a mí per<o>dón del yerro que no fezistes, que todas las cosas an venido de la mano de aquel poderoso Señor. Bien soy cierta, según lo que é visto, que no fue más en vuestra mano, y ello se á hecho todo tan bien que tenemos que servir aquel Señor del <del> mundo. Yo por mi parte nunca le desagradeceré el bien que me á fecho.

El enperador la tomó en sus braços y besola muchas vezes, que mucho era contento de ver su gran seso e mesura. Carlo vino a donde ellos estavan e díxole:

—Señor enperador, no toméis tanta parte d'esta donzella, que aquí ay quien vos la defenderá hasta que venga su tiempo.

—Yo me daré tanta priesa —di<e>xo el enperador— que poco tienpo pene de avella enteramente en mi poder.

Y así lo fizo como lo dixo, que no pasaron tres días, como él tenía todas las cosas aparejadas, que no fiziese sus bodas, las cuales fueron celebradas con gran solenidad en la iglesia de San Pedro por mano del Santo Padre, <e don> a donde fueron he[c]has muchas justas y torneos ^{358r} de los cavalleros romanos. Y el enperador fizo muchas grandes mercedes a todos los cavalleros e más que todos a Damasio, príncepe de Nápules, que lo desposó con su hermana Dionora e le dio en dote el principado de Calabra y el rein<a>[o]de Nápules, e Garfín, rey de Tesalia, e uv[o]<iere> en memoria su gloria pasada e dióse el uno al otro muy grandes joyas. E después que <udas> [fueron] las fiestas pasadas Carlo acordó de irse y el enperador le dio muy ricas joyas y a todos

los <juegos> [otros], por onde ellos fueron muy pagados. Carlo ovo dispensación del Santo Padre para casar con Ardina y ansimesmo la ovo para Marsindo, su ermano, e para Dispina. El Santo Padre le dio muchas reliquias e grandes joyas a él y a Garfín, y ellos le besaron las manos e despediéronse d'él e del enperador e de la enperatriz, su hermana, que mucha pena sintió de su partida, mas el enperador le mostrava tanto amor que olvidó todas las cosas.

Carlo se tornó ^{358v} al puerto de Ostia e allí tornó a embarcar, e fuéronse derechamente a Francia. E ya el rey sabía de sus venidas porque desde Roma gelo avían hecho saber e tenía gran recevimiento para tan grandes onbres como ellos eran, e tenía consigo todos los más grandes señores de su reino. E como Carlo llegó al puerto desembarcó e salieron todos en tierra e veniéronse a la cibdad de París. El rey, que lo supo, saliolos a recebir muy aconpañado de muchos altos onbres e fizo muy gran onra a Carlo e a sus tíos, y ellos a él grande acatamiento. E viniéronse para la cibdad e fallaron en el palacio a la reina e a Dispina, qu'estava tan fermosa con la sobrada alegría del corazón que Carlo e Garfín fueron maravillados de ver la su gran beldad. Ella los recibió como aquella en que avía toda discrición e mesura. Carlo se sentó cab'ella y díxole:

—Agora no me maravillo yo, señora, que mi señor hermano Marsindo començase e acabase los grandes fechos en armas que por el mundo fizo siendo vuestro cavallero, que de vós le venía ^{359r} el su grande ardimiento.

—Fízolas él —dixo Dispina— por ser él de gran bondad y corazón, que yo pocas fuerças le podía dar.

—Dexemos, señora, de hablar en esto —dixo él—, que si aquí estoviese Marsindo él confesaría que yo é di[c]ho verdad, e por

dar descanso a su corazón pediré por merced al rey que luego vos enbíce.

—Eso vos tengo yo en merced —dixo Dispina—, que ya yo querría ir por la mar.

Garfín e Pirio hablaron con él e diéronle las cartas del enperador e de Marsindo. Él dixo que era contento de enbiar luego a su fija, mas primero que Dispina partiese fizo el rey grandes fiestas a Carlo e a los reyes. Y como fue tienpo el rey tuvo adereçado las cosas que l'eran menester e acordaron de partirse. El rey e la reina fueron con Dispina fasta el puerto donde avían de embarcar, e llegando vino<no>les viento endereçado para partirse. Carlo se uvo de quedar con el rey fasta que le fiziese tienpo para ir a Inglaterra. Dispina fue metida en la nao <e> despidiéndolo<do>se del rey e de la reina con muchas lágrimas. Oribena e la muger del durfín e la infanta Arizena, hija del rey Arizmeque de Túnez, y otras muchas dueñas y donzellas de gran cuento fueron con ella. De Francia el duque de Brogonia e Franjiste, su ijo, y el conde [de] Ruisellón y otros muchos cavalleros fueron con ella en la nao, y Arquilao e Darvides, el novel cavallero con ^{359v} quien Dispina mucho plazer tomava, y ansimesmo con Poli<n>dantes, que todos ivan para servirla. E quedaron con Carlo el duque Florenc[i]o y el marqués Duzio e Frisios, hijo de Crionte, rey d'Esperte, e Tomedo, hijo de Pirio, y otros muchos cavalleros. E metidas en las naos las grandes riquezas que Dispina <que> llevaba salieron del puerto con gran alegría.

El viento les era tan bueno qu'en poca de ora los que los miravan los perdieron de vista, mas no les turó mucho, que a cabo de dos días huvieron seis días perdidos por ella que no sabían a qué parte estavan. Todos perdieron el esfuerço e fueron puestos en gran tribulación pensando de ser perdidos. Dispina esforçava a los reyes que ivan con

ella e dezíales que tuviesen esperança, que Dios los libraría, e un viernes a mediodía la fortuna los e[c]hó en el reino de Túnez, en el puerto de la villa de Medón, a donde Marsindo e los otros cavalleros aportaron cuando ivan en pos de Ruaxén e d'ellos fue tomada la villa, como vos avemos contado. E <e> avínoles tan bien qu'el rey Abranir estava en la villa, que avía venido por enbiar muchas naos cargadas de grandes riquezas e joyas a Marsindo, e como el rey vido tantas naos en su puerto ovo gran miedo e armorese él e todos cuantos con él estavan, e venieron a la <a la> ribera de la mar [y] començaron de tirar a las naos que estavan en la mar. Todos los cavalleros [se armaron] a gran priesa porque los marineros dixerón que a^{360r} vían aportado en tierra de moros. Arquilao e Dalvides, que en aquella tierra avían estado, conocieron el puerto que era e dixerón a Dispina:

—Señora, no temáis, que a tierra de vuestros vasallos avéis aportado, e sabiéndolo el rey de Túnez os fará grandes servicios. E quiero hablar a los moros, que desqu'ellos supi[e]ren la verdad nos farán grande onra.

Luego saltaron en un batel Arquilao e Dalvides, las cabeças desarmadas, e fizieron señal de paz. El rey Abranir, qu'en la ribera de la mar estava, los conoció e ovo muy gran plazer, e mandó a todos los suyos qu'estuviesen quedos, y él desarmose la cabeça y juntose cabe la orilla de la mar. Arquilao lo conoció e saltó del batel en tierra, y así fizo Dalvides. El rey los abraçó con grande alegría e díxoles:

—¡Ay, mis amigos!, ¿qué me dezís de mi señor Grimonte, si fuese yo tan bienaventurado qu'él aquí viniese?

—Non viene él —dixerón ellos—, mas biene su esposa.

Entonces le contaron todo el fecho de Marsindo e cómo aquella era ija del rey de Francia.

—¡Ay, Dios, qué nuevas de tanto plazer son estas! Bien dava a conocer Marsindo ser el fijo de tan preciado príncepe como es el enperador. Vamos, por Dios, a ver aquella señora, porque <señora porque> venga a folgar en [es]ta su villa.

E luego mandó a todos los suyos que se desarmasen y él solo entró en el batel con los dos, e fueron[s]e^{360v} a la nao de Dispina, e quando la vido finco los inojos delante d'ella e quísole besar las manos. Mas ella, sabiendo quién era, lo alçó e fizole mucha onra, y él le pidió por merced que saliese en tierra porque venía enojado de la mar e la tormenta no cesava, que le prometía de ir con ella a Costantinopla por ver a Marsindo. Ella gelo agradeció mucho. Garfín e todos los otros cavalleros dudavan de salir en tierra, mas Arquilao les dixo que sin temor podrían salir, que era el más leal rey del mundo Abranir, y ellos los fizieron. Sacaron a Dispina y todos los otros cavalleros de alta guisa salieron con ella. El rey Abranir, quando supo quién eran los reyes, fizoles grande onra e fueron muy bien aposentados, que se les dava muy conplidamente quanto avían menester y fazíales muy grandes servicios, e mostroles las cosas que tenía para enbiar a Marsindo, e enbió a gran priesa por la reina, su muger, qu'estava en la cibdad [d]e Betaín. Ella vino luego e trajo muy ricas cosas para Dispina, y ella ovo mucho plazer con ella. Y estuvieron allí veinte días al mayor vicio del mundo, que cadaldía le fazían fiestas, aunque a Dispina se le fazía todo nada, tanto era el deseo que tenía de ver a Marsindo.^{361r} El rey Abranir se aparejó para ir con Dispina e la reina le dio una fija suya muy fermosa, e como el tiempo fue sosegado entraron en las naos e la reina quedó muy triste por la partida del rey, mas era muy sesuda e gobernó muy bien el reino mientras qu'el rey estuvo en Costantinopla, porque Alcoramarte,

como supo qu'el rey era partido, se vino para la reina y estuvo con ella hasta qu'el rey bolvió, el cual, cuando supo que Grimonte era ijo del enperador de Costantinopla, fue muy alegre e enbiole sus mensajeros porqu'él no podía ir.

[LXXXIV]

Carlo estuvo esperando en el puer-to que le fiziese tienpo para su viaje. Como el tiempo bolvió, como vos te[ne]mos dicho, los marineros dixerón que podía partirse si quisiese. Él ovo mucho p[er] azer e despediose del rey e de la reina, que aún estaban allí con él, y entró en sus naos e fue por la mar a la costa d'Esp[aña], e ízole tan buen tiempo que a los quinze días aportaron en la cibdad de Londres, a donde el rey estava. E quando él supo de la venida de Carlo fue muy maravillado, no sabiendo la causa, e saliolo a recibir [con] todos los altos hombres que con él estaban. Carlo, quando lo ^{361v} vido, fincó las rodillas delante d'él e quísole besar las manos. El rey las quitó afuera e díxole:

—¡Ay, señor sobrino, [no] quiera Dios que yo tan desmesurado sea que dé las manos <de> [a] tan gran príncipe como vós, que yo de razón las devo besar! No sé qué buena ventura á sido esta, que vós veniédeses a esta tierra. Mucho soy maravillado e alegre.

—Por ello no vos maravilléis, mi señor —dixo Carlo—, que Dios tiene poder de mudar las cosas que no son pensadas. Y así acaeció [a] mí, que dejando en mi lugar a Marsindo, mi ermano, que Grimonte llamarse solía, vine yo a serviros. Y el enperador mi señor se os encomienda, e desdequiere tiempo sabréis la causa de mi venida.

El rey, que oyó dezir que Grimonte era ijo del enperador, mucho fue espantado e dijo:

—¿Es verdad que Grimonte es ijo del enperador e de la enperatriz?

—Verdad es —dixo Carlo—, que por eso lo izo Dios estremado en bondad en el mundo. E por el grande amor qu'él os tiene y deseo de servir me mandó que viniese yo en su lugar.

—¡Ay, Santa María —dixo el rey—, y quién fuera tan dichoso que lo supiera para hazerle aquella onra qu'él merece! No fueron en vano las palabras de la donzella. Ella sea malaventurada por^{362r} que no dixo más declarando aquellas razones porque supiéramos la verdad. Yo soy tan alegre que dezir no lo podría, porqu'el enperador mi <er> hermano cobre <t> tan buen hijo, y más alegre con vuestra venida.

E luego recebió a todos los otros cavalleros y fuese con ellos muy alegre al palacio a dond'estava la reina con su ija Ardina, e óvose por vien aconsejado de Marsindo, su hermano, porque lio a la clara la gran fermosura de Hardina. E quando la reina y ella supieron las nuevas de Marsindo hubieron muy grande plazer y fizieron dezir a Carlo de la manera que avía sido conocido Marsindo del enperador. Él se lo contó todo y en esto pasaron aquel día con gran plazer, e otro día Carlo dio las cartas que traía del enperador y de Marsindo. El rey, que las lio, él dixo que era muy contento de hazer el mandado del enperador y ruego de Marsindo. Carlo se lo tuvo en merced y dixo que así él le sería obidiente hijo. El rey lo izo saber a la reina y Ardina. Ellas fueron muy contentas y luego a la noche los desposaron con gran fiesta, y porque Carlo no vía la ora que gozar de Hardina, tan bien le pareció, dende ha quinze días fueron las bodas. ^{362v} El rey enbió a llamar todos los altos hombres de todo su reino y fueron fechas muy grandes fiestas porque todos fueron muy contentos de ver a Carlo por señor. Después de

las fiestas acabadas el rey dio a todos muy grandes dones tornándose todos a sus tierras, los grecianos ansimesmo, aunque algunos cavalleros quedaron con Carlo, a los cuales izo grandes bienes y mercedes. Y después qu'el rey Laurea[to] <prinero> [fene-ció] Carlo reinó y fue muy buen rey, manso a sus vasallos e muy cruel a sus enemigos. Ovo en Ardina su muger un ijo y dos ijas muy hermosas, y fueron grandes señoras.

[LXXXV]

Los reyes <Gar> Garfín y Pirio, tornados a entrar en las naos con Dispina, partieron del puerto de Medón con buen tiempo. Duroles tanto que llegaron a la cibdad de Constantinopla un sábado de mañana. Como allí fueron fu'el plazer tanto que tiraron muchos tiros [e] izieron gran ruido. Marsindo, qu'en otra cosa tenía su pensamiento sino en la venida [de] Dispina, fue corriendo a ver quién era. Cuando conoció las naos nunca fue en corazón de cavallero tan gran plazer ^{363r} como en el suyo, y así como lo dijo <en el> [al] enperador y a la enperatriz luego se fue a las naos aconpañado con muchos cavalleros. Entró en un batel y fuese <a la naos aconpañado y fuese> a donde venía Dispina. Cuando ellos se vieron no se pudieron hablar, tanto era el p[l]azer de sus corazones. Más él la <lo> abraçó que solía y ella a él, y luego ressi<r>bió a los reyes sus tíos. Cuando vio al duque de Brogonia hubo muy gran plazer y recibíolo con aquella onra como si fuera su padre, y díxole:

—Agora es mi plazer conplido del todo, mi buen señor, pues que vós, mi señor, me quisistes hazer tan grande onra en tomar tanto trabajo de venirme a ver.

—No me lo agradeç[c]áis —dixo el duque—, qu'el verdadero amor que y'os tengo no se pareciera si esto no iziera, y quise venir

a ver por mis ojos el vuestro gran señorío, de que vós érades merecedor. Mucho me tengo por bienaventurado por lo que por vós hizo y tengo mucho que agradecer a Dios, que tanto bien me izo.

—Padre —dixo Marsindo—, no es menester dezirme más, que yo muy conocido tengo el amor ^{363v} que sienpre me tovistes sin que yo vos lo mereciese.

Luego llegó Carpasio a le besar las manos <el duque>, el cual era desposado con Hetelebra, ija del rey Petreo y de Flasia, y esta era la mayor ija qu'ellos tenían, que avía de heredar. Marsindo pidió por merced a la enperatriz que gela diese para Carpasio. El duque fue muy alegre de verlo, especial[mente] cuando supo qu'estaba tan bien desposado. Después que Marsindo vio a todos los cavalleros que venían con él y al rey Abranir, con quien él demasiadamente ovo mucho plazer, <e> tornose para la cibdad por salir con el enperador, el cual estaba ya para cavalgar y ansimesmo la enperatriz, para ir a recebir a Dispina. Salieron con ellos tantos cavalleros de tan alta guisa que no cabían por las rúas, que todos los grandes señores de Grecia eran allí venidos a ver a Marsindo y estar en sus bodas. La enperatriz avía enbiado para Dispina un palafrén ricamente guarnido.

[LXXXVI]

Los reyes salieron en tierra con ella. Cuando llegó <a>[e]l enperador y la enperatriz estaban cavalgando ^{364r} todos. Dispina besó las manos al enperador y él a ella en el rostro. Mucho fue pagado el enperador d'ella, que la vio tan fermosa, y ansimesmo la enperatriz la tovo abraçada gran pieça. Marsindo tomó al duque de Borgoña.

—Mi padre, ruégovos que lo onréis, que mucho merece.

El enperador lo abraçó e luego movieron contra la cibdad. Dispina iba maravillada de ver tanto cavallero y todos los de la cibdad fazían grandes alegrías, e como llegaron al palacio fueron apeados y començaron las fiestas e muy grandes. El enperador dixo a Marsindo:

—Ijo, agora os amo yo más que nunca porque pusistes vuestro corazón en donzella de tanto valor y fermosura. Mucho soy alegre con su vista. Ruego a Dios que os guarde, que bien igualados estáis entranbos a dos.

Marsindo le besó las manos e parose muy loçano cuando aquello el enperador le dixo, e fuese para la enperatriz, qu'estava ablando con Dispina, que mucho olgava con ella, y díxole:

—Mi señora, dadme parte d'esa donzella, que tiempo es qu'el coraçón atribulado repose de sus mortales deseos, qu'esta es aquella por quien muchas vezes al ilo de la muerte ^{364v} [estuvo] este vuestro ijo. Si yo tengo razón juzgaldo vós, mi señora.

—¡Ay, ijo —dixo la enperatriz—, a tal ora venga ella a nuestro poder que faga alegre[s] nuestras vidas e a los que mucho vos aman! E no quiero deziros más de cuanto soy maravillada de cómo vos av<i>éis podido sufrir tanto sin verla, aunque Dios vos izo tal y de tan buen co[no]cimiento que aviades d'escojer lo mejor, y esto vaste.

Y estuvieron hablando con mucho plazer hasta que fue ora de cenar e cenaron todos los grandes señores que venían con Dispina e con el enperador, e después fueron muy bien aposentados.

[LXXXVII]

Otro día Abranir fizo sacar de las naos todas las ricas cosas que para Marsindo traía y él las repartió con todos

los cavalleros que azían mucha onra al rey, e dende a ocho días que Dispina fue venida se casaron. Las bodas fueron un mes. El enperador izo muy grandes mercedes en<n> a^{365r} quel tiempo a cuantos [s]e <n> la[s] demandavan. Durante este tiempo vino Alfarcín, el cavallero que avía criado a Marsindo en la cibdad de Domas. Ansí como su ijo [Al]monjelí halló a Marsindo enbió un escudero azerlo saber a su padre y él uvo plazer con él, y llevolo al enperador, que<l> lo recibió muy bien agradeciéndole la criança que a Marsindo avía fecho, y ansime[s]mo la enperatriz. Almongelí no acavava de dar gracias a Nuestro Señor por le aver fecho tanto bien de aver criado a Marsindo, pues tan bien agradecido le era.

Después de [que] las fiestas fueron pasadas <las fiestas> acordaron todos de se ir a sus tierras. Los primeros que se partieron fueron los reis hermanos del enperador, que mucho tiempo avía qu'estavan fuera de sus tierras, e R<e>[a]stín<o>, rey d'Esperte, que avía venido a ver a Dispina, su sobrina, de qu'él demasiadamente era alegre. Diole de sus ijas para que las casase con quien ella quisiese. El duque de Borgoña ansimesmo con todos los franceses se partieron para Francia, mas primero dexó casado a Carpasio, su ijo. Del rey de Francia fueron muy bien rescebidos. Cuando supo la grande onra [en] que su ija quedava dio muchas gracias a Nuestro Señor por le aver ^{365v} dado tan buen marido a su voluntad.

Desque todos estos [fueron] partidos Marsindo casó Almongelí, su hermano de leche, con Arizena, la infanta ija del rey de Túnez, que Marsindo mató, e rogó mucho al rey Abranir que toviere por bien de dar el reino de T[r]e<n>[m]ecén, qu'ellos d'ambos a dos avían ganado, <si> [a] Alfargín, su amo, para que después de sus días fuese rey Almongelí, su ijo, y qu'ellos fuesen

obligados de dar al rey Abranir cada año cierta cuantía. El rey, como era de tan buena condición e amava mucho a Marsindo, tóvolo por bien, y luego se despedieron del enperador, el cual les dio muchas joyas así a los unos co[mo] a los otros, de qu'ellos fueron muy contentos, y más del grande amor que Marsindo les tenía. Y él fue con ellos hasta la mar y allí los despidió, y ellos entraron en sus naos y alçaron las velas y fueron al reino de Túnez, y como el rey Abranir fue llegado luego entregó para Alfarjín el reino de Tremecén e se llamó rey, e después d'él reinó su ijo Almongelí, e así uvieron tan buen galardó[n] en la criança que a Marsindo izieron.

[LXXXVIII]

Yesto todo hecho Marsindo se acordó de Licedora, hija del rey de Boemia, y pensó de darla por muger para Arquilao, ^{366r} su primo. Y llamolo un día y díxole que tenía pensado que luego partiese con sus cartas, qu'él tenía tanta confiança en el rey y en Licedora que haría lo que les enbiase a dezir. Arquilao le besó las manos y pidióle por merced que luego escriviese, y él así lo hizo. La carta de Licedora era muy buena, que le traía a la memoria las cosas pasadas pidiéndole por merced que lo perdonase, porqu'él no podía ir a verla como avía prometido, qu'enbiava ir a Arquilao en su lugar. Y, pues las cosas así avían pasado, qu'ella toviere por bien de tomar a Arquilao, su primo, por marido, que era cavallero de tanto valor, y otras cosas muchas l'enbió a dezir. El enperador le dio todo lo que avía menester para ir como le convenía. Clarisa le dio muy ricas cosas para qu'él llevase a Licedora. Fue con él Tomedo, su hermano, y otros muchos cavalleros, y llegados al reino de Boemia <el reino de Boemia> el rey

los recibió muy bien y ansimesmo Licedora, e cuando supieron el fecho de Marsindo mucho fueron alegres. Arquilao les dio las cartas del enperador e de Marsindo.

El rey tovo por bien de fazer lo que l'enbiava a rogar por tenerlos por parientes, e Licedora tomó la carta de Marsindo y encerrose en su cámara con ella y derramó ^{366v} muchas lágrimas leyéndola, y dezía en su corazón: «¡Ay, Dispina, fija del rey de Francia, cuán bienaventurada te izo Dios en tener tanto señorío sobre Marsindo, que no te pudo olvidar por otra! Mas él fizo como leal y bueno, que yo no tengo razón de me quejar, que no me quiso engañar, y pues yo no era merecedora de tanto bien quíerome contentar con aquel que Dios me dé. Quiero hazer su mandado. Arquilao es buen cavallero, primo de Marsindo. Por ende él vale más». E como esto dixo lavó su cara y vestiose muy ricamente. El rey habló con ella y ella le dixo qu'era contenta de fazer el ruego de Marsindo e luego fueron desposados, e dende a pocos días se casaron, y el rey bibió un año después de las bodas. Arquilao reinó e uvo dos fijos en su muger Licedora, e sienpre tuvo consigo a Tomedo, su hermano, e le dio gran tierra e señorío en que bivió muy onradamente.

[LXXXIX]

Clarisa se despidió del enperador e de Marsindo desque Arquilao se partió y agradesciole mucho la onra que le avían ^{367r} hecho, <f> [e] díxoles algunas cosas qu'ellos deseavan saber e fuese para su hijo Pirio, e no pasó muchos días que no pagó la deuda a quien todos somos obligados.

Marsindo casó a Polidantes y a su donzella Versinta, e dioles gran tierra e señorío por onde ellos fueron muy onrados, mas nunca se partieron d'él. Y así galardonó Marsindo

a todos aquellos que le avían servido muy bien como aquel que era de gran bondad. Y a cabo de un año que era casado Dispina parió un fijo muy fermoso con el cual fizieron muy grandes alegrías, e pusieronle nonbre Grimonte porque no se perdiese la memoria de aquel nonbre, pues su padre tan grandes cosas fizo llamándose así. E después uvieron una hija muy fermosa, la cual fue después enperatriz de Alemaña, que casó con el fijo primero de Manfredro e de Dinerpa. E después le nació otro fijo a quien pusieron nonbre Paunicio, que fue tan buen cavallero como su padre. Tales estos nacieron en vida del enperador Serpio.

Sabed que onze años después que Marsindo casó murió la enperatriz Gracisa, e fue muy llanteada del enperador e de su fijo e de todos sus vasallos. El enperador ovo tanto pesar de la su muerte que nunca después salió de un monesterio a donde ella fue enterrada, e hizo a Marsindo, aunqu'él no quería, que se llamase enperador e que tomase la governación del imperio, y él lo uvo de hazer por su mandado. E no menos que su padre tovo el tienpo de su ^{367v} vida todo su señorío en paz, e fueron en un amor e voluntad él y Dispina, su mujer.

Y así como el enperador Serpio crió en su tienpo los fijos de los reyes e grandes señores de Grecia en su casa así fizo Marsindo los fijos de todos sus amigos, entre los cuales crió a Lidos, fijo del jegante Marceón, su amigo, que a maravilla era fermoso e mesurado aunque era gigante, e crió dos fijos de Carpasio, rey de Niquea, e otro fijo de Brimarte, rey de Macedonia, e otro fijo del duque Florencio e de Oribena, marquesa de Ruaste, que fue entre todos los otros muy buen cavallero. Y estos todos se criaron con sus fijos, e siendo ya todos estos en edad para recibir orden de cavallería vinieron nuevas al enperador Marsindo del rey Abranir e

de su hermano Almongelí que Mureque, fijo de Miramamolín de Marruecos, que era muy buen cavallero a maravilla, les fazía guerra porque le diesen parias y fuesen sus vasallos. Paunicio lo oyó e vido el grande enojo qu'el enperador ovo con aquellas nuevas. Como era arguloso e de gran corazón fincó las rodillas delante d'él e pidiole por merced que lo armase cavallero e que le dexase ir a socorrer al rey Abranir, que tenía esperança en Nuestro Señor de fazer conprar caramente a Mureque la osadía que avía tenido de enjalle. El enperador lo tuvo por bien e armolo cavallero ^{368r} a él e a todos los que vos tenemos dicho, e fizo venir muchas gentes y aparejó muchas naos en que todos pasasen a la berbería, e pasaron de treinta mil cavalleros los que con él enbió.

Y el enperador, conociendo el grande ardimiento de Paunicio, su hijo, diole la su buena espada qu'él gano en la Torre del Salvaje e díxole:

—Sabed, fijo, que esta es la mejor espada que ay en el mundo, e después que yo la ove en mi poder nunca me falló en tienpo que la oviese menester. E no fize salvo en una aventura en que me vi de aver menester de librar a Carpasio y a Arquilao, nuestros amigos, de un gigante que los llevaba presos, y es ella tan buena que a los dos golpes que di al gigante lo maté, e después acá sienpre á folgado. Ruego a Dios que en tal ora vós la ayáis por vuestra que fagáis tales cosas por onde seáispreciado e parescáis aquellos de donde venís.

Paunicio le besó las manos. El enperador le dio más, al infante Ali Hará[n], que fuese con él, que jamás se avía querido tornar cristiano e avía días que era cavallero, e mandole que lo casase con una fija de su hermano Almonjelí e después de sus días fuese rey de Tremecén, pues le venía de derecho, porque no tenía otra ni otro. Desde todo

fue aparejado Paunicio entró en sus naos e puestos muy ricos pendones encima de las gavias fizieron vela y aportaron a Túnez, e cuando el rey Abranir ^{368v} vido tan gran flota e de tantos cavalleros fue muy alegre y recibolos muy bien. E luego de allí movieron al reino de Tremecén, que allí estava la gran gente de Mureque.

El rey de Tremecén fue muy alegre quando los vido porque mucha parte de su reino avía ya perdido, y a esta causa no se detuvo Paunicio en el reino de Túnez, qu'él mucho <lo> quisiera folgar allí algunos días por ver a la infanta Argimina, fixa del rey Abranir, la cual era tan fermosa qu'en todo el mundo otra que ella se igualase no se podía fallar, e Paunicio avía oído dezir de su gran fermosura <avía oído dezir> y amávala de corazón, y esta fue la princi<a>pal causa que le movió venir en la bervería, por verla, e como la necesidad fue tanta forçole la vergüença de ir a socorrer al rey de Túnez. E como las gentes de anbos a dos reinos fueron juntas movieron contra sus enemigos, e ovo una batalla con cinco reis moros vasallos de Miramamolín e fueron vencidos, que no quedó d'ellos quien la nueva llevase a Mur<n>eque. Y esto fecho ganaron todas las villas e castillos que les tenían tomados, de manera que Paunicio se falló muy cerca de la cueva a donde la reina Maguelia de Reduamén estava encantada.

Él ^{369r} ovo sabor de la ver e fue allá con muchos cavalleros, e mandó que ninguno entrase tras él porque no se viesen en peligro. Y él entró en la cueva sin que la leona mal le fiziese, y andando por unas partes e por otras llegó a donde estava la reina, la cual estava maldiziendo el día en que avía nacido, pues tanto tiempo avía de turar. E como la vido ovo mucha piedad d'ella y díxole:

—Cierto, reina, muy cruel fue aquella que aquí vos metió, que vos faze sufrir tanta

cuíta. Por bienaventurado me ternía si pudiese libraros.

Diziendo esto tiró tan rezio por los candados que los fizo piezas e luego las puertas fueron abiertas y él entró a donde estava la reina, e fue a ella e tiró por la espada que tenía metida por el cuerpo e sacola muy ligeramente. La reina quedó tan sana e libre como estava el día que allí la metieron, la cual cayó a los pies de Paunicio e besógelos muchas vezes llorando muy fieramente, e díxole:

—¡Ay, cavallero bienaventurado, mucho á que yo deseava la vuestra venida! Bien sabía que avía de hallar más piedad en vós que fallé en vuestro padre, que por el grande amor que yo le tuve sofrí estas penas. Ruego a Dios que vos faga tan bienaventurado como él lo fue, que yo no vos podría agradecer el bien ^{369v} que me fecistes.

Paunicio la tomó por la mano e sacola de la cueva a ella y a todas sus donzellas, e luego, como fueron fuera, se cerró la boca de la cueva e la leona se fue, que nunca jamás allí paresci<ci>ó. El rey Abranir e todos los otros cavalleros, cuando vieron a la reina, fueron maravillados e dixerón que Paunicio avía de llegar a la bondad de su padre. E llevaron la reina consigo, la cual, por galar donar a Paunicio el bien que le avía hecho, sabiendo su deseo lo llevó aquella noche a la cámara de la infanta Argemina, qu'estava en su lecho, e cuando ella lo vido fue muy espantada e quiso dar bozes, mas él le dixo que callase, qu'él era Paunicio, ijo del enperador, que por amor d'ella avía venido en aquella tierra. E tantas cosas le dixo qu'ella fue mucho pagada de la fermosura de Paunicio y fizo toda su voluntad, y él fue mucho pagado d'ella. Y ante que fuese día se tornó para onde estaban sus jentes e agradeció mucho a la reina lo que por él fizo e fizole tornar todo su reino, e de allí adelante todas las vezes qu'él quería ir a ver a su amiga le

fazía con el arte que la reina le mostró. E d'esta Argimína ovo él un fixo que fue después muy buen cavallero. E quando Paunicio ^{370r} se vido señor de dos espadas ricas e buenas quísolas traer anbas a dos como su abuelo Serpio, e la que le dio el enperador traía cernida e con la otra se combatía en las batallas qu'entrava.

Cuando Mureque supo el vencimiento de sus gentes vino con más de cien mil cavalleros contra Paunicio y uvieron entranbos muy crueles batallas, mas a la fin fue vencido e muerto por las manos de Lidos, fijo del gigante Marceón, que a maravilla era buen cavallero. E desde allí Paunicio fue conquistando toda la tierra e ganó muchos reinos de África fasta que llegó a la cibdad de Marruecos, a donde el Mira[ma]molín estava, e puso cerco sobr'ella, e fueron allí fechas grandes cosas en armas. E a la fin úvola

Paunicio por una donzella muy fermosa, fija del Mira[ma]molín, que d'él se enamoró, de los grandes fechos que d'él oyó dezir, y enbiole a dezir que si él se quería casar con ella que le daría <que le daría> la cibdad e le faría señor de la tierra. E lo fizo con condición que se tornase cristiana y ella le dio manera como entrase en la cibdad, e prendiose al Mira[ma]molín e de allí ganó toda la África, que no quedó rey ni gran señor que no lo obedeciese por señor. Y él fizo lo que le prometió a la donzella, que la tornó cristiana e se casó con ella, e mientra él bibió todavía tuvo guerra con los moros e sienpre alcançó vitoria d'ellos, de manera que fue señor de gran tierra e fizo tan estrañas cosas en armas que igualó a la bondad de su padre. Y aquí no vos las contamos como él las paso porque en la su grande istoria lo cuenta muy conplidamente.

Amen. Deo gracias.



Universidad
de Alcalá

EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ



Universidad
de Alcalá

INSTITUTO UNIVERSITARIO
DE INVESTIGACIÓN
MIGUEL DE CERVANTES



9 788418 979453